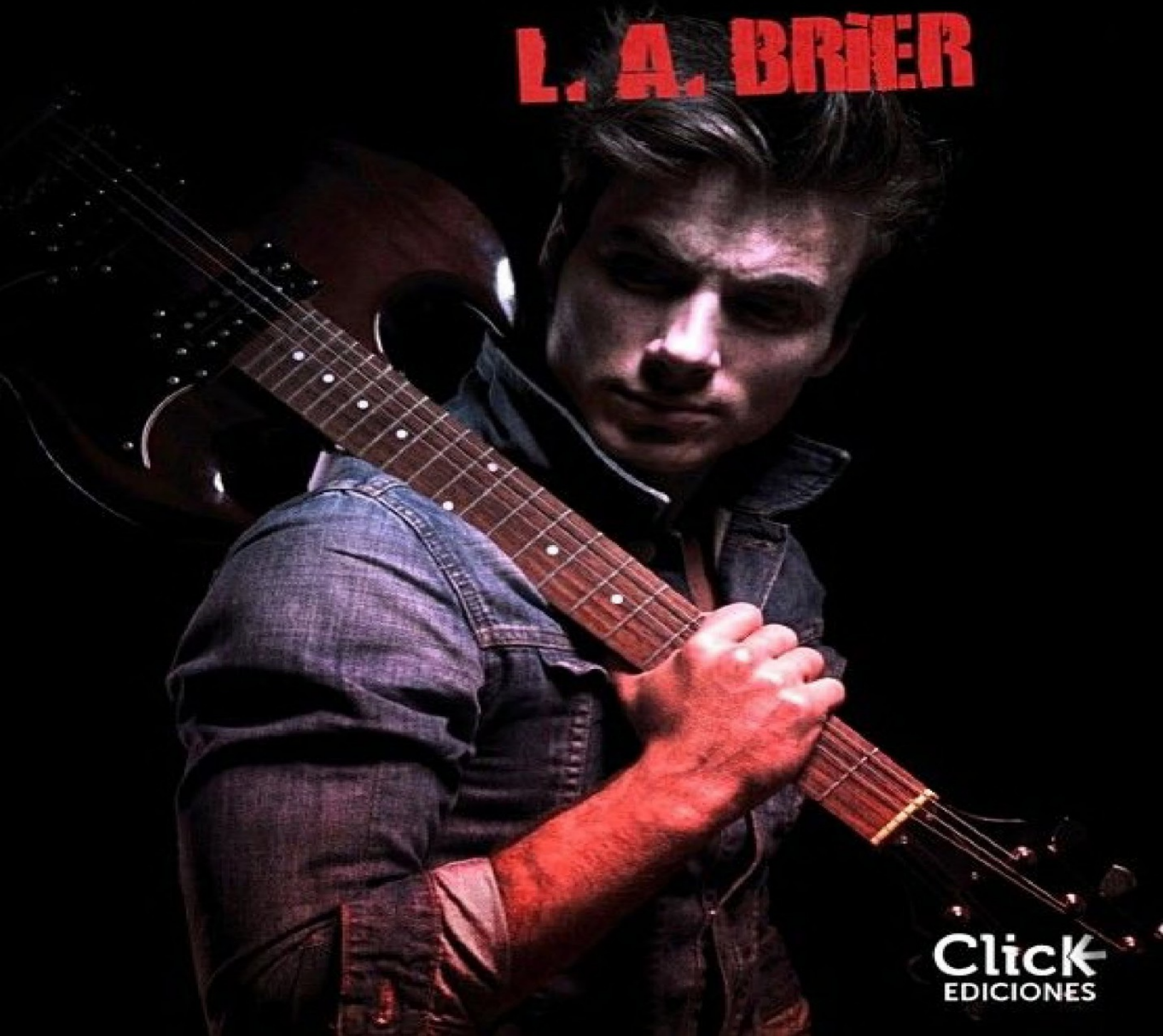


ROCK THERAPY

L. A. BRIER



Click
EDICIONES

Índice

Portadilla
Dedicatoria
Cita

PRIMERA PARTE

En memoria de Dylan Reeves

Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9

SEGUNDA PARTE

En memoria de Elizabeth Reed

Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17

TERCERA PARTE
En memoria de Ryan Reed

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

[Biografía](#)

[Créditos](#)

[Click](#)

[¡Encuentra aquí tu próxima lectura!](#)

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre
una
nueva forma de disfrutar de la lectura

**¡Regístrate y accede a contenidos
exclusivos!**

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro

y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

L. A. Brier
Rock Therapy

Click←
EDICIONES

Para ellas

*Algunas personas nacen con tornados en sus vidas, y constelaciones en los
ojos.
Otras nacen con las estrellas a sus pies, pero sus almas están perdidas en el
mar.
Perspectivas, Nikita Gill*

PRIMERA PARTE
En memoria de Dylan Reeves

Prólogo

*Loving a music man ain't always what it's supposed to be.
Faithfully, Journey*

Lexington Ave, Upper East Side, Nueva York Dieciséis años antes

—¡Papá!

Elizabeth Reed no era una niña paciente. La pequeña abrió la puerta de casa y sus llaves, cargadas de llaveros de los viajes que había hecho con su padre por todo el mundo, hicieron ruido contra la puerta. Elizabeth estaba orgullosa de su colección, aunque nunca lo admitiría en voz alta. Era tan chula como los reflejos rosas que le había hecho la peluquera la semana pasada en las puntas del pelo y que su padre había permitido.

—¡Papá, venga! ¡Vamos a llegar tarde!

La casa estaba algo desordenada, pero eso no le daba a Elizabeth ninguna pista. La casa *siempre* estaba algo desordenada. Las cosas de su padre se mezclaban con las suyas en el salón, en las habitaciones y en la cocina. A veces, entre las guitarras de Ryan, ella encontraba sus cuadernos del colegio, o su pintañas favorito. Otras veces, su padre se olvidaba sus partituras dentro del frigorífico o las llaves de casa dentro de la lavadora. Era el orden al que ellos estaban acostumbrados. Las maletas a medio hacer —o deshacer, la niña nunca estaba muy segura—, porque se pasaba la mitad del año en un bus de gira, y la otra mitad, en la escuela. Al final, él había optado por menos giras y más escuela, para que Elizabeth pudiera estudiar sin distracciones e hiciera algunas amigas que no fueran técnicos de sonido llenos de tatuajes. No era que a ella le importase, pero su padre tenía muy en cuenta su educación. El dinero no lo era todo, solía decir, y aunque probablemente ella nunca tendría que trabajar para mantenerse, la educación era algo importante. Elizabeth no lo entendía del todo aún, pero era una de esas cosas que, como solía decirse, comprendería cuando fuera una adulta.

—¡Ryan Reed! Si no quieres llevarme, me puede recoger la madre de Sidney —informó impaciente Elizabeth contra el marco de la puerta.

La casa no estaba en silencio; una música sonaba de fondo, suave. No era la música de Ryan, y eso a Elizabeth sí que le asustó. Ryan Reed siempre estaba tocando, o componiendo, o cantando. Ryan tenía esa vida que hacía pensar que la música no era una elección, sino una maldición.

—¿Papá? —preguntó preocupada, pero nadie contestó.

Ni siquiera había soltado la mochila, esperando que Ryan apareciera por la puerta al segundo para después llevarla a casa de Sidney. La dejó caer a sus pies y entró en casa, sin molestarse en cerrar la puerta. Los llaveros seguían haciendo ruido en su mano mientras se movía, y su corazón estaba palpitando casi tan fuerte como los truenos que se oyen antes de que empiece una tormenta.

Dejó atrás el recibidor, y encendió una luz a su paso, porque estaba oscureciendo afuera y no veía nada. Su primer instinto fue seguir hasta el final del pasillo y entrar a la cocina, pero no oyó ruidos de platos o de cacharros. De todas formas, era más lógico que su padre estuviera fuera comiéndose una *pizza* que cocinando algo que se iba a quemar para después tener que llamar a la pizzería. Sonrió un poco al pensar en el pequeño desastre que era su vida, y lo mucho que la adoraba, cuando un olor ácido la golpeó, revolviéndole el estómago.

Giró a la derecha y entró en el comedor, amplio, con sofás grandes de cuero y guitarras de pie en las esquinas. El olor era más fuerte ahí y Elizabeth no sabía por qué o de dónde venía, pero sabía qué clase de olor era. Era el olor del ácido y la comida descomponiéndose. Era el olor de estómagos dados la vuelta. Era olor a vómito.

—¿Pa...? —Su voz era un susurro, porque para cuando llegó al sofá no tuvo que preguntar más. Lo vio.

Ryan estaba tirado en el suelo, y parecía casi dormido, bocarriba en una alfombra rojo cereza a juego con los sofás de piel. Parecía dormido, pero no lo estaba; su piel estaba violácea, y el vómito manchaba la alfombra, la cara de Ryan, la camiseta y el pelo.

Elizabeth quiso gritar. Ahí, de pie, con las manos hechas un puño alrededor de lo que de repente le parecía un ridículo puñado de llaveros horteras, las lágrimas le caían silenciosas por las mejillas y estaba temblando sin saber por qué. Quería gritar para que alguien viniera, que alguien despertara a su padre, que alguien la hiciera salir de casa y volver dentro de

una hora cuando todo estuviera arreglado y Ryan estuviera bien y no hubiera pasado nada. Quería gritar, pero sabía que estaban en un ático y que nadie iba a venir en su ayuda. Nadie iba a venir a arreglar eso.

Temblaba tanto que cuando dio la vuelta al sofá y caminó sobre la alfombra, sus pies se tropezaron solos y cayó sobre el hombro de su padre, dándose cuenta de que estaba frío, un frío antinatural. Aun así, la niña que había en ella la obligó a poner las dos manos sobre el pecho de su padre, sollozando, y moverlo un poco.

—¡Papá, vamos!

«No te mueras», pensó, aunque sabía que ya estaba muerto. Las lágrimas le estaban nublando la vista, y sentía ganas de vomitar, pero Elizabeth solo fue capaz de apoyarse contra el pecho de Ryan Reed y sollozar, temblando, agarrando tan fuerte la camiseta de su padre que se iba a hacer sangre en los nudillos.

No supo cuánto tiempo pasó así. El tiempo se convirtió en una cosa relativa. La puerta de la casa seguía abierta, y esa música trepidante seguía sonando de fondo. El cuerpo de su padre seguía enfriándose en esa alfombra que compraron en Berlín; sus ojos seguían abiertos, mirando sin ver nada. No supo cuánto tiempo pasó en esa postura porque cuando se descubrió en otra, no sabía cuándo había cambiado de posición ni cómo había llegado al teléfono. No recordaría hablar con nadie, pero recordaría las sirenas.

Recordaría estar sentada en una esquina, con una manta que picaba sobre los hombros y ojos mirándola con lástima y vergüenza en la cara. Ojos que la juzgaban por ser quien era y juzgaban el cadáver de su padre por haber sido quien era. Ojos que miraban y tomaban nota de la niña que se alimentaba solo de tarros de comida preparada, de la niña que iba y volvía sola del colegio, que se lavaba y tendía la ropa y que llevaba mechas rosas en el pelo, las uñas pintadas de negro y una vieja camiseta de The Clash. Ojos que sentían pena por ella. Ojos que veían sin entender cuando los de su padre no volverían a ver nunca. Elizabeth quería arrancarse los suyos y sentir que hacía justicia, pero no sabía qué bien le podía hacer eso en ese momento, así que se quedó quieta, con una taza de tila caliente que le habían preparado entre las manos, mientras seguía entrando gente en la casa, y los *flashes* de las fotos policiales le hacían daño en las retinas.

Las palabras de los policías se entremezclaban con el caos que era su propio cerebro. Imágenes mezcladas con sonido en una película que estaba desfasada, todo era confuso. Sintió que todo se repetía y que nada había

pasado, como si el tiempo fuera cíclico de golpe. Las palabras *suicidio*, *benzodiacepinas* y *sistema de adopciones* se entremezclaban con las lágrimas, la tila que le sabía a ceniza y el olor a vómito constante en la habitación. Esas palabras eran cercanas y desconocidas para Elizabeth, y le daban vueltas una y otra vez, como esos móviles de figuras colgantes que se ponen a los bebés sobre la cuna para que jueguen. Las palabras la rodeaban y la acosaban, y Elizabeth sintió que se mareaba.

—¡Mierda! —exclamó de repente un policía cualquiera cuando los teléfonos empezaron a sonar y la seguridad del edificio apareció a la carrera en la habitación con cara de pocos amigos—. ¿Quién ha dejado que se filtre a la prensa?

«La prensa», repitió para ella.

Elizabeth intentó ponerse en pie, intentó salir de allí, pero cuando puso los pies en el suelo perdió el equilibrio y no supo si cayó contra las frías losas o no, porque todo se volvió negro.

Negro, vacío, frío y tranquilo.

* * *

El cantautor Ryan Reed ha sido encontrado muerto en su lugar de residencia, en Upper East Side, Nueva York. Todo indica que la muerte del cantante con más discos vendidos en los últimos veinte años en la industria del *rock* ha sido causada por una intoxicación, aunque la policía aún no ha revelado los resultados de la autopsia. Las fuentes cercanas al cantante nos desvelan que fue su hija, Elizabeth Reed, de 12 años, quien encontró al músico y avisó a los paramédicos y policías. El futuro de la niña más mimada del *rock* está aún sin aclararse, ya que, como bien es sabido, no existen más familiares cercanos a la familia Reed. ¿Es posible que la niña acabe en el sistema de adopciones? ¿Ha sido un suicidio la muerte de Reed o solo una muerte accidental? El secretismo se cierne sobre el caso por el momento, aunque no será por mucho tiempo.

Capítulo 1

*Did we all fall down? From the lights to the pavement...
From the van to the floor... From backstage to the doctor...
From the Earth to the morgue, morgue, morgue, morgue...
Desert song, My Chemical Romance*

Atlanta, Georgia En la actualidad

Las luces se estaban alargando.

Eso es lo primero que Dylan notó.

Después tropezó con sus propios pies en uno de esos pasillos infinitos llenos de luz artificial que le hacían pensar en hospitales. La pared lo agarró, como si sujetara la promesa de que nunca lo vería caer. Dylan quiso reírse, porque sabía que era mentira. Los muros de cemento no eran más sólidos que las personas. Todo lo que necesitabas era saber dónde romperlos. Suspiró, dio las gracias a un dios en el que no creía porque la pared estuviera ahí, y avanzó a tientas, a pesar de las luces, porque nada estaba claro en su visión.

Las voces, sonidos lejanos que a Dylan le parecían cacofonías, se camuflaban a medida que seguía avanzando. El sonido de las voces era grotesco, continuado, tambores en el centro de la Tierra, ecos de ancestros pasados que se estaban riendo de él. Eran las fans. Eran las voces de las fans pidiendo más, un bis, que aquella entrada por la que habían pagado se alargara un poco más y que sus ídolos volvieran a salir, haciendo esa noche especial en sus vidas. Dylan no las culpaba. Solo querían romper su monotonía, hacer de ese momento algo que mereciera la pena recordar. Dylan no las culpaba porque el propio Dylan solo quería romper su monotonía y no sabía cómo. Ojalá hubiera podido pedir un bis en su vida. Comprarse una entrada para una mejor. Pedir que le cambiaran la que tenía.

Sabía que Nathan iba detrás, silbando alguna canción que no había revelado aún al mundo. Jude y Jayden iban delante, riéndose de alguna broma

que a Dylan no le importaba en ese momento. Por un segundo, mientras avanzaba a través del pasillo que les llevaría al vestuario y después al coche, sintió que sus pies flotaban y se le olvidó quién era. Se le olvidó dónde estaba metido, que él los había metido a todos ahí, y hasta qué era lo que se había metido hacía un rato. Volaba tan alto que sus pies no tocaban el suelo. Las cacofonías ahuyentaban a sus demonios, sus fantasmas estaban volviendo a casa. Aún le quedaba algo de coca en la funda de su vieja guitarra. Solo necesitaba más. Los fantasmas lo dejarían en paz, solo tenía que seguir caminando.

Le picaban las manos de haber estado tocando la guitarra durante una hora y media, y le escocían los ojos del sudor del concierto. Sabía que Seb y otros dos tipos más de seguridad caminaban detrás de ellos. Lo sabía porque era la misma rutina de todas las noches, no porque lo tuviera muy claro en ese momento. En ese momento no tenía nada muy claro. Las luces seguían alargándose, las voces se distorsionaban cada vez más y esa pared que parecía sólida hacía un momento, de repente era de gelatina. Justo como sus piernas.

Dylan no recordaba el instante en que todo se apagó. Recordaba a sus compañeros de banda, de fondo, como un viejo anuncio que no dejaba de advertirte sobre los riesgos de conducir borracho, en una voz artificial que sabías que llevaba razón, pero que no te decía nada. Los recordaba de fondo sin decir nada, los recordaba como fotogramas que desaparecerían más tarde porque no eran importantes. Las luces brillaron con fuerza por un segundo. Sabía que se iba a desmayar.

Tropezó con sus propios pies y algo que sabía a vómito le agarró la garganta tan fuerte que respirar era un deporte de riesgo. Dylan creyó que había cerrado los ojos, o quizá era que las luces se habían apagado. De fondo, escuchó a Nathan soltar una maldición cuando el eje central de su cuerpo encontró el sur.

—¡Mierda, joder, Dy! —Nathan sonaba más cansado que asustado—. No me jodas.

Pensó que era curioso que Nathan dijera eso, porque Dylan estaba bastante seguro de que al único que estaba jodiendo a base de bien era a sí mismo. Y haciendo un buen trabajo, además.

Después las luces se apagaron, las cacofonías murieron, los sonidos se ahogaron.

Después, todo fue negrura y tranquilidad. Negro, vacío, frío y tranquilo, y Dylan se sintió en paz.

Por fin estaba muerto.

* * *

Cuando Dylan se despertó, supo, sin abrir los ojos, que estaba vivo.

Lo supo no porque estuviera dentro de su cuerpo o se sintiera los dedos de los pies, ni porque las máquinas del hospital estuvieran pitando de fondo una nana extraña y casi reconfortante. Dylan sabía que no estaba muerto porque el dolor de cabeza que tenía en ese momento era tan punzante que lo había despertado. Sabía que no estaba muerto porque su cuerpo estaba zumbando, la piel le picaba y, si no hubiera estado atado a un montón de cables, probablemente estaría flotando en la cama. Cuando uno se imaginaba lo que era estar muerto, no imaginaba llevarse sus adicciones consigo al otro lado.

Así que no, no estaba muerto.

Estaba muy vivo, y muy jodido.

Abrió los ojos solo para comprobar que no había flores en la mesilla, así que había debido de soñar el puto olor a magnolias. Odiaba los conciertos en casa. Siempre eran los más duros. Volvió a cerrar los ojos, aunque apenas había una rendija de luz que se colaba por la persiana. El aroma de las flores lo persiguió un rato más, una alucinación sensitiva que Dylan se estaba permitiendo tener como el que juega con una mascota. Se tapó los ojos con el antebrazo que no estaba cableado, y rezó por volver a quedarse dormido.

Se acomodó en la cama; el pijama era incómodo y le picaba, el corazón le iba a mil por hora, y estaba empezando a sudar —o no—, pero hubiera jurado que la piel le picaba un poco —o no—. No sabía lo que era. Quizá era que estaba más en su cuerpo que desde hacía meses. Quizá era que podía pensar con claridad, sin la neblina de las sustancias. Quizá era que ni quería ni podía permitírselo, y Dylan quería salir de su propio cuerpo, un recipiente que lo estaba conteniendo como una cadena a un perro.

Quizá era la conciencia. Esa mala amiga que le susurraba verdades de cera, listas para moldear a su antojo. Su conciencia era como esas viejas leyendas que cuentan sobre las hadas. Siempre te contarían la verdad, pero a un precio tan alto que la verdad en sí misma no importaba. Si Dylan hubiera creído en seres sobrenaturales, hubiera dicho que su conciencia era un hada.

«Estás jodido... Todos están jodidos. Y es culpa tuya», se reprochó.

Dylan estuvo tentando de pulsar el botón de las enfermeras solo para que le pincharan un tranquilizante, y salir de aquella durmiendo. Dormir en vez de pensar. Colocarse en lugar de pensar. Cualquiera opción era buena excepto la correcta, porque a Dylan nunca se le habían dado bien las opciones correctas.

«Cobarde. Cobarde. Cobaaarde», se dijo.

Se lo pensó mucho, pero no pulsó el botón y no pidió ayuda. Dylan había debido despertarse con más conciencia esa mañana que en los últimos cinco años. O quizá era que el olor a magnolias le había recordado a su casa, en el sureste del país, donde esas flores crecían gracias al clima. Lo mismo era la conciencia de estar vivo cuando debería estar muerto; lo mismo había sido eso.

Dylan no lo sabía y no tenía del todo claro que le importase. Todo lo que sabía era que mientras estaba intentando volver a dormirse, no pudo evitar pensar en el pasado, y en las malas decisiones que había tomado, como un conductor con un pinchazo que seguía conduciendo durante kilómetros, con la esperanza de que la goma de la rueda no se consumiera y la llanta no se destrozase. Otros lo hubieran llamado *iluso*, pero Dylan siempre había preferido llamarse a sí mismo *gilipollas*.

Las voces en el pasillo lo sacaron de su propio trance y, de repente, estaba muy despierto y era muy consciente de todo lo que estaba pasando a su alrededor.

—Que te jodan, Mark, no está en condiciones de... —La voz de Jude estaba apenas contenida, y Dylan se imaginó al batería, casi dos metros de músculo y mala leche, acorralando al mánager contra la pared del pasillo. Mark Riley no era el enemigo, pero Dylan sabía que a Jude le importaba una puta mierda. Como todo lo demás.

—Te aseguro que lo dejaría dormir un mes si por mí fuera, Lowell. —El mánager usó el apellido de Jude como un escudo. Si Jude usaba el músculo, el arma de Mark eran las palabras.

—Después, *Riley*.

Y Dylan tuvo que sonreír un poco esa vez, porque ese era Jayden, que había entrado a defender a su hermano, tratando a Mark de la misma forma que este había tratado a Jude. El pobre Mark estaba en desventaja clara ahí, rodeado de kilos de músculo y voluntad férrea, pero Dylan no podía sentirse mal por el tipo.

No era que a Dylan le cayera mal. Sabía Dios que Mark no había sido más que una bendición en los últimos años, y que, aunque la relación con la

discográfica no era buena, ninguno de ellos tenía la culpa. Ninguno excepto Dylan. Y eso no era algo que Dylan fuera a colgarle a nadie.

—Tiene que ser ahora. —Mark intentó decir algo más, pero se calló.

Dylan escuchó gruñir a alguno de los hermanos, pero no supo cuál de los dos había sido. Los mellizos sonaban casi iguales cuando hablaban, al menos cuando hacían sonidos onomatopéyicos.

Lo de después fueron susurros de Mark a los hermanos, y Dylan ya no pudo distinguirlos, pero sabía que no podía ser nada bueno si sus compañeros de banda se hicieron a un lado y dejaron que Mark abriera la puerta. La luz del pasillo se filtró a la habitación y Dylan sintió como sus pupilas se quejaban, engranajes mal engrasados que se contraían chirriando.

Dylan no se molestó en fingir que estaba dormido, ni se molestó en fingir que no había escuchado la conversación.

—Riley. —No reconoció su propia voz, tan ronca y llena de gravilla. Lo mismo Dios le había concedido el favor de jodérsela. Nunca más volvería a cantar. Nunca más serviría como instrumento de cuerda, y el trato se habría acabado.

—Reeves —contestó Mark sonriéndole a medias, como siempre hacía, pero la mirada que le echó fue de preocupación.

El mánager apenas era unos años mayor que el propio Dylan, y sus vaqueros rotos, la camiseta de una banda que Dylan no conocía y los tatuajes asomando en el cuello y las manos lo hacían verse aún más joven. Pero, ese día, la apariencia de Mark no importaba, porque no importaba lo que se pusiera o se quitase, la mirada que llevaba en sus ojos oscuros lo decía todo. Tenía los hombros hundidos y arrastraba los pies, sosteniendo en la mano una carpeta que custodiaba el futuro de Dylan.

—Ey —Jude se asomó por detrás de Mark sin esfuerzo, y Jayden apareció al otro lado, rubios y altos como dos ángeles custodiando al demonio. Si solo supieran que el demonio ya estaba en la habitación. Los ojos de los hermanos eran los de siempre. Siempre claros, decididos, llenos de lealtad. Dos golden retriever que, por alguna extraña razón, se habían encariñado de un gato—. Estamos fuera. Avisa por lo que sea. —Jude no dijo nada más, pero las palabras sobraban. Estaba diciendo: «avisa si quieres que lo saquemos a patadas».

Dylan asintió con la cabeza y esperó que los dos vieran que estaba agradecido por el apoyo. De que estuvieran ahí, otra vez.

No preguntó por Nathan. No tenía sentido preguntar por el bajista. Su mejor amigo había estado la vez anterior. Y la anterior a esa. Y en algún momento del camino, Nathan Blair se había cansado de arrastrar un ancla que pesaba más que el barco entero. No era que Dylan pudiera culparlo. Dylan no tenía a nadie a quien culpar excepto a sí mismo.

La puerta se cerró detrás de Mark y, por primera vez desde que se había despertado, se preguntó qué aspecto debía de tener. Probablemente estuviera ojeroso, sin afeitarse, y no tenía las gafas de sol para cubrirse los ojos. Odiaba no tenerlas a mano. Y odiaba que lo vieran así.

—¿Cómo lo llevas? —Mark fue directo al grano, sentándose en uno de esos sillones que parecían cómodos pero no lo eran, y que solo estaban en las salas de espera. Lo arrastró cerca de la cama y Dylan gruñó porque la cabeza le estaba matando y el ruido no ayudaba.

—Listo para presentarme a Mister América. —Dylan se las apañó para sonreír, mientras se sentaba en la cama, acomodando las almohadas para estar recostado. Era una tontería, pero se sentía menos indefenso si no estaba totalmente tumbado—. Aunque no sé si pasaría los test antidrogas.

Normalmente Mark siempre le contestaba con alguna broma; el mánager tenía un sentido del humor rápido y ácido que lo convertía en una buena compañía cuando uno quería olvidarse de los problemas. Esa vez, sin embargo, no hubo bromas ni humor y Dylan estaba empezando a saborear lo jodido que estaba. El olor a magnolias había desaparecido.

—¿Cuánto? —preguntó Dylan, casi gruñendo—. ¿Cuánto esta vez?

—No quieren dinero, Dy. —Dylan se encogió por el apodo, porque había sido Nathan quien se lo había puesto. Se encogió, pero no lo demostró porque los malentendidos entre Dylan y Nathan no eran asunto de nadie.

Dylan se rio y puso los ojos en blanco, porque no se lo podía creer.

—Siempre es cuestión de dinero. No importa si es un año más de contrato, un disco nuevo, otra gira mundial. Siempre es cuestión de dinero, Riley. Así que, ¿cuánto esta vez?

El mánager se retorció en la silla y se pasó las manos por el pelo oscuro, y Dylan sintió la urgencia de imitarlo y peinarse el desastre que debía de ser el suyo. Al final acabó por pasarse los dedos por la cresta deshecha porque estaba estresado. Mark no habló y Dylan no estaba acostumbrado a no escucharlo parlotear.

—Suéltalo, o te va a crear una úlcera.

Mark suspiró. Gruñó. Volvió a suspirar.

—A ti. Te quieren a ti.

«¿Qué? ¡Mierda!», exclamó para sus adentros.

—¿A mí? ¿A mí? —Solo lo repitió para oírlo en voz alta, porque tenía que ser una puta broma—. ¿Me estás jodiendo, Mark? Les firmé un preacuerdo, convencí a mis amigos para firmarlo también. —Mark hizo una mueca con la cara, porque fue Mark quien hizo ese preacuerdo.

Dylan podía verlo como si fuera ayer. Todos sentados en la mesa de aquel local en el que tocaban las noches de los martes. Dylan recordaba el olor a cerveza y limpiador de limón de aquel lugar. Se recordaba hablando con Mark sobre el futuro. Recordaba las condiciones que escribieron, y lo poco que le habían importado a Dylan en ese momento.

Suspiró antes de seguir hablando, porque lo único que quería hacer era no pensar en esos meses, y parecía que eso era todo lo que era incapaz de hacer.

—Firmamos un preacuerdo que no respetaron. Firmamos un contrato legal que no se parecía en nada a lo pactado. Y fui yo quien consiguió que todos lo firmaran, Mark. —Mark ya lo sabía, Mark había estado allí. Mark les dijo que no lo hicieran. A Dylan no le importó una mierda. Le importaba en ese momento, cuando el momento ya había pasado, y las tiritas no curaban heridas de bala—. Yo he sido su puta mascota desde que esto empezó. A no ser que quieran sujetármela para mear, no sé qué más quieren.

Mark abrió la carpeta que estaba sujetando, una pistola con el seguro quitado, lista para dispararse en cualquier momento. Le dio a Dylan unos papeles que no se molestó en mirar dos veces. Sabía, con la misma certeza con la que se sabe que el sol saldrá por el este, que fuera lo que fuese lo que Mark le había entregado, estaba firmado y sellado, y era completamente legal. Sabía que no era algo que se pudiera rechazar. No era una pregunta, sino una orden.

—No me hagas leer esta mierda —pidió Dylan.

—Te quieren limpio o te quieren fuera. Eso quieren.

* * *

Mark Riley no había sido nunca un hombre de acción. Siempre se había considerado más un hombre de palabra, ya que, si le preguntaban a Mark, las palabras tenían más poder que los hombres. Las palabras, a veces, lo eran todo.

Las palabras con las que hacíamos promesas a otros, por ejemplo, podían cambiarnos la vida. Mark había prometido ciertas cosas a una banda cualquiera una noche cualquiera, y las prometió de buena fe. Mark lo sabía, sabía que su intención había sido buena, apenas un principiante en un sello discográfico al que él también le había vendido su alma.

Las palabras, esas mismas palabras, serían tergiversadas después, convertidas en nada más que un hechizo extraño de malas intenciones. Mark también recordaba ese momento. Recordaba a esa banda, que todavía no era nadie, pero que sería aún menos si rechazaban el contrato. Recordaba su enfado y cómo se había opuesto al momento de la firma del contrato porque aquello no era lo que Mark había prometido, ni era lo que le habían prometido a Mark.

Solo palabras, palabras. Pero las palabras movían el dinero hoy en día.

Mark no podía dejar de pensar en que ese momento, ese preciso momento, había cambiado no solo la carrera de Kill Me On Saturday como banda, sino también la suya. Había pasado de ser un cazatalentos más en la industria musical a convertirse en el mánager de la que sería la banda más cotizada de *rock* alternativo de los últimos años.

Mark no lo había hecho por ellos. No se sentía responsable realmente del desastre de contrato que los chicos habían firmado ni de las consecuencias que tendría para ellos. Mark lo había hecho por él. Lo único que tenían los hombres como Mark eran esas valiosas palabras. Sin ellas, no eran nada.

Palabras como las que Dylan Reeves estaba sujetando en su mano, pero no leía, porque Dylan no creía en el poder de las palabras escritas. Creía en el poder de las palabras habladas y, a veces, no importaba en lo que creyeras, había cosas que tenían poder por encima de eso.

Mark miraba cómo Dylan fruncía el ceño al ojear los papeles, pero no leyéndolos realmente. Ambos sabían que los poderes legales que la discográfica tenía sobre ellos eran más de los que les pertenecían, pero que no se podía hacer nada al respecto.

Bueno, eso no era del todo cierto. La única salida que te quedaba cuando firmabas un contrato millonario prometiendo tu identidad, tu banda y tu alma era romper el contrato pagando los millones que el sello discográfico quisiera imponerte como multa. Solo hacían falta dos cosas: dinero y conseguir que toda la banda firmara, porque para Dylan salir sin sus compañeros no era una opción.

—Colapsaste dentro del recinto donde estaba la prensa. Fue imposible sacarte de allí sin que hubiera daños colaterales... —Mark intentó explicar el incidente, recordando la urgencia de la noche anterior.

Llamar a una ambulancia y hacerla entrar por la parte trasera del recinto, mientras la seguridad despejaba a las fans y las entrevistas de última hora eran canceladas había sido un caos, uno que no habían podido esconder de la prensa. Aunque habían conseguido que no hubiera fotos del cantante saliendo inconsciente e intubado en aquella ambulancia, la historia había corrido como la pólvora, y todos los tabloides de cotilleo tenían ese día como página principal una foto cualquiera de Dylan contando la *urgencia médica* de la noche anterior.

Dylan hizo una mueca de asco que le desfiguró la cara. Mark no lo había visto nunca así, tan desaliñado y honesto. El chico solía ser muy cuidadoso con su imagen y con sus palabras, así como con su humor, pero ese día no tenía máscara. Ver a Dylan sin afeitarse y con ese corte de pelo estafalario todo revuelto ya era raro, pero que Dylan le estuviera mirando tranquilamente sin las gafas de sol, sus ojos, uno azul y otro marrón, clavándose en las pupilas de Mark, era de lo más extraño.

Eran unos ojos bonitos, dispares y curiosos, pero ponían a Mark de los nervios sin saber por qué. La culpa era de ese ojo oscuro, pardo, que tanto contrastaba con el azul claro del otro. La culpa era de las pestañas oscuras y el pelo negro, y del aire que todo eso inspiraba a su alrededor, fuerzas magnéticas que te atraían sin saber por qué. La discográfica había usado sus ojos, entre tantas otras cosas, como gancho publicitario, y Dylan había optado por usar siempre gafas de sol, hasta en los conciertos. Mark se había acostumbrado tanto a no saber cuándo el cabrón lo miraba directamente que sostenerle la mirada de repente quemaba como la sal en una herida.

—Oh, claro. Ha llegado a la prensa. ¡Qué tragedia! —Dylan dejó los papeles a un lado en la cama y suspiró, frotándose los ojos con los talones de las manos—. Es reconfortante saber cuánto se preocupan por mi bienestar.

—Se preocupan por la imagen de su banda más cotizada y por el daño que esto pueda tener en las ventas.

—¿Ventas? ¡Hemos hecho la gira completa, Mark! ¡Hemos agotado entradas en todas las fechas! ¡Qué más ventas?

—Tenéis más fechas programadas. Empieza el verano. Está la gira, y las entrevistas y...

—Qué le jodan a eso, en serio —interrumpió Dylan, aunque sabía tan bien como Mark que aquello era perder la fuerza por la boca. Al final tendrían que cumplir con el número de fechas que se les exigiera para verano.

Mark se levantó del sillón porque no podía estar más tiempo sentado. Se secó las manos sudorosas en los vaqueros y se alejó un poco de Dylan.

—Sabes lo que hay tan bien como yo. O entras a rehabilitación o estás fuera. Esa es la oferta que proponen. —Se obligó a mirarlo directamente a los ojos, aunque quería mirar a cualquier otra parte de la habitación. Dylan se estaba mordiendo los labios, tenía los ojos grandes, parecía un gato en la oscuridad, y las manos cerradas en dos puños—. Y aunque salgas, no te dejarán irte sin enterrarte en demandas. El infierno se congelará antes de que estés limpio del todo. Tu carrera estará totalmente terminada.

Mark lo dijo por decirlo, porque sabía tan bien como el que más que la carrera de Dylan a Dylan le importaba una puta mierda. Motivado por vete tú a saber qué, ese no era el caso del músico que tenía que compartir su talento. ¿Jude y Jayden Lowell? Esos dos adoraban el mundo del *rock* como los niños adoraban los subidones de azúcar. No les importaba tanto el mensaje ni las canciones, como la música. Tocar, sudar, sentir que se drenaban en el escenario. Salir después, las fans, las fiestas, el ritmo de vida. Esos dos estaban hechos para el *rock and roll*.

Nathan Blair, pensó Mark, era otro asunto. Nathan escribía, sangraba y soñaba la música de la banda. Nathan estaba ahí por el mensaje, por dejar una huella en el mundo. Nathan no soportaba la gente, la prensa, las fans, las aglomeraciones.

Pero ¿Dylan? ¿Dylan Reeves? Mark se venía preguntando desde hacía mucho tiempo cuál había sido la prisa de Dylan por firmar por un sello y saltar a la fama. Mark sabía que no era para ser usado como el cachorro bonito de la discográfica, sacando partido a su imagen, su encantadora personalidad y sus buenos modales de chico sureño. Sabía que Dylan se había esforzado por hacerlo bien, luego por hacerlo muy mal, y nada de eso había funcionado.

Mark sabía muchas cosas de Dylan, pero no tenía ni pajolera idea de qué era lo que le motivaba. ¿Qué hacía que Dylan Reeves se subiera al escenario cada noche, haciendo un perfecto espectáculo, el perfecto *showman*? A menudo se preguntaba si Dylan estaba huyendo de algo. Quizá de sí mismo. Mark sabía que a Dylan su carrera le daba exactamente igual, pero también sabía que no le daba igual. No le daba igual Nathan, ni le daban igual Jayden ni Jude. Y el cabrón prefería matarse por el camino que abandonarlos, aunque

matarse también implicaría dejarlos solos. Era curiosa la lógica que Dylan usaba a veces.

—¿Pueden hacer esto? —Dylan sonaba realmente incrédulo y decepcionado, como si no creyera que el control de las decisiones en su vida estuviera tan perdido.

—Lo han hecho. —Mark cruzó y descruzó los brazos caminando por la habitación. Podía escuchar a Jude y Jayden hablando fuera, pero el ruido no era lo suficientemente fuerte como para que distinguiera las palabras. Miró su reloj y se dio cuenta de que era pasado el mediodía y Dylan aún tenía que firmar el alta voluntaria. Después había un avión que coger hasta Los Ángeles, donde ingresaría en el centro de desintoxicación. Si todo salía como Mark lo tenía planeado, ingresaría de noche y la prensa no estaría esperándolo, acosando al cantante. Mark lo hacía principalmente por las molestias de la discográfica y sus abogados, pero también por Dylan—. Mira, siempre podemos mandarlos a tomar viento, Dy. Podemos convencer a los chicos, romper el acuerdo. Habría que empezar de cero, pero sabes que...

—No lo van a hacer —lo cortó Dylan, cansado—. Y yo no les voy hacer perder lo que han conseguido, después de todo. Haz lo que tengas que hacer. Llama a las enfermeras para que pueda salir de aquí de una puta vez — concedió Dylan al cabo de un segundo.

—¿Estás seguro? —Mark preguntó porque tenía que preguntar, pero no había muchas más opciones.

Dylan se lo confirmó, dedicándole una mirada cansada.

—Perfecto. Todo hablado entonces. —Mark se acercó a recoger los papeles de la cama, no porque no tuviera copias y el incidente no estuviera grabado en piedra hasta en el infierno, sino porque no quería que el personal de limpieza se topara con la información y acabar viéndolo mañana en las noticias del Canal 9, una prueba irrefutable de la adicción de Dylan—. Voy a pedir que preparen tu alta.

Dylan solo asintió con la cabeza, mordiéndose la boca, perdido en sus propios pensamientos. Mark no dijo nada más e iba a salir por la puerta cuando Dylan le habló:

—Y, Mark, tráeme un café y un cigarro. Por favor.

No era que Dylan nunca pidiera las cosas por favor, ni que fuera un bastardo dominante. Al revés, era uno de esas personas generosas y agradecidas, pero fue el tono, la desesperanza, lo que sorprendió a Mark. De

alguna manera que Mark no alcanzaba a entender, sabía que Dylan se sentía en ese momento como la marioneta que era, y que había sido.

Quizá porque le habían quitado lo único que había decidido hacer por sí mismo, aunque fuera en su propio perjuicio. Quizá porque se había dado cuenta de que cuando vendías tu alma a una compañía, no podías escoger ni los vicios que tenías y eso era mucho decir.

Estaba mal, pero a veces Mark se alegraba de no ser Dylan Reeves.

* * *

Dylan estaba cansado. Es decir, más cansado de lo normal.

Se sentía somnoliento y le seguía doliendo la cabeza, casi como si un dolor de muelas se le hubiera subido al lóbulo temporal. Estaba tentado de llamar a su médico de cabecera y preguntarle si le podían crecer dientes en el cerebro... No, de verdad, estaba muy cansado.

Fuera lo que fuera lo que las intravenosas del hospital habían llevado, lo habían dejado hecho un trapo, la garganta le dolía a rabiarse, y sentía todos los músculos del cuerpo laxos y a la vez en tensión. Era una sensación de lo más rara, y Dylan se moría por quitársela de encima.

Se estiró en el asiento del avión, pero no se movió más porque llevaba el cinturón puesto e iban a aterrizar en seguida. Las gafas le protegían los ojos de las luces artificiales, y la chaqueta que llevaba, a pesar de estar en mayo en Los Ángeles, no le estorbaba. Los aviones eran territorio internacional en lo que a temperatura respectaba, y además sentía la piel fría y ardiendo, todo a la vez, y a veces temblaba un poco. No, lo mejor era dejarse la chaqueta.

Mark iba sentado en el asiento de al lado, con la nariz metida en su tableta, trabajando en vete tú a saber qué. El tipo siempre estaba ocupado. Aunque, claro, Kill Me On Saturday no era la única banda que estaba bajo su mando.

Dylan quería molestarlo, o molestarle a sí mismo, o a alguien, y empezó a cantar por lo bajo, murmurando una vieja canción de Led Zeppelin casi sin querer. Los de seguridad, Seb, y el otro grandullón del que Dylan nunca recordaba el nombre, lo miraron desde los asientos del otro lado del pasillo, porque sabían que Dylan iba a hacer algo.

Gracias a Dios, el aterrizaje que el capitán había prometido hacía unos minutos se llevó a cabo sin problemas. Dylan no veía el momento de bajarse

del avión. Debió de saltar del asiento cuando ya se podían quitar los cinturones y coger el equipaje de mano, porque Mark lo miró con una ceja levantada. Dylan sabía que estaban esperando a que se rompiera en cualquier momento. Joder, él mismo estaba esperando a ver cuánto tardaba en romperse y convertirse en una zorra llorona que vendería a su madre por medio gramo.

«Supongo que tendremos que esperar», sonrió para sí mismo por no morderse la lengua y hacerse sangre. Dylan esperó a que los demás bajaran y después, sin prisa pero sin pausa, salió del avión y puso los pies en el Aeropuerto Internacional de Los Ángeles, escoltado disimuladamente por los dos guardaespaldas y su mánager. Dylan se reiría y todo, pero estaba más ocupado con el teléfono, mirando sus mensajes.

Le escribió a Nathan que todo estaba bien y cuál era el trato que habían ofrecido los mandamases. Nathan tardó apenas un segundo en contestar: «Vale. Nos vemos en dos semanas». Le escribió rápido a Jude y a Jayden para decirles que había llegado sin problemas, y releyó el mensaje de Nathan, sin saber qué más contestar. Al final decidió que no era el momento de hablar con él, y aunque sabía que le quitarían el teléfono en la clínica, pensó que el tiempo muerto les vendría bien a todos.

«Dos semanas», se dijo. Dos semanas que Nathan se pasaría haciendo no se sabía el qué y en las que los Lowell permanecerían en casa con su familia. Dos semanas de descanso, hasta que les dieran más órdenes.

Se metió el móvil en el bolsillo y siguió a sus acompañantes hasta el área donde se recogían los equipajes. Por suerte para Dylan, iba a ser el último aeropuerto que viera en un tiempo. Joder, cómo odiaba los aeropuertos.

Capítulo 2

*No one knows what it's like to be the bad man,
to be the sad man, behind blue eyes.
Behind Blue Eyes, Limp Bizkit*

Los Ángeles, California

Nathan Blair sintió su móvil vibrar en el bolsillo y lo sacó, más por costumbre que por interés, comprobando que Dylan le había escrito. Le contestó, también, más por costumbre que por interés.

Después apagó el teléfono porque no tenía ninguna intención de entablar una conversación amistosa con él, y no quería que los otros dos empezaran a meter las narices donde no había nada que ver. Nathan podía jurar que los Lowell eran un par de viejas que se habían reencarnado en los cuerpos de dos rubios fornidos, porque si no, no entendía ese nivel de curiosidad insano que los hermanos tenían. Debía de ser que se habían criado en una casa donde habían sido muchos y la privacidad era imposible. Nathan estaba seguro de que era eso, pero él, hijo único con padre desconocido y madre trabajadora, se había criado solo, y estaba acostumbrado a que nadie curioseara en su vida. Y pretendía que siguiera siendo así, muchas gracias.

Volvió a guardarse el teléfono, y siguió caminando calle arriba. Cuando vio que iba a llegar a un Starbucks, se cambió de acera, y se escondió un poco detrás del pelo, porque, aunque era de noche, lo último que quería era que lo reconocieran todas esas niñas cargadas de teléfonos, cafeína y hormonas. No era que Nathan fuera llamativo en sí mismo, ni que en Echo Park no vivieran los suficientes famosos como para que los vecinos estuvieran acostumbrados a verlos caminar por las calles, pero para Nathan Blair cualquier precaución era poca. Sentía claustrofobia solo de pensar en verse atrapado en una marea de fans. Nathan aceleró el paso sin darse cuenta.

Cuando llegó a la casa de ladrillos oscuros y techo negro, elegante y rústica, vaciló durante un segundo. El portafolio que llevaba bajo la mano no

pesaba demasiado, y eso a Nathan le resultaba curioso. Qué poco pesaba el futuro bajo las yemas de sus dedos y cuánto en su conciencia.

«Solo son letras, Nathan, por el amor de Dios», se dijo.

Eso era cierto. Solo eran letras. Solo eran canciones.

Respiró dos veces seguidas, cerrando los ojos y recordándose a sí mismo que nada de lo que estaba haciendo estaba realmente mal, aunque ese peso en el estómago que tenía desde hacía meses le dijera lo contrario.

«Qué le den», pensó.

Llamó al timbre y, mientras esperaba —no debieron de tardar más de cinco segundos en abrirle—, tuvo tiempo de plantearse muchas cosas. Se planteó abandonar esa oportunidad, olvidar que había existido, seguir haciendo lo que había estado haciendo durante los últimos cinco años; se planteó llamar a Dylan, sentarse en la acera y llorar como un descosido mientras le decía la verdad, y nada más que la verdad; se planteó incluso ir al registro civil, cambiarse el nombre y empezar de cero. Se planteó todo eso, pero para cuando la chica le abrió la puerta —no recordaría el nombre de la bajista sin importar las veces que se la presentaran— ya se le había olvidado.

Se le olvidó todo excepto el camino que marcaban sus pies.

La casa estaba llena de vida, a pesar de que Nathan solo había quedado con Quinn, el cantante de Velvet Letters, la banda que Kill Me on Saturday había tenido como telonera durante la primera mitad de la gira. La chica —¿Perséfone? ¿Morgana? Era una mierda de nombre místico, de eso estaba seguro— desapareció, con su pelo azul y su vestido de terciopelo negro, en una habitación donde había tanto humo que Nathan en realidad no distinguió a nadie. Había piernas y brazos y gente que se reía. Cajas de *pizzas* sobre la mesa, y una guitarra eléctrica abandonada en el suelo.

Nathan intentó seguir el pasillo sin tropezar, porque la única luz que parecía haber encendida era la de la cocina, pero no llegó muy lejos.

—Mierda, tío. ¡¿De qué vas?! —le gritó un colgado que estaba sentado en el pasillo, con el móvil en la mano, mirándolo como si el teléfono estuviera planteando una gran batalla. La pantalla ni siquiera estaba encendida.

Nathan iba a mandarlo a tomar por culo, pero por suerte para él se dio cuenta de que era Zack, el batería. Por suerte para él, porque el irlandés no era conocido por su paciencia y amabilidad. Y Nathan pensaba que él tenía mala fama.

—Perdona, hombre. —Nathan levantó las manos en señal de paz, intentando sonreír. Creía que lo había conseguido. A veces practicaba tan poco

eso de levantar las esquinas de los labios que Nathan no confiaba mucho en sus habilidades para volver a hacerlo—. Estoy buscando a Quinn, ¿alguna idea de donde puede estar?

El batería lo miró, confundido por un segundo, y divertido después, porque el cabrón comenzó a sonreír sin más. Ni siquiera iba a preguntar por qué.

—Está donde está la luz —dijo sin más, y se calló. El puto loco.

Nathan le dio las gracias y siguió andando, porque cuanto menos tiempo pasara en su presencia, menos mal se sentía Nathan. A veces se preguntaba si sus raíces inglesas lo hacían parecerse a Zack. El acento extraño, ese mal carácter inherente en ellos y un mal hábito por el *whisky* los debía hacer parecidos. Esperaba que al menos él no pareciera un pirado cuando hablaba.

Como era la única pista que tenía, Nathan siguió la luz hasta que acabó en lo que él ya sabía que era la cocina. Se encontró con Quinn sentado en la barra americana, fumando distraídamente mientras hablaba por teléfono. Nathan pensó en tocar a la puerta, al fin y al cabo, no quería interrumpir a nadie en la privacidad de su hogar, pero en cuanto el otro lo vio, le sonrió y le hizo un gesto con la mano para que entrara.

—Solo un segundo —le murmuró mientras seguía al teléfono, y se dio la vuelta para terminar su conversación.

Nathan aprovechó para sentarse al lado del sitio que claramente tenía ocupado el cantante y esperó. Diría que pacientemente, pero mentiría. Estaba tentado de volver a morderse las uñas, a pesar de que había dejado el mal hábito años atrás. Nathan observó a Quinn, porque tenía que dejar de pensar en qué estaba haciendo ahí. Quinn era más bajo que él, pero más delgado. Los vaqueros oscuros se le pegaban a las piernas y su camiseta gris era ancha, sin mangas. Una de las cosas de Quinn que más había llamado la atención a Nathan era que no tenía ni un solo tatuaje. Su piel morena estaba immaculada.

—Nathan, tío. ¡Cuánto me alegro de verte! —exclamó Quinn, y a Nathan no le dio tiempo ni a levantarse, ni a hacer amago de darle la mano ni a nada. Quinn lo abrazó sin pensarlo dos veces y a Nathan el contacto lo abrumó y lo hizo sentir incómodo, pero se las arregló para darle unas palmadas en la espalda y conseguir que el cantante se diera por contento. A veces, Quinn le recordaba tanto a Dylan que quería llorar, o gritarle. Una de las dos—. Ya pensaba que no vendrías.

Nathan sonrió, más porque se alegraba de que Quinn se hubiera sentado a su lado y hubiera dejado de tocarlo que porque tuviera ganas de reír. Si Quinn

se dio cuenta, no dijo nada.

—Te hice una propuesta en la gira —contestó como toda explicación a sus motivos. Y lo era. Nathan le había prometido a Quinn echarle una mano con las letras de las canciones del nuevo álbum de la banda porque Quinn se lo había pedido. Y lo que para otros podría haber sido una molestia o exceso de trabajo, para Nathan había sido como ver el cielo abierto. *Libertad para escribir* eran tres palabras que el inglés no oía a menudo, y le supieron a gloria.

—Lo hablamos hace meses y pensaba... —Pero Nathan lo interrumpió antes de que siguiera hablando.

—Yo cumplo lo que prometo.

Quinn se rio, levantando las manos en señal de paz.

—No me estoy quejando, hermano. No me estoy quejando. Enséñame lo que tienes.

Las manos no le estaban temblando. No. Eso no era propio de Nathan, y sin embargo le temblaban un poco cuando le acercó la carpeta a Quinn. Lo observó mientras este la abría y ojeaba las páginas, las canciones. Su vida. Prefirió centrarse en los ojos grandes y oscuros de Quinn repasando las páginas. Nathan no tenía ni idea de cuál era el apellido del cantante, pero se jugaría una botella de *bourbon* a que era latino. Quinn se mordía el aro que llevaba en el centro del labio mientras leía. A Nathan le iba a dar un infarto.

—¿Qué te parecen?

Quinn no contestó inmediatamente, siguió leyendo, saltándose párrafos, ojeando.

—¿Que qué me parecen? —dijo al cabo de un segundo. Estaba sonriendo y eso a Nathan lo tranquilizaba un poco, pero no volvería a respirar hasta que Quinn le dijera que el trabajo estaba bien hecho—. Son cojonudas. Co-jo-nudas.

Nathan sintió que soltaba el aire que no sabía que estaba reteniendo.

—Pero me dijiste que no habías escrito nada para Kill Me... en meses. —Quinn no estaba preguntando, pero la pregunta estaba ahí.

¿De dónde habían salido estas canciones si no tenía nada, repetía, nada de material preparado para el nuevo álbum que su grupo estaba componiendo? La respuesta era fácil: esas eran las canciones que había escrito para su propio álbum, pero que Nathan sabía que nunca pasarían la censura de la discográfica. Esas canciones nunca verían la luz y Nathan estaba harto de dejarlas en una carpeta, encerradas. Nathan estaba más harto todavía de

escribir música sencilla, de dejar fuera las metáforas complicadas y los ritmos arriesgados. Nathan sentía que se estaba diluyendo, y sus canciones con él, y no podía permitirlo.

—Si las quieres, son tuyas —dijo, sin contestar a Quinn.

Quinn no era estúpido —Nathan lo tenía por muchas cosas, pero estúpido no era una de ellas—, pero tuvo el sentido común de cerrar el pico, y cerrar de paso la carpeta.

—¿Condiciones? —No, Quinn era muchas cosas, pero tonto no era una de ellas.

Nathan se mordió el pulgar, la yema del dedo callosa por la costumbre, mirando a Quinn.

—Úsalas completas.

Quinn solo asintió. Después abrió la carpeta una vez más, volviendo a ojear las canciones. El cigarro que se había estado fumando cuando Nathan entró ya se había consumido en el cenicero, pero no pareció importarle.

—¿Estás seguro de que a Dylan no le importa? —preguntó Quinn, aún inseguro—. El material es bueno.

Nathan sintió el peso de lo que estaba haciendo en ese momento, como si Dylan fuera el Creador y él un feligrés descarriado, y después se cabreó por sentirse de esa forma. Se cabreó consigo mismo por imbécil, y con Dylan por creer que era el dueño del universo. El cabreo lo ayudó a no sentirse un traidor durante un rato.

—Créeme, a Dylan no le importa.

Capítulo 3

*She wants to be found;
the only way out is through everything she's running from.
Stand in the Rain, Superchick*

Los Ángeles, California

Elizabeth sabía que iba a ser uno de esos días.

Lo supo en el momento en que puso los pies donde debería haber estado la alfombra, pero no lo estaba, pisando la losa fría. A pesar de que el sol apenas entraba por las rendijas de la persiana y que el despertador aún no había sonado, supo que se iba a arrepentir de haberse levantado. Era una sensación en la base del estómago que le aceleraba el pulso. Había alguna clase de electricidad estática en el ambiente que le decía que el día iba a ser malo. Se apartó de la cara los mechones de pelo que se le habían escapado del moño, y se dijo a sí misma que era mentira. Que ella era una persona de mundo, una chica culta y de ciencia, una psicóloga que se pasaba la vida desmontando los mitos de los demás.

Se quedó un rato sentada donde estaba, mirando sin mirar nada, despertándose mientras se intentaba deshacer de aquella sensación. Era una de esas pequeñas cosas de antes. De su otra vida. Uno de esos pequeños detalles que no había podido quitarse de encima por mucho que lo intentara. Era curioso cómo podíamos borrar recuerdos de sucesos enteros, o pequeños detalles, pero era más difícil cambiar costumbres. Ella lo sabía, se dedicaba a eso día tras día con sus pacientes, y en teoría sabía cuáles eran los patrones para cambiar, cómo identificarlos y modelarlos. Sabía muchas cosas, pero verlas en sí misma y tener el poder para cambiarlas era algo muy diferente.

Debieron de pasar unos minutos, Elizabeth no lo tenía claro, porque aún no estaba muy despierta, pero sabía que no podía perder demasiado tiempo. Se puso en pie, llevando cuidado de no pisar los bajos del pantalón del pijama, y caminó sin encender la luz hasta el baño contiguo a la habitación.

Estuvo tentada de no encender tampoco la luz del baño, y ahorrarse a sí misma la tragedia de verse en el espejo, pero antes o después tenía que mirarse a la cara, y esa era una lucha que hacía tiempo que había perdido. Vio que sus ojos azules y su boca estaban donde siempre. Tenía la cara pálida, y las mejillas salteadas de pecas, porque nadie vivía en Los Ángeles durante mucho tiempo sin sufrir consecuencias dermatológicas. Incluso el moño que se había hecho para dormir seguía, a pesar de las horas, enredado en la cima de su cabeza. Todo estaba tal y como lo había dejado, y Elizabeth se enfurecía consigo misma a diario por buscar algo diferente en el espejo cada mañana.

Odiaba mirar su reflejo y ver no solo su cara, sino la de su padre, los mismos ojos, la misma dichosa boca. A veces cuando se reía, se sorprendía a sí misma escuchando la risa de su propio padre y dejaba de reírse sin poder evitarlo.

Eran esas pequeñas cosas. Cosas que no podías evitar tener. Quizá compartiera algo también con su madre biológica, pero Elizabeth no lo sabía. Nunca la había conocido. Se decía a menudo a sí misma que había sido para mejor. ¿Quién en su sano juicio iba a abandonar a un bebé recién nacido con un músico depresivo que vivía de gira en gira? Sabía que era un pensamiento precipitado al que le faltaba análisis, eso que la gente de la calle llamaría *una mentira piadosa*, pero Elizabeth había sobrevivido así, no podía permitirse renunciar a ellas a estas alturas del partido.

Suspiró, molesta consigo misma por seguir teniendo la misma sensación en la boca del estómago y por estar cinco minutos delante del espejo mirándose como una estúpida, como si mirarse sirviera de algo más que para recordarse a sí misma quién era. Elizabeth había intentado con mucho ahínco no ser quien era, pero cambiar de apellido, de vida y de familia no te cambiaba la cara, ¿verdad? No te cambiaba la cara, ni los recuerdos, ni lo que importaba de verdad.

Sacudió la cabeza, soltándose el pelo, y abrió el grifo de la ducha, dejando que el agua se calentara. Decidida a ocuparse en algo que la relajaba, y a olvidar torturas pasadas, sacó el cepillo y peinó el enredo de ondas que tenía. Su pelo estaba demasiado largo para ser cómodo, y al igual que muchas cosas en su vida, se decía a sí misma que lo cambiaría al día siguiente, aunque nunca lo hiciera, porque así era la única manera que tenía de funcionar otro día más. Se peinó la melena rubia, y se metió en la ducha sin darle más vueltas a nada. Si la sensación de angustia no desaparecía, tendría que ignorarla. ¿Qué

solía decirle ella a sus pacientes? Solo tenía poder si se lo dabas. Así que la dejaría estar, como si no estuviera.

El teléfono comenzó a sonar en ese momento desde la mesilla de su habitación y, aunque no había dejado que la alarma sonara para levantarse, Elizabeth sabía que no debían de ser más de las ocho. Cerró el grifo y distinguió el tono de llamada de la clínica. Puso los ojos en blanco, porque no importaba lo que fuera, ni qué tripa se le hubiera roto a quién, no cogía llamadas del centro donde trabajaba antes de las nueve. Y punto.

La segunda vez que sonó, Elizabeth ya estaba vestida con su traje de oficina favorito —porque si su cuerpo le decía que iba a ser un mal día, ella estaba decidida a hacerlo el mejor—, tenía los tacones puestos, y estaba terminando de recogerse todo el pelo en un moño alto. Volvió a hacer caso omiso, y fue a hacer la cama. Tardó una eternidad, porque le gustaban las sábanas bien estiradas y los cojines de una determinada manera, pero siempre le resultaba satisfactorio cuando había terminado. Contenta con su trabajo, agarró el teléfono y cerró la puerta de la habitación antes de bajar las escaleras hacia la cocina.

Se estaba preparando un café —negro y con mucho azúcar, por favor— y tenía una tostada calentándose mientras cortaba trozos de melón, todo a la vez, porque a veces la paciencia se le escapaba entre los dedos, cuando su teléfono sonó por tercera vez. A esas alturas estaba realmente intrigada, pero si era un tema de junta, podría arreglarlo en cuanto llegara, y si había habido alguna dificultad con un paciente, Marisa ya estaba en el centro desde hacía —miró el reloj de la cocina— cuarenta y cinco minutos. «Nada de lo que preocuparse», se dijo. Pero la sensación en el estómago se hizo un poco más fuerte, como si le hubieran puesto y apretado un corsé de golpe y ya no pudiera respirar.

Mientras colocaba la taza de café hirviendo, el plato con la tostada y el melón sobre la barra americana, hizo algunos ejercicios de relajación. Se los sabía de memoria, los enseñaba a diario. No tendría que ser tan difícil. Inspirar. Espirar. Respirar con el diafragma, mantener el aire. Lo hizo durante algunos minutos, hasta que su estómago rugió, y se dio por vencida. Tendría tiempo para eso durante toda la mañana, pero ella necesitaba comida ya.

Encendió la televisión solo para darle a su cerebro algo que hacer mientras masticaba y tragaba, no por llenar el espacio con alguna voz y desprenderse de la mala sensación. El canal de noticias estaba puesto, y Elizabeth ni siquiera se molestó en cambiarlo. Sopló el café de forma distraída mientras la presentadora comentaba los alarmantes precios del

petróleo y cómo afectarían al consumo de gasóleo. Elizabeth puso los ojos en blanco, porque ella cogía el coche exactamente dos veces al día, en un trayecto de diez kilómetros en total, por lo que gastaba menos en gasolina que en sujetadores. Literalmente.

Si lo pensaba, mudarse cerca del trabajo era una ventaja, y más cuando se vivía en Los Ángeles. Dios, todavía temblaba cuando recordaba los atascos eternos a todas horas, porque esos atascos ni siquiera tenían hora punta. Cuando Marisa y ella empezaron a trabajar en el proyecto juntas, y habían decidido la localización de lo que sería más tarde el Centro de Desintoxicación La Habra Heights, Elizabeth se había enamorado tanto del pequeño lugar metido en las montañas, con su tranquilidad, su pequeña comunidad de vecinos que se dedicaba a no saber que existías, que había decidido comprar una casita rural también. La mejor decisión que había tomado nunca, en serio.

A Marisa, su madre adoptiva, no le había hecho tanta gracia el sitio. Marisa Harvey era una mujer llena de vida y energía que se alimentaba del ajetreo de la ciudad tanto como las plantas necesitaban el sol. Era una mujer que se había criado en las playas de la ciudad, tenía la piel tostada, y nunca decía que no a una fiesta. Era una de esas personas que preferían estar rodeadas de gente y ruido de vida que allí, en una zona tranquila, durmiente, residencial. Elizabeth se imaginó por un segundo a Marisa viviendo allí, con ella. Tuvo que sonreír a pesar de todo.

Sonrió por primera vez en toda la mañana mientras le daba el primer trago al café y pensó en lo a gusto que estaba allí, y la buena decisión que había sido dejar la casa de Santa Clarita que compartía con Marisa. Disfrutaba de su trabajo como coordinadora psicológica, disfrutaba teniendo a Marisa como jefa y directora. Tenían un gran equipo, y sabían cuáles eran las mejores cualidades de cada profesional con el que contaban. Entre todos habían conseguido que el centro tuviera la mejor tasa de recuperación en el distrito de Los Ángeles, y Elizabeth estaba muy orgullosa de su trabajo. Era una de las pocas cosas que sentía que tenían sentido en su vida, y que, además, estaba saliendo tal y como ella tenía planeado.

Ironía de la vida, fue curiosamente el nombre de su trabajo el que la sacó de esos pensamientos y la devolvió a la realidad. Elizabeth cogió el mando y le subió el volumen al televisor, prestando en ese momento toda su atención, porque debía de haber oído mal:

«La pasada madrugada, Dylan Reeves, el cantante de Kill Me On Saturday, hizo su ingreso en un centro de desintoxicación. El centro, situado en la pequeña localidad de La Habra Heights, es totalmente anónimo, y aunque la entrada se hizo de madrugada, nuestros reporteros capturaron el momento de la llegada...».

El tic nervioso comenzó en el ojo, y se extendió por toda su cara.

«¿¡Qué!?!», exclamó para sí misma.

La reportera siguió hablando. Las imágenes mostraban a un chico saliendo de un todoterreno negro, rodeado de guardaespaldas, y a un hombre bajito con tatuajes y mala leche que apartaba las cámaras a empujones. El corazón de Elizabeth iba a mil por hora. Tenía que ser una broma. No era cierto. No en su centro. No en su vida. Simplemente, no.

Pero no era ninguna broma. Ahí, en la televisión —¡en la televisión, con todos los periodistas en la puerta, y los *flashes*, y el jaleo de voces entremezcladas!— se veían las puertas de hierro altas y negras que ella misma había elegido para la entrada a los jardines del edificio. Era casi surrealista. ¿Estaba soñando? Sentía que estaba soñando. Estaba viendo desde la cocina de su casa como ese músico famoso entraba por las puertas del que era el proyecto de su vida. Y el tipo entraba sonriendo. ¡Sonriendo! Elizabeth sentía ganas de vomitar, y eso que apenas le había dado tiempo a tocar el desayuno.

El cantante, ese tal Dylan Reeves, llevaba gafas de sol que le ocultaban la mitad de la cara —gafas de sol de madrugada, el imbécil—, y entraba sonriendo a su clínica, como si todo fuera una gran broma para él.

Elizabeth no solía decir tacos en voz alta, pero...

—Mierda, mierda... ¡Joder!

El tipo entraba sonriendo y, Elizabeth estaba segura al cien por cien de ello, sin ganas ni intención de hacer la terapia ni de recuperarse. Seguro que al niño bonito del *rock* lo habían ingresado por obligación, y haría el paripé durante algunas semanas, para después salir y volver a las andadas, dejando la reputación de su centro, y de ella en consecuencia, a la altura del betún.

El mal presagio se convirtió en algo más, en una ira que no sabía cómo sacar; se convirtió en algo que no tenía nombre y, si lo tenía, Elizabeth no quería ponérselo, porque pararse a pensarlo demasiado era perder la cordura que había conseguido ganar en los últimos años. La sensación que tenía en la boca del estómago se hizo un gigante, y ya no fue más una sensación, de repente era un monstruo. La cogió de la garganta, y de las muñecas, le

aprisionó los tobillos. Se sintió atrapada, como si hubiera dado un paso voluntario dentro del ojo de un huracán.

Apagó la pantalla del televisor sintiendo náuseas, sudando. ¿Le estaban temblando las manos? ¿Era un ataque de pánico lo que sentía en la punta de los dedos o solo era un hormigueo?

Su teléfono sonó otra vez y, esa vez, lo cogió, aunque fueran las nueve menos cuarto, pero a la mierda las reglas. Las posibilidades le daban vueltas en la cabeza. No le podía importar menos quién fuera ese niño —porque era un niño, no podía tener más de veinte años—, ni qué hubiera hecho ni cuáles fueran sus problemas. El instinto de supervivencia se le activó, como si llevara años dormido y estuviera hambriento, dejando toda su ética como profesional enterrada en un rincón de su cerebro que ya no era importante. No le importaba ni quién era, ni qué necesitaba, ni el dinero que podría dar, ni la fama ni la publicidad. No le importaba nada.

No lo quería en el centro.

No lo quería en *su* centro, y punto.

—¿Qué?! —contestó al teléfono histérica y sin mirar la pantalla. La voz se le agudizó un poco, porque había algo en ella, un sistema nervioso, un cableado neuronal, que había enterrado hacía varias eras, y estaba volviendo a la vida, estrangulándola.

—Buenos días, cariño. —Marisa sonaba tranquila, pero cauta—. ¿Te has enterado ya de las buenas noticias?

Elizabeth no supo qué procesar primero, si la voz tranquila de su madre, como si estuviera intentando hablarle a un león enjaulado, o la expresión *buenas noticias*. Buenas noticias eran que las subvenciones del Estado fueran concedidas; buenas noticias eran que ese paciente con el que llevaba trabajando meses después de una recaída se integrara de nuevo en su hogar. Buenas noticias eran muchas cosas, pero no una estrella del *rock* que arruinaría el trabajo de años en cuanto saliera a la calle y volviese a montar algún numerito. Mancharía el buen nombre del centro al que ella y Marisa le habían puesto tanto sacrificio en los últimos años.

Buenas noticias podrían ser muchas cosas, pero desde luego Elizabeth no lo clasificaría dentro de nada que tuviera que ver con el mundo del espectáculo.

—¿Cuándo has tomado la decisión, Marisa? No entiendo cómo no lo has llevado a la junta. Sabes que esta clase de personaje público nos puede hundir en la miseria. —Y era verdad. No importaba lo bien que hubiera ido con el

resto de los clientes si el único que el mundo iba a conocer era el peor de todos. Elizabeth se aferró a que esa era la idea que más le molestaba de todas, no lo *otro*. *Eso* que la estaba agarrando del cuello en ese momento.

—Ha sido una decisión de última hora, esta misma madrugada. —Marisa le mentía. Si Dylan Reeves había ingresado de madrugada, los arreglos debían haber estado hechos horas antes. La tarde anterior. O incluso el día antes. Y Marisa le había sonreído ayer cuando se despidieron a la hora de la cena, le había dado un beso y le había dicho: «descansa, cariño», sin mencionarle absolutamente nada—. Y la publicidad nos vendrá de perlas, cariño.

Elizabeth puso los ojos en blanco, se mordió la boca, soltó el aire por la nariz. Probablemente todo a la vez. Era un tornado dentro de un vaso, y el tono calmado de su madre no ayudaba. Pero no iba a gritar. No. No iba a gritar.

—Si sale bien, quieres decir —le contestó entre dientes.

—Oh, cariño. Saldrá bien. Va a tener a la mejor psicóloga del condado. —Marisa se rio un poco; después añadió—: No tardes en llegar. Tenemos junta con la discográfica. Los abogados, el mánager, ya sabes. Te veo ahora.

Y colgó dejando a Elizabeth mirando el teléfono como una completa idiota. Las palabras *discográfica*, *mánager*, *grupo de rock*, *cantante* le daban vueltas en la cabeza una y otra vez, y sintió que sus terrores nocturnos estaban cobrando vida. ¿Por qué Marisa volvía a ponerla en esa situación? ¿Qué necesidad tenía de arrastrarla de nuevo al mundo de la industria musical, y todo lo que la rodeaba, cuando ella mejor que nadie sabía todo lo que había sufrido debido a él? Elizabeth era feliz con su vida pequeña y anónima, y no quería volver a recordar lo que era tener que proteger su cara de los *flashes* de las cámaras, leer noticias sobre ella en el periódico, o en cualquier blog de internet. Elizabeth había enterrado a su padre, sus recuerdos y esa vida como el que dejaba de beber leche porque se había vuelto intolerante a la lactosa.

Su primer instinto fue no ir a trabajar.

No iría a trabajar y punto. Dejaría que Marisa le encargara la tarea a cualquier otra psicóloga del equipo, y una vez que la entrevista inicial con el paciente estuviera hecha, el trato estaría sellado. Era un plan perfecto, excepto que tenía otros pacientes que atender esa mañana, y se negaba a dejar que su pánico la dominara y arrasara con el resto de su vida. Se negaba a volver a sentirse como esa niña que una vez había sido, sin poder ni voluntad, solo llena de pánico. Ella tenía un plan establecido, unas prioridades, y no iba a dejar que un niño cualquiera se lo estropeará, ni que la alcahueta de su madre ganara el juego.

Además, se recordó, tenía que vigilar a Marisa en la junta. A saber qué clase de trato iba a firmar en la reunión sin su presencia. No le gustaba la idea de enfrentarse a los altos cargos de una discográfica, por razones que le gustaban menos todavía, pero sabía, porque para su desgracia había pasado años dentro del mundo musical, que eran tiburones a los que había que echarles de comer desde las gradas, con una caña de pescar. Se maldijo por preocuparse por su madre y por el bienestar del negocio por encima de todo, a pesar de que debería estar poniendo kilómetros de distancia entre ella y ese paciente.

Las manos todavía le temblaban cuando cogió el bolso y cerró la puerta de casa.

* * *

Llegaba tarde a la reunión.

Pasó la entrada principal —esa de altas rejas negras y jardines encantadores que había visto en televisión hacía unos minutos— y le dio la vuelta al recinto para entrar al pequeño aparcamiento que habían construido detrás. Después, caminó a grandes zancadas —se estaba haciendo daño en los pies por culpa de los tacones, pero el dolor le sirvió para despejarse—, pasando la entrada de los trabajadores y saltándose el detector de metales y otras formalidades, porque de verdad que llegaba tarde.

El ascensor que la dejó en la última planta iba vacío y Elizabeth se negó a mirarse en el espejo. Si se miraba, todo lo que vería sería la cara de su padre, riéndose de ella desde la tumba. Si se miraba y lo recordaba, y los años enterrados volvían, se sentaría en la esquina del ascensor y se echaría a llorar, temblando.

Bum, bum. Bum, bum.

Su corazón llevaba un ritmo de infarto esa mañana. Elizabeth se sorprendió de que el edificio no se estuviera tambaleando con la fuerza de sus latidos, un terremoto dentro de ella que no sabía cuánto tiempo iba a poder aguantar.

Salió del ascensor y caminó por el pasillo, haciendo caso omiso de las secretarias que la saludaban —después se reprocharía ser tan antipática, en este momento tenía toda su concentración ocupada en no hacerse pedazos, muchas gracias— y abriendo las puertas dobles de la última sala.

No se molestó en llamar.

Todos la estaban esperando en la sala de reuniones, aunque la pantalla gigante estuviera apagada. La sala estaba llena del equipo que ya conocía: el jefe del equipo médico, el jefe de enfermería, seguido de la coordinadora social. El jefe de administración era el último, y después estaba la silla vacía esperando a Elizabeth, como coordinadora del equipo psicológico. A la cabeza, Marisa representaba al equipo de dirección. Todos le sonrieron, algunos le hicieron un saludo con la cabeza, pero a Elizabeth todos le parecieron alienígenas con dos cabezas. Estaba empezando a perder el enfoque.

El otro lado de la mesa, sin embargo, estaba ocupado por caras desconocidas y masculinas. Serios, trajeados y vendiendo la sensación de trabajar para el diablo. Todos excepto uno, que se sentaba en la última silla de la mesa, y aunque vestía una chaqueta americana, la camiseta informal y los tatuajes que asomaban entre los dedos y el cuello lo hacían destacar como una antorcha en medio de la oscuridad. Elizabeth lo reconoció como el tipo que les gritaba anoche a las cámaras que grabaron el ingreso del cantante.

—Disculpen el retraso —dijo, y creía que su voz había sonado plana y formal, sin una pizca del pánico que sentía. Todo el mundo la observó en silencio mientras ella caminaba hasta su sitio y tomaba asiento. Por suerte, Marisa la rescató.

—Les presento a Elizabeth Harvey, ella es la coordinadora del equipo psicológico. —Y si no hubiera estado ya sentada, Elizabeth se hubiera caído al suelo cuando Marisa añadió—: Será la encargada del bienestar emocional de nuestro cliente.

Elizabeth se sintió en ese momento como el diez de espadas en una baraja de tarot. Todas las espadas clavadas en su espalda, una a una. Los ojos vendados, y sin posibilidad de defenderse. Había visto esa carta una vez en casa de Marisa, y nunca la había olvidado. En ese momento supo que su cerebro la había estado almacenando exactamente para esa ocasión.

Elizabeth supuso que debía añadir algo a los cuatro pares de ojos que la miraban desde el otro lado de la mesa, pero no pudo más que sonreír, corroborando las palabras de su madre. Aparentemente, el resto de las introducciones ya se habían hecho, y Marisa ya había discutido cuáles serían las tareas de cada miembro del consejo de cara a la recuperación del paciente. Bien, menos tiempo tenía que estar ella allí sentada.

El miembro más cercano a Marisa, que tenía cara de tener una úlcera crónica y llevaba un traje que costaba más que la casa de Elizabeth, dijo:

—Como comprenderán, el señor Dylan es una entidad pública. Su trato debe ser el más discreto posible.

«No, ¿en serio?», dijo para sus adentros Elizabeth con tono irónico. Como si ellos fueran por ahí publicando la información privada de sus clientes, fueran anónimos o no. La seriedad y la discreción eran dos de los pilares básicos del centro y ese mequetrefe, fuera quien fuera, los estaba poniendo en duda. Elizabeth no solía entrar en discusiones a menudo, se consideraba una persona paciente, que sabía estar en su lugar, ofreciendo soluciones y sin dar problemas. Por algo era la coordinadora del equipo psicológico. Se especializaba en resolver problemas de forma rápida, tener mucha paciencia y manejarse en situaciones de estrés.

Pero al parecer, no esa mañana. La ira sustituyó al miedo, y el cambio fue más que bienvenido. Elizabeth se prendió como una antorcha empapada en aceite.

—¿Está poniendo en duda nuestra capacidad de dar anonimato a su cliente? Sabemos lo que estamos haciendo, y si nos ha elegido, es que usted también lo sabe —le respondió.

El Tiburón Número 1, cara de úlcera, le sonrió a Elizabeth como si en vez de sonreírle quisiera arrancarle la mejilla de un bocado. Las manos de Elizabeth estaban hechas un puño sobre su falda, y estaba enfadada. No tenía sentido, pero prefería estar cabreada a asustada, y esos señores de traje se la iban a cargar esa mañana. Y a la mierda con la lógica.

—Somos conscientes, señorita Harvey. Hemos hecho un estudio, y su centro ha ganado el balance. Pero... —Le hizo un gesto con la mano al Tiburón Número 2, que abrió una carpeta y fue depositando ficheros, grapados y encuadernados, a cada uno de los coordinadores, y finalmente a Marisa—. Necesitamos que firmen un contrato de confidencialidad. Entenderán que tomemos las medidas después del altercado de la noche pasada. Esos periodistas no van a dejar de acosarlos mientras nuestro cliente esté tras estas puertas.

Y no era eso verdad.

—Por supuesto, señor Lawrence —añadió Marisa, y Elizabeth vio por el rabillo del ojo como cogía sus documentos y los ojeaba—. Es totalmente comprensible.

Ella y su tono apaciguador estaban sacando de quicio a Elizabeth. Cogió su propio contrato y le echó un vistazo, más por mantenerse ocupada en algo que por interés. Sabía que el resto del equipo estaría de acuerdo en tener a un cliente con ese caché y que Marisa ya había cerrado el trato a sus espaldas. Aquello no era más que una formalidad por la que tenía que pasar.

Ojeó disimuladamente al personal mientras Marisa discutía algo con Tiburón Número 1 y los demás coordinadores hablaban alegremente entre ellos y firmaban sus contratos, como si aquello fuera la compra del año. Un coche con la batería gastada, que habían comprado por dos duros, y que, si lo arreglaban, duraría toda la vida. Para Elizabeth era más bien una pistola en la boca, con alguien que no era ella acariciando el gatillo. Todo el mundo estaba ocupado en sus propios pensamientos o conversaciones, y nadie se dio cuenta de que Elizabeth no estaba ni leyendo ni firmando. Sin embargo, el hombre de los tatuajes la estaba mirando.

Elizabeth quiso apartar la mirada, pero después se recordó a sí misma que esos eran su terreno y su trabajo, y que no iba a dejarse apabullar solo porque el tipo llevara tantos tatuajes que pareciera un cuadro. Le guiñó el ojo y Elizabeth puso los ojos en blanco. Músicos. Llevaba dieciséis años sin rodearse de ellos, pero nada había cambiado.

Al final se dio cuenta de que todos habían entregado sus contratos y que la estaban mirando a ella. No se disculpó, solo firmó sin mirar dónde y lo entregó, porque aquellos tipos habían puesto en duda su capacidad de ofrecer un buen servicio, así que ella podía hacerlos esperar un poco.

Cuando todo estuvo terminado, se hicieron las despedidas pertinentes, pero Elizabeth estaba muy ocupada con las cutículas de sus uñas. Se levantó cuando todos salían, esperando a ser la última, con la esperanza de poder empezar con sus citas de la mañana sin más incidentes.

Por desgracia, Marisa la estaba esperando en la puerta, y tuvo que caminar con ella por el pasillo.

—He pasado a Martin a las 11 —dijo, dejándolo caer como si no fuera un abuso de poder.

—Pero tenía una cita con él ahora. —Elizabeth la miró, sin creerse lo que estaba escuchando—. Sabes que es un paciente crítico.

Marisa se acercó a Elizabeth, tocándole el brazo. Era un gesto cariñoso que hacía a menudo, pero que en ese momento estaba destinado a calmarla. Después de todo, estaban en medio del pasillo, y había gente en los despachos, gente en los mostradores, y todo el mundo estaba trabajando.

—Y he hablado con Martin. Estaba más que dispuesto a que lo vieras en un rato. —Marisa fue a decir algo más, pero se lo pensó mejor, y con una caricia en el brazo se despidió de Elizabeth. Ya le había dado la espalda, y había caminado unos metros, cuando se dio la vuelta y le dijo, de forma muy casual—: Por cierto, tienes un paciente esperando en el despacho. No hagas que se impacienta, ¿quieres? —Le sonrió y todo después de decirlo.

Elizabeth le iba a pegar. Nunca jamás le había dado un puñetazo a nadie, pero sentía ganas de pegarle. Se quedó ahí plantada unos segundos, en medio del pasillo, viendo como la espalda de su madre se hacía más pequeña mientras se alejaba, y sintiendo los ojos de los demás sobre ella. Sonrió, vendiendo la imagen de que todo estaba perfectamente.

Definitivamente, iba a ser uno de *esos* días.

* * *

—Puedes hacerlo. —Elizabeth se habló delante del lavabo, con los ojos cerrados, y el agua fría resbalándole por las muñecas que tenía debajo del grifo.

Le gustaría decir que había tenido la entereza de entrar directamente a su despacho y encontrarse con la estrella de *rock* que la estaba esperando, pero no. Le encantaría poder darse una palmadita en la espalda y decirse a sí misma que lo estaba llevando la mar de bien, pero esa mentira sería demasiado grande hasta para ella.

Estaba histérica. No podía concentrarse. Temblaba. Acababa de vomitar el poco desayuno que había conseguido meterse al estómago y estaba intentando que su cara volviera a la normalidad. Cuando el mareo se pasó un poco y su estómago se asentó, se secó las manos y sacó la bolsa de maquillaje que llevaba en el bolso para retocarse. Si iba a hacer esto, tenía que hacerlo con la máscara intacta, con la seguridad de que solamente ella era consciente de su nerviosismo. Perdería toda la credibilidad de cara al paciente si se mostraba en peor estado que él, y por Dios, a esas alturas, no sabía quién estaba para tratar a quién.

—Llevas años haciendo esto. Es tu vida, Liz —se dijo mientras se pintaba las pestañas, y sonrió, ensayando frente al espejo—. Solo es un paciente más.

Si hubiera sido otra, habría pensado en desobedecer las órdenes de Marisa, y pasarle el marrón a cualquier otro miembro del equipo. Seguro que Denna o Rebeca estarían más que interesadas en coger al cliente famoso, pero no quería parecer débil. Derivarlo significaba que no había podido con el reto, que era mucho para ella.

Y... ¡Oh, qué sorpresa! Era un reto. Su madre sabía muy bien qué hilos estaba moviendo y cómo lo estaba haciendo. Sabía muy bien por qué hacía lo que hacía y qué suponía para Elizabeth este encuentro. ¡No entendía por qué tenía que ser en ese momento!

Salió del baño y cuando llegó a su despacho, unos metros más adelante, comprobó que el resto de las psicólogas tenían sus puertas cerradas, lo que significaba que todo el mundo estaba en marcha. Revisó su móvil y vio que eran casi las diez menos cinco.

«Una hora», se dijo. Solo tenía que aguantar aquello una hora, después tendría su día normal. Cuando llegara a casa, incluso se comería ese tarro de Ben & Jerry's que tenía en el congelador, aunque Dios sabía que a sus caderas no le hacían falta las calorías extra. La idea del chocolate frío y las almendras crujientes la reconfortó durante un rato.

Abrió la puerta, sin saber qué encontraría dentro, deseando correr en la dirección opuesta.

* * *

Fue el olor lo primero que la ayudó a encontrarse un poco a sí misma. Su despacho olía a tabaco y ella no fumaba. Qué leches, ni siquiera estaba permitido fumar en el edificio. Las luces estaban encendidas; la mesa del despacho, tal y como la había dejado antes de irse. Los sillones marrones miraban a la mesa y la estantería que había detrás estaba llena de libros que en realidad Elizabeth no se había leído... Lo había intentado, de verdad, pero ¿cuánta teoría conductista puede aguantar un alma antes de querer morir?

Todo estaba exactamente igual que el día anterior. Incluso el abrigo que se había dejado olvidado en el sofá rojo que tenía junto a la pared del fondo, y que usaba a veces para tumbarse y descansar, entre paciente y paciente, cuando las sesiones la dejaban agotada. Todo estaba igual, excepto que la ventana del despacho estaba abierta y había alguien, de pie y de espaldas a ella, fumando.

Elizabeth no necesitaba sumar dos más dos para saber que ese alguien era Dylan Reeves. Sintió sus propias uñas contra la palma de las manos y se dejó a sí misma contar hasta diez antes de anunciarse. Mientras se calmaba aprovechó para mirarlo. Incluso a pesar de que estaba apoyado contra la ventana, con los codos sobre el borde, el cigarro fuera del despacho — probablemente para que las alarmas antihumos no saltaran—, se podía apreciar que era alto y sus hombros anchos. Desde detrás, Elizabeth solo podía ver una camiseta de manga corta blanca, unos vaqueros oscuros, y unas zapatillas en los pies. Tenía el pelo negro y estaba más corto a los lados que en el centro, en uno de esos cortes que se suponía que debían levantarse en grandes crestas, pero él no lo llevaba peinado así. Lo había dejado hacia abajo, y el pelo le rozaba la nuca. Tenía tatuajes en los tríceps, aunque desde donde estaba Elizabeth no podía decir qué dibujos eran. Tampoco era que le importara.

Fumaba con el brazo por fuera, y un café para llevar en la otra mano, y algo, Elizabeth no supo qué, hizo que soltara un quejido y su presencia fuera descubierta.

Elizabeth sintió todas sus alarmas encenderse y se maldijo por haber perdido la poca ventaja que tenía. Entonces el *rockero* giró la cabeza hacia un lado para mirarla. Lo hizo de forma rápida, no el movimiento perezoso que ella habría esperado, porque si era honesta consigo misma solo había un hombre al que veía cuando miraba al que tenía delante. Pero igual de rápido que la miró, volvió la cabeza de nuevo hacia delante. Una calada al cigarro, y fue como si nada hubiera pasado y ella no hubiera entrado. Elizabeth se sintió decepcionada y no sabía por qué. Quizá porque él aún llevaba esas gafas puestas, y ni siquiera había podido descifrar la expresión de su cara. Quizá porque había esperado que él empezara la pelea y le pusiera las cosas fáciles.

Elizabeth estaba empezando a comprender que no iba a haber nada fácil respecto a este caso.

Pensando en que ese era su despacho y la que tenía que sentirse como en casa era ella, y no él, avanzó, cerrando la puerta a su espalda. Dejó sus cosas en el escritorio, se quitó la chaqueta y la puso cuidadosamente sobre el respaldo de la silla de oficina. El ordenador estaba apagado, así que lo encendió.

—Señor Reeves —dijo manteniendo la compostura, las distancias y hasta el saber estar. Ni siquiera le tembló la voz—. Si es tan amable de acercarse a la mesa.

El *señor* Reeves le dio la última calada a su cigarro —¿quién mierda le había dejado tener tabaco dentro del centro? ¿Y por qué lo primero que ella había hecho no había sido quitarle ese maldito cigarro?—, echó la colilla en el café que al parecer había terminado de beberse y cerró la ventana. Elizabeth creyó oír una maldición, algo como «maldito Mark», pero podrían haber sido perfectamente imaginaciones suyas, porque cuando se dio la vuelta y echó a andar hacia ella, estaba sonriendo. ¡Sonriendo! Como si él fuera el amo y señor del sitio y tuviera claro qué, por qué, cómo y cuándo iban a suceder las cosas. No debería sacar de quicio a Elizabeth que un paciente estuviera dispuesto, contento y a su disposición, pero algo le decía que aquella sonrisa de «soy todo tuyo» no era más que una gran tapadera.

Elizabeth rodeó su mesa de despacho y lo alcanzó a la mitad.

—Encantada de conocerle. —Se maldijo mentalmente por no haber usado un término más informal. Regla número uno, Elizabeth, crea un entorno de confianza. Tratarlo de usted no entraba en ese paquete. Ni siquiera había empezado y ya estaba estropeando la terapia—. Soy Elizabeth Harvey, y voy a ser su psicóloga durante su estancia aquí. —Sonrió y todo al terminar, y sacó la mano para que él se la estrechara.

Un saludo formal era todo lo que ella esperaba. Temió, durante el segundo que su mano se quedó en el aire, que Dylan la dejara ahí, como un pasmarote sin estrecharle la mano y sin decirle nada, pero, para su sorpresa, él le devolvió el apretón, haciendo una inclinación de cabeza. Tenía unas manos bonitas, dedos largos y estilizados, aunque estaban rugosos. «La guitarra», se dijo. Nadie tocaba la guitarra tanto tiempo sin tener callos en los dedos. El recuerdo de las manos de su padre hizo que a Elizabeth se le retorcieran las tripas por millonésima vez esa mañana, pero no se dejó acobardar.

—Dylan —fue todo lo que dijo. Después, añadió, sin soltarle la mano—: ¿Nos hemos visto antes? Tu cara me resulta familiar.

El acento de Dylan no era demasiado cerrado, pero estaba. Sonaba al sur, ese deje en las vocales. Esa tendencia a arrastrar las palabras.

Elizabeth hubiera puesto los ojos en blanco de estar en la calle, en un ambiente distendido, y si Dylan Reeves no hubiera sido su paciente. Los hubiera puesto en blanco y hubiera pensado que qué manera tan trillada de ligar. Qué frase menos original. Seguro que el *rockero* de turno sabía frases mejores, y tenía mejores trucos. De verdad.

Pero por ser ella quién era, y tener la cara de quién la tenía, Elizabeth no se lo tomó como un intento inútil de ligar con ella, ni de romper el hielo.

Siendo un músico, que probablemente era fan de otros músicos, Elizabeth sabía qué cara estaba viendo cuando la miraba y por qué le resultaba familiar. Ryan Reed y ella eran como dos gotas de agua, para su disgusto.

Elizabeth entró en pánico —no había salido de él, en realidad— mientras Dylan la observaba, y aunque no podía verle los ojos, sabía que estaba buscando en su memoria, y era cuestión de tiempo que diera con la cara correcta.

Le soltó la mano, sin ser brusca, pero sintiéndose atrapada.

—No lo creo. No solemos tener pacientes famosos por aquí.

Él solo sonrió, pero no como antes. No esa sonrisa que decía no pasa nada, aquí todo está bajo control. Sonrió dejándolo pasar, pero sabiendo que algo de razón llevaba. Por suerte para ella, no insistió en el tema, y preguntó:

—¿Te importa si me siento? Ha sido una noche difícil.

Y más que lo iban a ser las que vinieran, pensó ella, pero no lo dijo. La recuperación de un paciente a nivel fisiológico no era bonita, ni divertida. Al principio, todos llegaban con la sensación de que no eran adictos y que podían controlar la ansiedad por consumir. Todos creían que la estancia allí, internos, no era necesaria, hasta que pasaban las primeras noches y el mono llegaba. Los sudores, las pesadillas, los temblores, las ganas de querer arrancarse las venas porque quemaban. Y a pesar de eso, la parte más difícil no era esa. Ni muchísimo menos.

—Por supuesto que no. Tome asiento, por favor. —Se apresuró a señalar uno de los dos sillones frente a su escritorio, deseando una barrera que los separara.

Pero Dylan ni la vio señalar, se dio la vuelta y caminó hasta el sofá. Se echó hacia atrás, abriendo los brazos sobre el respaldo y cruzando las piernas por los tobillos. Sus gafas seguían donde estaban, así que Elizabeth no podía decir si la estaba mirando o no, aunque sentía que sí. Vale, plan fallido. Sofá y sillón, nada de escritorio. Reprimiendo un suspiro, sacó del bolso una libreta negra y un bolígrafo y, arrastrando uno de los sillones hasta estar frente a frente con el *rockero* del día, se dispuso a empezar su trabajo.

Nunca era fácil abordar a un paciente la primera vez. A algunos les bastaba con que les preguntaras que tal les iba, y ellos solitos empezaban a hablar. Otros se tomaban su tiempo, pensativos, y solo contestaban con monosílabos. Elizabeth era muy buena adivinando qué tipo de paciente sería alguien cuando entraba por la puerta de su despacho. En ese caso, sin embargo, las gafas y la sonrisa la despistaban.

Dobló las piernas, colocó el cuaderno sobre ellas y se estiró la falda, pensando cuál iba a ser su pregunta —¿por qué mierda no pudiste escoger otro sitio? ¿Es muy difícil la vida de escenario en escenario, rodeado de chicas y alcohol? ¿Crees que alguien se traga tu mierda de actitud?—, pero él no le dio tiempo.

—Así que, ¿cómo vamos a hacer esto? Vengo aquí, nos sentamos, pasamos un rato ¿y después me puedo ir a mi habitación? —Echó la cabeza hacia atrás y todo, mientras preguntaba. Completamente en su elemento.

—¿Perdone? —Mierda, otra vez con el *usted* por delante. En serio, ni siquiera era algo que nacía de manera natural cuando mirabas a alguien como él, que debía de tener ¿qué?, ¿digamos, diecinueve años? ¿Veinte, máximo? Pero su cerebro había decidido que era mejor mantener las distancias. Genial.

—Según la mujer de esta mañana, mis sesiones iban a ser en grupo, tendría que ir tres veces a la semana, pero no dijo nada de... —Dylan habló rápido, moviendo las manos, y se echó hacia delante en el sillón, la pose relajada de antes era claramente una actuación que no había podido mantener mucho tiempo—. Así que estas sesiones no son necesarias, ¿verdad?

¡Ja! Buena suerte con eso, amigo. Elizabeth sabía que quien tenía delante estaba intentando por todos los medios mantener la compostura, justo igual que ella, y eso la tranquilizó un poco. Ese no era más que otro paciente que estaba aterrorizado por expresar todos sus pensamientos delante de un extraño. Nada a lo que no se hubiera enfrentado antes. Sin embargo, la hizo sentir curiosa. ¿Qué secretos podría tener este chico, que le aterrorizaba tanto ponerse delante de ella, aun estando dispuesto a asistir a las sesiones en grupo?

Con algo más de confianza en sí misma, Elizabeth sonrió.

—Marisa ha debido de darle la gira esta mañana, ¿verdad? —Dylan solo se encogió de hombros, un gesto universal que significaba «no lo sé»—. ¿Pequeñita, morena, una bola de energía?

—Esa sería, sí. —Sonrió, y otra vez esa sonrisa que le llenaba la cara.

No era que Elizabeth viera mucho más de su cara. El pelo negro le caía hacia un lado sobre la frente, y estaba alborotado, como si se hubiera pasado las manos por él un montón de veces. Sus pómulos eran altos y definidos, y su mandíbula era cuadrada, pero no demasiado. Era una cara bonita, masculina, pero no dura. Aniñada, pero adulta, porque aunque no le veía los ojos, había un montón de cinismo en su semblante. Tenía el labio de abajo algo más grueso que el de arriba y se lo mordió mientras esperaba que hablara.

—Bueno, lo que Marisa le ha dicho es cierto. Tendrá que asistir a las sesiones de grupo, pero también a las privadas. Es importante que veamos cuál es su avance y que comprendamos el porqué de su comportamiento para que podamos eliminar viejos hábitos. —«En caso de que quieras cambiarlos», pensó Elizabeth, pero no lo dijo. Se mordió la lengua y se castigó a sí misma por los pensamientos ridículos y fuera de lugar que estaba teniendo sobre un cliente cuando la primera norma era no juzgar—. También tendrá que encontrar actividades de las que oferta el centro y se le asignarán algunas tareas que podrá intercambiar con los otros internos. Tengo un esquema de la semana para que lo rellene y lo descifremos juntos, pero antes quería...

—¿Por qué me hablas de usted? —Dylan la interrumpió y torció la cabeza, un gesto perruno que lo hacía parecer curioso e infantil. Elizabeth quería verlo como el diablo, no como una cosa adorable que hubiera que mimar.

«Buena pregunta, Elizabeth, ¿por qué le hablas de usted?», se dijo ella también.

—¿Acaso no era eso lo que iba buscando? —Se le escapó antes de ser capaz de morderse la lengua. Era un farol, era un farol como un templo, pero Elizabeth era buena con ellos. Por Dios, Elizabeth vivía de ellos. Ni siquiera se le había ocurrido sumar dos más dos hasta que lo había dicho en voz alta, pero en ese momento no había marcha atrás—. Esas gafas en los ojos, manteniendo la distancia. Pensaba que era eso lo que quería.

Sabía que su voz había sonado dura y tajante, y no era lo adecuado. No era ni lo más remotamente adecuado tener una sesión así, donde el tiempo estaba corriendo y ella no estaba consiguiendo nada aparte de hacer que el cliente no confiara en ella, pero es que no podía evitarlo. Dylan hizo una mueca, aparentemente ofendido.

—¿Crees que las gafas son para eso? —Sonaba ofendido. Sonaba a que ni siquiera se le había podido pasar por la cabeza que esa era la impresión que daba. Aunque más bien daba impresión de ser un imbécil, pero Elizabeth no había perdido tanto la cabeza como para decirlo en voz alta.

Descruzó y volvió a cruzar las piernas, echándose hacia delante. Dylan estaba sentado, apoyando los codos en las rodillas, inclinado hacia delante también. El espacio entre ellos era menor que si el escritorio hubiera estado en medio. Elizabeth creía que, invadiendo su espacio personal, lo haría saltar, perder la compostura, pero no quería arriesgarse a perder la suya primero, así que le contestó, mirándole donde deberían estar sus ojos.

—¿Qué espera que piense? Entra en mi despacho, como si esto fuera una partida de póquer, manteniendo los ojos ocultos cuando sabe que mi trabajo es mirar más allá de las palabras. Me lo está poniendo difícil, señor Reeves.

—Dylan —insistió.

Elizabeth quería estrangularlo un poquito, pero le sonrió.

—¿Qué tal si usted se quita las gafas y yo lo llamo por su nombre? — Suavizó la voz a propósito, esa voz que sabía que tenía poder para relajar a los pacientes. No pareció tener ningún efecto en él.

—Tú primero —contestó, y se pasó la lengua por el labio, sonriendo. La estaba retando.

«Solo por esta vez», se dijo, y porque no tenía ganas de empezar ningún concurso de egos.

—Dylan —cedió, asintiendo con la cabeza, dejándole saber que había ganado, lo cual era una gran mentira. Perdería toda su ventaja en cuanto se quitase las gafas de las narices.

—No es por eso, ¿sabes? —dijo, compartiendo más información de la que Elizabeth creía que iba a compartir, incómodo de repente—. No me gustan mis ojos. Ponen a la gente nerviosa. O no pueden parar de mirarlos, y la gente me pone nerviosa a mí. La discográfica los usó tanto para la publicidad que me acostumbré a llevar gafas para que no me acosaran por la calle. — Interrumpió su discurso, tocando las patas de las lentes a ambos lados de su cara con los dedos, dudando. Elizabeth se dio cuenta de que morderse el labio era como un tic nervioso para él—. No era por ser un gilipollas.

—Te creo. —«Ni remotamente», pensó.

Dudó un poco más.

—¿Estás segura? Cuando me las quite, no podrás olvidarte de que los has visto.

¡Por el amor de Dios! ¿Pero qué tenía detrás de las gafas? ¿Era como Cíclope de los X-Men o qué?

—Soy tu médico, Dylan, no una cita. Créeme, tus ojos solo me interesan para poder leer tus reacciones mejor. No tengo ninguna otra opinión sobre ellos, ni la voy a tener.

Con un suspiro, el muchacho cedió, quitándose las gafas. Las dobló cuidadosamente con las manos, y las dejó a un lado en el sofá antes de levantar la vista y mirarla. ¡Madre de Dios! Elizabeth luchó por mantener la cara de póquer, sin que ninguna emoción se viera reflejada en ella. Solo los años de consulta hicieron que mantuviera la compostura, mientras Dylan

Reeves la miraba desde su asiento, un ojo marrón y otro azul observándola sin vergüenza.

—Te lo dije —añadió, pero no lo dijo como si se sintiera orgulloso del efecto que sus ojos producían. Al contrario, lo murmuró disgustado, como si deseara volver a esconderse detrás de los cristales opacos.

—No es para tanto. Son dos ojos, hacen su función y yo por fin puedo tener una conversación normal contigo.

«Mentira», se dijo. «Mentira cochina», se repitió. Eran unos ojos preciosos, rodeados de pestañas negras y largas, y Elizabeth solo quería quedarse mirándolos un rato más. Era como un encantador de serpientes, solo que no lo sabía. El chico era llamativo por naturaleza, pero hasta entonces a Elizabeth no le había parecido peligroso. ¿Bonito? Sí, pero algo que podía mirar y no tocar, algo que le recordaba tanto a su infancia que añoraría y dejaría en el escaparate de juguetes sabiendo que no le hacía ningún bien. Pero esos ojos, madre del amor hermoso. Esos ojos eran como..., eran..., no sabía ni decir lo que eran. Tenía que dejar de mirarlo, o lo iba a poner nervioso.

Haciendo algo que no solía hacer, se echó hacia atrás en la butaca, fingiendo una tranquilidad que no sentía. «Al menos ha dejado de pensar en por qué tu cara le resulta familiar, Liz», se consoló.

—Bien. Voy a necesitar algunos antecedentes antes de empezar. ¿Te importa si me hablas un poco de ti?

Elizabeth sabía que no estaba engañándolo, y que no iba a ser un paciente fácil. Elizabeth no quería saber nada de su vida, ni la de antes ni la de ese momento. Elizabeth no quería que volviera a preguntarle por qué su cara le resultaba familiar, ni quería tener que lidiar con él. Elizabeth quería volver atrás el reloj y desear que ese día nunca hubiera pasado, pero algunas cosas eran tan imposibles como improbables.

Capítulo 4

*Your past has you in a choke hold...
you deserve it, from what I've been told.
Loverboy, You Me at Six*

Dylan sonrió en cuanto Elizabeth terminó de preguntar, sintiendo que lo tenía todo bajo control. ¿Esas preguntas? ¿De dónde vienes? ¿Cómo se formó la banda? ¿Cuál es tu próximo proyecto? Llevaba lidiando con periodistas y prensa musical desde hacía años, sabía cómo hablar sin decir nada. Sabía cómo encandilar a las chicas de oficina que las revistas le mandaban, con el moño alto y la falda corta. Justo como la que tenía delante. Estaba sentada hacia atrás en la butaca y parecía relajada, pero él sabía que era todo mentira. No porque fuese especialmente bueno leyendo gente, ni porque prestara demasiada atención en los cambios de las personas, sino porque un mentiroso sabía pillar a otro, y más cuando jugaban en la misma liga.

Sonrió y eso pareció molestarle, así que siguió sonriendo, en parte porque no entendía que su amabilidad la molestara, en parte porque le divertía molestarla. Se tomó su tiempo para contestar mientras la observaba dar golpes con el bolígrafo sobre el cuaderno. Su cara. Le sonaba de algo. La había visto en algún sitio. Estaba convencido. Desde el momento en que se había dado la vuelta para mirarla hacía un rato, y la había visto por primera vez, sabía que la conocía. Tenía los ojos grandes y azules, casi grises, y las mejillas salpicadas de pecas. Tenía una nariz casi aniñada, y una boca pequeña pero bonita. Era alta, y no era la típica chica delgadita y sin curvas que tanto estaba de moda en Los Ángeles. Tenía curvas donde hacía falta tenerlas y Dylan estaba contento con la vista. Sin duda, llamaba la atención. No porque fuera demasiado maquillada, ni porque nada en su ropa estuviera fuera de lugar —por favor, iba estrictamente perfecta con su blusa blanca, su falda negra, y ese moño altísimo donde tenía recogido el pelo rubio—. No era que desentonase por nada más que una belleza natural, pero Dylan la conocía de algo, y no tenía nada que ver con ese entorno.

Si hubiera sido como Jude —o Jayden, no se sabía cuál de los dos era peor—, no le habría dado más vueltas al tema. Demasiadas caras, demasiadas *groupies*, recuerdos que se entremezclaban. Esos dos eran famosos por las fiestas, el desenfreno y compartir chicas como el que se intercambiaba una camiseta. Pero Dylan no solía tener contacto con las fans fuera de lo profesional, no era un chico de cita tras cita, ni noche tras noche, así que si recordaba esa cara estaba seguro de que era por algo. Y una mierda si iba a parar hasta descubrir de qué era.

—¿Qué quieres saber? —le preguntó, más por ocuparla en algo mientras seguía observándola que por tener ningún interés especial en contestar.

Iba a tratar estas sesiones de terapia como trataba cualquier otra entrevista de trabajo. Con aplomo y mesura. Con esos buenos modales de chico del sur que su bendita madre le había enseñado. Sonreiría un poco si era necesario, los hoyuelos siempre ayudaban.

Elizabeth lo miró durante un segundo, antes de regresar al cuaderno.

—Lo que quieras contarme estará bien. —Y volvió a mirarlo, fingiendo desinterés.

¿Eso que ha visto ha sido ira? ¿O solo molestia? La expresión desapareció tan rápido como había aparecido y Dylan no podía estar seguro.

—Mmm... Déjame pensar. —Sonrió todo el rato mientras lo decía, tamborileando los dedos sobre el vaquero—. Soy leo, no soporto el frío, y jamás he montado a caballo. —El chico le estaba tomando el pelo, pero ella lo llevaba con dignidad. Sabía que quería poner los ojos en blanco y mandarlo a la mierda, y en el fondo Dylan estaba deseando que lo hiciera, pero Elizabeth solo le sonrió un poco, con los labios muy apretados, sin sostenerle la mirada.

Sabía que quitarse las gafas no era una buena idea, joder. Como si le hubiera leído la mente, Elizabeth dejó de mirar a la pared que Dylan tenía detrás y lo miró directamente a los ojos.

Mierda, ¿cuándo fue la última vez que alguien que no lo conocía de nada lo miraba de frente sin estar impresionado? Algo en la sangre de Dylan se revolucionó solo por la novedad, y quizá también por toda esa actitud de «que te jodan» que la psicóloga tenía hacia él. Podía ser el mono, pero se sentía eufórico.

—¿Qué tal algo más personal? He notado que tienes acento del sur... ¿De qué parte eres? —Y de repente su voz era suave, esa voz que Dylan estaba seguro de que usaba con sus pacientes y los volvía caramelo. Joder, incluso él

estaba tentado de contarle uno o dos secretos solo porque lo estaba mirando directamente y le estaba hablando con esa voz.

—Atlanta —contestó sin dar más detalles, pero sabía que ella iba a seguir preguntando, así que se adelantó—: ¿Has estado alguna vez?

—No. —Pero lo contestó tan rápidamente, tan entre dientes, que algo le hizo pensar que mentía. ¿Por qué iba alguien a mentir sobre si había estado o no en otra ciudad? Elizabeth Harvey era... peculiar, cuando menos.

—Te gustaría. —Dylan volvió a echarse para atrás en el respaldo del sofá, encontrando una postura cómoda. Sentía los músculos entumecidos y le dolía toda la espalda. La nuca le picaba con la necesidad de salir de ahí y encerrarse a contar las losas del suelo de algún baño, pero se centró en la conversación—. Hace calor, casi tanto como aquí, pero es diferente. La gente es diferente. Joder, hasta los olores son diferentes.

—Así que te gusta tu ciudad —afirmó Elizabeth.

Dylan nunca lo había pensado. Cuando había sido un crío, había salido corriendo de allí, más preocupado por escapar que por mirar lo que tenía a su alrededor. Después, los recuerdos lo atormentaban y volver a casa era casi una tortura, la semana que tocaba pasar por el estado de Georgia solo era pasable porque consumía algún gramo extra.

—Sí, aunque no voy a menudo. —Cerró la boca en cuanto se dio cuenta de que lo había dicho. Ella le iba a preguntar por qué, estaba seguro. Y los porqués eran algo que no pensaba discutir con ella, ni con nadie. Jamás.

Para su sorpresa, Elizabeth cambió completamente de tema.

—Háblame de la banda. ¿Cuándo empezasteis?

Y ahí sí que tuvo que sonreír.

—Fueron los Vikingos —dijo Dylan riendo un poco, recordando a Jude y Jayden de adolescentes.

Dos chicos altísimos, llenos de músculos, donde Dylan no había sido más que un crío largo y desgarbado. Los recordaba con sus sonrisas perfectas, sus hoyuelos en la boca y ese pelo rubio que se ponía aún más claro en los veranos eternos del sur. Los recordaba como si fuera ayer, recogéndolo de la basura que era su vida, dándole algo en lo que centrarse. Aunque intentó empujarlos, los recuerdos volvieron a su memoria como una diapositiva que había sido puesta en un proyector.

—¿Los Vikingos? —Elizabeth preguntó desconcertada, interrumpiendo su rumbo de pensamiento.

—Así es como llamamos a Jude y Jayden.

Elizabeth lo miró sin comprender igualmente, pero escuchando atentamente, y a Dylan le resultó extraño que no supiera quiénes eran. No recordaba la última vez que había tenido que explicarle a alguien quién era cada cual, o quién tocaba qué instrumento. En el mundo del que se rodeaba, todos tenían una base sobre la que Dylan solo tenía que dejarse existir.

—¿No sabes nada de la banda? —Lo preguntó con verdadera curiosidad y sintió la mirada de ella desviarse.

—No me gusta demasiado la música —comentó, haciendo un gesto con la mano para quitarle importancia al asunto.

Pero la tenía. Dylan tenía la sensación de que la tenía, o ella no estaría mirando a todas partes menos a su cara, y no estaría agarrando el cuaderno con los nudillos blancos.

No pudo evitar aprovechar esa oportunidad.

—Así que, si no tienes un problema con la música, es con los músicos —declaró Dylan, arriesgándose.

Él no estaba allí para que fueran amigos, no estaba allí para interesarse por ella ni para conocerla. Ella había dejado muy claro con sus modales y su tono de voz que aquello era una relación estrictamente profesional y él no tenía otra intención más que seguir su ejemplo. Entonces, ¿por qué mierda quería saber si tenía alguna historia secreta que la estaba haciendo sentir incómoda? ¿Y por qué se moría de ganas por quitarle las horquillas del moño y ver hasta dónde le llegaba el pelo?

Pero si pensaba que Elizabeth iba a sonrojarse y apartar la mirada, estaba muy equivocado. «Oh, no», pensó. La chica que tenía delante no era una niña, sino una mujer, y al parecer una mujer muy cabreada.

—No tengo ningún problema con los músicos. —Había fuego en la forma en la que contestó, y Dylan sintió, desde donde estaba, incluso con el espacio que los separaba, que se quemaba. Le gustó la sensación.

Así que la cabreó un poco más.

—Entonces es solo conmigo. —Y sonrió mientras lo decía, pasándose las manos por el pelo, poniéndose cómodo.

El tiempo estaba corriendo y no debería quedar mucho de sesión. Con un poco de suerte, acabaría la hora sin tener que contar mucho. Se engañó durante un rato creyendo que eso era lo que le estaba haciendo ser un gilipollas.

—¿Qué te hace pensar que tengo un problema contigo? —preguntó, y tuvo el descaro de esconder el enfado bajo una falsa capa de inocencia.

Si pensaba que lo estaba engañando, estaba muy equivocada.

Ahí había algo. Dylan lo notaba. Algo en la manera en la que estaba sentada incómoda, algo en cómo sus hombros estaban tensos, *algo*. Dylan estaba seguro de que toda aquella incomodidad no era normal en alguien que se pasaba la vida viendo a pacientes en consulta.

—Tienes un problema conmigo —sentenció, y se echó hacia adelante, mirándola a la cara—. No sé si es por lo que soy o por algo más... —Dejó la frase sin terminar mientras la miraba de arriba abajo, y ella se sonrojó. «Bien», pensó con satisfacción masculina—. Quizá es que te pone un paciente, y no sabes cómo lidiar con eso, ¿no? —Arqueó las cejas divertido, sintiendo que la estaba elevando a la estratosfera. Y no en el buen sentido—. No te lo tengas en cuenta, Elizabeth, es mi encanto animal.

En algún momento, la sarta de gilipolces que estaba diciendo para ponerla nerviosa y verla reaccionar fue demasiado evidente y ella entendió el juego, así que hizo lo que hacen los padres con los niños que se están poniendo pesados a la hora de acostarse. Tratarlos con paciencia y hacer caso omiso de lo que dicen.

—¿Me estabas hablando de Jude y Hayden? —Miró su cuaderno y tomó unas notas, la compostura totalmente recuperada, aunque quedaba algo de sonrojo en su cuello. Tenía la piel tan blanca que Dylan sintió la necesidad de saber si se marcaría fácil. Aun con la libido jodida, porque se encontraba hecho una mierda, sintió un cosquilleo en la entrepierna por el pensamiento.

—Jayden —corrigió él—. Jude toca la batería y Jayden la guitarra. Fueron ellos quienes empezaron el proyecto. Éramos amigos en el instituto. Yo solía acompañarlos en los ensayos. Aprendí a tocar el bajo, y al principio eso era todo lo que hacía. —Dylan suspiró—. Después, descubrimos que podía cantar. —Y si Elizabeth notó su desagrado cuando dijo esto, no comentó nada. Tampoco garabateó nada en su libreta.

—Entonces, ¿sois un trío?

—No. —Lo habían sido durante algún tiempo. Cuando tocaban en el instituto, en las fiestas, en los locales para menores de edad de Atlanta. Lo fueron hasta que terminaron el instituto y se mudaron a Los Ángeles para grabar de verdad, con mucha ilusión y poco dinero—. Nathan vino después. Se suponía que teníamos que hacer un *casting*, ¿sabes? Pero Nathan apareció y nos dijo que la mayoría de los chicos que se iban a presentar probablemente solo eran unos gilipollas sin talento y que no merecía la pena el intento. Estaba dentro del grupo antes de hacer la prueba. —Dylan estaba recordando más que contestándole a ella, pero estaba hablando en voz alta sin saber por qué. No

había contado esa historia antes en ninguna otra entrevista—. Después resultó que tenía talento. No digo con el bajo, no se necesita mucho talento con ese instrumento. Es un letrista cojonudo.

Elizabeth estaba escribiendo algo de forma distraída, y asintió con la cabeza.

—Como ganar la lotería —anunció, y le sonrió un poco.

Sí, como ganar la lotería, Dylan no podía estar más de acuerdo. Aprender un instrumento podía hacerse. Aprender a tocar canciones también. Pero la línea entre la práctica y el talento era difícil de superar y Nathan la superaba con creces. No es que en ese momento importase mucho, se recordó el muchacho. Nathan ya no podía escribir como quería y las canciones eran basura. Dylan le había puesto una gasa en la garganta y no lo dejaba respirar.

La nuca le picaba y sintió que se mareaba de repente. ¿Cuántas horas hasta que le diera el bajón de verdad? Tic, tac, tic, tac.

—¿Cómo definirías tu relación con ellos? —Por primera vez en un rato, Dylan sintió que ella le hacía una pregunta de psicóloga.

—Buena —contestó Dylan.

Elizabeth lo miró esperando a que argumentara un poco más la respuesta, y Dylan pensó que el infierno se podría congelar antes de que él entrara en más detalles, pero algo en ese silencio hizo que pesara demasiado; algo en la forma en cómo ella lo estaba mirando, ya en su elemento, distendida. Algo que lo obligó a seguir hablando.

«No me lo puedo creer», se dijo.

—Jude y Jayden son Jude y Jayden. Son como mis hermanos. Con Nathan... es complicado. —Y suspiró. Volvió a sorprenderse hablando un poco más. Quizá las horas sin consumir estaban empezando a afectarle de verdad—. Es mi mejor amigo, pero no estamos en los mejores términos ahora mismo.

—¿Quieres hablar de ello?

«Dios, no», exclamó para sus adentros.

—Si no te importa...

—No te preocupes, no tenemos más tiempo hoy de todas formas. Podemos hablar del tema cuando te encuentres mejor. —Elizabeth cerró el cuaderno después de anotar algo y esa vez Dylan se moría de curiosidad por saber qué era. Después sacó una ficha que parecía algo estándar y se la entregó. Dylan se dio cuenta de que llevó mucho cuidado en que sus dedos no se rozaran, y joder, la curiosidad por la chica se lo estaba comiendo vivo.

—Relléneme esto, por favor. Son algunos datos básicos. Cualquier cosa que pongas es, por supuesto, confidencial.

Dylan revisó la hoja por encima, mientras ella se levantaba del asiento e iba hacia su escritorio.

Estaba rellenando su edad, su fecha de nacimiento y todas esas formalidades de manera distraída, mientras la veía alisarse la falda y caminar por la esquina de su visión. Las gomas de las bragas se le marcaban en los cachetes del culo donde la falda negra se ajustaba, y Dylan se quedó un rato estancado ahí, como un completo imbécil. Después, antes de que se diera cuenta de que la estaba mirando, volvió a lo que debería estar haciendo.

—No tendremos consulta hasta dentro de unos días. —Elizabeth le advirtió y Dylan levantó la vista para mirarla. No le dio tiempo a preguntar, porque ella debió de ver su cara de confusión—. Sé que ahora probablemente no lo notes, pero vas a empezar a sentirte mal en unas horas y vas a estar fuera de combate unos días. En cuanto se pase lo peor, empezaremos a vernos otra vez.

Tenía sentido. Ni él mismo sabía cuánto aguantaría en el estado en el que estaba. Por Dios, las manos llevaban sudándole ya un buen rato y le picaba la piel de una manera extraña. Si se metía algo, se le pasaría, sabía que se le pasaría. Pero estaba ahí encerrado y eso no era una posibilidad. Estaba jodido.

Dylan cogió las gafas del asiento de al lado y se levantó, acercándose hasta su escritorio, donde ella estaba de pie. Le dio la ficha llena de datos sin importancia y se paró un paso más cerca de lo que a ella le hubiera gustado. Lo supo por cómo su cuerpo se echó hacia atrás casi imperceptiblemente. Dylan sabía que estaba ocupando su espacio personal, pero no pudo evitarlo. Olía bien. Cítrico.

Quizá solo estaba alucinando.

—Te veo en un par de días, Elizabeth —le dijo mientras se ponía las gafas y sentía que volvía a ser Dylan Reeves, la estrella de *rock*, y no el chaval de hacía un momento.

Y como Dylan Reeves no era políticamente correcto en muchas ocasiones, se marchó sin esperar a que ella contestara, aunque el muchacho hubiera preferido quedarse un rato más.

* * *

Al mediodía, Elizabeth estaba famélica. No le extrañaba, no había comido nada tras su excursión al baño de esa mañana, y después había estado demasiado nerviosa como para echarse algo al estómago.

Suspiró al acordarse de los nervios de la mañana, que todavía no habían desaparecido del todo. ¡Dylan Reeves la estaba llevando por el camino de la amargura! La entrevista había sido sin lugar a dudas una de las más infructuosas y poco profesionales que había hecho desde que estaba en la escuela de Psicología. No había conseguido datos relevantes, ni historia, ni nada. ¡Nada! Y por si eso fuera poco, Dylan la había hecho entrar al trapo, sonrojándola, sacándola de quicio.

Cuando se había marchado, con ese «Elizabeth» que a ella le había sonado a sentencia final, se había planteado seriamente derivarlo. Eso ya no era cuestión de orgullo, era cuestión de supervivencia, y ella no tenía ninguna necesidad de aguantar a un niño —23 años según su ficha, aunque a ella le parecía más joven— que se creía que sus ojos bajaban bragas y que ella estaba nublada por, ¿cómo lo había dicho?, su «encanto animal».

No tenía ninguna necesidad, de verdad que no, y Elizabeth se había pasado el resto de la mañana haciendo las paces consigo misma, decidida a derivarlo. Se había convencido de que un paciente con el que ella tenía una influencia personal no sería una buena idea, y que era mejor que otra lo tratara. Además, si era honesta consigo misma, el chico de verdad tenía un cierto atractivo que la ponía nerviosa, y eso no podía ser bueno.

No.

Lo iba a derivar, ella iba a seguir con su vida, viéndolo por los pasillos de vez en cuando, y haría como si nada hubiera pasado.

Era un plan perfecto, o al menos a Elizabeth se lo parecía, y se dirigió hasta el comedor común con la esperanza de que la cocinera hubiera preparado algo de menú que estuviera bueno, y comer en paz un rato, olvidándose del desastre que había sido lo que llevaba de día.

Era un plan perfecto, hasta que entró en el comedor y vio como las dos psicólogas de su equipo estaban acosando —*acosando* quizá fuera un término algo exagerado, más bien estaban pegadas— a Dylan, mientras este sonreía y les firmaba unos autógrafos. Las chicas —sus amigas, se recordó Elizabeth— lo tocaban y se reían como si quisieran comérselo entre el primer plato y el postre.

A Elizabeth algo en el estómago se le volvió nitroglicerina, lista para explotar a la más mínima chispa, pero consiguió controlar la cara y pasar por

delante como si nada. Se dio cuenta de que Dylan llevaba las gafas puestas y, aunque no podía verle los ojos, torció el cuello siguiéndola al pasar. Se sintió satisfecha por eso. Después se cabreó aún más por buscar la aprobación masculina.

No dijo nada, y pasó directa hasta la cola de la cafetería. La cocinera la saludó con camaradería y le sirvió lo de todos los días. Ella le dio las gracias y salió de la cafetería para sentarse en una de las mesas.

Desde donde estaba podía ver a sus compañeras de trabajo hablar y coquetear descaradamente con Dylan, que estaba encantado con la atención. ¿Y por qué no iba a estarlo? Estaba en su elemento. El chico las tocaba, roces casuales, en el codo o en el hombro, y ellas se volvían mantequilla. Y eso que no le habían visto los ojos. Por alguna extraña razón, se sintió especial al saber qué había detrás de las gafas, y quiso ir para decirles que no importaba lo que coquetearan con él, habría algunas cosas de él que jamás sabrían.

Era tan estúpido como ilógico, pero Elizabeth cayó en la cuenta en ese momento de que si lo derivaba, a cualquiera de ellas, entonces su ventaja en el partido desaparecería y no habría nada que ella y Dylan compartieran que no fuera exactamente lo mismo que con los demás.

«¿Y no era eso lo que querías?», se preguntó.

Lo era, pero no estaba dispuesta a rendirse —mentira, hacía una hora había estado más que dispuesta a rendirse—. Ese era su paciente, se dijo, y ella nunca jamás en los siete años que llevaba ejerciendo la profesión había derivado a un cliente. ¡Y no iba a empezar en ese momento! Además, este paciente era importante. Era clave para el centro, ¿y dejar que las otras se encargaran de él y lo estropearan todo? ¿Que la recuperación no fuera correcta? ¿Y la mala fama que eso podría traerle a su centro en consecuencia? No, señor. De ninguna manera.

De repente, Elizabeth se sintió como un soldado con una misión, lista para ocuparse de lo que Marisa le había encargado sin lugar al error, y no se paró a pensar mucho en los porqués, ya que justo en ese momento Dylan la saludó con la cabeza, y ella tuvo que contestar con una sonrisa forzada, preguntándose si estaba tan roja como se sentía... por la ira, una masa incontrolable dentro de su estómago. Él le respondió con una sonrisa de las suyas, grande, de esas con hoyuelos, y el trozo de carne que Elizabeth llevaba en la boca se le hizo ceniza.

No tenía bastante con que fuera un músico, una estrella del *rock* descarriada, ni un niño engreído, sino que además era guapo y encima le

resultaba atractivo. Por el amor de Dios, con su historial en hombres cualquiera podría decir que Elizabeth era asexual, o muy desgraciada, porque no solían llamarle la atención. Estaban bien, le gustaban, fantaseaba con ellos, incluso había tenido un par de relaciones en la universidad. ¿Pero atracción? ¿Esa necesidad de apretar los muslos para aliviar el palpito que estás sintiendo entre las piernas? No recordaba haber tenido esa sensación en su vida.

Maldita sea, los astros debían de haberse alineado, pensó mientras hacía exactamente eso, cruzar las piernas un poco más fuerte, porque Dylan Reeves no podía ser *ese* tío.

* * *

Dylan descubrió a la hora de la comida que tenía una llamada opcional todos los días. No recordaba cuál de las dos psicólogas se lo había dicho, pero la información había sido como maná para sus oídos.

Por desgracia, como descubriría más tarde, el uso de teléfonos móviles hacía que dejaras de memorizar los contactos, y Dylan se encontró delante del teléfono de uso interno con dos únicos números que marcar. Uno era el de su casa, y otro el de la casa de los hermanos Lowell. El primero no sabía ni por qué lo recordaba, y el segundo lo había memorizado como número de emergencias en caso de que pasara alguna tragedia.

Sopesó sus opciones, y al final decidió que ese era un estado bastante trágico. Lo marcó sin mirar, y no había sonado ni dos veces cuando una voz familiar lo reconfortó.

—¿Diga?

La voz de Juliet Lowell, la madre del clan, no había cambiado ni un ápice desde la última vez que la había oído, y algo en el estómago de Dylan se aflojó un poco. Aún estaba hecho una mierda, y Dios sabía que seguían doliéndole articulaciones que hasta hacía dos días no sabía que tenía, pero se sentía algo mejor solo de oírla.

—¿Cómo está la belleza de la casa? —le preguntó, y se imaginó cómo sonreía mientras se tocaba el pelo rubio, recogido en esa trenza perpetua.

—¡Dylan, cariño! —Había tanta alegría en su voz que Dylan quiso llorar. Juraría que esa mujer era la única que se alegraba de verdad de hablar con él

—. ¿Cómo has estado? Han pasado meses desde la última vez que llamaste. Me tenías preocupada.

—Ya lo sé, lo siento, rubia. Las cosas han estado... Liadas. —Liadas era poco. Él había estado liado, picado, cortado, aspirado, hecho líneas blancas. Quería mentirle, quería decirle que había sido demasiado trabajo, nada de descansos. Después de todo, sus hijos estaban con él en el negocio y ella sabía muy bien cómo era esa vida. Pero no pudo mentirle—. Me han ingresado — anunció. No creyó tener las narices para decírselo, pero lo hizo.

La oyó suspirar al otro lado de la línea. No dijo «lo sé», pero lo sabía, porque sus dos amigos se lo habrían dicho. No le dijo «antes que después, esa vida te iba a llevar por el mal camino» porque lo conocía mejor que su propia madre, y ella lo sabía. Ella lo sabía todo, aunque Dylan no dijera nada. Tenía ese poder.

—¿Estarás bien? —le preguntó al fin, muy seria, con la alegría de antes desaparecida. No era un reproche. Dylan nunca jamás la había oído reprocharle nada. Era, simplemente, genuina preocupación hacia él, y eso le rompía el corazón y se lo devolvía a su sitio.

Se pensó bien la respuesta, porque en ese momento no sabía si iba a estar bien. Si podía pasar por todo lo que iba a pasar y, joder, sabía que lo peor estaba por venir. Lo sabía. Pero ¿y después? ¿Y cuándo lo sacaran de ahí? ¿Tendría la fuerza de seguir limpio después? ¿Había decidido que quería seguir limpio?

Como si Juliet lo estuviera oyendo pensar, dijo:

—Sabes que vamos a estar apoyándote, ¿verdad? En esta familia nos preocupamos por lo que es nuestro.

Nuestro. Dylan hacía mucho que no tenía casa, pero hacía mucho más que había encontrado otra. Si no hubiera estado en una sala común, con otra gente esperando para usar el teléfono, habría llorado. Todo lo que tenía ganas de hacer era arrodillarse frente a esa mujer y llorar y suplicar perdón por sus pecados.

—¿Y si no quiero ser mejor? —preguntó Dylan con la voz ahogada.

—¿Quieres?

—Sí. —No lo había pensado, pero en el momento en el que ella le preguntó, sabía que quería—. Sí, quiero.

—Entonces no hay más que hablar, cariño. Vas a estar bien. Te lo prometo.

Se hizo el silencio, Dylan escuchaba la respiración de Juliet al otro lado. Temblaba como una hoja y esa vez no tenía nada que ver con el mono. Le preguntó lo que no se atrevía ni a preguntarse a sí mismo.

—¿Y si no puedo?

Eso la hizo reír con ganas.

—Cielo, todavía no conozco una cosa que se te haya resistido. —Dylan escuchó de repente jaleo de fondo, lo que significaba que sus amigos habían vuelto a casa. Creyó distinguir la voz de Jude, aunque era difícil saber si no era la de Jayden, preguntándole a su madre qué había de cena.

—No les digas que he llamado —le advirtió.

Casi la vio poniendo los ojos en blanco.

—Malditas estrellas de *rock* —gruñó, pero lo dijo riéndose.

—Te quiero, rubia

—Y yo a ti. —Dylan creía que colgaría, pero antes añadió—: Llama si necesitas cualquier cosa.

—Lo haré. —Colgó con un suspiro.

Dejó el teléfono, y apenas pudo sonreírle a un chico que estaba esperando para usarlo después. Miró el reloj de pared que había en la habitación y descubrió que eran casi las cinco, hora de su primera sesión de grupo.

Aunque la conversación con Juliet lo había tranquilizado, de alguna forma también lo había drenado, de repente se sentía flojo, y creía que se iba a desmayar en cualquier momento. Se sacó del bolsillo el mapa que esa mañana le había dado la señora que le había enseñado el recinto, y descubrió que las salas que se usaban para las sesiones de grupo estaban todas en esa misma planta del edificio, a la derecha.

Con un suspiro cansado, comenzó a caminar, pensando que, con un poco de suerte, no se quedaría dormido sobre la silla.

* * *

Cuando llegó a la sala, había ya algunos internos dentro.

Vio a una chica de pelo castaño sentada hablando con otros dos chicos. Otros pacientes estaban de pie, hablando entre ellos, y Dylan se quedó en la puerta pensando en si de verdad estaba preparado para hacer eso. ¿De verdad estaba dispuesto a compartir sus experiencias como adicto?

—¿Dylan? —Oyó a su espalda, y Dylan se dio la vuelta para encontrarse con la mujer que lo había recibido de madrugada y esa misma mañana. «Marisa», se dijo. Elizabeth le había recordado que era Marisa.

—Soy Marisa Harvey, nos vimos hace unas horas.

Harvey. El apellido le llamó la atención a Dylan porque era el mismo que el de Elizabeth. Y quiso morderse la lengua, pero nunca fue muy bueno en eso.

—¿Elizabeth y usted son parientes?

Marisa sonrió, y aunque la mujer era como un rayo de sol embotellado, Dylan no pudo evitar notar la picardía con la que lo miró en ese momento.

—Es mi hija —afirmó.

¡Su hija! Dylan le echó un vistazo a la mujer con disimulo, intentando encontrarle el parecido con Elizabeth, pero fue imposible. Era bajita, morena, con piel tostada y pelo rizado. Si tuviera que decir algo, diría que era el opuesto a Elizabeth. Quizá ella había heredado toda su apariencia de su padre.

O quizá era adoptada.

La idea se quedó flotando en la mente de Dylan durante un segundo, y aunque no la descartó, decidió que tampoco tenía pruebas para creerlo. «Todavía», se dijo. Iba a descubrir más de esa chica, le costase lo que le costase.

—¿Has tenido ya una sesión con ella? —preguntó Marisa sonriendo.

—Esta mañana. Tiene usted una hija encantadora. —Y Dylan no mentía, aunque el trato de Elizabeth no había sido exactamente encantador. Pero intuía que, bajo el veneno, la bestia escondía un buen fondo.

Marisa no dejó de sonreír en ningún momento, como si supiera algo que Dylan no.

—Lo sé, es un regalo del cielo —añadió ella, después lo miró y le dijo —: Hoy no tienes que hacer nada. Aún no es el momento. Si quieres, puedes marcharte a tu habitación o puedes quedarte a escuchar un rato. Lo que prefieras. —Y dándole una palmadita en el hombro, lo dejó parado en la puerta, mirando hacia dentro, planteándose si entrar o no.

Al final, no encontró las fuerzas para estar sentado durante una hora escuchando a los demás. Dylan decidió que empezaría el próximo día sin falta, y se dio la vuelta, caminando por el pasillo.

Pero el próximo día iba a tener que esperar un poco.

* * *

Esa noche Dylan no salió a cenar.

Estaba tumbado en la cama cuando llegó la hora de la cena, leyendo un libro que había sacado de la biblioteca del centro, sin prestarle demasiada atención, porque los párrafos se estaban entremezclando sin querer, y cuando fue a levantarse, se encontró sin fuerzas.

Después, mientras murmuraba una maldición, sintió que se mareaba y la náusea le subió desde la espina dorsal hasta la garganta, obligándolo a hacerse un esprint hasta el baño. Vomitó lo que no había comido, las arcadas vacías agarrándose a las paredes de su estómago, la cabeza a punto de estallarle.

Ya estaba aquí.

De repente, todos sus músculos estaban contraídos, y no podía dejar de temblar. Sentía frío y calor, un sudor frío y pegajoso extendiéndose por su piel, y sintió asco de sí mismo, pero ni siquiera tenía fuerzas para abrir la ducha. Todo lo que pudo hacer fue quedarse sentado en el suelo, con la cabeza apoyada sobre la porcelana blanca del baño, porque estaba fría y lo aliviaba.

Después, cuando se sintió menos mareado, se puso en pie y se arrastró hacia la cama. Sabía que tenía un botón de emergencia al que llamar si sentía que se encontraba en peligro, se lo habían explicado esa mañana, pero Dylan no quería que nadie lo viera así.

Solo era una desintoxicación, por favor. No era el primero ni sería el último que iba a pasar por ahí, y no se iba a morir. Dios, sentía que se estaba muriendo.

Se tumbó en posición fetal y se tapó con la manta de la cama, porque tenía frío a pesar de que se sentía ardiendo, o precisamente por eso. Los dientes le castañeteaban, y las manos le temblaban.

Cerró los ojos y rezó porque las pesadillas no volvieran.

«Por favor, las pesadillas no. Cualquier cosa menos las pesadillas», dijo para sus adentros.

Normalmente evitaba dormir a toda costa, y la coca lo ayudaba. Cuando tenía que dormir, caía tan agotado que su cerebro no encontraba la fuerza para despertarlo durante la fase REM, pero en ese momento no había nada en su sistema que detuviera las pesadillas, y Dylan no quería cerrar los ojos.

El dolor de cabeza era más bien como un terremoto que le estaba destrozando las placas tectónicas cerebrales. Tenía mucha sed y sabía que mantenerse hidratado sería una buena idea, pero, mierda, estaba tan cansado. No quería levantarse de la cama.

Los temblores no pararon de sucederse, cada vez más fuertes, y durante un segundo estuvo tentado de llamar y pedir ayuda, pero después se imaginó a Elizabeth entrando en la habitación, viéndolo en ese estado y... No, cualquier cosa menos la lástima en su mirada. No soportaba esa forma de mirar en los demás. No la soportaría en ella.

Cualquier cosa menos eso.

Al final, la oscuridad se lo tragó entero, sin darle opción a seguir pensando, pero le concedió a Dylan un último deseo: no se durmió, cayó en picado en la inconsciencia.

Capítulo 5

*She acts like summer and walks like rain.
Reminds me that there's time to change.
Drops of Jupiter, Train*

Fue bastante más tarde, horas después, ya entrada la madrugada, cuando Elizabeth se encontró tumbada en el sofá, viendo viejos episodios de *Downton Abbey* y comiéndose la última cucharada de helado que quedaba en el tarro. Su teléfono sonó. Con un gruñido, se quitó la manta fina de los pies —a pesar de ser casi verano, allí en medio de las montañas refrescaba por la noche y esa era una cosa que Elizabeth adoraba—, y se levantó a cogerlo.

Cualquiera diría que, con lo asquerosamente catastrófico que había sido el día, Elizabeth estaría deseando terminarlo. Todo lo que quería hacer era olvidar que ese día había existido y meterse en la cama hecha un ovillo, rezando porque no volviera a repetirse uno como ese en mucho mucho tiempo.

Pero al llegar a casa, Elizabeth se había encontrado llena de energía, como si hubiera metido los dedos en un enchufe y de repente tuviera estática dentro que no desaparecía. Era imposible estar relajada. Tenía un estado de ansiedad permanente. No ese pánico de la mañana, algo diferente. Algo más... vibrante.

«Y con un ojo de cada color», se repitió.

Se negaba a pensar que eso era lo que la estaba poniendo nerviosa. Sí, llevaba años evitando apostar todo lo que tuviera que ver con el mundo del *rock*. Porque sí, su padre había muerto en aquella casa del Upper East Side donde vivía cuando era una niña, y bingo, ella lo había encontrado. La historia era vieja. La historia era más vieja que los cuentos que les contaban a los niños para dormir. ¿Por qué darle más vueltas? El chico de los ojos dispares no tenía nada que ver.

Ya ni siquiera parecía poder concentrarse en nada, y aunque no tenía música en casa, ni discos, ni nada que su padre hubiera sacado al mercado —por el amor de Dios, si ni tan solo tocaba los beneficios que los derechos de

autor le daban; llevaba años acumulando dinero que nunca iba a utilizar, porque antes se haría un *piercing* y se uniría a un grupo de *metal* que meterle mano al dinero de su padre—, ni nada que le recordara a él, llevaba un buen rato tentada a buscar algo en internet. «Solo una canción», le susurraba su conciencia.

Al final se había decidido por el helado que se había prometido al principio del día y una serie a la que en realidad no le estaba prestando atención. Casi agradeció la distracción del teléfono.

«Casi», pensó cuando vio que era Denna, una de las psicólogas. Probablemente la que estaba de guardia esa noche.

El recuerdo de Denna sonriéndole a Dylan esa mañana, mientras él reía y le firmaba un autógrafo, le vino a la mente sin querer. Descolgó con un gruñido.

—Dime que no te he despertado. —Denna sonaba... inquieta. Y no era solo porque supiera que sacar a Elizabeth de su sueño era peor que despertar a Cerbero.

—No. Estaba despierta. —Elizabeth pasó el peso de un pie a otro, mirando distraídamente la pantalla de televisión—. ¿Qué necesitas?

—No quería molestarte, pero no sabía a quién llamar. —Un segundo, dos, la pausa a Elizabeth se le hizo interminable—. Es Dylan.

Solamente el nombre hizo que le corriera hiedra por las venas, mandándole escalofríos a lo largo de la espalda. ¡Era ridículo! Ningún nombre tenía el poder de hacer eso. Pero ahí estaba ella, con la piel de gallina de repente, y no tenía nada que ver con la baja temperatura nocturna.

—¿Muy mal? —preguntó, escondiendo la preocupación en su voz. Era ilógica, Elizabeth sabía que pasaría. Incluso se lo había avisado a él esa misma mañana. Cuando un paciente nuevo ingresaba, todo el personal estaba alerta, a sabiendas de que los primeros días serían duros. Los enfermeros y auxiliares hacían guardia día y noche, y siempre había un psicólogo a mano.

—Peor. —Denna suspiró, como si quisiese calmarse mientras hablaba. La voz le temblaba un poco—. Ha destrozado la habitación. Y no deja que nadie se le acerque.

«Típico comportamiento de estrella del *rock*», pensó Elizabeth poniendo los ojos en blanco, la preocupación que había sentido hacía un momento convertida en repulsión. ¿Por qué narices se estaba preocupando ella por un imbécil que, en vez de pedir ayuda, destrozaba cosas?

Respiró por la nariz e intentó no verbalizar ninguno de sus pensamientos, porque su opinión personal sobre un paciente no era ni debería ser nunca relevante.

—Llama a seguridad. Ya sabes el protocolo. —«Y si es necesario, ponlo de patitas en la calle, gafas de sol incluidas», añadió para ella.

¿Qué le estaba pasando? Se dio con la mano en la frente y después se presionó el puente de la nariz con dos dedos para aliviar el dolor de cabeza que estaba empezando a formarse. Aquella no era manera de pensar, ni sobre él ni sobre nadie. Probablemente era la primera vez, vete tú a saber desde cuándo, que su cuerpo estaba pasando por la falta de una sustancia adictiva. Nada de lo que hiciera en aquel estado sería culpa de él, y seguramente nada de lo que hiciera se saldría de la norma, aunque cada caso fuera diferente. Así que, ¿por qué ella no podía dejar de echarle la culpa por cosas que en realidad estaban fuera de su alcance?

«Porque que sea el malo de la película es más fácil», le dijo su conciencia, que era una traidora.

—No han podido ni tocarlo. —Denna estaba a punto de llorar—. ¿Y si nos demanda? No quiero ni pensar en Marisa. Si la cago, me va a mandar a la semana que viene de una patada, Liz.

—No va a demandar a nadie. —Elizabeth usó sin querer su tono tranquilizador, el que usaba con los pacientes. Por suerte, Denna no se dio cuenta y pareció funcionar—. Ni siquiera se va a acordar por la mañana.

Elizabeth guardó silencio, porque, sinceramente, no sabía qué más podía decir. Denna tenía que hacer que lo sedaran y punto. No había otra forma de actuar en esos casos. Aunque tuvieran que reducirlo por la fuerza, y dejarle algún moratón en consecuencia, probablemente sería lo mejor que podían hacer.

—No para de repetir tu nombre, Liz —añadió Denna. Y después la puso entre la espada y la pared—. Creo que lo mejor sería que vinieras.

¿Ir? Impensable.

El helado se le agrió en el estómago y las posibilidades la ahogaron como agua en sus pulmones. Ir allí. Ya. Quiso decirle a Denna que no quería, como una niña pequeña que le dice a su madre que no quiere ir al colegio. Quiso decirle que por qué ella, y por qué era su responsabilidad cuando era Denna la que estaba de guardia y ella debería estar durmiendo. Jesús, debería estar durmiendo hacía horas.

—Déjame vestirme. Estoy allí en quince minutos —sentenció al final, porque ¿qué otra cosa iba a hacer? ¿Dejar de ser una adulta? ¿Tirar todas sus responsabilidades a la basura? Aquel era, al fin y al cabo, su paciente y, además, se recordó, probablemente Dylan no recordaría nada por la mañana.

Colgó sin oír el agradecimiento de su compañera, porque la estática de su cuerpo era en ese momento más que una carga en reposo. Maldijo a la nada, a la pantalla de la televisión y a su pijama de rayas mientras iba escaleras arriba para vestirse.

* * *

—¡Déjame salir!

El grito fue lo primero que Elizabeth escuchó cuando salió del ascensor en la segunda planta del centro, donde estaba el ala de las habitaciones de residentes. Después, un grito más y un golpe. Cristales rotos.

Cuando llegó a la habitación de Dylan, Denna estaba apoyada contra la pared, con dos de los enfermeros y otros dos miembros de la seguridad del centro. Todos parecían cansados y exhaustos, como si el ajetreo de la noche hubiera sido más bien una jugera de dos días seguidos.

—¿Sigue igual? —preguntó a modo de saludo. Evan, uno de los enfermeros, la saludó y ella le devolvió la sonrisa. Tenía el pelo rubio y ensortijado. Era uno de esos chicos que parecen un golden retriever. Sabía que él estaba interesado en ella. Por Dios, si incluso había rechazado disimuladamente alguna que otra cita. Pero, por desgracia para él, a Elizabeth le resultaba igual de atractivo que un florero. ¡Ah, no! Aparentemente a ella le gustaban más... desquiciados.

—Peor —le contestó este—. No debe de quedar nada que pueda romper a estas alturas.

—Genial —suspiró Elizabeth, aunque lo que quería hacer era gritar. Justo como Dylan—. ¿Tienes la dosis preparada, Evan?

El enfermero le mostró la jeringuilla, todavía con el tapón puesto.

—Entramos contigo —dijo mientras la miraba con preocupación. Denna asintió con la cabeza como si estuviera más que de acuerdo con esa idea, y los de seguridad se descruzaron de brazos, listos para hacerle a Dylan un placaje.

Pero Elizabeth levantó las manos en señal de paz.

—No es necesario. —Cogió el tranquilizante de las manos de Evan y se lo metió en el bolsillo de la chaqueta. Pesaba como un arma de gran calibre. Lo mismo solo era su conciencia—. Voy a entrar.

—¿Estás segura? —Fue Denna quien preguntó, su pelo negro hecho un desastre de tantas veces que se había pasado las manos por él. Tenía los ojos rojos, de cansancio o preocupación.

Justo cuando se dio la vuelta y fue a abrir la puerta, un gran golpe sonó contra esta como si Dylan hubiera lanzado una mesa o una silla o algo.

—Segurísima.

Ya, claro.

Abrió la puerta con más seguridad de la que sentía y cerró para que ninguno de los que había fuera entrara a rescatarla. Estaba oscuro en la habitación, excepto por la luz que entraba a través de la ventana, y Elizabeth se sintió encoger contra la puerta, porque aquello le resultaba familiar. Demasiado familiar. Oscuridad y no saber qué iba a encontrar dentro.

Sacudió la cabeza para evitar el recuerdo.

Ella nunca entraba en esos casos, evitaba estar de guardia cuando sabía que había un paciente crítico por lo mismo. No podía tolerar ese caos, esa inestabilidad, ese malestar que le causaba y la llevaba de nuevo a ser una niña, tener una manta gris sobre los hombros, y a la policía rodeándola. No estaba relacionado, pero su mente lo unía de alguna manera, y ella evitaba todo ese estrés dejando que sus compañeros se encargaran. No tenía ninguna necesidad de revivir esa escena una y otra vez. Con una había sido suficiente, muchas gracias.

El golpe al lado de su cabeza la hizo abrir mucho los ojos y salir de sus pensamientos. Después, añicos que caían al suelo. Al parecer, un jarrón había ido a parar a centímetros de su cara.

—¿Estás bien? —La voz de Denna sonaba camuflada debido a la pared que había entre ellas.

—¡Perfectamente! —se obligó a gritar—. ¡Podéis iros, en serio!

Probablemente no fuera la decisión más lógica. «Probablemente deberías salir de aquí», se aconsejó.

La habitación estaba hecha un desastre, el colchón estaba sacado de su sitio y las sábanas estaban hechas una bola en el suelo. El espejo que había sobre la cómoda estaba hecho pedazos, y los cajones estaban esparcidos por el suelo. Dylan estaba frente a la ventana, dándole la espalda a ella, con las manos apoyadas en el alféizar. No llevaba camiseta, solo unos pantalones de

pijama negros que le colgaban bajos en las caderas, e iba descalzo, lo cual era un peligro dada la cantidad de trozos afilados que había en el suelo.

No lo veía demasiado claro, sin nada de luz excepto la que él bloqueaba de fuera, pero sí podía ver como los brazos le temblaban y los músculos de la espalda se le contraían. Tenía un tatuaje oscuro que le ocupaba gran parte de esta, aunque, desde donde estaba, no podía distinguir el dibujo.

Se estaba asfixiando sin luz.

Elizabeth alargó la mano a tientas y le dio al interruptor.

Fue para peor. El desastre fue entonces más acentuado, como si perteneciera a la oscuridad y verlo bajo la luz lo convirtiera en la escena de un crimen. Había trozos del espejo por todas partes, pero por suerte no cerca de sus pies. Dylan tenía la cabeza agachada, caída entre sus brazos y respiraba de forma inestable. Con la luz encendida pudo distinguir que el diseño de su espalda era una pantera agarrada a su hombro que le bajaba por el cuerpo. Tenía la cabeza ladeada, mirándola, y la cola desaparecía hasta colarse por la cinturilla del pantalón.

—¿Dylan? —Si la voz no le tembló, fue porque se negaba a estar asustada.

Dylan emitió un sonido, algo que sonó como a un sollozo, o un quejido, pero desde donde estaba no podía estar segura. Se acercó con paso inestable, y sin embargo a mitad de camino perdió la valentía. Colocó el colchón derecho en la cama y se sentó a los pies, porque sentía que perdería la fuerza en las piernas si no lo hacía.

—Déjame salir —pidió Dylan, como un niño que ha pedido muchas veces por favor que alguien pare de torturarlo. Si hacía un rato estaba dispuesta a ponerlo en la calle por el comportamiento irresponsable que estaba teniendo, entonces el corazón de Elizabeth se encogió un poquito.

—Está bien —le contestó. Si estaba intentando convencerla para que le diera el alta, no estaba de suerte. Sabía que le cambiaría el alma en ese mismo momento por meterse cualquier cosa y salir de ese estado—. Pero no ahora, Dylan. No puedes salir así.

Él se rio. No como esa mañana, no como antes. Se rio amargamente, y el sonido le recordó a Elizabeth a esas veces que se despertaba sudando en la cama, con la respiración en la boca y un miedo sin sentido en el estómago.

—Da igual, mamá —contestó, como si tuviera todo el sentido del mundo—. Están casi curados. A nadie le importan los golpes de todas formas.

¿Mamá? Estaba alucinando.

Estupendo.

Las palabras hicieron que Elizabeth tomara notas mentales sin querer. Era mucho más fácil conseguir información de él en ese estado, se dijo. Cosas que nunca compartiría en la silla de la consulta. Cosas que probablemente fueran relevantes.

La información que el músico había revelado la hizo pensar a marchas forzadas. Por un segundo quiso preguntar, porque sabía que él le respondería, pero después se recordó a sí misma, como tantas veces desde que ese chico había entrado en su vida hacía unas horas, que ese comportamiento no era para nada ético y que lo que él quisiera o no compartir era solo asunto suyo.

Pero sería tan bueno para la terapia.

«Nos ahorraría tanto tiempo», se lamentó. Le ahorraría tanto tiempo que hasta probablemente pudiera dejarlo marchar antes y se lo quitaría de encima.

Se mordió el labio debatiendo consigo misma durante unos segundos.

Al final, su parte racional ganó, como de costumbre.

—Soy Elizabeth, Dylan —lo dijo con suavidad, no queriendo alterarlo. Dios sabía que sacarlo de ese estado era peligroso y que la transición debía ser hecha con cuidado. Debería levantarse y aproximarse a él, pero no quiso abrumarlo con el contacto, así que añadió—: Estás en rehabilitación, Dylan. Esta es tu habitación. No pasa nada.

Tardó lo que el corazón de Elizabeth necesitaba para acelerarse. Fue un instante. Un segundo antes estaba de espaldas a ella, al siguiente se había dado la vuelta y lo tenía de frente, mirándola con los ojos tan grandes como un gato. No podía dejar de pensar en la pantera que llevaba en la espalda.

—¿Elizabeth? —preguntó con la voz ronca, como si no se lo creyera. Como si se estuviera agarrando a un salvavidas en medio de un huracán.

Dylan tenía el pelo negro revuelto y despeinado. Tenía los ojos muy abiertos, las pupilas enormes. Sus mejillas estaban algo sonrojadas, y tenía el labio de abajo entre los dientes. Tenía —y por todos los dioses que existían, por qué no se había dado cuenta— lunares salpicados desde la oreja izquierda hasta la boca, pasando por la mejilla.

Quizá había estado llorando, pero Elizabeth no lo sabía a ciencia cierta. Mierda, parecía un ángel roto y hecho pedazos. Y estaba sufriendo. Elizabeth sintió la necesidad de acercarse a él y abrazarlo. Sintió la necesidad de susurrarle palabras de alivio al oído, y acariciarle la espalda y el pelo. Quería tocarlo y no sabía por qué. Le picaban las palmas de las manos, así que las cerró en dos puños.

—Eh, estás bien. Soy yo. No pasa nada. —Se lo dijo en voz alta para calmarlo, pero también para calmarse a sí misma. Se lo dijo para recordarse que ella era ella, él era él, y ese era su paciente y ella era su psicóloga. Si apretaba las manos más fuerte, iba a clavarse las uñas en las palmas.

Dylan tardó un poco en reaccionar, como si su cerebro no fuera a la velocidad correcta, pero de repente cortó la poca distancia que los separaba. Sus hombros parecían tan anchos como un estadio de fútbol, al menos en comparación con sus caderas. ¡Jesús! ¿Quién tenía esos huecos en las caderas sin ser un deportista? ¿Y por qué ella lo tenía que tener a la altura de los ojos?

Al final optó por cerrarlos, porque esa prueba estaba siendo demasiado para ella. Nunca jamás se había sentido irracional, insensata y estúpida, como una adolescente hormonal, delante de un hombre. Eso era algo que, simplemente, a ella no le pasaba. Pero de repente le estaba pasando, aunque estuviera mal, le estaba pasando, y joder si no sintió su calor cuando estuvo pegada a ella, y joder otra vez si no olía a algo oscuro y picante, como a madera y a hombre.

Ese chico iba a hacer añicos su buen uso del vocabulario. Entre otras cosas.

Con los ojos cerrados se sentía más segura, y se maldijo por haber tenido la magnífica idea de encender la luz. Todo hubiera estado mejor si la hubiera dejado apagada. ¿Qué necesidad tenía ella de saber que todos esos lunares le poblaban la mejilla? ¿O de saber que no tenía tatuajes en el pecho, pero sí un *piercing* en el pezón? ¡Como si eso fuera algo que la pusiera cachonda de repente! Ni que un tío la hubiera puesto cachonda antes.

Por suerte para ella —o no—, Dylan se dejó caer a sus pies, arrodillado, poniendo la cabeza sobre su regazo. El pecho de Dylan se pegó a la piel que la falda dejaba al descubierto, porque ella, con las prisas, no había parado a ponerse las medias. Tenía el pecho ardiendo, y a ella el corazón se le iba a salir por la boca. Necesitaba salir de allí.

—Lo siento —murmuró Dylan con la cara escondida, el sonido camuflado a través de la ropa. Lo sintió temblar contra ella y después las lágrimas le empaparon la falda—. Lo siento —repitió, como si tuviera la necesidad de expiar sus pecados.

—Tranquilo —murmuró también Elizabeth, a él y a su corazón, que le estaba latiendo en la boca.

No tenía muy claro por qué él la estaba abrazando o si había caído en la cuenta realmente de que era ella. No tenía nada claro si quería que lo supiera

o no. El tranquilizante todavía pesaba en su bolsillo, y estaba tan tentada a no usarlo... No cuando lo veía así.

Sin querer, y solo porque sabía que él no iba a recordarlo —puede que porque también quisiera reconfortarlo—, las manos de Elizabeth se movieron hasta su pelo. Las hebras negras contrastaban de forma llamativa contra sus dedos de piel clara, y tenía el pelo tan suave que Elizabeth sabía que la siguiente caricia ya no la hizo por él, sino por ella.

—Lo siento mucho —repitió mientras la abrazaba por la cintura, rodeándola con todos esos músculos, ardiendo.

De golpe estaba atrapada ahí y quería estar en cualquier otro sitio, pero a la vez no quería dejar de tocarle el pelo. Sintió la necesidad de meter la nariz entre los mechones y respirar ahí. Quiso darle un beso en la frente. Y...

«Para», se ordenó.

Las manos se le congelaron contra su pelo, mientras la respiración de Dylan se iba haciendo cada vez más calmada. Todo lo que quería hacer era seguir con las manos hacia abajo, hasta su nuca, y tal vez tocarle los hombros, ver si eran tan sólidos como parecían. Todo lo que quería hacer era tocar el tatuaje de la espalda con la punta de los dedos para saber si se notaba el relieve bajo ellas.

Lo que hizo fue morderse la lengua y abrir los ojos. Dejar que la luz la invadiera, y con la luz, el desastre que era la habitación. La visión la hizo pensar en el desastre que también sería la vida del muchacho; la vida de excesos, de sudor, de conciertos. La hizo acordarse de lo que era esa vida, y de lo que ni quería ni podía permitirse. No otra vez.

Hizo que el corazón que le había ido a mil por hora le subiera aún más de revoluciones, pero en vez de bombear sangre, estaba esparciendo ácido por sus venas.

Dejó una mano en su pelo, porque no quería asustarlo, y, con la otra, buscó en su bolsillo disimuladamente. No era que Dylan la estuviese observando, estaba respirando suave contra la tela mojada de su falda, y casi podía jurar que los músculos de la espalda se le estaban destensando. El agarre en su cintura era igual de fuerte, sin embargo.

Cuando tuvo la jeringuilla en la mano, se la llevó a la boca y la destapó con los dientes.

—Va a estar bien. Te lo prometo. —Y sintiéndose como una auténtica perra, llevó la mano que tenía en el pelo hasta su nuca. Él lo tomó como una caricia, así que giró un poco el cuello, dándole acceso. Elizabeth solo quería

buscarle una vena. Tenía la piel húmeda ahí, y sintió la necesidad de tocarla con los labios, ver a qué sabía.

«Estás perdiendo la cabeza», se dijo.

El pinchazo lo sobresaltó, pero para cuando fue a apartarse, ya tenía todo el líquido en las venas. Dylan levantó la cabeza y la miró, de rodillas. Tenía la mirada muy lúcida, a pesar de que estaba hecho un desastre.

—¿Qué me has hecho? —murmuró, pero Elizabeth no le contestó, solo sintió que se ahogaba en un mar de dos colores.

Después pensó que los desmayos no ocurrían como en las películas. El tranquilizante no hacía efecto inmediato y quien tenía en las manos no se te caía muerto a plomo de repente. Tardaba un poco, y Elizabeth pudo verlo en sus ojos. Estaba lúcido un segundo, casi enfadado por el pinchazo; después, las pupilas se le hicieron eternas, y el gesto de incertidumbre se borró de su cara.

Agachó la cabeza, apoyando la frente contra las rodillas femeninas, como si le pesara demasiado de repente, perdiendo toda la fuerza en su abrazo. Su respiración se acompasó aún más, y Elizabeth lo oyó murmurar algo.

—¿Qué? —Bajó la cabeza para oírlo mejor, y creyó que Dylan había caído en la inconsciencia, porque no le contestaba.

—Lo siento tanto —murmuró casi sin mover los labios, apenas audible—. Sarah. —Y nada más.

Dylan se durmió contra ella, y de repente tenía ese nombre grabado a fuego en la memoria, con luces de neón y una pancarta que decía: «ALGO PASA AQUÍ», sin contar con el hecho de que tendría que llamar a alguien para que le quitaran el peso muerto de metro ochenta que tenía contra su cuerpo.

Quizá Dylan no recordaría nada por la mañana, se repitió, por enésima vez, pero ella no iba a ser capaz de olvidarlo.

* * *

La mañana siguiente llegó demasiado pronto, teniendo en cuenta que había caído muerta en la cama a las tres de la madrugada, y ni siquiera se había molestado en desvestirse. Gruñó cuando se movió y se clavó un aro del sujetador contra la costilla, y maldijo cuando el despertador volvió a sonar. Lo apagó a las malas, y quiso llorar porque estaba muy cansada. Estaba agotada. Y la falta de sueño solo era una de las causas.

Cerró los ojos, muerta de vergüenza, porque ayer había estado en una situación crítica con un paciente y había sido lo menos profesional de su vida. Y ya iban dos veces con él.

Se recordó a sí misma sentada en la cama, con él abrazándola, y un temblor la recorrió, y algo caliente y espeso se le plantó en el estómago, una semilla que le crecería hasta el esófago y acabaría por ahogarla si no tenía cuidado. Estaba segura de que tenía las mejillas ardiendo y, por favor, por favor, por favor, que no se acordara de nada.

Se tapó la cara con las manos y olió a Dylan entre sus dedos, y de repente se enfadó. Se enfadó por estar dejando que se le metiera entre los huesos cuando él no iba a recordar nada. Ella se iba a ablandar con él, y eso no le serviría más que para estropear la terapia y acabar con el cerebro hecho papilla entre las manos.

Bufó por la nariz como los toros y se levantó de la cama enfadada. Se dio una ducha rápida, sin soltarse siquiera el moño, porque quería quitarse su olor de encima. Después se vistió sin mirar demasiado lo que se ponía y salió de casa sin desayunar.

Estaba en el recinto antes de su hora, y sacó un café de la máquina, bebiéndoselo murmurando todo el rato para sí misma.

Las recepcionistas de los escritorios estaban mirándola, susurrando, y Elizabeth creyó que sabían lo que era. Que la estaban viendo. Dios, se lo estaban viendo. Si ella aún podía sentir el calor del pecho de Dylan contra las espinillas, ¿cómo no iban a saberlo ellas?

Al final optó por meterse en su despacho y tumbarse un rato en el sofá. Después, recordó que Dylan había estado sentado ahí el día anterior, con los brazos estirados en el respaldo, y esa sonrisa de caramelo en la boca, y se maldijo, porque... ¡Mierda! ¿Es que no había un sitio que ese maldito músico no hubiera contaminado con su presencia?

Estaba murmurando maldiciones acostada en el sofá —y riñéndose por tener tan mala boca por otro lado—, cuando alguien golpeó la puerta del despacho. Elizabeth no contestó, no tenía ganas de que la siguieran revisando de arriba abajo, y si volvía a sentir que sus mejillas se encendían, iba a empezar a cortar cabezas.

Volvieron a tocar, y ella quiso gritar: «¡Largo!», pero aun así contestó a regañadientes:

—Estoy aquí. —A la mierda si era poco profesional, no era ningún paciente, y si era un miembro del equipo, que se aguantara.

Al final resultó ser Marisa, con su pelo rizado perfectamente peinado, su sonrisa en la boca, y esa piel tostada que reflejaba sol. Elizabeth se sentía hecha un desastre a pesar de que había intentado sanar sus ojeras con maquillaje y había usado laca de más en los mechones que se le escapaban del recogido.

—Pasa, mamá —lo dijo por decir algo, porque Marisa ya estaba pasando. Al menos tuvo el sentido común de cerrar la puerta tras ella.

—¡Cariño! —Marisa se acercó hasta el sofá y le puso una mano en la frente—. ¿Te encuentras bien?

Ella quiso mentirle, quiso decirle que se encontraba perfectamente y que no estaba teniendo... problemas. Como un sangrado interno que la estaba ahogando por dentro.

—Puede que esté incubando algo —le contestó, porque la verdad es que se sentía como si fuera así.

Marisa le dio un beso en la frente y después se sentó en el sillón que Elizabeth había dejado allí el día anterior. De su entrevista... con Dylan.

«Oh, por Dios. Muérete», se lamentó.

Después, la miró con una sonrisa que no le gustaba nada. Una sonrisa que anunciaba que sabía más de lo que decía.

—¿Qué es? —preguntó, porque aunque había cerrado los ojos, su mirada le estaba quemando la piel.

—Oh, nada. —Pero su voz cantarina decía que era algo. Como siempre, Marisa se traicionó a sí misma volviendo a hablar—. Solo que estoy muy orgullosa de ti, eso es todo.

—No he hecho nada. —Y de verdad que Elizabeth no tenía ni idea de qué estaba hablando.

—Oh, no seas tonta, cariño. Anoche hiciste un buen trabajo. Estoy tan contenta.

Anoche. No ayer. Si hubiese dicho *ayer*, ella hubiera entendido que fue en la entrevista. Pero no, dijo *anoche*. *Anoche*.

Las mejillas de Elizabeth se encendieron sin querer.

—Hice lo que había que hacer. —Si la voz le salió temblorosa, Marisa no comentó nada.

Le dio una palmadita en la mano que tenía sobre el estómago, sus dedos siempre cálidos y suaves.

—Sabes por qué lo digo —añadió.

¡Oh, sí! Elizabeth sabía por qué lo decía. Ella misma lo había pensado la noche anterior. Porque en cualquier otro momento, con cualquier otro paciente, Elizabeth habría salido corriendo en la dirección opuesta y no habría entrado nunca en esa habitación. Porque llevaba evitando hacerlo desde que se fundó el centro y habían pasado ya unos buenos ocho años.

Con cualquier otro paciente, esa era la clave.

Y maldita Marisa por saberlo tan bien.

—No te hagas ilusiones —murmuró con sorna.

Y aun así, ella rio, como si fuera un triunfo. La muy bruja —porque, en serio, no tenía otro nombre a estas alturas— le estaba haciendo terapia involuntaria con este caso, ¿y no había sido esa su intención desde el principio?

—Tomate el día libre, cariño, pareces cansada.

Elizabeth fue a quejarse, porque ella era perfectamente capaz de cumplir sus responsabilidades —habiendo pasado una mala noche o no—, pero Marisa no la dejó hablar:

—Anoche le salvaste el culo a Denna. Déjala que se encargue ella hoy.

Y así, sin más, Elizabeth se tomó un día libre por primera vez desde que había empezado a trabajar allí. Era alarmante la de cosas que estaban cambiando desde que Dylan Reeves había entrado en su vida.

Capítulo 6

*I was headed insane; the devil told me his name.
But he's not welcome here... anymore.
Misery, The Maine*

Durante todo el día siguiente, Dylan no se despertó. Durmió como un peso muerto sobre la cama, sin ser consciente siquiera de si estaba dormido o muerto. No tuvo sueños ni pesadillas, y su organismo no lo obligó a moverse y ser consciente de donde estaba hasta casi dos días después.

Cualquiera pensaría que después de haber dormido durante tanto tiempo debería sentirse descansado y en buena forma, pero no era así. Cuando Dylan despertó, no solo no sabía qué día era, ni cuánto tiempo llevaba en la cama, sino que, además, se seguía sintiendo como una mierda.

Solo se levantó de la cama porque su vejiga lo obligó. Fue hasta el baño sin mirarse en el espejo, porque no quería verse así. Cuando terminó, abrió el agua de la ducha y esperó, a oscuras en el baño, hasta que el agua salió a la temperatura adecuada. Se metió debajo del chorro ardiendo, dejando que le golpeará entre los omóplatos y le relajase los músculos que estaban tensos como alambres. Se encontraba débil, así que se apoyó con las manos en los azulejos fríos y después, cuando sintió que las piernas le fallaban, simplemente se sentó en el plato de ducha, dejando que el agua le cayera sobre la cabeza y los hombros.

Al menos no había tenido pesadillas, se reconfortó, mientras cogía la pastilla de jabón y la frotaba contra la manopla. La usó primero sobre su cara, en el cuello, tras las orejas, como su madre le obligaba a hacer cuando era un niño. El jabón olía a algo neutro pero relajante, y a Dylan le consoló. Se enjabonó los brazos, y el pecho. Despacio, meticulosamente. No solo porque no tenía fuerzas para ir más deprisa, sino porque sentía aquella ducha como algo importante. Algo diferente.

Se estaba bañando, pero él lo sintió como alguna especie de bautismo. Su inicio en una nueva vida. ¿De verdad estaba pensando eso mientras se pasaba

la esponja que le habían dado por las piernas, con el culo sobre el plato frío de una ducha que no era la suya? No, mejor, sentado en la ducha de su habitación en el centro de desintoxicación en el que estaba ingresado. ¿De verdad sentía que ese era el inicio de una nueva vida?

«Chico, no podrías tocar más el fondo ni aunque quisieras», le dijo su conciencia, pero, por primera vez en años, Dylan no la creyó.

No. Tocar fondo había sido lo del otro día, se recordó, caerse muerto en vida en el pasillo del estadio de Atlanta al terminar el concierto. Eso había sido tocar fondo. Besarle con lengua y todo. ¿Esto? Esto era el inicio de una nueva etapa. Dylan se estaba lamiendo las heridas, enjabonándolas y limpiándolas, y tenía tantas que algunas llevaban pus bajo la costra.

Tembló durante todo el proceso, y cuando estuvo satisfecho con el rojo de su piel, cogió el champú —sí, tenía que haber empezado por ahí, que lo demandasen si querían—, y se enjabonó el cuero cabelludo con tanta fuerza que se estaba arañando, pero no le importó. Los músculos de los brazos protestaron por el esfuerzo, pero a Dylan le gustó la sensación.

Tenía agujetas como si hubiera estado haciendo deporte durante días enteros, pero aquel zumbido, aquella vibración en la nuca que hacía que se le pusiera la piel de gallina, había desaparecido.

Y las pesadillas también.

El agua le cayó, aclarándole el pelo y el cuerpo, y Dylan lloró como un niño, porque no recordaba la última vez que no había tenido pesadillas durante los últimos cinco años. Se sintió libre por primera vez en tanto tiempo que la novedad, la libertad de ataduras, le dejó llorar durante un rato.

Después, como pudo, se levantó y se envolvió con una toalla.

No encendió la luz en ningún momento.

* * *

—No voy a hacer nada estúpido con ella —repitió por tercera vez Dylan a la señora del mostrador de la segunda planta, que estaba ahí para vigilar las habitaciones y comprobar que todos estaban donde debían.

Dylan se había vestido con unos vaqueros oscuros y su camiseta favorita de Iron Maiden, llena de agujeros porque era viejísima, y las Vans más estropeadas que tenía. No era que fuese a salir a ningún sitio, de todas formas.

—Señor Reeves, como usted comprenderá, no puedo facilitarle una cuchilla de afeitar. Está usted en proceso de recuperación y... —Blablablá. Llevaba repitiendo la misma cantinela desde hacía diez minutos. A Dylan debía de haberle tocado la tía más fiel y estricta de todo el centro, sin contar a Elizabeth.

Su cuerpo se tensó solo al pensar en la psicóloga, y un zumbido que lo alarmó le recorrió desde la nuca hasta la base de la espalda. Durante un segundo se puso tenso, pensando que era la misma clase de electricidad que sentía en el cuerpo cuando se moría por otra dosis más. Pero la sensación desapareció tan rápido como vino, y Dylan volvió a relajarse.

Se encontraba algo mejor que hacía un rato, la ducha le había venido bien, y llorar como un bebé, también. De alguna forma, sentía que en ese momento no era un agujero negro, absorbiendo toda la luz que encontraba a su paso. No, Dylan la emanaba.

—Rita. —Dylan miró la plaquita que llevaba en la solapa de su camisa. Era una señora, pero no demasiado mayor. Nada con lo que Dylan no pudiera lidiar. En contra de todo lo que dictaba su razón, se quitó las gafas, y las dejó descansar sobre el pelo húmedo—. Puedo llamarte Rita, ¿verdad? —La miró a los ojos y sintió como la señora enmudecía al notar su heterocromía—. No tengo ninguna intención de hacerme daño con ella, te lo aseguro. ¿Crees de verdad que pretendo terminar con mi carrera musical, y todo en lo que he trabajado tan duro durante estos últimos años, con una cuchilla de afeitar? — Se esforzó porque su voz sonase clara y llena de una juventud que no sentía.

Si ella supiera que ni siquiera tenía el poder para decidir eso. ¡Ah, no! La discográfica le diría cómo, cuándo y por qué tenía que acabar con su carrera musical; cuando dejara de ser beneficioso para ellos, claro. A este ritmo, podrían pasar ochenta años. A lo mejor sí era una buena idea mutilarse la cara con esa cuchilla. Como el Joker. Lo mismo hasta eso podían venderlo, los muy hijos de puta; se rio a su pesar.

Rita titubeó en ese momento, y Dylan sabía que estaba ganando terreno, así que le sonrió, hoyuelos incluidos.

—Solo quiero afeitarme. No puedo ir por ahí pareciendo un vagabundo, ¿sabes?

La secretaria —o enfermera, o doctora, o lo que fuera— suspiró un poco, y con manos temblorosas agarró el teléfono que tenía en el escritorio.

—Déjame que lo consulte —le pidió a Dylan con una sonrisa tímida.

—Tómate tu tiempo.

Dylan tamborileó los dedos sobre el mostrador mientras esperaba y escuchaba a Rita hablar con alguien al otro lado. Esperaba que fuera Marisa, y no Elizabeth, pero por lo poco que él sabía podría ser cualquier otra persona. Un enfermero rubio y con el pelo ondulado lo miró de forma extraña cuando pasó por el pasillo, como si Dylan no le gustase. Él no lo había visto en su vida. Le saludó con la cabeza, y el otro no le devolvió el saludo.

¿Qué mierda pasaba en aquel sitio con la gente? ¿Todo el mundo estaba en contra de los músicos o qué?

Rita lo sacó de sus pensamientos cuando se levantó de la silla del escritorio y fue hasta los armarios que tenía detrás. Le dio unas cuchillas de afeitar embaladas en plástico, espuma de afeitar, un cepillo de dientes nuevo, pasta de dientes, y un peine. Aunque tenía de lo demás, le dio las gracias y le sonrió, guiñándole un ojo.

—Ha sido un placer, Rita. —Y la señora se quedó muda. Dylan quiso reírse, sentía ganas de reírse, pero se fue andando a su habitación, silbando por lo bajo, dispuesto a quitarse esa sombra de barba de la cara.

No recordaba la última vez que había estado de buen humor.

* * *

A pesar de que se sentía mejor, seguían molestándole músculos que no sabía que tenía, y la cabeza le dolía a rabiar, así que pidió un ibuprofeno — esa vez se lo dieron sin trabas; Dylan supuso que no esperaban que se matara con una pastilla para el dolor de cabeza— y se dedicó a recorrer el centro, porque estaba aburrido.

Su energía no era la misma de siempre, y lo notaba, porque Dylan era un chico enérgico y cargado hasta los topes de batería, pero aun así no quería estar lo que quedaba de día encerrado en la habitación.

No tenía demasiada hambre a pesar de que había pasado días sin comer —dos, se recordó; la señora le había dicho muy amablemente la hora y el día en el que estaban—, pero aun así se acercó a la cafetería y acabó sentado en una mesa con un plato lleno de patatas fritas, ketchup y un bote de Coca-Cola.

Las comió despacio, saboreándolas, porque sentía que había tenido hasta las papilas gustativas dormidas hasta ese momento. A lo mejor estaba exagerando, pero a Dylan le parecieron las mejores patatas que había probado en muchísimo tiempo.

Después, aunque no tenía el esquema de la semana que Elizabeth le había mencionado en la última consulta, paseó por las instalaciones para ver qué actividades eran las que el centro tenía. Si no recordaba mal, ella le había dicho que debía apuntarse obligatoriamente a algunas, Dylan suponía que para ocupar su tiempo y su mente en algo más aparte de la recuperación.

Descubrió que tenían piscina, gimnasio y clases de yoga, baile y cocina. Dylan descartó las últimas, pero la piscina y el gimnasio eran tolerables. Se descubrió a sí mismo echando de menos que no hubiera clases de guitarra. No porque él no supiera tocarla ya, sino porque echaba de menos las cuerdas contra sus dedos.

Como aún le quedaba un rato para la cena, y no tenía ganas de entablar ninguna conversación con los otros internos, ni tenía fuerzas para dedicarle unas horas al gimnasio, salió a los jardines de la parte delantera.

Solo los había visto de madrugada, cuando había ingresado hacía unos días, y con el caos de la prensa y la seguridad no se había molestado mucho en mirarlos. En ese instante, el sol brillaba fuerte, el olor a primavera estaba en el ambiente, y Dylan se tomó un momento para observarlo todo.

El jardín era amplio, con distintos recovecos privados aquí y allá, los setos y las plantas estratégicamente colocados para crear entornos de tranquilidad. El césped estaba tan verde que Dylan se imaginó la cantidad de agua que debían usar para mantenerlo así en un lugar como Los Ángeles.

Caminó sin rumbo durante un rato, siguiendo los caminos de piedra que giraban en las diferentes direcciones. No tenía intención de alejarse mucho, ni de acercarse a la verja negra de la entrada. No creía que la prensa estuviera haciendo acampada en la puerta, pero, aun así, más valía prevenir que curar.

Al final encontró un rincón pequeño y se tumbó a la sombra de un árbol, con las manos detrás de la cabeza, y cerró los ojos.

Estaba relajado, estaba a gusto, y ni siquiera pensó en que podía quedarse dormido. Ni siquiera se acordó de que normalmente ponía todos sus esfuerzos en no dormirse. Solo se quedó ahí, con los ojos cerrados, escuchando sin oír nada.

Al final se quitó las gafas de sol, se tapó los ojos con el antebrazo y se quedó dormido sin darse cuenta.

* * *

Fue el sonido de unos tacones lo que lo despertó.

Se frotó la cara con las manos y después se dio cuenta de que el sol aún estaba alto en el cielo y que no había dormido mucho. El ibuprofeno había hecho que dejaran de dolerle las articulaciones y la cabeza, y se encontraba mucho mejor.

Otra vez había vuelto a dormir sin pesadillas. Se maravilló de pensarlo. ¿Sería así para siempre? ¿Quizá sus demonios habían desaparecido de su sistema junto con las toxinas? Dylan deseó que así fuera.

Miró hacia su derecha, de donde procedía el sonido de los tacones, y vio que Elizabeth venía caminando por el sendero de piedra que él había recorrido un rato antes. Se enderezó, sintiendo la misma electricidad recorrerle el cuerpo que esa mañana cuando había pensado en ella —o esa tarde, o lo que fuera—. Venía andando decidida, con el paso ligero y un gesto solemne en la cara. Las prisas con las que andaba hacían que el pecho se le balanceara, y sí, bien, definitivamente aquella corriente eléctrica en ese momento estaba tomando rumbo al sur. Muy al sur.

—¿Qué tal vas, rubia? —saludó sonriendo, porque, qué mierda, se sentía bien, estaba a gusto. Y tenía ganas de divertirse un rato con ella.

Ella no le contestó hasta que estuvo delante de él, una torre de malos humos y buenos modales.

—Me estás bloqueando el sol. —Dylan se puso las gafas en un acto reflejo, y después se dio cuenta de que ella ya le había visto los ojos. No tenía por qué ponerse las gafas con ella. A ella sus ojos le importaban una puta mierda.

Se las quitó de inmediato, sonriendo aún más.

Ella bufó como los toros.

Se puso las manos en las caderas y se plantó frente a él.

—No puedes salir sin decir a dónde vas, Dylan Reeves —le reprochó enfadada. Tenía las mejillas coloradas, como si hubiera estado corriendo... o besando. Dylan torció la mirada y se descubrió queriendo besarla para ver si podía ponerla aún más colorada todavía. ¿Qué haría ella si la besaba? ¿Lo abofetearía o le devolvería el beso? Probablemente le mordería, con el carácter que tenía. Y mierda si su polla no estaba más que dispuesta.

—No me he ido a ningún sitio. ¿Ves esa valla de ahí? —Dylan señaló de forma condescendiente, viendo como ella se encendía aún más—. Significa que sigo siendo un preso aquí dentro, rubia.

—Me llamo Elizabeth —Lo apuntó con el dedo—. Y no vuelvas a hacer eso. ¿O es que acaso te crees mejor que nadie? Aquí hay unas normas, y tienes que cumplirlas como todos los demás, ¿entendido? —No le gritó, pero Dylan sabía que solo era porque tenía mucho control sobre sí misma.

Aun así temblaba un poco, y sus mejillas seguían encendidas como dos cerezas. Se moría por comérsela.

—¿Qué problema tienes conmigo? —le contestó, frunciendo el ceño. Levantó las piernas doblando las rodillas y las rodeó con los brazos, abrazándose a sí mismo—. ¿Por qué sigues pensando que me creo mejor que nadie?

Elizabeth no le contestó, solo se mordió el labio. Un mechón de pelo rubio se le había escapado del moño en el que ella se empeñaba en tenerlo preso, y lo colocó con rapidez en su sitio. Como lo siguió mirando sin decir nada, él suspiró.

—No sabía que no podía salir sin decirlo. No volveré a hacerlo. —La miró mientras lo decía, para que viera que era en serio.

Por alguna razón que no entendía, ella pensaba que su intención era romper todas las normas de aquel sitio, y que se creía mejor que lo que tenía a su alrededor. Recordó lo que le había dicho en la primera sesión, que tenía un problema con los músicos, y aunque había sido un capullo aposta, estaba empezando a pensar que aquellas palabras eran más ciertas de lo que él se creía.

No queriendo arruinar su buen día, sonrió.

—No sé por qué piensas que lo hago todo intencionadamente, de verdad. Pero te doy mi palabra de que no volverá a pasar. —Dylan palmeó el suelo a su lado, invitándola a sentarse en el césped junto a él—. Siéntate un rato, Elizabeth Harvey. —No se lo ordenó, pero tampoco se lo sugirió, y usó su nombre completo porque le gustaba saborearlo en el paladar.

Ella cerró los ojos un segundo, y Dylan creyó que algo le cruzaba la cara, algo como nostalgia, o dolor, pero fue tan rápido, con ella siempre era tan rápido, que no acertó a descifrar nada.

Cuando los abrió, el fuego que Dylan había visto estaba algo más controlado, pero no había desaparecido. No la conocía demasiado bien, pero parecía que era de esa clase de personas que se enfadaban consigo mismas cuando perdían la compostura.

Por mucha distancia que ella quisiera poner, no eran tan diferentes.

—Que no se vuelva a repetir —le replicó Elizabeth muy digna, alzando la barbilla. Después, cuando entendió que su ley se había impuesto, añadió—: Te veo mañana a primera hora, por cierto. Sé puntual.

Dylan quiso poner los ojos en blanco. ¿Qué clase de persona se pensaba que era? ¿De verdad tenía esa idea preconcebida de estrella del *rock* desfasada que no hacía más que mirarse su propio ombligo? ¿Habría salido con alguna de ellas? Tenía que ser eso. Algún músico la había jodido antes, y Dylan estaba pagando los platos rotos. Después de todo, estaban en Los Ángeles, no era tan difícil dar dos pasos y toparse con alguien medio conocido a nivel nacional. No era una idea tan descabellada.

Dylan iba a contestar, pero Elizabeth no le dio tiempo a nada más, porque, tras mirarlo de arriba abajo, como si fuera un trozo de basura que se le había pegado al zapato, se dio la vuelta y regresó por donde había venido, con ese vaivén de caderas que lo llevaba de cabeza.

En vez de enfadarse, Dylan se sintió lleno de algo nuevo, una especie de energía que no conocía, y se levantó de un salto, a pesar de que su cuerpo debería haberle respondido con un quejido. La siguió, moviéndose tras su estela. Le gustó la forma en la que ella estiraba el cuello y apretaba y soltaba los dedos al caminar, como si estuviera intentando liberar tensiones.

—Espera —le pidió Dylan, y sin ser consciente de lo que hacía, la sujetó de la muñeca para que parase. Ella se tensó como una cuerda de guitarra nueva y Dylan quiso hacerla vibrar, solo para ver cómo sonaba.

No queriendo sobrepasar los límites, la soltó.

* * *

Elizabeth estaba tan enfadada que no podía ver con claridad. ¡Se había ido! Había subido a su habitación para comunicarle la siguiente consulta cuando se había dado de bruces con su habitación vacía. El lugar estaba ordenado, como si nada del desastre de hacía un par de noches hubiese pasado. El equipo de limpieza debía de haberlo hecho todo mientras Dylan dormía, tal y como ella había ordenado. Nada del episodio sería recordado, si ella podía evitarlo. Se había ido, había salido sin comunicar la salida en recepción y la había hecho preocuparse como una imbécil.

Todo para encontrárselo durmiendo tan tranquilamente bajo la sombra de un árbol. Elizabeth había estado tentada de clavarle el tacón en un ojo, solo

por verlo sufrir un poco.

Y encima, en ese momento, la estaba tocando.

El contacto le recordó a la calidez de sus brazos envolviéndola y al calor de su pecho contra las rodillas. Elizabeth se apartó bruscamente de la sombra del roce que los dedos de Dylan le habían dejado en la muñeca y se sonrojó hasta las orejas. Sin verse, sabía que probablemente tuviera hasta el escote y el cuello colorados. Se odió por ser una adulta, por tener su vida bajo control pero no poder dominar las reacciones de su piel.

—Lo siento —murmuró Elizabeth sorprendiéndose a sí misma. Se disculpó antes de haberse dado cuenta de lo que estaba haciendo, porque ella no era de esa clase de mujeres que pedían perdón sin haber perdido antes una batalla. «Sal de aquí. ¿Qué haces charlando con él alegremente? Tienes trabajo que hacer», se recordó.

—Yo no —contestó Dylan, sonriéndole de lado, haciendo que el labio de abajo saliera hacia afuera en una mueca tierna. Sabía que lo estaba mirando fijamente a la boca, pero no pudo hacer más que seguir con la vista fija ahí—. Estás impresionante cuando te sonrojas.

De todo lo que Elizabeth habría esperado, eso ni siquiera estaba en la lista. Soltó el aire de golpe, y, por suerte para ella, había un banco a la orilla del camino, así que sintiendo que le fallaban las rodillas, se sentó.

Quiso hacerle ver lo impropio de su comportamiento, pero habían pasado ya esos segundos de cortesía en los que era adecuado contestar, y Elizabeth no supo que más añadir al respecto.

—No tienes filtro entre lo que piensas y lo que dices, ¿no? —preguntó ella al final, porque Dylan seguía mirándola sin decir nada, y su mirada la ponía nerviosa.

Dylan se rio echando la cabeza hacia atrás, y el pelo de la frente se le movió. Se lo colocó después, y, riéndose, se sentó a su lado. Parecía más joven. Como si de alguna forma el cinismo que había visto la noche anterior hubiera desaparecido. Estaba más... ¿calmado? Era algo. Como si en sus ojos hubiera alguna clase de luz nueva, a pesar de que había ojeras bajo sus párpados.

Se sentó tan cerca de Elizabeth que sus rodillas se tocaban y sus hombros también, y agradeció mentalmente haber decidido ponerse pantalón largo y una blusa fina de manga larga. Así sus pieles no estarían en contacto. Elizabeth quería... Dios, no debería.

—No suelo tenerlo, no —contestó él. La miró de reojo, pero Elizabeth no podía mirarlo a la cara. No teniéndolo tan cerca—. Y si te parece que yo no tengo filtro, deberías conocer a Jude y a Jayden. Esos dos acabarán en un psiquiátrico algún día, te lo digo yo. —Después suspiró, como con nostalgia.

No debería preguntarle por cosas personales. No en ese ambiente distendido, no fuera de la consulta. Por su propio bien, no debería estar con el chico en un ambiente que a ella le parecía íntimo, porque acabaría por implicarse de manera más personal aún de lo que ya estaba implicada. Se estaba autosaboteando y lo sabía, pero lo estaba viendo tan relajado, tan diferente, que la curiosidad fue más fuerte.

—¿Los echas de menos?

—Mucho —Dylan respondió de inmediato—. Odio no tener el móvil. Somos como un matrimonio viejo. No llevaba tanto tiempo sin hablar con ellos desde..., ni siquiera lo recuerdo.

Dylan se echó hacia delante, apoyando los codos en las rodillas, y la cabeza en las manos, mirando hacia el frente. El silencio que se instaló entre ellos no fue incómodo, pero tampoco era distendido. Elizabeth quería levantarse y marcharse, porque la cercanía del muchacho la ponía nerviosa, y sabía exactamente cómo de suave tenía el pelo, y cómo de caliente tenía la piel, y al parecer su cerebro se había empeñado en averiguar cómo de salada tendría la boca.

Se mordió la mejilla derecha, solo para distraerse con el dolor. Quería levantarse y dejarlo a su aire, y olvidarse de él fuera de las horas estrictamente necesarias, pero no quería delatarse y, además, se vio incapaz de hacerlo. Ya no era solo por no perder la compostura. Había algo más.

Estaba empezando a sentir una curiosidad insana por el chico de los ojos dispares. Una curiosidad que la llevaría a abrir la caja de Pandora, a darle la bienvenida a todos sus demonios y a bailar un último tango hacia la locura.

Al parecer, a sus hormonas todo eso les daba igual.

—He revisado las actividades, por cierto —dijo Dylan al cabo de un rato, sacando a Elizabeth de sus pensamientos. Como ella no contestó, la miró de reojo, aparentemente divertido.

—¿Qué?

—Las actividades que me dijiste. He estado echando un vistazo. —No quería, pero se encontró mirándolo a los ojos y fue como un embrujo premeditado. Estaba atrapada ahí, y él pareció notarlo. Se lamió el labio de abajo antes de continuar hablando. Elizabeth tuvo que hacer de tripas corazón

para no lamerse el suyo como reflejo—. Pero no hay clases de guitarra. — Hizo un mohín gracioso.

Hacía tantas muecas con la cara que era muy fácil leerlo, y eso no debería gustarle. Pero le gustaba.

—Puedo hacer que te traigan una —sugirió ella, sorprendiéndose a sí misma otra vez.

La última vez que había visto, tocado, o mirado siquiera una guitarra había sido años atrás, en el salón de su padre. La ambulancia aún se llevaba su cuerpo. Después, ni siquiera se había hecho cargo de las cosas que le pertenecían por derecho. Esa casa estaba cerrada a cal y canto desde entonces.

Al parecer, de repente estaba dispuesta a olvidarse de que la música le había destrozado la vida, de que los músicos eran demonios que rompían siempre sus promesas, y de que ella había jurado alejarse de todos.

—¿Podrías? —La luz que llegó a los ojos de Dylan hizo que mereciera la pena el ofrecimiento. Era como un niño a veces, como si tuviera toda la dulzura y la bondad guardada, y en ocasiones se le escapase sin querer. En eso no se parecía en nada a Reed y ella se encontró distanciándolo cada vez más de esa idea de músico que odiaba y haciendo una nueva categoría.

—Puedo conseguir que tu mánager la traiga. O, si quieres, que alguno de los chicos te la acerque cuando sean las visitas de fin de semana.

Dylan se tensó.

—No, los únicos que están en Los Ángeles ahora mismo son Mark y Nathan. —Se mordió el labio inferior, pensativo, y volvió a enderezarse en el banco, pasando las manos por los vaqueros, en un gesto nervioso—. Mark servirá —declaró al final.

—¿Mark es vuestro mánager? —No le avergonzaba decir que todavía no se había aprendido quién era quién dentro del mundo que lo rodeaba, porque la verdad era que tampoco había tenido ocasión.

—Estuvo aquí, junto con los peces gordos, el otro día.

—Ah, ya. El de los tatuajes y las técnicas sutiles de seducción —comentó ella, recordando que había sido el tipo que le había guiñado el ojo en la junta.

—Ese mismo. —Dylan rio. Después añadió—: También hace contrabando de tabaco, por si te lo estabas preguntando. —La miró de reojo, desde su altura, con sus ojos iluminados como el que confiesa una travesura.

Eso tenía sentido. Nadie habría dejado a Dylan quedarse con nada, ni drogas ni alcohol ni tabaco. Lo habían limpiado de todo en el momento en el

que entró por la puerta. Y sin embargo había estado fumando cuando lo vio por primera vez en persona.

Dylan se movió incómodo.

—Mierda, ahora quiero fumar. Para qué habré dicho nada. —Se pasó las manos por la cara, después por el pelo—. Me muero por un cigarro —murmuró.

Estaba hablando para sí mismo, así que ella no supo qué contestar. En realidad, tampoco sabía qué estaba haciendo allí sentada, como si fueran grandes amigos. O nuevos amigos. No lo eran y nunca lo serían, y debería irse.

Se recordó que no lo conocía de nada, que no sabía qué era de su vida, ni qué secretos tendría guardados. No debería tener ganas de conocer a una persona así, como él, porque ella ya había tenido una persona así en su vida, y el resultado había sido una cifra negativa.

Sarah. El nombre le vino a la mente en ese momento, y lo miró desde donde estaba sentada, mientras Dylan comenzó a tararear una canción que ella no conocía. Parecía muy cómodo con ella a su lado, como si el silencio no lo irritase. Parecía totalmente inocente, un chico limpio de pecados que había empezado una nueva vida, pero recordar ese nombre le hizo preguntarse qué clase de faltas habría cometido. ¿Quién sería esa chica? ¿Una amiga? ¿Una novia? ¿Alguna fan?

La culpa con la que había pedido perdón la otra noche era casi abrumadora, y Elizabeth no quería ni empezar a imaginarse lo que tendría que ser vivir con toda esa culpabilidad dentro.

Fuese quien fuese, lo único que Elizabeth tenía muy claro era que no quería convertirse en otra Sarah.

—¿Quieres hablar? —preguntó ella al final, porque el silencio la estaba poniendo nerviosa.

—¿Todo lo que te diga será utilizado en mi contra? —contestó él burlón.

Ella quiso decirle que no, que nada de lo que dijera allí fuera influiría en la consulta. Quiso preguntarle por esa chica misteriosa, quiso preguntar por Nathan, y quiso preguntar por sus pesadillas —¿alucinaciones?—, pero no preguntó nada, y no le mintió.

—Supongo que sí —admitió.

—Entonces, doctora, prefiero que lo dejemos para mañana. Hoy he tenido un buen día. —Y con un suspiro, Dylan se levantó—. ¿A las 9?

Elizabeth asintió y él le devolvió el gesto, después se despidió con la mano y se alejó, dejándola sentada en el banco de piedra. Curiosamente, sintió

que había perdido algo, y no solo la cercanía del chico cuando había estado sentado a su lado.

—¿Y, Elizabeth? —La voz de Dylan a mitad de camino la hizo girar la cabeza, sentir que encontraba lo que había perdido—. Gracias por lo de la guitarra.

El chico le sonrió de verdad, y ella tuvo que devolverle la sonrisa.

—No hay de qué.

Dylan se marchó, y la dejó sola mirando al horizonte. Y aunque no era la primera vez que se había sentado sin compañía en los jardines de la clínica, mientras tomaba notas o repasaba un caso, sí fue la primera vez que se sintió sola.

Capítulo 7

*Sometimes I'm right and I can be wrong.
My own beliefs are in my song.
Everyday People, Sly & The Family Stone*

Mark lo supo antes de que nadie se lo dijese.

Cuando Velvet Letters había entrado por la puerta de su despacho esa mañana, con una sonrisa grande en la boca y una copia física —era de agradecer, Mark aún no se había acostumbrado a la música solo en correos electrónicos— del disco nuevo en el que habían estado trabajando, sabía que había algo raro. El proceso de escritura de la banda siempre era lento, y a veces escribían un disco tantas veces que para cuando seleccionaban el material que querían, había canciones para sacar más de un CD. Era una banda nueva, que Mark había descubierto en un bar de Ohio, y esa vez, gracias a la experiencia, sí que había conseguido para ellos un buen trato. Incluso había conseguido que fueran los teloneros de Kill Me On Saturday en la última gira.

«Esa que ha acabado tan bien», se recordó Mark.

Sabía que había algo raro porque apenas llevaban un par de meses en el proceso de escribir y grabar el álbum nuevo, y porque Quinn parecía realmente contento con el resultado de lo que le estaba dando en mano. Fuera lo que fuese lo que había en ese CD, el chico sabía que era un éxito asegurado.

La curiosidad pudo más que Mark. En cuanto los chicos se marcharon, prometiendo que tendrían algo más oficial dentro de unas semanas, Mark tuvo que reproducirlo.

Y fue algo en la primera canción.

No fueron las melodías, ni los instrumentos. El estilo de la banda seguía siendo el mismo, entre siniestro y agresivo, una especie de *rock* enfadado que no llegaba a ser *punk* ni *goth*, y que estaba triunfando entre las adolescentes del país, para beneficio de todos.

Había cosas originales y nuevas en el álbum. Coros de góspel, y un rango vocal que no sabía que Quinn tenía, cosa que le sorprendió agradablemente,

porque el álbum no se parecía en nada a ninguno que hubiera sido lanzado ese año, y eso siempre era bueno.

Pero no fue nada de eso.

Fueron las letras.

Desde el momento en que las escuchó, sabía que estaba escuchando a Velvet Letters, pero no pudo evitar pensar en el pasado. En el pasado, años atrás, en una época y lugar equivocado, diferente. En el mayor error de su vida.

No era que las letras fuesen exactamente las mismas, pero sí el uso de palabras.

—Hijo de puta —murmuró Mark por lo bajo cuando cayó en la cuenta de a qué y a quién le sonaban todas esas palabras.

Podía parecer exagerado, pero para alguien que se dedicaba a vender bandas a discográficas, él sabía perfectamente cuáles eran los puntos fuertes y los débiles de quien quería publicitar. Mark sabía quién escribía como nadie, quién tocaba, quién era el más tenaz. Conocía rangos vocales, capacidades de liderazgo y hasta tallas de pantalón. Ese era su trabajo.

Así que para cuando sonó la segunda canción, no le quedó ni una sola onza en su cuerpo que dudase de que esas letras eran de Nathan Blair.

—Maldito desgraciado —volvió a murmurar entre dientes mientras paraba el disco y cogía el móvil.

Lo primero que pensó fue en llamar a Quinn y en pedirle explicaciones. A lo mejor se creía que estaba engañando a alguien. A lo mejor pensaba que el mundo no iba a saber que esas letras no eran suyas, y que el disco era una farsa. A lo mejor.

Pero después cayó en la cuenta de que, en realidad, nadie había escuchado nunca esas canciones de Nathan. Esas canciones eran las que los chicos de Kill Me On Saturday cantaban cuando no ganaban dinero con la música y no le habían vendido el alma al diablo. Esas canciones eran las verdaderas letras, el verdadero arte de Nathan. Pero nadie lo sabía. Y todo el mérito sería de Velvet Letters.

Mark miró el teléfono, la luz molestándole en las pupilas por culpa del dolor de cabeza que estaba empezando a formarse en su lóbulo temporal.

En realidad, ¿a quién podía culpar? Nathan no tenía libertad para escribir como él quería porque formaba parte de una banda prefabricada que hacía lo que el sello ordenaba. Eso no se podía discutir, y aunque era culpa de todos porque habían firmado el contrato, en realidad no era culpa de nadie.

Mark se encontró sin poder culpar al chico de los ojos azules por querer que su música fuera escuchada. Tenía talento, era un buen escritor y no era la primera vez que la gente escribía canciones y otros las cantaban. Eso pasaba todo el tiempo. Era lo más normal del mundo. Además, nadie tenía la culpa de que Velvet Letters hubiera conseguido un trato mejor, con más libertad.

Aun así, Mark lo sintió como una traición, y llamó a Nathan de todas formas porque creyó que era su deber como mánager hacerle saber que estaba enterado de cuáles eran sus movimientos.

—Más vale que sea importante si me estás molestando en mis días libres, Riley.

A Mark no le sorprendió que Nathan no le saludara con un tono agradable. El chico no era agradable ni cuando estaba de buen humor.

—Enhorabuena por tu nuevo disco —anunció el mánager, y entonces oyó un gruñido al que siguió el silencio—. Te mandaré una copia, pero tengo la sensación de que Quinn te la hará llegar él mismo.

—No sabes una mierda —le gruñó Nathan.

Y era verdad, Mark sabía que era verdad. ¿Qué mierda sabía él de escribir música, de servir para algo y que no te dejaran libertad para hacer lo que se te daba mejor? Probablemente nada. Pero aun así le escocía.

—Sé que vas a lanzar a una banda nueva a la estratosfera.

—¿Y eso no te conviene, Mark? —Se rio irónico—. No sé dónde están las pegas. Te estoy haciendo un favor. —Nathan se quedó en silencio unos segundos, y después, suspirando, añadió—: Mira, ¿vas a decirme algo digno de oír o puedo seguir de vacaciones?

Y ahí Mark no supo qué añadir, porque sabía que no debía haberlo llamado. Sabía que Nathan podía vender su material a quien le diese la gana, que no estaba haciendo nada malo o prohibido y que la llamada no había tenido sentido desde el principio.

—Dylan te va a odiar —murmuró al final—. En cuanto lo escuche va a saber que es tuyo, y te va a odiar. —«Estás haciéndolo todo pedazos», pensó, pero no lo dijo.

Le estaba prendiendo fuego al poco equilibrio que quedaba en la banda.

—Bien —sentenció Nathan—. Entonces estaremos empatados. —Y colgó.

Mirando el teléfono, Mark temió el momento en que Dylan saliera de recuperación y tuvieran que empezar de nuevo a viajar por el país,

coincidiendo con otras bandas en los festivales de verano, entre ellas Velvet Letters.

Al final, solo rezó para que las dos semanas que la compañía había dado de margen en la recuperación del cantante se alargaran un poco más y el chico estuviera estable para cuando pisaran la carretera, todos metidos en un bus.

Capítulo 8

*Oh, I'll be a good boy, please make me well.
I promise you anything; get me out of this hell.
Cold Turkey, John Lennon*

—Tienes mejor cara, Reeves.

Dylan levantó la cabeza del libro en el que la tenía escondida, para ver cómo su mánager caminaba entre la gente con una sonrisa en la cara y una funda de guitarra colgada a su espalda. Estaba sentado fuera, en los jardines, porque aunque se podía recibir a la familia dentro en la sala común, muchos de los internos también estaban saliendo o enseñando el centro a los familiares, y Dylan se sentía más cómodo fuera de las paredes. Además, después de tanto tiempo viviendo de noche, durmiendo de día, había echado tanto de menos el sol que se escapaba a la menor oportunidad, como una planta que lo necesitaba para la fotosíntesis. Era posible que Mark tuviera razón, y se le estuviera cambiando hasta el color de la cara.

—Es que me sienta bien no verte, imbécil.

Escuchó la risa de Mark cuando llegó a su lado y Dylan se levantó del banco de piedra para chocar las manos y darle a Mark uno de esos abrazos de un solo brazo que dan los hombres.

—¿Cómo va el trabajo? ¿Mucho follón con los festivales de verano? —preguntó Dylan mientras se volvía a sentar, para evitar que Mark empezase a preguntar por la rehabilitación.

No era que la rehabilitación en sí misma estuviese siendo mala, pero sí dura. La sesión del día anterior con Elizabeth había sido mil veces peor que la primera, porque a pesar de que pensaba que podía evitar sus preguntas, se estaba encontrando a sí mismo con ganas de responderlas, y en la mayoría de las ocasiones no podía resistir el impulso de hacerlo.

Se estaba volviendo a encontrar con el Dylan que había perdido, ese que había enterrado en un billete de bus entre Atlanta y Los Ángeles hacía cinco años, y no sabía cómo sentirse al respecto. Sin embargo, con Elizabeth no le

molestaba demasiado. Con ella ser quien era realmente, ese que había escondido bajo capas y capas de mal comportamiento, no era malo. Con ella estaba funcionando de una forma que Dylan no entendía, porque al parecer estaba yendo en contra de todo lo que ella esperaba.

En realidad, si lo pensaba, Dylan también estaba yendo en contra de lo que esperaba de sí mismo, del antiguo Dylan, de ese Dylan falso que había creado para vender discos y no tener un solo día de descanso. De ese Dylan que no quería volver a casa por Navidad, ni en el Cuatro de Julio, ni nunca.

Dylan se había reencontrado con el original, y este le había mirado con reproche. Al parecer habían hecho las paces y aún no sabía cómo sentirse respecto a eso.

Al menos Elizabeth había soltado un poco la correa, se consoló.

—¿Dylan?

—Perdona, ¿qué? —Estaba tan perdido en sus pensamientos que no se había dado cuenta hasta ese momento de que Mark le había estado hablando.

Mark solo lo miró, al parecer divertido con que estuviera distraído, una sonrisa en la boca y un brillo curioso en sus ojos oscuros.

—Te estaba contando lo tedioso que es conseguir que bandas que no se llevan bien trabajen juntas, por el bien del sello, pero como veo que no te interesa mucho... —Dylan solo se encogió de hombros y le mostró una gran sonrisa, porque, joder no, no le interesaba una puta mierda quién estuviera peleado con quién, ni qué carteles se estaban rifando para vender ese verano. Si por él fuera, su banda ni siquiera estaría en los carteles—. Harvey me llamó el otro día. Me ha obligado a traerte a esta belleza.

Mark abrió la funda de la guitarra y Dylan se sorprendió al ver que era su guitarra acústica, la primera que compró cuando empezaron a venderse copias del primer álbum con el sello y sintió que gastar miles de dólares en algo no era tirar dinero a la basura, porque vendrían más.

El nuevo Dylan, el de verdad, sintió ganas de abrazar a Mark y después a la guitarra, pero el antiguo aún seguía demasiado fresco en su memoria, así que solo asintió y sonrió. Llevaba las gafas puestas, por lo que esperaba que Mark no pudiera ver que tenía los ojos empañados. Era un desastre. Desde que pasó las noches del horror —como Dylan había empezado a llamarlas—, sus emociones iban y venían.

—Gracias —fue todo lo que le contestó, y se quedaron en silencio durante un rato.

Dylan estaba mirando a ninguna parte, pero gracias a las gafas se dio cuenta sin ser visto de que el mánager lo estaba observando, así que cuando Mark habló, a Dylan no le pilló desprevenido.

—Menuda fiera, por cierto.

—¿Quién? —preguntó haciéndose el loco, porque sabía perfectamente de quién le estaba hablando Mark.

—Esa psicóloga tuya.

«No es mía», quiso contestar, pero como su cerebro era un traidor, esa frase le hizo pensar en ella bajo su cuerpo, con el pelo todo enredado y las mejillas ardiendo, y sintió que se ahogaba y la voz no le salía. Carraspeó antes de contestar.

—Ni te lo imaginas. —Fue todo lo que le contestó, y Mark se rio con ganas.

—Casi me puso una pistola en la frente para que trajera la guitarra, tío. Ni siquiera pude pensar en decirle que no. —Mark suspiró, con una sonrisa pegada en la boca que a Dylan no le gustó nada. Rubias y con carácter era exactamente el tipo de mujer que hacía que Mark perdiera la cabeza.

—Gracias, ¿eh? Si no fuera por una tía, ni siquiera estarías aquí. —Dylan quería desviar la atención de Mark hacia otro tema, pero el mánager parecía decidido a seguir hablando sobre la rubia que lo estaba acosando en sueños.

—Eso lo dices porque no estuviste en la reunión que tuvimos cuando ingresaste, Dy. Deberías haberla visto. —El mánager silbó por lo bajo—. Los miró a todos como si fueran chicles pegados en el suelo. ¿Y cómo les habló? Te juro que me hizo retorcerme en la silla.

Dylan quiso contestar algo gracioso, lo que fuese, con tal de no levantar el labio y gruñirle como un lobo marcando territorio, pero solo asintió con la cabeza. Se acordó sin embargo de otra cosa que llevaba rondándole por la cabeza desde que la conoció.

—¿No te resulta familiar? Tengo la sensación de que la conozco de algo, y no consigo acordarme de qué.

Mark se encogió de hombros.

—No la he visto en mi vida. Créeme, me acordaría.

—Qué raro. Sé que la conozco de antes.

Mark lo miró entonces con el ceño fruncido.

—¿A lo mejor es de Atlanta? —ofreció como solución.

—No, no tiene acento. Y esa clase de cosas no se pueden fingir cuando te cabreas.

—¿La cabreas mucho? —Mark sonrió, mirándolo con guasa. El brillo en sus ojos se transformó en curiosidad gatuna.

—Parece que vivo para eso —suspiró el chico de los ojos dispares—. Creo que la estoy cabreando ahora mismo, solo por estar sentado fuera en vez de dentro con los demás.

Mark movió la cabeza, negando como si quisiera decir «no tienes remedio, tío», pero no añadió nada más, y Dylan no quería seguir hablando de ella.

—Gracias por venir, en serio —confesó al final—. Sé que estás muy ocupado con toda esa mierda que no me interesa. —«Y no sabía si vendrías», pensó, pero no lo dijo, porque, de verdad, sus emociones estaban demasiado alteradas para su propio bien.

—Sabes que iba a venir. Rubia buenorra o no, estoy aquí para eso. —La mirada que Mark le dedicó indicaba que se había ofendido por la duda.

Dylan solo asintió.

Se quedaron en silencio unos segundos, mirando al resto de los internos ir y venir. La chica castaña de las sesiones de grupo iba de la mano de una señora mayor, y sonreía. Había más gente, pero Dylan no se había fijado mucho en los internos que tenía alrededor, y no tenía muchas ganas de hacerlo.

Quiso preguntarle a Mark cuánto tiempo le quedaba allí dentro, porque la primera semana había pasado, y era muy probable que al final de la siguiente tuviera que salir firmando un alta voluntaria que no tenía ganas de firmar, ni sentía que estuviera preparado para firmar.

Quiso preguntárselo, pero después decidió que no le importaba. No iba a pensar en ser un esclavo de los demás mientras estuviera ahí dentro. Ese no era él, no era el Dylan que había encontrado en un cajón. El esclavo era el otro, y a ese siempre se lo podía volver a topar en la carretera, cuando llegase el momento.

No. Mientras estuviera allí encerrado iba a darse la libertad para ser él mismo, y para ello tenía que empezar por devolver un favor. Sonrió de lado.

—¿En qué estás pensando? —Dylan no se sorprendió de que Mark supiera leerlo hasta con las gafas puestas.

—¿Me echarías una mano con una cosa?

Mark le sonrió como un niño que mira el tarro de galletas.

—Dispara.

* * *

Al principio Elizabeth no notó nada extraño.

Era lunes por la mañana y aún iba un poco dormida, porque era temprano, y porque el fin de semana había sido un asco y no había podido dormir bien, despertándose una y otra vez destapada, sin pijama, con el cuerpo ardiendo. Estaba distraída, y eso fue lo que la llevó a abrir su despacho, encender las luces y quitarse la chaqueta sin notar que había algo en su escritorio. Hasta que no se agachó para encender el ordenador, no se dio cuenta de que había un regalo sobre la mesa, con una nota doblada sobre él.

Abrió primero la nota, porque, fuera lo que fuese el regalo, sintió que podría ser como una bomba que le destrozaría las manos.

La caligrafía era un desastre, mezclaba mayúsculas y minúsculas y se torcía hacia arriba, pero tenía trazos largos y marcados, y Elizabeth supo, sin ver la firma, que era de Dylan. Era como si toda su personalidad estuviera reflejada en cómo escribía.

La nota era sencilla: «Gracias por la guitarra. Dylan», y nada más.

Elizabeth quiso poner los ojos en blanco y enfadarse con él por estar haciéndole regalos cuando no correspondía. Quiso convencerse a sí misma de que había llamado a su mánager —y lo había amenazado con toda clase de torturas si no le traía a Dylan esa guitarra— solo por el bien del cantante y por su recuperación. Era fácil consolarse con eso, porque en realidad era lo que debería ser. Pero si Elizabeth era honesta consigo misma, las razones eran totalmente diferentes.

Cuando cogió el regalo y lo desenvolvió, le tembló ligeramente la mano y agradeció que nadie la estuviera viendo. Se había vuelto tan buena escondiendo esa parte de sí misma, esa que temblaba y se sonrojaba y maldecía y reía, que ni ella misma la reconocería si se la topase por la calle.

El regalo resultó ser un CD. Lo trató como si, en efecto, fuera una bomba, y lo cogió con dos dedos, observándolo. La carátula no tenía una foto de la banda, como ella había esperado, solo el nombre de Kill Me On Saturday, en letras rojas sobre un fondo negro. Simple, sin nada que destacase, como si quien hubiera hecho el álbum hubiera esperado que se vendiera por sí mismo, sin ningún incentivo. Abrió el CD, pero dentro no había libreto con las letras, ni nada. Un simple CD y nada más.

Parecía tan inofensivo, pero... ¡Oh! No lo era.

Era música, y Elizabeth la evitaba como los feligreses el pecado.

Pero era la música de Dylan y eso le picó la curiosidad. ¿Cómo cantaría? El chico tenía una voz grave cuando hablaba, pero no demasiado profunda, y quizá cantase totalmente diferente a como hablaba. Quizá tenía una de esas bandas que gritaban y gritaban y no eran melódicas en absoluto. Quizá cantaba horriblemente mal, y su fama solo se debía a la forma en la que se comportaba y a cómo se vestía, y a la cara y el cuerpo que tenía..., no sería el primero ni el último.

Elizabeth miró el CD sintiendo que estaba viendo un accidente de coche, sabiendo que debía apartar la mirada pero viéndose incapaz de hacerlo. Al final, como tenía un paciente que atender en menos de diez minutos, metió el disco en el cajón del escritorio y se prometió que decidiría qué hacer con él más tarde.

Cuando la sesión con el paciente terminó, escondió el disco en su bolso, como si estuviera traficando con algo ilegal, con esa mezcla de vergüenza y adrenalina que hizo que se sintiese viva.

«Maldito Dylan Reeves», refunfuñó en silencio.

* * *

Había sido un error.

Un error de proporciones *épicas*.

Elizabeth estaba sentada en el que se había convertido en el sillón de terapia, y tenía frente a ella a Dylan, tumbado en el sofá, ambos brazos sobre la tela roja, los ojos cerrados, y las pestañas ridículamente largas para ser un chico. Estaba relajado, siguiendo las órdenes que Elizabeth le estaba dando, flexionando los puños, soltándolos después. Su respiración era tranquila, aunque aún podía notar la tensión en los hombros. El chico había tenido una sesión de terapia grupal esa mañana, y aunque no sabía qué tema habían tratado ese día, había entrado por la puerta de su despacho cargado como una batería.

Debería haber puesto las sesiones el día después de la terapia de grupo, pero si le daba tiempo a relajarse y a pensar mucho las cosas, sabía que Dylan no hablaría de nada. No, era mejor hacerlo hablar cuando aún tenía los sentimientos a flor de piel. Hasta ese momento había estado funcionando mejor de lo que Elizabeth se había imaginado. El chico había sido participativo, y

aunque había temas que evitaba, había hablado más de lo que ella tenía pensado.

Lo estaba relajando en el sillón, haciendo que siguiera su voz, y se estaba dando cuenta del error tan grande que había sido escuchar el disco la noche anterior cuando había llegado a casa.

Iba a tirarlo a la basura, ese había sido su plan desde el principio. Iba a borrar la prueba de un delito que no sabía que había cometido, y tirarlo a la basura, y olvidarse de que nunca jamás lo había tenido en las manos, pero los dedos le picaron con curiosidad y fue incapaz de hacerlo.

Al final se volvió loca para encontrar algo que reprodujese CD —gracias a Dios por el portátil, porque ella no tenía equipo de música en casa—, y se tumbó en la cama, dejando que la música sonase.

El primer *riff* de guitarra la puso tensa, tan tensa que sintió ganas de salir corriendo como si estuviese atrapada en una de esas atracciones de terror de las ferias de verano. Era música, era *rock* y ella quería morir.

Pero como un efecto placebo, la voz de Dylan apareció antes de que pudiese reaccionar, y la calmó. Fue balsámico. Dylan empezó a cantar, y a ella los músculos se le volvieron cera caliente y tuvo que cerrar los ojos y apretar los puños.

La letra hablaba de una chica perdida en una ciudad y cómo él se moría por encontrarla, y la voz de Dylan hizo magia. No había otra forma de describirla. Sabía por las sesiones que las letras eran del bajista, pero la forma en la que Dylan las cantaba, como si los secretos fueran suyos, ronca pero enérgica, hizo que Elizabeth temblara como una hoja.

Antes de que se diese cuenta, ya había pasado la canción, y estaba en la siguiente, y entonces se sorprendió aún más, porque el registro era totalmente diferente. La canción era alegre, y llena de energía, y la voz de Dylan también. Ya no sonaba ronco, sonaba alto y claro, y potente.

Potente, ese era el mejor adjetivo que Elizabeth podía usar.

Potente y lleno de gasolina, como un motor de carrocería americana, listo para hacer carreras ilegales. Eso era lo que la voz de Dylan transmitía. Y la música que acompañaba su voz era exactamente igual. Como un chute de adrenalina, vibrante, llena de vida y energía. Llena de sueños que se podían cumplir.

Se preguntó dónde estaba ese Dylan. El Dylan que había llegado a ella estaba vacío de todo, por mucho que él intentase ocultarlo. El Dylan que ella veía en su consulta estaba calmado y tranquilo, pero vacío, y eso que ni

siquiera lo había conocido durante lo peor, fuera, de gira. No quería ni imaginarse cómo tenía que haber sido.

Se encontró escuchando el álbum completo sin darse cuenta, olvidándose de la música, de las letras, escuchando sin escuchar, porque todo lo que hizo fue sentir la voz de Dylan como una caricia.

Y en ese momento, mientras lo veía contraer los músculos que ella le ordenaba, haciéndole encoger los hombros, y su camiseta se le levantaba en los bordes y dejaba al aire los huesos de las caderas del chico, las uves marcadas como si Dios lo hubiera moldeado con los pulgares ahí cuando aún era de barro, se arrepentía. En ese momento se estaba arrepintiéndose de haber dejado que se le colase bajo la piel, porque todo lo que Elizabeth quería hacer era meter la mano por el borde de la camiseta y arrastrar las yemas de los dedos por su piel, pero no podía.

Ni podía ni debía, pero quería, y se estaba peleando con una adolescente interior que no recordaba haber tenido nunca.

«En serio, Elizabeth, supéralo», se aconsejó.

Puso los ojos en blanco mientras seguía con la relajación, pero eso no hizo que sintiera menos ganas de acercar su mejilla a la del cantante y ver si estaría suave o si picaría un poco por la barba que le estaba saliendo.

Cuando hubo terminado, él se estiró como un gato y se puso recto en el sofá, soltando un suspiro que hizo que sus hormonas le dieran saltos triples dentro del estómago.

No, de verdad. ¿Quién le había metido todo ese rollo de cría hormonada en la cabeza? ¿Desde cuándo ella se pasaba la vida babeando por cualquier tío? Si así era como el resto de las mujeres pasaban sus años, ella no lo quería. No lo quería, en serio. Que alguien le quitara las ganas de saber si el músico llevaba ropa interior o no.

—¿Cómo te sientes? —preguntó para desviar su propia atención hacia la terapia y olvidarse de los músculos que tenía bajo la camiseta.

Pero fue para peor, porque Dylan abrió los ojos y se quedó mirándola y ella de verdad que no sabía qué clase de persona había sido en otra vida — qué narices, ni siquiera creía en toda esa cultura budista—, pero sintió que debía de haber cometido pecados horribles si tenía que soportar esa tortura de dos colores.

—Infinitamente mejor. —La voz de Dylan fue un ronroneo, y ella se acordó de cómo cantaba y una ráfaga caliente le bajó hasta la base del estómago. Elizabeth tenía la sensación de que se quedaría ahí el resto del día.

—Me alegro.

No tenía nada más que contestar porque estaba más ocupada pensando en cómo podía hacerle sentir mejor en horizontal, pero después se golpeó mentalmente y le sonrió, dispuesta a hacer de esa sesión algo rutinario en su vida. No se lo creyó ni por un segundo.

—¿Una sesión dura con Marisa?

Dylan hizo una mueca, pero contestó.

—Una historia jodida, más bien. Una de las internas. Me ha recordado a... antes.

—¿A algo que no te gusta?

Dylan se rio, una carcajada seca.

—Eso se queda corto. —Se mordió la boca y Elizabeth pensó que se iba a callar, pero el chico no dejaba de sorprenderla—. ¿Sabes esas veces que haces algo porque crees que es lo mejor para ti, pero resulta que no es lo mejor para los demás, y al final no sabes cómo arreglar lo que has estropeado?

Elizabeth asintió, sonriéndole apenas, dándole ánimos para seguir hablando.

—Esa era la historia que ha contado. —Dylan suspiró, cansado—. Y se parecía tanto a mi vida que ha sido horrible. Qué falta de originalidad, ¿eh? —bromeó.

—Te sorprendería la de cosas que hacemos por los mismos motivos, por muy diferentes que veas a las personas, Dylan. —La voz de Elizabeth pretendía consolarlo, pero el chico solo hizo una mueca—. Si supieras que la mayoría de las veces nos hacemos daño porque no sabemos qué hacer con lo que sentimos.

—¿Y no te resulta asqueroso? —preguntó realmente dolido—. ¿Cómo puedes tolerarnos? Venimos aquí, te contamos nuestra mierda, y al final siempre es la misma historia. Somos unos malditos cobardes que no enfrentan los problemas, así que nos consolamos con cualquier cosa que nos haga sentir bien.

Eso era. Ahí estaba. Esa rabia. Ese odio contra él mismo. Estaba saliendo pus de la herida, y no era bonito, ni era agradable, pero tenía que salir.

—El único que piensa todo eso sobre ti mismo eres tú, Dylan. —Vio que el muchacho iba a contestarle algo, así que no le dio tiempo—. Piénsalo de

este modo: si uno de tus compañeros de banda estuviera pasando por donde tú estás ahora, ¿sentirías que es un cobarde? ¿Le darías de lado?

Su respuesta fue inmediata, un fuego le cruzó los ojos, y el color pardo se volvió más oscuro en uno de ellos, el azul más luminoso en el otro.

—No, claro que no.

—¿Entonces por qué lo haces contigo?

Dylan apretó las manos en dos puños, pero debió darse cuenta de que Elizabeth lo estaba observando, así que las acabó apoyando sobre sus rodillas.

—Porque no sabes lo que he hecho.

—Cuéntamelo.

El chico no respondió, solo la miró con los ojos muy abiertos, esa mirada ardiendo fija en la suya. Tenía las mejillas llenas de color, y eso le resaltaba los lunares que le poblaban la cara, como una constelación.

—No va a salir de aquí jamás, Dylan. Y te voy a ayudar. —Quiso estirar la mano, y tocar la suya, consolarlo de alguna forma, porque por la manera en que la miraba y por cómo estaba tragando se veía que se estaba enfrentando con algo que prefería tener enterrado bajo capas de sal. Al final solo repitió —: Te voy a ayudar. —No supo si lo dijo para él o como una promesa hacia sí misma.

Era curioso cómo había cambiado su pensamiento respecto a él en la última semana, pero por cómo había reaccionado a las sesiones, por la manera dulce y casi infantil que tenía de comportarse muchas veces, por no responder a ese estereotipo que ella había esperado encontrarse de estrella del *rock*, había conseguido distanciarlo cada vez más de lo que recordaba, de su propio pasado, y de quien evitaba.

Al final había creado una nueva categoría para Dylan Reeves, donde ser músico encajaba con ser divertido, cálido y hablador. No era que Dylan fuese siempre así, tenía una manera de defenderse del mundo que hacía que quisiera poner los ojos en blanco y darle una patada en el culo cuando se ponía a la defensiva y la chuleaba como quería. Pero desde que habían empezado las sesiones tras la recuperación física, el muchacho estaba siendo mucho más honesto, tanto con las palabras como con su forma de ser, y Elizabeth lo estaba distanciando cada vez más y más del motivo por el que no debía encariñarse de él.

El músico la miró pidiendo auxilio con los ojos.

—¿Has escuchado el disco? —preguntó Dylan, sin embargo, con la voz estrangulada.

Sintiendo que no quería romper el momento y que la pregunta tenía de alguna manera algo que ver con lo que el chico quería decir, Elizabeth contestó con sinceridad.

—Sí.

—¿Y qué te ha parecido? —Había amargura en su voz, y no tenía ni idea de dónde venía.

—Es impresionante. —Dejó el cuaderno sobre sus rodillas, pero se quedó con el bolígrafo entre los dedos para que el temblor de manos no la traicionara—. No es que sea una experta en música, pero me pareció asombroso. No me extraña que seáis tan famosos.

Y ahí estaba otra vez, esa mueca de cinismo y asco. Algo le estaba transformando la cara.

—¿Sabes que ese disco no se puede conseguir? Ese es el primer álbum que sacamos antes de firmar con el sello, cuando solo éramos conocidos localmente.

Entonces fue el turno de ella para fruncir el ceño. Fue a preguntar, pero Dylan sonrió cansado y siguió hablando. Parecía algo importante, así que ella escuchó atentamente.

—Ese álbum lo escribimos al principio. Alquilamos un estudio cualquiera y lo grabamos para venderlo en los locales donde tocábamos. Fuimos ganando fama poco a poco, ¿sabes? Con el boca a boca. Las redes sociales ayudaron también, y antes de que nos diéramos cuenta, teníamos a este tío preguntándonos si queríamos firmar por el sello.

Dylan se pasó las manos por el pelo en un gesto nervioso.

—Ni los chicos ni yo estábamos muy interesados en firmar con una gran discográfica, pero las condiciones que Mark nos ofreció eran tan buenas que al final tuvimos que ceder.

—¿Mark, el mismo Mark que tenéis de mánager?

Dylan asintió suspirando.

—El pobre ni siquiera sabía dónde se estaba metiendo. Joder, ninguno lo sabíamos. El sello decidió no respetar las condiciones que habíamos firmado, y una vez que pasa eso, o firmas lo que te den o estás jodido, porque no te dejarán que firmes con ninguna otra discográfica.

Elizabeth lo sabía. Era pequeña cuando su padre se había peleado con sellos, derechos de autor y demás historias, pero sabía cuánto de explotados

podían llegar a estar los músicos y qué poca libertad de movimientos tenían en ocasiones.

—Pero vosotros no estabais interesados en ir a lo grande, así que os daba igual, ¿verdad?

Si él se sorprendió porque ella hubiera dado en el clavo, no lo demostró. La miró por debajo de las pestañas y se mordió la boca. Cuando soltó el labio, lo tenía rojo y marcado con sus propios dientes.

—A ellos les daba igual. Yo no quería volver a casa, así que me importaba una mierda qué condiciones nos ofrecieran, con tal de no pararme a pensar.

«No quería volver a casa», repitió para ella la psicóloga.

Elizabeth se acordó de las pesadillas, y de cómo la había llamado *mamá* y había hablado de golpes. Le quiso preguntar en ese momento, pero Dylan siguió hablando y no quiso interrumpir su discurso, así que escuchó.

—No querían, Elizabeth. Ellos estaban a gusto haciendo música, cargando furgonetas con el equipo, moviéndose por los locales de la Costa Oeste. Y yo los convencí a propósito porque soy un egoísta de mierda.

A ver si lo entendía. ¿Los demás chicos no habían querido firmar con una discográfica grande? ¿Y entonces qué? ¿Qué se lo estaba comiendo vivo?

—Pero los has hecho famosos, ¿no? Son ricos, viajan por el mundo, tenéis una banda de mucho éxito. No me parece ninguna tortura.

En ese instante, Dylan se rio y todo. Al parecer, lo que Elizabeth había dicho era gracioso.

—Ni te imaginas qué clase de contrato los convencí para firmar, a sabiendas de que era una mierda. —Dylan la miró, y después desvió la mirada como si sintiese vergüenza. Hasta bajó la voz a un susurro—. Tienen nuestra imagen, nuestras letras, nuestra música. Joder, creo que tienen hasta mi alma.

—Y lo odiáis.

Se encogió de hombros antes de responder:

—Jude y Jayden se han hecho a esa vida. A ellos les gusta tocar, sea como sea, pero sé que en el fondo hubieran sido más felices de la otra forma. —Paró un segundo, dudando entre seguir hablando o no, pero al final lo hizo —: Nathan lo odia a muerte. No puede escribir nada sin que pase por censura. Y yo lo odio más todavía. Vivo pegado a esas gafas por culpa de ellos, ¿sabes lo que es eso?

Sabía lo que era esconderse de la prensa, que te molestaran sin parar porque tu imagen había salido en cada tabloide que existía. Sí que lo sabía, sí,

pero Elizabeth no quería decírselo, así que negó con la cabeza.

—¿Puede deshacerse? —preguntó, aunque ya sabía la respuesta

—¿Me prestas unos cuantos cientos de miles de dólares?

Elizabeth silbó por lo bajo

—¿Tanto?

—La cifra es aproximada, pero puede que incluso nos quieran pedir más.

—Dylan se rascó la barbilla, pensativo—. Tendríamos que dar todo lo que tenemos, básicamente. —Y se encogió de hombros.

—Así que tendríais que empezar de cero... y todo habría sido para nada.

—Ya ves por dónde voy, doctora.

Elizabeth suspiró, porque sí, ya sabía por dónde iba.

—¿Y crees que vas a poder salir ahí fuera y seguir con la misma rutina que te hace sentir culpable sin seguir con los mismos hábitos de siempre?

—¿Sinceramente? No tengo ni idea. —Dylan se rio nervioso—. Si te soy honesto, solo estoy aquí porque la discográfica me obligó.

«No me digas», quiso decirle, pero él no era su colega, era su paciente, así que solo le sonrió un poco.

* * *

—Pero me encuentro mejor —añadió Dylan, mirándola, observándola fijamente.

Era una tontería, pero había pensado que confesarle sus errores haría que ella lo mirase de manera distinta. Sin embargo, la psicóloga lo estaba mirando justo igual que hacía un rato, como si ya supiera todo lo que importaba de él, o no le importara en absoluto qué clase de faltas había podido cometer en el pasado.

El alivio que Dylan sintió en el centro del pecho fue lo que lo empujó a seguir hablando y a sonreír como un imbécil, aunque el tema de conversación fuera serio, y la realidad que ella le estaba planteando lo asustara a muerte.

—Y quiero seguir encontrándome mejor —le aseguró, por si a ella le quedaba alguna duda de que, aunque hubiera sido ingresado en contra de su voluntad, su estancia en ese momento era totalmente voluntaria.

—Bien, eso es un punto de partida estupendo, Dylan. —A él se le pusieron las orejas de punta por cómo su nombre se cayó de sus labios, como si lo estuviese saboreando. Lo mismo solo tenía mucha imaginación.

Elizabeth cerró el cuaderno, porque ya debía de ser la hora. Esa sesión había sido más corta que la anterior, pero también habían perdido más tiempo con la relajación en el sofá. A Dylan se le habían erizado los pelos de la nuca al tumbarse y cerrar los ojos para dejarse guiar por su voz. Solo de pensar que la tenía sentada tan cerca hacía que le picaran las manos con ganas de agarrarla por la cintura y echarla sobre él.

—¿Recuerdas los ejercicios de antes? —Dylan asintió con la cabeza, porque sentía que tendría que carraspear para hablar y eso lo delataría—. Quiero que los hagas antes de dormir y cuando te despiertes por las mañanas, ¿vale? Si no te acuerdas bien, podemos volver a hacerlo aquí, y lo grabamos. Tengo una grabadora que puedo dejarte si la necesitas.

Entonces se arrepintió de haberle dicho que se acordaba. Pensó en tener su voz grabada y ponerla por las noches para dormir, y casi quiso suplicarle por ello.

Ella se levantó de su asiento, lo que marcaba siempre el final de la sesión, y Dylan esperó lo justo para ver cómo se bajaba la falda por los muslos, ajustándola adecuadamente. Después, cogió las gafas, se las metió en el bolsillo de atrás del vaquero y se levantó también.

—Nos vemos dentro de dos días, ¿de acuerdo? A la misma hora. — Aunque Elizabeth evitaba tocarlo normalmente, ese día lo sorprendió estirando la mano.

Se habían movido hasta estar cerca del escritorio, porque era ahí donde ella había dejado la libreta y el bolígrafo. Por un segundo a Dylan se le pasó por la mente qué pasaría si la sentase sobre la superficie de madera y se metiese entre sus rodillas. A lo mejor le pegaba, o a lo mejor se volvía de caramelo, y la duda se lo estaba comiendo por dentro.

Dylan la dejó con la mano entre ellos, porque sentía que tenía menos peso dentro del pecho gracias a haber hablado con ella, y él, aunque ella aún no lo supiera, era un chico agradecido y educado, que siempre devolvía los favores. Además, estaba empezando a presentir que el motivo de que las pesadillas desaparecieran del todo era que podía hablar con ella, que tenía la opción de vaciarse por dentro si quería, y aunque normalmente decidía no hacerlo, sabía que la tenía ahí. Como un seguro de vida.

Fue esa sensación, ese alivio en el pecho lo que lo llevó a abrazarla, y ella se encogió e inspiró sonoramente, reteniendo el aire, tensándose. Como si fuera lo último que se hubiese esperado. Dylan sabía que estaba rompiendo

algunas normas de civismo, y otras tantas más del código que tenían los médicos, pero no podría importarle menos.

Ella no le devolvió el abrazo, solo se quedó con los brazos tensos a ambos lados del cuerpo, pero Dylan se rio y sintió como su risa hacía que ella temblara. Sintió su temblor en el pecho, donde estaban pegados, toda esa carne femenina contra él. Y solo porque a veces era un cabrón y no podía evitarlo, le pasó la nariz por la mejilla. Olía a mandarina y a sol, y Dylan se moría por lamerla, pero no había perdido tanto la cabeza.

—Muchas gracias por todo, Elizabeth —le susurró junto al oído, solo porque adoraba sentirla temblar.

* * *

La situación era surrealista.

Otra vez estaba rodeada de brazos y calor y músculos, y otra vez eran los brazos de su paciente.

Y además, para colmo de males, ella sabía cómo sonaba cuando cantaba y la voz le había bajado dos octavas, justo como en esa primera canción que escuchó ayer, y quería morirse. Quería derretirse, y besarlo, y matarlo y odiarlo, todo a la vez.

Quiso soltarse, hizo un pequeño amago, pero los brazos de Dylan se cerraron más fuerte a su alrededor, justo como aquella noche en su habitación, y las rodillas de Elizabeth iban a fallarle. Malditas traidoras.

—Solo hago mi trabajo. —Quiso decirlo en voz alta, pero solo lo susurró. Todo ese contacto la iba a dejar apopléjica. No iba a saber juntar sílabas nunca más y la culpa iba a ser del imbécil que la estaba rodeando con los brazos.

Dylan se rio y apoyó la barbilla sobre su cabeza, casi obligándola a que su cara fuera a dar contra la clavícula del chico. La piel que tenía ahí estaba ardiendo y olía a madera, y la rozó con los labios sin querer.

—Dylan —le advirtió.

«Suéltame», quiso decirle. Esto no es apropiado. Esto no es para nada apropiado. Y que me esté gustando es lo menos apropiado de todo. Elizabeth no era una mujer flojucha y de poco carácter. Definitivamente, no era una mujer fácil de dominar, pero la manera de ser del músico estaba borrando todo lo que sabía de sí misma. Si hubiera sido ese estereotipo que ella tenía

planificado en la cabeza, sabría defenderse. Tenía armas más que suficientes contra esa clase de tipos. ¿Pero este? ¿Esta cosa tierna y sexi caliente que tenía pegada a ella? No sabía ni cómo empezar a defenderse de eso.

—Ya lo sé, doctora. —Dylan suspiró, aguantó unos segundos más y después la soltó—. Ya lo sé.

Cuando se despegó de ella, Elizabeth iba a reñirlo, iba a recordarle quién era ella para él, y por qué nunca debería tocarla de ese modo, pero cuando lo miró a los ojos, lo vio tan en paz, una mezcla de deseo y vida que le ardía en los ojos y le coloreaba las mejillas, que no pudo articular palabra.

Un ictus. Era el principio de un ictus cerebral, estaba segura.

—Ya sé lo que me vas a decir —bromeó él, porque ella debía de tener el ceño fruncido y una mirada mortal en la cara. La risa del chico se convirtió en miles de burbujas en el estómago de Elizabeth—. Te prometo que no llegaré tarde. —Y puso los ojos en blanco, dándole la espalda y marchándose como si nada. Como si a Elizabeth le importara algo si llegaba tarde o no a la próxima sesión, o si el sol salía por el oeste por una vez.

Se marchó y la dejó con la reprimenda en los labios y el deseo en los dedos, sin saber qué hacer con todo eso.

Capítulo 9

There's nothing wrong with just a taste of what you've paid for [...]

Mona Lisa, I'd paid to see you frown.

The Ballad of Mona Lisa, Panic! At The Disco

Elizabeth no estaba prestando atención a la paciente que tenía delante. Estaba sentada en el sillón tras el escritorio, intentando atentamente escuchar como Samantha le hablaba de un asunto familiar, que, sinceramente, ya habían discutido a fondo en la sesión anterior. Estaba intentándolo, y sabía que debería dirigir la conversación hacia otro sitio, porque a veces había pacientes que, simplemente, no sabían desengancharse de un tema.

Era necesario que cortara ese tema de inmediato si quería aprovechar la sesión para algo, pero se encontró pensando en ojos de dos colores y en lunares con patrones para seguir, y asintió una vez más, dejando que la chica siguiera hablando, y se sintió como una zombi sin voluntad propia.

Dylan y ella habían tenido dos sesiones la semana pasada, de las cuales una había acabado con un abrazo repentino del muchacho y en la siguiente se había comportado como si no hubiera pasado. Como si invadir el espacio personal de alguien fuera algo completamente normal para él. Como si tocar y abrazar y sentir fuese su segunda naturaleza, y no tuviese nada de especial para él.

Elizabeth desearía ser igual.

Elizabeth desearía ser de esa clase de personas y dejar que los demás se le acercaran, y tocar y sentir y vivir, pero para ella nada de eso era posible, se recordó. Para ella todas esas cosas eran lujos que no podía permitirse sin caer en la locura.

Elizabeth prefería mil veces su salud mental al contacto humano.

Aunque no pudiera dejar de pensar en la piel del músico.

Cuando la sesión terminó, mandó a la chica a su habitación a hacer una tarea para la semana siguiente, recordándose todo el rato lo mala profesional que estaba siendo y lo poco que estaba aprovechando la mañana, porque ella

estaba en las nubes. Estaba empezando a sentirse indefensa, y el sentimiento no le gustaba en absoluto.

Era una sensación peligrosa en el fondo de su cerebro, una luz de aviso que era tenue pero continua y que últimamente estaba cobrando fuerza a pasos agigantados. Elizabeth no sabía qué haría cuando la luz fuera cegadora y le estallara la cabeza.

Estaba guardando el cuaderno y los últimos test de ansiedad que la paciente había rellenado dentro de su carpeta correspondiente, cuando su teléfono sonó desde el cajón de su despacho. Solía dejarlo ahí para no distraerse mientras pasaba consulta, aunque últimamente tenía toda la distracción que necesitaba almacenada en su memoria.

No reconoció el número de teléfono, pero era local, así que lo cogió.

—¿Diga?

—¿Elizabeth? Soy Mark Riley, estuvimos hablando la semana pasada.

¡Ah! ¡Oh! Mark.

Mark, el mánager al que ella había extorsionado ligeramente para que le trajera la guitarra a Dylan. El Mark que le había guiñado un ojo, e iba de tatuajes hasta las orejas. Ese Mark.

—Perdona, no tenía tu número guardado. —Después, porque se sentía un poco culpable por la forma en la que lo había tratado en la última conversación, añadió—: Gracias por traerle a Dylan la guitarra. Le ha venido muy bien.

Y tan bien. Desde la semana pasada hasta ese momento, el músico no se separaba del instrumento. Elizabeth siempre se lo encontraba en el que se había convertido en su rincón favorito del jardín, bajo el eucalipto, tocando, o garabateando algo en un cuaderno o cantando. A veces escuchaba como el resto de los internos murmuraban sobre él y su música por los pasillos, y se había topado con un par de chicas espiándolo, suspirando como quinceañeras mientras el chico le sacaba notas a la guitarra a base de caricias.

Mark no se rio, pero Elizabeth pudo adivinar la sonrisa incluso al otro lado de la línea.

—Espero que le esté dando buen uso —contestó suspirando—. Tenemos un disco que grabar. —Mark no lo dijo como si fuera una obligación, más bien como si fuera un deseo, como si desease que Dylan participase en la música, escribiera la música.

Quiso preguntarle que por qué, pero Mark cortó su rumbo de pensamiento.

—Por desgracia, tengo malas noticias que darte. —La voz del mánager fue tan seria que le resultó irreconocible. Era la primera vez que lo escuchaba así, y era tan extraño como cuando Marisa tenía un mal día y estaba triste—. Acabo de hablar con tu jefa, tenemos una reunión para el mediodía.

Mark no dijo más, pero entre el tono de voz que estaba usando y que la estuviera llamando para advertirla, supo hacer las cuentas. Su cerebro se puso a trabajar a mil por hora.

—¡Lo van a sacar! —exclamó indignada, su tono de voz un poco más alto de lo que había pretendido. Golpeó el escritorio con la otra mano, haciéndose daño en la palma.

—Créeme, no tiene nada que ver conmigo. Si por mi fuera, se quedaría ahí todo el verano... —Mark se calló después, como si estuviera pensando cuánto compartir con ella.

Elizabeth no se lo podía creer.

Primero lo obligaban a entrar y de repente lo iban a sacar cuando solo llevaba, ¿qué? ¿Dos semanas de recuperación? Ese era el tiempo justo y necesario para limpiarlo físicamente y nada más. En cuanto Dylan pusiera un pie en la calle, estaría perdido. Joder, bien podrían darle ellos mismos las dosis y se ahorrarían el intermediario.

Mark había seguido hablando, pero ella estaba demasiado perdida en sus pensamientos, así que cuando se reenganchó solo escuchó parte del discurso.

—... estaba genial cuando lo vi el fin de semana pasado, ¿sabes? Hacía años que no lo veía tan bien, y esos cabrones quieren sacarlo porque la gira de verano no puede esperar.

Y Elizabeth se dio cuenta de que aunque sonaba cabreado, no sonaba en absoluto sorprendido. Como si...

—Lo sabías —le espetó acusándolo—. Sabías cuánto tiempo tenía. ¿Cómo no lo vas a saber, por favor? ¡Si eres el mánager! Tú les organizas la vida.

Quiso soltar una retahíla de improperios, pero se contuvo. Se contuvo porque aunque en su cabeza Elizabeth solía maldecir como un camionero, no era asidua al insulto en voz alta.

Se levantó del sillón y empezó a caminar con el teléfono en la oreja, sintiéndose como un león enjaulado porque aquello no podía estar pasando.

Era el caso más famoso que tenían en la clínica desde nunca, y no solo se sabía de forma pública que el cantante había estado allí, justo en su centro, durante su recuperación, sino que cuando saliera, y cayese en el mismo pozo

del que había salido, se iba a saber de manera igualmente pública el mal servicio que ofrecían ahí.

Y a la mierda a su cartera de clientes.

—Lo sabíamos. Mierda, Dylan también lo sabía. Pero tenía la esperanza de que aguantaran un poco más. —La forma en la que Mark lo murmuró entre dientes hizo que Elizabeth lo creyese.

Al mánager le molestaba tanto como a ella que estuvieran haciendo aquello.

—¿No hay forma de impedirlo? —preguntó al final, mientras se pasaba las manos por el pelo, probablemente deshaciéndose el peinado, pero ¿a quién le importaba?—. Porque no voy a dejarlo ir voluntariamente.

Mark suspiró, después se escuchó un ruido de mechero y el mánager exhaló audiblemente.

—¿Sinceramente? Si Dylan les firma el alta voluntaria, no tienes mucho que hacer. —Otra calada, humo exhalado contra el altavoz del teléfono—. Supongo que solo tienes que convencerlo para que no lo haga.

Elizabeth jadeó sorprendida. ¿La había llamado para eso? ¿Quería que fuese una intermediaria entre Dylan y su conciencia?

—¿No te importa quedarte sin tu banda estrella para el verano? Eso es mucho dinero —fue lo que dijo, sin embargo, porque quería ver de qué pasta estaba hecho el mánager.

—Que le den al dinero, y que le den al sello. Por mí como si no venden una entrada en todo el verano. —Mark sonaba cansado—. Necesito que esto salga bien —añadió, y Elizabeth entendió que se refería a Dylan y no a los eventos que tenía preparados. No supo por qué lo sabía, sería instinto profesional, pero intuía una culpa en la voz del mánager que le hacía preguntarse qué papel había jugado él en la adicción del cantante.

Ambos necesitaban que saliera bien. Y Elizabeth estaba entre la espada y la pared, porque no quería que su reputación se fuera por el desagüe ni podía permitirse mala publicidad —lidiar con mala prensa era lo último que necesitaba—, pero además no quería ver al músico sufrir. No quería verlo lleno del cinismo y las líneas duras que había tenido el primer día. No quería verlo pegado a esas gafas de sol, escondido del mundo, ni quería sentir que había tenido el poder de hacer algo, de salvar una vida, y no lo había utilizado.

—Puedo intentarlo —le contestó al final, mirando a un punto fijo en la pared sin ver nada, porque el corazón le iba a mil por hora—. Pero no

prometo nada.

—Gracias, eso es todo lo que pido. Que lo intentes —contestó Mark—. Nos vemos en un rato. —Y, sin despedirse, colgó.

«Puedes intentarlo», se repitió a sí misma, para darse ánimos, «puedes tener una charla con Dylan, de profesional a paciente, recordándole por qué está aquí, y qué inconvenientes se encontraría si decide volver a su vida demasiado pronto».

«Puedes hacerlo», se repitió mientras le escribía a Marisa preguntándole la hora de la reunión. Cuando su madre le contestó —sin preguntar cómo lo sabía—, Elizabeth guardó su teléfono en el escritorio, revisó su agenda para comprobar que no tenía más pacientes y salió dispuesta a convencer de que se quedara al músico que, hacía dos semanas, quería que estuviese fuera.

Las vueltas que daba la vida.

* * *

No intentó buscar al cantante en su habitación porque sabía dónde lo encontraría. No se paró a pensar en por qué lo estaba conociendo ya más de lo que se conocía a sí misma, se recordó que ella hacía eso, analizaba conductas y buscaba patrones, así que era totalmente comprensible que hubiese notado que al músico le gustaba pasar tiempo en el jardín de la parte delantera del recinto.

Era totalmente comprensible que hubiera notado esas cosas, sí, lo que no era tan comprensible era que, además, hubiera notado que con los ojos cerrados, apoyado contra el árbol, las pestañas le dibujaban sombras en los pómulos. Lo que no era tan normal era que supiera lo caliente que tenía la piel, o que cuando fruncía el ceño era porque estaba intentando enterrar algo tan profundo en su garganta que ni sus pulmones lograrían adivinar qué era.

Dylan estaba sentado tranquilamente, con la guitarra acústica sobre su regazo, y estaba cantando algo para sí mismo, pero lo estaba haciendo tan suave, tan bajito, que a pesar de estar a apenas unos pasos ni siquiera lo escuchaba. Elizabeth quiso suspirar, porque estaba guapo así, sin nada del cinismo que a veces le transformaba la cara. Sin nada que le recordara al hombre que una vez le había dado vida. Estaba guapo así, desnudo, y se dio cuenta en ese momento de que no llevaba las gafas puestas, y eso la hizo

sonreír. Se sentía en paz allí, a solas con su guitarra, y por eso no sentía la necesidad de defenderse de nadie.

Y *ellos* iban a romperlo.

El chico frunció el ceño, como si no hubiera tocado como él quería, y abrió los ojos para coger un bolígrafo que había en el suelo sobre un cuaderno. Apuntó algunos garabatos y ella se imaginó esa letra suya, llena de imperfecciones, llena de vida.

Al final carraspeó porque sintió que estaba invadiendo un momento íntimo, y que no le pertenecía. El músico la miró y le sonrió, y la expresión de paz que tenía hacía un momento se iluminó, un rostro lleno de inocencia que a Elizabeth le fascinaba que existiera.

Aproximándose unos pasos, paró cuando las puntas de sus tacones rozaron las Vans del chico. Dylan debió de verle el ceño fruncido, porque la miró desde abajo, a través de las pestañas negras y espesas. La miró con un ojo azul y otro marrón, y vio a través de ella.

—No teníamos ninguna cita hoy, ¿verdad? Me dijiste el martes.

Eso la cogió por sorpresa

—No, no teníamos que vernos hoy. ¿Por qué?

—Porque siempre que vienes a buscarme y me miras con esa cara significa que he hecho algo para cabrearte. —El músico soltó una carcajada, dando un golpe seco en el cuerpo de la guitarra acústica, que vibró contra él—. Sea lo que sea, me disculpo con antelación.

Elizabeth puso los ojos en blanco, porque podría decirle que sí, que estaba realmente enfadada porque aún no le había dado tiempo a tener sesiones como ella quería, porque aún no había llegado a la clave del asunto. Y no sabía ni por dónde *no* empezar a hablar del abrazo de la semana anterior.

Dylan se quitó la guitarra del regazo, la dejó a un lado y fue a levantarse, pero Elizabeth se sorprendió a sí misma —y a él también— sentándose a su lado. Lo que tenía que decirle era algo demasiado serio como para estar mirándolo desde arriba. No quería que Dylan se sintiese acorralado, ni asustado, ni mucho menos que sintiese la necesidad de defenderse. Aun así, por su propio bien, fue muy cuidadosa en dejar una distancia considerable entre la piel del chico y la suya, y se sentó estirando los brazos hacia atrás y cruzando las piernas en los tobillos. Dylan la miró extrañado, como si no supiera cuál iba a ser su próximo movimiento y eso lo desconcertase, y a Elizabeth le gustó la sensación.

—¿Tengo que asustarme? —preguntó el muchacho, desconcertado. Elizabeth se dio cuenta de que a Dylan le gustaban tan poco las sorpresas como a ella.

—Tengo una reunión dentro de un rato con Mark y tus abogados—anunció al final, porque seguir retrasándolo no serviría de nada.

Dylan suspiró y se echó para atrás, copiando la postura de la muchacha. Elizabeth se dio cuenta de que estaban sentados igual. También fue consciente de que la espalda del muchacho se había puesto rígida, sus hombros tensos, y no tenía nada que ver con la postura. Los músculos de la mandíbula le temblaron de tanto que los estaba apretando, y, de verdad, era tan expresivo que con saber leer su lenguaje no verbal no tenía por qué decir ni una palabra.

—Quiero que sepas que la única manera de que salgas por esa puerta es si lo haces voluntariamente, porque yo no te voy a dejar. —No era una amenaza, solo lo estaba informando. Iba a plantarle cara con dientes y uñas a esos hijos de puta.

Dylan había dejado de mirarla. Cuando habló, lo hizo de manera distante, como si estuviera a miles de kilómetros de distancia, a pesar de que Elizabeth lo tenía a un palmo.

* * *

El corazón de Dylan lo estaba dejando sordo.

Sintió calor de repente, recorriéndole el cuerpo, y un cosquilleo en la nuca, parecido al que sentía antes de meterse algo.

Sabía que iba a pasar. Lo sabía. Por favor, si le habían dicho que iba a tener dos semanas allí dentro con antelación, porque los cabrones planeaban hasta la hora en la que tenían que ir al baño, y aun así, aun así, él había albergado la esperanza de quedarse allí un poco más, de sentirse vivo unos días.

Muerto.

Iba a estar muerto otra vez, rodeado de gente que lo odiaba, haciendo algo que odiaba, porque era un esclavo en su propia vida y la mejor solución era un tiro en la sien.

Sabía que Elizabeth lo estaba mirando, pero se sentía incapaz de contestar porque tenía un nudo en la garganta y si hablaba la voz le iba a temblar, y si ella intentaba consolarlo, se iba a quebrar.

Por Dios, ¿intentaría consolarlo? ¿Lo trataría como si le importase? ¿O lo echaría a la calle como el perro callejero que era? Si sus padres lo habían hecho, bien podía hacerlo aquella extraña que no le debía nada.

Y aun así Elizabeth le había dicho que no lo iba a dejar salir, que no quería que saliese. Si lo pensaba de forma racional, llegaría a la conclusión de que era por su propio bien, pero en ese momento su miedo le estaba atando los huevos a la garganta, y en todo lo que pudo pensar fue en que ella no tenía ningún interés en que él saliera, porque Dylan Reeves, el músico, era beneficioso para el negocio.

Apretó los dientes con tanta fuerza que se hizo daño.

—No puedes hacer nada para que me quede —le contestó, porque la había dejado esperando demasiado tiempo, aunque todo lo que quería hacer era ignorarla. Hacer como si nunca hubiera estado en su vida, eso iba a hacer.

«Más le valía», se dijo. Porque si se enganchaba a ella como se había enganchado a la coca, estaba jodido. Si la usaba para alejar las pesadillas, como a las sustancias, las posibilidades de éxito del muchacho estaban bailando un vals con el diablo, riéndose de él.

—Yo no puedo, pero tú sí. —La voz de Elizabeth sonó fuerte, llena de convicción, como si de verdad creyera que él tenía alguna clase de poder en lo que hacía o no—. Todo lo que tienes que hacer es no firmar, Dylan.

Igual que todo lo que tenía que haber hecho hacía cinco años era no firmar, ni dejar que sus amigos lo hicieran. «Igual que esa vez», se dijo.

Dylan sintió que su vida era un círculo que estaba condenado a repetirse.

Se sintió frustrado, se sintió asustado, y no supo si fue eso, o el miedo, o no querer desprenderse de la poca paz que había conseguido en los últimos días, lo que le llevó a hablar, pero empezó a decir lo que sentía, las palabras escapándose de sus labios, como monedas de un bolsillo roto.

—Sé que te estoy jodiendo el caso, ¿sabes? No soy imbécil. Sé que voy a joderos a todos, porque no hay forma de que no la cague en cuanto ponga un pie en un escenario. —Dylan la miró de soslayo, y la cara de Elizabeth era de sorpresa y arrepentimiento. ¡Bingo! La reputación que le diera al centro era lo que más le importaba. Por eso estaba ahí sentada junto a él.

Casi esperaba que Elizabeth se defendiese, pero no lo hizo. Tuvo la decencia de no hacerlo, y Dylan se lo agradeció interiormente. No soportaría que fuese una mentirosa. Que se preocupara por sus propios intereses, por encima de él, eso lo entendía, pero que le mintiese le haría odiarla.

—No firmes —le repitió, esa vez en un susurro, como si hubiera perdido toda su fuerza.

Dylan se echó hacia delante, rodeándose las piernas con los brazos, apoyando la barbilla contra su rodilla.

—Se lo debo a ellos —confesó—. Si no fuera por ellos, me importarían una mierda las consecuencias. —Torció la cabeza, aun sobre su rodilla, para mirarla—. Pero se lo debo. —Y esa vez lo murmuró, era un recuerdo para sí mismo.

Elizabeth tenía los puños cerrados a los lados de su cuerpo, inclinada también hacia delante. Sus mejillas estaban coloreadas, y sus ojos tenían un fuego que Dylan no le había visto desde la primera vez.

—También les debes estar bien —contraatacó ella—. También les debes hacer las cosas correctamente. Y lo correcto es que te quedes.

—No. Lo correcto es no dejar que mis problemas les salpiquen. Eso es lo correcto —argumentó el chico, pasándose una mano por el pelo, sintiendo ganas de darse tirones. «Yo soy secundario», pensó, pero no lo dijo.

No dijo nada, porque ya se había puesto en primer lugar una vez en su vida, y la decisión que tomó al hacerlo fue la que los había llevado a todos hasta allí.

—Lo creas o no, no hago esto solo por mi reputación. —Elizabeth sonaba dolida, casi triste, y Dylan quiso sentirse mal por ella, pero tenía tantas emociones dentro que no le cabía una más—. Me preocupo por ti, Dylan. Quiero lo mejor para ti. Quiero ver cómo te recuperas.

Él no dijo nada, parpadeó mirándola, y la chica parecía realmente decidida a convencerlo de que se quedase, a hacer de eso su misión. Se levantó sobre sus rodillas y, cambiando de postura, se puso a la altura del muchacho. Elizabeth puso su otra mano sobre su hombro y Dylan vio preocupación, afecto y sinceridad en su mirada. No estaba acostumbrado a ninguna de esas cosas, así que las necesitaba tanto como había necesitado los chutes antes.

—Por favor —le pidió, y sus dedos resbalaron en el pelo de Dylan, justo en la nuca, de forma tímida, como si pidiera permiso. Dylan quiso dejar caer la cabeza y darle acceso, y dejarla tocarlo todo lo que quisiera, pero ya la había abrazado el otro día e iba a tener ese recuerdo tatuado contra la piel lo que le quedaba de vida, ¿por qué torturarse más?

Y de repente, como un relámpago que atraviesa el cielo en una noche de tormenta, Dylan supo por qué. Porque ese recuerdo era el único que tendría al

que agarrarse cuando las pesadillas volvieran, y su vida volviese a ser el mismo pozo de mierda que había sido hasta entonces.

Esas manos, ese olor, esa piel clara, esa boca.

Dylan se sorprendió pensándolo porque hacía mucho tiempo que no se sentía así respecto a ninguna mujer. Había estado tan enredado en su neblina de piernas blancas que había tenido la piel insensible, nada la había atravesado. Quizá era simplemente que ella era la primera que veía estando dentro de su propia piel. Quizá era que Elizabeth era ajena a todo su mundo, y a lo que lo rodeaba constantemente.

Quizá por eso la sentía como su salvavidas.

Dylan tuvo una revelación, y supo que si iba a irse, si iba a no volver a verla más, al menos se llevaría algo con él. Al menos se acostaría por las noches pensando en lo único bueno que le había pasado en mucho tiempo, y combatiría con los demonios que llevaba dentro.

Supo que sería una defensa débil contra el ejército de tentaciones que habría fuera, pero quiso tenerla igualmente. Por una vez, solo por una vez, quiso tomar una decisión por su cuenta, y quiso coger algo que tenía delante solo porque podía.

Si hacía un momento había estado seguro de que a ella no le interesaba él más que por quién era, en ese momento le dio igual, porque su cerebro se había creído lo de después, había creído su tono conciliador y dulce cuando ella le había dicho que se preocupaba por él. Había visto su mirada cuando lo había dicho, había sentido su mano cuando le había acariciado el pelo. Mierda, aún la sentía.

¿Desesperado, quién?

Giró la cara hasta que sus labios estuvieron contra la muñeca de la chica. Cuando sintió el calor de su piel, la besó ahí. Sus labios contra la piel caliente, el olor de la chica era más fuerte ahí y la acarició también con la nariz.

Fue instantáneo.

Elizabeth le quitó la mano de un tirón, haciendo que casi se desequilibrase, y cayera de boca.

—No puedes hacer eso —musitó enfadada.

«¿Y tú sí puedes tocarme?», quiso preguntarle, pero metiéndose con ella no iba a conseguir nada.

—¿Por qué no?

Dylan tenía exactamente dos segundos antes de que la chica se levantase y lo dejase hablando solo. Alargó el brazo y la cogió de la nuca, metiendo los dedos en el pelo, que estaba atado fuerte, y la atrajo hacia delante.

—Si me voy a ir de aquí dentro de un rato, y tú y yo ya no vamos a ser nadie, Elizabeth. —Fue un susurro contra sus labios, apenas a unos centímetros de ella, y Dylan oyó el despecho en su propia voz, porque ojalá fueran alguien el uno para el otro, ojalá no tuviera que irse. Ojalá no fuera quien era.

Elizabeth se estabilizó poniéndole las manos en el pecho, e intentó empujarlo para apartarlo. Tenía los ojos muy abiertos y lo miraba como si de verdad aquello le diese miedo, como si Dylan fuera el monstruo de debajo de la cama y la estuviera atacando.

—Estás loco —argumentó ella, las dos palabras acompañadas de empujones de sus manos. Cuando estuvo claro que Dylan no se iba a mover de donde estaba, añadió —: nos van a ver.

Era eso. No era él, aunque, joder, sabía que se estaba comportando como un gilipollas en ese momento, y que se merecía que le escupiese a la cara. Su psicóloga estaba más preocupada porque alguien los viera que porque él se pasara de la raya.

Se rio, una carcajada limpia, echando la cabeza hacia atrás, y después la volvió a mirar, sonriendo de lado. Las pupilas de Elizabeth se volvieron eternas.

—¿A quién mierda le importa?

Y entonces la besó.

A pesar de la rabia y el miedo, y la necesidad de llevársela consigo bajo la piel que Dylan sentía, se las apañó para besarla suave, solo labios contra labios. Su psicóloga era cabezona, y sintió sus labios cerrados bajo los suyos, como si fueran un ceño fruncido, apretados en una mueca. Quiso reírse, porque era un intento infantil de que dejase de besarla.

Movió la mano desde su pelo hasta su garganta, tocándola con los dedos, sintiendo su pulso acelerado bajo las yemas. Le pasó el pulgar por la mandíbula a la vez que le acariciaba el labio de abajo con los dientes. Después, solo porque quería saborearla, le pasó la lengua, en una caricia húmeda, borrando la sombra de sus dientes.

Elizabeth jadeó contra su boca y él aprovechó para colarse entre sus labios. Las manos que tenía contra el pecho ya no lo estaban empujando, en ese momento le estaban cogiendo la camiseta en dos puños, acercándolo, y él

quiso usar la otra mano para encontrar un punto de apoyo en su cintura, pero no quiso romper el encanto, así que en lugar de eso profundizó el beso, ladeándole la cara, emborrachándose de cómo sabía.

Fue tímida mientras le correspondía, y él sonrió mientras la besaba porque su lengua apenas salía a su encuentro, como si no quisiera darle pie a más, o como si no se atreviera. A él no le importaba. Cada pequeño choque que había entre ellos ahí creaba electricidad en la piel de Dylan.

La soltó con un gruñido, porque por mucho que hubiera desestimado su argumento antes, no quería que los vieran y aquello supusiera un problema para ella. Ya tenía bastantes errores con los que cargar, no quería que ella fuese uno más.

Le pasó el pulgar por el labio húmedo, esperando que abriera los ojos, y cuando lo hizo, vio que los tenía más grises que azules, cargados de tormentas y tempestades.

—Ten una vida feliz, Elizabeth. —Le dio un beso en la mejilla, como si tuviera todo el derecho del mundo a hacer con ella lo que le diese la gana. Ella solo lo miró con los ojos enormes, respirando audiblemente como si hubiera estado corriendo—. Nos vemos por ahí. —Sin darle tiempo a nada más, se levantó de un salto, agarró su guitarra y su cuaderno y la dejó allí sentada, con sus ojos infinitos y su boca dulce.

Joder, ya se estaba arrepintiendo y aún no se había ido.

* * *

Esa vez, Elizabeth llegó a la sala de reuniones antes que los demás.

Le hubiera gustado decir que era porque su responsabilidad como miembro y coordinadora del equipo psicológico la llevó a llegar antes, pero en realidad fueron sus ganas por ocuparse en algo que la hiciera dejar de pensar.

Dejar de pensar en la boca de Dylan contra la suya, y en sus manos contra su pecho sólido. Dejar de pensar en lo húmeda que tenía la lengua, y en que aún le quemaban los labios. Todo lo que quería hacer era olvidarse de que, si se pasaba la lengua por ellos, lo sentía como si no se hubiera ido. Todo lo que quería era que el beso del cantante hubiera sido como el resto de los besos que le habían dado en su vida, sin chispa ni gracia, y que no hubiera despertado ninguna sensación sexual en ella.

En cambio, por primera vez en su vida, se había dejado besar como una adolescente y había sentido una corriente desde la lengua hasta la base de la espalda. El gruñido de Dylan mientras la besaba se le había quedado pegado a la piel, y de repente tenía las mejillas coloradas, el pulso a mil por hora, y una sensación extraña entre las piernas.

Y para colmo de males, aquello no iba solo en contra de las normas en todos los estados del país —qué mierda, en todo el mundo—, sino que además ella tenía que olvidarse de que había pasado, y pelearse con un montón de gilipollas para defender la estancia del chico dentro del centro.

«Lo mejor sería que dejaras que se fuera», pensó. No defenderlo, dejar que ellos ganasen. Después de todo, Dylan no había estado dispuesto a defenderse a sí mismo, ¿por qué iba a hacerlo ella?

Esa era la solución más fácil, borrarlo de su vida, olvidarse de que existía.

Pero no, Dios, no. No podía. No había mentido cuando le había dicho que se preocupaba por él. No era mentira. Mientras hablaba con él se había dado cuenta de que no se trataba solo de su reputación, ni de su trabajo. Lo iba a echar de menos cuando ya no estuviera, y esa verdad había sido la que la había llevado a tocarlo, a querer consolarlo.

«A dejar que te bese», pensó, reprochándose.

Sacudiendo la cabeza, porque sentía que se estaba volviendo loca, se preparó mentalmente para la batalla que estaba por venir. Elizabeth se sentó en su sitio y esperó, impaciente, a que, uno a uno, los miembros del equipo de la institución se fuesen sentando. Intercambió algunos saludos, pero aunque sus compañeros quisieron darle conversación, ella no podía dejar de pensar en Dylan y en que ella era su última oportunidad. En Dylan y en su boca. En Dylan y en Dylan, y... parecía un disco rayado.

Marisa fue la última en llegar, acompañada de dos señores —solamente— y Mark. El mánager la saludó con la cabeza, y todo lo que la psicóloga fue capaz de hacer fue dedicarle una sonrisa de labios apretados, negando disimuladamente, porque no había conseguido convencer a Dylan de quedarse. Mark solo asintió, porque a estas alturas probablemente ya lo supiera.

—Siéntense, señores. —Su madre les indicó con la mano los asientos vacíos y Elizabeth quiso gruñirles, porque estaban tan confiados en que ya habían ganado que ni siquiera tenían prisa por sentarse.

Cuando todo el mundo se estuvo mirando a los ojos, su madre habló, aunque todo lo que Elizabeth pudo hacer fue atravesar con la mirada a los dos

señores trajeados que tenía enfrente. Si estos lo notaron, no lo demostraron en ningún momento.

—Como ya os he informado a todos, os he reunido para discutir el alta del señor Reeves. —Todo el mundo miró a Marisa en silencio, pero Elizabeth pudo distinguir los ceños fruncidos de sus compañeros—. El señor Reeves lleva con nosotros un par de semanas, y aunque su avance ha sido estupendo —eso lo dijo para ellos, no para el equipo. Para los intrusos. Para los abogados del diablo—, no está ni de lejos preparado para salir a la calle. Señor Lawrence, señor Coleman. —Marisa los miró mientras hablaba, pero no dejó de decir lo que tenía que decir, y esa actitud sorprendió a Elizabeth. Por alguna razón había esperado que su madre se rindiese respecto a Dylan, pero, claro, que el músico fracasara en su recuperación no era una buena noticia para nadie—. Creo que hablo por todos los miembros de mi equipo cuando digo que sería un error irreparable interrumpir la terapia de nuestro paciente. Las rutinas son lo más importante en estos casos, y volver a iniciar una gira por carretera hará imposible que se mantenga la situación actual.

Los susodichos señores Lawrence y Coleman —Elizabeth iba a comprar muñequitos de vudú y ponerles alfileres con sus nombres— solo miraron a Marisa como el que mira una mosca que no para de molestar.

Eso enfadó a Elizabeth.

Le enfadó que la mirasen como si Marisa fuera un estorbo entre ellos y sus objetivos. Le enfadó que Dylan no fuese más que un número en una cuenta bancaria y su salud algo que solo iba ligado al dinero.

Le enfadó tanto, que se obligó a participar en la conversación.

—He estado trabajando con Dylan... —dijo ella, pero se dio cuenta enseguida del error que había cometido llamándolo por su nombre de pila, así que se corrigió—. Con el señor Reeves. He estado trabajando con él estas semanas, y les aseguro que no estamos ni a la mitad del camino. Hará falta al menos otro mes para que empecemos a crear rutinas sólidas.

—Comprendemos su razonamiento, señorita Harvey. —Elizabeth no supo cuál de los dos era, si Coleman o Lawrence, quien le estaba hablando, y no podía importarle menos. El tipo la estaba mirando como si ella oliera a ajo y él fuera un vampiro—. Pero tenemos compromisos. El señor Reeves tiene compromisos a los que atender, y no disponemos de un mes.

—Veintiún días—pidió entre dientes—. Solo necesita veintiún días y las rutinas serán hábitos estables. Si le dan eso, no será un completo desastre.

Mark la miró, pidiendo perdón con los ojos, negando con la cabeza, porque sabía que era una batalla perdida, pero Elizabeth no iba a rendirse. Ella, que aún sentía los labios del chico contra su muñeca y su lengua resbalándole entre los suyos, no iba a rendirse, aunque se estaba jugando su cordura a una sola carta.

—No voy a darle el alta a un paciente que no está preparado. No lo haría con ninguno de mis otros pacientes y no lo pienso hacer de otro modo con este solo porque ustedes tengan compromisos que atender. —Elizabeth sintió que el calor se le subía a las mejillas y su madre la miró con orgullo, así que siguió hablando—: No pienso poner en juego mi reputación, ni la de mi equipo, ni la de este centro solo porque ustedes quieran que Dylan sea una máquina de hacer billetes. Si querían un centro de pacotilla, haberlo pensado mejor antes de decidir trabajar con nosotros.

El hombre de traje tuvo la indecencia de reírse y todo, como si Elizabeth le pareciera muy graciosa.

—Es increíble la pasión que su psicóloga pone en los casos, señora Harvey. —Y le sonrió a Elizabeth con condescendencia, como si supiera algo que ella no sabía—. Por desgracia para usted, Dylan ha firmado el alta voluntaria. —Y deslizó un papel frente a ella.

De repente, Elizabeth estaba mirando un papel firmado y se negaba a creerlo.

Elizabeth sabía que tenía que hacerlo, él mismo se lo había dicho hacía un rato, y aun así había albergado la pequeña esperanza de poder alargar la terapia un poco más, un par de semanas más. Había albergado la esperanza de que el apego que el músico tenía hacia ella sirviera para coaccionarlo a quedarse, para no dejarla ir, a pesar de que había quedado más que claro que Dylan se estaba despidiendo de ella.

Tenía la batalla perdida antes de empezar y Elizabeth odiaba esas veces. Odiaba esas veces en las que no importaba lo mucho que lo intentases, algo se te escapaba, algo estaba por encima de ti y no podías hacer nada. Se había sentido así el día que Dylan ingresó, se había sentido así la primera vez que había tenido que enfrentarse a él en su despacho. En ese instante sentía que toda esa tortura, todo ese sacrificio que ella había hecho había sido para nada, y que si no hubieran cogido el caso desde el principio, todo habría salido mejor.

Suspiró y miró a su madre, derrotada.

Mark carraspeó e interrumpió la pequeña batalla de voluntades que estaba ocurriendo en la mesa. La de Elizabeth con Marisa, la de Marisa con los abogados.

—Dylan ha puesto una condición, sin embargo. —El mánager sonrió como si supiera un secreto.

Los pelos de la nuca de Elizabeth se erizaron y todo su cuerpo se puso alerta, porque odiaba los secretos.

Los señores trajeados no parecían nada contentos en ese momento, así que debía de ser algo bueno. Debía de ser algo especialmente bueno, si los había enfadado.

—¿Qué condición? —preguntó Marisa frunciendo el ceño.

¿Dylan tenía poder para poner condiciones?

—Quiere que Elizabeth sea su padrino durante el verano. —Mark sonrió abiertamente, como si joder a la discográfica fuera para lo que había nacido.

Elizabeth sintió ganas de reírse. Probablemente lo hizo.

—Son ustedes conscientes de qué es un padrino y de cómo funcionan ese tipo de acuerdos, ¿no es cierto? —Los estaba tratando como imbéciles, pero a ella el corazón le iba a mil por hora—. Un padrino es alguien que ha sido adicto primero, y que ofrece guía al paciente, durante su estancia aquí o en los centros de día.

Lo dijo como si fuera algo obvio, porque... ¿Hola? Ella era una psicóloga, no alguien que hubiera pasado por una adicción. Sí, bien, una psicóloga que trataba adicciones, pero aun así no podía ofrecer el mismo tipo de guía y apoyo que un padrino. Los padrinos eran una parte importante de la recuperación en muchos pacientes, cuando ya estaban en la calle y asistían a las reuniones de narcóticos anónimos. Apoyaban al paciente, lo acompañaban, le daban guía. En muchas ocasiones, los padrinos asistían como terapeutas en las reuniones de grupo y trabajaban con Marisa en el centro.

Elizabeth estaba acostumbrada a trabajar con esos profesionales, sabía qué clase de trabajo hacían, pero, Dios, ella no estaba preparada para eso. Ese no era su trabajo y punto.

—Esa es la petición del señor Reeves, y no aceptará a otra que no sea usted.

A Elizabeth no le importaba cuál de los dos se lo había dicho, lo que sí le importaba era el tono de amenaza que había adivinado bajo la voz.

—Como si se preocupasen por las peticiones del señor Reeves —les escupió, perdiendo ya la compostura que le quedaba—. ¿Con qué los ha

amenazado? Algo muy gordo tiene que ser si han cedido.

Su madre la miró con reproche por perder la paciencia de esa manera, y Evan, que estaba sentado a su izquierda, le puso una mano en el brazo para que se calmase, porque quizá había levantado la voz un poco más de la cuenta. Aquello era de chiste. Nunca jamás respetaban los deseos de la banda para nada, y de repente, justo esa pequeña cosa, estaban dispuestos a concedérsela.

—No es de su incumbencia, pero no nos ha amenazado con nada. Dylan ha pedido que sea su acompañante durante la gira de verano, y nosotros somos conscientes de que es importante que esté centrado en la música y no eche a perder el proyecto. Así que estamos dispuestos a ceder, por el bien de todos.

—Ya. Por el bien de todos —murmuró entre dientes, bufando. Después miró a su madre y alzó las cejas, porque no, ni de coña, no podía estar planteándose que lo hiciera en serio.

Ella tenía una vida allí. Tenía pacientes a los que les debía continuar con la normalidad de la terapia. Tenía que organizar y coordinar, y había eventos, había cursos de verano, había publicaciones que hacer y había trabajo que no podía quedarse en la cuneta solo porque esos imbéciles se pensarán que estaban en la cima del mundo.

Pensó en su vida, no en esa, en la otra, en la que estaba enterrada bajo capas de lágrimas, pesadillas y miedos... En las luces que la cegaban, y en el sonido de los altavoces en el estómago. Pensó en el olor a tabaco y a sudor, en ese suelo característico de escenario que siempre estaba lleno de cables y cinta aislante negra. Recordó, de golpe, como si jamás lo hubiera quemado con la sal de su memoria, el zumbido de las guitarras cuando la multitud se callaba y su padre aún no había empezado a cantar.

Sintió ganas de vomitar, y reaccionó por instinto.

Se levantó de la silla como si de repente hubiera chinchetas en el asiento, y no miró a nadie en particular cuando habló, porque estaba fuera de sí.

—No pienso hacerlo. Si echan a perder lo que llevan entre manos, será solo responsabilidad suya. —Y no recordó si la frase tenía sentido o no, porque en ese momento no sabía ni formar frases correctamente. El miedo la cegó y se sintió retirarse de su asiento y andar hasta la puerta en automático, como el robot que había sido a los doce años.

—Demandaremos al centro si no accede usted al trato que proponemos.

¡Ja! Eso sí que era gracioso.

Si hubiera estado en sus cabales, les hubiese dicho que no se la podía demandar por obligarla a hacer un trabajo que no le correspondía, porque una

vez firmada el alta voluntaria el poder del centro estaba muerto, y ellos ya no tenían ninguna responsabilidad para con el paciente. Esa era la respuesta correcta y Elizabeth lo sabía, pero en ese momento estaba en automático, así que contestó por contestar.

—Nos veremos en los tribunales entonces.

—Tiene hasta esta noche para pensárselo, señorita Harvey.

Pero Elizabeth no tenía nada que pensarse.

Salió sin mirar atrás.

* * *

El corazón de Elizabeth iba a mil por hora mientras caminaba hasta el aparcamiento y las palabras de Mark y las de los abogados le daban vueltas en la cabeza, como un puzle sin esquinas que ella no conseguía encajar.

Sabía que salir de la reunión como lo había hecho era una falta de respeto a todo el que estaba sentado, y que había cometido un error, porque ella era muchas cosas, pero no era una profesional mediocre. Pero como un instinto de supervivencia dormido, algo se había activado ahí dentro, solo de pensar en meterse en un autobús de gira por el país.

No iba hacerlo.

Antes loca que meterse de cabeza en la boca del lobo.

No solo porque tenía pacientes y responsabilidades, y era imposible que pusiera nada de eso por detrás de las necesidades de Dylan Reeves, sino porque además el cielo tendría que caerse a pedazos y el mismísimo juicio final tendría que llegar a la tierra para que ella volviera a la vida de técnicos de sonido, músicos, agentes, mánager, fotógrafos y periodistas.

Tembló de pensarlo mientras se sentaba en el coche y arrancaba.

Apretó las manos contra el volante y se miró en el espejo retrovisor. Tenía ojeras marcadas y aunque debería estar pálida como una muerta, aún tenía las mejillas rojas. Rojas de antes, rojas del beso que Dylan le había dado.

Dylan.

Cerró los ojos y apoyó la cabeza contra el asiento, golpeándose varias veces.

Mierda, no quería dejarlo tirado como a un vagabundo, pero tenía que preocuparse por ella. ¿Por qué nadie se preocupaba por ella? Siempre tenía

que ponerse primero, porque nadie jamás se imaginaría lo que era ser ella, nadie jamás comprendería lo que era sentir que cualquier cosa podría traer de vuelta lo que tanto se había empeñado en borrar.

Y por mucho que lo hiciera, su vida la estaba persiguiendo.

Se acordó de las palabras de Dylan sobre sus amigos. Dylan le había dicho que lo hacía por ellos, que no podía decepcionarlos. Él se estaba poniendo en la línea de fuego por sus amigos, porque sentía que les debía algo, y eso, eso lo hacía mejor persona de lo que ella sería jamás; porque Elizabeth no sabía si sería capaz de ponerse en el paredón solo porque había algo, una pequeña culpa, una electricidad entre sus dedos y en su vientre que le decían que Dylan era la opción correcta y que se arrepentiría si no la tomaba.

Mierda. Mierda. Mierda.

Respirando despacio, arrancó y condujo hasta la puerta de su casa. En el trayecto de ocho minutos consiguió calmarse lo suficiente como para perdonarse todas sus faltas, convenciéndose a sí misma de que aquello no era una traición hacia Dylan.

La imagen del músico arrodillado y llorando contra su falda aquella noche la atravesó como una llama de ácido que le quemó la piel.

Joder.

No iba a hacerlo.

Quería hacerlo.

No *podía* hacerlo.

Tenía hasta esa noche para dar una respuesta, pero no necesitaba tanto tiempo para pensárselo. La respuesta era no. La respuesta era *no*. Se lo repitió varias veces, porque no podía olvidarse. No podía olvidarse de lo que era ser una niña aterrada, sin nada que la consolase, en manos del Estado. Se lo repitió, porque tenía que acordarse de lo que era pasar miedo en una comisaría, después en un orfanato, después en casa de una desconocida.

Tenía que acordarse, porque eso era lo que te traía la vida desordenada, la vida de caos y amargura, y botellas de ginebra y pastillas para dormir. Eso era lo que ella quería evitar a toda costa, y no pensaba meterse de cabeza en ese mundo voluntariamente, solo porque Dylan Reeves le diese pena. No podía olvidarlo solo porque le gustaría que con él fuera diferente. Joder, que él fuese diferente.

El paralelismo entre el pasado y el presente, entre su padre y su paciente, entre lo que fue y lo que era, y lo que no debería haber sido nunca, la estaba

volviendo loca. Sin recordar cómo, de repente se encontró caminando dentro de casa sin saber qué hacer. Se pasó las manos por el pelo, sacando mechones del moño alto en su cabeza, sabía que los dedos le temblaban y que estaba respirando de forma irregular, pero en ese momento no le importaba demasiado.

En todo en lo que podía pensar era en que Dylan la estaba poniendo contra la espada y la pared. Otra vez.

Si decía que no, corría el riesgo de que el músico se convirtiera en el caso más sonado de todos los que habían pasado por su carrera. Si decía que no, corría el riesgo de que su conciencia se volviese venenosa y no la dejase dormir por las noches, porque no habría forma humana de que ella no pensara que si fracasaba, si Dylan volvía a ser el Dylan de siempre, habría sido culpa suya.

Después de todo, él estaba pidiendo ayuda y ella se la habría denegado.

Pero si decía sí... Jesús, si decía sí, volvería a meterse de lleno entre los *flashes* y los *paparazzi*, entre los técnicos de sonido, los pases a *backstage*, el bajo sonándole en las tripas. Había enterrado ese recuerdo tan hondo en su memoria, junto con otros tantos, que si lo sacaba, todos irían de la mano, como niños a una excursión.

Sin saber muy bien cómo, acabó resbalando contra la puerta cerrada de la entrada, con el culo en el suelo, abrazando sus propias rodillas. ¿Cómo se había metido en ese lío? Hacía unas horas apenas tenía que preocuparse por tolerar a Dylan en el sofá rojo de su despacho, por querer tocarlo y guardar las distancias. ¿Y de repente tenía que meterse con él en un autobús? ¿Durante dos meses?

Su teléfono empezó a sonar y lo cogió solo porque vio que era Marisa.

—No pienso hacerlo —sollozó. Iba a llorar. No quería llorar, prefería estar enfadada con Dylan y odiarlo, y odiar al mundo porque en ese momento se estaba riendo de ella a manos llenas, pero solo le quedaban fuerzas para llorar.

—Piénsatelo bien. Sabes lo que nos jugamos si esto sale mal, Liz. —El apelativo cariñoso la calmó, porque la alejó de su otra vida, de ser Elizabeth Reed, pero no bastó para hacer que se olvidara de todo.

—Tú. Te lo juegas tú, que fuiste la que nos metió. Yo no quería hacer esto desde el principio —le reprochó, agarrándose con uñas y dientes a cualquier cosa.

—Llevas razón, y siento que te salpique así, pero ya está hecho. Sabes que puedes hacerlo.

«Sabes que puedes hacerlo», se repitió.

No, no lo sabía.

No, no iba a poder hacerlo.

Si se montaba en un autobús con Dylan Reeves, iba a acabar siendo esa Elizabeth que había dejado en un orfanato cualquiera hacía años.

—¿Crees que puedo dejar mi trabajo e irme a vivir la vida de una estrella del *rock* durante dos meses, mamá? ¿Qué te crees que tengo en la cabeza? —La voz se le quebró y las lágrimas le resbalaron por las mejillas, como la niña que ya no podía ser y que siempre sería.

Marisa suspiró, porque sabía la verdad. La verdad no tenía nada que ver con el trabajo y todo con el pasado.

—Denna está preparada para ocupar tu puesto durante tu ausencia, y yo me voy a hacer cargo de tus pacientes. —Marisa se calló y después, en un murmullo, añadió—: Te va a venir bien, cariño.

—No me digas que es por mi bien —gruñó Elizabeth—. No quiero oír cómo es por mí. Si hago esto es porque no se vaya a la mierda todo lo que he conseguido —lo escupió como ácido, porque le estaba quemando la garganta.

Si lo hacía era por no ser quien era antes. Porque la idea de la Elizabeth que había creado no se diluyera. Por demostrarse a sí misma que esa Elizabeth estaba por encima de todo, que podría con la vida que se había propuesto y nada podría impedirselo.

«Y tal vez, un poquito, por Dylan», le dijo su conciencia. Tal vez porque Dylan había demostrado ser tan diferente a lo que esperaba, a esa idea de egocéntrico y engreído que ella había odiado siempre. Tal vez porque quizá el chico se merecía una oportunidad, y que ella estuviera rota por más esquinas de las que recordaba tener no tenía por qué influir en su recuperación. Ella podía hacer un bien, un bien muy grande con aquella persona, y su miedo iba a impedir que lo hiciera.

Mientras las lágrimas le resbalaban por las mejillas, se odió a sí misma por dejarse llevar por el miedo, porque eso, ese sentimiento era el que había estado evitando por encima de todo.

No.

Ella no iba a tener miedo.

Ya no tenía doce años, era una adulta, manejaba su vida y tomaba decisiones. Ya las cosas solo le hacían daño si ella las dejaba.

Suspiró y fue a contestarle a su madre que estaba de acuerdo. Fue a contestarle que sí, que iría, cuando su teléfono pitó contra su oreja y Elizabeth lo apartó para mirar la pantalla y ver un mensaje, con número desconocido: «No te olvides de los vaqueros y las zapatillas, rubia, te van a hacer falta. Nos vemos mañana. D».

Elizabeth no se lo podía creer.

—¡Le has dado mi número! ¡Mamá!

—¿Qué? Pensé que, si no ibas con él, al menos podría llamarte si tenía... problemas. —El tono de su madre fue conciliador, pero ella no se lo creyó ni por un segundo.

Las lágrimas se le secaron contra los labios mientras tomaba la decisión más difícil de su vida.

—Diles que acepto —murmuró Elizabeth al final, sintiendo que los cimientos de su vida se estaban tambaleando—. Pero esto no se queda aquí. Tú y yo tenemos una charla pendiente, mamá.

Colgó sin oír la respuesta de su madre, y cuando se puso en pie, se mareó y sintió que acababa de tomar una decisión suicida.

Maldijo en voz alta. A su suerte, a su madre adoptiva, a su padre muerto y a la pequeña niña de ojos enormes y pelo rosa que le gritaba desde dentro de su pecho, asustada y emocionada porque después de dieciséis años sin pisar un *backstage* iba a pasarse el verano en ellos.

Maldijo a Dylan Reeves, a sus ojos de dos colores y a su piel caliente. Maldijo a su sonrisa y a su dulzura, porque eso, eso era lo que la había metido en ese problema.

SEGUNDA PARTE
En memoria de Elizabeth Reed

Capítulo 10

Remember me as I was, not as I am.
Rat A Tat, Fall Out Boy

—Aparecerá.

Mark se lo recordó por tercera vez, mirándolo por el rabillo del ojo. El mánager iba vestido de traje y Dylan quiso reírse de él, solo por entretenerse en algo, pero decidió que esperar de pie en el aparcamiento de la clínica, bajo un sol abrasador a pesar de ser las diez de la mañana, era demasiado para él. Al final, en vez de estar apoyado contra el todoterreno negro, con Seb mirándolo desde el asiento del conductor como si fuera a romperse en cualquier momento, se metió dentro del coche a esperar. Mark lo miró preocupado, pero Dylan solo puso los ojos en blanco.

Al menos había sido preocupación y no lástima. Si Elizabeth no aparecía, Mark iba a empezar a mirarlo con lástima y eso sí que no sabía si podría soportarlo. Le sudaban las manos, y le estaba empezando a doler la cabeza. Tenía un enredo de nervios en el estómago, y a lo mejor, si se abrían las venas ya, en lugar de esperar unas semanas, todo acabaría antes. Estaba jodido. Salir de allí era una mala idea.

«Aparecerá», pensó él también para distraerse; para recordarse por qué seguía vivo, que le gustaba esa sensación de nueva tranquilidad que había conocido allí dentro, y que, con ella a su lado, quizá pudiera mantenerla un rato más.

No sabía si quería que apareciese.

Cuando había sugerido a Elizabeth como padrino para que lo acompañara durante la gira no sabía en qué había estado pensando. No había estado pensando, punto. Aún tenía el calor de la chica entre sus labios y el olor a mandarina en sus fosas nasales; aún deseaba tenerla entre los dedos y que no se le escapara como un pez.

La verdad fuese dicha, tampoco había creído que le fueran a hacer caso. Lo había dicho porque estaba lleno de rabia. Lo había dicho sin esperanza ni

convicción, como esa última bala que te queda en el cartucho y que disparas solo por sentir que no te has muerto sin gastarla.

Pero le habían dicho que sí. Y ella había dicho que sí.

Dylan aún no se creía que hubiese aceptado. Cuando Marisa le había dado el teléfono de Elizabeth por si necesitaba ayuda en cualquier momento, él había pensado que hasta ahí su relación. Ahí se acababa. Y era para mejor. Al fin y al cabo, ese beso había sido una despedida, y así era como debía ser, porque las niñas buenas no acababan encariñándose de los perros callejeros. Nunca.

Dylan se puso las gafas y dejó que los cristales tintados del SUV lo resguardasen del sol de la mañana, mientras se acordaba del mensaje que le había mandado solo por usar el número. Porque no lo usaría para pedir ayuda, eso lo sabía. Así que, ¿por qué no?

Pero ella no había contestado y Dylan se había ido a dormir con la sensación de que todas las piezas estaban donde debían. De que su vida estaba fluyendo en el camino adecuado y que todo caía en orden: él volviendo a su misma mierda de siempre, ella siendo quien era, un efecto dominó inevitable. Con un poco de suerte, Dylan sería un recuerdo vago en la vida de la psicóloga. Con mucha suerte, él no la recordaría a menudo.

Así que cuando Mark había ido a recogerlo esa mañana con las buenas nuevas de que la perfecta Elizabeth Harvey había accedido, Dylan no había sabido cómo sentirse. Una ráfaga de adrenalina lo había recorrido entero, entre alegría y miedo, y las dos estaban peleándose por ver quién ocupaba el lugar central en su conciencia en ese momento.

Dylan aún no lo tenía muy claro.

Quería que se fuera de gira con él. Joder, la quería. La quería a su lado, día y noche, y así durante todo el verano. Solo de imaginársela con su moño alto y su falda de tubo entre toda esa gente llena de tatuajes y vaqueros rotos, mirándolos a todos como si fuesen la plaga que poblaba el mundo, hacía a su sangre buscar el sur.

Pero ¿tenerla ahí, con él, en ese ambiente? ¿Dónde él ya no sería más Dylan Reeves, el chico de Atlanta que llevaba años sin volver a casa, si no Dylan Reeves, el cantante de Kill Me On Saturday? ¿Compaginar esas dos vidas? Dylan no lo había hecho nunca. Dylan había fingido que no tenía una vida antes, así que entrar de lleno a ser el músico, el cantante, el bufón, no había sido difícil. Le mantenía despierto, le mantenía vivo y había sido mejor que la verdad.

¿En ese momento? Ya no estaba tan seguro.

Quizá ese Dylan Reeves y Elizabeth no iban a congeniar demasiado bien. Qué mierda, ni él sabía si ese tipo le caía bien, si es que alguna vez le gustó.

Se mordió el labio, y tamborileó los dedos contra el vaquero, respirando despacio, acordándose de los ejercicios de canto para no ahogarse y de las sesiones de relajación con la psicóloga.

«Es bueno. Que ella venga es bueno para ti, para tu adicción y para tus pesadillas», se recordó.

Ese había sido otro motivo.

Lo sugirió a la desesperada porque volver de gira, con las tres caras de los tipos que a estas alturas ya no eran sus amigos sino sus hermanos, iba a ser difícil. Volver de gira, caer en la rutina de entrevistas, y ensayos, y sesiones de fotos, y bus y bus y alguna noche de hotel, iba a llevarlo a comprar en cualquier esquina antes o después. Dylan no podía predecir el futuro, pero eso lo veía con claridad. Sabía que, si volvía a tener pesadillas y a verse encerrado en el mismo círculo de tortura de siempre, no iba a ser capaz de mantenerse sobrio.

Y, tal vez, quería.

Tal vez, esa vez, podía.

Tal vez se había acordado de que Juliet —y todos los Lowell, por Dios santísimo— estaban ahí, apoyándolo. Quizá le gustaba la paz con la que se había encontrado mientras había estado ingresado y quería bailar un rato más con ella. Tal vez, solo tal vez, podría tener huevos de hacerlo bien, para plantar cara a la situación, para ayudar a sus mejores amigos a salir adelante.

Porque ella estaba. Iba a estar.

Y eso mantendría a las pesadillas fuera de la ecuación.

Cerró los ojos y deseó que así fuese. Deseó poder mantener la compostura, deseó no ser quien era. Joder, le sudaban las manos y le picaba la nuca y ni siquiera habían salido del aparcamiento del centro. Aquello era una mala idea.

* * *

Llegaba tarde.

No era algo habitual en ella, pero llegaba tarde, porque hacer las maletas para irse de gira por el país era algo que no hacía desde hacía años, y no tenía

nada que llevar, así que se había peleado con la ropa. Había rebuscado entre los trajes de oficina, y los trajes de congresos, y los trajes que llevaba los domingos. Había rebuscado y había encontrado un total de dos vaqueros y dos camisetas negras lisas de manga corta. Las había echado junto con las blusas y las faldas de tubo, las medias color carne y las medias negras. Cuando había visto la maleta abierta sobre la cama, había sentido ganas de reírse, porque había tratado con tanto ahínco de erradicar su pasado y evitar que manchase su presente, y ahí estaban, ambos, a cada lado de una maleta, rozándose y mezclándose. Su cerebro se estaba haciendo papilla.

Los zapatos eran un caso perdido. Dylan le había dicho zapatillas, pero ella solo tenía tacones negros de salón, tacón de fiesta y unas manoleínas negras planas. Acabó por echarlas también a la maleta, solo porque en realidad no sabía lo que le iba a hacer falta.

Cerró sin mirar mucho más qué añadía, revisando la lista que se había hecho la noche anterior, tachando cada cosa que había incluido. Después se miró al espejo, y decidió que con aquel vestido azul oscuro iba bien. Era liso, tenía el cuello de barca y la falda le llegaba hasta las rodillas. Quizás no era lo más adecuado para la aventura que estaba a punto de emprender, pero lo escogió porque necesitaba reconocerse a sí misma. Se retocó el peinado, soltando la goma y volviéndose a hacer el moño para que todo el pelo quedase ordenado y en su sitio. Su maquillaje era sencillo, apenas un toque de colorete y rímel, nada en los labios, y se sonrió frente al espejo para darse ánimos. Intentó no acordarse de la cara de su padre mientras lo hacía, pero al final el parecido le ganó, y el sentimiento de que estaba cometiendo un error, también. Acabó por dar la vuelta sobre sí misma, y, cogiendo la maleta que había sobre la cama, ir escaleras abajo.

Revisó que, efectivamente, llegaba tarde cuando ya estaba sentada en el coche, y sintió un escalofrío que le recorrió la espalda. «¿Qué estás haciendo?», se repitió por enésima vez. «¿Qué leches estás haciendo?» Iba, por voluntad propia, a meterse en el mundo del que tanto había luchado por salir. Iba a dejarse la cordura por un chico de pelo negro, ojos de dos colores y lunares estratégicos.

Si lo pensaba una sola vez más, se iba a acobardar e iba a tomar la dirección opuesta en la carretera, cogiendo una autopista hacia ninguna parte y dejando atrás su vida y sus problemas, porque, al fin y al cabo, ella era experta en eso.

—Vas a hacer esto —se dijo mirándose en el espejo retrovisor—. Vas a hacer esto y vas a volver aquí cuando el verano se haya acabado, y no va a pasar nada.

Se lo repitió un par de veces mientras conducía, en silencio, hasta el aparcamiento de la clínica dónde habían acordado reunirse. Anoche, después de hablar con Marisa, se había convencido a sí misma de que no pasaría nada.

No pasaría nada por irse de gira con una banda de música durante el verano, porque, sinceramente, ¿cuántos técnicos de sonido de la época podían quedar en la industria dieciséis años después? ¿Y cuáles eran las posibilidades de que la reconocieran? Había estado tentada de buscarse a sí misma en Google, ver cuáles eran las mentiras y rumores, y noticias que corrían sobre ella en el mundo, si es que aún quedaba alguien que se acordaba de la niña que ella había enterrado junto a su padre.

Cuando llegó a su destino, ya no estaba tan segura, y las dudas se la comían viva. ¿Y si durante alguna entrevista algún periodista la reconocía? ¿O algún fotógrafo? ¿Tendría ella que estar pegada al culo de Dylan Reeves las veinticuatro horas del día? ¿Cuánto aumentaría eso las posibilidades?

Mark la saludó con la mano cuando entró al aparcamiento y estacionó su coche bajo uno de los pequeños rincones que estaban cubiertos. Había pedido a Marisa que lo llevase después hasta su garaje, pero no se fiaba de la buena memoria de su madre, y no quería volver a hablar con ella para repetírselo. Aún seguía enfadada, y probablemente lo estaría durante un tiempo.

Su madre tendría que haberse ido de gira, pensó mientras se bajaba del coche y hacía como que no se daba cuenta de que Mark la miraba de arriba abajo disimuladamente. Ella habría encajado perfectamente en ese mundo, lleno de gente con energía, trotamundos y músicos sudorosos. Elizabeth era más bien una planta, con regarla de vez en cuando y dejarla ver la luz del sol, tenía suficiente. Nada de emociones fuertes para ella, muchas gracias.

El mánager la estaba siguiendo con los ojos mientras abría el maletero y cogía su maleta, pero Elizabeth se mordió la lengua y no le dijo nada. Se puso unas gafas de sol, porque ese día hasta la pintura de los coches reflejaba la luz, y sus ojos claros se lo agradecieron al instante.

Cuando se dio la vuelta se dijo a sí misma que no iba a buscar a Dylan con la mirada, pero lo hizo de todas formas. Se sintió decepcionada cuando no lo vio.

—Está dentro —dijo Mark, cuando Elizabeth estuvo junto a él, como si le hubiese leído el pensamiento—. Llegas tarde —añadió después, sin sonreírle

ya.

Estaba diferente con el traje oscuro y la camisa debajo, escondiendo casi todos los tatuajes excepto los que se le escapaban por el cuello y las manos. Distinguió un ancla en el cuello y algunos números, pero no quiso quedarse mirando fijamente, así que, en vez de mirar al mánager, arrastró la maleta hasta la parte de atrás del coche, y el ruido de las ruedas la distrajo.

—Lo sé, lo siento. Ha sido difícil hacer la maleta. No sabía qué llevar para la ocasión —mintió. Sí lo sabía, lo sabía demasiado bien. Sabía que nada de lo que había echado en esa maleta servía de nada y que solo lo había hecho por orgullo, por no separarse de quien era.

Mark se rio, y la risa le llegó a los ojos oscuros.

—Te acostumbrarás —contestó él, mientras abría el maletero, e hizo el amago de ayudarla con el equipaje. Ella no soltó la maleta y la levantó hasta dejarla dentro del coche. Si Mark se dio cuenta, no dijo nada—. Al final acabas usando siempre un par de vaqueros y la misma camiseta, ya lo verás.

Quiso contestarle algo gracioso, pero haberse separado de sus efectos personales la había puesto aún más nerviosa sin saber por qué, como si lo que le daba identidad se hubiese quedado detrás, en el maletero del todoterreno, y ella se estuviese perdiendo en ese momento a sí misma.

Al final solo le sonrió, con los labios apretados.

La cara debió de preocupar a Mark, que se acercó a ella mientras caminaban hasta el lateral del coche

—Eh, ¿estás bien? Te has puesto pálida de repente.

—Sí, solo..., ya sabes. Nerviosa. No he hecho esto antes.

En realidad, si lo pensaba, no estaba mintiendo. Elizabeth nunca había sido el padrino de ningún paciente. Si Mark pensaba que se refería a irse de gira, bueno, ese era su problema.

—Es normal —le dijo, yendo hasta el tirador de la puerta, abriendo para Elizabeth—. Pero vas a estar tan ocupada persiguiendo al cabeza de chorlito que ni te vas a dar cuenta de que no estás en el trabajo. —Mark miró dentro del coche, a lo que debería ser Dylan en un rincón, pero dentro estaba demasiado oscuro para que Elizabeth distinguiese nada. Después añadió—: Sube. Vamos tarde, y tengo un millón de cosas que dejar atadas hoy.

Tragó, probablemente de forma sonora, antes de subir al coche. Después sintió el sonido de la puerta al cerrarse tras ella, y, durante un segundo, le retumbó dentro del pecho y tuvo que cerrar los ojos.

Escuchó el sonido de Mark caminando hacia la puerta del copiloto, el ruido de los cinturones, y solo entonces fue lo bastante valiente como para volver a abrirlos y quitarse las gafas, porque allí detrás no había luz gracias a los cristales tintados y se sintió como una imbécil llevándolas.

Dylan estaba sentado en la esquina opuesta a ella, con sus gafas de sol puestas, el pelo negro mirando hacia todas partes. Estaba sentado muy recto, tamborileando los dedos sobre sus rodillas y mordiéndose el labio. Tenía las mejillas algo coloreadas, y hubiera dado dinero por saber qué estaba mirando, pero Elizabeth solo podía verlo de perfil. La camiseta de tirantes roja que llevaba era ancha, pero estaba rota en los costados, así que la chica podía ver cómo se le expandía el pecho cuando respiraba, y cómo se le contraían los músculos de los brazos mientras seguía moviendo los dedos.

—Hola —dijo Elizabeth al final, porque la tensión la estaba matando. Después se sintió como una imbécil, porque Dylan torció la cabeza, para mirarla de reojo, pero no le contestó. Odiaba que llevara esas dichosas gafas, porque con ellas no podía saber nada de lo que estaba pensando—. ¿Cómo te encuentras?

Jugeteó con sus propias gafas sobre su regazo, entreteniéndose en algo, mientras el coche se ponía en marcha.

—Bien, supongo. —Fue todo lo que el chico contestó, pero ella lo conocía. Ella se había pasado dos semanas con él en la consulta. Elizabeth sabía que se mordía el labio cuando estaba nervioso, y que esa respuesta vacía quería decir de todo menos lo que había dicho.

—¿Nervioso? —insistió.

Dylan se encogió de hombros e hizo un sonido, como un gruñido, que sirvió de contestación.

Quería gritarle, quería exigirle respuestas, pero después se acordó de que estaban en un coche con más gente, así que se calló y dejó pasar el tema. Quizá cuando estuviesen a solas podría hablar con él de forma más normal. Quizá aquel no era el momento.

Y, además, tenía que estar acojonado. Dios sabía que si ella estuviese en su lugar, estaría asustada. Se lo repitió mientras se ponía el cinturón y lo observaba por el rabillo del ojo.

En el asiento del conductor, un tipo de piel oscura que parecía latino y con gesto serio intercambió un par de palabras con Mark, que estaba jugando con la radio hasta que encontró la emisora que le pareció conveniente.

El sonido de las guitarras hizo que Elizabeth se retorciera un poco en el asiento, poniéndose más recta y descruzando las piernas para volver a cruzarlas. Sintió que Dylan la observaba por el rabillo del ojo, pero lo mismo estaban siendo imaginaciones suyas, porque con las gafas puestas ella no podía leerlo.

Llevaban al menos quince minutos en silencio —en los que Dylan se había dedicado a mirar hacia delante como un soldado bien entrenado, manteniéndose tan pegado a la puerta de su lado como le era posible, y Elizabeth se había dedicado a jugar con su teléfono, sin mirar nada realmente— cuando Mark habló.

—Dy, vamos a ir directos a tu casa. Te dejaré allí con Elizabeth y os recogemos a la hora de comer. Tenemos una entrevista con AP y sesión de fotos. Duerme un rato si ves que te cansas demasiado. Tienes que dar buena imagen.

Dylan solo bufó, pero Mark lo ignoró.

—El sello me ha mandado esto. Léelo. —Mark se torció en su asiento y entregó a Dylan algunos papeles grapados en una carpeta transparente. Dylan lo cogió, pero Mark no lo soltó—. Lo digo en serio. Léelo.

—Sí, señor —se mofó Dylan, pero sonrió un poco y se puso a ojear los papeles.

—Elizabeth. —Mark le tendió a ella otra carpeta igual que la de Dylan y un bolígrafo—. Esta es para ti. Supongo que solo será un contrato de confidencialidad, para asegurarse de que no acabas en televisión contando ninguna historia sobre las fiestas y el desenfreno. —Mark se hizo el gracioso, y ella quiso reírse, pero cogió los papeles, muy seria. No le hacía ninguna gracia tener que estar firmando contratos con aquella gente.

Lo cogió y le echó un vistazo por encima, de mala gana, sin leerlo realmente, porque su mente estaba en otra cosa.

—¿Cuándo salimos?

—¿De gira, quieres decir? —preguntó Mark mientras trasteaba con su tableta. Mark le contestó antes de que ella pudiese decirle: «no, de paseo, ¿tú qué crees?»—. En un par de días. Los Vikingos llegan de Atlanta esta tarde para la entrevista con AP, y necesitan ensayar juntos al menos un par de días. El acto de apertura será el jueves por la noche en Los Ángeles.

—¿Acto de apertura? —Se sentía como una completa imbécil haciendo preguntas todo el tiempo. No estaba acostumbrada a no saber qué era lo que se

llevaba entre manos, y esa era una parte de las giras que se había perdido cuando era una niña. No tenía ni idea de eventos y fiestas.

—No es nada. Una pequeña fiesta que el sello hace con todas las bandas que van a hacer la gira antes de empezar. Para calentar motores y eso. —Mark dejó a un lado la tableta y la miró. Debía parecer nerviosa—. No es más que una oportunidad para que todo el mundo saque barriga antes de empezar con el trabajo sucio, te lo aseguro. Serán un par de horas, máximo.

Elizabeth iba a seguir preguntando sobre la gira, cuáles eran los lugares que iban a visitar, cuántos días entre concierto y concierto, si habría paradas en hotel o si solo irían en bus, pero Dylan interrumpió la conversación.

—¿Test de orina? ¿Qué mierda me estás contando, Riley?

—Lo que oyes, Reeves. No es precisamente tu primer intento, guapo.

—Te vas a pasar el verano recogiendo mis meados en un bote, ¿lo sabes, no? —Rio Dylan, de forma ausente.

—No me lo recuerdes —gruñó el mánager.

Dylan murmuró alguna grosería más, pero Elizabeth no alcanzó a oír el qué, y siguió observando de reojo a Dylan mientras este leía —lo hacía con las gafas puestas, se iba a quedar ciego—, y el músculo de la mandíbula del músico se contraía de lo fuerte que estaba apretando los dientes. Al final, por no seguir mirándolo, Elizabeth se dedicó a lo suyo.

Leyó su contrato de confidencialidad, donde se le prohibía hablar con nadie de nada que tuviera que ver con Dylan Reeves, ni siquiera con fines terapéuticos. Leyó en automático porque no le interesaba mucho. Ella no tenía pensado hablar con nadie de lo que iba a hacer, mucho menos con prensa ni televisión, y entendía que tomasen esas medidas después de que se hubiera filtrado la información de la desintoxicación del chico.

Cuando llegó a la cláusula del contrato que discutía su sueldo, sintió ganas de silbar por lo bajo. Madre de Dios, esa gente no se andaba con rodeos. El sueldo de una semana era mayor de lo que ella conseguía ganar al mes con la clínica. Aunque Elizabeth no se engañaba, estaban pagándole por su trabajo y también por su silencio.

Firmó y le entregó la carpeta a Mark, aunque le hubiera gustado seguir haciendo como que leía un rato más solo por entretenerse en algo. En ese momento, en el coche volvió a instalarse el silencio y ella no sabía qué hacer. El locutor de la emisora estaba hablando sobre el tiempo y los eventos de la semana en alguna parte de Los Ángeles, y el coche paraba y avanzaba a

tirones, porque conducir sin atascos en esa parte de la ciudad era casi un milagro.

Estaba tan perdida en su cabeza que casi saltó en el asiento y se dio contra el techo cuando sintió una mano tocarle la rodilla. Miró primero la mano de Dylan sobre su piel, y después siguió el brazo hasta su pecho. No había encontrado aún el valor para mirarlo a la cara cuando Dylan retiró la mano.

—Siento haberte besado. —Fue un susurro, como el que confiesa un pecado.

Elizabeth lo miró a la cara y odió por millonésima vez en la mañana no poder verle los ojos, porque esos ojos suyos lo decían todo. Si estaba contento o triste, si mentía o decía la verdad. Todo, como un libro abierto. Y en ese momento, ella solo veía cristales negros, y no sabía si Dylan estaba diciendo que lo sentía porque no debería haberla besado, o porque no quería haberla besado.

—No fue adecuado. Yo... Estaba fuera de mí. —Sonrió un poquito, de lado, pero apenas le llegó al resto de la cara, una sonrisa de segunda mano.

Ella no sabía si sentirse mal porque él se estuviera disculpando por haberla besado, porque lo había hecho en primer lugar, o porque lo estaban hablando en un coche rodeados de gente. Decidió quedarse con la última opción, porque era la más segura.

—Este no es el momento, Dylan —le contestó, también en un susurro, mirando hacia delante para comprobar que ni Mark ni el conductor estuviesen pendientes de su conversación. Mark llevaba los cascos puestos y hablaba por el manos libres con alguien, pero no había manera de saber si el hombre de gesto serio que conducía los habría oído.

Dylan solo se encogió de hombros, como si a él eso de los momentos y los lugares le diera igual.

—Solo quería decirlo.

—Está bien —cedió ella—. No pasa nada.

El muchacho volvió a su postura original en su lado del coche, y ella sintió que de alguna forma había contestado algo que él no quería oír, pero ¿qué otra cosa esperaba que le dijese? ¿Yo no lo siento? ¿Me besas otro rato más?

Los labios le hormiguearon ante el recuerdo del beso del cantante, y se acarició la rodilla que el músico acababa de tocarle, solo por borrar la sombra que sus dedos habían dejado.

* * *

Para cuando llegaron a Echo Park, Dylan estaba exhausto. Había querido decirle a Mark que no era una vieja de sesenta años cuando este le había propuesto echarse un rato a descansar antes de la entrevista de la tarde, pero la verdad era que estaba cansado. No se había dado cuenta hasta ese momento que no tenía la misma energía de siempre, aunque él se pensara que sí. Dentro de la clínica, las rutinas organizadas y las actividades le daban tiempo para descansos, y una vez en la habitación, tenía tan poco que hacer aparte de la guitarra y el cuaderno, que acababa durmiéndose siempre temprano. Como si su cerebro tuviera años de sueño que recuperar desde que podía dormir sin problemas.

No se reconocía a sí mismo, porque normalmente era alguien con mucha energía, y en los últimos tiempos, cuando ya no le había quedado ni eso, había ido tan colocado que no lo sentía y la coca lo había hecho sentir normal; como el Dylan de siempre, ese que ya no estaba ni aunque lo buscara por los rincones.

A pesar de estar cansado, pegó una sonrisa a sus labios, porque iba a tener que pasarse lo que le quedaba de mañana con Elizabeth tras él y no quería acabar diciendo algo de lo que luego se arrepintiese.

La presencia de la chica lo hacía estar inquieto y tranquilo al mismo tiempo, y era una sensación extraña que tenía a Dylan al borde del abismo emocional. Quería preguntarle si era normal estar tan cargado de nostalgia y de tristeza... y de cansancio. Lo mismo solo era la desintoxicación y no era él; lo mismo no era la culpa, ni el karma mordiéndole el culo.

Su parada llegó antes de tiempo y Dylan cerró los ojos detrás de las gafas. El dolor de cabeza se le estaba empezando a formar y no era ni mediodía aún. Aquello no podía ser bueno.

—Que no se te olvide. A la una y media estamos aquí —le recordó Mark.

—Como si pudiera olvidarme de tu voz retumbándome en la cabeza.

—Me adoras.

—Chúpamela, Riley —lo dijo riéndose, solo porque así era como ellos se hablaban y esa normalidad lo hacía sentir con los pies en el suelo. Necesitaba la normalidad, porque si empezaba a pensar en lo que estaba por venir, iba a perder los papeles.

Dios, no quería entrar en casa.

—Vamos —le dijo a Elizabeth, que los miraba con el ceño fruncido como si no supiera si tomarse o no en serio las puyas que se lanzaban.

Se tuvo que reír por su cara, porque estaba graciosa cuando parecía confundida.

—Es nuestra manera de demostrarnos que nos queremos, rubia. ¿Verdad, enano?

Mark solo puso los ojos en blanco ante el insulto, pero sonrió mientras lo hacía, y Dylan sabía que estaba contento de volver a la rutina con ellos. Con él.

—Daos prisa, tengo cosas que hacer. El maletero está abierto. —Después miró a Elizabeth más de lo que a Dylan le gustaba que la mirase, pero ella no se dio cuenta. Estaba mirando a Dylan. El músico quiso hinchar el pecho, lleno de orgullo masculino, pero su parte racional le dijo que probablemente se debiese a que estaba tomando notas mentales para la terapia.

Dylan se bajó del coche y observó cómo Elizabeth hacía lo mismo por el otro lado. Ella fue a coger su equipaje, pero Dylan ya lo tenía. Cogió también su guitarra y su propio macuto de viaje antes de cerrar el maletero y darle al coche un golpecito para que Seb supiera que se podían ir.

—Hogar, dulce hogar —murmuró mientras observaba el todoterreno alejarse, y a Elizabeth alisarse la falda del vestido formal que llevaba. El vestido era sencillo, pero dejaba su clavícula al descubierto y a Dylan le gustaba la forma de esos huesos bajo la piel cuando ella se movía.

—¿Llevas viviendo mucho tiempo aquí?

Dylan acabó haciendo malabares con las llaves, las maletas y la guitarra, mientras Elizabeth lo seguía hasta la puerta de entrada.

—¿Un año? Al principio solía quedarme con Nathan en los descansos, pero cuando Sam se fue a vivir con él el invierno pasado, me tuve que buscar un sitio.

—¿Sam...?

—Samantha Dayton. Llevan juntos unos meses —añadió Dylan.

—¿Samantha Dayton, la actriz Samantha Dayton?

Dylan se rio un poco ante el tono y la cara de sorpresa de Elizabeth.

—La misma —dijo mientras conseguía abrir la puerta y le hacía un gesto con la cabeza a la chica para que pasara. Después entró y dejó las maletas en el recibidor—. Es probable que la conozcas el jueves.

—Guau.

—Te acostumbrarás. Es maja, aunque algo estirada.

Después cerró la puerta y encendió las luces. La casa olía a cerrado y todas las persianas estaban bajadas, así que fue hasta la más cercana y empezó a abrirlas una a una. Elizabeth lo imitó. Entraron primero al salón-cocina, y después abrió las puertas correderas de la habitación. Abrieron también las ventanas y, aunque el ambiente era cálido, el olor a cerrado salió.

La casa había estado así desde, por lo menos, marzo, porque después de la gira del disco mundial, no había pasado por casa excepto para hacer el macuto rápido antes de entrar a rehabilitación.

El silencio se instaló entre ellos como un invitado que nadie quería, pero que se quedaba de todas formas. Dylan iba a preguntarle si quería comer algo, porque él se moría de hambre y había un sitio de desayunos en la esquina que hacía las mejores tortitas de la historia, pero Elizabeth lo estaba mirando con gesto serio y eso no significaba nada bueno.

—Voy a necesitar que te quedes fuera un momento.

Dylan parpadeó un par de veces, porque no entendía a qué venía eso.

—¿Perdón?

—Necesito que te sientes fuera un poco..., tengo que revisar todo. Ya sabes..., por si hay... algo.

Elizabeth no dijo: «por si tienes sustancias ilegales guardadas en los cajones», pero eso era a lo que se refería.

—Vamos a estar aquí solo un par de días, pero ya sabes.

—Sí, claro. —Dylan se pasó las manos por el pelo, dio una palmada al aire, se aclaró la voz. No podía estar más incómodo ni aunque lo intentase. Una cosa era que ella supiera de su adicción. Joder, ella trataba su adicción. Pero otra muy diferente era que encontrara las pruebas. Por algún motivo que no entendía eso le resultaba vergonzoso—. Claro, es tu trabajo. Voy a sentarme un rato fuera.

Dylan caminó, pasándola de largo, dejándola sola en el salón, pensando que aquel era su trabajo, que ella estaba ahí por eso, ni más ni menos, y que no importaba lo cómodo que se sintiese con ella, no se le debía olvidar que ella tenía un motivo para estar allí.

Después se acordó de que, a lo mejor, sí había algo guardado, y lo más probable era que estuviese cerca.

—Mira en el armario de la habitación. En una caja de metal. Puede que haya algo ahí.

Ella solo asintió con la cabeza y Dylan ya no siguió mirándola. Sin querer, se había acordado de lo impuro que era y lo contaminado que estaba.

* * *

Elizabeth nunca había hecho aquello.

A pesar de que había trabajado en la desintoxicación de personas durante años, nunca se había visto en la situación de registrar el lugar privado de alguien para encontrar sus escondrijos. La hizo sentir incómoda, porque estaba invadiendo todo lo que era de Dylan. La hacía sentir fría y calculadora, como si no se preocupara por los sentimientos del cantante, o por su recuperación; una madre que te registra la habitación sin dejarte tener espacio personal, solo porque está paranoica. Era su trabajo y era por su bien, pero igualmente lo hizo de mala gana.

Al final, encontró la caja metálica donde él le había dicho y tiró su contenido por el retrete. Encontró también un par de porros en el cajón de la mesilla y unas pastillas sin identificar, que podrían haber sido perfectamente aspirinas, pero las tiró de todas formas, por si acaso.

Después se dio cuenta de que estaba rodeada de Dylan por todas partes, mientras miraba el armario abierto y la ropa colgada, y la cama con la colcha oscura, y las zapatillas tiradas por el suelo, así que salió también fuera.

Dylan estaba sentado en los escalones del portal y tenía un paquete de tabaco en la mano, pero no estaba fumando. Recordando las palabras del chico sobre que Mark era el que le daba tabaco a escondidas, pensó que probablemente había sido también quién le habría dado el paquete de Marlboro antes de que ella llegase esa mañana.

Sus tacones la delataron, y el chico la miró por encima del hombro, las gafas aún puestas y el gesto serio. Sin nada de la paz o la tranquilidad que solía verle cuando se sentaba a tocar la guitarra en el jardín del centro. Tampoco había cinismo, esas líneas duras, que le habían contaminado la cara los primeros días. En ese momento, simplemente, no había nada. Era como un papel en blanco, un canal de televisión lleno de estática, y eso a Elizabeth le daba más miedo que cualquier otra cosa.

—¿Te importa si fumo? —le preguntó.

—Deberías aprovechar y dejarlo también. Es el mejor momento.

—¿Y no tener nada con lo que matar el estrés? Me tendría que empezar a dar cabezazos.

«Podrías matar el estrés conmigo», pensó su cerebro de quinceañera alocada, pero no lo dijo..., por Dios, no lo dijo porque estaba totalmente fuera de lugar. Se sentía fuera de lugar.

Dylan volvió a mirarla por encima del hombro, y la camiseta que llevaba se le movió y dejó al aire un lado de la espalda, pero, por suerte para Elizabeth, no era el que el chico tenía tatuado. Dylan alzó las cejas y ella se dio cuenta de que en realidad no había contestado.

—No me importa que fumes —le dijo al fin, mientras avanzaba y se sentaba a su lado en los escalones. Probablemente no era lo más adecuado, dejar que recuperara una adicción, pero sabía que acabaría por fumar a escondidas si le decía que no, y prefería que confiase en ella.

Llevó mucho cuidado de doblar las rodillas correctamente, y de no acercarse demasiado al músico. El sol picaba y molestaba a Elizabeth en los ojos, pero había dejado las gafas dentro no sabía dónde, y no quería levantarse. Estaba agotada, de la noche que había pasado dando vueltas, y ni siquiera sabía por dónde empezar a hablar con Dylan de lo que había pasado entre ellos, de lo que estaba por venir..., de todo. Tenía a Dylan a un palmo de distancia, pero lo sentía a kilómetros.

—La casa ya está..., esto..., limpia, ¿supongo? Puedes pasar cuando quieras —informó.

Él solo dejó salir el humo despacio mientras asentía, pero no giró la cabeza para mirarla. Tenía los labios rojos alrededor de la boquilla del cigarro mientras le daba otra calada, y ella nunca jamás había pensado que fumar era bonito, pero él lo hacía bien.

—Gracias. No había caído en que, ya sabes, podría haber cualquier cosa. —Lo dijo con la voz pequeña, como si estuviera avergonzado.

—No pasa nada. Para eso estoy.

Eso no pareció ayudar a que Dylan volviese allí, a su lado. De alguna forma, lo alejó aún más, pero Elizabeth no sabía qué más decirle, porque, sinceramente, ella no había elegido estar allí por voluntad propia y también estaba luchando con sus propios demonios. Si a él le molestaba que ella fuera un dolor en el culo, que no la hubiera propuesto como padrino. Que no hubiera propuesto a nadie, y así no tendría que lidiar con esa clase de cosas.

En el silencio que se instaló entre ellos Elizabeth tuvo tiempo de cargarse de una rabia que no entendía, no solo por esa actitud distante de Dylan, sino por lo que estaba por venir. Porque esa tarde tenía que conocer al resto de la banda, acompañarlos a una entrevista y una sesión de fotos con una de las revistas del *rock* alternativo del país. Fotos y *flashes*, laca y maquillaje. Periodistas y música.

Justo cuando iba a levantarse y excusarse para ir al baño y tener un segundo para respirar a solas, Dylan habló.

—Siento esto. Siento el desastre en el que te he metido. No... no se me ocurría qué más hacer —murmuró el chico al final, mirándola de reojo, la colilla entre sus labios, en la comisura de su boca. Tenía la voz más ronca, y el acento del sur fue más marcado, arrastrando las sílabas, en esa cadencia suave y sexi. Si fue a causa del cigarro o de lo que estaba diciendo, Elizabeth no lo sabría decir.

Y ahí, su rabia de desinfló como una burbuja de mercurio, manchándole las manos, quemándole la piel, inservible y tóxica, vacía de todo lo que ella creía que la mantenía viva. Vacía de nada que valiera la pena.

Quería decirle que no pasaba nada, pero sí que pasaba. Quería decirle que le daba igual, pero la verdad es que no le daba igual, y no quería mentirle.

—Nos las apañaremos. —Fue lo que le contestó al final. A él pareció hacerle gracia su respuesta, porque hizo una mueca rara con la cara—. Vamos a trabajar porque estés bien, ¿vale? Va a salir bien.

Y eso sí que podía decírselo, porque era verdad. Ella nunca empezaba una partida si no sabía que iba a ganar. Era de esa clase de personas. Y si se había decidido por esto, era para que saliese bien.

—Lo que tú digas, doctora —murmuró el músico, exhalando el humo del cigarro, con su voz ronca de repente—. Lo que tú digas.

No siguió insistiendo en el tema porque estaba claro que ese Dylan, estuviera donde estuviese en ese instante, no iba a compartir nada más con ella.

—¿Quieres comer algo? —le preguntó al final, porque aún quedaba un rato para que Mark llegase y ella tenía hambre. A lo mejor Dylan también. Y si tenían que convivir durante una temporada, lo mejor era que empezasen a entenderse en ese ritmo lo antes posible.

Dylan apagó el cigarro contra la suela de sus zapatillas negras y después lo lanzó a la calle, hacia ninguna parte. Cayó, doblado y abandonado, en una esquina de la acera, y Elizabeth se imaginó que así era cómo acabaría ella al final del verano si seguía así.

—No, no tengo hambre. —El muchacho se levantó y la miró desde arriba, y Elizabeth agradeció que el escote del vestido fuese cuadrado y no en pico, porque desde esa postura el músico podría verle lo que quisiera—. Voy a preparar mi maleta y a tumbarme un rato, estoy cansado. —Después se sacó las llaves el bolsillo y se las tiró a ella, que las cogió casi por inercia—.

Tienes un par de sitios para comprar algo de comer en la esquina, por si quieres salir. Te veo en un rato.

—Bien. Vale. Luego te veo.

Dylan se alejó y la dejó sola con sus pensamientos. Quiso preguntar qué era lo que había hecho mal, porque por algún motivo las vibraciones entre ellos habían cambiado desde que habían llegado a la casa hasta ese momento, pero después pensó que eso era lo que haría una niña asustada, no ella. Ella era una mujer, fuerte y segura de sí misma, ella no había hecho nada mal. Elizabeth estaba ahí, haciendo un trabajo que le habían impuesto y sabiendo comportarse. Si él tenía algún problema con eso, era su puto problema. Punto.

El mercurio se le extendió también por la sangre y empezó a encontrarse a sí misma venenosa. Acabaría por intoxicarse en cualquier momento.

* * *

Para cuando llegaron al estudio fotográfico estaba más que claro que había algo en el aire. Mark había mirado a Dylan y luego a ella cuando había pasado a recogerlos a la hora acordada, y durante la comida el músico apenas había cruzado dos palabras con ellos. Mark le había estado explicando que la sesión de fotos y la entrevista eran para promocionar el *Better Than Sex Tour*. Cuando ella le había preguntado qué era, él se había reído un poco, como si encontrase muy gracioso que alguien no lo supiera, y le había explicado que el sello organizaba todos los veranos una gira con todas las bandas que estaban bajo su mando. Y, al parecer, ese año, el nombre principal del cartel era Kill Me On Saturday. Pero no era la única banda. Mark había mencionado al menos diez más, con nombres tan extraños como Two Seconds Ago, Freak Of Nature o Velvet Letters.

Mientras tanto, Dylan había permanecido en silencio, más centrado en su plato de comida que en cualquier otra cosa. A Elizabeth no le importaba. Podía encerrarse en sí mismo todo lo que quisiera, siempre que tuviera muy claro que ella iba a estar permanentemente pegada a él, vigilando todo lo que hacía.

Y si seguía en esa actitud de mierda, lo mismo hasta disfrutaba del trabajo de guardia custodio. Quizá hasta le pedía que no cerrase la puerta del baño para mear. Por si acaso.

Estaba disfrutando de las pequeñas torturas a Dylan en su cabeza cuando Mark la llamó. Elizabeth había estado aguardando en la sala de espera del estudio fotográfico mientras peinaban, maquillaban y vestían a Dylan.

—Ya estamos todos —le dijo el mánager. Elizabeth no preguntó quiénes eran todos, porque asumió que se refería al resto de los chicos de la banda. No los había visto llegar, porque ella había llegado con Mark y Dylan, y también el conductor que hacía las veces de guardaespaldas.

—¿Quieres que vaya o me quedo aquí?

—Ven y te los presento. Después puedes volver a salir si quieres. Estas cosas pueden llegar a ser aburridísimas. —Mark puso los ojos en blanco y ella se levantó de su asiento, sintiéndose de repente fuera de lugar. El mánager seguía llevando su traje oscuro, pero se había quitado la americana y se había remangado la camisa azul claro, dejando al aire antebrazos llenos de tatuajes. Parecía más cansado que esa mañana, como si en el rato que habían pasado sin verse él hubiese resuelto la paz mundial y el hambre en el tercer mundo.

Quiso preguntarle sobre el tema, pero no quería ser una entrometida, así que solo se alisó su propio vestido, pensando sin querer que iba a conjunto con el mánager, y caminó tras él hasta la sala de fotografía.

En el fondo había luces, focos, reflectores de luz, telas y cámaras, y un espacio abierto y blanco hacía las veces de estudio. A su derecha, un par de sofás negros y una mesa de café con un portátil encendido. Había una mesa grande, de esas que recordaba de las aulas de tecnología o arte en el colegio, llena de objetivos, pinzas, cámaras y piezas que no distinguía.

Había música de fondo, algo suave y rítmico, y mucha gente dando órdenes que para Elizabeth no tenían sentido.

—Por aquí —le dijo Mark mientras saludaba a gente con la cabeza, señalándole una puerta que había al otro lado de la habitación blanca, pero no les dio tiempo a caminar hacia ella cuando la puerta se abrió y un chico moreno salió.

Tenía el pelo oscuro largo y liso rodeándole una cara de facciones duras. El chico era más alto que Dylan, y tenía unos hombros anchos y unos brazos fuertes. Sus ojos azules, que habían estado enfocados en el teléfono que llevaba en la mano, se alzaron y la miraron. Tenía unos ojos diferentes, de un azul claro penetrante. Eran ojos misteriosos, llenos de escondrijos y secretos, y a Elizabeth no le gustaron.

«Ese debe de ser Nathan», pensó. Ella no le sonrió, solo le sostuvo la mirada, y él apenas cambió su expresión, pero al final las comisuras se le

torcieron un poco hacia arriba, en lo que debía de ser la sonrisa más escondida de la historia.

Después se dio cuenta de que iba vestido para la sesión, una camiseta más rota que entera, gris y descolorida, y unos vaqueros negros tan ajustados que debían de estar cortándole la circulación. Vans negras lisas —¿tenían un contrato firmado con esa marca de zapatillas?—. No tenía tatuajes ni *piercings* visibles, pero quizá tenía los suyos escondidos, como Dylan.

Nathan siguió avanzando, sin dejar de mirarla, pero Elizabeth tuvo que desviar la mirada porque tras él salieron dos chicos aún más altos todavía, tan altos que ella misma tuvo que torcer el cuello. El primero iba vestido con unos vaqueros normales y una camiseta negra, pero era tan ajustada que al caminar Elizabeth podía ver músculos que ni se imaginaba que el cuerpo humano tuviera. Llevaba una muñequera oscura, y botas de combate en los pies. Tenía el pelo corto, rapado al estilo militar, de color rubio, y unos ojos claros que no se sabía muy bien de qué color eran. Parecían verdes. Su brazo izquierdo estaba tatuado desde la muñeca hasta el hombro, dibujos negros, que parecían advertencias antiguas y desaparecían bajo la manga de su camiseta.

A pesar de la altura y la apariencia, el chico sonreía y emanaba luz, como un gran oso de peluche que podría abrazarte toda la noche.

Un paso por detrás iba su mellizo —no había que ser muy lista para adivinar que estos eran los infames Vikingos—, vestido igual que su hermano, pero con camiseta blanca, y un collar de lo que parecía ser una bala de alguna clase de arma. Este tenía el pelo largo, casi por los hombros, y los mechones rubios iban del rubio más oscuro al rubio más claro. Sus ojos parecían más amarillos que verdes, pero podría ser la luz blanca de la sala y sus tatuajes; al contrario que los de su hermano, eran diseños llenos de colores, en el brazo contrario. A Elizabeth le gustó el contraste, como si solo eso ya fuera una marca de distinción que ellos se habían dado a sí mismos.

Los chicos avanzaron hasta ellos; los mellizos sonriendo, Nathan sin dejar de mirarla a los ojos. Cuando estuvo a su altura, la repasó de arriba abajo, pero no dijo nada.

—¿Quién es el bombón? —preguntó uno de los mellizos, el que tenía el pelo largo. Le sonrió ampliamente y le guiñó un ojo. Dios, tenía hoyuelos.

—Esta es Elizabeth, chicos. —Mark pronunció el *chicos* de manera acentuada, llamando la atención de Nathan, que había vuelto a mirar su teléfono, como si jugar al Candy Crush fuese más interesante que cualquier otra cosa—. Va a ser el padrino de Dylan durante la gira, y no está aquí para

vuestra diversión —eso lo dijo mirando seriamente a Jude y a Jayden, que se estaban mirando entre ellos con media sonrisa en la cara.

Después, miraron a Mark con cara de inocentes, como si no supieran qué estaba insinuando. Si no fuera porque el brillo que tenían en los ojos hablaba de pecados susurrados entre sábanas, hasta Elizabeth se lo habría creído.

El del pelo largo se adelantó, teniéndole la mano, sonriéndole de tal forma que había kilómetros de hoyuelos.

—Yo soy Jayden, pero puedes llamarme *Jay*. —Elizabeth le estrechó la mano, sonriendo también, porque la energía que trasmitían se contagiaba—. Este es mi hermano Jude. —Señaló al mellizo de pelo corto.

—Encantada. —Lo dijo de verdad. Era imposible no sentir el magnetismo que trasmitían.

—Si necesitas cualquier cosa, somos tus hombres.

—Intentaré recordarlo.

Mark los miró entre la diversión y el enfado, pero Jayden solo se encogió de hombros, como si no hubiera pretendido más que ser amable.

—Así que eres la niñera de Dylan. —Fue todo lo que ofreció Nathan como saludo, que al parecer había decidido dejar el teléfono en su bolsillo y participar en la conversación. El chico de ojos claros la siguió mirando durante un rato.

—Soy su terapeuta, no su niñera.

—Encontrarás que con él no hay mucha diferencia. —Había desprecio en su voz, como si él se hubiera encargado más de una vez del trabajo que ella tenía por delante durante ese verano.

—¡Nathan! —se quejaron los mellizos al unísono.

—Venga, tío, corta el rollo.

—No le hagas caso —le aseguró Jude—. Tiene serios problemas mentales. Quizá también deberías tratarlo a él.

Como única respuesta, Nathan les sacó el dedo corazón disimuladamente mientras se rascaba el puente de la nariz.

Elizabeth pensó que lo peor había pasado, pero entonces el bajista se centró en atacarla por otro sitio, y preguntó lo que para los demás sería una pregunta inocente, pero para ella era una sentencia de muerte.

—Nos hemos visto antes, ¿verdad?

«¡Oh, no!», exclamó para sus adentros.

El pánico atravesó a Elizabeth como un cuchillo a la mantequilla. El corazón de la chica empezó a latir a mil por hora, y, mierda, sabía que eso era

una mala idea. Sabía que rodearse de gente que entendía de música era la peor de las ideas, porque alguien acabaría por reconocerla, antes o después.

Por suerte para ella, Jude la rescató otra vez. Resoplando, miró al mánager e hizo un aspaviento crispado con las manos.

—Mark, tío, y luego somos nosotros los que no podemos pasarnos de la raya. Nathan ya está tirándole los trastos. —Jude miró después a Nathan y añadió—: Y eso que aquí el cabrón tiene novia.

—No estoy tirándole los trastos a nadie. Miradla. Se parece a alguien. — La voz de Nathan no admitía discusión. El chico estaba muy seguro de lo que estaba diciendo, y eso jugaba en contra de las posibilidades de Elizabeth.

—Ahora que lo dices. —Jude dio un paso adelante, y la observó más de cerca—. Sí que se parece a alguien. ¿No te suena su cara, Jay?

Jayden solo puso los ojos en blanco y se encogió de hombros

—Es posible. Demasiadas caras.

—Me lo dicen mucho —aseguró ella, el color subiéndole a las mejillas, y esperó que los chicos pensaran que era debido a tanta atención masculina y no a la velocidad a la que le estaba circulando la sangre—. Debo de tener una de esas caras comunes.

Los mellizos solo le sonrieron y Mark ya estaba a otra cosa por teléfono, así que probablemente ni siquiera habría oído el intercambio de palabras. Elizabeth miró a Nathan, para ver si él también había dejado correr el tema, pero el chico la seguía mirando, con el ceño fruncido y algo tras esos ojos indescifrables. Algo que le decía a Elizabeth que el muchacho había descubierto la verdad. Tembló solo de pensarlo.

—¿Dónde está Dylan? —preguntó al fin para romper el silencio que se había quedado entre ellos, a pesar de que en la habitación había otras cinco personas hablando, gritando órdenes, corriendo y ultimando cosas.

Como si el objeto de su pregunta hubiera notado que estaba siendo llamado, Dylan apareció por la misma puerta por la que habían salido los demás. Si con los demás había tenido la sensación de que estaba en pleno pase de modelos, esa vez sintió que directamente había muerto y estaba teniendo un vis a vis con Dios.

Dylan caminó hacia ella con una camiseta de Mötörhead desgastada, de tirantes anchos y abierta por los costados, justo como esa roja que había llevado aquella misma mañana. Solo que, en ese momento, además llevaba unos vaqueros gris oscuro pegados como una segunda piel y unas zapatillas Converse a los pies.

El atuendo lo hacía parecer más niño de lo que en realidad era, pero después miró su pelo arreglado —se lo habían vuelto a cortar—, con la cresta no levantada del todo, solo un poco, mechones para todos lados, los de la frente hacia abajo, y ya no supo cómo tener un pensamiento coherente. Lo miró, y por primera vez desde el día anterior le vio los ojos, sin los dichosos cristales de por medio. Le vio los ojos maquillados, lápiz negro en el ojo azul, lápiz rojo en el ojo marrón, y pensó que se moría. Que nunca jamás hubiera creído que un chico estaba guapo maquillado, pero que, a lo mejor, solo a lo mejor, debería empezar a plantearse el orden de las cosas, porque... ¡Hostia santa! Dylan estaba guapísimo así.

Dylan caminó hacia ella con ese andar decidido que lo caracterizaba, mirando un poco para todos lados, a sus compañeros de banda, a ella, a Mark, a ella otra vez. Se mordió el labio, nervioso. Llevaba las manos metidas en los bolsillos, y se situó entre Jude y Jayden, como si no supiera muy bien cómo comportarse con sus propios amigos. Nathan se retiró disimuladamente de la pequeña reunión, pero Elizabeth se dio cuenta, y se preguntó cómo habría sido el reencuentro minutos antes. Quizá luego encontrase el momento para preguntar a Dylan.

—Menuda preciosidad te has buscado, nene —dijo Jayden. Dylan le pasó el brazo por encima del hombro, y le dio un pequeño puñetazo amistoso a Jude. Nathan y él no se dirigieron la mirada, no realmente.

—Si llego a saber que estabas así de bien acompañado, hubiera ido a verte, mamón. —Jude alzó las cejas de manera provocativa.

—Sí, porque la vida de monje te hubiera encantado, J. —Dylan se rio, mirando a Elizabeth de pasada, por el rabillo del ojo, como si no quisiera prestarle atención, pero no pudiese evitarlo—. No hubieras aguantado ni dos días allí.

—Qué exagerado eres.

—Si no te acuerdas de la última vez que tuviste que cascártela solo, cabrón. —Dylan lo miró con sorna, y Elizabeth se sintió avergonzada por Jude, pero el chico rubio no parecía molesto.

—Cuando llevas razón, llevas razón. —Y se encogió de hombros, riéndose.

Jude y Jayden se pusieron a hablar de algo entre ellos entonces, y Dylan la miró.

—¿Necesitas algo?

—No.

—Bien.

El muchacho no añadió nada más, pero ella encontró esperanzador que se hubiera molestado en preguntar. Ya era más de lo que habían hablado ese medio día. No queriendo presionar demasiado su suerte, le preguntó:

—¿Te importa si me quedo, o prefieres que salga? Nunca he visto una de estas. Siento curiosidad.

Dylan la miró de arriba abajo, y después miró tras ella. Elizabeth siguió su mirada, y vio a Nathan apoyado contra la pared de la habitación, observándolos hablar.

—No, qué va. Quédate. Puede ser interesante.

Elizabeth le sonrió un poco, pero Dylan apenas le devolvió el gesto. Era una pena que estuviera arreglado y vestido de fiesta, listo para hacer una sesión de fotos, viéndose más guapo de lo que ella recordaba haberlo visto mientras habían estado en la clínica, pero que sus ojos fueran cristales opacos, justo como las gafas que solía llevar puestas.

Era una pena porque ese Dylan no era el que a ella le gustaba. Ese era justo como el hombre que no soportaba recordar.

* * *

—De verdad, puedo dormir en el sofá.

—No vas a dormir en el sofá.

Eran más de las doce, estaba cansado y llevaba como diez minutos discutiendo con Elizabeth los arreglos para la noche. Era una estupidez, pero hasta que no habían llegado a casa después de la sesión y la entrevista, no había caído en que tenía que pasar la noche con ella, allí, solos.

Era una estupidez, pero estaba empezando a sentir claustrofobia.

—Elizabeth, no pienso dormir en la cama y dejarte el sofá.

—Pero tú eres más grande que yo, y vas a estar incómodo.

«Cierto», pensó, pero por algún extraño motivo que no iba a compartir con ella, le resultaba reconfortante dejarla dormir en su cama. Además, así se evitaría verla en pijama, o lo que fuera que se pusiera para dormir por la noche.

—He dormido en sitios peores, créeme.

Ella abrió la boca, lista para discutirle, porque al parecer era de las que disfrutaban teniendo la última palabra, pero Dylan estaba realmente cansado.

Estaban en el salón de la casa, la luz de la lámpara era tenue, y desde allí Dylan podía ver que Elizabeth tenía ojeras, y que el vestido tenía arrugas. Ella también estaba cansada. Ella también quería que el día se acabase.

Se acercó un paso hasta ella, invadiendo a propósito su espacio personal, mirándola desde arriba, porque ella se había quitado los tacones al llegar a casa, y en ese momento él le sacaba una buena cabeza.

—Tienes dos opciones: o duermes sola en la cama, o duermo contigo, así que deja de discutirme lo.

Era un reto, y esperaba que ella retrocediese, porque así era cómo había sido su relación dentro de la clínica. El chico siempre empujaba y empujaba, y aunque ella quería contestarle con el mismo descaro, solía mantener la compostura. Entonces, o bien porque ya no estaban en ese ambiente, o bien porque estaba cansada, la chica no cedió ni un ápice de terreno.

—Es tu casa, duerme donde te dé la gana. —Lo miró fijamente a los ojos, y él deseó seguir llevando las gafas puestas, pero ya era demasiado tarde. Estaba mirándolo directamente, viendo todo lo que desearía que nadie viese.

Le picaban los ojos del maquillaje, y tenía ganas de frotárselos de puro cansancio, pero no podía, y todo lo que quería era una ducha y un cigarro.

—Bien. Veo que nos hemos entendido. Gracias por ser tan razonable —le contestó con sorna, porque ella estaba siendo de todo menos razonable.

Se alejó de ella, porque si seguía así de pegado a su cuerpo, todo lo que podría oler dentro de nada sería su olor a mandarina y acabaría por tener un antojo irresistible. Elizabeth lo miró como se mira a los leones en un zoo, sabiendo que no atacan solo porque están bien alimentados.

—Voy a darme una ducha, grita si necesitas cualquier cosa.

Entró en su habitación a coger el pijama y algunas cosas, y después se metió en el baño, sintiendo la mirada de Elizabeth quemarle la espalda, siguiéndolo al andar.

Cuando cerró la puerta del baño, apoyó la cabeza contra la madera y resistió la urgencia de darse algunos cabezazos. Era un imbécil. Nada estaba saliendo como él tenía pensado. Pero ¿qué esperaba? ¿Salir de la clínica y que todo fuera como siempre? ¿Que pudieran seguir teniendo la misma relación que habían tenido allí dentro? Dylan cerró los ojos y maldijo en voz baja.

Sabía que no iba a ser capaz de mantener ese estado de calma durante mucho tiempo, ni aunque ella estuviese a su lado, pero, joder, esperaba que durase un poco más. Solo un poquito más.

Pero ese era Dylan Reeves, el músico. Él era quien tenía que ser, cuando tenía que serlo, y esa tarde había tenido que hacer un papel. Había tenido que dejarse arreglar, maquillar y vestir; había tenido que representar la figura del líder salvado frente a sus amigos, frente a los fotógrafos y frente a los periodistas. Ni siquiera se había podido plantear qué sentía ni qué quería sentir. Ni siquiera había podido permitirse no sonreír, dejarse estar cansado.

Había tenido que hacer bromas y sonreír todo el rato. Había tenido que dejarse quitar las gafas, dejarse tocar el pelo, manos por todos lados. Odiaba todas esas manos.

Elizabeth había estado presente durante la entrevista y él se había sentido como un ancla sin barco, hundiéndose en el fondo del mar sin nada que pudiera rescatarlo. Había estado contestando preguntas, junto con sus compañeros de banda, sin prestar demasiada atención a nada de lo que decía, porque en realidad estaba más pendiente de la chica mirándolo con preocupación al otro lado de la habitación.

La entrevista había ido bien a pesar de todo, y al menos habían respondido como banda, sin que se notase que llevaban dos semanas sin hablar y que Nathan y él no se ponían de acuerdo ni para dar la hora.

Dylan abrió la ducha y se metió cuando el agua estaba lo suficientemente caliente como para quemarle la piel. Se lavó de forma automática y se secó pensando en qué estaría haciendo Elizabeth al otro lado de la puerta. Era extraño saber que estaba ahí, en su casa, justo al otro lado. Que la tenía tan cerca.

Se puso el pijama, pero se dejó el pelo mojado porque estaba demasiado cansado para hacer nada más. Cuando salió al salón, Elizabeth ya había cerrado la puerta de la habitación, pero le había dejado una manta fina y una almohada en el sofá.

Sonrió a pesar de todo, porque después de lo mal que había ido el día, ella aún se molestaba por hacer las cosas algo mejor.

Se tumbó y cogió el móvil de la mesa de café, viendo que tenía un montón de mensajes en el grupo de los chicos. Como siempre, Jude y Jay se estaban metiendo con Nathan por los gustos musicales del bajista. Dylan fue a contestar, escribiendo alguna broma, pero después borró lo que había escrito porque, sin saber el motivo, de repente se sentía como un extraño en su propia banda y en su propia vida. ¿Desde cuándo tenía tantas ganas de salir de ahí?

El reencuentro con los chicos había sido exactamente lo que había esperado, cálidos abrazos por parte de los mellizos, una mirada de soslayo y

una sonrisa apretada de Nathan, que lo había mirado como si fuera un producto con fecha de caducidad en la frente. Una bomba a punto de explotar..., y tenía razón.

Dylan sabía que tenía razón en mirarlo así, con la decepción y la rabia y la seguridad de que volvería a cagarla antes o después. Joder, incluso él se miraba así todas las mañanas en el espejo, ¿por qué no iba a hacerlo Nathan?

Solo los Lowell lo habían recibido como si de verdad lo hubiesen echado de menos, diciéndole lo bien que lo veían, hablando emocionados de la gira que empezarían ese viernes.

A veces Dylan agradecía esa energía, pero la mayoría del tiempo solo se preguntaba de dónde la sacaban. ¿Por qué no lo odiaban? Si él se odiaba tanto a sí mismo. Joder, si Nathan lo odiaba por dos, ¿por qué ellos no?

A Dylan le dolía la cabeza y sintió que le iba a explotar de un momento a otro. Dejó el móvil sobre su pecho y cerró los ojos, respirando como Elizabeth le había enseñado. Antes de dormirse, se prometió que el día siguiente sería mejor y que haría un esfuerzo por portarse mejor con ella.

Después se acordó de que tenía un montón de pesadillas guardadas en una caja, esperando por él, y, apretando más los ojos, rezó por poder dormir en paz.

Era bien sabido que rezar nunca había sido su fuerte.

Capítulo 11

*I've got a secret, I've got a secret to tell...
Nobody knows me, nobody knows me at all.
Save me, Automatic Loveletter*

A pesar de que la madrugada ya había pasado, Elizabeth aún estaba dando vueltas en la cama, sin poder dormir. Todo el cansancio acumulado del día había dejado su cuerpo exhausto, pero no su mente, que seguía dándole vueltas a todo lo que había visto y oído. Seguía en tensión después de su conversación con los chicos, y a pesar de que había conseguido esquivar las balas, sabía que esa no sería ni de lejos la primera batalla en la que tendría que luchar. Dando una vuelta más, enredándose en las sábanas oscuras del músico, maldijo a su cara y a su padre.

Escondió la nariz en la almohada, y la funda no olía a nada más que a suavizante porque había sacado las sábanas del armario hacía un rato, pero en su mente todo olía a Dylan, esa mezcla de madera y sol que la volvía loca. Se destapó, porque estaba empezando a tener calor; en realidad, era casi junio, ¿qué hacía ella con todo cerrado?

Solo por hacer algo, se levantó y abrió la ventana de la habitación. Hacía ya un buen rato que había dejado de oír a Dylan dando vueltas por el apartamento, como si él tampoco hubiera podido dormir y hubiese estado caminando. A veces le recordaba demasiado a esa pantera que llevaba tatuada, como si estuviera encerrado dentro de una cárcel de piel que él mismo se había creado y no sabía cómo romper.

Volvió a tumbarse y se tapó hasta la cintura, solo por no sentirse desnuda a pesar de que llevaba el pantalón de pijama; pero, por alguna razón que no entendía, tener al músico a solo unos metros de distancia hacía que sintiese que no estaba presentable.

Se imaginó a Dylan tumbado en el sofá, con esos pantalones negros de pijama que había llevado durante su estancia en la clínica y que le quedaban tan bajos en las caderas que era ilegal que la gravedad no hiciera su efecto completo. Se lo imaginó con un brazo sobre los ojos, otra mano sobre el vientre plano, respirando tranquilo, el pecho subiéndole y bajándole

suavemente; justo como cuando habían tenido la sesión de relajación, solo que esa vez no llevaba camiseta y podía ver cómo el pecho se le extendía y cómo las costillas se le marcaban bajo los músculos al hacerlo.

Abrió los ojos con fuerza, deseando olvidarse de la imagen que su cerebro había conjurado, porque después del día de mierda que el chico le había dado, ella no podía estar pensando en eso. Después de las miradas de reojo y las contestaciones secas, como si un *alter ego* se hubiera apoderado del muchacho, ella debía estar odiándolo, deseando salir de ahí, no pensando en el *piercing* que el chico tenía en el pezón izquierdo.

Se le calentaron las mejillas y, de repente, le pesaba el pecho tras la camiseta de algodón blanca. Dio otra vuelta en la cama, y otra, y decidió quedarse bocarriba porque era la mejor manera de respirar. Los ojos del muchacho la miraron en un recuerdo, con el maquillaje rojo y negro, el azul y el marrón fijos en ella como un niño que mira al fuego embelesado.

—Mierda —murmuró para sí misma, dándose asco por todos los sentimientos encontrados que tenía.

No estaba acostumbrada a sentir atracción hacia los hombres, y mucho menos lujuria, así que el palpito que tenía entre las piernas y el latido pesado que hacía que le doliesen los pezones no era algo que hubiera sentido antes. Si no tuviera que atravesar el salón para ir al baño, saldría y se metería debajo del agua fría de la ducha, solo para olvidarse de todo.

Solo para que la piel dejase de picarle.

Debió de quedarse dormida sin darse cuenta, entre vuelta y vuelta, porque cuando abrió los ojos fue porque un sonido la despertó. Se filtró luz a través de la rendija que de repente había abierta en la puerta de su habitación —la de Dylan, en realidad—. Después, una figura oscura bloqueó la luz y ella ya no fue capaz de ver nada más.

—¿Qué...? —Se incorporó en la cama, apoyándose en las manos, intentado distinguir algo, pero solo sintió más que vio la sombra de un cuerpo moverse hasta que estuvo frente a ella. No supo lo cerca que estaba porque lo viera, no realmente, sino por el calor que emanaba.

—Tranquila, soy yo —susurró él.

—¿Dylan? ¿Qué estás haciendo aquí? —Era estúpido, pero por alguna razón sintió que no podía alzar la voz y que aquello era un secreto.

—No podía dormir.

Después sintió la cama ceder bajo el peso del chico cuando se sentó en el borde. Ella levantó las rodillas y se las abrazó, sus caras estaban a apenas a

un palmo de distancia. La luz que entraba era débil, pero podía ver los ojos de Dylan, como los de un gato brillando en la oscuridad.

—Te dije que el sofá sería incómodo —se quejó ella, y el músico rio, rio de verdad, como no lo había oído reírse desde hacía días, eras, si le preguntaban a ella. Su cerebro absorbió el sonido, se emborrachó de él.

—A la mierda el sofá. —Elizabeth sintió la mirada de Dylan moverse por su cara, el moño que aún llevaba, algo suelto, en lo alto de la cabeza, las mejillas, los ojos, los labios. Y después sintió como siguió mirando hacia abajo, hacia la barbilla, su garganta. Los ojos del cantante le quemaron cuando llegó a la clavícula. Respiraba con dificultad y solo la estaba mirando.

—¿Quieres hablar? Podemos salir y dar un paseo. —«Porque hace un calor asfixiante aquí dentro», pensó, o a lo mejor solo era ella, que tenía incendios en la piel.

—No quiero hablar. —Dylan negó con la cabeza, y Elizabeth creyó distinguirle una sonrisa en los labios.

—¿Entonces qué...?

Pero él la cortó, inclinándose hacia delante y besándola. Tenía los labios ardiendo, suaves. Antes de que pudiese siquiera pensar en quejarse, le estaba sujetando la cara con las manos y abriéndole la boca con la lengua. Debía quejarse. Debería apartarse y salir de allí, porque aquello era una locura.

—Dylan —le dijo contra su boca, y el movimiento de las palabras contra sus labios le supo a alguna clase de pecado al que los hombres aún no le habían puesto nombre.

—Dime —murmuró también contra los labios, sin dejar de besarla.

—Antes te has disculpado por besarme.

Ni ella misma supo cómo consiguió decir tantas palabras seguidas antes de que el músico le mordiese el labio de abajo, chupándolo después, en una caricia húmeda que hizo que las rodillas de Elizabeth ya no estuviesen alzadas en la cama, y que su cuerpo buscara hacia delante el del chico sin querer. Elizabeth le devolvió el beso sin darse ni cuenta de que lo estaba haciendo y, por voluntad propia, enredó sus dedos en el pelo del músico, más corto a los lados que el día anterior, pero con el suficiente en el centro como para agarrarlo en un puño si quería.

No sabía por qué estaba respondiendo como lo estaba haciendo, pero de repente no tuvo fuerzas para echarlo, ni para negarse. Todas las veces había peleado, y al final nunca había servido de nada. Esa vez iba a recibirlo, con la boca abierta y las palmas de las manos ardiendo. Elizabeth se echó aún más

hacia delante, hasta que su pecho chocó con el pecho desnudo del chico y sintió contra su boca más que oyó el gruñido de aprobación de Dylan.

—No quería —murmuró él de repente, respondiéndole a su frase anterior, pero hacía tantos besos de eso que ella no se acordaba de nada ya—. No quería disculparme —le repitió, su acento del sur más marcado en ese momento, como si se hiciera presente cuando él se alteraba.

Elizabeth creyó que asintió con la cabeza, pero estaba hipnotizada, las palabras eran caricias lentas y melódicas en su piel. Se sentía como alguien que se ha pasado siglos en el desierto y en ese momento había encontrado un manantial; estaba sedienta y solo quería seguir besándolo. Le daban igual las consecuencias, y esa vocecilla que le gritaba que lo que estaba haciendo le podía costar la licencia.

Dylan abandonó sus labios y ella se quejó. El músico pareció encontrarlo gracioso, porque se rio contra la piel de su mejilla, arrastrando la nariz y la boca húmeda hacia abajo, hacia su garganta. Le gustaría decir que lo agarró del pelo para separarlo de su cuerpo y apartarlo, pero las manos de Elizabeth le sujetaron la cabeza para guiarlo, porque lo quería aún más pegado a su piel. Si es que eso podía ser.

—Has sido un gilipollas conmigo hoy —le reprochó.

—Lo sé —susurró contra la piel de su garganta, y sonó como un ronroneo, las sílabas arrastradas. Sus manos estaban haciendo magia en su cintura, encontrando el borde de su camiseta de pijama. Cuando sus dedos encontraron piel y avanzaron a tientas hasta las costillas, ella se estiró como un gato y pensó, durante un segundo, que debían de estar casi arqueados en el aire, en una postura incómoda, pero a ella le estaba pareciendo el cielo—. Lo sé. Déjame compensarte.

La respuesta lógica hubiera tenido que ser: «no, quiero que no lo vuelvas a hacer, no que me compenses». Pero cuando una de las manos de Dylan llegó a su pecho mientras la otra la sujetaba por la cadera, obligándola a estar tan pegada a él que casi había trepado por su cuerpo, todo lo que pudo hacer fue suspirar y cerrar los ojos. El pulgar calloso del cantante hizo un círculo de fuego sobre su pezón, y ella ya no se acordó de por qué no debía dejar que la compensara de esa forma. Ni de ninguna.

—Déjame que te demuestre que no me arrepiento de besarte.

El chico volvió a atacar su boca. Atacar, no besar, porque Elizabeth sentía que la estaba atacando, como un fuerte que debía ser conquistado, y la derrota no era una opción para él. Le devolvió el beso con la misma fuerza y

se sintió mareada, porque nunca había experimentado ese embrujo de piel que la obligaba a devolver de la misma manera que recibía. Entendió, mientras Dylan la rodeaba fuerte con un brazo y la obligaba a sentarse sobre él, por qué las otras relaciones que había tenido habían fracasado y por qué nunca jamás se había encontrado atraída de esa forma hacia el sexo opuesto.

Porque nunca antes había sentido fuego como lo sintió en ese momento. A horcajadas sobre el chico, la erección de Dylan presionada contra ella entre las piernas, la mano que tenía en su pecho haciendo círculos mágicos en su piel, los jadeos cortos eran música para sus oídos.

El corazón de la chica bombeaba sangre tan fuerte que la iba a dejar sorda; sabía que debía de estar colorada por todas partes, con las mejillas rasposas del músico arañándole la cara, pero no le importó. Él levantó las caderas, frotándose contra su cuerpo, y ella le rodeó los hombros con los brazos.

—Joder —jadeó Dylan contra su clavícula, las palabras húmedas contra su piel—. Estás ardiendo. —Le besó el hueco de la garganta, y después, con la mano que tenía bajo su camiseta, encontró el borde superior y le pegó un tirón hacia abajo, haciendo que los tirantes lloriqueasen y se quebrasen, en un susurro de costuras rotas.

La camiseta le resbaló hacia abajo y Dylan la miró como un niño sonriente el día de Navidad. Ella fue a reñirle —no había necesidad de romperle la camiseta del pijama, muchas gracias—, pero para cuando abrió la boca, él ya había encontrado algo con lo que entretenerse; y hablar con la boca ardiendo del músico enganchada a uno de sus pezones era algo que ni siquiera ella sabía cómo se hacía.

Gimió contra él y el sonido pareció alentarle a seguir, así que succionó con más fuerza. A Elizabeth la cabeza le daba vueltas y todo lo que pudo sentir fueron los tirones de la boca del cantante, pulsos calientes entre sus piernas, que la hicieron arquearse una y otra vez, buscándolo donde estaba duro y preparado. Listo como un soldado en primera línea de batalla.

Como si Dylan estuviera pensando exactamente lo mismo que ella, la cogió del trasero con ambas manos, lamiendo el pecho que había quedado desatendido, gruñendo contra su piel cuando Elizabeth gimió.

Debería haber preguntado: «¿qué estamos haciendo?», pero la respuesta parecía bastante obvia. Debería olvidarse de que era la primera vez que sentía pulsos calientes en el vientre bajo, debería no dejarse sentir todo eso, porque sentir cualquier cosa, aunque fuera la lujuria que el músico le estaba

despertando, era peligroso. Era como jugar por gusto con un lanzallamas encendido, esperando que no te quemase la cara ni las manos.

Los dedos de una de las manos de Dylan se movieron de su trasero hasta su muslo, haciendo círculos, despacio, como si ella fuera un animal salvaje que podría asustarse en cualquier momento.

—¿Me dejas compensarte? —La voz llena de gravilla, ronca, como un buen *whisky*. Los dedos de Dylan se acercaron hasta la cinturilla de su pantalón, dándole una pista de a qué se refería, pidiendo permiso.

A Elizabeth no le dio tiempo a decir sí o no, aunque tendría que estar loca para decir que no, y loca de atar para decir que sí. No le dio tiempo a decir nada más porque Dylan separó la boca de su carne y la miró desde sus pechos, con los ojos llenos de llamas, y las pupilas negras tan grandes que el borde marrón y azul de sus ojos apenas se distinguían.

—¿Por favor? —Su voz era casi como un gemido, las mejillas rojas, los labios aún más rojos todavía. Mojados, entreabiertos. Llenos de los besos que ella se moría por darle. Llenos de todo lo que ella estaba vacía.

Se sentía tan vacía. Tan escondida en una esquina de su cerebro, asustada de enfrentarse siempre a su realidad. Se sentía como esa piel insensible de unas rodillas que se han raspado demasiadas veces. Insensible como la piel que nace después de demasiados latigazos.

Y, Dios, quería con tanta fuerza dejar de ser esa, pero no sabía cómo. No sabía qué pasos dar y cómo dejar de hacerlo. Quería con tanta fuerza —pero no sabía si se atrevería por sí misma— que cuando asintió, lo hizo a sabiendas de que quizá no sirviera de nada en lo que al sexo se refería; porque, aunque era capaz de tener orgasmos por sí misma, sabía que con los chicos era un caso perdido.

Cuando le dijo que sí con la cabeza fue simplemente por dejar, por primera vez en su vida, que alguien controlase qué pasaría después. Fue una rendición, pero sintió que saldría ganando.

—Dilo —pidió Dylan, y ella tuvo que abrir los ojos, mirarlo a través de las pestañas bajas, respirando acelerado porque el calor de la piel del chico y el músculo caliente bajo sus dedos le hacían no saber pensar—. Dímelo.

—Sí —contestó ella al fin, y los dedos del cantante no perdieron ni un pulso antes de entrar dentro de sus pantalones, dentro de sus bragas blancas de algodón. Elizabeth se rindió en un jadeo.

—Bien. —La mano del músico avanzó en un movimiento brusco, cubriéndola de golpe, los dedos rozando su carne sensible, haciendo que fuese

muy consciente en ese momento de lo mojada que estaba. Sintió el impulso de cerrar las piernas de golpe, porque hasta entonces no había sido consciente de la intimidad del momento, pero se obligó a no hacerlo, a mantener los ojos abiertos y a observar como Dylan la miraba misterioso, buscando cualquier cambio en su semblante.

—Bien —le volvió a murmurar, pegando su nariz al esternón de la psicóloga, subiendo, ascendiendo por la curva de su garganta, hasta llegar a la concha de su oreja—. Porque me muero por saber la cara que pones cuando te corres.

Elizabeth contuvo todo el aire de golpe. El lenguaje fue algo que la pilló totalmente desprevenida, y que la afectó de una forma que nunca jamás se hubiera imaginado. Quiso reírse, porque quién iba a decir que el niño sureño y de buenos modales tendría tan mala boca, pero, después de todo, no sabía de qué se sorprendía.

Le hubiera gustado ser de esa clase de chicas que tiene experiencia en esas cosas y contestarle algo del mismo calibre, pero solo fue capaz de moverse contra la mano de Dylan, sintiendo las puntas de los dedos del chico justo en el borde entre lo que era dentro y fuera. Sintió más que vio la sonrisa de Dylan, y después, cuando el chico paseó sus dedos hacia arriba, extendiendo la humedad, ella ya no fue capaz de sostener la cabeza en alto. La dejó caer sobre el hueco entre la garganta y el hombro del músico, y gimió contra su piel cuando sus dedos callosos hicieron círculos ahí.

—No —susurró Dylan—. No te escondas. —Su mano libre ascendió, enredándose en el pelo de su nuca—. Déjame verte la cara. —La separó de su cuerpo, y ella parpadeó, como borracha, mordiéndose el labio sin querer, sintiéndose como una niña que estaba haciendo algo privado en público. Estaba segura de que se le encendieron las mejillas, pero Dylan, pegando su boca a la de ella, le aseguró—: Estás preciosa así.

Y ella no pudo más que cerrar los ojos, echando el cuello hacia atrás, dejando que sus manos la sostuviesen. La del cuello, a su cabeza, su norte y su vida. La que tenía entre sus piernas y su piel, el fuego y sus emociones. Se sintió atrapada y, por una sola vez, no le importó.

—Eso es —la animó, y la besó.

La besó suavemente con los labios, mientras incrementaba el ritmo con los dedos, las caderas de la chica cobrando vida por sí solas, y ella ya no supo nada más, solo que el músico olía a piel, al sol de Los Ángeles y a

madera. Los dedos de Dylan resbalaron hacia abajo, y Elizabeth se oyó gemir y suspirar cuando la penetró con dos dedos a la vez.

—Dios —murmuró, pero no estaba segura de nada, solo de que Dylan usó el pulgar para acariciarla mientras la penetraba a un ritmo sensual con los dedos, y ella sentía que el eje de su mundo ya no estaba en su espina dorsal. Estaba en los nervios que tenía ahí abajo—. Más. —Se oyó decir.

—Joder, sí. —Dylan la besó con la boca abierta, besos solo de labios, sin llegar a besar del todo, bebiendo de los suspiros de ella.

La chica se meció contra él, como se moría por mecerse sobre su carne, y Dylan aceleró el ritmo, embestidas largas con los dedos, besos lentos como lenguas de fuego.

Y entonces hizo algo con los dedos dentro de ella, los dobló, en una curva que Elizabeth no se habría imaginado jamás y tocó fuegos artificiales dentro de su cuerpo. Jadeó sin aire, sorprendida, y la risa de Dylan la envolvió como una manta cálida.

—Justo así, ¿a que sí?

Sintió la sonrisa del chico contra su boca, mientras los dedos seguían haciendo aquello dentro de ella, y a la vez la acariciaba por fuera con el pulgar. Lo mismo era la destreza con la guitarra la que lo hacía saber hacer todo eso a la vez, o lo mismo era que ella había tenido amantes de mierda antes, pero sintió los músculos de su vientre contraerse, el orgasmo cerca, en su espina dorsal. Quiso contestarle que sí, sí, justo así, pero Dylan siguió hablando como si le hubieran dado cuerda y ella sentía que las palabras la tocaban como sus dedos.

—Estás tan cerca que lo puedo sentir.

No le extrañaba, porque se sentía cerca. Elizabeth se rio contra la boca de Dylan, una carcajada de verdad, porque no se lo creía. No se creía que de verdad fuera a pasar. Con alguien.

—Vamos, vamos, vamos. —La apresuró Dylan, su frente contra la de ella, el aliento caliente sobre sus labios. Movié los dedos con más fuerza, y sintió como arqueaba las caderas, como si se muriese por estar dentro de ella, solo que no con los dedos.

Mierda.

—Mierda, Dylan. —Tuvo que decirlo en voz alta.

Sintió llamas extenderse desde su columna vertebral hasta sus extremidades, estrellas detrás de sus párpados cerrados. El orgasmo la golpeó

como una explosión en medio de una misión suicida: algo que sabes que puede pasar, pero que no te esperas.

Gimió contra Dylan sin aire, agarrándolo tan fuerte que probablemente le estaba arañando los hombros, pero él solo gimió contra ella, como si sentirla contraerse contra sus dedos fuese algo que se había muerto por hacer desde que la conoció.

Cuando encontró fuerzas para hablar entre los jadeos, quiso preguntarle algo, pero entonces se despertó.

* * *

Abrió los ojos y se sentó de golpe en la cama, empapada en sudor, jadeando y respirando con dificultad. Tenía las sábanas agarradas en dos puños y aún sentía espasmos del orgasmo en los músculos de los muslos.

«Joder. Nuevo nivel, Elizabeth. Ahora tienes sueños húmedos con los clientes», pensó.

Su corazón le martilleaba las sienas y se negaba a cerrar los muslos, o, que Dios la perdonase, a tocarse, porque sabía lo que iba a encontrar. Pero no... ¡Oh, no! No se iba a tocar pensando en Dylan Reeves. Por mucho que acabase de tener el sueño erótico más caliente que había tenido en su vida.

Un escalofrío la recorrió cuando recordó el fantasma de sus besos y las palabras que le había susurrado al oído.

Elizabeth quiso cerrar los ojos y dejar que su corazón y su cuerpo se relajasen y encontrar una paz que hacía semanas que no tenía, pero sintió que tras sus párpados sería más peligroso, así que se obligó a estar despierta. Vio que la luz que entraba por la ventaba ya era violácea, lo que significaba que el amanecer estaba cerca.

Fue incapaz de volverse a dormir, así que se levantó de la cama, cogió algunas de sus cosas de aseo y su toalla de la maleta y, sigilosamente, fue a abrir la puerta. Por un segundo se imaginó que Dylan estaría sentado, mirándola, despierto, y que habría oído su sueño —porque a saber qué clase de ruidos había hecho mientras estaba dormida—, pero el destino no podía ser tan cruel, ¿verdad?

Por suerte para ella, Dylan estaba dormido bocabajo en el sofá, con un brazo colgando en el suelo y una pierna también, en una postura que debía ser de todo menos cómoda.

La pantera que el chico llevaba tatuada a la espalda se veía claramente, gracias a que el amanecer estaba aclarando el cielo a pasos agigantados. Elizabeth fue capaz de distinguir al animal negro agarrado a ambos hombros del músico, el cuerpo de la pantera en un costado de la espalda, hacia abajo, hacia su cintura, hasta que la cola desaparecía bajo la cinturilla del pantalón, y a saber hasta dónde le llegaba el dibujo.

Elizabeth se paró en medio del salón, con su toalla y su bolsa de aseo contra el pecho, descalza, mirándolo fijamente dormir sin darse cuenta. Debía estar incómodo, pero parecía tranquilo en ese enredo de piernas y brazos, sus labios ligeramente abiertos, líneas suaves en su cara.

Hasta que algo cambió.

Estaba dormido profundamente, hasta ella podía decirlo, pero algo cambió en el estado del músico. La mano que tenía en el suelo ya no colgaba abierta, se le cerró en un puño, y su ceño se frunció. Su respiración se volvió agitada y cerró la boca, para después volverla a abrir, en un gesto rápido.

La pantera de su espalda se onduló a medida que sus músculos se contraían, y Dylan giró en el sofá en un movimiento tan rápido que ella misma se asustó y saltó sobre sus propios pies. Pero el músico no se había despertado. Ahora estaba bocarriba, respirando con dificultad, y Elizabeth fue capaz de apreciar, en la poca distancia que los separaba, los movimientos de sus ojos mientras soñaba, el sudor que le empapaba el pelo y el pecho.

Estaba teniendo una pesadilla. Como la que había tenido cuando estaba en la clínica.

Su primer instinto fue soltar las cosas y acercarse hasta él. Despertarlo y sacarlo de ese estado. Hablar un rato con él... ¿qué daño podría hacer? Pero después se vio a sí misma, otra vez en la misma situación que cuando tuvo que entrar a reducirlo en desintoxicación, y se imaginó con él pegado a su cuerpo, rodeada de todos esos músculos y esa piel ardiendo, y, Dios, no podría soportarlo. No después del sueño que ella misma había tenido hacía apenas unos minutos. Joder, si todavía lo sentía entre las piernas.

Encogió los muslos sin querer, y se quedó parada en el sitio, sintiéndose una perra por no ir a consolarlo, despertarlo y hacer que se diera un paseo o ver un rato la televisión. Cualquier cosa valdría.

Pero Elizabeth sintió que, si se pegaba demasiado a su piel, la suya estallaría en llamas y al final no quedaría de ella ni las cenizas, así que no. Apretó los dientes, cuadró los hombros, y siguió caminando, dejando al chico revolviéndose en el sofá y quejándose en sueños.

Se dijo a sí misma que tendrían tiempo para trabajar esos malos sueños más adelante, y que, por una sola vez, no pasaría nada.

Se lo creyó y todo durante un rato.

* * *

Dylan se despertó con un jadeo ahogado, pensando que se moría.

Se sentó de golpe en el sofá, soltando una maldición, mientras luchaba por respirar, abriendo los ojos y viendo que no estaba en la casa señorial de sus padres, sino en el pequeño apartamento que había comprado en Los Ángeles. Dejó que su entorno lo emparara de las sensaciones que había a su alrededor para olvidarse del mal sueño.

«Mierda. Joder», protestó en silencio.

Se echó hacia atrás en el sofá y se pasó la mano por la cara, y después por el pelo, en un intento por calmarse. La casa olía a magnolias, pero él sabía que no tenía nada que ver con el presente y todo que ver con el pasado.

«Magnolias por todas partes», pensó. Su madre solía ponerlas en los pasillos de casa, adornando cualquier esquina, consiguiendo que todo oliera a ese aroma pegajoso y, si le preguntaban a él, de cementerio. Pero su madre las adoraba.

Recordó que una vez rompió un jarrón de la habitación de sus padres. El que estaba sobre la cómoda. La paliza que se llevó tardó semanas en curarse.

Al menos esa había tenido una explicación, pensó, riéndose de sí mismo, en la semioscuridad de su salón, mientras los latidos de su corazón volvían a la normalidad. Al menos esa no había sido solo porque su padre no estaba de humor para oírlo respirar.

Maldijo en voz alta, porque había tenido la esperanza de no volver a tener pesadillas con su pasado, al menos durante un poco más de tiempo. Mientras había estado haciendo terapia, solo había tenido una pesadilla, y después... nunca más. Todo en blanco, como si los malos recuerdos no estuviesen. Al menos no había soñado con ella. Eso siempre lo hacía peor.

Soñar con Sarah siempre hacía que todo doliera más. Los años sin volver, las vidas sin contar. Hacía tanto tiempo que no veía su cara ni oía su voz que a veces lo sentía como un dolor físico.

Suspiró y, aunque tenía los ojos abiertos desde hacía un rato, por primera vez miró lo que había a su alrededor. La puerta corrediza de la habitación

estaba abierta, y entonces Dylan recordó de golpe dónde estaba y con quién estaba. Se sentó derecho en el sofá, porque se había olvidado completamente de la psicóloga.

Esa era la clave, ¿no era cierto?

De alguna forma había encontrado en ella el antídoto que iba buscando, y mientras lo tuviese, encontraría paz. Pero cuando no, todo volvía, de repente, como si no hubiera estado más que esperando en una esquina, listo para atacarlo.

¿Cómo era eso posible? Había cambiado las drogas por una chica rubia con tendencia a guardarse todo lo que pensaba para sí misma, y ni siquiera había tomado esa decisión conscientemente.

Estaba tan jodido.

Se negaba en rotundo. No iba a dejar que alguien dominara su vida, después de haber conseguido que las drogas estuviesen fuera de su sistema. Lo habían obligado, era cierto. Pero aquella conversación con Juliet le había abierto los ojos, y Dylan sabía muy bien cuáles eran los pasos que quería seguir.

Un disco más.

Les quedaba otro disco más con el sello, y después serían libres. Después, si de alguna forma conseguía que los chicos siguieran juntos, y convencía a Nathan de que podían trabajar en algo que valiera la pena, después podrían ser libres.

Y una mierda si iba a rendirse.

Y una mierda si iba a dejar que sus decisiones dependiesen de su relación con Elizabeth Harvey.

Gruñó para sí mismo, tomando una decisión.

No importaba lo mal que se pusieran las cosas, ni las pesadillas que tuviera, ni que aquello fuera el error más garrafal de toda su vida. No iba a dejar que nada ni nadie se interpusiera entre él y lo que tenía en mente.

Terminar esa gira. Un disco más. Otra gira más. Y se acabó.

Después pondría todas sus energías en una carrera musical de verdad, e iba a ser duro. ¡Oh! Iba a ser muy duro. Cambiar de estilo, de sello, de música. Cambiar de todo. Perderían muchas fans, muchísimas. Quizá hasta perdiesen dinero.

Pero a Dylan no le importaba, porque se lo merecían. Porque eso era lo que habían querido hacer desde el principio y eso era lo que él había arruinado por culpa de la mierda de su familia.

«Nunca tenía que haber vuelto a casa, si no hubiese vuelto a casa, no estaríamos así», pensó. Era algo que había pensado miles de veces en los últimos cinco años. Solía soñar con eso, más que con los golpes. Solía soñar con volver a casa, como aquella vez, cuando habían firmado el preacuerdo con Mark, antes de que la discográfica ofreciera el contrato del desastre. Solía recordarlo todo.

Tenía trozos en blanco, lagunas que no conseguía rellenar, pero recordaba el autobús de vuelta. Recordaba la decepción y la rabia, y la sensación de que todo lo que había soportado durante años no había valido de nada.

Aún veía su cara.

—Joder —murmuró, y se tapó ambos ojos con las manos, queriéndose olvidar de todo.

Dylan quería parar de permitir que las circunstancias dominasen su vida. Quería, por encima de todo, empezar a tomar decisiones sin que lo que estuviera pasando a su alrededor lo dominase, pero no sabía cómo.

Quizá debería pedir consejo a Elizabeth, después de todo.

Quizá debería salir de ahí, ponerse unos vaqueros, llamar a alguno de sus viejos contactos. A pesar de que todos sabían que había pasado por desintoxicación, Dylan sabía que eso no importaría. Esos cabrones estarían dispuestos a dejarlo meterse su peso en coca si tenía el dinero en el bolsillo.

Le hormigueaba la piel con las ganas que tenía de salir de allí y hacer exactamente eso, pero, como una señal divina, la puerta del baño se abrió y Elizabeth Harvey apareció en el umbral, envuelta en una toalla blanca y con el pelo largo, tan largo que a Dylan le pareció infinito, alrededor de su cara. Como una señal del cielo, un ángel que contestaría a todas sus plegarias si él se lo pidiese.

La odió por tener ese poder sobre él.

Después, se odió a sí mismo por dejarla.

La chica tenía la piel sonrojada del agua caliente, y el olor a mandarina —no era su colonia, era su gel— lo invadió todo, las magnolias ya olvidadas, enterradas junto con las pesadillas.

Elizabeth pareció sorprendida de que estuviese despierto y Dylan quiso disculparse, mientras sus ojos y los de la psicóloga se unían en un pulso, pero después pensó que no tenía por qué. Ella sabía muy bien que estaba compartiendo casa, si no quería que nadie la viera salir del baño así, que se hubiera preparado la ropa dentro.

La chica se cubrió con la toalla aún más fuerte, pero por desgracia para Dylan esa dichosa cosa era tan larga como una puta manta. Le cubría desde el pecho hasta más abajo de las rodillas. ¿De dónde mierda había sacado ese pedazo de toalla? Él estaba seguro de que no tenía ninguna de ese tamaño.

Elizabeth fue a decirle algo, abrió la boca incluso, pero después, como si un pensamiento le hubiese cruzado la mente, cuadró los hombros y caminó muy recta a su habitación. El pelo de la chica era tan largo que Dylan se preguntó cómo leches se las apañaba para meterlo en el moño alto que solía llevar. Después se preguntó cómo se sentiría entre sus dedos y si le llegaría hasta los muslos si la tuviera sentada encima.

La espalda de la psicóloga fue lo último que vio antes de que la puerta corrediza se cerrase, y Dylan ya no supo ni qué sentía. Entre la pesadilla, los recuerdos, su vida y esa chica del demonio iba a acabar por volverse loco.

Se puso de pie de un salto y fue hasta el baño, porque ahí había dejado la ropa de la noche anterior —antes loco que entrar a la habitación a por ropa limpia—. A saber en qué grado de desnudez se encontraba a Elizabeth. Respiró tan fuerte que se le expandieron las aletas de la nariz, y bufó como los toros mientras se metía en los vaqueros y la camiseta arrugada. Las Converse negras fueron después, sin calcetines, pero a la mierda con los detalles.

Por un segundo pensó en salir sin decir nada, pero no quiso que Elizabeth montara un escándalo y acabase llamando a Mark, a la policía y hasta el Espíritu Santo solo porque él salía un momento.

—Salgo un segundo —le gritó a través de la puerta—. Vuelvo en cinco minutos.

Sabía que la poca información que le estaba dando iba a hacer que se negara a dejarlo salir igualmente, pero Dylan necesitaba unos minutos a solas, así que no le dio tiempo a contestar. Cogió las llaves que estaban sobre la encimera de la cocina y salió sin pararse a escuchar su protesta.

Elizabeth no debería fiarse de él.

Bien pensado, él tampoco se fiaría.

* * *

Tardó más de lo que tenía previsto, dado que eran apenas las seis y media de la mañana y la cafetería donde iba a comprar el desayuno estaba en la

esquina de la calle, pero había cometido el error de salir sin las gafas de sol por las prisas y la camarera lo había reconocido.

Al final, gracias a la práctica adquirida con los años y a su mano izquierda, había conseguido convencer a la chica con un autógrafo, pero sin fotos..., nada de fotos, por favor. La muchacha había hecho un mohín triste, pero Dylan la había abrazado después de firmarle en la camiseta del uniforme que llevaba puesto y pareció que se le pasaba.

Ojalá todo se arreglase tan fácil en su vida.

Cuando llegó a casa con prisas, pero sin derramar los cafés para llevar que sujetaba con una mano ni las tortitas que llevaba en la otra, se encontró con Elizabeth dando vueltas en el salón, como león enjaulado. Se había vestido con unos vaqueros simples y una camiseta negra más simple todavía. Iba descalza, pero se había recogido el pelo húmedo en su habitual peinado. No llevaba ni una pizca de maquillaje, y las pecas le salpicaban las mejillas como granos de café extendidos en una superficie lisa.

Estaba hablando por teléfono cuando entró, justo como había predicho que haría, y sabía que la culpa era de él por salir de esa manera, pero igualmente puso los ojos en blanco y dejó que ella viera la mueca que estaba haciendo.

—... no, Mark. Sí, ya ha llegado. Vale. —Elizabeth colgó, sin prestarle atención al teléfono, mirando a Dylan fijamente, como si pudiera atravesar el acero con la mirada. Sus ojos azules parecían ahora grises y duros. Sus labios, una línea cruel.

—¿A dónde has ido? —Avanzó a grandes pasos y solo la barra americana que había entre ellos salvó a Dylan de un ataque frontal.

Si hubiera preguntado de otra manera, con otro tono, él lo habría dejado pasar. Pero la chica no le estaba preguntando, le estaba exigiendo y eso era lo último que él necesitaba en ese momento.

—Solo he salido a tomar el aire —le dijo, aunque todo lo que tenía ganas de decirle, dado que llevaba el desayuno en la mano, era: «a por una vida nueva, no te jode».

La chica lo miró, tan seria que se le había transformado la cara. Dejó su teléfono en la encimera, junto a los cafés que él había traído y que se estaban enfriando.

—Tú... —empezó, apretando los puños a los lados de su cuerpo—. Eres...

—Mira, no tienes por qué ir detrás de mí todo el día, no soy un niño —la cortó él, porque sentía que aquello no iba a funcionar.

Vale, sí, él la había propuesto para el trabajo, pero primero, no pensaba que le fueran a hacer caso; segundo, no creía que se le hubiera metido bajo la piel de semejante manera..., y, además, ¿por qué mierda tenía que ser precisamente esa chica, con esa cara de querer matarlo, y esa actitud de «que te den», la que tenía que hacer que perdiese los papeles? ¿Qué clase de broma macabra era esa? Si era su penitencia por todos los errores que había cometido, desde luego era la correcta. Pensó con sarcasmo, que, si Dios era un crupier, todas las barajas estaban trucadas y él siempre perdería miserablemente.

Elizabeth lo miró con sorna, y Dylan levantó las manos en señal de paz.

—Sé que fui yo quien sugirió este acuerdo, pero no hay nadie aquí para vigilarnos, Elizabeth. Podemos tomarnos esto a nuestra manera, ¿sabes? Tú me dejas a mi bola y yo no te molesto. ¿Qué te parece?

«Y así a lo mejor puedo respirar sin pensar en besarte las pecas. A lo mejor puedo cerrar los ojos y no acordarme de cómo sabes. A lo mejor, hasta me olvido de cómo te llamas», pensó.

* * *

¿Que qué le parecía?

Un plan de pena, eso le parecía.

El imbécil había salido del apartamento sin darle tiempo ni a terminar de vestirse o a contestar. Y no solo había salido sin decir a donde iba, no, para colmo de males lo había dejado salir. Quizá estaba ya en cualquier *after*, comprando vete tú a saber qué a vete tú a saber quién. Era la peor padrino de la historia.

—No me digas cómo hacer mi trabajo, Dylan. —Lo señaló con el dedo, sintiendo que la sangre le hervía dentro de su cuerpo, y era la impotencia, pero también era algo más, toda esa frustración sexual que tenía acumulada llenándole los huecos de los huesos—. Yo no te digo a ti como hacer lo que haces, así que déjame... hacer... mi... trabajo.

El muy cabronazo solo sonrió un poco de lado —¡sonrió de lado!—, y se encogió de hombros, silbando por lo bajo mientras sacaba un par de platos y empezaba a servir unas tortitas que, la verdad fuera dicha, olían genial.

Su estómago rugió, pero ella ni siquiera había terminado de discutir con él. ¡Ah, no! No se había pasado veinte minutos dando vueltas como una histérica dentro del salón de su casa sin saber qué hacer, hablando con Mark por teléfono cuando ya se había dado por vencida, para que ahora el niño se diese la vuelta, diera el tema por zanjado y sirviese el desayuno como si nada. Por mucha hambre que ella tuviera y muy buena pinta que tuviese el desayuno.

Con paso decidido avanzó hasta el pasillo de la cocina y se acercó hasta Dylan, que estaba de espaldas ella, con medio cuerpo metido dentro del frigorífico. Aprovechó que tenía las manos ocupadas en la puerta y metió las manos en sus bolsillos de atrás, registrándolo.

Fue rápida, pero Dylan fue aún más rápido.

—¿Se puede saber qué haces? —El chico se dio la vuelta a tal velocidad que casi la tiró al suelo, pero Elizabeth aprovechó que en ese momento la estaba mirando de frente, para meterle la mano en los bolsillos delanteros.

—Hacer mi trabajo.

Él se rio, pero no la engañaba. Esa risa era tan vacía como los anuncios de la teletienda.

—Si llego a saber que tu trabajo implica que me toques así, empezamos mucho antes.

Era una respuesta diseñada para ofenderla y ella lo sabía. Ella sabía leerlo y entenderlo. Señor, lo había tenido en la consulta y sabía que el chico cubría de humor y bromas sus miedos. Sabía que cada chiste significaba una debilidad.

Lo sabía, pero en ese momento ella tampoco estaba en su mejor momento.

«Por eso es mejor ver a los pacientes en la consulta y no vivir con ellos», se reprochó con sorna. De esa manera podías separar tu vida de la suya, hacer una barrera, reducirlos a un ámbito y un espacio concretos. De esta otra forma, Dylan estaba en todo lo que ella hacía y al final no habría diferencia entre lo que debía hacer y lo que quería hacer, y eso era algo que la asustaba.

El chico se paró, poniéndose cómodo, echando las caderas adelante, mientras ella terminaba de buscar en sus bolsillos, porque se negaba a parar solo porque estuviera sintiendo la piel caliente de sus mulsos y porque se estuviera acordando del sueño que había tenido. Lo miró a los ojos, y si se le estaban coloreando las mejillas, fingiría que era por el enfado que tenía, no por el orgasmo de la madrugada.

—Mi trabajo implica revisar que no has ido a comprar nada, no toquetearte.

—Quién sabe, lo mismo lo he guardado en los calzoncillos. —Dylan le alzó las cejas de forma divertida, riéndose de ella. Elizabeth lo miró fijamente mientras retiraba las manos de su cuerpo como si quemara. El chico no tenía las pupilas dilatadas, y aparte de una gilipollez innata, no mostraba ningún síntoma de estar colocado. Pero podría estar engañándola—. ¿Quieres buscar ahí, Harvey?

—No quieres que tenga la mano cerca de tus huevos ahora mismo, créeme.

Él se rio, esa vez de verdad, como si no esperase que ella le devolviera el comentario. Sinceramente, quizá no debería. Pero estaba más que harta de mantener las formalidades con el músico, y si esa iba a ser la relación que iban a tener en los meses que venían, ella tenía que empezar a defenderse o iba a perder terreno.

—Ahí llevas razón. A mis pelotas no les hace falta ningún tirón ahora mismo.

Elizabeth bufó y él rio, y ya no supo si seguir insistiendo, dejarlo estar, o cogerse un avión a las Fiyi. Odiaba cuando usaba ese tipo de humor para no decir nada y bloquearse del mundo.

—Dime que el café es negro.

—Negro con dos de azúcar. —Dylan se lo dio con una sonrisa como si hiciera un segundo no se hubieran estado tirando cuchillos al cuello, y Elizabeth lo cogió, de mala gana, pero lo cogió, porque se estaba muriendo de hambre.

El primer sorbo le supo a cielo y el segundo a gloria bendita.

—Prueba las tortitas. Son las mejores del país. Te lo prometo.

Quería negarse, pero tenía hambre, de verdad, así que a la mierda. Dylan se apoyó en la encimera con los codos mientras se comía las suyas. Ella salió de ese espacio reducido y dio la vuelta a la barra americana, hasta que quedó mirándolo de frente, apoyada en la esquina opuesta, comiendo las suyas.

—¿A qué sí? —preguntó Dylan, porque ella gimió cuando las probó.

Ella solo asintió, y después ninguno de los dos dijo nada más y comieron en silencio durante un rato.

Cuando Elizabeth se sintió más calmada —lo mismo era que la falta de cafeína la volvía un ogro. Y ¿qué?—, se vio con fuerzas de hablarle sin querer matarlo.

—No puedes salir así sin decirme a dónde vas y lo sabes. —Dylan abrió la boca para contestarle, pero ella lo paró con la mano—. No, déjame hablar.

Sé que es un asco no tener espacio para ti mismo, pero ¿sinceramente? Te aguantas. Yo no te he metido en esto, te has metido tú solito, y mi trabajo aquí es ayudarte. No quiero ser ninguna bruja, pero fuiste tú el que me sugirió para esto, así que déjame hacer lo que tengo que hacer, y te aseguro que a los dos nos va a ir mejor.

—Y si no, ¿qué? —preguntó él, pero no lo hizo con sorna, ni con burla, solo preguntó.

—Y si no, me veré obligada a tomar medidas que no he tomado. Sabes que podría pedir que no tuvieras privacidad ni para ir al baño, ¿no? Técnicamente, cada vez que cierras ese pestillo no sé qué estás haciendo. — Al chico se le abrieron mucho los ojos, pero no dijo nada, solo se metió otro trozo de tortita en la boca, y Elizabeth observó cómo sus mandíbulas trabajaban al masticar. Malditos músculos.

—No voy a insistir en registrarte más porque tienes exámenes de orina programados cada semana, así que saldrá si has consumido y te vas a delatar solo.

—No he consumido nada —afirmó el muchacho.

—No puedo creerte, ¿no lo entiendes? Si haces eso, si no cumples las normas y te vas cuando te apetece y no me dices a dónde vas, no puedo creerte cuando me dices que no has consumido. Esto ya no es un sitio donde estás controlado, Dylan, y aunque no es justo, eres un adicto, y mi trabajo es no fiarme de ti...

—¿Así que yo me tengo que fiar de ti, y tú simplemente tienes que asumir que soy un mentiroso?

—Básicamente, sí. —El café se le estaba enfriando en la mano, porque esa conversación era lo último que quería hacer con él, pero tenía que dejar las cosas claras—. No es que no me quiera fiar de ti. Pero aceptémoslo, Dylan, tu habilidad para engañar a los que hay a tu alrededor es impecable. ¿Cuántas veces te han creído todos? Yo estoy aprendiendo a distinguir cuándo mientes y cuándo dices la verdad, pero necesito desconfiar de ti. Por ti. Hasta que tú te puedas hacer cargo de ti mismo.

—No soy un inválido —murmuró, dando un trago a su café, mirando a todos los sitios menos a los ojos de la chica.

—¡Eh! Mírame. Dylan, mírame. —Los ojos del muchacho estaban llenos de algo que ella no entendía. Un dolor antiguo, que lo hacía verse más viejo—. No eres ningún inválido, eres un trabajo en progreso. Tú y yo vamos a hacer que esto funcione, pero tienes que respetar mi parte.

Dylan no le dijo nada, solo la miró durante unos momentos, calibrándola.

—¿Y si no puedo?

—¿Respetarme?

—No, progresar. Y si no puedo no ser quien soy, ¿entonces qué? Tú misma has dicho que soy un adicto. ¿Y si eso es todo lo que soy?

—Imposible.

—Mentirosa.

Ahora fue ella la que se tuvo que reír.

—No me vas a hacer creer que eso es todo lo que eres. No me vas a convencer.

—Entonces, te vas a llevar un chasco.

Había tanta decepción en su voz, como si él mismo no creyese en que era más que eso. ¿Qué clase de daños le habían hecho para que pensase que no era más que lo que consumía? Que eso lo definía por completo.

Elizabeth cruzó la barra americana y se acercó al chico, dejando en el fondo de su cerebro que se moría por abrazarlo, y que aún se acordaba de cómo la besaba en sueños. Qué diablos, aún recordaba como la había besado en la clínica.

—Puede que tú no lo veas, pero eres el chico que prefirió salir a costa de su salud para salvar a sus amigos y eso tiene más valor del que tú te piensas.

—Solo porque yo los condené primero.

Elizabeth puso los ojos en blanco. Hablar con Dylan era frustrante.

—Sí, vale. Pongamos las cartas sobre la mesa, ¿quieres? —le contestó exasperada—. Los convenciste para firmar un contrato basura. Acéptalo. ¿Te vas a pasar la vida llorando por ello? Cometiste un error, estás asumiendo las consecuencias. Eso requiere valor. No te quites el mérito.

Dylan sopló y contuvo la risa.

—A ver, doctora, ¿qué merito tiene tener tres sobredosis en un año? ¿Y arruinar las carreras de mis amigos? ¿Qué merito tiene entrar a desintoxicación solo porque me obligan? Y qué me dices de follarme a la novia de mi mejor amigo, qué merito tiene eso, ¿eh? ¿Qué mérito tiene eso? No soy una buena persona, Elizabeth, no sé por qué piensas que lo soy, pero te aseguro que me he ganado mi trozo en el infierno.

Elizabeth parpadeó sorprendida, porque había cosas que sabía, sabía que había tenido más de una sobredosis, porque habían tenido una sesión en la que el músico le había hablado de eso. Pero no tenía ni idea de que se había acostado con la novia de Nathan.

Eso explicaba el odio que había entre ellos. No era solo por la música, que era una traición en sí misma, sino también porque Dylan había traicionado su confianza. Mientras lo miraba se acordó de aquel nombre que Dylan lloriqueó en la clínica, Sarah. ¿Era esa la Sarah a la que se estaba refiriendo?

—Ya no puedes decir nada más, ¿a que no? —Dylan interrumpió sus pensamientos, tomando su silencio como falta de argumentos. El músico soltó una carcajada, a pesar de todo, y se pasó las manos por la cresta despeinada—. ¿Sabes lo mejor de todo? Ni siquiera me acuerdo. Iba tan colocado que ni siquiera me acuerdo del momento en que terminé de joderle la vida. Fue Jay quién me lo contó. ¿En qué clase de persona me convierte eso? ¿Crees de verdad que merezco salvarme? —Dylan avanzó hacia ella, una torre de músculos, al menos una buena cabeza más alto que ella—. ¿Sabes por qué firmé esa alta voluntaria? Porque después de todo lo que he hecho, lo menos que se merecen es que esté con ellos hasta el final..., aunque eso me mate —sentenció el músico.

Durante un segundo la miró desafiante y esperó a que ella le dijera lo contrario. Estaba tan equivocado, pero no podía verlo. Cualquiera otro, con un corazón más egoísta, habría dejado a sus amigos abandonados. Si fuera la mala persona que decía ser, se habría quedado con sus errores, estaría contento con ellos. Si fuera tan malo como decía ser, no estaría ahí, haciendo lo que estaba haciendo.

Dylan la pasó de largo, dejándola sola en la cocina, pero ella iba a tener la última palabra. Sorprendiéndose a sí misma, se dio la vuelta y lo cogió de la muñeca, parándolo.

—Tú y yo, Dylan, vamos a hacer que esto funcione. Puede que tengas muchos errores por los que pedir perdón, pero vamos a hacer que esto funcione. ¿Sabes cómo lo sé? —Los ojos de Dylan eran espejos de sufrimiento, y ella quería salvarlo. Estaba metida hasta las cejas en aquello y ya no había escapatoria—. Porque no habría apostado por ti si no pensara que tienes futuro.

Él intentó soltarse, dejándola hablar sola, pero Elizabeth se negaba a que la conversación más sincera que habían tenido desde que se conocían se acabase así. Le dio otro tirón en la muñeca, atrayendo su atención.

—No digo que no vaya a ser difícil... Solo te pido que no me bloques, ¿vale? No me dejes fuera.

—No sé si puedo hacer eso.

—Sé que es difícil. —«Ni te imaginas cuánto lo sé», pensó. Porque ella era exactamente igual que él. Ella tenía el mismo modo de ver el mundo, a través del mismo filtro—. Pero estoy aquí para que llevemos la carga juntos, ¿de acuerdo? Es mi trabajo. Déjame hacer mi trabajo.

Como toda afirmación, Dylan asintió un poco con la cabeza, como si hubiera perdido la voz. «Este chico no está acostumbrado a que nadie crea en él», pensó. Ese chico necesitaba tanto un abrazo que ella se moría por ser quien se lo diera, pero eso estaba fuera de lugar.

—Sabes que va a ser un trabajo de mierda, ¿no? Dylan Reeves es un gilipollas de cuidado, y esto es solo el principio.

—Déjame a mí decidir eso, ¿vale?

Dylan se encogió de hombros.

—No digas que no te lo advertí.

* * *

Esa tarde caminaron —caminaron, porque al parecer iban a unas pocas manzanas de distancia— hasta la casa de Nathan. Según le había explicado Dylan, el chico tenía un estudio y un pequeño sitio para ensayar.

—No es un apartamento enano como el mío —le aseguró—. Nathan vive por todo lo alto.

Y al parecer no vivía muy lejos de Dylan, o Dylan muy lejos de él. No caminaron más que unas cuantas calles, bajo el sol de justicia de la tarde, cuando se encontraron delante de una casa vallada hasta arriba. El timbre era una de esas máquinas modernas que te escanean con cámara y casi te piden el código de tu ADN para dejarte pasar. Elizabeth sintió ganas de reírse de la paranoia del bajista, cuando Dylan ni siquiera tenía pestillo en la puerta de la calle.

—No le gusta la gente —explicó Dylan después de llamar, mientras la puerta se abrió con un pitido.

—Me he dado cuenta.

El músico entró primero, subiendo unos escalones bajos y caminando hasta la puerta principal, y ella aprovechó para mirarse a sí misma y preguntarse si estaría vestida adecuadamente. Se había puesto las sabrinas negras en los pies y Dylan se había reído de ella porque no tenía zapatillas normales.

Ahora se sentía fuera de lugar, y aunque Dylan solo llevaba unos vaqueros oscuros y una camiseta cualquiera de una banda que ella no conocía, quizá su vestuario estaba completamente obsoleto.

Era una tontería, preocuparse por la ropa que llevaba al ensayo de una banda de música en la casa de alguien, pero estaba nerviosa. Su padre tenía su propio estudio privado en casa y cuando ella había sido una niña, no le gustaba entrar a molestarlo mientras él trabajaba. A veces pasaba igualmente, porque su padre se olvidaba de comer o beber mientras trabajaba durante horas y ella era la única que le preparaba algo, pero por lo general no le gustaba interrumpirlo en su proceso. Otras veces, se sentaba en una esquina, con un libro o simplemente una taza de té, y lo observaba trabajar, ensimismado en su música.

Estaba nerviosa, porque era la primera vez que se enfrentaba a una situación que se parecía tanto a algo del pasado. Ni siquiera ella sabía con exactitud qué clase de demonios podría sacar a la superficie enfrentarse a todo lo que una vez había dejado atrás.

Dylan dudó un segundo delante de la puerta antes de empujarla y entrar. Elizabeth entró tras él, acordándose de lo que el cantante le había dicho hacía un rato. Recordando por qué Dylan y Nathan estaban en la situación en la que estaban. Seguramente el músico tampoco se moría por estar en la misma habitación que su amigo.

«Y tú estás preocupada por traer fantasmas viejos», se reprochó.

Por suerte para todos, los mellizos ya estaban en el salón de la casa y esos dos hacían que todo pareciese una fiesta. Por mucho que Elizabeth se los imaginase en una situación hostil, no lo conseguía. Tenían esa clase de aura.

—Tío, tienes cara de haber dormido como el culo. —Jude, al que Elizabeth distinguió por el pelo corto y los tatuajes sin color, le dio un abrazo a Dylan.

—Yo también te quiero.

—¿No te cuida la doctora? —Jayden estrechó la mano con Dylan y la miró de forma juguetona—. ¿O es que te cuida *demasiado* bien?

Elizabeth luchó por sonreír mientras Dylan solo puso los ojos en blanco y dejó los comentarios pasar, como si aquello fuera el mismo rollo de todos los días.

—Ignóralos. En el fondo son inofensivos. —Dylan miró a su alrededor y preguntó—: ¿Y Nathan?

Parecía extraño estar en su salón sin él. Los sofás eran blancos, y..., bueno, todo a su alrededor era blanco, las paredes, los muebles. Menos los cuadros. Los cuadros estaban llenos de colores oscuros y turbulentos.

Más que un hogar, la casa de Nathan Blair parecía una exposición de arte. Artificial y estratégicamente situada.

—Está preparando la sala. Ultimando detalles, ya sabes cómo es. —Jude hizo una mueca mientras lo decía, imitando a Nathan, supuso Elizabeth.

—Como si no supiera tocar esas canciones con los ojos cerrados —añadió Jayden para Elizabeth, guiñándole un ojo.

—Déjala en paz —intervino Dylan esa vez—. No te puedes pasar el verano acosándola.

—¿Acosándola? —Jayden tuvo la decencia de parecer sorprendido, pero la sonrisa socarrona que tenía en la cara decía que no se arrepentía. Avanzó hasta Elizabeth y le rodeó los hombros con uno de esos musculosos brazos suyos. El guitarrista olía a jabón y sudor limpio y nada más—. ¿Estoy acosándote, bombón?

Elizabeth debería haberse tensado ante el contacto y la invasión del espacio personal. Por lo general, siempre lo hacía. Pero las vibraciones de esos dos la tranquilizaban de alguna forma. No la ponían nerviosa, no como Dylan lo hacía.

—En absoluto —comentó ella de forma distendida, devolviéndole a Jayden la sonrisa—. Pero preferiría que me llamaras Elizabeth y mantuvieras las manos a raya —dijo cogiéndole el brazo y apartándolo de su hombro, como si de verdad la incordiara.

—Tío, no recuerdo la última vez que me rechazaron. Me partes el corazón, Elizabeth.

Dylan los miró entre divertido y curioso.

—Se te pasará —le aseguró Dylan mientras Jayden se llevaba una mano al corazón, como si Elizabeth lo hubiera herido físicamente.

—Voy a necesitar que alguien me consuele esta noche. No sé si podré soportar todo este dolor yo solo. —Después miró a su hermano, que había dejado de escucharlos y estaba mirando su teléfono—. ¿Crees que Dara querrá consolarme luego?

—No sé yo..., lo de la semana pasada fue una jugarreta, hermano.

—¡Estaba cansado! —se quejó Jayden haciendo un mohín gracioso.

Elizabeth no tenía ni idea de lo que estaban hablando los hermanos y no estaba muy segura de que quisiera saberlo, pero le resultaba curioso

observarlos interactuar. Jayden volvió a acercarse a su hermano.

—Te quedaste dormido. A la mitad.

Dylan se rio entonces.

—Así que la bestia también es humana.

—Cállate —se quejó Jayden.

—No, no. —Siguió metiendo baza Dylan—. Cuéntame más, Jude. ¿Qué pasó exactamente con esa chica?

Jude sonrió de oreja a oreja.

—Me alegra que me hagas esa pregunta...

—Jude —le advirtió su hermano, pero Jude lo ignoró.

—Pues resulta que aquí el don Juan... —Pero sonó más bien como *donguanf*, porque Jayden le tapó la boca a su hermano.

Elizabeth se rio y escuchó a Dylan hacer lo mismo. Aunque no le veía los ojos porque llevaba las gafas puestas —más valía que se acostumbrase, porque al parecer mientras estuvieran en público las iba a llevar sí o sí pegadas a la cara—, sintió que el chico estaba relajado y que le gustaba disfrutar de la compañía de los mellizos.

Por suerte para Jayden, Nathan entró al salón y Jude se olvidó de contar la historia divertida. Entró el bajista, y con él desaparecieron las buenas vibraciones. Elizabeth notó como Dylan se tensaba de arriba abajo y como la sonrisa desaparecía de su cara. Los mellizos también pudieron sentir que había algo en el aire, así que, como por arte de magia, pasaron a ser dos chicos formales. Si Nathan sintió que la energía del momento había cambiado porque él había entrado en la sala, no dejó que se viera en su rostro.

—¿Todo listo? —preguntó Dylan. Quizá estaba mirando a Nathan, pero Elizabeth no podía decirlo con las gafas.

Lo que sí podía decir era que Nathan la estaba mirando a ella, una sonrisa queda en los labios, como si supiera algo que ella no sabía. Los ojos azules del chico centellearon al mirarla, como un lobo que ha olido a su presa y ya no la va a dejar escapar.

—Sí —contestó Nathan.

Los mellizos avanzaron y Nathan se dio la vuelta para desaparecer por donde había venido. Cuando estuvieron solos, Dylan se dio la vuelta y la miró.

—Puedes venir si quieres. A los chicos no les importa.

¿Ir? Sentarse a escucharlos tocar en directo.

Se acordó de aquel disco que Dylan le había regalado en la clínica y que había escuchado en casa, como un secreto que había que esconder a toda

costa. Recordó la voz del chico, potente y sensual, como la caricia de una mano fuerte.

—No te preocupes. Estoy bien aquí. —Elizabeth miró a su alrededor y sintió un escalofrío. Las pinturas indefinidas que colgaban de la pared no eran del todo acogedoras. Pero se negaba a meterse en una sala durante hora y media a ver a Dylan Reeves colgado de un micrófono, cantando todas aquellas letras prohibidas que Elizabeth recordaba.

—Como quieras. —Dylan se encogió de hombros y añadió—: Grita si necesitas algo.

—Siempre me dices lo mismo.

—Esta vez va en serio. La sala está insonorizada. —Dylan sonrió de lado y después se dio la vuelta, dejándola sola en aquella sala estéril.

* * *

Un rato después, la chica estaba de pie caminando alrededor del gran salón, observando las pinturas. Eran interesantes, de una forma macabra. Algunas no mostraban nada, solo trazos de pintura roja; otras eran caras deformadas, negras y supurantes. Todos los colores eran oscuros y fuertes, y contrastaban tan bien con el aspecto brillante de la habitación que Elizabeth sabía que estaba hecho a propósito.

Estaba delante de una pintura particularmente perturbadora, ensimismada en sus propios pensamientos, cuando alguien habló a su espalda.

—Bonita, ¿verdad? Es mi preferida.

La voz de Nathan la hizo saltar en el sitio, el acento marcado y la cadencia de su voz delatándolo, y el chico sonrió de forma socarrona. Elizabeth sabía que debía devolverle la sonrisa, e intentar ser educada con él, pero había algo en el bajista que le transmitía malas vibraciones. O quizá era solo que Nathan, con sus movimientos lánguidos y sus comentarios sarcásticos, sí le recordaba a quien no debería.

—Macabra más bien. Los detalles son espeluznantes.

—Mmm. —Fue todo lo que Nathan comentó, pero no dijo nada más, y después avanzó otro paso más, hasta que estuvo tan cerca que podría hablarle al oído a Elizabeth si hubiera querido. La chica notó el calor que emanaba el cuerpo del bajista y sintió la necesidad de dar un paso hacia un lado y alejarse

de él, pero por algún extraño motivo creyó que Nathan la estaba poniendo a prueba y que achantarse significaría perder.

—¿Le has dicho ya quién eres? —preguntó de repente.

Lo preguntó tan bajo que Elizabeth se planteó haber escuchado mal.

—¿Disculpa?

Nathan rio un poco y, después de examinarla de cerca, dio un paso a un lado y se quedó hombro con hombro con Elizabeth. La chica miró hacia el frente.

—Sabes, ayer, cuando te vi, sabía que me sonabas de algo, pero pensé: ¿cuáles son las posibilidades? Si fueras quien yo creía que eras, alguien te habría reconocido a estas alturas..., ¿verdad?

El corazón de Elizabeth iba a una velocidad de infarto y las manos empezaron a sudarle. Sentía que tenía la garganta seca de repente y que todos sus sistemas se activaban de golpe, como si hubiera saltado delante de un autobús y estuviera a punto de ser atropellada.

—Y yo nunca olvido una cara. Nunca. Así que volví a casa e investigué un poco sobre ti. Cuál fue mi sorpresa cuando descubrí que la querida psicóloga era en realidad la hija perdida de Ryan Reed.

Escuchar el nombre de su padre en boca de otro, después de tanto tiempo, fue como un disparo en las tripas. Era fatal y doloroso, y se desangraría lentamente hasta el final. Una muerte segura.

—Yo no...

—Ah, ah, ah. —Nathan le negó con el dedo, una mirada cruel en la cara, una sonrisa que no entendía en los labios—. Ni siquiera intentes negarlo. El parecido no miente.

«Pillada», se dijo.

Y ni siquiera llevaba fuera de su zona de confort dos días.

Se sentía como un cervatillo asustado bajo los faros de un coche en medio de la carretera, y si Nathan hubiera sido de otra manera, quizá ella lo habría demostrado, pero el chico no solo la estaba mirando, la estaba midiendo, y aquello hizo que Elizabeth sacase fuerzas de donde no las tenía.

Se aclaró la garganta y miró al bajista con un desdén que no sentía.

—Respondiendo a tu pregunta, no. No se lo he dicho ni tengo intención de hacerlo. Mi vida personal no es asunto de nadie.

—Interesante. —El chico la miró de soslayo—. Espero que Dylan esté al tanto de eso. Sería curioso ver su cara cuando descubra que le has estado mintiendo todo este tiempo. Sabes que es un gran fan de tu padre, ¿verdad?

Pero cómo no ibas a saberlo, seguro que el niño bueno te ha contado todo sobre su vida en esas sesiones vuestras.

El desdén y el sarcasmo en la voz de Nathan la encendieron como una llama en mitad de la oscuridad. Una cosa era sentirse descubierta y otra muy distinta era que el cabrón la amenazara, o quisiera sacar alguna ventaja de la situación.

—No sé qué estas intentando hacer. —Elizabeth dejó de mirar al frente para mirarlo directamente. Esperaba estar transmitiendo más seguridad de la que sentía—. Pero si esto es alguna clase de venganza por lo que Dylan te hizo, estás perdiendo el tiempo.

Si Nathan se sintió descubierto, no lo demostró. Su cara era como un cuadro en blanco, vacía de toda expresión. Al contrario que a Dylan, que se le podía leer con una facilidad asombrosa, Nathan sería un espía estupendo.

—Así que te lo ha dicho.

—Me ha dicho muchas cosas.

—Apuesto a que sí —murmuró con sorna.

Elizabeth estaba empezando a hartarse. No solo estaba empezando a sentir claustrofobia por saber que aquel... aquel insensible tenía información contra ella que podría utilizar en cualquier momento, sino que, además, la duda de que su cara y su pasado no estuviesen tan enterrados como ella se pensaba se había reavivado con fuerza. Si Nathan la había reconocido, nada impediría que otros no lo hicieran también.

Y mañana tenía que meterse de lleno en una fiesta privada repleta de músicos, bandas, prensa y altos cargos de la discográfica.

Pero, además, el desdén y el odio que Nathan supuraba hacia Dylan, cuando ella conocía de primera mano el dolor del músico, hacían que sintiera ganas de arrancarle esos bonitos ojos azules... con las horquillas que usaba para sujetarse el pelo.

—Sé que crees que merece lo peor —confesó Elizabeth en un susurro. No tenía ni idea de dónde estaban los chicos, pero si Nathan estaba ahí seguramente los demás también estaban fuera, en un descanso, y no quería que Dylan la oyese—. Sé que tienes motivos para odiarlo, créeme. Quizá yo también lo odiaría si fuera tú. Pero está intentando enmendar sus errores y no voy a dejar que lo sabotees.

—Qué noble por tu parte.

—No es nobleza. Es la verdad —contestó ella—. Veo exactamente cómo lo miras y sé que te duele a ti también. Vas por ahí haciéndote el tipo duro,

pero la verdad es que te gustaría ser tú el que lo ayude a cambiar, y te molesta que una extraña sea la que venga a hacer el que siempre ha sido tu trabajo.

—Tú... —siseó Nathan con veneno en su voz—. No sabes una puta mierda.

Pero la inestabilidad en su tono le dijo a Elizabeth que había ganado. Nathan había puesto todas sus cartas sobre la mesa y no se había esperado que ella le devolviera el golpe.

—Puede que no. Pero soy realmente buena sacando conclusiones, y algo me dice que no me he equivocado contigo.

Elizabeth se dio la vuelta, dándole la espalda a Nathan y saliendo hasta el portal de la casa. Para cuando llegó fuera, respiraba con dificultad y no se podía creer que le hubiera dicho eso. El corazón le latía en las sienes, y el miedo de haber sido descubierta se le mezclaba con la adrenalina de haberle plantado cara al bajista.

Iba tan ensimismada pensando en respirar con normalidad que ni siquiera se había dado cuenta de que Dylan estaba fuera, fumando un cigarro, y mirándola con el ceño fruncido tras los cristales opacos.

—¿Qué pasa? —preguntó.

«Que tu mejor amigo es un gilipollas», quiso responder, pero...

—Nada. Solo necesitaba respirar. —Fue lo que dijo.

—¿Y ahora quién está bloqueando a quién? —murmuró con sorna el cantante mientras daba una calada al cigarro y después tiraba el humo hacia el lado contrario.

Tenía razón, Elizabeth sabía que tenía razón, pero no podía evitarlo. A pesar de todo lo que sentía en la base del estómago cada vez que el chico la miraba y sonreía, no podía dejarse llevar por las emociones.

—Solo estoy haciendo mi trabajo, Dylan —contestó ella, y cada vez que lo decía sentía que Dylan se retiraba un paso más dentro de su piel.

—Sigues diciéndolo en voz alta como si intentaras convencerte.

¿Y no era eso verdad?

Elizabeth no supo qué contestar a eso, y sintió una necesidad estúpida de quitarle a Dylan el cigarro y ponerse a fumar ella; pero después cayó en la cuenta de que ni siquiera sabía cómo se hacía. Probablemente acabaría ahogándose en su propia saliva.

En el silencio que se hizo entre ellos, Elizabeth no pudo evitar recordar el nombre de su padre en los labios de Nathan. Un escalofrío la recorrió.

—¿Os queda mucho?

—Al menos un par de horas más. ¿Por qué?

—¿Te importa si me voy a tu casa? No me encuentro muy bien.

Dylan se encogió de hombros, pero Elizabeth sintió como la miraba de arriba abajo, como si buscara signos de que estaba enferma.

—Toma. —Sacó las llaves del bolsillo del pantalón vaquero y se las dio.

—Gracias. —Los dedos del chico estaban calientes y no pudo evitar quedarse un segundo mirándolos, porque esa mano, esos dedos, eran los que la habían tocado en su sueño esa madrugada.

Elizabeth abrió la boca para coger aire, porque sentía que se ahogaba, y Dylan debió de creer que iba a decirle algo así que se adelantó.

—Vuelvo derechito a casa, palabra de *boy scout*. Hasta haré que Jude me acompañe.

—Prométemelo —pidió ella con la voz algo estrangulada. Si el chico pensó que era por preocupación, mejor para ella.

—Prometido. —Después le sonrió un poco—. Anda, vete. De verdad que tienes mala cara. Casi parece que hubieras visto un fantasma.

Elizabeth quiso reírse, pero no lo hizo, porque la propia ironía que era su vida ya ni siquiera le hacía gracia. El fantasma de Ryan Reed la acosaba allá donde fuera. Quizá nunca dejaría de acosarla.

Capítulo 12

*Call me a name, kill me with words...
Forget about me, it's what I deserve.
Jasey Rae, All Time Low*

—¿Sabes cómo hacerle el nudo a una corbata?

Elizabeth estaba en la habitación de Dylan, poniéndose los zapatos sentada en el borde de la cama, cuando el músico entró. Iba vestido con un traje negro y camisa blanca. Era un traje moderno y estrecho que gritaba a diseñador caro a leguas de distancia.

—Claro —contestó, pero no miró al músico directamente a los ojos para hablarle. La verdad de quien era ella estaba muy presente en su mente desde que Nathan la reconoció el día anterior y sentía que, si miraba a Dylan de frente, él también la reconocería.

Elizabeth estaba nerviosa. Estaba más que nerviosa. Esa era la noche de la fiesta de apertura de la gira, con un montón de bandas, mánager, productores, y probablemente peces gordos de algunas de las revistas musicales del momento. Las palabras de Nathan aún le daban vueltas en la cabeza. Ni siquiera estaba segura de que el bajista fuera a mantener la boca cerrada.

Se puso en pie intentando no prestarle mucha atención a Dylan, porque, la verdad fuera dicha, el traje le sentaba bien. Se le ajustaba en los hombros y le caía de forma natural, como si su cuerpo fuera la percha para la que estaba pensado.

Dylan aún no se había peinado y el pelo húmedo estaba echado hacia atrás. Dando un paso hacia él, Elizabeth fue capaz de contemplar sus facciones sin nada que lo escondiese. Ni el pelo, ni las gafas. Solo unos ojos dispares y unas pestañas oscuras y espesas. Tenía las mejillas ligeramente sonrosadas de la ducha y un montón de lunares desde la oreja hasta los labios.

—Qué elegante —comentó de forma casual, por decir algo. Por sentir que hacía algo que no fuera mirarlo fijamente como una completa imbécil—.

Pensaba que sería algo informal.

Elizabeth cogió la corbata con ambas manos, obligando a sus dedos a no temblar, y le levantó el cuello de la camisa, llevando mucho cuidado de no rozarle la piel. Dylan llevaba algún perfume que no había usado antes, o ella no le había olido, y la fragancia la dejó atontada por un segundo. Con los tacones que llevaba puestos medían casi lo mismo y podía sentir los ojos del cantante fijos en su cabeza, mientras movía las manos con destreza.

—Y lo es. —Dylan se encogió de hombros y a ella se le salió uno de los lados de la corbata, deshaciéndole el inicio del nudo—. Lo siento —murmuró, pero Elizabeth creyó distinguir la sombra de una sonrisa en su voz queda.

Ella suspiró y volvió a empezar, sintiendo a Dylan quedarse muy quieto bajo sus manos. Lo volvió a intentar, fallando miserablemente, porque, aunque sabía perfectamente hacer un nudo de corbata, hacía mucho tiempo que no lo practicaba y sus dedos temblaban un poco. Gruñó bajo y lo intentó una última vez. Dylan tuvo la decencia de permanecer en silencio.

—No es nada formal. Los chicos, ya sabes, supongo que irán como siempre. Y el resto de las bandas también —dijo él, más para sí mismo que para ella. Como si Elizabeth estuviese ahí por casualidad y él solo pretendiese aclararse las ideas—. Pero van a estar los altos cargos. Productores, ejecutivos...

Elizabeth se pilló sus propios dedos con el lazo que estaba haciendo, oyendo de la boca del músico sus propios temores. Pasó uno de los lados dentro del nudo, tiró un poco, quizá con demasiada fuerza. Su corazón empezó a funcionar a más velocidad de la necesaria, haciendo que le sudasen las manos y que el simple hecho de atar una corbata resultase una tarea de titanes. Dylan siguió hablando y ella se esforzó por escuchar.

—No me gusta que me traten como un niño, ¿sabes? Solo porque soy joven y estoy bajo su mando, no implica que puedan hacer conmigo lo que les dé la gana.

Elizabeth alzó la vista de lo que estaba haciendo y dirigió hacia él una mirada rápida. Después finalizó el nudo, sin contestar nada. Era curioso el modo que Dylan tenía de defenderse, como si quisiera ponerse un escudo ante el mundo, y su escudo fuera un traje de chaqueta y corbata. Aunque eso no hiciera que ganase o perdiese nada; aunque el poder siguiese estando en manos del sello.

—Ya está —anunció, colocando la corbata recta y volviendo a poner el cuello de la camisa blanca correctamente. Se refrenó antes de pasarle las

manos por el pecho para estirar la camisa y colocar bien la chaqueta. Debió de hacer alguna mueca graciosa mientras pensaba, porque Dylan alzó una ceja.

—¿Qué te parece tan divertido?

—Nada —contestó ella rápidamente, dando un paso atrás y pasándose las manos por los muslos, limpiando el sudor de las palmas en el pantalón. Dylan no bajó las cejas y siguió mirándola con cara de duda.

A pesar de su nerviosismo, tuvo que reírse.

—Me resulta mona tu manera de imponerte, eso es todo.

—Te parezco mono —repitió Dylan entre divertido y dolido.

—Es que eres muy joven —afirmó ella, intentando que la conversación no fuese ligera y juguetona, sino simple. No podía dejar que las conversaciones con él se convirtiesen en algo amistoso, en algo fácil, o estaría perdida. Se dio la vuelta, dándole la espalda a Dylan, y comprobó, en el espejo que el chico tenía en la habitación, que sus pantalones grises de pata ancha y su blusa blanca estaban correctamente colocados.

Dylan resopló a su espalda.

—Tengo veintitrés años —contestó ofendido.

—Exactamente. —Después, satisfecha con el resultado de su indumentaria, se dio la vuelta para mirarlo—. Eres muy joven, Dylan.

Él hizo un mohín gracioso, que le sacó el labio de abajo hacia afuera. Elizabeth pensó que ese Dylan le recordaba más al Dylan que había tenido en la consulta que ninguno de los que había visto en los tres días que llevaban fuera. Ojalá pudieran volver atrás. Ojalá no hubiera firmado esa puñetera alta voluntaria.

Ojalá pudiera seguir volviendo a casa por las noches, no tenerlo a una maldita puerta de distancia. Ojalá no tuviera que verle la cara recién levantado, con las marcas de la almohada en las mejillas y el pelo alborotado. Ojalá pudiese seguir fingiendo que ya no le interesaba ser su amiga ni su conocida, solo su médico.

Ojalá desear algo sirviese de algo.

—¿Y cuántos años tienes tú? Si puede saberse. No debes de ser mucho mayor que yo.

Esa sí que era buena. Se estaban mirando de frente, y Elizabeth pensó vagamente en que Mark no iba a tardar nada en llegar a recogerlos y que ella aún no había empezado a maquillarse y Dylan aún tenía que arreglarse el pelo —o desarreglárselo, según se viera—. Pensó, también, de pasada, en que la

sonrisa que el chico llevaba en la boca y la mirada tranquila lo hacía parecer aún más joven todavía. Más limpio y sano.

Pensó en que quería besarlo. O que él la besara. Pero ese pensamiento no le gustó tanto.

—Voy a cumplir veintinueve en unos meses —contestó ella al final, con una mirada de suficiencia. Quizá la edad lo alejaría. Quizá Dylan sería uno de esos chicos que no soportaban salir con mujeres mayores, y la revelación haría que Dylan se apartase de ella. No era que el músico hubiese intentado nada más desde que la besó en la clínica y se disculpó después.

Pero Dylan solo abrió mucho los ojos, con sorpresa, y sonrió abiertamente. Después dio un paso atrás, revisándola de arriba abajo.

—Venga ya. —Dylan soltó una carcajada—. Te estás quedando conmigo.

Ella no supo si tomárselo como un halago o como un insulto o si no tomárselo en absoluto. Al final optó por apartar al músico suavemente de un empujón.

—Corre a peinarte, o vamos a llegar tarde —le riñó, sintiendo que necesitaba unos segundos a solas.

Dylan abrió la boca para decir algo, pero después debió pensárselo mejor, porque se dio la vuelta sobre sus talones y salió de la habitación. Cuando cruzaba la puerta, murmuró por lo bajo:

—Sí, mamá.

Ella le lanzó uno de los almohadones de la cama, en un impulso salido de la nada, y él se rio a carcajadas.

Era extraño, comportarse de manera informal con Dylan, porque no estaba acostumbrada a ello. No estaba acostumbrada a ver a nadie que había sido su paciente fuera del ámbito del trabajo. Y reconocía que dejarse llevar y tener conversaciones normales con Dylan le estaba costando más de lo normal.

Si empezaba a verlo como un amigo en vez de como un paciente quizá perdería el norte y nada de aquello funcionaría, pero... ¡Dios! Aquella conversación había sido tan normal y relajada. Había visto y oído reírse a Dylan más en un rato que en días.

Quizá debería empezar a comportarse más como su amiga y menos como su terapeuta. Al fin y al cabo, ella estaba allí más como un apoyo que como cualquier otra cosa.

No era una mala idea, se dijo, a pesar de que iría en contra de todos sus instintos. A pesar de que esa barrera era la única que la mantenía cuerda y que dejarse llevar podría significar acabar hasta las rodillas de algo que ni ella

entendía. Pero era por el bien de Dylan, ¿o no? Y si él estaba mirando por los demás, ¿quién miraría por él? ¿No era eso parte de su trabajo, cuidar del bienestar del músico? ¿Qué importaba si tenía que meter la mano en el fuego y hacerse unas cuantas llagas en los dedos? Aquello, ayudarlo a seguir adelante, salvarlo de sí mismo, era para lo que había firmado. Y a lo que había accedido en un primer momento.

—Maldita Marisa —murmuró, acordándose de su madre de repente, recordando que de no haber sido por ella no estaría en esa situación.

Elizabeth sacó el estuche de maquillaje y empezó por la base, cubriendo las pecas de las mejillas y sintiendo el roce de la esponja mientras tomaba una decisión.

Cuando abrió los ojos y se miró al espejo, decidió que necesitaba acercarse más a Dylan, y se convenció a sí misma de que todo era por el bien del músico. Se recordó, además, que aquello también sería un memorando para ella. Elizabeth Harvey no tenía miedo, nunca más, y no se iba a esconder detrás de una puerta de cristal solo porque el chico la asustara.

Olvidándose de que haciendo eso estaría quebrantando uno de los muros que ella había implantado entre ellos, decidió dejarse llevar. No era para tanto, si lo miraba con objetividad. Ella seguiría manteniendo su privacidad y su vida aparte de lo que Dylan Reeves significaba.

* * *

Elizabeth no había estado nunca en una limusina.

El asiento de cuero era suave y resbaladizo, y tenía la sensación de que, si manchaba algo allí dentro, tendría que trabajar el resto de su vida para pagarlo. Quizá tuviera que trabajar como conductora de limusinas toda su vida para ello.

Se imaginó a sí misma con el uniforme de la empresa y teniendo que aparcar esa monstruosidad de coche por no pensar en nada más. Calculó distancias y tipos de aparcamiento por no pensar en que iba sentada frente a un músico famoso, camino a un evento lleno de músicos, más famosos todavía. Los nervios de la psicóloga se hicieron un nudo marinero a sí mismos, y el aire allí dentro estaba empezando a resultarle rancio.

Mark estaba sentado al lado de Dylan, vestido también de traje, pero este llevaba pajarita. Para ser un evento informal, iban vestidos muy formales

todos.

—¿Y el resto de la banda? —preguntó ella, por hablar de algo. Nunca había sido demasiado buena con los silencios, ni siquiera cuando estaba en la consulta. Los usaba como la herramienta que eran cuando resultaba necesario, pero a veces no sabía quién se rompería antes, si el cliente o ella.

—Los Lowell llegan por un lado. Nathan por otro, supongo que con Samantha.

—¿No tenéis que hacer entrada todos juntos o algo así?

Dylan se rio un poco y ella lo miró de reojo. Al parecer, lo que había dicho era divertido.

—No es una gala de premios ni nada. Es una fiesta privada —aclaró Mark.

—Ah —dijo, y después cerró la boca porque se sintió estúpida. Pues claro que no tenían por qué llegar todos cogiditos de la mano, Elizabeth. Era una fiesta privada, llena de amigos, entre comillas, y podrían entrar y salir como les diera la gana.

Dylan no dijo una sola palabra, mientras miraba su móvil como si las soluciones del orden del universo estuvieran escondidas dentro de esa pantalla iluminada. A lo mejor solo era esa luz artificial, pero Elizabeth pensó que el chico tenía mala cara. Quizá las ojeras habían estado ahí antes, pero ella fue consciente de repente de que estaban. Sus cejas fruncidas en un ceño, como si estuviera pensando tan fuerte que se volaría la tapa de los sesos. Tenía la boca cerrada en una línea apretada, y podía ver como sujetaba el móvil con tanta energía que tenía los nudillos blancos.

Sintió una punzada de culpabilidad al acordarse de las pesadillas que el chico había estado teniendo la noche anterior, y que quizá seguía padeciendo durante la noche. En ese momento él no la estaba intentando engañar con sus sonrisas prefabricadas y fue capaz de ver los signos de desgaste.

Quiso consolarlo de golpe, con unas ganas tan fuertes que se tuvo que coger las manos sobre su regazo para no alargar la palma y ponerla sobre su rodilla. «No aquí», pensó. No con Mark delante.

Pero se había prometido a sí misma ser su amiga a partir de ese momento, así que no lo iba a dejar pasar. Antes o después, le ofrecería el apoyo que necesitaba, más que como un simple padrino. Ya tendría ocasión a lo largo de la noche, se recordó.

* * *

Para cuando llegaron al local que se había reservado para la fiesta en medio de West Hollywood, Dylan estaba de un humor de perros.

Sus pesadillas no habían dejado de acosarlo durante las noches, y a pesar de que se había prometido a sí mismo no perderse en los recuerdos, era muy difícil no acordarse del pasado cuando lo revivías a menudo. Era más difícil aún querer no dormir, costase lo que costase.

La noche anterior había tenido que reprimir el impulso de ir a buscar a Elizabeth. Después, cuando había conseguido convencerse de que con besarla una vez había tenido suficiente como para torturarse una vida entera y que no la iba a poner en esa situación, pensó que quizá saldría a dar una vuelta, a despejarse, y se le pasaría.

Se había vestido y había estado con la mano en el pomo de la puerta, listo para salir, cuando se había dado cuenta de que si lo hacía no había nada que le impidiera ir a cualquier bar, entablar conversación con cualquier extraño, descubrir quién vendía qué y dónde.

No fiándose de sí mismo, se había vuelto a desvestirse, un completo desastre de emociones. Había terminado por llamar a Juliet y hablar durante un rato con la madre de los mellizos, y la única madre de verdad que él mismo había conocido. Al final había conseguido dormir un par de horas. Todo un récord si le preguntaban a él.

La limusina paró a un lado y Mark fue el primero en bajar del coche, sin esperar a que el conductor abriese la puerta. Sintiendo la presión de lo que estaba por venir, Dylan cuadró los hombros y sacó las gafas del bolsillo de la chaqueta. Antes de salir del coche ya las llevaba puestas, dejándose al chico que había estado bromeando con Elizabeth hacía un rato olvidado en un rincón de su memoria, listo para ser Dylan Reeves: el líder de la banda comercial que más dinero estaba dando en el panorama musical del momento.

Miró a Elizabeth de reojo, agradeciendo la intimidad tras los cristales. La chica estaba seria, más tensa que de costumbre. No paraba de pasarse las manos por sus pantalones grises, como si intentase tranquilizarse así. Era normal que estuviese nerviosa, se dijo, dado que era la primera vez que iba a asistir a esa clase de evento.

Cuando bajó del coche, quiso poner la mano para que ella se la cogiera, y se ayudase de él, pero entonces fue vagamente consciente de que a su alrededor ya no solo estaba Mark, sino también más gente, que llegaba en

todas direcciones y entraba a la fiesta. Se sintió observado de golpe y fue incapaz de hacer aquello que quería.

Se hizo a un lado y dejó que la chica saliera por su propio pie. Probablemente, se consoló, ella no le habría aceptado la ayuda de todas formas.

Se llenó de una rabia que no entendió, fuego en sus entrañas, sin sentido. Por favor, ni que hubiera descubierto de repente que la chica quería tener el menor contacto con él del que fuera posible, ¿por qué esa rabia de repente?

—Vamos —les dijo, apremiándolos—. Si seguimos aquí plantados, se van a pensar que somos estatuas.

Mark se rio y estiró el brazo para que Elizabeth se agarrase a él. Para sorpresa de Dylan, la chica aceptó, como si necesitara un apoyo. Dylan se enfadó consigo mismo por no habérselo ofrecido, pero se las arregló para que su cara fuera una máscara. Sonrió y todo, mientras pasaba por delante del mánager y de la psicóloga, caminando como si el mundo estuviera a sus pies.

La noche ya era cerrada en Los Ángeles y una brisa fresca pero pegajosa acariciaba a la ciudad. No se veían las estrellas, había demasiada contaminación lumínica, y el sonido de los coches hacía que fuera casi imposible imaginarse como sería ese lugar antes de que ellos lo llenaran de cemento. Dylan estaba pensando en eso, porque cualquier cosa que lo hiciera dejar de pensar en la chica cuyos tacones iban sonando justo tras él le servía.

—¿Qué tal los ensayos? —Escuchó como Mark le preguntaba a Elizabeth.

—Bien, supongo. No he entrado mientras ensayaban.

Elizabeth sonaba tensa, y Dylan quiso darse la vuelta para mirarla a la cara, pero siguió caminando, hacia las luces de neón azules del club, hacia la tira de terciopelo y la cola de gente que estaba entrando, pasando la seguridad del evento.

—¿No has entrado? Debes de ser la primera que no quiere ir a verlos ensayar... en privado. —Mark alzó la voz, para que Dylan lo oyese—: ¿Te has ido a buscar la única tía del planeta que no es fan de tu banda o qué?

«No es fan de ninguna banda», quiso contestarle. A ella ni siquiera le gustaba la música, y él se moría por saber por qué. La teoría de que Elizabeth había estado saliendo con un músico y este le había roto el corazón seguía siendo la primera en la lista.

Dylan se encogió de hombros, contestando sin girar la cabeza, mientras saludaba distraídamente con la mano a las otras personas que había en la cola.

—Es normal —contestó Dylan distraídamente—. Dada la edad que tiene. —La sonrisa postiza de su boca se hizo más grande. Dylan se giró para mirarla, con un brillo divertido en sus ojos, y sintió como las esquinas de la boca le tiraban en las mejillas—. A las señoras mayores no les gustan las bandas de quinceañeras, Mark.

Elizabeth jadeó sorprendida, y alzó las cejas, retándolo a revelar más, pero Dylan no siguió hablando.

Mark la miró de reojo, y luego a él, como si estuviera viendo un partido de tenis.

—En realidad —contestó el mánager—, no me extraña que no le guste. Tu música es una mierda, Dy.

Dylan se rio y le sacó el dedo. Mientras avanzaban hacia el interior, el chico entabló conversación con algunas personas que le eran vagamente conocidas. Publicistas, músicos, fotógrafos famosos. Miró nervioso a su alrededor y se dijo que Nathan y los mellizos ya debían de estar dentro. Se sintió ligeramente desnudo, sin la protección de los chicos a su alrededor y Elizabeth mirándolo, observándolo.

No la estaba viendo, pero sabía que estaba tomando nota de cada movimiento, de cada palabra que decía. El día anterior Dylan la había avisado de que intentar ayudarlo sería una causa perdida, y esa noche iba a descubrir hasta qué punto Dylan tenía razón.

Una vez dentro, Dylan sintió que, con las gafas puestas, se sumía en las tinieblas. El local estaba parcialmente iluminado y las luces oscilaban, y a veces daba la ilusión de que estaban en una *rave*. Había algunas mesas preparadas con el *catering*, una barra a un lado para las bebidas y camareros que pasaban con bandejas llenas de canapés y champán. En el fondo de la sala, un escenario vacío.

La gente estaba congregada en pequeños grupos, charlando animadamente, pero, desde donde estaba, Dylan aún no podía distinguir a nadie. Avanzó con las gafas puestas, viéndolo todo en tinieblas, sintiéndose del mismo humor que los cristales oscuros de sus gafas.

Mark soltó a Elizabeth y se adelantó a ellos.

—Voy a ver qué se cuece por ahí. —Después miró a Dylan y a Elizabeth—. Portaos bien.

Y así, de repente, él estuvo a solas con la chica y no supo qué hacer. Se acercó a ella porque le pareció lo correcto, pero mantuvo las distancias. Mirándola de reojo se dio cuenta de que estaba tan tensa como un alambre, sus

grandes ojos azules observándolo todo, absorbiendo cada detalle. Casi parecía que estaba revisando las salidas de emergencia en las esquinas de la sala y cuánta seguridad tenía la fiesta.

—Vamos —le dijo—. Jude y Jayden no deben de andar lejos.

Ella lo miró dudosa.

—¿Cómo vas a encontrarlos entre toda esta gente?

Dylan tuvo que reírse.

—Eso es fácil. —Caminaron despacio, el uno al lado del otro, adentrándose en la marea de gente que era la fiesta. Algunos saludaban a Dylan mientras él hablaba con Elizabeth, y el chico levantó la barbilla varias veces para devolver los saludos—. ¿Ves ese grupo de chicas de tu izquierda?

Elizabeth siguió el dedo con el que Dylan estaba señalando.

—Sí.

—Es un grupo femenino de música *indie*. Llevan con el sello desde el verano pasado... Y los Vikingos aún no han conseguido que ninguna de ellas caiga en sus redes. —Dylan le sonrió, como el que tiene un gran secreto—. Estarán cerca —aseguró.

—Vaya dos —murmuró la chica, pero consiguió arrancarle una sonrisa, y Dylan sintió que un pequeño peso se le quitaba de entre los omóplatos, aunque la sensación no le duró mucho.

A medida que avanzaban entre la gente, saludando a los miembros de las bandas con las que pasaría el verano, y explicándole a Elizabeth quién era quien, sintió el peso de la situación.

—Ese es Oliver Winston, pero todos lo llaman *Oli* —le comentó mientras pasaba a un chico que tenía un tatuaje en la mejilla que lo hacía inconfundible—. Es el cantante de Two Seconds Ago. —«Y también suele llevar un gramo en el bolsillo», pensó—. Esa chica con la que habla es la bajista de Velvet Letters.

Después pasaron a Quinn y a Zack, también miembros de Velvet, que parecían discutir animadamente sobre algo; a Rick y a Thomas, de Forget Me Not, que se hacían una foto, seguramente para Instagram, y mientras él le iba explicando quién era cada cual y cómo distinguirlos, o a qué se dedicaban exactamente, fue también cayendo en la cuenta de quién consumía y quién no.

Ahí, incluso aunque estuviera acompañado, él sabía quién podría ser compañero de cuarto de baño y quién no. Podría ir a hablar con cualquiera de ellos, sin que eso levantase las sospechas de Elizabeth, y podría conseguir

algo. Aunque fuese un poco. Aunque solo fuera para esa noche. Para los nervios.

La idea se quedó danzando un rato en su mente, mientras llegaban a donde estaban las chicas de Freak of Nature, hablando junto a una de las paredes del fondo de la sala. No tuvo tiempo ni de saludarlas cuando vio a Jude y a Jayden a unos cuantos metros, hablando entre ellos y mirándolas de reojo, como el que planea una estrategia de guerra.

Si no estuviera tan tenso que se podría quebrar, Dylan se hubiese reído.

—Te lo dije —le comentó a Elizabeth, señalando dónde estaban los chicos—. Si alguna vez te pierdes, ve donde esté el grupo más grande de chicas. Seguro que están ahí.

—Son como un GPS —contestó Elizabeth distraídamente, mientras miraba a su alrededor. Parecía que seguía buscando una salida desesperadamente.

—Más fiables incluso.

Deseando poder distraerse con cualquier cosa, avanzó a grandes zancadas hasta los chicos. La música de fondo era algo relajado, y para nada la música que esperarías en una fiesta donde la mitad de las bandas tocaba *pop punk* y la otra mitad *rock* alternativo. Cualquiera habría esperado algo más... denso. La música era de sala de espera de médico, y a Dylan lo estaba poniendo nervioso.

—Tíos —les dijo cuando estuvo a su altura—, tenéis que dejar de acosarlas. No van a caer. —Mientras hablaba les estrechó la mano y vio como Elizabeth los saludaba también.

—No se van a resistir a nuestros encantos por mucho tiempo —apuntó Jayden dándole un codazo a su hermano en las costillas para que entrase en la conversación.

—Es imposible que se resistan a nuestros encantos —añadió este. Jude estaba muy seguro de sí mismo.

¿Y por qué no iba a estarlo? Desde que la banda se había formado, no había chica que se les hubiera resistido. Quizá por separado fueran solamente atractivos. Quizá por separado alguna chica podría rechazarles. La cosa con esos dos es que no solían ir en solitario, y ahí era difícil resistirse. Donde Jude era alegre, dulce y paciente, a pesar de aparentar ser una pared sólida de músculo y malas pulgas, Jayden era pasional y tenía un humor estúpido que hacía que te rieras incluso aunque quisieras pegarle. Juntos eran esa clase de mezcla que las chicas no sabían rechazar. Si algo no lo tenía uno, lo

encontrabas en el otro. Y con mirarlos sabías que sí o sí conseguirían lo que iban buscando.

Las conquistas de los Vikingos eran famosas dentro del panorama musical, y a veces habían sido consecuencia de apuestas entre Nathan y él. Por desgracia, igual que las conquistas eran famosas, más aún lo eran las derrotas.

—Está Ginebra —les recordó Dylan.

Los chicos bufaron al oír su nombre. Elizabeth los miró con los ojos muy grandes.

—¿Se llama Ginebra?

Jude puso los ojos en blanco, mostrando desagrado.

—No se llama así. Se *hace* llamar así —puntualizó—. Se llama Jackie.

—Y Jackie es un caso aislado, tío. No hace falta que nos la recuerdes cada dos por tres —añadió Jayden.

—La he visto al entrar, por cierto —comentó como el que no quiere la cosa—. Estaba preciosa con su vestido de terciopelo negro y su pelo azul. Se ha hecho un tatuaje nuevo.

Los mellizos gruñeron a la vez, y Dylan rio por lo bajo. Después dijo a Elizabeth:

—Ginebra es la bajista de Velvet Letters.

—¡Ah! La chica guapa de la sirena en el brazo.

—¿Se ha tatuado una sirena? —preguntó Jayden sorprendido e interesado—. ¿Venía con alguien?

—¿Y ese interés de repente? —Dylan sonrió lentamente, como si no supiera que los chicos tenían a la única chica que les había rechazado como una espina clavada—. No sé nada, excepto que estaba al entrar con Oli.

Jude puso los ojos en blanco, intentando no mostrar interés, pero Dylan veía el brillo en sus ojos. Desde que Velvet Letters había firmado con el sello el año anterior y habían sido sus teloneros en la gira mundial, había una energía extraña entre la bajista y ellos. En realidad, aunque Dylan asumía que ella los había rechazado, nadie sabía realmente qué había pasado ahí.

—Oli es un fresco con las chicas. Seguro que le contagia algo.

—Y vosotros sois dos santos.

—Nosotros somos dioses del amor, Dylan. Es diferente —argumentó Jayden con una gran sonrisa, y, guiñándole un ojo a Elizabeth, añadió—: Estamos aquí para adorar a las mujeres, no para usarlas.

Los nervios de Dylan, que estaban bailando en su estómago, se hicieron un nudo de repente, pensando en que Elizabeth quizá también encontrase a esos

dos atractivos; joder, lo eran. ¿Y si le interesaban más de lo que le interesaba él? Ella parecía estar más cómoda en la presencia de esos dos de lo que normalmente estaba con él. Pero la chica solo negó con la cabeza, sonriendo levemente.

—Tendríamos que preguntarles a ellas —comentó Dylan de forma seca, mientras una chica pasaba con una bandeja llena de copas de champán.

Cogió una, pero antes de poder dar el primer trago de ese líquido burbujeante y dorado, Elizabeth le quitó la copa de la mano.

—Nada de alcohol —le riñó, señalándolo con el dedo.

Él intentó coger la copa, pero ella la levantó hasta donde él no la alcanzaba. No sin invadir su espacio personal. Y el contacto con la chica no era algo que necesitase en ese momento, no mientras estaba acordándose de su afición más desastrosa. No mientras se odiaba a sí mismo.

—Créeme, el alcohol nunca fue el problema —contestó con sorna.

Ella lo miró con desgana, como si estuviera harta de aguantar a un niño pequeño que no para de lloriquear, y cambió la copa de champán por un refresco con el siguiente camarero que pasó. Olisqueó la bebida, comprobando que no llevaba alcohol dentro, y se la dio.

—Toma, el azúcar te vendrá bien. Estás pálido.

Dylan cogió el vaso, con un hielo y Coca-Cola burbujeante, e hizo un mohín.

—El azúcar te vendrá bien —la imitó por distraerse con algo, pero le dio un sorbo a la bebida y agradeció el sabor dulce.

El murmullo de la sala fue aumentando a medida que todo el mundo iba llegando, y Dylan se dijo a sí mismo que si no se daba la vuelta, si permanecía de espaldas a la fiesta, con Elizabeth a su lado, y con los Lowell de frente, quizá tuviese alguna oportunidad.

Si se cegaba, como se hacía con los caballos para que no se desviarán del camino, quizá él dejaría de calcular las posibilidades de tener un rato a solas con Oli.

«Y esto es solo el principio», pensó. En cuanto estuviera en la carretera, con los técnicos de sonido, y los asistentes..., sería incluso más difícil controlarse. Por Dios, ¿por qué todo el mundo consumía algo?

Le pegó un gran trago al refresco, sintiendo el sudor frío recorrerle el cuerpo. Elizabeth lo observó con preocupación y los hermanos lo miraron con cara rara. Intentó no sentirse bajo el punto de mira, intentó no sentir que el peso del mundo estaba recayendo sobre sus hombros. No funcionó.

Necesitaba urgentemente una distracción, o aquello iba a acabar antes de lo que había empezado.

* * *

«Podría ser peor», pensó Elizabeth, mientras escuchaba a Dylan y a los mellizos charlar distraídamente en un rincón del local. Las luces cambiaban a veces, pero en general el ambiente era tranquilo, con una música simple que no la hacía pensar en nada que tuviese que ver con guitarras y sudor, y la gente estaba distraída.

No sabía qué era lo que había imaginado exactamente, pero desde luego no era aquello. Un montón de músicos jóvenes, saludándose unos a los otros, y poniéndose al día, felicitándose por los éxitos de cada uno. Las bebidas corrían, como los camareros llevando bandejas llenas y vacías, y ella se sintió estúpida por un segundo. Creía que aquello iba a ser una marea de gente trajeada, mirándola con lupa.

«Qué idiota», pensó, mientras sentía que se relajaba un poco. La conversación de los chicos no le interesaba mucho, así que no participó en ella, pero sí observó a Dylan por el rabillo del ojo. El cantante estaba tenso y algo pálido, y aunque no podía observarle bien las facciones con las gafas puestas, sabía que algo le pasaba.

No sabía decir qué, porque la conversación con sus amigos estaba siendo de lo más normal y Dylan sonreía abiertamente. Quizá era su imaginación, se dijo. Estaba tan encima del músico que ya veía señales donde no las había.

«Afloja un poco. No lo agobies. Lo más probable es que esté abrumado por volver al trabajo después de dos semanas aislado de todo», se dijo.

Elizabeth observó, no sin cierta diversión, como los mellizos aprovechaban para lanzar algún guiño y sonrisa a las chicas que había al lado de ellos, y ellas los ignoraban completamente, con fingido desagrado. Ella sabía que era fingido, porque era una chica, y sabía ver las señales. Lo más probable era que en realidad se murieran por meterse en la cama con alguno de esos dos, pero supieran de la fama de los chicos. Quizá, pensó distraídamente, mientras observaba a la gente charlar, era que no querían compartirlos... y ellos sí que las compartían.

La curiosidad la mataba por dentro, pero Elizabeth era lo suficientemente discreta como para no preguntar. Aun así, se moría de ganas por saber si solo

compartían las chicas de una noche, pero sí habían tenido novias exclusivas. ¿Quizá eso sí lo respetaban? Era tan curioso como inusual, y la psicóloga que había en ella no podía parar de darle vueltas al tema.

No pasó mucho tiempo hasta que escuchó una voz conocida y un escalofrío la recorrió. Nathan Blair apareció en su campo de visión, vestido con unos vaqueros oscuros y una chaqueta de cuero, el pelo largo casi tapándole los ojos azules. Les sonrió a todos levemente, pero no dijo nada.

Llevaba del brazo a una chica altísima y delgada, que Elizabeth reconoció inmediatamente. Era imposible no reconocerla cuando su cara estaba últimamente en cada rincón de televisión. La actriz Samantha Dayton iba vestida con unos simples vaqueros, unos tacones rojos y una blusa negra que dejaba al aire su estómago planísimo, y aun así parecía que iba vestida para una boda.

Elizabeth sintió la necesidad de esconderse en un rincón, sintiéndose bajita —bajita, ella que era más alta que la mayoría de las chicas—, regordeta y fea. Samantha los saludó a todos con una sonrisa abierta y besos en el aire.

La chica llevaba el pelo rubio suelto y corto, en un corte de pelo moderno y asimétrico, y sus pendientes largos refulgían con las luces de la fiesta. Tenía ojos verdes gatunos y unos labios que prometían el cielo.

—Sam, esta es Elizabeth. —La presentó Nathan, para sorpresa de todos—. Está cuidando de la oveja descarriada.

Los mellizos dedicaron una mirada a Nathan, pero este fingió que no los veía. Elizabeth creyó distinguir que Dylan tensaba la mandíbula, pero la sonrisa que tenía puesta en la boca la confundía.

—Encantada. —La chica se acercó hasta Elizabeth y le soltó dos besos en el aire, sin llegar a tocarle las mejillas. Olía a algo afrutado y dulce, y ella sintió que se ahogaba.

—Igualmente.

Si fue seca o descortés, no le importaba. Ella no estaba allí para hacer amigos.

—¿Así que eres como una asistente o algo así?

Samantha cogió una de las copas de champán del camarero más cercano y Elizabeth pensó que la copa fina le pegaba entre las manos.

—Soy su padrino. —Ante la mirada de total desconcierto de la actriz, Elizabeth elaboró su respuesta—: Me ocupo de que cumpla con sus obligaciones y le ofrezco apoyo psicológico.

—Ah. —La chica dio un sorbo pequeñito al champán, mojándose apenas los labios, y después se volvió a acercarse a Nathan, agarrándose a él del brazo —. Creo que es genial lo que estás haciendo, que te dediques a un trabajo así. Debe de ser duro, teniendo en cuenta que..., ya sabes.

«¿Que ya sé qué?», le quiso preguntar. No sabía que era lo que Samantha estaba insinuando, pero ella no iba a dejar que aquello fuese a más. Y menos estando Dylan delante.

—Es un trabajo estupendo. Dylan es muy agradable. —Le sonrió y alzó la barbilla, retándola a decir algo más, pero la chica tuvo la decencia de cerrar la boca y encogerse de hombros.

Quizá había sido un poco agresiva en su respuesta y la actriz solo estaba intentando entablar una conversación amistosa con una extraña, pero no le había gustado su tono de voz ni sus insinuaciones.

—Sam —dijo Dylan de golpe, que había estado callado durante el intercambio de las chicas—, ¿qué tal va con la nueva serie?

La chica, encantada con la atención, se soltó del brazo de Nathan, que miró al cantante entre el pelo del flequillo; los ojos azules eran dos pequeñas llamas que quemaban. Sam sonrió alegre y se acercó hasta Dylan, y este le sonrió tan grande que si el local no hubiera tenido ya luz, él lo habría iluminado.

—Genial, la verdad —contestó Samantha— Aún estamos empezando, pero los compañeros parecen ser geniales, y el piloto tiene muy buena pinta. Espero que el estreno sea bueno.

—Seguro que sí. Después de la película, todo el mundo está deseando verte en televisión, rubia.

Dylan estaba coqueteando con ella.

—¿Tú crees?

El cantante la miró de arriba abajo sin disimular, y después sonrió de lado, una sonrisa de tiburón.

—Cariño, no hay nadie que no quiera verte llena de sangre y con poca ropa. Te aseguro que harás más de una temporada con la cadena.

—Espero que tengas razón —suspiró ella, dándole otro trago al champán —. Aunque no sé..., veremos cómo sale.

Elizabeth los observó de reojo, mientras los Vikingos hablaban entre ellos y Nathan fingía que miraba el teléfono, pero miraba a Dylan y Sam. No era de extrañar que, con la historia que Dylan tenía con las novias de Nathan, el bajista estuviera tenso en una situación así.

—¿Y qué tal con Nathan? —lo escuchó preguntar. Los mellizos murmuraron algo por lo bajo, Nathan se tensó. «Ahí viene», pensó ella—. ¿Te trata bien?

El capullo de Dylan lo preguntó sonriendo de lado, y aunque no se le veían los ojos se podía adivinar que estaba mirando a Nathan. Las cejas se le levantaron por encima de las gafas. Se estaba burlando.

—Más que bien. Hemos tenido un par de semanas estupendas. —Y la chica se puso a hablar de un viaje que habían hecho.

—Ya sabes, si no te trata como es debido... —comentó Dylan—. Solo tienes que decírmelo.

Samantha rio, y Elizabeth quiso golpearla con cualquier cosa. La bandeja llena de copas o el puño cerrado. ¿Es que no se estaba dando cuenta de lo que estaba pasando? Ella tenía que saber la historia que tenían esos dos. Ella debía de saber que Nathan ya había roto con una chica por culpa de Dylan, ¿no?

Y el otro..., el otro estaba provocando a propósito. Si hubiera estado a su lado, le hubiera golpeado, solo para que cerrase la boca. En cambio, lo tenía enfrente y no podía hacer más que mirarlo con pesar, esperando que se diera cuenta de lo que estaba haciendo.

Pero se estaba dando cuenta. Lo sabía muy bien.

Se acercó a la chica susurrándole algo al oído. Ella rio, y Nathan gruñó.

—Ya está bien, Dylan. —Fue Jude quien habló.

—Tranquilo, nene. Solo le estaba recordando a Sam algunos trapos sucios de Nathan. Por si tiene que amenazarlo con algo.

Dylan levantó las manos en señal de paz y Sam los miró a todos como si no entendiera el porqué de la tensión en la pequeña reunión. ¿Era posible que Nathan no le hubiera contado nada?

—Nathan, cariño —la chica se giró hacia el bajista, como si no hubiera entendido nada de lo que estaba pasando o le diera igual—, voy a saludar a Laurel, que está cubriendo la fiesta y llevo meses sin verla. Vuelvo en un ratito.

La chica le dio un beso ligero en la mejilla y les sonrió a todos suavemente.

—Un placer, chicos.

Se alejó con paso grácil, y Elizabeth por fin sintió que podía respirar.

«Bien. El peligro ha pasado», se dijo.

—Deberías dejar a mi chica en paz, Dylan. —Nathan miró a Dylan de frente, y bien, quizá el peligro no había pasado del todo.

—¿O qué, Nate? ¿Qué vas a hacerme? —La voz de Dylan fue plana, sin emoción. Casi sonaba aburrido.

—Podría romperte la cara.

—Podrías, pero no vas a hacerlo. No tuviste huevos la última vez.

—Chicos —dijo Jude, a la vez que Jayden refrenó a Dylan con una mano en el pecho—. Este no es el lugar ni el momento.

—Tenía que pasar —murmuró Dylan, encogiéndose de hombros, despreocupado—. Antes o después, tenía que pasar. ¿Qué mejor momento que ahora, eh, Nathan? ¿Por qué no dejamos que todo el mundo se entere de que se la metí a tu exnovia?

Elizabeth vio como las aletas de la nariz de Nathan se dilataban y el bajista cerraba los puños a ambos lados de su cuerpo, pero solo miró a Dylan fijamente, como si lo estuviera buscando en algún lugar dentro de esa cara suya, y no lo encontrase.

Dylan no estaba alterado. Revolvió el hielo del vaso con el dedo, y le pegó el último trago a su refresco, sonriendo abiertamente.

—A lo mejor es que no quieres que todo el mundo sepa que no sabes cómo follártelas.

—¡Dylan! Ya es suficiente —exclamó Elizabeth, pero el músico ni siquiera la miró.

—¿A qué vienen esas caras, tíos? Vamos, no es nada nuevo que...

El puñetazo de Nathan no fue inesperado, al menos no para Elizabeth, porque había visto al chico prepararse hacía un rato, pero aun así soltó un grito cuando el puño golpeó a Dylan en la cara. El cantante solo se rio a carcajadas, a pesar de que debía haber dolido como el demonio.

—No me digas que tampoco sabes dar puñetazos —argumentó.

Nathan no abrió la boca, pero fue a arremeter contra él otra vez. Por suerte para todos, Jude cogió a Nathan, y Jayden a Dylan, antes de que nadie a su alrededor se diera cuenta de lo que estaba pasando.

—Por qué no vais a fumaros un cigarro los dos, ¿eh? Y dejáis esta mierda para luego —les aconsejó Jude hablando entre dientes.

—Yo estoy perfectamente donde estoy. —Dylan se pasó la mano por el pelo, colocándose los mechones que se habían movido, y se lamió el labio que estaba partido ligeramente. Elizabeth vio cómo su lengua se llevaba la sangre.

Tenía los dientes algo rosas mientras sonreía—. Es aquí el casanova, que no tiene correa. Solo estaba bromeando.

—No estabas bromeando —intervino Elizabeth mirándolo con reproche—. Estabas siendo un cabrón. A propósito.

—Suéltame —exigió Nathan siseando, revolviéndose en los brazos de Jude—. Suéltame, tío, estoy bien. No voy a pegarle otra vez. —Después miró a Elizabeth, y esta tembló de los pies a la cabeza. «Que no se lo diga», pensó, que no quiera vengarse tanto como para decirle quién era ella.

Nathan debió de verle el miedo en los ojos, porque le sonrió con suficiencia, y después, sin dirigirle una sola palabra a nadie más, se dio la vuelta y se fue.

Jayden soltó a Dylan, que se estiró la chaqueta del traje, y Elizabeth contuvo el impulso de ir a golpearlo ella también. Lo que había hecho no tenía nombre. Era de mal gusto y estaba fuera de lugar. Pensó en el Dylan de hacía un rato, con el que ella había bromeado en su habitación mientras le había hecho el nudo de la corbata, y miró al Dylan que tenía enfrente, y no lo encontró por ningún sitio.

—¿Qué? —le preguntó. Los mellizos lo miraron solamente, como si quisieran advertirle que fuera cual fuese la guerra que estuviera peleando, lo dejara estar.

—¿Tenías que hacer eso? —Elizabeth se acercó a él, no quería que nadie más oyera la conversación.

Jude y Jayden decidieron separarse de ellos, mirando a Dylan como quien mira a un animal salvaje que puede revolverse en cualquier momento. Alguien pasó por su lado, alguien que Elizabeth no conocía, pero Dylan lo saludó como si no pasara nada.

La risa del chico la incendió como nitroglicerina.

—Para de hacer el gilipollas, por favor. ¿Es que quieres ganar un récord o algo así?

—Solo estoy siendo yo, rubia. La oveja descarriada. Y ahora silencio, que el jefe va a dar un discurso. —Dylan se dio la vuelta para mirar al escenario, dándole la espalda a ella—. Y no me lo perdería por nada del mundo.

Elizabeth no había sido consciente de que la gente se había estado concentrando alrededor del escenario y que las luces se habían dirigido hacia allí. La música de fondo había desaparecido, y un señor trajeado estaba subido al escenario, con un micrófono en la mano.

Dylan le estaba dando la espalda, no prestándole ya atención, y ella se sintió fuera de lugar. «Este pedazo de imbécil no necesitaba un psicólogo, necesita una personalidad nueva. Y quizá otro par de puñetazos más de Nathan», pensó.

«Estoy de tu parte, pero no cuando te pones así», quiso decirle.

Después sintió que sería una ridiculez quedarse a su lado como si nada hubiera pasado, porque ella no podía ayudarlo cuando se ponía así. Necesitaba respirar, y calmarse, antes de que pudiera decirle algo de lo que se arrepentiría después.

Así que, sin decirle nada, y mientras una voz empezaba a salir de los altavoces, anunciando que el *Better Than Sex Tour* comenzaba esa noche, ella caminó hacia la salida.

* * *

No le dio tiempo a alejarse mucho cuando se encontró con Jude en uno de los laterales del local, apoyado contra la pared, fumándose un cigarro distraídamente. Quiso alejarse, e irse hasta la esquina contraria, porque sentía que necesitaba un momento para ella, pero el batería la vio antes de que ella pudiera escaparse.

—¿Fumas? —le preguntó el chico, y ella negó con la cabeza—. Mejor. No empieces nunca. Es un hábito asqueroso.

Sintió ganas de reírse de repente, y quizá fuesen los nervios que llevaba acumulando desde hacía días, pero lo hizo. Después, sin saber por qué, se apoyó contra la pared de cemento al lado del batería. Los coches pasaban intermitentemente y, de vez en cuando, las luces iluminaban la cara del chico y ella podía ver mejor sus facciones. Estaba serio, y fumaba distraídamente, pero la tensión en su cuerpo era evidente.

Al contrario de lo que solía pasar con Dylan, el silencio que se instaló entre ellos, mientras Elizabeth suspiraba y Jude fumaba, no fue tenso. A pesar de que ella sabía que probablemente hubiera *paparazzi* vigilando la fiesta, y que debía estar alerta, la presencia del batería hacía que se relajase, como si esa masa de músculos y su semblante serio pudiese con todo.

—Eso ha sido divertido, ¿eh? —comentó ella, por decir algo, cuando sintió que estaba más tranquila. No hacía frío, pero el aire era húmedo y lo sintió en los brazos, envolviéndola.

Jude se rio.

—Nada que no haya visto antes con esos dos —contestó él.

Jude la miró de reajo, como si estuviera calibrándola.

—¿Puedo darte un consejo sobre Dylan?

Ella suspiró, mirando al cielo.

—Cualquier ayuda es bien recibida, créeme.

El batería rio un poco, una carcajada limpia, y después Elizabeth tuvo que mirarlo a los ojos porque sintió como él la estaba mirando. Sus ojos se veían verdes bajo la luz del neón de la noche, y las pestañas largas le hacían sombra sobre los pómulos.

—No te creas ni una sola cosa de lo que veas. Todo eso —Jude señaló la puerta del club—. Toda esa mierda que hace. No te creas nada.

—Es muy difícil no creérselo cuando lo hace a propósito.

—Esa es la cosa, bombón. —Jude negó con la cabeza, pasándose una mano por el pelo rapado—. Lo hace a propósito porque se piensa que es lo que tiene que ser. Pero no te quedes con eso.

«Yo no me tengo que quedar con nada. A mí todo eso me tiene que dar igual», pensó ella. Ella solo estaba ahí para hacer su trabajo, no para hacer manitas con Dylan. No para ser su amiga.

Algo se le revolvió en el estómago cuando se acordó de que ella había decido ser precisamente eso: su amiga.

—¿Y cómo lo haces tú? —pregunto Elizabeth de repente.

—Yo lo conozco desde siempre. Es casi como mi hermano. —Jude le dio una última calada al cigarro, apagándolo en la suela de su bota militar—. Había una chica, cuando íbamos al instituto, ya sabes. Era preciosa y yo me moría por salir con ella, pero estaba colgada por Dylan. ¿Sabes lo que hizo él? La invitó a salir, a pesar de que sabía que yo quería pedirle una cita.

Elizabeth contuvo el aire, porque no se lo podía creer. ¿Pero qué mierda le pasaba a Dylan con las chicas de los demás?

Jude solo se rio, negando con la cabeza.

—Lo odié durante días cuando me enteré. Y el capullo no paró de contarme a dónde la iba a llevar, qué iban a hacer. Casi le parto la cabeza. No recuerdo haberme peleado con él nunca como aquella vez.

—¿Y qué pasó?

Jude sonrió de lado, recordando con nostalgia.

—El muy capullo asustó a la chica. ¿Te lo puedes creer? La llevó a la peor cita de la historia. Hizo todo lo que está en el manual de joder citas. Lo

tenía todo planeado. —Jude avanzó hasta estar frente a ella, sacándole una buena cabeza a Elizabeth a pesar de que ella llevaba tacones—. Al final la chica me llamó, hecha un desastre, y fui yo quien la llevó a casa porque Dylan fue un capullo total con ella. Fue mi primer beso —añadió sonriendo, como si estuviera saboreando el recuerdo—. Lo que quiero decir con esto es que puede ser un cabrón, y puede que no veas por qué está haciendo lo que hace, pero siempre hay un motivo. Y en general, no suele ser malo. Mira más allá de lo que salga por ese pico de oro que tiene.

—Eso es lo difícil —murmuró ella.

—Y él lo sabe —le aseguró Jude—. Sabe que cuando empieza a soltar por la boca, los demás perdemos la paciencia. Solo tienes que conseguir mirar más allá.

—¿Por qué me cuentas todo esto? —Quiso saber la chica.

—Porque veo el bien que le haces, Elizabeth —aseguró el batería—. Puede que no te estés dando cuenta, pero le estás haciendo mejor.

—¡Uy, sí! Ya ves lo bien que me va. Casi le parten la boca ahí dentro, por si no te has dado cuenta.

—Eso lo iba buscando.

—¿Lo iba buscando?

—Estaba tan tenso que pensaba que se iba a dar cabezazos contra las paredes. Iba buscando distraerse con algo y ha ido a por el objetivo fácil.

«Mierda», pensó Elizabeth. ¿Por qué ella no lo había visto? Joder, ella era la psicóloga, se suponía que estaba ahí para hacer conexiones y darse cuenta de esas cosas.

—Y yo ni siquiera me he dado cuenta. Pensaba que solo estaba siendo un capullo.

—Es bueno engañando a los demás. Vive de eso.

—Ya, bueno, y yo vivo de leer a la gente. Debería darme vergüenza.

—No, estás aguantando el tipo, doctora. —Jude le sonrió, dándole una palmada en el hombro—. Pero esto acaba de empezar. —Miró tras ella, y debió ver a alguien, porque la cara le cambió y Elizabeth frunció el ceño, mirando a su espalda.

Dylan venía hacia ellos, dando grandes zancadas, echando prácticamente humo por la boca. Tenía las manos apretadas en puños a los costados y se había desatado la chaqueta del traje. Sus mejillas estaban ligeramente sonrosadas, como solía pasar cuando se alteraba.

—Hola, Dy —dijo Jude alzando la voz. Después la miró, y dijo solo para ella—: Os dejaré un rato. No te olvides de lo que te he dicho.

—Intentaré recordarlo —murmuró la chica, pero Jude ya estaba entrando al local, y lo más probable era que no la hubiese oído. Y encima la había dejado sola con la fuente de todos sus males.

La noche no podría ponerse mejor.

* * *

Dylan sentía el corazón en el labio, una distracción más que bienvenida, que le estaba haciendo dejar de pensar en nada más. Se había pasado, sabía que se había pasado, pero prefería aquello a acabar metiéndose en algún baño y enredándose en las mismas líneas blancas de siempre.

Además, pensó con amargura, mientras los mánager y productores sacaban barriga y se la chupaban unos a otros, comentando lo bien que iba a ir la gira, se lo tenía merecido. Había matado dos pájaros de un tiro. Él se había distraído un rato y Nathan le había pegado el puñetazo que le debía.

Dios, le debía muchos más.

El dolor lo centró durante un rato y por unos momentos no fue capaz de pensar en nada más, mientras fingía que escuchaba a la gente y aplaudía en los momentos oportunos. Pero después, cuando se encontró más calmado y sintió que podía pensar con claridad, se dio la vuelta para hablar con Elizabeth y no la encontró.

No iba a disculparse, porque aquello arruinaría su fachada. No iba a pedir perdón, porque él ya la había advertido de que trabajar con él sería una tarea dura, y que podría llegar a ser un gilipollas.

Solamente iba a decirle algo, cualquier cosa, por sentir que la tenía al lado y reconfortarse con su presencia, cuando se dio cuenta de que la chica no estaba. Dylan giró en redondo sobre sus talones, y la buscó con la mirada por todos lados.

Mierda.

¿Se había ido?

¿Se había ido y lo había dejado solo?

¿Cuánto rato hacía que se había ido?

Las preguntas empezaron a agolparse en su mente, mientras todo a su alrededor se volvía una masa borrosa. Mientras avanzaba hasta la salida, se

imaginó que la chica ya estaría en cualquier taxi de camino a su casa, para coger la maleta, y después volver a donde pertenecía.

«Te lo has ganado. ¿Qué esperabas? ¿Comportarte como el imbécil más grande del planeta y que no tuviera consecuencias? Que los demás te aguanten no significa que ella lo vaya a hacer», se dijo. Jude y Jayden solo lo aguantaban porque lo llevaban haciendo desde siempre. Nathan, porque estaba condenado a hacerlo.

Pero ella no tenía por qué quedarse. A pesar de que había firmado un contrato, podría largarse en el momento que le diera la gana... y quizá ese momento había llegado.

Salió fuera del local empujando gente, sin darse cuenta de qué hacía, a toda prisa. Para cuando llegó fuera y la vio tranquilamente hablando con Jude, Dylan sintió que quería matarla.

Se llenó de alivio al verla, porque no se había ido. Jesús, no se había ido, pero también se llenó de rabia, porque le había dado un susto de muerte. Estaba nervioso, agotado, enfadado y le dolía la boca.

Quería pelea, y quería sexo, y quería morirse, todo a la vez.

Quería evitar meterse algo con todas sus fuerzas, y se le estaban acabando las ideas.

Jude pasó junto a él, pero Dylan solo tenía un objetivo. Cuando llegó a la altura de la chica, esta lo miró con desinterés.

—No vuelvas a desaparecer así —le advirtió el músico.

—Ahora ya sabes lo que se siente —contraatacó ella.

Se quedaron mirándose un segundo, en una batalla de voluntades, y Dylan quiso besarla, porque estaba guapa cuando se cabreaba, pero, por Dios, quería odiarla también. Quería conseguir que lo perdonase, dormir abrazado a ella y olvidarse de todas sus pesadillas para siempre, pero eso era mucho pedir.

—Se supone que tu trabajo es vigilarme.

—Te recuerdo diciéndome que no teníamos por qué tomarnoslo al pie de la letra —se burló ella.

—Deja de reírte de mí.

—No te gusta que te hagan lo que haces, ¿eh? Eres un bromista que no sabe encajarlas. Típico de un niño.

Dylan se quedó parado en el sitio, porque no se esperaba eso. Hasta entonces ella casi nunca había entrado al trapo, y él había podido ser quien tomase las riendas de las conversaciones. En ese momento, esa Elizabeth parecía diferente.

Sabiendo que no llegarían a ningún sitio, se acercó un paso más a ella, queriendo invadir su espacio personal. La chica solía retroceder siempre que el músico hacía eso. No esa vez. Elizabeth lo miró exasperada, con las manos crispadas a ambos lados del cuerpo.

—¿Por qué estás siendo así conmigo?

—¿Por qué estás siendo así con tus amigos?

—¿Así va a ser esto ahora? ¿Responder a preguntas con más preguntas?

Ella se encogió de hombros

—Tú sabrás, Dylan.

—Te dije que sería así —se defendió él—. Te dije que...

—Ya sé lo que me dijiste. —La chica se pasó las manos por el pelo, como si estuviera frustrada, pero no levantó la voz. Después miró más allá de Dylan, por donde había desaparecido Jude, y el músico vio como cerraba los ojos y luchaba por calmarse.

Cuando los volvió a abrir parecía que el fuego de la pelea se le había calmado un poco.

—Ya sé lo que me dijiste, ¿vale? Pero eso no te justifica. Puede que tus motivos sean nobles, ¿sabes? Todo eso que me dijiste de salvar a tus amigos, pero ¿cómo te comportas? Lo echas todo a perder cuando abres la boca.

«¿Y te crees que no lo sé?», quiso preguntar Dylan, sintiendo que se ahogaba al oír todas sus verdades en la boca de la psicóloga. Lo que ella le estaba dando era un bofetón de realidad, pero quizá era hora de que alguien le dijera las cosas claras.

—Jude dice que no me crea nada de lo que dices. Dice...

—¿Qué dice? —murmuró Dylan.

—Da igual.

La chica dio una vuelta sobre sí misma como si no supiera qué hacer con la situación que tenía delante. Después se acercó hasta el músico, hasta estar frente a él, y estiró la mano. Dylan cerró los ojos tras los cristales, porque no sabía si iba a pegarle o a acariciarlo, pero cualquiera de las dos cosas sería bien recibida.

Para su sorpresa, ella solo le quitó las gafas.

—Mírame —exigió.

Dylan abrió los ojos, y la vio por primera vez en toda la noche sin los cristales opacos. Tenía las mejillas sonrosadas por el enfado, y los ojos grises, siempre grises cuando estaba enfadada.

—Dime por qué has hecho eso.

Dylan fue a abrir la boca, pero ella lo interrumpió

—Y más vale que te pienses la respuesta, porque no estoy para aguantar más de tus tonterías, Dylan.

«La verdad. Decirle la verdad», pensó. Era tan extraño como novedoso, justo como estar sin gafas cuando estaba cerca de ella. Quizá decirle lo que sentía sería igual que eso: raro al principio, y una necesidad después.

—Necesitaba distraerme. Tenía... No quería..., ya sabes.

—No, no sé.

Dylan gruñó, y fue a morderse el labio de abajo, como hacía siempre que se ponía nervioso, pero entonces se acordó de que tenía una herida.

—No quería ir a pillar nada de nadie, Elizabeth. Así que tenía que distraerme... con cualquier cosa.

Por la cara de asombro que puso la chica, no era lo que esperaba oír. Elizabeth dobló con cuidado las gafas y se las colocó en el bolsillo de la chaqueta. Después suspiró y le puso una mano en la mejilla. Dylan contuvo la necesidad de cerrar los ojos ante el contacto.

—Lo siento —contestó ella.

—No es culpa tuya.

—Es culpa mía, porque debería saber que era eso lo que te estaba pasando.

—Yo no te he dicho nada —argumentó él en un susurro.

Elizabeth suspiró y retiró la mano de su cara, pero la caricia siguió ahí, en la piel de Dylan, durante un rato. La chica se alejó unos pasos, como si necesitara respirar, dándole la espalda al músico. Dylan se acercó y le habló por detrás.

—Vaya pareja estamos hechos, ¿eh?

Elizabeth saltó en el sitio, como si no se hubiera esperado su cercanía. Quiso pedirle perdón, pero tuvo la sensación de que vivían pidiéndose perdón y él quería salir de ese círculo sin sentido.

—¿Por qué no hacemos una cosa? La próxima vez que vaya a hacer algo estúpido, te hago una señal y me sacas de donde estemos.

Elizabeth lo miró por encima del hombro, entre divertida y confundida.

—¿Una señal secreta?

—Como los espías —murmuró él sonriendo. El labio le dio un pinchazo, pero valió la pena por verle la cara a la chica.

Elizabeth lo miró con severidad durante un segundo, sin decir nada, y Dylan sintió el peso de todos sus pecados en esa mirada gris llena de acero.

—Creo... —contestó ella sonriendo levemente— que es la mejor idea que has tenido en mucho tiempo, jovencito.

Y por primera vez en toda la noche, Dylan tuvo por qué reírse de verdad.

Capítulo 13

*You made a deal, and now it seems you have to offer up...
But will it ever be enough?*
Rabbit Heart (Raise It Up), Florence + The Machine

—¿A qué estamos esperando?

A la mañana siguiente, Jayden fue el último en llegar al sitio acordado con Mark y Seb para subir al autobús. A Dylan no le extrañaba en absoluto. Aunque él se había marchado a casa con Elizabeth pronto y no les había seguido la pista a los demás, sabía que seguramente Jayden había sido el que se había quedado hasta el final. En ese momento, mientras Dylan estaba apoyado contra uno de los laterales del bus, fumándose un cigarro a medias con Jude, miró a Jayden fruncir el ceño, totalmente perdido.

—A que Elizabeth revise el bus —contestó Jude.

—A que Elizabeth revise el bus. Claro —repitió Jayden asintiendo, aún medio dormido, como si tuviese todo el sentido del mundo. Se pasó las manos por la cara y después por el pelo, intentando despertarse del todo. Después, cuando se dio cuenta de las palabras que habían salido por su boca, volvió a preguntar—. ¿Que Elizabeth está haciendo qué? —Su voz ya no era tan calmada, parecía más despierto.

—Ya sabes. Abrir armarios y cajones. Y maletas —explicó Dylan, que ya había pasado por ese proceso hacía unos días en su propia casa y no le había sorprendido en absoluto cuando Elizabeth y Mark habían subido al bus en busca de cualquier sustancia ilegal. Dylan no recordaba haberse dejado nada en él, pero quién sabía. Lo mismo quedaba algo. El escalofrío que le recorrió la espalda al pensarlo y la picazón en la nuca le recordaron que era mejor que Elizabeth lo encontrase y no él, ya que tenía la sensación de que no lo haría desaparecer del mismo modo que la psicóloga.

—Y maletas —volvió a repetir Jayden—. Tío, mi maleta está en el bus.

—Las nuestras también —comentó su hermano.

—Pe-pero... —Jayden pareció preocupado durante un segundo, aunque Dylan sabía que no llevaba nada ilegal en su maleta. No recordaba la última vez que había visto a Jayden fumarse un cigarro, por el amor de Dios. Después de un segundo, sonrió ampliamente, como un niño que ha recordado una travesura—. Tengo un montón de porno bajo mi litera.

—Lo sabemos —añadió Dylan con una sonrisa.

Jayden acabó por encogerse de hombros, mirándolos a ambos como si estuvieran locos por estar tan tranquilos, pero ¿qué iba a hacer Dylan al respecto? Entendía la postura de Elizabeth. Ese bus era el mismo que habían llevado en la gira anterior, y en él no solo vivirían ellos cuatro..., no, cinco, si contaba a la chica, durante los próximos dos meses, sino que también estaba Seb, que conducía, y a veces incluso se quedaba Mark. Eso era mucha gente en un espacio pequeño y ella tendría que reducir las posibilidades al mínimo. Y más después de lo que Dylan le confesó la noche anterior.

—¿Y Nathan? ¿Por qué no está aquí quejándose de semejante violación a su intimidad? —preguntó Jayden al cabo de un segundo.

—Oh, está. —Jude tiró el cigarro al suelo y lo aplastó con su bota de motero.

—Está dentro. Se ha negado a dejar a Elizabeth revisar sus cosas sin su supervisión —dijo Dylan, recolocándose bien las gafas sobre el puente de la nariz.

Jayden se rio.

—Debe de estar de los nervios, puto maniático.

Jude soltó una carcajada.

—Sí. Ha sido muy gracioso verlo entrar persiguiéndola y echando pestes por la boca.

—Mierda, y me lo he perdido.

—Si no fueras tan vago... —argumentó su hermano.

Dylan iba a preguntarle con quién se había entretenido la noche anterior —porque seguro que había sido por algún par de piernas por lo que llegaba tarde— cuando la puerta del bus se abrió y Nathan bajó echando humo.

—No me lo puedo creer —murmuró entre dientes, enfadado.

Se pasó las manos por el pelo largo y caminó a grandes zancadas, alejándose de las tres marujas que estaban apoyadas en el bus. Mark salió tras él con cara extraña. Dylan no sabría decir si el mánager estaba cabreado o aguantándose la risa.

—No es culpa de ella —le advirtió Mark en voz lo suficientemente alta para que el bajista lo oyera a pesar de estar a unos cuantos metros de distancia. El aparcamiento donde estaba el bus estaba completamente vacío, solo otro par de autobuses más, de la misma compañía, estaban aparcados, así que la voz de Mark pareció llegar a todas partes.

—¡No tiene ningún derecho!

—Tiene todo el derecho del mundo, Nathan.

—Pero aquí el único que tiene un problema es Dylan.

Dylan puso los ojos en blanco mientras oía el intercambio. Nathan hablaba haciendo molinillos con los brazos, y mientras Mark intentaba calmarlo, el bajista se encendió un cigarro y lo miró con ojos pequeños como dagas. Deseando clavarle un montón de alfileres en la cabeza, imaginó Dylan.

Dylan no necesitaba que nadie le dijera lo que había encontrado en el alijo que Nathan llevaba. Probablemente no fuera mucho, algunos porros, una botella de Bourbon, pero todo tenía que desaparecer. Cualquier cosa era un peligro potencial para el cantante, porque su voluntad era débil. «Incluso así, incluso así lo estoy jodiendo», pensó.

—Esto es una puta cárcel. Ni siquiera voy a poder fumarme un cigarro en paz, joder —Nathan se lo dijo a Mark, pero estaba mirando a Dylan, y este lo entendió perfectamente.

«Es culpa tuya», quería decir esa mirada. «No te conformas con hacerme la vida un infierno, con robarme la música y la chica, ahora también me obligas a renunciar a los vicios.»

—Cálmate un poco, ¿quieres? Sabes que hay fiesta después de cada concierto, no lloriquees. No te vas a morir porque te tire dos mierdas.

—Era mi mierda y...

Nathan se calló cuando Elizabeth salió del bus, bajando las pequeñas escaleras, y los miró a todos con la barbilla alta. El sol era fuerte porque era casi mediodía, y ella usó la mano de visera. Si sintió la mirada envenenada del bajista, la ignoró. Dylan le dio puntos en su mente, ya que a él mismo le costaba esquivar esa mirada muchas veces.

—Todo limpio —anunció, y Dylan creyó escuchar a Nathan bufar, pero lo mismo se lo había imaginado.

La chica terminó de bajar y se acercó hasta Jayden, que era el que tenía más cerca.

—Aunque la cantidad de porno bajo tu litera es preocupante —dijo dirigiéndose al guitarrista.

Dylan sintió un pinchazo de envidia atravesarle la barriga, porque ella era capaz de bromear y hablar de forma relajada con los mellizos, pero no con él.

—Un hombre tiene sus necesidades —contestó Jayden, y Dylan observó cómo Elizabeth ponía los ojos en blanco, pero casi tenía una sonrisa en la boca.

—Por lo que tengo entendido, tus necesidades son cubiertas a menudo.

—Tengo *muchas* necesidades. —Jayden le guiñó un ojo y Dylan quiso gruñirle en advertencia, porque aquella chica no era como todas las chicas con las que el guitarrista ligaba. Aquella chica era diferente, era mejor que todos ellos, y se merecía algo más.

—Además —añadió Jayden—, me paso meses encerrado en ese trasto con cuatro tíos semidesnudos. Uno no puede olvidar sus prioridades.

—Dios nos libre de pensar que eres gay —contestó Mark acercándose y sumándose a la conversación. Nathan se había quedado alejado, fumando, dándoles la espalda a todos.

Eso representaba muy bien el estado de la banda, pensó Dylan sin venir a cuento. Ellos bromeando, Nathan enfadado, Dylan buscando soluciones en su cabeza que nunca llegaban a ningún sitio.

—Sí, sí, vosotros quejaos..., pero sé que echáis mano de mi alijo a escondidas, cabrones —murmuró Jayden señalándolos a todos, medio divertido, medio cabreado.

—Yo no toco tus cosas, Jay —dijo Dylan queriendo participar en la conversación. Elizabeth lo miró alzando las cejas y Dylan tuvo que sonreírle un poco. Solo un poquito. Solo hasta ver como las comisuras de la boca de la chica se arqueaban hacia arriba.

—Y por eso te quiero tanto —suspiró Jayden lanzándole un beso.

Mark se rio y fue a añadir algo, pero entonces Seb dio la vuelta al bus, apareciendo por el frente.

—Todo a punto. ¿Salimos ya o qué? —El acento latino de Seb era marcado, a pesar de que el guardaespaldas y conductor de la banda llevaba más de veinte años en el país. Debía tener alrededor de los cuarenta, y Dylan sabía, por las conversaciones interminables que había tenido con él cuando las pesadillas no lo dejaban dormir, que tenía una hija adolescente que vivía con su exmujer. El hombre era grande y tenía la piel oscura; en algún momento había perdido el pelo y tenía bolsas bajo los ojos, pero siempre les sonreía. A veces los trataba como si fueran sus hijos.

—Venga, vagos. Tenéis que estar en Dallas mañana por la tarde —los apresuró Mark.

Jude gruñó por lo bajo, Jayden se quejó. Dylan suspiró.

—No nos puedes hacer entrar tan contentos a ese trasto. Veinte horas seguidas, menuda muerte —se quejó Jude.

—Más de veinte, si cuentas las paradas.

—Eso, tú anímame.

—Venga, tenéis sitios en los que estar de aquí a mañana —insistió Mark.

—Para ti es fácil decirlo. Tú vuelas directo, cabrón.

Mark le sonrió como un gato.

—¿Qué puedo decir? Ventajas de tener que organizar a una docena de bandas. Os veo en unas horas, chicos.

Mark chocó las manos con todos, y miró de soslayo a Nathan, que no se acercó. Le sonrió un poco a Elizabeth y esta le asintió con la barbilla, pero el mánager no la tocó, y el nudo que Dylan no sabía que tenía se le soltó en el estómago. Estaba empezando a volverse posesivo sobre algo que no era suyo..., genial. Como si no tuviera ya bastante con lo que tenía.

Jayden y Jude entraron al bus los primeros, protestando por lo bajo. Nathan se dio la vuelta, tiró la colilla a ninguna parte y miró a Elizabeth. Esta le devolvió la mirada, y Dylan no pudo evitar pensar que había algo ahí, alguna clase de reto que él no entendía, aunque quizá fueran imaginaciones suyas. Joder, esos dos se parecían lo suficiente como para que el cielo se congelase antes de que cualquiera de los dos se rindiese en esa batalla de miradas. Ojos azules clavándose en ojos azules, todos sus errores en un lado, todo lo que quería hacer bien en el otro. Dylan sintió que todo aquello era una ironía cósmica.

Nathan sonrió un poco, una microsonrisa que Dylan podría haberse imaginado, mientras caminaba hacia ellos y después subía las escaleras, desapareciendo dentro del bus. Cuando estuvieron solos, Elizabeth pareció encogerse un poco, como si respirase más fácil y todo aquello no hubiera sido más que una gran fachada.

Dylan, que estaba aún apoyado en el sitio más alejado, se separó de la pared metálica y fue hasta ella. Quiso pasarle el brazo por el hombro, como haría con sus amigas, si las tuviera; quiso meterle el mechón de pelo que se le había escapado del moño tras la oreja; quiso tocarla de algún modo, pero no supo cómo, ni si se le permitiría, así que, en lugar de hacerlo, le dio un toque amistoso con el hombro.

—¿Estás preparada para pasar horas interminables en este trasto?

Elizabeth lo miró de reojo como si fuera la primera vez que lo viera en toda la mañana. Después miró al gran autobús rojo.

Se encogió de hombros, quitándole importancia al tema, pero Dylan podía ver que no estaba demasiado entusiasmada con pasarse horas en un autobús encerrada, rodeada de chicos. Qué decía horas, días.

—La habitación del fondo es tuya, por supuesto. Solemos turnárnosla, porque es la única cama de verdad que hay hasta que no nos toca noche de hotel, pero es para ti. Ya sabes que no te vamos a molestar ahí dentro —le aseguró el músico, ante la cara que había puesto ella.

—No es eso. —Elizabeth negó con la cabeza, y cuando habló había algo tiñéndole la voz. Algo que era sólido y tangible, pero que a Dylan se le escapaba entre los dedos—. Es que no entiendo por qué no voláis directamente hasta Dallas, como Mark —explicó Elizabeth.

No era eso, pero lo dejó pasar. Esa chica era todo enigmas, y él los iba a averiguar, pero ya tendría tiempo para eso. Sin ir más lejos, tenía más de veinte horas que perder en ese dichoso cacharro.

Dylan se encogió de hombros.

—Es más fácil movernos en bus una vez que empezamos la gira, y Mark probablemente se una a nosotros después. Hay otro bus con todo el equipo que ya habrá salido. Nos los encontraremos por el camino.

Ella solo asintió, pero Dylan sintió que la tenía a kilómetros de distancia.

—Venga, vamos. Que me muero por volver a tumbarme en las literas claustrofóbicas.

—Qué exagerado eres.

—Eso lo dices porque tú duermes en la cama grande.

Dylan cerró la puerta del bus tras ellos, y sintió que algo iba a pasar. Después de todo, uno no se recupera de una adicción y empieza una gira, mete a su loquera en un bus con cuatro tíos más, y tiene fe en que todo saldrá bien.

* * *

El autobús no era tan grande como Elizabeth los recordaba. Claro que la última vez que Elizabeth había estado dentro de uno fue a los doce años y medía la mitad que en ese momento.

«Era eso», se dijo a sí misma mientras revisaba el bus. Un comedor cocina, sofás y una pantalla de televisión del tamaño de un cine privado. A un lado del comedor, la cabina del conductor con dos asientos, donde Seb ya estaba sentado. Al otro lado, el pasillo con literas a ambos lados y un aseo. Al fondo del todo, una puerta corredera, y la única habitación con una cama de verdad. Todo el autobús estaba hecho en esa clase de maderas falsas brillantes que le recordaba a Elizabeth al interior de un coche, y no a una casa, por mucho que tuviera habitaciones y electrodomésticos.

«Era eso», se repitió, y no la familiaridad de todo lo que tenía a su alrededor. Volver a estar metida en un autobús haciendo carretera por el país, con el zumbido del motor de fondo, con la tele que nadie estaba viendo, los ronquidos de los músicos y el olor a desodorante de hombre.

Un escalofrío la recorrió de arriba abajo mientras veía como Jude y Nathan se sentaban en el sofá, y Jayden iba hasta el pasillo de las literas. Dylan se apoyó contra uno de los mostradores de la cocina.

—No irás a acostarte otra vez, ¿verdad? —le preguntó Jude a su hermano.

Jayden se desperezó, estirándose como un gato. La camiseta se le subió y Elizabeth fue capaz de ver músculos sobre músculos. Jayden sonrió, como un niño que se ha dado un atracón de chocolate.

—Por supuesto. No he dormido una mierda esta noche.

—Acuérdate de llamar a mamá en un rato. No sabe nada de ti desde hace un par de días.

—Vaaale.

—Lo digo en serio.

—Lo que tú digas, pequeñajo.

Nathan puso los ojos en blanco mirando su teléfono, y Dylan murmuró por lo bajo:

—Oh, no. Otra vez no.

La respuesta de Jude fue instantánea

—Yo soy el mayor.

—Por dos minutos —replicó Jayden desde la litera.

—Eso cuenta.

—Sí, claro. ¿Eso es lo que les dices a las chicas en la cama?

Jude se levantó de un salto y fue a por su hermano, pero Jayden se estaba riendo como un maniaco, así que Elizabeth asumió que no había nada de lo que preocuparse. Quiso sentirse relajada porque aquellos dos solo inspiraban eso,

pero estaba tensa como una cuerda de violín, y sentía que se rompería en cualquier momento.

¿Qué hacía ahora?

Eran las doce del mediodía y tenía todo un día por delante hasta que saliera de allí. Miró a Dylan, apoyado contra uno de los mostradores de la cocina, con las gafas puestas y la mirada fija en ninguna parte. Ella estaba de pie en el centro, observándolos a todos, sintiéndose fuera de lugar, queriendo estar en cualquier sitio excepto allí.

Se acercó hasta él, porque, aunque no debería, su cercanía la consolaba. Había revisado todo el autobús de arriba abajo, y, aparte de un par de porros y alguna botella de alcohol, no había encontrado nada. Casi había esperado cierta resistencia del cantante, la misma reacción distante de la última vez, pero en esa ocasión la había sorprendido con un asentimiento de cabeza, como si no se fiase de sí mismo. Como si de verdad se arrepintiera de su comportamiento de la noche anterior y no tuviera ninguna intención de repetirlo.

Hablando de eso, Dylan tenía el labio aún ligeramente rojo, una pequeña costra en el lado. Tenía suerte de que no le hubiera salido ningún morado. Nathan no tenía pinta de golpear suave.

—¿Estás bien? —le preguntó, sintiendo una urgencia repentina de saber qué estaba pensando.

—Cojonudo. —Dylan se encogió de hombros y le dedicó una de esas sonrisas suyas.

—¿Estás siendo irónico otra vez?

Elizabeth frunció el ceño mientras lo revisaba, pero con las gafas puestas era imposible saber si decía la verdad o se estaba riendo de ella. El chico llevaba el pelo completamente hacia abajo, negro como la pantera que tenía tatuada en la espalda, y Elizabeth se acordó sin querer de lo suave que lo tenía. Cerró las manos en dos puños al lado de su cuerpo y se obligó a relajarse.

«Respira, tienes una habitación para ti sola», se dijo a sí misma. Ciertamente, era la única habitación con armario, así que las maletas de todos estaban ahí, y no sería tan privado como a ella le gustaría. Los chicos tendrían que entrar y salir para coger sus cosas, pero ella era la única que tenía una cama de verdad. No iba a quejarse.

—¿Estás seguro de que estás bien?

Dylan soltó una carcajada.

—Tranquila. Ve a descansar un poco, tenemos un buen rato por delante. Creo que yo también voy a tumbarme.

Elizabeth quiso decirle que la llamara si las pesadillas volvían, pero Dylan en realidad no sabía que ella lo sabía, y no tenía ni idea de si le molestaría, así que solo asintió con la cabeza, y, recordándose a sí misma que había decidido ser su amiga, le dio un toque amistoso en el brazo. Dylan miró los dedos sobre su antebrazo y le sonrió, esa vez una sonrisa de alto voltaje.

—Te llamo cuando paremos para comer algo —le aseguró el músico.

—Vale.

Elizabeth le devolvió la sonrisa y fue hasta la que sería su habitación durante el verano. Jayden roncaba suavemente al otro lado de la cortina de su litera y ella pasó de puntillas, aunque tenía la sensación de que el chico no se despertaría ni aunque cayeran bombas. Abrió la puerta marrón corredera de la habitación y encendió la luz.

La habitación no tenía mucho, aparte de una cama de matrimonio y un armario donde las pertenencias de todos estaban amontonadas y mezcladas.

Elizabeth se quitó los tacones y se dejó caer en la cama, mirando al techo negro del autobús. El zumbido del motor la adormiló mientras pensaba en el pasado y se acordaba sin querer de su padre, de las giras y de las veces que había dormido en una habitación exactamente como esa.

Al principio, recordó, había compartido la habitación con su padre. Cuando era muy pequeña, Ryan y ella habían dormido en la cama de matrimonio. Recordaba a su padre tocando la guitarra mientras ella lo observaba sentada en la cama, abrazada a un peluche azul eléctrico que siempre la acompañaba; después, cuando Elizabeth había sido más grande, su padre le había dejado toda la habitación para ella, y él había dormido en una de las literas. Por supuesto, Ryan Reed no tenía una banda como Kill Me On Saturday, pero a pesar de ser un solista, tenía músicos que llevaba con él durante la gira y viajaban en el mismo autobús.

Elizabeth recordó todas sus caras, recordó sus olores y sus tatuajes. Como un gigante que había permanecido dormido en su memoria, recordó de golpe cómo la habían enseñado a jugar a las cartas y también a pintarse las uñas. Recordó cómo la ayudaban con el pelo y la llevaban en brazos cuando se cansaba de andar.

El corazón de la chica latía a mil por hora, mientras los recuerdos de una vida pasada volvían todos de golpe, y ella quiso olvidarlo, enterrarlos de

nuevo junto a su padre muerto, justo como habían estado hasta ahora, pero le resultó imposible.

Al final se quedó dormida sin darse cuenta, el zumbido del motor del bus fue como una nana que la meció entre un mar de recuerdos.

* * *

Se despertó horas después, desorientada.

Se sentó de golpe en la cama, pasándose las manos por la cara. Su teléfono decía que era pasada la media tarde, y que ella había dormido más de lo que pretendía. Suspiró y se puso de pie, encendiendo la luz. Tardó un par de segundos en acostumbrarse, y después se estiró la camisa azul, aunque se rindió enseguida. Estaba arrugada más allá de lo que ella podía arreglar.

Abrió la puerta corredera con cuidado, porque no quería despertar a nadie en caso de que hubiera gente dormida en las literas. Escuchando voces que provenían del comedor, caminó descalza hasta allí.

Se encontró con Jude y Jayden sentados en el sofá jugando a un videojuego que era una pantalla borrosa detrás de otra, demasiado rápido para que ella distinguiese qué era.

—Hola —la saludó Jayden, mirándola de reojo un segundo, volviendo después la vista a la pantalla—. La bella durmiente ha vuelto a la vida.

—¿Cómoda la cama? —bromeó Jude.

Una flecha de culpa le atravesó el estómago al pensar que estaba rompiendo sus rutinas, y que ellos iban a tener que pasar el verano en esas literas enanas. Ellos, precisamente, que eran enormes.

—Podemos cambiar lo de la habitación si queréis... No ha sido idea mía y...

—Tranquila, bombón. Prefiero no ver con qué duermes. —Jude la miró con una sonrisa un segundo y después, volviendo su atención al videojuego, murmuró—: Serás cabrón. Eso no vale.

—Más vale que estés pendiente o te pienso dar una paliza.

Algunos gruñidos e insultos dignos de un marinero después, la partida había terminado. Jayden se levantó haciendo un pequeño baile de la victoria, lanzándole el mando de la consola a su hermano. Se acercó hasta Elizabeth, que seguía de brazos cruzados, insegura de qué hacer.

Miró hacia el fondo y vio que Nathan estaba sentado al lado de Seb, pero Dylan no estaba a la vista. Asumió que estaría dormido en las literas. Después de todo, aquel sitio no era tan grande como para perderse.

—Te hemos guardado un sándwich vegetal. Está en la nevera. También tienes agua, refrescos y eso. Coge lo que te apetezca —le comentó Jayden mientras pasaba por delante de ella y abría un armario. Sacó una caja de cereales y se los empezó a comer metiendo la mano directamente en el paquete y después llenándose la boca.

—Gracias —contestó.

Ella debió de mirarlo de forma graciosa, porque Jayden se encogió de hombros masticando sonoramente. Entonces el estómago de la chica rugió; en realidad, tenía hambre. Fue hasta la nevera para coger la comida y después se sentó en una de las pequeñas sillas plegables que tenía la mesa del centro de la cocina.

Abrió cuidadosamente el paquete de plástico mientras Jayden volvía a sentarse junto a su hermano. Masticó su sándwich despacio, y los observó mientras ellos discutían sobre por qué Jude había perdido la partida al videojuego y que tácticas tenía que usar si quería vencer al —dicho por el propio Jayden— «puto amo».

—Así que... —le dijo de repente Jude— ¿te has pensado lo que te dije?

La pregunta la pilló por sorpresa, porque allí había un montón de gente que podría escucharlos hablar... Y estaban hablando de Dylan a sus espaldas.

Ella asintió, masticando.

—Bien —fue todo lo que Jude contestó.

—¿Qué le has contado? —Jayden los miró como el que veía un partido de tenis.

—Ya sabes, solo que Dylan tiende a hacer el imbécil cuando se siente acorralado.

—Oh, eso. —Jayden meneó la cabeza; su pelo rubio, un aura dorada que lo envolvía—. Más vale que te acostumbres —le advirtió.

—Lo sé. Tiene un mecanismo de defensa curioso —contestó ella.

—Cómo se nota que ha estudiado. ¿Ves? Esa es la clase de chicas que me ponen. Empezáis a soltar todas esas palabras de bibliotecaria...

Jude le dio un golpe a su hermano en el brazo.

—¿Qué? Es verdad. No me digas que a ti no te pasa.

—Ese no es el tema. —Jude tuvo que reírse a pesar de todo—. Vas a hacer que se sienta incómoda.

—No, el bombón ya está acostumbrado a mí a estas alturas, ¿a qué sí, nena?

Elizabeth sonrió un poco, pero no le dio importancia al piropo; en vez de ponerse roja hasta las raíces del pelo, el comentario, de alguna forma, le hizo pensar en que esos dos conocían a Dylan desde pequeño, que habían ido juntos al instituto y que, prácticamente, se habían criado juntos.

—Vosotros fuisteis los que formasteis la banda, ¿verdad? —preguntó de repente, cambiando completamente de tema.

Los mellizos le sonrieron a la vez.

—Sí —respondieron al unísono.

—¿Cómo era Dylan entonces? —Elizabeth se moría de curiosidad, porque, aunque el chico tenía muchas caras, ella seguía sintiéndolo incompleto. Como si estuviera vacío de algo que no conseguía encontrar.

Los hermanos compartieron una mirada cómplice, y se movieron ligeramente en el sofá para mirarla de frente. Elizabeth no pudo evitar notar que el mueble parecía haber encogido desde que los dos estaban sentados en él. No le extrañaba, tenía a un par tipos, de casi dos metros cada uno, encima.

—Era más o menos como ahora. Pero diferente —contestó Jude.

—¿Sabes esa manía de responderte con alguna gilipollez cuando entras en terreno complicado? —preguntó Jayden.

La conocía.

—Sí.

—Pues igual, pero sin todo ese rollo de las gafas y no saber qué mierda piensa. Dylan siempre ha sido un tipo hablador, ¿sabes? Se pasaba horas hablando. Sabías todo lo que pensaba de todo, incluso de cosas que preferías que se callara.

Había sido un poco así, sin filtro, cuando había estado en la clínica. Desde que habían salido, el chico se había cerrado en banda y era más difícil hacerlo hablar de cualquier cosa. Miró a los hermanos y se preguntó si estaría bien preguntarles por su pasado, por su casa. Por sus padres, y por las pesadillas. Ellos tenían que saberlo, se dijo. Pero era sobrepasar un poco la línea entre lo que estaba bien y lo que no era ético.

Así que preguntó por otra cosa.

—¿Ya consumía cuando erais críos?

—No. —Jude miró a ambos lados del bus antes de seguir hablando, como si no quisiera que nadie lo escuchase—. Tenía mucho dinero, ¿sabes? Siempre fue un niño rico y podía permitirse lo que le diera la gana, pero normalmente

usaba el dinero con nosotros..., para que pudiéramos salir todos. Nosotros no teníamos mucho por aquel entonces. ¿Que si nos fumábamos algún porro de vez en cuando en alguna de las fiestas de instituto a las que íbamos? Sí, pero nunca fue más allá.

Jayden asintió con la cabeza, corroborando la historia de su hermano.

—Quizá lo hacía a vuestras espaldas —comentó ella.

Si lo que sabía de Dylan era verdad, lo más probable es que el chico buscara alguna manera de escapar a todo lo que estaba viviendo en casa.

—No —contestó muy serio Jude. El gesto hizo que pareciera un soldado, con el añadido del pelo rapado y el ceño fruncido—. Ni siquiera cuando empezó con la coca se escondía de nosotros, doctora. Nunca jamás se ha escondido para hacer lo que hace. Es como... como si sintiera que mereciera hacerse daño.

—Sí, sé que eso es lo que piensa, pero ¿por qué? —Elizabeth dejó el sándwich sobre el paquete de plástico que lo contenía. Sabía que no debía hablar de los asuntos privados de Dylan con nadie, pero estos eran Jude y Jayden, no eran dos extraños, y ella necesitaba alguna pista—. Quiero decir, sé que se siente culpable por el asunto de la discográfica, y que os convenció para firmar el contrato. Pero no me parece que estéis tan mal, la verdad. ¿De dónde le viene toda esa culpa?

Los hermanos se miraron entre ellos, como si estuvieran hablando un lenguaje secreto que ella no entendía. Estaban, comprendió, decidiendo hasta dónde podían hablar.

—Lo que tienes que entender es que Dylan no ha tenido una vida fácil. Va por ahí haciéndose el gracioso y haciéndote ver que no pasa nada, pero arrastra mucha mierda que no ves.

Jude se calló un segundo, y Jayden lo miró a la espera de que su hermano continuara. Cuando no lo hizo, fue él quien intervino.

—No fue hasta que conocimos a Mark —confesó Jayden en un murmullo. Ella se echó hacia delante para oírlos mejor, empapándose de todo lo que le estaban contando—. Fue después de firmar el preacuerdo, ¿te acuerdas, Jude? Volvimos a casa todos, a contarle a nuestra madre que habíamos firmado con una discográfica, y Dylan hizo lo mismo, aunque...

—¿Aunque qué?

—Aunque en casa nadie lo apoyaba con la música.

—¿No querían que fuera músico?

Jayden se rio por la nariz.

—Por favor. El señor Reeves quería que su hijo fuera médico, o abogado, o cualquiera de esas mierdas que le permitieran tener el ritmo de vida que él tenía.

—¿Así que lo echaron de casa?

—Eso se lo vas a tener que preguntar a él —contestó Jayden.

—No lo sabemos —le aseguró Jude, más serio de repente. Elizabeth no sintió que el chico le estuviera mintiendo, solo que había dado con un tema delicado.

—La verdad es que no sabemos lo que pasó, doctora. Se volvió solo a Los Ángeles, y para cuando Mark vino con el contrato, nos insistió a todos para que firmásemos, a pesar de que las condiciones no nos gustaban.

Quería escapar. Y desesperadamente. ¿Pero de qué estabas escapando, Dylan Reeves?

—Nunca había querido ser el cantante, ¿entiendes? A pesar de tener una voz cojonuda, siempre nos pedía estar detrás. Se hubiera quedado con el bajo si no lo hubiéramos convencido de que ser el líder era para lo que había nacido.

—Y de la noche a la mañana —completó Jude—, estaba dispuesto a hacer lo que hiciera falta. Giras, conciertos, discos, promociones.

—¿Ves a dónde queremos llegar?

Ella asintió, pensando, encajando toda la información que estaba recogiendo.

—Y luego vino la coca —añadió la chica.

—Exacto —asintió Jude—. Al principio, no. Estaba encantado con la atención de todo el mundo. Con la prensa, los *paparazzi*, las revistas. Era como si lo fuera buscando. Como si quisiera decirles a sus padres: «que os den, mirad lo que he conseguido». Nathan y él hicieron buenas migas, salían juntos a todas partes. Así empezó.

—Solo que Nathan supo cuándo dejarlo y Dylan no —sentenció ella.

—Eso parece.

«Joder», se dijo Elizabeth. Dylan era incluso más complicado de lo que ella pensaba. ¿Qué le había podido pasar en casa para que no quisiera volver? No podía haber sido simplemente una pelea..., si lo que sospechaba era cierto, el chico estaba más que acostumbrado a ellas. ¿Qué podían haberle hecho sus padres para que Dylan quisiera, tan desesperadamente, no volver nunca?

Fue a preguntar algo más, pero se lo pensó mejor. Si los chicos achacaban el uso de las sustancias a su amistad con Nathan y a lo que fuera que pasara en casa, era porque no sabían nada de las pesadillas del cantante. Era curioso que vivieran juntos durante tantos meses en un espacio reducido y que el cantante se las hubiera apañado para ocultárselo.

«Para no dormir», pensó. No era por ser el amiguito de Nathan, ni por salir de fiesta, ni por ser la estrella del *rock* todopoderosa que sobreviviría a cualquier exceso. Usaba la coca para no dormir. ¡Bingo!

Fue a preguntarles algo más, porque sintió que los mellizos le seguirían contando cosas para ayudar a su amigo, pero entonces Dylan salió del pasillo de las literas. No tenía cara de haber estado durmiendo, aunque su pelo estaba despeinado y tenía marcas de almohada en la cara. Pero tenía los ojos muy despiertos, y más bien parecía aburrido.

—¿Me habéis echado de menos, niños?

—Claro, tío —contestó Jude, rompiendo la tensión del momento. El batería se levantó del sofá, dejando espacio para que Dylan se sentase—. Es que no sabemos cómo vivir sin ti.

Dylan lo empujó de forma amistosa, ocupando el lugar que el batería le había dejado libre. El cantante metió la mano en la caja de cereales que Jayden seguía sosteniendo en su regazo.

—Los buenos de verdad están al fondo del todo, cariño —bromeó Jayden—. Sigue buscando.

Elizabeth tuvo que reírse sin querer mientras volvía a comerse su sándwich, y Dylan la miró divertido. Ella solo negó con la cabeza para que supiera que no pasaba nada, temiendo durante un segundo que los hubiera escuchado hablar de él. Pero Dylan se encogió de hombros y le sonrió. Después miró a Jayden.

—Un día de estos vas a encontrarte con mi mano metida en los pantalones y entonces te arrepentirás de todas tus bromas.

—Ya sé que soy irresistible, Dy. Pero compórtate, ¿quieres?, que tenemos damas delante.

* * *

Las noches eran lo peor.

El bus estaba en silencio, excepto por el ruido del aire acondicionado, y Dylan pensó en salir a dar una vuelta, ya que estaban parados en un área de servicio. Probablemente no hubiera mucho a su alrededor, y menos en medio de la nada, pero cualquier cosa sería mejor que estar ahí metido, mirando a la oscuridad absoluta sin poder dormir.

No era que no tuviese sueño. Lo tenía. Pero no quería dormirse. Si se dormía, y las pesadillas volvían y él empezaba a gritar cualquier incoherencia, los chicos se iban a dar cuenta, y aunque los mellizos estuvieran al tanto de casi todo, había ciertas cosas que se había guardado para sí mismo y quería mantener en privado. También estaba Elizabeth. Dylan había insistido tanto en que durmiera en su habitación cuando habían estado en su apartamento no solo porque no iba a dejarla dormir en el sofá, sino porque la intimidad de estar en habitaciones separadas en caso de que se levantase temblando, o gritando, era una necesidad imperiosa para él.

Tenía toda la intención de levantarse, vestirse y salir a fumar un cigarro —quizá componer un poco en el cuaderno—, pero al final el cansancio le pudo más y se quedó dormido sin querer.

Sabía que estaba dormido por el olor a magnolias. Eran como una señal inequívoca de que Morfeo lo estaba acunando y él ya no podía hacer nada. A veces, muy pocas, tenía el poder para modificar el sueño y moldearlo como si fuera de arcilla. Sabía que esa no sería una de esas veces.

Estaba en casa, siempre soñaba con esa vez que volvió a casa. Siempre repetía los mismos pasos. Llevaba al menos un año viviendo fuera, ganándose la vida como músico en Los Ángeles, viviendo de los pequeños conciertos que la banda daba en los locales y bares de la zona. Hacía meses que no volvía, porque sabía que sus padres no querían que se dedicara a eso. No era que le tuviera miedo a su padre; con los años Dylan había aprendido a aguantar los golpes de forma estoica, como si se los mereciera.

Entraba por la gran puerta, las escaleras al frente, y entonces lo oía. El llanto. Era un llanto femenino, asustado, y Dylan subía las escaleras corriendo. A veces la pesadilla no lo dejaba terminar de subir nunca, como si las escaleras fueran un laberinto infinito y él estuviera condenado a quedarse atrapado ahí para siempre.

Pero esa no fue una de esas veces. Dylan subió las escaleras corriendo y fue hasta la habitación que había en el fondo del pasillo, justo al otro lado de la suya.

Se la encontró en un rincón, agazapada junto a la cama.

Otras veces le costaba hablar y se quedaba paralizado en la puerta, sin poder moverse. Tampoco fue una de esas.

—Eh, eh —le dijo, calmándola. La niña levantó la mirada, y vio que las lágrimas le caían por las mejillas, como de un grifo abierto—. ¿Qué ha pasado?

—¡Dylan! —La pequeña siempre corría hasta él y lo abrazaba, y Dylan le devolvía el abrazo porque la había echado de menos. La había echado tanto de menos que a veces no se acordaba de cómo era su cara y eso también lo atormentaba en sueños.

—Eh, enana. —La levantó en sus brazos, demasiado delgada para tener quince años—. ¿Qué pasa?

La niña solo lloró más fuerte contra él, y Dylan la apartó de su cuerpo para mirarla bien. Fue entonces cuando se dio cuenta. Sus mejillas estaban rojas, pero no solo del llanto. Llevaba la marca de una mano en la cara, y pronto se volvería más oscura, un moratón.

—¿Ha sido papá?

—Dylan...

La rabia le bullía en la sangre. Todos esos años, Dylan había aguantado los golpes con una única condición: que el hijo de puta de su padre no tocara a su hermana. Si no se había mudado a vivir con los Lowell había sido solo por no dejarla viviendo allí con él. Quería vigilarla.

—Sarah, ¿ha sido papá?

La pequeña lo miró a través de su pelo negro, con los ojos marrones llenos de lágrimas. Le temblaba la boca y no podía hablar, así que solo asintió.

—¿Te ha hecho algo más?

Ella negó con la cabeza.

—¿Estás segura?

—Sí.

Dylan respiró tranquilo durante un segundo, porque que Dios lo ayudara si la había tocado, aunque ese nunca había sido el estilo de su padre. Oh, no. El señor Reeves solo disfrutaba descargando su frustración con su hijo mayor... y, al parecer, ahora con su hija.

—¿Dónde está, Sarah? ¿Dónde está papá? —Intentó hablar en un tono calmado para no asustar a su hermana, pero la chica debió verle la cara, y el esfuerzo que estaba haciendo por no ponerse a dar golpes a las cosas—. ¿Está en su despacho?

—No. —Su hermana lo cogió del brazo—. No vayas, ha sido culpa mía. Me escapé para ir a ver un concierto con un chico que me gusta y me ha castigado. No es culpa suya, Dylan.

Eso lo cabreo aún más.

Que su hermana pequeña justificara la violencia le hizo ver rojo. La ira lo atravesó como un puño de acero en las entrañas, y Dylan salió de la habitación sin mirar atrás.

Siempre era igual. A veces volvía a encontrar a su padre, sentado en su despacho frente al ordenador, y volvía a lanzarse contra él. Otras veces se despertaba allí, con Sarah suplicándole que no fuera a buscarlo.

A veces su hermana se desvanecía entre sus dedos, llamándolo.

Esa fue una de esas veces, y Dylan se despertó temblando, empapado en un sudor frío. Su primer impulso fue ir a ver a Elizabeth, aunque probablemente la chica ya estaría dormida. Su teléfono anunciaba que eran más de las dos de la mañana, y él debería estar descansando, porque mañana por la noche tenía un concierto que dar en Dallas.

Se sentó en la litera, teniendo cuidado de no golpearse la cabeza, puso los pies en el suelo y caminó hasta la puerta corredera. Escuchó atentamente con la esperanza de oír algún ruido, algo que le indicase que Elizabeth estaba despierta y que él podía entrar y hablar un rato sobre nada.

No escuchó ningún sonido, y apoyó la frente contra el plástico, maldiciendo por lo bajo. Quería verla, pero no quería hablar con ella, no mientras siguiera en ese estado, porque sabía que empezaría a escupir por la boca, y quería evitar eso a toda costa. Sujetó el teléfono en un puño, tan fuerte que pensó que lo iba a partir por la mitad, y después se acordó de su hermana.

Siempre sentía que estaba en peligro cuando tenía ese sueño. Siempre sentía la necesidad de llamarla y oír su voz, y saber que estaba bien y que no había pasado nada. Dylan no había vuelto a casa desde aquella vez, y había evitado a toda costa el contacto con su hermana y sus padres.

Si él no se hubiera ido, aquello no habría pasado. Si él hubiera estado en casa, y no persiguiendo su sueño de ser músico, su hermana habría estado a salvo.

Y ahora ya nada tenía sentido, y lo mejor que podía hacer era no volver nunca, porque los había decepcionado a todos. A sus padres por no ser el hijo perfecto que deseaban, a su hermana por no servir ni como escudo para parar los golpes.

Sin darse cuenta siquiera de lo que estaba haciendo, con la cabeza contra la puerta, y mirando sin mirar la pantalla del teléfono, buscó el nombre de su hermana y le dio al botón verde. No había sonado ni dos veces cuando ella se lo cogió.

—¿Dylan, eres tú? —Sonaba agitada, como si hubiera corrido para coger el teléfono. Su voz era la de siempre, dulce y serena, una nana que lo acunaba y lo atormentaba a partes iguales.

Negó al teléfono, aunque sabía que ella no podía verlo, porque no, no se encontraba bien, se encontraba de todo menos bien. Con el móvil contra la oreja no encontró fuerzas para decirle nada, así que solamente siguió en silencio.

—¿Estás ahí? Dime algo, Dylan... —La voz suplicante de su hermana se apagó de golpe, tanto que él pensó que la conexión se había cortado, pero después la escuchó suspirar—. Tienes que volver, Dylan. Te echo de menos. No puedes huir para siempre.

Quiso contestarle que no, pero que podía intentarlo; quiso decirle que la quería y que la echaba de menos; quiso pedirle perdón y quiso traérsela con él. Ni siquiera sabía si aún vivía con sus padres... Por favor, en cinco años podían pasar muchas cosas, y su hermana ya era una adulta. Quién sabía, quizá se había librado del puño de hierro de su padre.

—Te quiero —le susurró su hermana con un suspiro—. No te olvides de que te quiero, ¿vale?

Y la conexión se cortó.

No se había dado cuenta, pero las lágrimas le estaban cayendo por las mejillas y le estaban mojando el cuello. Quiso más que nunca entrar en la habitación de Elizabeth y abrazarla, como cuando había estado en la clínica, pero sabía que no podría hacerlo sin contarle la verdad, y en ese momento no se sentía capaz de confesar todos sus miedos. Que él se había salvado, pero que los había condenado a todos por el camino, no solo a sus amigos, sino también a su hermana, y que cualquier penitencia que pagase era poca, porque se merecía lo peor.

Agradeció saber que el bus estaba limpio gracias al registro, porque hubiera dado su mano derecha por meterse cualquier cosa. Porque lo justo era lo justo, y si los demás estaban condenados, él no se merecía menos.

Capítulo 14

*Doing lines of dust and sweat off last night's stage...
just to feel like you.
27, Fall Out Boy*

Lo primero que la recibió de Dallas fue su calor.

No era como Los Ángeles, donde el calor se mezclaba con la humedad y el clima resultaba pegajoso. Texas tenía un calor seco, árido y lleno de tierra que la hacía pensar en el desierto. Si no fuera porque se había pasado más de un día encerrada en un autobús con cuatro hombres y sin nada que hacer excepto dormir y mirar a Dylan, hubiera vuelto al cobijo del aire acondicionado.

Pero, al parecer, viajar en bus no era una delicia para ninguno de ellos. Para cuando había llegado el mediodía, todos estaban algo nerviosos y malhumorados, incluso Jayden. Ahora, pasadas las seis de la tarde, Seb acababa de aparcar el autobús en la que se suponía que era el área reservada para ello.

Solo cuando se bajó y miró a su alrededor, Elizabeth se dio cuenta de la gran cantidad de vehículos que había aparcados. Uno tras otro, los grandes tráileres se alineaban, y si no hubiera sido por el número identificador que llevaban y el nombre de cada banda en el cristal, ella los habría confundido todos.

—Venga, bombón, tengo que salir de aquí. —Jayden la empujó de los hombros amistosamente para que se apartase de la salida del autobús, en la que al parecer ella se había quedado parada mirándolo todo.

Elizabeth se apartó un poco, dejando a los chicos salir. Jayden le sonrió, estirándose como un gigante que había estado demasiado tiempo en cuclillas, y después se pasó las manos por el pelo, bostezando; Jude apareció detrás de su hermano, crujiéndose el cuello; Nathan bajó mirando el teléfono, como si la zona de autobuses no le sorprendiese ni interesase y nada de aquello fuera con

él. Dylan fue el último en bajar y Elizabeth se quedó observándolo con atención.

El cantante llevaba todo el día de mal humor. Solo los mellizos habían conseguido arrancarle alguna que otra sonrisa, y la había ignorado como si ella no existiera. Era muy frustrante cuando hacía eso, no porque no le hablase o porque no la mirase, como hacía Nathan cuando no le interesaba algo, sino porque Dylan seguía ahí, hacía bromas, hablaba contigo, solo que nada de lo que hacía era real. Las sonrisas falsas, las bromas vacías. Tenía una cara tan expresiva que sus ojos contaban toda la verdad, tristes y grandes como la luna llena, y, además, en las últimas horas, acompañados de unas ojeras enormes.

Elizabeth lo miró de reojo con preocupación, pero el chico ya llevaba sus gafas puestas. Dylan le sonrió un poco y después se colgó de Jayden y Jude.

—¿Cuánto tiempo crees que tardará Mark en llamarnos para preguntarnos si hemos llegado? —preguntó Dylan, empujando a Jude con el hombro de manera casual.

—Probablemente está a la vuelta de la esquina, vigilándonos —suspiró Jude.

Nathan puso los ojos en blanco, aparentemente fastidiado por algo de lo que habían dicho, pero con él era difícil saber qué era lo que le había molestado. Todo parecía molestarle.

—Voy a ver cómo va el escenario y a qué hora nos toca el ensayo de sonido —anunció mirando su teléfono, después a los chicos—. Os mando un mensaje cuando lo sepa.

No esperó una contestación antes de marcharse, y Elizabeth observó como el chico desaparecía en la lejanía, entre la gente que iba y venía de un bus a otro. Ellos acababan de llegar, pero allí todo el mundo parecía tener prisa.

—¿Dónde crees que estará el bus de Freak of Nature? —preguntó Jayden a Jude con una ceja alzada.

—¿Vamos a averiguarlo? —Jude se puso serio de golpe.

—Vamos a averiguarlo.

Mientras Jude se alejó caminando, Jayden le puso una mano en el hombro a Dylan y le pasó el otro brazo a Elizabeth por los hombros. El chico olía bien, como a suavizante para la ropa y *aftershave*, pero aun así el contacto repentino la hizo dar un pequeño salto.

—Bueno, pequeños tortolitos, ¿qué vais a hacer en el poco tiempo libre que tenéis hasta que Mark o Nathan nos den trabajo, eh? —Jayden agitó las

cejas de forma exagerada mientras los miraba divertido.

Elizabeth miró a Dylan y él no dijo nada, pero tuvo la sensación de que estaba poniendo los ojos en blanco tras las gafas.

—Voy a enseñarle a la doctora los alrededores, Jay. Dudo que haya visto nunca un evento de estos desde dentro. —Sí que lo había visto, aunque eso no lo iba a decir. Se le hizo un nudo en el estómago de pensar en que aquello, que ella estuviera ahí, fuese verdad.

—Claro, claro. Por supuesto que sí. Aquí mi hombre, siempre tan caballeroso —contestó. Después le dio un beso en la frente a Dylan y un apretón a Elizabeth—. Bueno, pequeños, disfrutad mientras podáis. El deber me llama. —Y, con un guiño de ojos, se fue tras su hermano.

A diferencia de Nathan, a Jude y a Jayden los vio detenerse cada dos por tres mientras se alejaban de la zona de buses, parándose a saludar a gente, hablando con quienes Elizabeth suponía que serían miembros de otras bandas y técnicos de sonido.

—¿Van a buscar a esa tal Ginebra? —preguntó Elizabeth para romper el silencio que se había quedado entre Dylan y ella. Estuvo tentada de volver al autobús solo por no estar alrededor del músico mucho rato, pero ya había estado bastantes horas seguidas dentro de ese cacharro, y además, probablemente, Seb estaría durmiendo tranquilamente.

—No, esa es la bajista de Velvet Letters... Y tienden a evitarla. —Dylan se rio un poco entre dientes—. Ahora que lo dices, creo que es a la única chica a la que evitan.

—Me gustaría conocerla. —Fue todo lo que ella añadió, porque ¿una chica que los intimidaba? Esa tal Ginebra tenía que ser todo un espécimen.

—La conocerás. Se encarga del *merchandising* de su banda y a veces ayuda a la chica que vende el nuestro, Amelia.

Elizabeth sonrió, contenta de oír aquello.

—¿Qué es tan gracioso?

—Nada, solo que me alegro de que haya presencia femenina por aquí. Pensaba que iba a estar rodeada de cavernícolas todo el verano.

—¡Oh! —Dylan se hizo el ofendido y se puso una mano sobre el pecho en un gesto exagerado. El pelo se le movió hacia los lados al hacerlo, y ella creyó ver una chispa del Dylan que le gustaba—. Me ofendes.

Elizabeth se encogió de hombros a su lado, pero tuvo que sonreír a su pesar.

—Da igual, de todas formas, nunca me he llevado bien con las demás mujeres.

Dylan fue a decirle algo, pero entonces su teléfono empezó a sonar, y le hizo un gesto con la mano para que esperase.

—Si no fuera porque es ilegal, pensaría que me has puesto un rastreador en el culo, Mark.

Evidentemente, el mánager tenía que saber que ya estaban allí. Ella y Mark se habían intercambiado mensajes un par de veces durante el trayecto en autobús, y se notaba que se preocupaba por el estado de salud de Dylan. Elizabeth le había dado datos vagos, asegurándole que todo iba bien, aunque ni ella misma estaba muy segura de eso. ¿Iba bien? Dylan estaba teniendo cambios de humor normales dados su estado, y tenían los análisis de orina — aunque Elizabeth hubiera preferido tener tiempo para sesiones con Narcóticos Anónimos—, pero sabía que su papel como terapeuta estaba jodido en el momento en que se habían cargado los roles de doctor-paciente, y que ahora ella no servía más que como acompañante. Y eso la sacaba de quicio. Ahora, por más que quisiera, no tenía poder para hacerle terapia. No sería más que una amiga, si es que él le dejaba serlo y ella podía permitírselo. No sería más que una consejera, y eso la hacía sentir atada de pies y manos, sin poder real.

Dylan bufó un poco.

—Nathan ya se está ocupando de eso, ya sabes cómo es, el maniático de mierda. —Dylan se calló y escuchó. Después añadió—: ¿En serio? ¿Tengo que mearte en un tarrito? No sabía que me quisieras tanto. Vale, vale, lo que tú digas. Luego te veo.

Dylan colgó con un suspiro y Elizabeth sintió que la estaba mirando. El chico comenzó a andar y le indicó con la cabeza que lo siguiera, pero no dijo nada mientras caminaban, con autobuses a un lado y a otro. El murmullo de la gente los acunó mientras avanzaban y ella se dio cuenta de que en los espacios entre autobús y autobús estaban montando pequeñas áreas de descanso, con toldos, mesas, sillas e incluso hamacas.

—¿Es seguro hacer eso? —preguntó con curiosidad.

Dylan miró a qué se refería, y después se encogió de hombros.

—Curiosamente, cuando se va el sol, aquí hace hasta frío, así que aprovechamos para estar fuera del autobús todo lo posible.

—Pero ¿y los fans?

—¿Qué pasa con los fans?

—¿No se pueden colar?

—Pueden. —Dylan sonrió un poco, una sonrisa de labios apretados, como si estuviera recordando las veces en las que había pasado. El chico se rascó el cuello distraídamente mientras caminaba a su lado, y ella se dio cuenta de que la camiseta negra que llevaba estaba tan desgastada que los bordes del cuello y las mangas tenían agujeros—. A veces pasa. Pero normalmente la seguridad hace su trabajo, y no llega la sangre al río.

Elizabeth sintió que la recorría un escalofrío, solo de pensar en si ella fuera famosa como lo eran los chicos, y los fans se colasen, o se metiesen hasta el bus. Solo de recordar a la prensa y los *paparazzi* cuando ella había sido pequeña y su padre había muerto, quería meterse debajo de la cama y esconderse ahí hasta que el mundo se acabase. Pero se negaba a vivir asustada.

—Luego están Jude y Jayden, a los que no les importa que se les cuelen, no sé si me explico. —Dylan se rio por la nariz, y siguieron avanzando hasta dejar atrás la zona de autobuses. Eran más de los que ella se habría imaginado.

—Primero están los de sonido, con los instrumentos y el equipo, porque es más fácil que estén cerca del escenario y además son los primeros en llegar y en irse. Las bandas suelen estar al final, y nos da más privacidad —explicó el músico.

Caminaron hasta una pequeña valla que, efectivamente, separaba la zona de descanso de las bandas de la zona del festival. Desde ahí, Elizabeth podía ver la explanada, todavía vacía, y el esqueleto de un escenario que estaba formándose. La gente iba y venía, pero desde donde ellos estaban, se veían pequeñitos como hormigas.

—¿Tienen que montar y desmontar todo? —Pregunta estúpida, lo sabía, pero, joder, el escenario era enorme, y solo de pensar en las fechas que había programadas y la de veces que tendrían que armar y desarmar, se mareó.

—Sí. Creo que son los que más trabajan —asintió Dylan—. Tienen furgonetas para transportar el equipo de aquí hasta el escenario, pero luego hacen el trabajo duro. Y más si cuentas que, además, todos llevamos instrumentos diferentes.

—O sea, que en realidad vosotros os tocáis las narices.

—¿En comparación con ellos? Totalmente. —Dylan sonrió un poquito, una sombra de su sonrisa habitual, y el labio de abajo se le salió hacia fuera en una mueca graciosa—. Nosotros somos unos consentidos. Tenemos seguridad, nos hacen el trabajo duro, y encima nos miman. ¿Que tenemos que

dormir en bus la mayoría de la gira? Sí, pero luego nos dan dos o tres días de hotel de descanso. Los técnicos no paran en toda la gira.

—Yo os odiaría —comentó ella de broma.

—Yo también —le aseguró Dylan—. Vamos, el escenario aún está a la mitad, pero quiero enseñarte lo demás.

A medida que entraban en la zona donde estarían acampados los fans, Dylan le comentó que la apertura siempre era un fin de semana completo, donde las bandas se repartían para tocar. Después, aunque también usaban un par de días, no era igual.

—Las bandas que tienen que tocar antes del siguiente concierto suelen salir antes, los que tocan después suelen quedarse en alguna fiesta. Los autobuses se van moviendo separados dependiendo del horario que tenga cada banda.

Mientras caminaban sobre el asfalto y la tierra, Elizabeth se dio cuenta de que no solo estaban los técnicos de sonido y las bandas. Había una zona donde las casetas de comida rápida se estaban preparando para hacer su agosto, y estaban montando aseos y duchas al otro lado del recinto. La entrada al escenario estaba siendo vallada y acordonada, para hacer cola, supuso ella.

—Vamos a la zona de *Meet&Greet* —le comentó Dylan.

—¿De qué?

Él se rio un poco.

—De *Meet&Greet*. Ya sabes, algunas fans compran entradas con derecho a ver el escenario, a conocernos, hacerse fotos con nosotros, charlar un rato y eso.

Ah, eso. Pues no tenía ni idea. Quiso decirle que cuando su padre había estado en la industria de la música todo eso no se hacía. Los músicos subían, hacían su trabajo, y conocían a las fans en las firmas de discos o en las fiestas que hubiera ocasionalmente. Todo ese rollo era, en opinión de Elizabeth, una excusa para sacar dinero a las niñas hormonadas que querían desesperadamente conocer a sus ídolos, y toda la culpa la tenía MTV. Claro que no podía darle toda esa opinión a Dylan sin tener que decirle por qué estaba tan puesta en el asunto, así que solo asintió con la cabeza mientras lo seguía.

—Vas a tener que comprarte algo para los pies —le dijo él de repente. Elizabeth frunció el ceño y se miró los pies. Llevaba puestas unas sabrinas negras planas, y era cierto que en la zona de chinarro había sido difícil caminar, pero sobre el asfalto y la tierra no había problema.

—Voy cómoda con esto.

—Ahora que casi no hay gente. Cuando empiecen a pisarte, te acordarás de mí. —Dylan la miró de soslayo, o eso creyó ella, porque con las gafas en la cara era casi imposible saber si la miraba a ella o al sol—. Te dejaría unas mías, pero no te vienen ni de coña. Lo mismo Ginebra o Amelia tienen algo que te pueda servir.

—No, estoy bien.

El músico la revisó de arriba abajo y ella sintió el escrutinio más de lo que le gustaría.

—Vamos. —Dylan le puso la mano en la parte baja de la espalda para guiarla, y el contacto fue tan ligero como la pluma de un pájaro, pero sintió como a través de la camiseta los dedos del músico le quemaban—. Pensándolo mejor, voy a presentarte a Amelia.

Caminaron un poco más, hasta una zona que estaba siendo montada en un lateral del escenario. Eran pequeñas casetas metálicas, con escaparate. Algunas ya estaban casi terminadas, y Elizabeth pudo ver que había camisetas, sudaderas, CD, pósteres, y todo el material que te pudieras imaginar de las diferentes bandas que había en la gira.

—Este es el nuestro —anunció Dylan cuando llegaron a la caseta más grande. Tenía sentido, dado que era la banda cabeza de cartel. El *merchandising* estaba repleto del símbolo de la banda, un cráneo atravesado por dos flechas rojas que sostenía una flor azul en la boca.

La chica que había tras el mostrador era bajita y tenía el pelo azul y violeta, cortado de forma desigual. Era guapa, de una forma mona y pequeña, casi como un hada. Llevaba un vestido floral y Elizabeth podía ver que tenía tatuajes en la clavícula y en uno de los brazos.

—¡Dylan, cariño! —La chica los vio a ellos antes de que terminasen de llegar y casi saltó el mostrador para abrazar a Dylan. Él la recibió riéndose, con los brazos abiertos, y la levantó un poco en el aire, abrazándola también.

—Hola, enana. ¿Me has echado de menos?

—Eres... —Amelia lo empujó un poco y, después de haberlo abrazado, cuando Dylan la dejó sobre sus pies en el suelo, le dio una bofetada—. Me diste un susto de muerte, cabronazo. Tuve que enterarme por las noticias, ¿sabes?

Elizabeth no supo si reírse o sentirse celosa, y como ninguna de las dos cosas le pareció apropiada se quedó en segundo plano, viendo como Dylan se frotaba la mejilla, sonriendo a su pesar.

—Y quítate esas dichosas gafas de niño. Sabes que odio cuando las llevas puestas.

—Sí, señora.

—Atrévete a decirme eso otra vez.

La chica era pequeña, pero tenía carácter, Elizabeth le concedía eso. Dylan se quitó las gafas, poniéndoselas sobre la cabeza, haciendo que la cresta despeinada quedase bien de alguna forma, y Elizabeth quiso maldecir a las dichosas estrellas de *rock* y su forma de hacer que todo les sentase bien.

—Lo siento, Amelia. Ya sabes cómo es la discografía. Todo es secreto y blablablá. Y antes de que me lo digas, no tenía teléfono en la clínica.

Amelia solo bufó un poco, cruzando los brazos sobre su pequeño pecho. La brisa caliente le movió un poco el vestido y Elizabeth se dio cuenta de manera casual que llevaba chanclas de playa, no zapatillas. Quiso decirle a Dylan: «¿Vees? No soy la única que está mal calzada», pero se mordió las mejillas.

—¿Vas a presentarme a tu amiga o qué?

Dylan rio, negando con la cabeza.

—Amelia, esta es Elizabeth Harvey, mi padrino personal. Va a ayudarme durante la gira.

Ante la información, la chica miró a Elizabeth de repente como si fuera la primera vez que la viera. Después le tendió la mano.

—Amelia Way.

—Encantada.

Le apretó la mano con fuerza, aunque, claro, Elizabeth no esperaba otra cosa de la chica.

—¿Así que eres como un acompañante o algo así?

—En realidad, he sido su terapeuta dentro de la clínica.

—Tuvimos que hacer un acuerdo con los jefazos para poder salir antes —añadió Dylan, dándole más información de la que Elizabeth hubiera compartido, pero después de cómo se habían recibido, suponía que Amelia y él eran buenos amigos—. Ya sabes cómo es.

La chica miró a Elizabeth entonces como si la estuviera midiendo, y después miró a Dylan. Debió decidir algo, porque sonrió ampliamente, una sonrisa de colmillos afilados y hoyuelos en la cara.

—Genial. Ya era hora de que esos cabrones hicieran algo bien.

Elizabeth no estaba tan segura de que aquello hubiera sido algo bueno. Después de todo, ella misma estaba de los nervios y su trabajo no estaba

sirviendo de mucho. Qué leches, si en realidad no estaba haciendo ningún trabajo, excepto vigilar a Dylan como un guarda. Y solo de pensar en ir a la zona de *backstage* con todos los técnicos de sonido montando cables, y que alguno de ellos pudiera siquiera imaginar de quien era hija...; o de meterse en esos *Meet&Greet* con las cámaras y las fans; o, Dios la librase, de estar en más entrevistas de prensa musical, sentía ganas de vomitar. Oh, sí, una idea genial. «Gracias mamá», ironizó para sus adentros.

El teléfono de Dylan volvió a sonar, interrumpiéndolos por segunda vez en lo que llevaban de tarde. El músico se disculpó con la mano y se alejó para hablar por teléfono. Cuando volvió tenía una mueca en la cara y se estaba poniendo las gafas.

—Era Jude. Tengo que ir al ensayo de sonido.

—Pero si el escenario está a la mitad —comentó Amelia frunciendo el ceño.

—Ya, bueno. Al parecer ya hay lo suficiente para que podamos ensayar. Quieren que seamos los primeros antes de que empiecen a acceder los fans al recinto.

Amelia puso los ojos en blanco y Dylan se encogió de hombros, suspirando. Parecía más cansado de golpe.

—¿Te importa si te la dejo aquí un rato? —preguntó señalando a Elizabeth—. Lleva días encerrada conmigo y se va a hartar de ver mi cara si sigue así.

—Pe-pero... —Elizabeth fue a protestar, pero Amelia fue más rápida.

—Qué va, en absoluto. —Parecía encantada con la idea de tener compañía femenina, pero Elizabeth no sabía comportarse con las chicas. Siempre parecía fría y demasiado seria, y las demás acababan por cansarse de ella y llamarla *zorra*.

—Genial. —El mamón sonrió ampliamente, y después tuvo la poca vergüenza de agacharse para darle un beso en la mejilla y dejarla allí con la boca abierta, mirándolo pasmada.

¿Acababa de quitársela de en medio sin darle opción ni a quejarse?

—Te veo en un rato, Elizabeth.

—Dylan... —le advirtió ella, porque técnicamente no debía dejarlo ir solo a ninguna parte. Y menos allí, donde había tanta gente y ella no podía controlarlo.

—Tranquila, doctora. Solo voy a un ensayo aburrido. Te lo prometo.

Su teléfono sonó otra vez y Dylan se encogió de hombros y salió corriendo, porque al parecer tenían prisa por hacer el ensayo. Elizabeth lo observó mientras su espalda desaparecía en el espacio abierto, mezclándose con el resto de la gente.

Amelia suspiró tras ella.

—Este Dylan... —murmuró.

Y no pudo estar más de acuerdo.

—Y que lo digas.

Ahora, sin Dylan acompañándola, se sintió más fuera de lugar aún, con sus vaqueros y su camiseta blanca simple. Ella no llevaba tatuajes, ni tenía el pelo de colores, ni *piercings* en la cara. Se sujetó una mano con la otra y se quedó pensativa, sin saber muy bien qué hacer o qué decir.

—¿Quieres ayudarme con el *merchan*?

La pregunta la sorprendió.

—No sé muy bien cómo funciona. —Elizabeth le ofreció una sonrisa tímida.

—Esto no tiene mucho. Ven y te lo explico, si quieres.

Elizabeth asintió y fue tras Amelia para meterse en la caseta y empezar a vaciar cajas. Estaba agradeciendo el trabajo manual mientras la chica del pelo de colores hablaba sin parar, contándole cómo había conocido a Dylan y a los chicos, y cómo ellos le habían encargado los diseños del *merchandising* desde el inicio. Elizabeth asintió en los puntos importantes, ofreciendo pequeños comentarios aquí y allá para que la chica no sintiera que estaba hablando sola, pero la verdad es que toda aquella conversación no le interesaba.

«Y por eso no tienes amigas», se reprochó.

Se esforzó por sonreír y Amelia parecía complacida, así que no debía de estar haciéndolo demasiado mal, pero la verdad es que estaba preocupada. Solo cuando, dos minutos después, su teléfono vibró, pudo respirar con normalidad otra vez.

«Todo OK. D», decía el mensaje de Dylan.

Sonrió a su pesar y volvió a guardar el teléfono en el bolsillo, resistiendo la urgencia de contestarle alguna tontería. El idiota se le estaba metiendo bajo la piel, y ella ya no podía ni negárselo a sí misma.

—Toma.

Amelia la sacó de sus pensamientos. La chica estaba frente a ella, sujetando una camiseta negra de la banda, de tirantes y con el logo del cráneo

con las flechas en el centro. La calavera tenía una flor azul eléctrico en la boca, aunque no supo decir qué flor era.

—Si vas a pasarte el verano de gira con nosotros, tienes que vestirme como una más. Pasarás más desapercibida —le aseguró Amelia—. Creo que es tu talla. Estás delgada, pero las tetas se te saldrían en una de las pequeñas.

Elizabeth no supo si darle las gracias o atragantarse. Optó por lo primero.

Cogió la camiseta y le sonrió, pensando que en qué momento de su vida iba ella a imaginarse que volvería a llevar la camiseta de cualquier banda. «Y mucho menos, la camiseta de la banda de un cliente», se dijo.

Su mundo estaba empezando a ser retorcido más allá de su imaginación.

* * *

El sábado llegó muy rápido. O demasiado despacio.

El tiempo se volvía una masa borrosa cuando no dormías, en opinión de Dylan. El cantante se desperezó aún en el sofá y, después, fue a hacerse una taza de café para quitarse el cansancio que llevaba encima; porque dentro de un rato tenía que salir a dar un concierto, y a ese paso, lo que iba a dar sería una misa.

El ensayo del viernes por la tarde había ido bien, pero, más que por él, porque las canciones eran fáciles y se las sabía de memoria después de una gira mundial llena de fechas. Además, los técnicos eran geniales y los instrumentos habían estado más que preparados para cuando ellos se habían puesto a hacer lo suyo. No se le había ido la voz demasiado, aunque sabía que le faltaba energía, pero, bueno, un ensayo era un ensayo y no había querido dejarse la piel en el intento.

En ese momento se sentía aún más cansado que el día anterior, si es que eso era posible, porque, de alguna forma que no entendía, el haber llamado a su hermana por teléfono había hecho que todo fuese peor y las pesadillas se repitiesen más a menudo. Sabía que tenía unas ojeras enormes y se sentía terriblemente cansado, pero tenía tanto miedo de volver a dormirse que estaba alimentándose básicamente de café para conseguir mantenerse despierto.

El ruido ya estaba empezando a ser ensordecedor, pensó distraídamente mientras soplaba el café y se frotaba los ojos. La puerta del bus estaba abierta, porque los chicos ya se habían duchado y estaban entrando y saliendo,

preparándose para el concierto y hablando con las otras bandas. Probablemente estuvieran tomándose algunas cervezas y celebrando que el verano había empezado, pero él no podía beber alcohol y tenía que evitar toda esa situación como se evitaba una enfermedad contagiosa.

Se escuchaba el ruido de la música de fondo de la banda que estaba tocando en directo, pero no sabía quiénes eran, porque no se sabía con exactitud el orden de bandas —salvo que ellos salían los últimos—, pero desde allí sentía las vibraciones de la música y escuchaba a la gente corear. Y eso que estaban alejados del escenario.

Sintió náuseas de repente al pensar que, dentro de un par de horas, él tendría que ser el que estuviera encima de ese escenario, haciendo a la gente cantar y gritar, moviéndose como un mono de feria. Dios, no se acordaba de lo mucho que lo odiaba. Y ahora tenía que hacerlo sobrio.

Se apoyó contra el mostrador de la encimera del bus, dejando la cabeza caer entre los brazos, sintiéndose muy cansado de golpe.

—¿Estás bien?

La voz de Elizabeth sonó más cerca de lo que él se había esperado, y casi saltó cuando ella le puso una mano en el hombro.

—¿No sientes que vives preguntándome eso? —le preguntó mientras se giraba y la miraba con sorna.

—Si contaras algo, en vez de desviar mi atención hacia temas estúpidos...

Pillado. Se había pasado dos días gastando bromas sin gracia y evitándola para no hablar de nada que fuera medianamente serio, porque sentía que, si el tema se ponía grave, como aquella charla que le dio en su casa, se rompería y acabaría llorando contra ella como un crío.

—Que el colibrí es el animal con la temperatura corporal más elevada no es un tema estúpido.

—Has estado media hora hablando de eso con Jayden.

—Parecía interesante.

Elizabeth puso los ojos en blanco y él sintió fuego en las venas. Ella era mejor que el café. Mejor que la coca, mejor que todo. Solo necesitaba encontrar la manera de inyectársela en el cuerpo.

—Eres un imbécil.

—Cierto, pero me adoras.

Elizabeth se rio por la nariz.

—Por favor.

—Sabes que es verdad. —Le sonrió, con hoyuelos y todo, solo para ver como ella se mordía el labio e intentaba ponerse seria.

—Estás intentando distraerme otra vez. ¿Qué te pasa?

Dylan suspiró. La chica era tenaz, como un pitbull que una vez que ha mordido a su presa no la suelta. La miró, fijándose bien en sus facciones, empapándose de ella. De sus ojos azules y sus pestañas casi rubias, de sus pecas salpicadas sin orden en la nariz y las mejillas, de su boca pequeña y expresiva.

—¿Si te lo digo, me das algo a cambio?

Elizabeth lo miró con cautela. Pudo ver el cambio en sus pupilas, contrayéndose de golpe, examinando al contrincante. Como una buena jugadora de póquer.

—No te prometo nada.

—Estoy nervioso —confesó. No era del todo mentira. Estaba nervioso porque ponerse encima del escenario era ser el músico, la estrella, no la persona. Era dejar atrás quien era él, y volver a ser el que había sido. Y la parte de adicto iba de la mano con ese Dylan.

—¿Por el concierto? ¿Los que estáis hartos de dar conciertos aún os ponéis nerviosos?

—Antes no. Ya sabes, antes de... Me daba igual, la verdad. Ahora no quiero cagarla. No después de la publicidad que se le ha dado a mi adicción.

—Lo vas a hacer bien, Dylan —le aseguró ella consolándolo. Le tocó el antebrazo, con esos dedos finos suyos, y él volvió a sentirse lleno de vida, así que decidió que quería más.

—Y ahora, tal y como me has prometido...

—Eh, yo no te he...

Pero no le dio tiempo a seguir quejándose. Apoyado contra el mostrador de la cocina como estaba, la agarró del hombro y la echó hacia delante, de manera que cayese contra él, y se viera, sin querer, envuelta en sus brazos. Abrió las piernas y la dejó colarse en el hueco de su cuerpo, para después meter la nariz en la cima de su cabeza.

La chica estaba tensa entre sus brazos.

—Es inútil que te resistas a estas alturas, ya sabes.

Ella le dio un puñetazo flojo en el pectoral.

—Suéltame —se quejó, pero no lo hizo con mucha fuerza—. Pueden vernos.

—Podría ser peor. Podría estar besándote.

Ella soltó una carcajada ahogada contra su pecho, y Dylan sintió el aire húmedo contra la clavícula. La sensación le mandó escalofríos directos hasta su polla, que estaba más que de acuerdo con la idea de besarla hasta que le sangrasen los labios.

—Te disculpaste por eso —le murmuró ella de repente, y Dylan creyó que se lo había imaginado. Se separó un poco de ella, mirándola a la cara. Las manos de la chica estaban abiertas contra su pecho, como si hubiera decidido que tocarlo no era venenoso.

—¿Y te lo creíste? Joder, soy mejor mentiroso de lo que pensaba. —Elizabeth lo miró mordiéndose la boca, como si estuviera arrepentida de haber dicho lo que había dicho—. Puedo besarte otra vez, si quieres. Para que veas que es mentira.

—Para —advirtió Elizabeth en un tono que no admitía discusión.

—¿O qué?

—O te voy a dar un rodillazo entre las piernas.

—No te atreverías.

Elizabeth lo miró alzando una ceja.

—Vale, mierda, sí te atreverías. Pero voy a abrazarte un poco más igualmente. —A esas alturas ya no le importaba suplicarle por el contacto humano.

La chica lo miró, peleándose internamente con mil demonios, como si tuviera una batalla en el centro de su cuerpo que no dejaba de librarse nunca. La curiosidad que Dylan tenía por ella y por esa manera de ser que tenía lo iba a volver loco. ¿Tenía que gustarle la chica más fría del planeta o qué?

—Vale —concedió al final.

—¿Sabes? —le dijo sujetándola fuerte contra él, mientras sentía que el corazón de Elizabeth iba a mil por hora—, esto de los abrazos funciona mejor si me rodeas... con los brazos.

—No tientes a tu suerte.

—Lo digo en serio, doctora. Tiene que haber alguna clase de terapia que se base en dar abrazos. Serías pésima, por cierto.

—Cállate —murmuró ella, cediendo ante la presión que el chico estaba haciendo, rodeándole la cintura con los brazos. Los pechos de la chica fueron a parar contra el pecho duro de él, y las caderas de ambos quedaron alineadas, más cerca de golpe de lo que habían estado nunca.

Dylan cerró los ojos y disfrutó del contacto y del olor de la chica rodeándolo durante un par de segundos. Después suspiró y se separó de ella,

porque la verdad era que aquello estaba atestado de gente, y cualquiera de los chicos podría subir en cualquier momento. No era que a él le importase, pero sabía que a Elizabeth sí.

—Gracias por esto. Me siento mejor. —Dylan intentó poner todo su agradecimiento en una sonrisa, y después la beso en la mejilla solo porque le gustaba contradecirla y ponerla nerviosa.

—Solo... avisa antes de volver a hacerlo.

—¿Y entonces dónde está la gracia? —La mirada asesina que Elizabeth le dirigió lo hizo negar con la cabeza y añadir—: Es increíble que los abrazos te pongan nerviosa.

—Dice el que lleva gafas a todas horas.

—Eso —contestó Dylan señalándola— tiene una explicación lógica.

Elizabeth lo miró, pero no añadió nada más. El silencio que se quedó entre ellos quiso decirle a Dylan que lo de ella también tenía una explicación.

—Voy a prepararme para el concierto —dijo de repente, sin saber muy bien qué más añadir.

—Aquí te espero —le contestó ella distraídamente mientras se servía una taza del café que él había preparado antes.

Que rechazase el contacto humano también tenía una explicación, pensó Dylan mientras se desvestía y se ponía ropa para el concierto. Y era una explicación que estaba dispuesto a descubrir.

* * *

Le temblaban las manos. Y las rodillas.

Y quizá también un poco los dientes.

Se mordió las mejillas por dentro mientras caminaba hasta el *backstage*, con los chicos delante de ella y Mark a su lado. Todos iban vestidos de forma parecida a aquel día que tuvieron la sesión con AP: pantalones muy ajustados, camisetas rotas o con logos de bandas, y zapatillas o botas de motero en los pies. Incluso Mark iba vestido de forma informal, con una camiseta de Kill Me On Saturday que tenía el mismo símbolo que ella había visto.

Se miró a sí misma mientras avanzaban, y se dio cuenta de que su falda de tubo y su blusa clara destacaban allí como una vela en medio de una tormenta. No se había puesto la camiseta que Amelia le había regalado, aunque había dudado. Pero a última hora no se había atrevido. Meterse de

lleno en el *backstage*, llevando camisetas de una banda, con la identificación que la dejaba acceder al área restringida colgada al cuello sería demasiado. Demasiado pronto, demasiado que asimilar. Así que se había puesto la acreditación sobre su ropa de profesional, la de Elizabeth Harvey, y había dejado a la otra, a la niña que adoraba las camisetas de bandas, mirándola mal en una esquina de su mente.

Caminó a paso ligero, sintiendo como el ruido de la gente se le metía hasta el tuétano, y apretó los puños a ambos lados de su cuerpo para dejar de temblar. Iba a hacer esto, se recordó. Iba a dejar de ver la cara de su dichoso padre en cada acorde que oyera en el mundo, aunque le costase la cordura.

Cuando llegaron a la parte de atrás del escenario, aquello era un hervidero de gente. La banda anterior, Velvet Letters, había terminado hacía alrededor de cuarenta y cinco minutos, tiempo más que suficiente para que los técnicos de sonido retirasen los instrumentos de la banda anterior y lo dejaran todo a punto para la que llegaba. Pero, al parecer, una vez que el trabajo estaba hecho, nadie tenía prisa por volver a los buses, y allí todo el mundo parecía estar pasándolo bien, charlando y bebiendo cervezas. Los técnicos de sonido eran casi como una especie que se distinguía del resto, no solo por sus acreditaciones, sino también por su vestuario —vaqueros, camiseta con la palabra *personal* en la espalda, y el *walkie-talkie* que llevaban colgado del cinturón. Eran exactamente igual a como Elizabeth los recordaba. Tipos fuertes, la mayoría entre los treinta y cuarenta años, con tatuajes y cara de malas pulgas. A Elizabeth empezaron a sudarle las manos, mientras Mark fue a saludarlos y estuvo un rato hablando con ellos.

Los chicos de Kill Me On Saturday estaban nerviosos, así que estuvieron entrando y saliendo del *backstage* durante un rato. El único que parecía tranquilo era Nathan, que se había apoyado contra la pared y estaba jugueteando con una muñequera de piel que llevaba puesta. Debió de sentir la mirada de la psicóloga, porque en ese momento alzó la vista y la miró. Elizabeth quiso sonreírle, o desviar la mirada, o algo, pero se vio incapaz. Estaba nerviosa y, sabiendo que Nathan era el único que sabía su secreto, sentía que se le podría leer en la frente y que todo el mundo lo descubriría. El bajista le sonrió un poco, cómplice. Después dejó de prestarle atención, como un juguete viejo que se ha vuelto aburrido.

—¿Quieres quedarte aquí o salir a verlo desde fuera?

Dylan se acercó y Elizabeth sintió que se relajaba un poco. Era extraño, pero desde que esa tarde la había abrazado, algo había cambiado. Su cuerpo

ya no se había intentado defender del contacto al igual que las otras veces. Era como si recordase lo bien que el cuerpo del músico se había sentido en su sueño y quisiese más. De modo que ahora, por extraño que resultase, ya no rechazaba el contacto. Elizabeth temía que, una vez pasada esa barrera, se volviera una adicta y buscara la menor excusa para que el chico la tocara.

—¿Elizabeth?

Dylan la miró divertido y Elizabeth lo observó durante un segundo. Se había levantado la cresta por primera vez desde que lo conocía. El pelo negro brillaba gracias a la cera, y aún no se había puesto las gafas, así que ella podía verle los ojos dispares mirándola fijamente, rodeados de pestañas tan negras y tan oscuras que casi parecía que llevaba maquillaje. Dylan se había puesto unos pantalones negros de piel ajustados y una camiseta blanca simple, pero le había doblado las mangas de forma que los bíceps quedaban al descubierto. Tenía una sonrisa queda en la boca, como si le hiciera gracia que ella lo revisara, y entonces se dio cuenta de que debía de estar mirándolo fijamente.

—Perdona, dime.

—Que si quieres salir a ver o prefieres quedarte aquí detrás. Puedo presentarte a Ginebra, para que no te quedes sola.

La chica del pelo azul y el tatuaje de sirena estaba al fondo, de pie, hablando tranquilamente con Mark y un chico de piel morena que no llevaba un solo tatuaje a la vista —y dado que todo el mundo parecía llevar, ese era un dato relevante—, al que Elizabeth recordaba como Quinn, el cantante de Velvet Letters.

¿Salir fuera o quedarse allí? Sopesó la opción como se baraja un mazo de cartas de póker antes de la partida final. Esa que te salvará o te condenará para siempre. Si Dios hubiera sido un crupier, Elizabeth habría estado jodida, porque hasta entonces no había tenido mucha suerte en la vida.

«Quedarme aquí escuchando de fondo como la banda toca, o verlo con mis propios ojos. Quedarme aquí, sintiendo en las tripas el eco de la gente, el zumbido de los instrumentos, o salir ahí fuera y tener la experiencia completa», pensó. Cualquiera otro en su situación hubiera escogido la segunda. Después de todo, la ansiedad siempre era menor cuando no enfrentabas aquello que te asustaba, pero Elizabeth nunca había sido de esa clase de personas que se quitaban los miedos poco a poco. O todo o nada. Nada de pasos pequeños. Y ella se iba a pasar todo el verano haciendo aquello, día tras día, concierto tras concierto... ¿De verdad merecía la pena retrasarlo?

—Voy a verte —le dijo. Su voz era firme, con una seguridad que no sentía—. Tengo ganas de oírte cantar en directo.

Él le sonrió, y una sombra le cruzó la cara de repente.

—No tiene nada que ver con lo que oíste en el CD.

—¿Qué quieres decir?

Mark interrumpió la contestación que el músico fuera a darle, anunciando que salían en dos minutos.

—Ya lo verás —añadió.

Y, volviendo a inclinarse, le dio un beso en la mejilla y le guiñó un ojo. Después se puso las gafas y, dándole la espalda, salió hacia el escenario, con los chicos detrás. Nathan era el último cerrando la fila. Tras ellos, Mark se unió y le indicó con la cabeza que lo siguiese. Los chicos entraron de lleno bajo los focos, poniéndose los instrumentos, ayudados de los técnicos, y la multitud se volvió loca cuando los vio.

El ruido fue ensordecedor de golpe; aplausos y silbidos. Mientras Elizabeth veía como Jude se subía a la batería; Jayden se colgaba la guitarra, sonriendo como un niño pequeño; Nathan comprobaba su bajo y revisaba el *setlist* que tenía en los pies, y Dylan se reajustaba las gafas antes de ponerse la guitarra, el público ya no gritaba cosas sin sentido, coreaba cuatro palabras una y otra vez: el nombre de la banda.

—¿Cómo estáis esta noche, chicos? —preguntó Dylan agarrando el micrófono y apoyándose sobre él, en un movimiento totalmente calculado.

Elizabeth solo fue capaz de distinguir las caras de los fans que había en la primera fila, porque después todo se volvía una masa borrosa que se perdía en la distancia. Pero las miradas de adoración que vio fueron exactamente igual que las que recordaba de cuando era niña y su padre subía al escenario.

—¿Os queda fuerza esta noche para una actuación más? —Dylan se echó hacia delante y se puso la mano en el oído, apoyando el pie contra uno de los focos frontales del escenario. La gente empezó a gritar y a aplaudir—. Creo que están dormidos... ¿Tú qué dices, Jay?

Jayden se rio contra su micrófono, tocando algunos acordes sueltos que hicieron a las chicas gritar.

—Creo que deberíamos recordarles por qué están aquí.

Elizabeth se rio a su pesar desde donde estaba y entonces oyó como Jude contaba:

—Uno. Dos. Tres. Cuatro...

Y el concierto empezó.

Los instrumentos dejaron de ser entes separados para formar un sonido armónico a través de los altavoces. La voz de Dylan era el pegamento que lo unía todo, dándole forma a la música, como un artesano a una vasija de barro. Elizabeth esperó las letras y la melodía que recordaba, pero, tras un par de canciones, se dio cuenta de que allí no había nada de eso.

—¿Qué mierda es esto? —murmuró para sí misma, y después miró a su lado para comprobar que nadie la había escuchado. Mark estaba hablando con alguien que había a su lado, y ella respiró aliviada al ver que no le estaba prestando atención.

Aquella música era muy diferente a la que Dylan le había enseñado cuando le había regalado el CD. Sí, la voz del cantante era la misma, potente y llena de vida, suplicándote que lo escucharas cantar incluso aunque no quisieras..., pero la música era... distinta. Era más suave, más pegadiza y repetitiva. Más aburrida.

—¿No eres fan del *pop punk*?

La voz vino de su derecha, así que Elizabeth torció la cabeza para ver a una chica con el pelo azul, un vestido negro y una sirena tatuada en el brazo derecho. «Ginebra», recordó. Cuando la vio de cerca por primera vez pudo darse cuenta de que tenía unos ojos tan verdes que casi parecían brillar en la noche. Eran almendrados y grandes, resaltando en su piel pálida.

—¿Por qué lo dices? —le preguntó alzando la voz por encima del sonido de los altavoces.

—Tu cara era un poema. —La chica se rio cuando lo dijo, pero Elizabeth solo vio la risa, no la escuchó, porque el sonido de la música era realmente fuerte donde ellas estaban. Era como sentir un concierto en vez de escucharlo. Tenía el bajo en las tripas y las guitarras en las venas.

—No es eso —le aseguró Elizabeth negando con la cabeza.

—Ginebra. —La chica le tendió la mano y Elizabeth la sacudió rápidamente.

—Elizabeth.

—Sé quién eres. —Después se encogió de hombros—. Los rumores corren como la pólvora. —Y le dedicó a Elizabeth una sonrisa de disculpa.

Elizabeth asintió con la cabeza para hacerle saber que no pasaba nada, pero hablar con ese nivel de decibelios era difícil, así que las dos chicas se quedaron mirando el concierto en silencio. Las fans coreaban las canciones junto con Dylan, que estaba colgado del micrófono como si hubiera nacido para estar allí. Jayden no paraba de ir de un lado a otro moviendo la cabeza, y

el pelo del chico estaba ya mojado; Jude tocaba la batería con tanta fuerza que a Elizabeth le sorprendía que no hubiera roto las baquetas ya a esas alturas; Nathan estaba subido en el frente, largo como era, tocando el bajo y mirando a la gente con una media sonrisa que solo él sabía lo que significaba.

Todo parecía en su sitio, las fans estaban disfrutando... y, sin embargo, aquella música era floja y comercial. Nada en comparación con aquel CD que Dylan le había regalado.

—Está más tranquilo —le gritó Ginebra. Elizabeth quiso saber a quién se refería, pero como la chica estaba mirando fijamente a los hermanos, no supo de quién estaba hablando.

—¿Quién?

—Dylan.

¿Estaba más tranquilo? El chico acababa de soltar el micrófono del palo y estaba ahora en el borde del escenario, saltando y cantando a coro con la gente. Los fans tenían los brazos estirados para tocarlo, y él le había sujetado la mano a una chica, que estaba cantando con él y llorando a partes iguales.

—¿En serio?

Ginebra asintió.

—Esto no es nada. Y todavía no ha empezado a quitarse la ropa.

Elizabeth debió de poner una cara graciosa, porque Ginebra sonrió ampliamente, pero no añadió nada más. Sintió que una urgencia extraña se le extendía en el estómago y no sabía si era anticipación o nervios. No sabía si quería ver a Dylan hacer un espectáculo como lo hacía siempre o si agradecía que el músico, solo por una vez, estuviese más tranquilo.

Esperó, mordiéndose la boca, canción tras canción, pero ni la música mejoró ni Dylan hizo ninguna locura. Al contrario, a medida que el concierto avanzaba, Dylan parecía estar cada vez más drenado, la camiseta blanca se le pegaba a la espalda por el sudor, haciendo que Elizabeth pudiera ver la tinta de pantera a través del material. Las fans le gritaban cosas para tocarlo o para que se acercara, pero el músico estaba cantando con los ojos cerrados y para cuando llegó el final del concierto no estaba haciendo caso a la multitud. Elizabeth quiso preguntarle a Ginebra si ella había conocido a la banda antes de ser famosos y si había escuchado la música del principio, pero cuando giró la cabeza, la bajista ya no estaba a su lado.

Antes de darse cuenta, Dylan se estaba despidiendo del público, dándoles las gracias a todos.

«Esto no ha estado tan mal», se dijo.

No la actuación de la banda, sino enfrentarse a la música una vez más. Estaban el cosquilleo y el recuerdo. El de su padre en el centro del escenario, acunando una guitarra y cantando junto a los fans; el recuerdo de ella, sentada sobre un altavoz en el fondo del escenario mientras todo el mundo hacía su espectáculo; estaban todos esos recuerdos, ordenaditos en un cajón, como calcetines bien doblados, pero Elizabeth se había dado cuenta mientras estaba allí arriba de que aquellos eran los recuerdos buenos. Había estado intentando evitar con tanta fuerza todo lo que tuviera que ver con su padre y el mundo de la música que no se había dado cuenta de que esa parte, esa que estaba viviendo en ese instante, era la parte buena, la parte que recordaba con cariño. Aunque atreverse siquiera a pensar en él le parecía a veces peligroso.

Los músicos fueron los primeros en retirarse del escenario, mientras la gente pedía a gritos más. Elizabeth vio como Jude y Jayden se abrazaban y se reían de algo, y cuando pasaron por su lado le guiñaron un ojo. Elizabeth solo les sacó los pulgares hacia arriba, porque no sentía que pudiera hablar aún sin que le temblase la voz. Nathan pasó por su lado sin verla y Dylan fue hasta ella, empapado en sudor, con las gafas aún sobre el puente de la nariz y la cresta intacta a pesar de todo.

Parecía cansado, como si hubiera estado corriendo durante kilómetros.

Se preparó mentalmente para el abrazo que estaba por venir, porque ese era Dylan. La abrazaría, empapado en sudor como iba, y después le haría algún comentario estúpido sobre los beneficios de su sudor, o alguna mierda de esas, pero eso no pasó, y la chica se sintió decepcionada. Tal y como había predicho, buscar su contacto estaba empezando a volverse adictivo..., y cuando se lo negaban, justo como en ese momento, un sabor ácido le escocía en la lengua.

Dylan solo la pasó de largo, sin mirar hacia donde ella estaba, y Elizabeth se quedó allí plantada, viendo como los técnicos de sonido salían para recoger los instrumentos y desinstalarlo todo. Tardó un poco en reaccionar, pero al final volvió al *backstage* por donde había venido.

Cuando llegó, los chicos estaban esperándola y la situación era extraña. Desde luego, no lo que Elizabeth hubiera esperado después de un primer concierto. Felicitaciones, unas cervezas, muchas palmadas en los hombros y risas sonoras, eso se lo habría esperado. Miradas largas y caras cansadas, no.

Jude debió de verla abrir la boca por el rabillo del ojo, porque negó con la cabeza y Elizabeth volvió a pegar los labios y se cruzó de brazos.

No lo entendía. Dylan había estado bien. Había hecho su trabajo, había cantado y la gente estaba contenta con el resultado. ¿Cuál era el maldito problema? Vale, quizá había estado un poco parado si lo que Ginebra le había dicho era verdad. Pero, joder, el chico había hecho la última gira puesto de coca hasta las cejas. Era normal que frenase un poco el ritmo cuando se había recuperado.

La marcha hasta el bus fue extraña. Mark no había vuelto a aparecer, probablemente porque tuviera cosas que trabajar con cualquier otra banda, y Nathan se quedó por el camino charlando con alguien. Solo los mellizos, Dylan y ella subieron al autobús. El ambiente era tan tenso que se podía tocar como una cuerda, y sintiendo que después de todo el estrés que había pasado esa noche se merecía un descanso y olvidarse de cualquier drama que estuviera pasando, decidió que, fuera lo que fuese lo que había en el ambiente, era cosa de la banda.

Elizabeth se despidió de todos y fue hasta su habitación. Dylan le dio las buenas noches, pero no la miró siquiera, y aquello estaba empezando a hartarla. Sintió una rabia extraña empezando a formarse en su barriga. ¿Qué mierda le pasaba? Era cálido y luego frío, y luego cálido otra vez..., el chico parecía tener doble personalidad a aquellas alturas. ¿Era siempre así, o solo porque se estaba recuperando de la adicción? Sabía que quizá debería darle tregua, pero todo lo que quería hacer era tirarle un poco del pelo y ver cómo se quejaba de dolor.

Dio vueltas encerrada en su habitación durante un rato, porque, aunque estaba cansada, los oídos aún le zumbaban con la música del concierto y había una energía estática en sus venas que no la dejaría dormir. Mientras se quitaba los zapatos y se soltaba el pelo, oyó voces a través de la puerta corredera. Estaba mal, sabía que no debería, pero la curiosidad pudo con ella. Abrió apenas un centímetro, pegando la oreja en el trocito que se había abierto, y acompasó su respiración para escuchar mejor.

—Tienes que dormir —dijo Jude, suponía que a Dylan.

—¿Te crees que no lo sé? —murmuró Dylan enfadado.

—A lo mejor Elizabeth puede ayudarte.

—Baja la voz, Jude.

—Tío, ella está aquí para eso. Tienes que contárselo. —Esa era la voz de Jayden, en un susurro.

—¿Y dejarla que me mire como si me tuviera lástima? —Dylan no dijo nada más, pero ella supo sin verlo que había hecho una mueca con la cara. Esa

mueca amarga que ponía a veces.

—Nosotros no te miramos de ninguna manera. Y ella tampoco va a hacerlo.

—Eso no lo sabes.

—Sí que lo sé —le aseguró Jude.

—Claro, porque eres tan condenadamente listo...

—No —interrumpió Jude, que sonó muy serio, como si Dylan lo hubiera cabreado—. Porque está aguantando tu mierda desde el primer minuto. Y eso no lo hace todo el mundo. Se preocupa por ti.

—Es su trabajo, Jude. Le pagan para eso.

—Yo no estaría tan seguro de eso.

Las mejillas de Elizabeth se colorearon de golpe al escuchar sus secretos en la boca del batería. El cabrón era bueno leyendo a la gente.

—O duermes o se lo cuentas, pero no puedes seguir haciendo conciertos de mierda.

—Ya lo sé, ¿vale? Lo sé.

Después los murmullos fueron demasiado bajos para que Elizabeth distinguiera las palabras, y cuando no escuchó nada más, se retiró de la puerta por miedo a que alguno fuera hasta las literas y la pillara escuchando a escondidas.

Así que los mellizos no se lo habían contado todo. Sí que sabían que Dylan tenía pesadillas y que usaba las drogas para no dormir, pero no se lo habían dicho a ella. Elizabeth no podía culparlos, le habían contado todo lo que habían podido respetando la intimidad de Dylan..., y eso la llevó a pensar en Nathan. Y él, ¿lo sabría? ¿O Dylan lo había dejado fuera de la ecuación? Dada su tendencia a evitar los temas serios cuando hablaba, Elizabeth sospechaba que Nathan no tenía ni idea de la vida de Dylan.

Los mellizos lo sabían porque se habían criado con él, pero con Nathan era diferente. Un nuevo comienzo, tal vez. Alguien que no lo supiera todo de él. Alguien con quien fingir ser otra persona.

Elizabeth se tumbó en la cama, sin desvestirse, con el pase del *backstage* aún colgado y la falda de tubo apretándole en el estómago. Intentó encajar todo lo que sabía de Dylan, y pensar en qué era eso de lo que estaba huyendo con tanta fuerza. Y por qué Dylan no tenía la confianza suficiente como para hablar con ella.

Quería ayudarlo, pero eso no sería posible si él no compartía esos temas de forma voluntaria. Y no había forma de hacer que Dylan compartiera esa

información, de eso estaba segura. Se quedó dormida pensando en que, tal vez, si llamaba a Marisa, ella sabría decirle qué hacer..., porque Elizabeth estaba completamente perdida.

* * *

El *backstage* estaba vacío cuando Dylan entró dando un portazo.

El sudor le picaba en los ojos y se quitó las gafas tirándolas en uno de los sofás que tenía el área de descanso, sin mirar a donde caían.

Mierda. Estaba jodido.

Le dolían los brazos y las piernas, y eso que no había estado haciendo prácticamente nada en el escenario. Le dolía la cabeza..., no, le palpitaba, y sentía que las órbitas de los ojos se le iban a caer de un momento a otro; pero eso no podía ser, porque él tenía que volver al concierto que estaba haciendo en, exactamente, diez minutos.

Diez minutos de descanso de mierda, y porque Dylan le había pedido una parada a Mark en el *setlist* o sentía que se moría.

Estaban en San Antonio, era el tercer concierto, y el ritmo de mierda que el cantante llevaba no había mejorado. No empezaba mal, pero con dos o tres canciones estaba totalmente drenado de energía y el cuerpo le pedía a gritos tumbarse en horizontal. A ser posible abrazando una almohada.

—¡Joder! —exclamó pasándose las manos por el pelo, frustrado. Dio una vuelta, sintiéndose encerrado dentro de la pequeña sala, sin saber qué hacer.

Elizabeth estaba fuera, suponía que en el lateral del escenario, dónde la había dejado al pasar por su lado sin mirarla... o intentando no mirarla. La chica lo había observado de reojo, con una línea apretada en sus labios y una mirada de preocupación en la cara, y... ¡Dios! Lo sabía. Sabía que estaba jugando a un juego peligroso, acercándose a ella a veces y alejándose después, pero es que iba a perder la puta cabeza. El tiempo parecía haberse desdoblado en más de una dimensión desde que no conseguía dormir, y sus humores se movían más que un tiovivo infinito.

Hablar con ella sería la opción correcta. Probablemente le solucionaría muchos de sus problemas. Joder, seguro que la psicóloga tenía hasta técnicas para ayudarlo a dormir, pero a él solo se le ocurría una que no incluyese contarle su pasado, y dada la forma en la que la había tratado en los últimos días, dudaba que la chica estuviera interesada en consolarlo de ese modo.

Oyó como la puerta se abría a su espalda y, con un suspiro —porque, joder, ¿es que no podía tener ni cinco minutos sin que nadie lo molestara?—, dijo:

—Ya voy, Mark. Dame un segundo.

—Soy yo.

La voz de Nathan era lo último que Dylan hubiera esperado escuchar ni en un millón de años. Mark, Jude o incluso Elizabeth, pero no Nathan. Lo miró por encima del hombro.

—Salgo ya, en serio. Solo necesito respirar.

Lo último que necesitaba era a don perfeccionista Nathan Blair riñéndole por la asquerosidad de conciertos que estaba dando últimamente. Bastante se estaba pateando el culo él sin la ayuda de nadie, muchas gracias.

Estaba tan convencido de que eso era lo único que Nathan podía estar haciendo ahí que, cuando el bajista no se fue y esperó, Dylan se tuvo que dar la vuelta para mirarlo de frente.

Puso los ojos en blanco cuando vio que lo estaba observando con esa cara suya, que no mostraba nada. Nada en absoluto. Era un gesto en blanco que podría transformarse en una mueca de alegría o de desprecio en cualquier momento, y cualquiera de las dos te pillaría por sorpresa.

—Si has venido a echarme la bronca, soy perfectamente consciente de que estoy haciendo un concierto de mierda.

—Llevas varios conciertos de mierda —le recalcó Nathan.

—Jesús, gracias, Nate. Eso ayuda.

—¡Eh! —contestó el bajista levantando las manos. Tenía el pelo sudado pegado a ambos lados de la cara y el cuello de la camiseta mojado. Era un día jodidamente caluroso en Texas y hasta eso ponía de mal humor a Dylan a esas alturas—. He venido en son de paz.

Había algo en el tono de voz de Nathan que a Dylan no le gustó. Algo que le decía que después de la pelea que tuvieron en la fiesta, desde la que básicamente se habían ignorado, y la mierda de año que le había dado al chico desde que empezó a tener sobredosis y se acostó con su novia, Nathan debería estar cabreado con él, no viniendo a ayudar.

Hubo una pequeña señal de alarma, pero después la desechó. Porque, si Dylan era sincero consigo mismo, ese era su mejor amigo, y Dylan sabía que Nathan se preocupaba por él y por la banda; y aunque era un perfeccionista asqueroso que quería que los conciertos saliesen como a él le gustaba, también

solía ocuparse de que su estado de ánimo fuera bueno. Cuando Dylan le dejaba.

Se sintió una mierda de amigo por pensar mal de Nathan, así que se forzó a sonreírle, porque la preocupación del bajista, después de tanto tiempo peleados, hizo que un poco del hielo que sentía dentro del pecho se derritiera.

—Lo siento, tío. Yo... solo... Es este puto clima de mierda, y dormir en el bus después de estar fuera dos semanas. Estoy drenado.

Nathan asintió, como si quisiera decir que entendía perfectamente a qué se estaba refiriendo.

—Por eso tengo la solución perfecta. —No lo dijo, lo susurró, acercándose a Dylan, como si quisiera compartir un secreto con él. La solución a todos sus problemas, parecía anunciar su sonrisa de lado.

Estaban apenas a unos centímetros de distancia y Dylan fue vagamente consciente de la diferencia de altura entre ellos, porque Nathan era más alto.

—Tú y yo vamos a animar este concierto, Dy —le aseguró, usando el apodo que le había puesto cuando lo conoció.

Aún recordaba ese momento. A ese niño extraño, lleno de comentarios raros y silencios infinitos. Nathan le había traído paz, de alguna forma, porque no hablaba ni lo forzaba a contarle sus secretos. Era esa clase de persona que te acompañaría a descuartizar y enterrar un cadáver, y nunca jamás volvería a sacar el tema.

Aún recordaba cómo lo había mirado Nathan al principio, con cuánta admiración, como si Dylan fuera una verdadera estrella del *rock*, un modelo, y Nathan solo aspirase a ser como él.

¿Dónde estaba eso ahora, eh? De eso ya no quedaba nada. Suponía que era esa clase de cosas que pasaban cuando la gente crecía.

—No sé si voy a poder hacerlo mejor de lo que lo estoy haciendo. Me voy a desmayar, te lo prometo —Dylan suspiró.

—No. —Entonces fue cuando Nathan metió la mano en el bolsillo del pantalón y sacó un arma mortal. Por supuesto, no fue una pistola, ni una bomba, ni siquiera una navaja suiza. Pero Dylan hubiera preferido que fuese una granada a punto de estallar.

Porque eso era lo que Nathan tenía ahora mismo en las manos.

La papelina era pequeña, no debía de tener mucho, pero Nathan la agitó entre ellos, con una pequeña sonrisa, secretamente, como si de verdad creyese que sostenía todas las soluciones del mundo entre sus dedos.

—Tú y yo vamos a meternos algo y a olvidarnos de todo. Vamos a hacer el concierto de nuestras vidas, Dy.

Le gustaría decir que contestó inmediatamente y que lo que salió de su boca fue un no. Absoluta y rotundamente, no. Le gustaría decir que no miró la papelina y luego a Nathan a los ojos, y la idea no hizo que la nuca le cosquillease por la anticipación.

Pero mentiría.

Eso era exactamente en lo que había estado pensando toda la semana, cada hora desde que había empezado a tener pesadillas en su casa, hasta ese momento. Meterse algo, estar más activado. No dormir. Joder, dejar de tener sueño era una novedad tan grande en sí misma que casi se le puso dura de pensarlo.

—¿Qué dices, tío? ¿Como en los viejos tiempos? —Nathan presionó un poco, alzando las cejas.

Dylan abrió la boca para contestar, pero entonces, en ese bendito momento, la puerta se abrió, y una cabeza de pelo rubio asomó. Elizabeth apareció y Nathan fue rápido. En vez de guardarse la papelina otra vez en el bolsillo, se la dio a Dylan. La puso directamente en la palma de su mano y le cerró los dedos, para que la psicóloga no lo viese. Joder, esperaba que no lo hubiese visto... y a la vez deseaba que sí. Porque si no lo había visto, ¿qué le impediría meterse el mundo por la nariz?

—Mark me ha enviado a decirte que tienes otro cuarto de hora. Algo sobre un problema de sonido que hay que solucionar—anunció Elizabeth, mirándolos de arriba abajo, con una expresión seria en la cara.

La chica observó el intercambio entre el bajista y el cantante como si estuviera sumando dos más dos y no le salieran las cuentas. Dylan pensó que se iría después de decir lo que había venido a decir, pero, en vez de eso, Elizabeth entró completamente en la sala, como si no tuviera intención de marcharse pronto.

De hecho, no cerró la puerta.

—Necesito un momento a solas con Dylan, si no te importa.

Aunque le habló a Nathan, no lo miró en ningún momento, porque su mirada estaba totalmente fija en la cara de Dylan.

«Mierda. Lo ha visto», pensó el cantante.

Mirándola, Nathan se encogió de hombros.

—Lo que tú digas, Doc.

Pasó de largo sin despedirse de Dylan, y Elizabeth cerró la puerta en cuanto la figura de Nathan estuvo fuera del umbral.

El silencio que se hizo entre ellos no fue tenso, eso sería quedarse corto. El corazón de Dylan estaba yendo a una velocidad alarmante, tanto que se planteó estar teniendo un ataque al corazón. Joder, si no fuera porque la papelina seguía en su mano, pensaría que ya se la había metido.

—¿No piensas decirme nada? —El tono de Elizabeth era calmado. Frío. Bajo cero.

A Dylan le sudaron las palmas de las manos mientras ella avanzaba, caminando muy despacio. Llevaba una de esas faldas altas de tubo que tan bien le abrazaban las caderas anchas y la cintura estrecha; incluso a punto de desmayarse, como creía que estaba, Dylan fue capaz de apreciar lo jodidamente bien que le sentaba. La camiseta de tirantes blanca que llevaba era simple, pero podía ver el sujetador que llevaba debajo, y no debería estar pensando en sexo, pero lo estaba haciendo.

—Gracias por el aviso.

No quería cabrearla a propósito, ni tampoco quería distraerla. Quería darle lo que llevaba en la mano. ¿O no? Quería meterle una mano por debajo de la falda. ¿O las dos? Dios, no sabía lo que quería.

—¿En serio? ¿Eso es todo?

—En serio, rubia. Nada de lo que preocuparse.

—Fíjate qué curioso, Dylan... —Elizabeth se acercó a él, y Dylan tuvo la sensación de que la chica estaba a punto de ebullición—. Verás, una de las primeras cosas que se aprenden cuando estás en un negocio como el mío es a saber cuándo la gente miente. Aprendes a leer pequeños gestos, ¿sabes? Como quién se toca la nariz, o el que se muerde el labio, o quién desvía la mirada continuamente cuando está mintiendo.

Vale, Dylan la prefería cabreada. Toda esa charla tranquila, fría, calculada, lo estaba poniendo aún más nervioso. Normalmente ella se cabreaba con él y le gritaba, o pasaba de su cara y lo ignoraba. Nunca jamás había sido así con él..., excepto, bueno, quizá después de la fiesta cuando había estado enfadada con él. Ahí había sido irónica, y ácida, y dolorosamente vengativa en sus respuestas.

Dylan pensó que Elizabeth tenía muchos modos de pelear.

—Y estás sudando tanto que parece que estás en una sauna, amigo.

—Qué graciosa, rubia. ¿Te has dado cuenta de que acabo de salir de dar un concierto a casi cuarenta grados, no?

Ella lo ignoró como el que ignora las hojas que caen de los árboles en otoño. Elizabeth caminó hasta estar a su altura. Ese día llevaba tacones, así casi estuvieron al mismo nivel cuando paró a apenas unos centímetros de él. El olor de la chica lo envolvió en cuanto la tuvo cerca. Eso, y una necesidad extraña de acariciarle la mejilla con la barbilla, marcándola como si fuera un gato.

—Te voy a dar solo una oportunidad, Dylan Reeves. Porque estoy aquí como tu padrino, y eso significa como guía y consejero, pero no como madre. —Le advirtió con el dedo, y después, con una mirada acusatoria en la cara, puso la mano abierta frente a él, a la espera de que le diera la papelina. Él lo sabía, ambos lo sabían. Había fuego en su mirada, aunque sonase calmada, sin un ápice de nerviosismo, pero Dylan veía como la vena del cuello le palpitaba a un ritmo acelerado.

«Está cabreada. Y tal vez asustada», pensó.

Dios, él también lo estaba. Tenía, literalmente, su futuro en las manos, pero no sabía qué hacer. Por un lado, estaba su pasado, el que no lo dejaba existir en paz, pero, por otro, estaba su presente, donde la realidad se imponía como un puño de hierro y él no podía dejar de cumplir con sus obligaciones, aunque quisiera. Pero también estaba su futuro. ¡Su futuro, por Dios! Ese por el que quería luchar.

Las tres líneas del tiempo parecieron una durante apenas un segundo, como si las putas Moiras estuvieran bailando desnudas para él y Dylan no supiera a cuál de ellas follarse antes. Así de jodido.

A lo mejor era porque el corazón le iba a mil por hora, porque estaba agotado físicamente y porque solo quería dormir —joder, solo quería dormir y dejar de pensar durante cinco minutos—. A lo mejor, si no le decía nada, y se metía lo que tenía, ella se iría a casa y todo se habría acabado.

También le estaría haciendo un favor a ella. La liberaría de un pacto que en realidad no quería..., porque Dylan no era tonto. Sabía que Elizabeth no quería estar ahí. Fuera lo que fuese lo que la discográfica había hecho para conseguirla, el chico tenía muy claro que la habían amenazado con algo.

Así que, si no le decía la verdad, y acababa con eso a través de una aspiración de su nariz..., quizá todo sería mejor para todo el mundo. Incluso mejoraría haciendo conciertos.

—Para que conste —añadió Elizabeth, mirándolo amenazadoramente—. Solo te estoy preguntando por ser educada. O me lo das, o te arranco la puta mano.

«La puta mano», repitió en su interior Dylan.

Elizabeth Harvey nunca jamás decía palabrotas. O al menos Dylan no había escuchado una salir de sus labios. Siempre, *siempre*, era educada, y medía sus palabras, incluso cuando había estado cabreada con él. Incluso en las discusiones.

Escuchar esa palabra salir de su boca fue una mezcla entre sorpresa y latigazo sexual. Quiso pedirle que lo dijese otra vez, solo para oír cómo la palabra salía de sus labios, y fijarse bien en cómo su boca la pronunciaba, porque la primera vez no había estado prestando la suficiente atención. Quiso reírse y besarla, y llorar, y gritarle; y Dios sabía que era el cansancio, pero no sabía qué hacer. ¿Terminaba de joder lo único bueno que tenía en ese momento en su vida? Lo mismo debía dejar que ella lo intentase por la fuerza, solo por ver qué hacía.

El pecho de Elizabeth comenzó a subir y bajar de forma laboriosa, lo que quería decir que se estaba alterando y eso no podía significar nada bueno. «Tienes que decidirte, tío. ¿Abres la palma y la dejas guiarte? ¿O le mientes y vuelves por el viejo camino de siempre?», pensó.

Cerró los ojos, y por primera vez en mucho tiempo hizo algo que no hacía. Dio gracias porque estuviera, porque si no hubiera entrado cuando lo había hecho, estaba seguro de que habría acabado de manera muy distinta.

Abrió la palma de la mano y dejó que ella se llevara el peso de su conciencia, su libertad de decisión, y lo único que haría que volviera a empezar de cero.

* * *

Elizabeth estaba apoyada contra la pared del autobús de... No recordaba qué banda. Todo el mundo parecía estar pasándose bien, después de todo, era de noche, los conciertos se habían acabado. Las bandas que quedaban no tocaban hasta dentro de un par de días, así que ¿por qué no perder la cordura bebiendo hasta destrozarse el hígado? ¡Puaj! Músicos.

Vale, quizá estaba haciendo una generalización estúpida. Cualquier cosa le valía en ese momento, porque estaba enfadada. No. Borra eso. Estaba cabreada. Jodida y asquerosamente cabreada, maldiciones incluidas.

Aún veía el remolino del váter y la papelina desaparecer por él, y aún veía la cara de Dylan, la expresión de miedo, incredulidad y satisfacción

cuando había abierto la palma de la mano. Dios, sí, se la había dado, pero había tardado una eternidad y Elizabeth había pensado que no lo haría.

Realmente había pensado que no lo haría, y que su trabajo allí se habría acabado y tendría que volverse a casa, porque era un padrino pésimo.

Había estado tan enfadada en ese momento que no había tenido ninguna charla con Dylan. Para empezar, porque no habían tenido tiempo, y para seguir, porque cuando estaba en ese estado no era buena para hacer análisis de nada, mucho menos para razonar con el músico.

Después, Dylan había vuelto al escenario y había terminado su concierto, y, por supuesto, cuando había vuelto a bajar, no la había mirado, siguiendo la misma rutina de los últimos tres días. Eso también la tenía cabreada.

Sin embargo, esa vez el camino al bus había sido animado, y alguien los había interceptado a la mitad porque al parecer había una fiesta en el autobús de no sé quién y tenían que ir. Por supuesto, una fiesta no era lo que ella le recomendaría a Dylan. No después del enfrentamiento con las drogas que había tenido hacía un rato, pero antes de que ella pudiera objetar nada, el músico había dicho que sí..., y ella no podía dejarlo ir solo.

Así que allí estaba Elizabeth, rodeada de niños llenos de tatuajes, dilataciones y *piercings*, con un estilo de ropa más que cuestionable y un almacén entero de Vans, porque esa gente al parecer no sabía llevar otra cosa en los pies.

La chica había superado esa fase, lo sabía, pero presenciar lo que había visto esa noche: la imagen de la mano de Nathan —él, entre todos, su mejor amigo, ese que había estado apoyándolo durante sus recaídas— pasándole a Dylan la papelina, la había llevado a un estado tan alto dentro de su propio pico de emociones que todo lo que había a su alrededor la molestaba.

Ni siquiera se había parado a pensar en ella, ni en que quizá alguien pudiera reconocerla. Ni siquiera había sentido ese cosquilleo de miedo mientras había terminado de ver el concierto en el lateral del escenario, ni se había acordado de su padre mientras Dylan había cantado un par de canciones con su guitarra acústica, porque había estado demasiado centrada en el enfado.

Si era sincera consigo misma, no era tanto enfado... como miedo.

Miedo de que todo en lo que habían trabajado se fuera por el desagüe. Miedo de no poder confiar en Dylan. Miedo de querer salvarlo y no poder porque estaba más allá de ser salvado. Pero el miedo era difícil, una emoción que no sabía controlar... Aunque, por suerte para ella, era maleable. Todo ese miedo en ese momento era enfado.

La gente bebía y reía a su alrededor. Dylan estaba sentado en una de esas ridículas sillas de playa, hablando con Jude y con otro chico que Elizabeth no conocía, pero ella estaba bien donde estaba. Veía a Dylan con claridad desde su sitio y no quería arriesgarse a acercarse y tener que entablar una conversación con nadie en ese momento. Un par de chicos lo habían intentado, pero ella les había ladrado algo y habían desaparecido. Chicos listos.

El músico aún llevaba las gafas puestas y la ropa del concierto —esos dichosos pantalones de piel que le abrazaban las piernas como si no llevara absolutamente nada, y, por favor, para ponerse eso bien podía ir desnudo—, pero parecía relajado mientras hablaba. Aunque Elizabeth sabía que eso no significaba nada. Dylan Reeves era un experto en la mentira.

«Pero no te ha mentado antes», recordó.

Se enfadó aún más consigo misma por ablandarse con el músico por eso. Dios, la música, y el calor, y esa vida de trovadora que llevaba en la última semana le estaban haciendo papilla el cerebro.

Estaba ocupada perdida en sus pensamientos, probablemente pareciendo una auténtica estúpida, cuando vio a Nathan entrar al autobús de la banda por el rabillo del ojo. Probablemente el bajista fuera a usar el baño, pero a ella no le importó.

La rabia que estaba sintiendo le atravesó el estómago como un dardo de adrenalina y se despegó de la pared del bus tan rápido que se mareó.

Siguió al bajista dentro del bus, subiendo las escaleras. El sitio no estaba a oscuras, y gracias a Dios no había nadie besándose, o lo que fuera, en los sofás del saloncito, porque se hubiera muerto de vergüenza de haber sido así.

Avanzó rápido hasta las literas y se paró en lo que sabía que era la puerta del baño. Aparentemente, una vez visto un autobús, vistos todos... Qué poco originales eran los diseñadores de buses.

Esperó cinco segundos, escuchó el sonido de la cadena y, antes de que se diera cuenta, Nathan la estaba mirando y Elizabeth se estaba enfrentando a unos ojos azules que quemaban.

—¿Ahora extiendes tus servicios al resto de la banda o qué, doctora? — No había absolutamente ninguna emoción en su voz, aunque había un brillo divertido en sus ojos.

Nathan no esperó respuesta, solo pasó a Elizabeth de largo como si no estuviera interesado en hablar. Y sabía que ella estaba allí para eso. Estaba enfada, asustada, aterrada. Estaba llena de ira, y Nathan no iba a salir de allí como si nada de aquello fuera culpa suya.

Elizabeth lo cogió de la muñeca y lo obligó a darse la vuelta y mirarla.

—Voy a pedirte que no estés más a solas con Dylan, si no te importa.

—No sé de qué estás hablando. —Tuvo la poca vergüenza de encogerse de hombros.

—Lo sabes muy bien.

Sonrió un poco. Pero, para sorpresa de Elizabeth, fue una sonrisa amarga.

—Así que ahora me estás prohibiendo... ¿Qué? ¿Que hable con mi compañero de banda? Eres consciente de que vivimos todos en cuatro metros cuadrados, ¿no?

Elizabeth se echó hacia delante, señalándolo con un dedo, clavándoselo en el pecho a Nathan. La ira la hacía ver rojo.

—Eso es exactamente lo que vas a hacer. No vas a hablarle, no vas a mirarlo. Fuera del escenario, quiero que hagas como que no existe.

Nathan miró el dedo y alzó una ceja. Después la miró a ella, y en ese momento Elizabeth se sorprendió al descubrir que la cara del bajista ya no estaba vacía... Nathan tenía una mueca de asco e incredulidad, como si de verdad no entendiera todo lo que Elizabeth le estaba pidiendo.

—Estás mal de la cabeza, doctora.

Elizabeth se enfadó aún más, la rabia haciendo que le temblasen un poco las manos, y puede que la voz. Que ella estaba mal de la cabeza. Ella. No había sido ella la que le había dado una papelina a un cocainómano, por el amor de Dios.

—Eres horrible —le dijo entre dientes, sorprendida del asco que había en su propia voz—. Tienes todo ese odio hacia Dylan cuando tú no eres mejor... Al menos él puede culpar a las drogas por lo que pasó, pero tú..., tú solo eres así —le escupió.

Si Nathan se sintió ofendido, no lo demostró, y Elizabeth se sintió dolida, porque a esas alturas había querido hacerle daño. No debería, pero había querido..., quería hacerle daño como él se lo estaba haciendo a Dylan.

Nathan cogió aire por la nariz, la única señal de que quizá las palabras de la psicóloga le habían afectado un poco. Con los puños apretados a los lados, se acercó a ella hasta que fue una torre de músculos haciéndole sombra. Ella reculó hasta estar pegada contra la puerta del baño. Apoyó las palmas contra la madera para estabilizarse, y cuando le resbalaron, se dio cuenta de que las tenía sudadas.

—¿Quieres que pida perdón? —La voz de Nathan fue calmada, fría, sin emoción, y Elizabeth sintió que se congelaba en el sitio, porque esa vez el

bajista no se estaba achantando, no como cuando se enfrentó a él en el salón de su casa—. Te estaba haciendo un favor. Tal y como yo lo veo, si no nos hubieras interrumpido, a estas alturas de la noche ya sabríamos si Dylan Reeves es o no un hombre nuevo.

Elizabeth contuvo el aire, asombrada ante las duras palabras de Nathan. ¿Lo estaba poniendo a prueba? ¿El bajista había puesto en peligro su recuperación solo para ponerlo a prueba? ¿Qué clase de persona retorcida hacía eso?

«Una que ha sido decepcionada demasiadas veces», le dijo su conciencia. Una que ha puesto empeño y sudor en algo, y después ha visto cómo se rompía delante de sus narices. Una y otra vez.

Nathan Blair estaba cabreado, estaba dolido, pero sobre todo estaba decepcionado, y Elizabeth se dio cuenta en ese momento mientras lo miraba fijamente.

—Gracias por el favor. Pero la próxima vez que sientas ganas de hacer un experimento, hazlo contigo mismo —le sugirió ella, apartándolo de un empujón con las manos porque sentía claustrofobia allí atrapada, entre la puerta y el cuerpo de Nathan—. No te metas en mi caso o vas a tener problemas conmigo.

No lo estaba amenazando, excepto que... Bueno, vale, lo estaba amenazando un poco. Ni siquiera supo por qué lo dijo, fue como un instinto protector sobre Dylan que la envolvió entera.

A pesar de que el empujón lo había alejado un poco, Nathan volvió a acercarse a ella, esta vez invadiendo su espacio personal, hasta que los labios del bajista estuvieron contra su oreja.

—No hagas demasiadas amenazas, Reed —susurró Nathan, y Elizabeth pudo sentir la sonrisa del chico contra ella—. Tú y yo sabemos que te conviene llevarte bien conmigo.

Nathan se dio la vuelta y la dejó allí, tapándose el cuello con la mano, sintiéndose usada por un segundo. El miedo le atenazó las entrañas mientras miraba ensimismada cómo se alejaba su espalda, porque había usado su apellido real y había sido como un rechazo en la mandíbula. O en los pulmones.

Le costaba respirar.

* * *

Tardó un par de minutos, pero cuando salió del bus, lo primero que hizo fue buscar a Dylan. Cuando no lo vio donde lo había dejado, buscó inmediatamente a Jude, porque era la última persona que recordaba haber visto hablando con él. Lo vio unos metros más adelante, hablando animadamente con una chica que no sabía quién era.

¿Dónde narices estaba Dylan?

Llegó al batería en un abrir y cerrar de ojos, saltando a la gente que tenía a su alrededor como si fuesen obstáculos. Con las prisas, casi le tiró un par de cervezas a una chica que la taladró con los ojos, pero que se aguantara, ella estaba en una emergencia. Su paciente se había perdido.

—¡Jude! —exclamó sin aire—. ¿Has visto a Dylan?

La chica con la que Jude estaba hablando también la miró mal, porque al parecer le molestaba que interrumpiera su charla con el batería. O que Jude hubiera sonreído a Elizabeth y le estuviera prestando toda su atención. Se preguntó si sería una *groupie*, o alguien de alguna banda. Ella no recordaba la cara de la chica, pero tampoco se había fijado mucho en todo el mundo.

—Mierda, ¿no está contigo?

—No. He ido un segundo al baño, y cuando he salido ya no estaba —mintió. *Mintió*. Y la mentira se le convirtió en ácido en el estómago, porque la verdad era que ella había descuidado su puesto durante un segundo y Dylan había desaparecido... y era su culpa.

—Joder... Pensaba que estaría contigo. ¿Lo has buscado por aquí?

—Quería preguntarte a ti primero..., en realidad no conozco a mucha gente.

Jude le pasó su cerveza a la chica y después se disculpó con la mano. Los ojos de la chica pasaron a ser dagas, y Elizabeth los sintió en su espalda a medida que avanzó caminando al lado de Jude.

—Lo más probable es que se haya vuelto al autobús a dormir. Estaba de un humor de mierda.

«No me digas. Si yo te dijera por qué estaba de ese humor», pensó. Aun así, no quería arriesgarse a ir a buscarlo al autobús y que no estuviese, y encontrarse con las manos vacías sin saber qué hacer.

Pero Jude era un genio.

—Vamos a hacer una cosa. Ve a buscarlo en el autobús. Yo voy a buscarlo por aquí. Te llamo si lo encuentro.

Elizabeth suspiró aliviada al sentir que tenía refuerzos.

—Vale. Te mando un mensaje si está en el bus.

—Sin problema.

Elizabeth asintió y después se fue a la carrera, tacones incluidos, hasta donde estaba el bus de la banda. Subió en tromba, sin importarle si había alguien más. Encendió las luces sin miramientos y buscó a Dylan por todas las esquinas. El asiento del piloto y del copiloto, el sofá de la cocina... Cuando fue obvio que en esa primera parte del autobús no había nadie, revisó las literas, abriendo las cortas cortinas negras, pero, otra vez más, la nada más absoluta fue lo que la saludó.

El miedo se convirtió en angustia dentro de sus venas, y pronto ella no sería más que una masa andante de ansiedad.

Abrió la puerta de su habitación sin mucha esperanza de que estuviera allí, y ni siquiera encendió la luz, pero desde la puerta, y en la oscuridad, no vio a nadie allí dentro tampoco. Cerró la puerta a su espalda, a medida que algo más tomaba forma en su barriga junto con la angustia.

«Culpa. Así es como se siente la culpa», pensó.

Sintió ganas de vomitar, porque no encontraba a Dylan y ella era la que debería estar vigilándolo. Dios mío, después de lo de esa noche en el concierto, a saber qué clase de pensamientos se le estaban pasando al músico por la cabeza. Y, joder, había sido tan dura con él. En ese momento había estado tan absolutamente indignada y cabreada que había querido castigarlo, pero ahora..., ahora que se paraba a pensarlo, y repasaba la conversación en su mente, se daba cuenta de que había sido demasiado fría. Una auténtica zorra.

Su teléfono vibró y lo cogió sin mirar la pantalla porque sabía quién era.

—Dime que está roncando en su litera. —Jude sonaba angustiado.

«Ojalá —pensó—. Ojalá estuviera aquí. Ojalá no la hubiera cagado de semejante manera. Ojalá fuera mejor persona», pensó.

—No.

—Mierda —gruñó Jude.

Sí, eso resumía la situación bastante bien.

Capítulo 15

*I won't explain, or say I'm sorry. I'm unashamed, I'm gonna show my scar...
I'm just a man, I'm not a hero... Just a boy, who had to sing this song.
Welcome to the Back Parade, My Chemical Romance*

Su teléfono sonó lo que debió de ser la quinta o sexta vez de la noche. A esas alturas, Elizabeth ya no lo sabía. Se levantó del sofá del bus y fue a mirar la pantalla, agradeciendo en silencio que fuera un mensaje y no una llamada, porque no estaba muy segura de que la voz no le temblase. Jayden le había escrito diciendo que seguían buscando, pero que nadie lo había visto.

Eran las dos y cuarto de la madrugada y aún no habían encontrado a Dylan. Jude había llamado Mark, y Mark a los demás, y antes de que Elizabeth se diera cuenta había un montón de gente buscando al cantante por toda la zona. En el resto de los autobuses, la zona de las fans; joder, Seb incluso había cogido una de las furgonetas para salir del recinto y buscar por los alrededores en caso de que hubiera ido a algún local. ¿Ella? Le habían pedido que se quedase en el autobús a esperar por si volvía. Por si volvía... Dios, se iba a volver loca. ¿Qué hacía con él si volvía? La discográfica había sido muy clara respecto a sus intenciones con Dylan y su recuperación, y no aceptarían otra cosa que no fuera una completa recuperación a aquellas alturas... Aunque Elizabeth no esperaba que lo echaran de la banda a mitad de la gira. Quizá cuando acabase, pero no a la mitad.

Elizabeth hacía varias horas que se había quitado los tacones y estaba andando descalza por el autobús, dando vueltas y vueltas, pero ahora, además, se soltó el pelo, porque la tensión en la cabeza la iba a matar. Se masajeó las sienes y luego el cuero cabelludo, dejando que las ondas se le enredasen en los dedos.

Si volvía y había consumido algo..., su mejor opción era retrasar los análisis de orina, o todos estarían muy jodidos. Si Nathan ya parecía un muerto en vida atrapado en esa banda con su mejor amigo —¿o enemigo?—, Elizabeth no se lo quería ni imaginar si el sello borraba a Dylan del mapa y metían a cualquier otro chico prefabricado, listo para cantar sus canciones. El desastre se oía a kilómetros.

—Mierda, Dylan, ¿dónde estás?

La culpabilidad que le agujoneaba el estómago la tenía al borde de las lágrimas, y le sudaban tanto las manos que su propio pelo se le quedaba atascado entre los dedos mientras intentaba relajarse.

«¿Qué has hecho?», se recriminó. Había dejado su puesto, había descuidado su única tarea porque había estado enfadada y había querido gritarle a Nathan. Y por sacarse eso del pecho, por comportarse como una completa niña y haberse dejado llevar por sus emociones, ahora el cantante estaba perdido y muy probablemente metiéndose su peso en coca.

«Enhorabuena, Elizabeth, tú sí que sabes cómo cuidar de tus pacientes», se reprochó.

Con el teléfono en la mano, marcó el número de la única persona que la haría sentir mejor. Era tarde, pero entre la diferencia horaria y que su madre no dormía demasiado, esperaba que contestase. Por desgracia para ella, tras varios pitidos al otro lado de la línea, saltó el buzón de voz.

La voz de Marisa le dijo que dejara un mensaje si era algo importante y ella le devolvería la llamada, y el pitido de después la dejó esperando con el teléfono pegado a su oreja como una idiota.

—Soy yo... —dijo a la nada, porque, aunque no le sirviera de mucho, necesitaba contárselo a alguien—. He cometido un error estúpido y no sé ni por dónde empezar a solucionarlo... —Caminó por el pasillo del autobús, dejando atrás las literas a ambos lados de ella sin encender la luz—. Sé que pensabas que el caso sería bueno para mí..., ya sabes, para lidiar con mi pasado, pero lo estoy estropeando, mamá. —Elizabeth abrió la puerta de su habitación y encendió la luz—. Llámame cuando oigas esto, es urgente.

Al principio no se dio cuenta, porque aún tenía un nudo en la garganta por el mensaje que le había dejado a su madre y la preocupación que tenía por Dylan. Lo único que vio fue el armario abierto con las maletas de los chicos dentro, y algunas camisetas y pantalones colgando fuera, desordenados.

Fue hasta la silla que había en el rincón y se sacó la falda de tubo hacia abajo, sin soltar el teléfono, porque en cualquier momento cualquiera de los chicos podría llamar y ella tenía que saber qué estaba pasando. Se puso el pantalón del pijama de un salto, y no se molestó en quitarse la camiseta blanca de tirantes que llevaba, ni el sujetador. No iba a prepararse para dormir, porque *no* iba a dormir hasta que aquello se solucionara. Volvió a recogerse el pelo en un moño suelto, porque le molestaba en la cara.

Cuando se dio la vuelta, comprobando que nadie había vuelto a escribirle y que ya eran casi las dos y media, lo vio.

Dylan Reeves estaba tumbado en su cama, acurrucado de lado contra su almohada y envuelto con la sábana blanca de algodón. Su pecho subía y bajaba lento, un brazo debajo de su cabeza, el otro rodeando la almohada. Elizabeth lo miró con los ojos muy abiertos, entre asustada y aliviada, sin saber qué hacer durante un segundo. Boqueó a la nada un par de veces, porque no se lo podía creer... ¿Había estado ahí... todo el rato? ¿Qué?

Caminó despacio, como el que no quiere despertar un dragón dormido, sus pies sin hacer ruido en la moqueta de la habitación, temiendo asustarlo. Parecía tan tranquilo. El pelo negro del chico estaba revuelto sobre su cara, y los mechones casi le llegaban a la mejilla. Tenía los labios entreabiertos y respiraba despacio, completamente dormido.

No llevaba camiseta, y Elizabeth estaba lo suficientemente cerca como para notar el tono dorado que su piel había adquirido en los días que llevaban de gira. Miró hacia abajo, pensando que quizá estaba durmiendo completamente desnudo, pero la sábana lo cubría y, en realidad, ¿qué más daba? Estaba ahí, estaba a salvo. ¿Que estaba en su cama? Dios, ella dormiría en el suelo si hacía falta, vigilándolo toda la noche. El alivio la inundó, y se arrodilló junto a la cama, presionando la frente contra el colchón.

—Gracias —murmuró aliviada a la nada, cerrando los ojos, respirando con dificultad, sintiendo el nudo que llevaba en el pecho deshacerse.

Después levantó la cabeza y, agradecida de que Dylan no se hubiera despertado, se quedó mirándolo como una completa imbécil. Por primera vez desde aquel primer día que lo vio, se dio cuenta de que uno de los tatuajes que llevaba en un tríceps eran las dos flechas cruzadas del símbolo de la banda. Se preguntó si en el otro llevaría la flor o la calavera. Las flechas estaban cruzadas hacia abajo y las puntas derramaban sangre. Dylan se movió un poco en sueños y el músculo se le contrajo y ella pudo ver como el tatuaje se movía en su piel.

—Jesús, Dylan —susurró muy muy bajito, para no despertarlo—. Me has dado el susto de mi vida, capullo.

El alivio que sentía era tal que ni siquiera sintió ganas de golpearlo o despertarlo y gritarle un rato por haber desaparecido de semejante manera. Dylan escondió la cara en la almohada, metiendo la nariz entre su bíceps y la sábana, y ella creyó oírlo suspirar... Como si su olor lo tranquilizase.

Las mejillas se le colorearon y un plomo caliente le espesó la sangre.

Dylan movió los pies y la sábana bajó, hasta que pudo ver la curva de su cadera, la cola de la pantera abrazándola, la uve que le dibujaba el músculo ahí, y después kilómetros y kilómetros de... de la más nada absoluta... hasta que —gracias al cielo— sus ojos fueron a toparse con el pantalón negro de pijama.

«No lleva calzoncillos, el capullo se pasea por ahí sin calzoncillos», pensó distraídamente.

Agradeció que nadie la estuviera viendo, porque tenía las mejillas ardiendo y estaba revisando a Dylan como si fuera un trozo de carne. Por el amor de una madre, que era su paciente y estaba en una situación bastante crítica... Tenía que superar de una vez por todas toda esa lujuria innecesaria, de verdad. Estaba empezando a ser molesta.

¿Que Dylan Reeves tenía músculos elegantes y una piel bonita y caliente que se moría por tocar? Sí, pero eso no iba a pasar. Nunca jamás. Así que ya era hora de que dejara de mirarlo así y se centrara en lo único que era importante.

Elizabeth se puso de pie rápidamente, sintiéndose caliente por todas partes y molesta consigo misma por ello, desbloqueó el teléfono que aún llevaba en la mano y marcó el número de Jude mientras salía de la habitación y apagaba la luz. Si se quedaba allí mucho rato más, quizá no pudiera resistir las ganas de tocarlo, y eso sí sería un problema.

* * *

—¿Pero entonces estaba ahí desde el principio? —preguntó Mark por enésima vez.

Elizabeth se sintió encoger un poco ante el escrutinio de todo el mundo. Ni siquiera se había molestado en vestirse cuando los chicos habían llegado, porque era tarde y estaba cansada, y todo lo que quería hacer era arreglar la situación. Que cuatro tíos la vieran en pijama era la menor de sus preocupaciones.

Debería habérselo pensado mejor, porque cuando Jayden había entrado por la puerta la había mirado de arriba abajo y le había silbado.

—Bonito pijama, bombón.

La chica había puesto los ojos en blanco, porque su pijama era de todo menos sexi. De algodón, para empezar. De rayas, para terminar.

Estaban todos en el salón del autobús, mirando a Elizabeth, esperando a que le respondiese a Mark. Tenían caras cansadas y parecían cachorritos perdidos, incluso Nathan.

—Lo siento mucho, de verdad. —Elizabeth no recordaba la última vez que se había mordido las uñas, de hecho creía que nunca había tenido el hábito, pero se las mordió en ese momento—. No he mirado bien ahí porque no se me ha ocurrido que pudiera estar metido en mi cama. Es mi cama, así que cuando no lo he encontrado en las demás, he asumido que no estaba...

—Y nos has tenido toda la noche buscando como locos para nada. —La voz de Nathan sonaba hastiada. El bajista se estaba ganando que lo estrangulase mientras dormía. Aun así, Elizabeth no le contestó porque aún recordaba el aliento de Nathan en la oreja cuando la había amenazado unas horas antes.

Respiró para calmarse, porque no quería volver a dejarse llevar por las emociones. Eso no había salido demasiado bien hacía un rato y no quería volver a cometer ese error dos veces.

—Como he dicho, lo siento muchísimo. No solo por las horas de búsqueda, sino por la preocupación. No debería haber dejado de vigilarlo, y la culpa ha sido mía.

—No —intervino Jayden—. No te preocupes, Doc. Nos alegramos de que esté bien, y tú no puedes ser su sombra las veinticuatro horas.

Ella abrió la boca para decir la frase favorita de Dylan: «Es mi trabajo», pero Mark no le dio tiempo.

—Se ha marchado porque ha querido, Elizabeth. Al menos no ha tomado ninguna decisión estúpida. No te machaques por ello, ¿vale? Está bien, y ya podemos irnos todos a dormir.

—Ya...

—Avísame mañana en cuanto esté en pie, ¿de acuerdo? —Mark la miró y había preocupación mezclada con alivio en su cara. Elizabeth sabía por qué estaba ahí la preocupación. «¿Y si ha consumido algo antes de irse a dormir?», decía ese ceño fruncido.

—Lo haré.

—Id a dormir chicos. Salimos mañana para Nueva Orleans.

—Dime que es noche de hotel —se quejó Jayden mientras se frotaba los ojos, aparentemente muerto de sueño.

Mark puso los ojos en blanco.

—Nenazas —murmuró—. Está bien, haré que tengáis hotel preparado cuando lleguéis, pero solo porque os habéis dejado la piel buscando a Dylan esta noche.

—Gracias, Dios.

—¿Dios? ¿No querrás decir: «gracias, Mark»?

—Si quieres te la chupo. Ya sabes, para compensar.

—No creo que supieras —argumentó Jude.

—No tiene que ser muy difícil. —Jayden pareció planteárselo seriamente durante un segundo, después miró a Elizabeth—. ¿Verdad, doctora?

Elizabeth se atragantó con su propia saliva, mientras escuchaba la risa de Nathan de fondo, y eso la cabreo tanto que tuvo que forzarse a respirar por la nariz, a sonreír y a responder:

—Puedo enseñarte, si quieres. —La mirada inocente que puso mientras lo decía se ganó que Jayden la mirara con los ojos muy abiertos, claramente sorprendido porque hubiera contestado. Nathan dejó de reírse y la miró con las cejas alzadas.

—Joooder —murmuró el guitarrista.

—Y esa es mi señal para largarme. Nos vemos mañana. Descansad. —Mark se despidió y se marchó cerrando la puerta del autobús a su espalda.

Jayden seguía mirándola como si de verdad se la estuviera imaginando entre sus piernas, y a ella ya no le quedaba nada de la valentía que le había hecho contestar, así que se sintió incómoda.

Por suerte para ella, Jude intervino.

—Voy a despertar a Dy y a meterlo en su litera.

Las palabras del batería tardaron un segundo en registrarse en su cerebro, porque aún seguía teniendo el corazón alterado por el comentario, pero después, cuando las procesó, pensó en Dylan relajado durmiendo en su cama, abrazado contra la almohada... Tranquilo.

—No —contestó ella—. Déjalo. Puedo dormir en la litera, o en el sofá. Deja que descanse un poco.

—Puedo despertarlo, no es ninguna molestia.

—En serio, prefiero que duerma y que coja fuerzas.

Jude levantó las manos, rindiéndose.

—Como quieras, Liz.

El apelativo cariñoso la hizo sonreír a pesar de todo, porque desde que había salido de su trabajo y su entorno, nadie la había llamado *Liz*. Jude le devolvió la sonrisa, y después fue hasta el pasillo de las literas.

Ella se sentó en el sofá y esperó pacientemente a que los chicos entraran al baño uno tras otro y se preparasen para dormir. Lo mínimo que podía hacer después de haberlos tenido horas buscando a Dylan como locos era esperar a que ellos terminaran antes de hacerlo ella.

Al cabo de un rato, el autobús se quedó en silencio, y ella se preguntó dónde estaría Seb, porque normalmente abría el sofá y se tumbaba allí hasta que llegaba la hora de salir. Pero luego se dio cuenta de que en realidad había muchos más autobuses allí, algunos solo para los técnicos de sonido, y que Seb podía ir dónde quisiera mientras mañana estuviera en condiciones para llevar a los chicos a su destino.

Se encogió de hombros, entró de puntillas en la habitación para no despertar a Dylan y cogió la bolsa de aseo. Después de lavarse los dientes y recogerse el pelo en una trenza para que no la estrangulara mientras dormía — no, de verdad, estaba empezando a ser un problema lo largo que lo llevaba. Tenía que ir a cortárselo—, abrió la cortina de la litera de Dylan, que era la única que quedaba libre, y se tumbó dentro.

Cuando volvió a cerrar la cortina oscura y la nada más absoluta la envolvió, pensó: «joder, Dylan, no estabas exagerando, esto es claustrofóbico». El espacio era pequeño, y eso que ella tenía la mitad de cuerpo que el cantante, no se quería imaginar cómo sería para Jude o Jayden, que eran dos putos gigantes.

Cerró los ojos, tumbada sobre las sábanas, y esperó a que el sueño la recibiera, porque el día había sido largo y asqueroso y estaba muy cansada.

Lo mínimo que se merecía era dormir un poco.

* * *

Una hora y siete minutos después, no solo no se había dormido, sino que no podía parar de dar vueltas.

Todo olía a Dylan Reeves.

La almohada, las sábanas, hasta la dichosa cortina olía a Dylan Reeves, y Elizabeth no podía parar de dar vueltas y vueltas, de un lado a otro. Había intentado dormirse, pero su cerebro no la dejaba apagarse, porque ahora, con los ojos cerrados y rodeada del olor del músico, lo único que veía eran sus brazos contra la almohada, el pelo del chico despeinado, y las pestañas haciendo una sombra sobre las mejillas mientras dormía; lo único que veía era

el costado y la línea de su cadera, y el tatuaje de la pantera, una de las patas traseras y la cola que desaparecía hacia abajo por la línea del glúteo; todo lo que veía, si cerraba los ojos, era la uve que bajaba hasta su entrepierna, porque el cabrón había llevado los pantalones del pijama tan bajos que ella casi podía imaginarse...

Elizabeth se sentó en la cama, con cuidado de no darse contra el techo de la litera de arriba, y abrió la cortina negra de un tirón, porque aquello ya era ridículo. Tenía un calor insoportable, a pesar de que el zumbido le decía que el aire acondicionado estaba conectado, y sentía la piel en llamas. Los pezones le dolían cuando respiraba y le rozaban con las copas del sujetador, y tenía el pulso entre las piernas.

Completa y absolutamente ridículo.

Se levantó sin hacer ruido para no despertar a nadie y fue hasta la cocina a servirse un vaso de agua, esperando despejarse un poco y que se le quitara la sensación de haber estado tragando arena que tenía en la garganta. No le sirvió de nada.

Miró el sofá y pensó: «bueno ¿qué daño puede hacer?». Así que se tumbó en el sofá y se acomodó como pudo, pero después de unos minutos tenía claro que tampoco iba a poder dormir allí. Era demasiado incómodo.

Mierda.

Y entonces, ¿qué?

El capullo le había robado la cama, y ella estaba atrapada allí sin poder dormir en ningún sitio... Antes había rechazado la idea de despertarlo, pero ahora, tras horas de dar vueltas y con los párpados tan pesados que sentía que se le caerían las órbitas de los ojos en cualquier momento, se lo pensó mejor.

Necesitaba dormir. Desesperadamente.

«Y eso es lo que Dylan ha estado sintiendo durante días», pensó mientras caminaba en silencio hasta la habitación del fondo.

De repente, le dio pena. Pena porque hasta ese momento ni siquiera había atisbado a sentir un poco de lo que el músico había estado experimentando, pero en ese momento lo estaba sintiendo... y era un asco. Encendió la luz, y vio que Dylan se había dado la vuelta en la cama y ahora estaba en el otro lado, bocabajo, y había empujado la sábana hacia los pies como si le hubiera dado calor. Estaba abrazando la almohada, con ambos brazos por encima, y le podía ver la espalda entera, la pantera agarrada a su hombro y a su cintura, trepándole por el cuerpo, mirándola de lado. La cabrona parecía sonreírle, mientras ella seguía la línea de la cola que desaparecía bajo el pantalón del

pijama. Lo llevaba tan bajo que podía verle los hoyuelos de la base de la espalda.

«Puedes hacer esto», se animó. El hueco de su cama estaba ahí, lo tenía delante y estaba vacío, pero tenía que tumbarse al lado del músico y conseguir dormir. «¡Ja! ¿No has sido capaz de dormirte con su olor en la litera y vas a hacerlo aquí, con él a un palmo de distancia? Estás loca, Elizabeth», pensó.

Aun así, lo intentó, porque, mierda, estaba desesperada. El sueño la volvía impulsiva.

Apagó la luz y, a tientas, fue hasta la cama. Se tumbó bocarriba, siendo muy consciente del cuerpo que tenía a su lado, del calor que emanaba y de que la fuente directa olía mucho mejor que las cosas que su piel había tocado.

Cerró los ojos... y durmió.

* * *

Dylan se despertó con una sensación de absoluta paz en el centro del pecho. No había abierto aun los ojos, pero hizo un barrido mental de su propio cuerpo, hasta que ninguna señal de alarma se encendió. No había angustia, ni miedo, ni cansancio.

Después fue muy consciente de que estaba más caliente de lo que solía estar normalmente, y ahí fue cuando se dio cuenta de que tenía un cuerpo pegado al suyo. Supo que era Elizabeth sin abrir los ojos, porque el olor a mandarina estaba por todas partes. Dios, el olor de la chica era lo que lo había dejado tumbarse en esa cama y dormir en primer lugar. Abrió los ojos y miró hacia abajo para ver a una Elizabeth enredada en su cuerpo. Sí, vale, él la estaba rodeando con los brazos y ambos estaban de lado, pero la que lo estaba rodeando con una pierna era ella. Tenía la cabeza metida en el hueco de su cuello y estaba respirando contra la piel de su clavícula.

Quiso separarse un poco hacia atrás, porque los labios abiertos de la chica y su respiración húmeda, sumado a que sentía el pecho de ella cada vez que respiraba, estaban consiguiendo que se empalmase, y lo último que quería era hacerla sentir incómoda, pero se quedó donde estaba porque tampoco quería despertarla.

Dylan tenía un brazo bajo la almohada, donde ella tenía apoyada la cabeza, y el otro rodeándola, pegándola a él tan fuerte que no le extrañaba que hubiera sentido calor.

«Joder, con razón he dormido tan bien», pensó. ¿Había estado durmiendo con ella toda la noche? ¿Después de que él se había escabullido a la menor oportunidad sin decirle siquiera a donde iba? Sintió que algo cálido se le extendió en el pecho y, de la nada, consideró la idea de besarla... Jude le había dicho que ella estaba allí por más que su trabajo, y en ese momento, mientras la tenía ahí, apretada contra él, lo creyó. Durante un segundo dejó de sentirse un perro callejero, que no recordaba ya ni qué era un hogar, y sintió que pertenecía a algún sitio. Como estaba dormida y sabía que no iba a protestar, la besó en la frente y la apretó más contra él.

Ella se movió contra su cuerpo, suspirando en sueños, y sabía que debería desenredarse de todo ese lío de piernas y brazos, y salir de ahí antes de que se sintiera incómoda, pero, como era un cabrón, lo que hizo fue cerrar los ojos, y, abrazándola más fuerte, se volvió a dormir.

* * *

Elizabeth se despertó con un jadeo.

Abrió mucho la boca para coger aire, pero cuando la cerró se topó con piel caliente y salada... Eso no le podía estar pasando a ella. ¿Seguía soñando? Porque otra vez había vuelto a tener ese dichoso sueño en el que Dylan hacía magia con sus dedos, solo que esa vez, había sido ella la que había entrado en la habitación, y lo había besado y se le había sentado encima...

El sabor a piel la terminó de despertar y Elizabeth intentó incorporarse a tientas en la cama, pero al parecer estaba enredada en un jaleo de piernas, o bien las suyas habían dejado de funcionar correctamente durante la noche, porque sin querer volvió a caer sobre el colchón.

—Tranquila.

La voz de Dylan fue un susurro ronco y somnoliento, pero una mirada a su cara y ella pudo ver su sonrisa de lado, y que estaba muy despierto. El muy mamón. Y a saber durante cuánto tiempo.

—¿Estabas aprovechándote de mí mientras dormía, Reeves?

—Eres tú la que te has enredado en mí como si fueras hiedra, cariño. — Para enfatizar sus palabras bajó el brazo que la seguía rodeando y le tocó el muslo. Elizabeth fue entonces consciente de varias cosas. La primera, que, en efecto, era ella la que estaba rodeando a Dylan con la pierna. La segunda, que

la mano del chico se quedó en su muslo, agarrándola como si le perteneciera, y que a su cuerpo no pareció molestarle. La tercera era que había una erección presionada contra su estómago.

—Puaj, ¿eso es lo que creo que es?

Dylan se rio contra ella.

—Relájate. Somos hombres. Es lo que nos pasa por la mañana.

Ella gruñó, intentando soltarse, y él no opuso resistencia.

—Si te sirve de consuelo, no estaba pensando en ti de esa forma. Es una función biológica.

—Me quedo mucho más tranquila, gracias —murmuró, sentándose en la cama y queriendo enfadarse con él. Aún sentía contracciones en los muslos del sueño que había tenido y pensó vagamente que quizá Dylan era capaz de leer su cuerpo y saber que había estado soñando... con él. ¡Oh, Dios mío! ¿Y si había dicho algo en voz alta? ¿Y si, Dios no lo quisiera, se había estado frotando contra él?

Las mejillas se le pusieron del color de las cerezas, pero por suerte para ella Dylan no la estaba mirando. Había vuelto a cerrar los ojos, y a hundir la nariz en la almohada.

—¿Qué hora es? —murmuró Dylan al cabo de un rato, esa voz ronca enviando descargas a los nervios de Elizabeth.

Sus pezones reaccionaron, como si ahora Dylan fuera su dueño, y se sintió derretirse entre las piernas. Genial. No, en serio, genial. Para un tío que encontraba que despertaba toda esa clase de sensaciones en su cuerpo y ella no podía ni tocarlo. ¿Era alguna clase de broma cósmica o algo? ¿Había sido una asesina a sueldo en otra vida? ¿O quizá es que había estafado millones de dólares a hacienda?

Elizabeth miró el teléfono que había dejado en la mesilla la noche anterior.

—Uf, las 7 —se quejó, y, suspirando, se volvió a tumbar en la cama, esta vez separada de Dylan.

Le cosquilleaban las puntas de los dedos de tenerlo tan cerca y no poder tocarlo pero querer hacerlo, porque, Dios, en su sueño lo había tocado tanto. Ahora lo tenía ahí de verdad, todo músculo y tendones, cubierto de piel suave y caliente... Y, por favor, ¿qué clase de tortura era esa?

«Esto es lujuria. Bienvenida al fantástico mundo de la lujuria», pensó.

Gruñó en voz alta.

—¿Qué te pasa?

Mierda, pillada.

Como decir: «Nada, es que he soñado que me sentaba sobre ti y te montaba como a un caballo de rodeo. ¿Convertimos el sueño en realidad?» no era una respuesta apropiada, se inventó cualquier otra excusa.

—Nada. Solo estoy cansada. Nos acostamos tarde... y no conseguí dormirme hasta las cuatro —«¿Ves? Eso no había sido una mentira, solamente parte de la verdad», pensó. Se dio punto en su mente.

—Mierda —murmuró Dylan—, ¿fue por mi culpa, verdad?

—¿Quieres que te mienta?

—Joder, lo siento. —El músico sonaba arrepentido, y Elizabeth lo miró de lado para ver cómo se ponía bocarriba y se pasaba la palma de la mano por la cara, echándose el pelo hacia atrás. Por desgracia para ella, su cuerpo también notó como el bíceps y el pectoral se le contrajeron con el movimiento. Y sus ojos que eran unos traidores siguieron la línea hacia abajo, hacia los abdominales suaves, y los huecos hundidos de sus caderas, hacia...

—¿Estás muy cabreada?

Sí. Cabreada. Eso es lo que estaba ahora mismo.

Elizabeth suspiró.

—No.

—Dime la verdad.

—No estoy cabreada, Dylan —susurró, porque era muy temprano y no quería despertar a nadie—. Vale, sí. Pero no contigo. No debí haberte dado la oportunidad de escabullirte en primer lugar.

—Lo estaba esperando —confesó—. Sabía que irías tras Nathan. Vi cómo lo mirabas cuando subió al autobús.

¿La había visto? Elizabeth lo recordaba completamente enzarzado en una conversación con Jude y aquel otro tío, pero, claro, con las gafas puestas, podía haber estado mirándola fijamente y ella no se hubiera dado cuenta.

—Aún más razón para haberte tenido vigilado.

—Joder.

Elizabeth no sabía que más decir, y el silencio se quedó entre ellos, mientras ella jugueteaba con los cordones del pantalón del pijama y sentía como Dylan respiraba a su lado.

—¿Me piensas decir por qué te metiste a dormir aquí? —preguntó al final, porque aquella mierda entre ellos se tenía que olvidar. Ella sabía que tenía pesadillas, y él tenía que hablarlo. Era ahora o nunca, porque Dylan no podía seguir así toda la gira—. Siento si fui demasiado dura contigo en el

backstage, pero quiero que sepas que estoy orgullosa de ti. Tomaste la decisión correcta —lo animó antes de que él respondiera, porque sentía que Dylan necesitaba alguna clase de apoyo.

Dylan no contestó y ella cerró los ojos, esperando. Sintió que tardaba demasiado y que no iba a decirle nada, cuando la mano del músico buscó a tientas la suya. Elizabeth dio un salto en la cama y se tensó, pero Dylan solo rio un poco.

—Es increíble lo que te cuesta tocar a la gente —murmuró mientras unía su mano con la de ella y entrelazaba sus dedos. La palma del músico estaba caliente y los dedos eran ásperos, pero el contacto con los suyos la calmó.

—Estás cambiando de tema —contestó ella.

—Estoy buscando consuelo —argumentó él—. A mí no me curan las palabras. Me cura el contacto. Así que, si vas a ser mi terapeuta, mi padrino, o lo que quiera que seas a estas alturas, deberías saber que voy a buscar consuelo tocándote. Siempre. Más vale que te acostumbres.

Tenía sentido, dado que la había estado buscando y tocando desde que la terapia había empezado.

El pulgar del chico hizo círculos en la muñeca de Elizabeth, círculos que debían haberla tranquilizado, pero que sintió entre las piernas.

—Quiero ser tu amiga—confesó ella mientras el contacto de Dylan le llenaba la mente de niebla.

—Bien —murmuró él—, porque me encantaría ser tu amigo.

Elizabeth sonrió por eso.

—Anda, mira, pero si sabe sonreír y todo.

—Cállate, si siempre me haces reír.

—Pero siempre me cuesta el doble.

—Te voy a dar un tirón de orejas —amenazó ella

—¿Eso quiere decir que estoy haciendo el gilipollas? —Dylan la miró confuso y Elizabeth torció la cabeza para mirarlo también. Así, en la penumbra, se le veían los ojos grandes, uno azul y otro marrón, y las pestañas oscuras que lo rodeaban parecían las cortinas de un teatro revelando una obra maestra.

Quiso reírse ante la broma, pero en ese momento se sintió atrapada por sus ojos, y seguía anclada a su mano, con la que no había parado de hacerle círculos con el pulgar. La boca del chico estaba entreabierta, y tenía los labios tan rojos que quiso besarlos... ¿Qué pasaría si lo besaba? ¿Estallarían el mundo en la gran ironía que era que después de despreciar a los músicos durante años

estuviera metida en la cama con uno? ¿Le explosionaría la cabeza como castigo divino? Dylan debió de ver la dirección que seguía su mirada, porque le soltó la mano y la llevó hasta su cara, poniéndosela sobre la mejilla. El contacto ahí fue aún mejor, y esa vez, cuando la acarició con el pulgar, fue sobre el labio inferior. La mirada de Dylan era casi de tormento, como si estuviera sufriendo más que ella por lo que estaba haciendo.

—Dylan... —le advirtió.

—Elizabeth —le respondió él en el mismo tono, para reírse de ella—. Si quieres que te cuente esa historia, cállate y deja que te toque. No puedo hablar de esto sin tocarte.

—Vale —cedió ella un latido después, porque, que Dios la ayudase, el contacto se sentía bien contra su piel, y si no cerraba los ojos, si no se olvidaba de donde estaba, no pasaría nada.

El músico pareció perderse un segundo en acariciarle la mejilla, pasándole los nudillos hacia arriba y hacia abajo, y la estaba mirando tan fijamente que parecía que le estuviese contando las pecas.

—Cuando firmamos el preacuerdo con Mark, todos nos volvimos a casa... —empezó a contar Dylan, sin dejar de tocarla, la caricia meciéndola, su voz acunándola—. Jude y Jayden querían contarles a sus padres la buena noticia y yo tenía la esperanza de que contárselo a los míos haría que todo se arreglase. —Dylan soltó una carcajada seca, como si la mera idea de pensarlo fuera ridícula—. Pero cuando volví me encontré con que mi querido padre, que siempre me había estado usando de saco de boxeo a mí, había pasado a usar a mi hermana. —La confesión fue un susurro, y Elizabeth hizo todo lo posible por no alterarse, ni su respiración ni su cuerpo. Por suerte, la caricia de Dylan, suave y constante, sobre su cuello le hizo un favor—. Así que perdí los papeles y fui a buscarlo hasta su despacho. Sarah no paraba de gritar que no fuera, pero no podía... —La voz se le quebró, callando durante un segundo.

«Sarah... Sarah era su hermana», ató cabos Elizabeth.

—No podía parar, ¿sabes? Lo veía todo rojo. Nunca me había defendido antes, ni cuando crecí un palmo de golpe y ya le sacaba una cabeza a mi padre. Siempre había pensado: este es tu papel en esta casa. Y si me los llevaba yo, no se los llevaría mi hermana..., así que no solía defenderme...

—¿Y tu madre? —preguntó Elizabeth en un susurro también.

La mano de Dylan tembló un poco mientras bajó por el hombro de Elizabeth, pasando por la cima de su pecho. Ella aguantó la respiración, pero al parecer el músico tenía como objetivo la trenza rubia, que estaba

descansando en ese lado. Casi hasta su cintura. Sus dedos bajaron también por su cuerpo, haciéndola sentir un cosquilleo en el estómago, pero Dylan no pareció darse cuenta. Le pegó un tirón suave a la goma que estaba anudada en el extremo, y comenzó, muy muy despacio, a soltar los mechones de pelo.

—Mi madre solía cubrirlo. Siempre me ayudaba después... y lo justificaba con el trabajo y el estrés... y toda esa mierda —escupió al final. Los dedos del chico seguían temblando mientras ascendían, deshaciendo el peinado de Elizabeth—. No creo que le pegase nunca a ella, ¿sabes? No parecía asustada de él. No tenía esas reacciones que yo tenía cuando era pequeño, y pensaba que lo había cabreado y me iba a llevar otro golpe.

—Eso es horrible —murmuró ella, y entonces fue cuando la mano de Dylan se paró.

—Para que conste, solo te estoy contando esto por no quedar como un completo imbécil por lo de ayer. Te lo debo... —Sacó los dedos de su pelo, y la señaló con el índice—, pero si noto pena o lástima, se ha terminado.

—Nada de lástima —mintió ella, porque sí se la tenía. Todo lo que quería hacer en ese momento era acunarlo con los brazos y decirle que lo sentía mucho. Que sentía que la vida fuera así, y que aquellos que debían haberlo protegido de pequeño no lo hubieran hecho. «Al final, Dylan Reeves y yo vamos a tener más en común que la música», pensó ella con una media sonrisa.

—Bien —asintió Dylan, reanudando su tarea con los dedos, subiendo otra vez por su pecho, llegando casi a su cuero cabelludo—. De todas formas..., esa vez ya no pude contenerme. Le pegué una paliza, Elizabeth. Nunca jamás me había metido en una pelea, porque las odiaba. Mierda, todavía las odio. Y normalmente, si pasa algo, solo tengo que dejar que Jude y Jayden asusten al personal.

«Las odias, pero cabreaste a Nathan para que te diera un puñetazo», pensó, pero no lo dijo. Aunque eso parecía distinto. No era una pelea, sino una deuda, se dijo.

—El caso es que mi hermana está gritando, mi padre en el suelo inconsciente, y mi madre llega a casa. —Los dedos de Dylan se enredaron en el cuero cabelludo de la chica, en la base del cuello, masajeándola ahí. Elizabeth sintió ganas de ronronear por la sensación, y debió de hacer algún ruidito porque vio a Dylan sonreír un poco. La sombra de sus ojos se aligeró un poco—. Mi madre llamó a la policía, Elizabeth. A la policía. Para que me detuviese. Después de que mi padre hubiera estado haciendo lo mismo

conmigo durante años, y se había negado a llevarme al hospital para no crear escándalo ni rumores con los vecinos.

—¿Qué pasó después?

—Tuve que irme antes de que llegaran. Volví a la estación de autobuses y cogí el primer bus que salía de vuelta a Los Ángeles...

—Y entonces convenciste a los chicos —terminó ella.

—Sí. —Los dedos de Dylan estaban acariciándole el pelo desde la raíz hasta abajo, como si disfrutara de la suavidad de las hebras entre sus dedos—. Es un crimen —murmuró de repente, mucho más bajo que lo que estaba contando antes.

—¿El qué? —preguntó Elizabeth desconcertada.

—Que lo lleves siempre recogido en lo alto de la cabeza.

Ella puso los ojos en blanco.

—Lo digo en serio. Es supersuave y...

—¿Y qué?

—Mejor no te lo digo.

Elizabeth lo miró a los ojos, y vio las pupilas de Dylan dilatarse y las mejillas ponerse rojas. «Mejor no me lo digas, porque si me lo dices, voy a tener que besarte», se dijo.

—¿Por qué los convenciste? —preguntó para cambiar de tema.

—Porque no quería volver. Qué mierda, no tenía a dónde volver. No quería vacaciones, ni familia, ni tener tiempo libre. Quería... quería no poder pensar.

—¿Y por eso usabas la coca? —preguntó ella, aunque sabía que no era por eso, pero quería oírlo del propio Dylan.

Sus dedos se pararon en el pelo de Elizabeth, sobre su brazo, y ella sintió que quizá no iba a contestar.

—No tienes por qué contármelo si no quieres...

—No, es lo de menos. Después de lo que acabo de decir..., eso no es nada. Me gustaría decir que tengo una buena excusa con la coca..., pero lo cierto es que empecé a usarla por diversión.

Elizabeth eso no se lo había esperado. ¿Tal vez Jude y Jayden sí habían llevado razón después de todo?

—Empezamos a hacernos famosos, y a ganar dinero, y todo era posible. Así que, ¿por qué no? Nathan y yo solíamos meternos un poco antes de los conciertos, para quitarnos los nervios cuando empezamos a llenar salas grandes.

Dylan siguió acariciándole el pelo, y ella esperó, volviéndose mantequilla bajo su toque, porque sentía que había más.

—Pero después empecé a tener estas pesadillas horribles. Es curioso, porque mi vida siempre había sido la misma, ¿sabes? Pero nunca había tenido pesadillas antes. Y de repente, un día, empiezo a tenerlas sin parar. Cada vez que me voy a dormir, vuelvo a soñar. A veces es algún recuerdo cualquiera de cuando era pequeño, pero la mayoría de las veces es esa noche. Siempre esa noche.

—Así que empezaste a consumir más...

—Tenía que seguir el ritmo, rubia. A pesar de llevar apenas un año con la discográfica, para ese momento el primer disco que lanzamos con ellos se había vuelto número uno aquí y en Reino Unido. Teníamos giras por hacer. Fechas y fechas..., y yo no podía dormir. No, estaba aterrado de irme a dormir.

—Pero no has tenido las sobredosis hasta este último año —reflexionó ella.

Dylan hizo una mueca frunciendo el ceño.

—Supongo que al principio consumía por una cosa, a la mitad por otro motivo..., y al final por otro muy distinto. —Su voz estaba cargada de pesar, grave de golpe y no por el sueño, porque Dylan estaba muy despierto. Elizabeth fue incapaz de aguantarlo más y alargó la mano que Dylan le había agarrado hacía un rato, hasta plantarla sobre su pecho desnudo. El corazón de Dylan iba a mil por hora y tenía la piel ligeramente mojada, como si estuviera sudando. Contarle eso le estaba costando trabajo de verdad.

Dylan suspiró al sentir el contacto y cerró los ojos, como si de verdad necesitara el contacto para curarse y que Elizabeth lo tocara hubiera sido lo único que necesitaba para seguir funcionando.

Con los ojos aún cerrados, Dylan dijo:

—Para cuando quise darme cuenta y vi lo que estaban haciendo con nosotros, ya no había salida. Nathan no podía escribir, ni nosotros componer libremente. Las campañas de publicidad eran agotadoras. Tuve que ponerme las putas gafas si quería poder salir a la calle sin que me acosaran los *paparazzi*, o las fans, o lo que fuera... Y entonces ya me daba igual dormir. Entonces quería morirme porque no sabía cómo solucionarlo.

Elizabeth sintió ganas de poner los ojos en blanco, porque Dylan Reeves se lo tomaba todo demasiado en serio. Era de esa clase de personas. Todo era

su responsabilidad, todo estaba sobre su control. Y se castigaba por cosas por las que no tenía que castigarse.

No lo hizo porque vio el sufrimiento que su forma de ser le causaba al propio Dylan, y en vez de reñirle, o calmarlo con palabras, le hizo caso, y siguió tocándolo. Alzó la mano, desde su pecho plano y caliente, con un latido firme y rápido, subiéndola hasta su cuello... Para después acabar entrelazando los dedos en el pelo de la nuca de Dylan.

El chico tenía los ojos cerrados y ella abiertos, pero sintió una satisfacción extraña al darse cuenta de que estaban haciéndose lo mismo el uno al otro. Los brazos de ambos se rozaban allí donde se cruzaban, y aquello parecía tan inocente y correcto que el cuerpo de Elizabeth no sintió ninguna necesidad de defenderse.

—Entiendo lo de las pesadillas..., lo que no entiendo es lo de mi cama —dijo ella al cabo de un segundo, en un tono casual, para aligerar el ambiente.

Dylan sonrió, una sonrisa lenta, que se le extendió por la cara.

—Eres el archienemigo de mis pesadillas, Harvey.

—¿Qué? —Elizabeth contuvo la risa.

—En serio, eres como la kriptonita de mis pesadillas. Como el talón de Aquiles de mis pesadillas. Eres como...

—Ya, ya, lo pillo, lo pillo —contestó tapándole la boca con la mano—. Pero lo que dices no tiene ningún sentido.

Dylan alzó las cejas y la miró divertido. Después le dio un pequeño mordisco en la palma de la mano.

—Eres un... animal.

El chico solo sonrió como un lobo con los dientes muy afilados y después siguió acariciándole el pelo. Elizabeth fue consciente de su cuerpo de repente y ya no supo qué hacer con su propia mano, así que la dejó descansando sobre el colchón.

—No sé explicarlo —continuó Dylan—, desde que entré al centro, si te veía, o tenía una sesión contigo, o todo estaba bien entre nosotros..., todo iba bien. Podía dormir sin problemas. Y cuando me peleo contigo, o no nos dirigimos la palabra, los sueños vuelven de golpe. Es como si mi cerebro te hubiera activado como antivirus.

—Jesús, vaya, gracias.

—Lo digo en serio. No sé por qué, pero me pasa.

Elizabeth sí sabía por qué. Probablemente desde que le había inyectado aquel tranquilizante, con Dylan rodeándola, el cerebro del músico había

asociado el estado de relajación a ella. A su olor, a algo que tuviese que ver con ella. Tenía sentido que, aunque no lo hiciese conscientemente, fuera eso mismo lo que lo relajase ahora.

«Aunque eso no explica por qué no le pasa si estáis peleados. Eso es porque se preocupa por ti», le dijo su conciencia.

Desechó esa segunda idea porque ya no le gustaba tanto.

—Eso es porque soy mágica —le dijo, sin embargo—. Soy tu amuleto de la suerte, Dylan.

—¿Estás siendo irónica? ¿En serio? No sabía que Elizabeth Harvey supiera hacer bromas.

—Eso es porque hay muchas cosas de mí que no sabes —le rebatió ella.

—No por mucho tiempo. —Dylan lo dijo tan serio que Elizabeth se arrepintió de haberle contestado eso.

«¿Cuánto tiempo? ¿Cuánto tiempo hasta que te pregunte sobre tu infancia o tu pasado? ¿Cuánto tiempo hasta que tengas que mentirle para seguir ocultando quién eres?», pensó.

El nudo que se formó en su estómago no se deshizo y Elizabeth deseó que fuera como los de su pelo, y que Dylan pudiera peinarlo con sus dedos.

* * *

Al cabo de un rato, el autobús empezó a moverse y el zumbido del motor volvió a adormecer a Dylan.

No se podía creer que le hubiera contado a Elizabeth todo lo que le había dicho. Las palabras habían empezado a salir solas, una detrás de otra, hasta que al final no le había quedado nada en el estómago. ¿Lo mejor? Después no se había sentido mal. Se había sentido... limpio. Y Elizabeth no lo había mirado de ninguna manera.

Estaba acariciándole el pelo distraídamente, con los ojos cerrados, disfrutando de que la chica aún no hubiera rechazado el contacto a pesar de que hacía un rato que habían dejado de hablar, cuando el estómago de Elizabeth rugió.

—¿Hambre? —Dylan rio.

—No, es que soy una mujer lobo. Esa es mi forma de gruñir.

Dylan la miró divertido. ¿Estaba haciéndole bromas? Si eso era consecuencia de contarle toda su mierda, Dylan lo hubiera hecho mucho antes.

—¿Por qué tengo la sensación de que ser amigos va a acabar perjudicándome?

—Porque, a pesar de lo que el mundo piensa, eres listo, Reeves —le susurró Elizabeth con una gran sonrisa. Dylan soltó una carcajada a su pesar.

—Vamos, Harvey. Alimentemos a la bestia antes de que tenga que atarte.

Se levantó de la cama de un salto y se estiró como los gatos, sintiendo los músculos desentumecerse. Dios, estaba cansado, pero, a la vez, relajado..., como si en vez de unas pocas horas hubiera estado durmiendo durante días.

Mientras se estiraba, Elizabeth encendió la luz, y Dylan se dio cuenta de cómo los ojos de la chica lo observaban, bajando por su pecho hasta sus caderas. La que tenía entre las piernas pareció notar la atención, porque palpitó y Dylan quiso maldecir entre dientes. Hacer una tienda de campaña con los pantalones de pijama era lo último que necesitaba..., muchas gracias.

Quiso hacer algún comentario divertido, pero cuando la mirada de Dylan se cruzó con la de la chica, Elizabeth miró hacia otro lado, y él no dijo nada porque no quería estropear ese buen rollo que se había creado entre ellos. No después de la cagada monumental del día anterior.

«Poco a poco», se dijo. Poco a poco.

Dylan observó cómo, para su desgracia, la chica volvía a recogerse el pelo, esa vez en lo alto de su cabeza, y joder, era una pena. Había estado preciosa con todo ese pelo esparcido sobre ella, y Dylan no había podido evitar pensar en que, si la tuviera sentada encima, el pelo le haría cosquillas en los muslos mientras ella se balanceaba.

Y otra vez sintió que la hija de puta que tenía entre las piernas volvía a la vida.

Su libido, que había estado muerta esos últimos días por culpa de su mierda de estado de ánimo, parecía que había vuelto a la vida casi con una venganza furiosa.

Elizabeth abrió la puerta de la habitación con cuidado, y Dylan se dio cuenta de que tenía las patas del pantalón demasiado largas, arrastrándole por el suelo. Eso le hizo sonreír un poco, porque aquella chica, que aparentaba tener todo bajo control, era en realidad un pequeño desastre contenido.

El caos en un envase al vacío.

—Vamos —murmuró ella—, me muero de hambre.

—Y yo que pensaba que solo era tu gruñido de loba.

—No uses mis bromas contra mí, Reeves. O te quedas sin tortitas. —Y Elizabeth desapareció, avanzando por el pasillo.

¿Tortitas? ¿Había dicho tortitas?

¿Y encima cocinaba?

La siguió con una sonrisa de subnormal en la cara, pero la dejó ahí porque no le importaba. Cuando llegó a la cocina, disfrutó de la vista de Elizabeth agachada frente al minifrigorífico, con el culo en el aire.

—¿Quién hace la compra aquí? Esto es un asco.

—Seb se encarga de alimentarnos normalmente.

—Recuérdame —dijo mientras se volvía a poner en pie, con un cartón de leche y otro de huevos contra el pecho— que compremos comida de verdad, ¿quieres? No podéis seguir alimentándoos así.

Dylan no dijo nada porque si sabía algo de Elizabeth era que era cabezona. Así que solo asintió y, mientras ella empezaba a hacer la mezcla para las tortitas, él preparó café y sacó las tazas del mueble de arriba.

Elizabeth aún estaba haciendo tortitas y poniéndolas en una bandeja cuando, como sabuesos atraídos por el olor de la carne, los mellizos aparecieron de las literas.

—¿Eso que huelo son tortitas? —Jude apareció con pantalón del pijama, pero sin camiseta, igual que Dylan, frotándose los ojos con la palma de las manos.

—¿Tortitas? ¿Quién ha dicho tortitas? —Dylan puso los ojos en blanco al ver salir a Jayden, con el pelo alborotado y en calzoncillos rosas.

«Al menos va vestido», pensó, Dylan sabía que Jayden solía dormir sin ropa.

—Si os portáis bien y ponéis la mesa —dijo Elizabeth mirándolos por encima del hombro, mientras le daba la vuelta a las tortitas—, os dejo probarlas.

—Eso está hecho, bombón.

Dylan vio como Elizabeth ponía los ojos en blanco, pero sonreía, y mientras ella terminaba de hacer el desayuno, él fue hasta Jude y Jayden.

—Siento lo de anoche, tíos.

Le dio un abrazo a Jude, y chocó la mano con Jayden, revolviéndole el pelo después.

—Os juro que vine directo a acostarme a dormir.

Los mellizos asintieron, y después empujaron a Dylan amistosamente.

—Ahora aparta de mi camino, Reeves. Tengo que poner la mesa —dijo después Jude con una sonrisa en la cara.

—Si llego a saber que meterte a rehabilitación tenía estas ventajas — comentó Jayden señalando a Elizabeth—, te hubiera obligado a ir mucho antes.

La broma lo hizo sentir en casa, porque nunca había nada de lo que los Lowell y él no hubieran podido bromear. Dylan se rio a su pesar.

—Créeme, Jay. Si lo llego a saber, hubiera entrado de cabeza.

Dylan no dijo nada más, pero sonrió satisfecho al ver que Elizabeth lo había escuchado y se había puesto roja.

Al cabo de cinco minutos estaban todos alrededor de la mesa, de pie, porque no había sillas suficientes para todos, desayunando y bromeando. Dylan miró como Elizabeth hablaba con los mellizos y bromeaba con ellos. Sintió que, por primera vez en mucho tiempo, aquello volvía a ser una familia. Sintió que, después de siglos en la oscuridad, había algo de luz al final del túnel.

Y se dijo a sí mismo que Nathan acabaría por verla también.

Capítulo 16

*You keep me on the edge of my seat, I bite my tongue so you don't hear me.
I wanna hate every part of you in me, I can't hate the ones who made me.
Bite my tongue, You Me at Six*

La puerta la despertó.

No fue un sonido muy fuerte, apenas un quejido, pero Elizabeth no estaba durmiendo profundamente, así que el ruido bastó para que abriese los ojos en la oscuridad, viese apenas un rayo de luz colarse en la habitación, y escuchase las pisadas sordas de alguien andando sobre la moqueta del hotel.

Poco después, sintió la sábana moverse, y el peso de un cuerpo hundiendo el colchón a su lado. No tenía que preguntar para saber quién era.

—¿Pesadilla? —preguntó.

La voz de Elizabeth fue un susurro ronco, y se aclaró la garganta. Dylan suspiró a su lado, y ella se dio la vuelta en la cama para encontrárselo bocarriba, con los ojos abiertos, mirando al techo.

—Sí —murmuró él.

—¿Quieres contármelo?

Dylan no contestó inmediatamente, pero Elizabeth no se impacientó. Sabía que cuando estuviera preparado contestaría.

Llevaban tres días instalados en una *suite* de hotel en Nueva Orleans, donde los chicos habían tenido dos días libres y otro de concierto, y esa era la última noche antes de volver al autobús de nuevo. Tres días en los que Dylan se iba a su propia habitación, e intentaba dormir por su cuenta, como en esa ocasión, y después acababa metiéndose en la cama de Elizabeth a medianoche. Al principio, se había puesto nerviosa al acordarse de Dylan tocándola en el autobús, creyendo que iría buscando lo mismo, pero el chico no hacía más que tumbarse, al otro lado de la cama, y suspirar con los ojos abiertos, dando vueltas hasta quedarse dormido. A veces estaba de humor para hablar. Otras no.

Dylan frunció el ceño y torció la cabeza para mirarla a los ojos, y ella deseó poder vérselos en la oscuridad, pero había cerrado la puerta al entrar y solo vio el perfil oscuro de su cara.

—Solo quiero dormir.

—No es así como funciona —rebató Elizabeth, porque discutir con él era fácil.

—Lo sé. —Y pudo distinguir la sonrisa en su voz a pesar de todo.

El chico estaba cansado después del concierto y, aunque había sido uno de los mejores que había hecho en lo que llevaba de gira —había acabado lanzándose al público y volviendo al escenario sin camiseta gracias a la seguridad del recinto—, Elizabeth sabía que seguía sin estar contento con el resultado. Dylan Reeves era uno de esos cabrones que se flagelaban hasta que el resultado era exactamente el que él quería.

En eso se parecía mucho a Nathan.

Dylan suspiró a su lado, y se dio la vuelta en la cama, dándole la espalda.

—Buenas noches, Harvey. —Fue todo lo que dijo, y ella solo pudo suspirar.

—Buenas noches, Reeves —contestó con burla.

No tardó mucho en escuchar la respiración del chicoacompañarse, pero ella ya no podía dormir. Cogió su teléfono de la mesilla y vio que era pasada la medianoche. Su madre le había mandado unos cuantos mensajes —preguntando por el que Elizabeth le había dejado en el buzón de voz hacía unos días, e interesándose por el estado de Dylan—, y los respondió distraídamente, mientras escuchaba la respiración de Dylan, y se preguntaba qué pensarían los demás.

No había caído hasta ese momento, pero Dylan llevaba varias mañanas despertándose en su cama, y normalmente alguno de los chicos lo veía salir de su habitación. ¿Por qué ninguno estaba haciendo preguntas? Elizabeth sintió la angustia acumularse en su pecho. No era que estuviera haciendo nada malo; por Dios, si la mayoría de las veces estaban así, cada uno en una punta de la cama, y ni siquiera hablaban..., pero eso los demás no lo sabían.

Los demás solo veían a Dylan salir al mediodía, con el pelo revuelto, los ojos de sueño, y una sonrisa de gilipollas pegada a la cara..., pero porque había conseguido dormir a gusto.

Sintió la necesidad de darle un golpe en el hombro y despertarlo para mandarlo a dormir a su cama, pero en el último momento le dio lástima y no hizo nada.

Con un suspiro, dio vueltas en la cama, hasta que encontró una posición cómoda, y sin pensar mucho en el cuerpo que había al otro lado, se quedó dormida.

* * *

—¿Puedo hacerte una pregunta?

El zumbido del aire acondicionado y el traqueteo del autobús habían mecido a Elizabeth hasta dejarla casi dormida, pero la voz de Dylan le hizo abrir los ojos y mirar a su lado. El músico estaba tumbado junto a ella, vestido con unas bermudas largas —ridículas, de flores hawaianas—, y jugando con una pelota blanda, lanzándola al aire una y otra vez.

—Claro.

Era tarde, pero dormirse mientras Dylan estaba nervioso no era una opción, y aunque había estado casi a punto de desconectar del todo, sentía curiosidad por saber qué era lo que el chico quería preguntar.

—Tú y yo ya nos habíamos visto antes en algún sitio, ¿verdad?

La tranquilidad de Elizabeth se evaporó como si un volcán hubiese entrado en erupción. Otra vez esa dichosa preguntita.

—Sé que te lo pregunté al principio, cuando nos conocimos, y no insistí más en el tema porque no me pareció apropiado. Pero sigo sin poder quitarme de encima la sensación de que te conozco de algo.

Elizabeth fingió una calma que no sentía y se encogió de hombros. Luchó por mirarlo a los ojos y no desviar la mirada, porque sabía que eso la delataría. Los ojos disparejos del músico la observaban con curiosidad y ella solo sonrió un poquito, luchando por no fruncir el ceño.

—No sé de qué, la verdad —mintió—. Soy de Los Ángeles, nací allí, y aunque viví en Nueva York durante algún tiempo, nunca he vivido en Atlanta —argumentó—. No veo de dónde podríamos conocernos.

—Ya. —La pelota que Dylan estaba lanzando era amarilla, y subía y bajaba casi al ritmo del corazón de Elizabeth—. Si sé que no tiene lógica, pero tu cara me resulta muy familiar.

—Debo de tener una de esas caras comunes —explicó la chica—, porque te aseguro que no he ido jamás a un club de música en Los Ángeles, ni había oído hablar de tu banda.

—Lo dices como si los músicos fuéramos portadores de enfermedades infecciosas o algo.

Elizabeth se rio un poco a su pesar, pero Dylan tenía el ceño fruncido y estaba intentando sacar algo de ella, aunque Elizabeth no sabía qué.

—¿Puedo preguntarte otra cosa?

—Eso ya es una pregunta.

—Ya sabes a lo que me refiero.

Elizabeth le dio un toque con la mano en el hombro para hacerle saber que estaba bien preguntarle, y se tumbó bocarriba en la cama, imitando su postura. El motor del autobús seguía zumbando de fondo, mientras ellos hacían su camino hasta Nashville y los chicos dormían en las literas. Era tarde, de madrugada, pero tenían que llegar a primera hora, así que harían las últimas horas del tirón.

—¿Alguna vez has salido con un músico?

Elizabeth casi se atragantó. Después lo miró de lado y tuvo que reírse.

—¿Qué? Hablo en serio. —Dylan sonó ofendido.

—¿De dónde sacas esas cosas?

Algo en el cerebro de Elizabeth le dijo que llevase cuidado con el rumbo que estaba tomando la conversación, pero le hizo tanta gracia la pregunta que no pudo evitar relajarse un poco. Que si había salido con un músico alguna vez, preguntaba.

—Tú solo... responde a la pregunta.

Tardó un poco en responder, mientras lo escuchaba respirar y sentía su mirada fija en ella. Sabía por qué estaba preguntando eso: porque odiaba la música, y lo había tratado como a un paria desde el principio; porque se ponía tensa cada vez que sonaban acordes, y porque no soportaba estar rodeada de muchos de ellos. Solo con Dylan, y tal vez con Jude y Jayden, había conseguido bajar la guardia.

—No —susurró al final, tan flojo que pensó que él no la había escuchado.

—No me lo creo —le rebatió él en otro susurro, porque de alguna forma la conversación se había vuelto más íntima—. Sabes que puedes contármelo, ¿no? Después de todo lo que me has tenido que aguantar tú a mí...

—No..., no es eso. Lo sé —afirmó ella rápidamente, porque bastante era con tener que mentirle, no quería que además se sintiera mal— Si fuera así, te lo contaría, de verdad. Es que no he salido con ningún músico.

El silencio que se quedó entre ellos fue incómodo, y Elizabeth se regañó mentalmente porque hacía muchos días que se había creado un buen ambiente entre ellos, y no quería volver a ese estado de tensión y frases cortas con él. Le gustaba el Dylan relajado y comunicativo, y quería seguir disfrutando de él.

—Además, mi lista de novios asciende a dos en total. Ambos en la universidad. Un completo desastre.

Si Dylan se dio cuenta del cambio de tema no dijo nada, pero Elizabeth lo miró y el chico sonrió, animado al parecer por la nueva información.

—¿Algún detalle escabroso? Vamos, doctora, y te cuento aquella vez que le rompí la nariz a una chica.

Abrió mucho los ojos, sorprendida.

—¿Le rompiste la nariz a una chica?

—¡Fue sin querer! —se defendió, mostrando una gran sonrisa y hoyuelos en la cara.

Tenía la cresta despeinada y una sombra de barba en la cara. Gracias a que la luz de la lámpara de la mesilla estaba encendida, Elizabeth podía verle la cara a la perfección: los lunares marcando un camino en zigzag hasta su boca, la mandíbula definida, la nuez moviéndose en su garganta cuando hablaba.

—Estábamos en el cine e intenté abrazarla. Ya sabes, ese movimiento sutil de brazo...

—Ese bostezo fingido —ayudó ella, tapándose la boca para no reírse fuerte y despertar a los demás.

—Exacto. —Dylan la miró con picardía en los ojos—. Pero al parecer soy pésimo calculando las distancias. Le clavé el codo en la nariz.

—¡Oh, Dios mío!

—Sí, y eso no es lo mejor.

—¿Hay más?

—Hay más.

Elizabeth estaba ya riéndose y Dylan parecía estar disfrutando de verla con la boca tapada, haciendo esfuerzos por no soltar una carcajada.

—Tuvimos que llamar a su padre, porque cuando llegamos al hospital nos pidieron los datos de un familiar y los dos éramos menores. Imagínate la cara del padre cuando ve a su hija con la nariz rota y al gilipollas que se lo había hecho sentado a su lado.

—Dime que no te pegó.

Dylan se rio un poco, grave y bajo, reverberando en su pecho.

—Se quedó con las ganas. Pero sobra decir que no volví a ver a la chica en cuestión nunca más.

—Pobre Dylan.

—Sí. Soy un desastre con las mujeres. —Y entonces fue el turno de Dylan de darle a Elizabeth un golpe en el hombro—. Pero estábamos hablando de tus exnovios, Doc.

Elizabeth puso los ojos en blanco y se pasó las manos por el pelo, peinándolo hacia atrás con las uñas contra el cuero cabelludo, hasta llegar al moño suelto que llevaba en lo alto de la cabeza. Después se puso de lado, en posición fetal, para mirarlo mientras le hablaba.

—No hay mucho que contar. Uno de ellos estaba estudiando Medicina, así que compartíamos algunas clases. Al otro lo conocí en un taller de coches de Santa Clarita.

—Oh, un novio mecánico. —Dylan alzó las cejas de forma divertida y Elizabeth sonrió un poco—. ¿Alguna historia loca sobre el capó de un coche mientras tú intentabas estudiar y él estaba trabajando?

—¡No! —Le golpeó en el bíceps, divertida, mientras se reía, y sin darse cuenta dejó la mano ahí. Estaba cálido y era sólido, un peso vivo bajo la palma de su mano. Por el rabillo del ojo vio como Dylan apretaba los músculos de la mandíbula, tenso de repente.

—¿Nada de nada? —La voz de Dylan sonó un poco estrangulada, pero el chico siguió hablando como si la mano sobre él fuera algo normal—. Pues vaya novios más sosos.

—Y que lo digas.

Elizabeth sabía que seguía tocándolo, pero fue incapaz de apartar la mano, y en vez de eso lo que hizo fue acariciarlo despacio, con las uñas, en el bíceps, y después más abajo. El antebrazo, hasta llegar a su mano. Dylan dejó la palma bocarriba sobre el colchón y estiró los dedos, dejándola tocarlo como quisiera. Esa vez, el silencio que se hizo entre ellos fue más cómodo.

—¿Puedo hacerte otra pregunta? —La voz de Dylan fue un susurro grave, como si estuviera luchando por hablar normal, y ella sintió las vibraciones de su voz desde el brazo del chico hasta el suyo, como una corriente eléctrica que iba buscando una salida.

—¿Hoy es el día de hacerme preguntas o qué? —Pero siguió tocándolo, desde la punta de los dedos hasta arriba, hasta llegar al hombro, y después hacia abajo otra vez. Dylan suspiró bajo su toque y Elizabeth juraría que si fuera un gato habría ronroneado.

—Estás volviéndote buena en esto —murmuró Dylan entre dientes, con los ojos cerrados y media sonrisa en la boca.

—¿En qué?

—En tocarme.

Las mejillas de la chica se pusieron del color de las cerezas y la mano se le quedó atascada a medio camino en su antebrazo.

—Pero no te lo he dicho para que pares —se burló él, flexionando los músculos bajo su mano, instándola a seguir.

Le hubiera gustado regañarlo y pedirle que tuviera algo de filtro entre lo que estaba pensando y lo que decía, pero no le vio sentido a señalar lo obvio.

—¿Cuál era la pregunta? —dijo al final, aclarándose la voz.

La sonrisa de Dylan se hizo más grande en su cara.

Mierda, había sido una táctica para distraerla, y que accediese a contestarle.

—Eres adoptada, ¿verdad?

Elizabeth cerró los ojos y dejó la mano quieta donde se había quedado, en el hombro de Dylan. Este debió sentirla tensarse, porque subió su otra mano y cubrió la de la chica, dándole un pequeño apretón.

—No tienes por qué contármelo si no quieres. Es que sentía curiosidad.

El corazón de Elizabeth latía muy fuerte contra su garganta y durante un segundo no pudo pensar en responder. Durante un segundo no pudo pensar en nada porque todo lo que vio fue a Marisa llegar a comisaria aquel día, mientras ella había estado sentada llorando en un banco durante horas. La psicóloga había formado parte del Servicio de Menores por aquel entonces y había sido ella quien había reasignado a la chica a una familia de acogida, y más tarde la había adoptado.

Un roce cálido contra la palma de su mano la hizo salir del recuerdo, y abrir los ojos, para ver cómo Dylan la estaba besando allí.

—Perdona, soy un imbécil.

—No pasa nada —murmuró ella, su voz un suspiro, no sabía si por el recuerdo o por sus labios contra ella—. ¿Qué te hace pensar que soy adoptada? —preguntó ella al final, mientras los latidos de su corazón se iban calmando.

El chico se encogió de hombros y ella sintió el movimiento contra la palma de su mano.

—Fue algo que pensé cuando os conocí a ti y a tu madre. Sois tan diferentes. Los rasgos, la altura..., hasta la piel... Bueno, pensé que era la opción más lógica.

Elizabeth se sintió incapaz de volver a abrir los ojos y mirarlo, pero Dylan debió de verle algo en la cara porque de pronto se movió en la cama, hasta que sintió las manos del chico en sus hombros, instándola a girarse. Tenía las palmas calientes, y su cuerpo lo obedeció al instante, el traidor.

—¿Qué haces? —preguntó sobresaltada, todas las alarmas de su piel encendiéndose.

—Venga, date la vuelta.

El tono de voz del chico fue tan calmado y seguro, un susurro que tenía todas las soluciones, que Elizabeth no fue capaz de hacer otra cosa excepto hacerle caso. Su cuerpo la traicionó y se giró en la cama hasta que estuvo tumbada mirando hacia el otro lado, y entonces sintió como Dylan se pegaba a ella por detrás, abrazándola por la cintura con un brazo fuerte. La respiración de la chica se encogió en su pecho, y podría jurar que Dylan también lo había sentido.

Odiaba eso. Odiaba sentir que estaba rota y que el contacto humano le producía rechazo; odiaba apartarse, pero odiaba más dejarse. Estaba atrapada entre lo que quería y lo que no debía, así que su cerebro sufrió un cortocircuito y la obligó a quedarse ahí, sin moverse. Si era capaz de escuchar un concierto, de pie, en el borde de un escenario, después de años teniendo pesadillas con ellos, sería capaz de obligarse a disfrutar de una caricia consoladora. Y se negaba a que sus traumas le robasen eso también.

—No importa, lo sabes, ¿no?

—¿El qué? —susurró ella, con la voz completamente destrozada, respirando por la boca, en un intento de calmarse. Se estaba odiando en ese momento por ser tan débil y no poder responder una pregunta normal sin romperse por el camino; por dejar que Dylan la viera en ese estado y la sintiera temblar contra él.

Su mano se apretó contra el antebrazo del chico sobre su cintura, en un intento por agarrarse a algo sólido. Durante medio segundo lo cogió fuerte con la intención de apartarlo, casi clavándole las uñas, pero Dylan siguió hablando antes de que ella tuviera tiempo de hacer nada.

—Que no sea tu madre biológica —murmuró el chico con la boca contra su hombro—. Tus padres biólogos no siempre son lo mejor para ti —lo dijo con sorna, y Elizabeth sabía que estaba hablando de su propia experiencia.

Pasaron unos segundos hasta que pudo responderle. Cuando sintió que su voz se había calmado y que estaba más tranquila, asintió con la cabeza, relajando la mano contra su antebrazo, sintiendo la tensión en sus dedos.

—Lo sé. Es solo que nunca lo había hablado con nadie antes.

—¿Tus novios nunca te lo habían preguntado?

Elizabeth se rio un poco, entre la jaula de sus brazos. El pecho caliente del chico le estaba calentando la espalda incluso a través de su camiseta de pijama. Sintió la necesidad de echarse para atrás, hasta estar completamente pegada a él, y sentirse parte de otra persona, pero sabía que eso sería cruzar una línea, así que se quedó quieta. La mano de Dylan era pesada y caliente sobre su estómago, pero el chico no la movió.

—Mis novios nunca han conocido a Marisa. —«Ni han sabido de mí más de lo que yo les he querido contar», pensó, pero no lo dijo.

—No te abres fácilmente a la gente, ¿no?

Elizabeth solo resopló, encogiéndose de hombros, y Dylan rio contra ella, la carcajada reverberando contra su propio cuerpo

—¿Qué es tan gracioso?

—Te juro que a veces parece que estoy hablando conmigo mismo.

—Yo no soy como tú —bromeó ella.

—Pues lo disimulas de puta madre. —Dylan le dio un apretón con el brazo—. Y ahora, a dormir. Que mañana tengo que hacer un concierto.

—Mañana tienes un test de orina —contestó ella.

—Uf, no me lo recuerdes. Eres mala.

—Tengo mis momentos.

El silencio los envolvió a ambos, y Elizabeth abrió la boca para decirle que ya podía dejar de abrazarla, o para empujarlo y que volviera a su lado de la cama; pero Dylan estiró el brazo, pegándose aún más a ella, y apagó la lámpara de la mesilla, dejándolos sumidos en la oscuridad.

De repente ella estaba otra vez sentada en ese banco de comisaria, rodeada de miradas llenas de lástima. De repente, el recuerdo de Marisa llegando a comisaria y arrodillándose frente a ella estaba más vivo que nunca, y la oscuridad permitió que los demonios cobrasen vida. Al final sintió que solo el brazo de Dylan la anclaba al mundo de los vivos, así que dio gracias en silencio de que estuviera ahí y cerró los ojos.

Dylan estaba abanicándose disimuladamente con la revista AP dónde salían ellos como portada —Mark la había traído el día anterior—, mientras Nathan y Jude jugaban a una partida de GTA en el autobús, y Jayden bebía zumo de naranja directamente de la botella a su lado. Dylan lo golpeó en la nuca.

—¿Quieres hacer el favor de coger un vaso?

Jayden puso los ojos en blanco y siguió bebiendo, mirándolo divertido.

—Suenas como mi madre, te lo juro —dijo al final, mientras se limpiaba la boca con el dorso de la mano.

—Es que oigo a tu madre reñirnos cada vez que lo haces.

De adolescente, Dylan había pasado más tiempo en la casa de los Lowell que en la suya propia, y el cantante recordaba exactamente cuánto de a menudo y cómo de alto les reñía Juliet. Pero al parecer a Jayden no le había servido de mucho.

—¿A qué hora tocamos hoy? —preguntó Jude, mientras soltaba maldiciones porque al parecer Nathan le iba ganando la partida.

—A las nueve —contestó el bajista, sin despegar los ojos de la pantalla.

¿A las nueve? Eran las cinco y Dylan ya se sentía a punto de salirse de su propia piel. Después de tres días fuera de ese trasto en Nueva Orleans, volver a encerrarse le resultaba agobiante, y no era como si salir por la tarde en mitad de Nashville, en pleno junio, fuera una idea muy inteligente.

Dylan gruñó por lo bajo y Jayden se rio a su lado.

—¿Aburrido?

—Ni te lo imaginas.

—¿Dónde está tu psicóloga? —Jayden lo miró divertido, con un brillo calculador en los ojos. A esas alturas los cabrones ya se habrían percatado de que estaba pasando las noches en la cama de la chica, pero ninguno había tenido los huevos de decirle nada. No faltaba mucho para que el guitarrista le hiciera alguna broma sobre el tema. Dylan podía sentirlo entre los dedos.

—Ha salido a hablar por teléfono. Algo sobre que la cobertura en ese trasto es una mierda.

—Ya, ya... Suena como una excusa para alejarse de ti, Dy.

—Cállate. —Dylan sintió la necesidad estúpida de golpearlo en el hombro, pero no lo hizo porque a esas alturas sabía que demostrar debilidad con un tema delante de Jayden era darle material para que se metiera con él durante un mes.

—¿Cómo lo llevas? —preguntó Jude de repente; el tono serio anunció que no estaba hablando en broma, como Jayden. Estaba hablando de la recuperación.

Dylan suspiró.

—Mejor. —Fue todo lo que dijo, porque no tenía ganas de dar explicaciones sobre sus conversaciones con Elizabeth. Aquello que hacían era suyo, era privado, y de alguna manera les pertenecía solo a ellos y eso lo hacía más real.

—Que sepas —dijo Jay de repente, pasándole un brazo por encima. Dylan lo miró con una ceja alzada esperando la broma. Jayden no decepcionó —, que si alguna vez sientes que no puedes dormir, puedes meterte en mi cama y fingir que soy Elizabeth. Tenemos el mismo tono de pelo. —Jayden batió las pestañas mientras lo miraba.

Jude soltó una carcajada y Nathan lo miró de reojo. No estaba sonriendo, pero tampoco lo miró con esa mirada de odio que había ahí desde el incidente en la fiesta. A Dylan le pareció ver algo más... ¿Esperanza, tal vez? Desapareció tan rápido como había aparecido y ya no supo si se lo había imaginado. Poniendo los ojos en blanco, aprovechó el brazo que Jayden tenía sobre sus hombros para hacerle una llave y obligarlo a doblarse sobre sí mismo.

Fue así, enredados el uno en el otro, como los encontró Elizabeth cuando abrió la puerta del autobús y una ráfaga de calor entró junto con ella. La chica iba vestida con unos pantalones negros cortos, altos de cintura, que dejaban kilómetros de piernas al aire. Puede que Dylan, doblado sobre sí mismo como estaba, se quedara unos segundos de más mirándolas.

—¿Se puede saber qué estáis haciendo? —preguntó poniéndose las manos en las caderas, pero sonaba divertida. Tenía las mejillas algo rojas, Dylan asumía que por el sol que hacía fuera, y las pecas más oscuras sobre la nariz.

—Es que Jayden me estaba pidiendo consejo.

—¿Sobre qué? ¿Cómo estrangular a un chimpancé?

—¿Me acaba de llamar chimpancé? —preguntó Jayden ofendido.

—Te acaba de llamar chimpancé —corroboró Nathan sin apartar la vista de la pantalla del televisor.

Elizabeth solo puso los ojos en blanco, pasándolos de largo y yendo a su habitación.

—Llamadme cuando tengamos que salir hacia el escenario —gritó, ya desde el fondo del autobús.

—¡Vale! —le contestó Dylan mientras golpeaba a Jayden en el hombro con el puño cerrado.

—Ay, ¿y eso a qué ha venido?

—Por hacerme quedar como un imbécil.

—Ni que necesitaras ayuda para eso.

—Chicos, chicos —interrumpió Jude—. Sois conscientes de que os puede oír, ¿verdad?

Ambos miraron a Jude y luego entre ellos. Al final solo pudieron reírse como los estúpidos que eran.

* * *

Una hora después, Dylan ya estaba desesperado. Si tenía que dar una vuelta más dentro del autobús, soportando alguna de las bromas de los chicos, o los soplidos de hastío de Nathan, se iba a pegar un tiro. Literalmente.

Elizabeth estaba en su habitación, trabajando en algo en su portátil —un informe de una paciente que Marisa necesitaba terminado, le había dicho— y no quería interrumpirla, pero estaba aburrido.

Se paró en el borde de la puerta, mirándola distraído mientras trabajaba. La chica se estaba mordiendo la boca y estaba sentada al estilo indio sobre la cama. Su cara era de completa concentración, ajena a que Dylan estaba observándola. El chico pudo demorarse en las líneas de su cara y en lo bien que se le ajustaba la camiseta al pecho sin preocuparse de ser visto.

Después se fijó en la habitación, en la ropa que tenían amontonada en una silla, la de los chicos toda mezclada, y la maleta de Elizabeth abierta en el suelo, pero con la ropa que había dentro completamente ordenada.

Vio su ropa y sus zapatos al lado de la cama, las bailarinas negras que siempre llevaba últimamente porque era imposible ponerse otra cosa en los pies con el calor que hacía, y de repente Dylan tuvo una idea... Cualquier cosa con tal de estar ocupado.

—¿Te importa si salgo un rato?

Elizabeth sacudió la cabeza, y levantó la vista del ordenador.

—¿A dónde vas?

—A buscar a Amelia. Tengo que hablar con ella.

Vio como Elizabeth calculaba las posibilidades y debatía entre si dejarlo ir o no.

—Sé que estás ocupada. Si quieres la llamo y hablas con ella, para que veas que no te estoy engañando.

Elizabeth suspiró.

—No hace falta. Mándame un mensaje cuando estés con ella, ¿vale?

Dylan sonrió y le guiñó un ojo, y se dio la vuelta sin darle tiempo a que se lo pensara dos veces. «Cualquier cosa con tal de salir de aquí», se dijo.

Bajó del autobús saltando las escaleras de dos en dos, y llegó a la zona donde estaban montadas las casetas del *merchandising* tan rápido que cualquiera hubiera dicho que el recinto tenía el tamaño de un parque de arena. Hacía calor y el ambiente era húmedo, y Dylan sintió como se le pegaba la camiseta a la espalda y el pelo a la frente.

Cuando llegó a la caseta de Kill Me On Saturday, se encontró con Amelia charlando distraídamente con Ginebra.

—Hola, chicas —saludó Dylan, las gafas sobre los ojos. Le sudaba el puente de la nariz.

Ginebra sonrió, saludándolo con la cabeza. Amelia fue a darle dos besos.

—¿Y tu niñera?

—Me ha dejado salir un ratito sin supervisión —contestó divertido—. Eso me recuerda... —Las chicas estaban sentadas sobre el mostrador de la caseta y Dylan se acercó a ellas y se puso en el medio. Después sacó su teléfono y les dijo—. Sonreíd.

Amelia y Ginebra sonrieron a su lado, mirando al móvil, y Dylan sacó una foto de los tres. Después se la mandó a Elizabeth con un emoticono que sacaba la lengua.

—¿Buscando una coartada? —preguntó Ginebra riéndose.

—Cubriéndome las espaldas —asintió Dylan. Después se dio la vuelta y las miró a ambas, a Amelia con su pelo de colores, sus tatuajes florales y sus vestidos de verano; a Ginebra con su pelo azul eléctrico, sus labios oscuros y su vestido de viuda negra. Sí, ellas sabrían ayudarlo.

—Chicas, necesito que me llevéis de compras.

—¿De compras? —Amelia alzó una ceja.

—No me digas que por fin vas a dejar de llevar esos pantalones de cuero en el escenario —argumentó Ginebra.

—¡Eh! ¿Qué les pasa a mis pantalones?

—Nada..., si estuviéramos en los años ochenta. —Ginebra puso los ojos en blanco.

—Molan un montón.

—Sí, sí, lo que tú digas, cariño. —Amelia le palmeó el brazo.

Al final, para librarse de tanta broma, tuvo que ponerse serio y darles algo de información. Amelia y Ginebra lo miraron ambas con expresiones gemelas: una ceja levantada, expectantes.

—No es para mí —explicó Dylan—. Necesito ayuda para comprar unas cosas para Elizabeth.

Ambas chicas se miraron de reojo y luego miraron a Dylan con una sonrisa en la cara que no le gustó nada. El brillo gatuno de los ojos verdes de Ginebra lo ponía nervioso.

—¿Me vais a ayudar o qué?

Amelia solo sonrió ampliamente. Ginebra soltó una carcajada.

* * *

Elizabeth sintió su móvil vibrar contra la cama y lo cogió mientras terminaba de escribir el informe que llevaba entre manos. Desbloqueó la pantalla para encontrarse con una foto de Dylan sonriendo, junto a Amelia y Ginebra. Elizabeth tuvo que sonreír a su pesar, porque parecía que se lo estaba pasando bien. Le contestó con una sonrisa y un pulgar levantado, para dejarle saber que aprobaba que se estuviera distrayendo un rato.

Marisa la había llamado hacía un rato para pedirle ese informe que se había quedado sin hacer cuando ella se había marchado, y no había podido hacer otra cosa en toda la tarde más que sentarse en la cama con el ordenador y escribirlo.

Dejó el móvil otra vez sobre la cama y siguió escribiendo, ignorando el tiempo que pasaba. No se dio cuenta de que se había hecho de noche y que probablemente fuera la hora del concierto, hasta que escuchó que Dylan había regresado. La voz del músico le llegó desde el salón, junto con la de Jude.

Cinco segundos después, el chico entró en la habitación, cargado con bolsas y una sonrisa satisfecha en la cara.

—¿Tarde productiva? —preguntó Elizabeth alzando una ceja.

—Podría decirse.

—¿Te has ido de compras?

—Sí.

Elizabeth observó cómo Dylan se quitaba las gafas y las tiraba sobre la cama, y después dejaba también todas las bolsas —había al menos diez de ellas— a un lado sobre el colchón.

El chico no dijo nada más, solo le dio la espalda y se sacó la camiseta por la cabeza. Elizabeth lo observó ir hasta el armario y ponerse de puntillas para rebuscar en la parte más alta, con los músculos de la espalda estirándose y la pantera negra infinita sobre las líneas de su piel. Dylan sacó una camiseta y unos pantalones negros.

—¿No vas a decirme qué te has comprado? —preguntó la chica por distraerse con algo y no centrarse en cómo Dylan se quitaba los pantalones de espaldas a ella para meterse en el cuero negro —agradeció que no se quitase también los bóxers para ello.

—No es para mí.

—¿Te has ido de compras para renovarles el armario a los chicos? —bromeó otra vez para no fijarse en los saltitos que daba Dylan, ni en cómo se le contraían los músculos al abrocharse los pantalones. Definitivamente, no estaba mirándole las caderas ni las marcas de los músculos ahí.

Dylan puso los ojos en blanco, al parecer ajeno al espectáculo que estaba dando —porque no tenía concepto de intimidad—. Se metió la camiseta negra por la cabeza y Elizabeth agradeció que ese día fuera entera, sin rotos a los lados. Una simple camiseta negra de manga corta.

Dylan avanzó hasta el borde de la cama y empujó las bolsas suavemente con la mano, de manera que cayeron en forma de efecto dominó.

—Es para ti.

Elizabeth parpadeó sorprendida. ¿Había dicho para ella?

Pero antes de que pudiera decirle nada, Dylan estaba saliendo de la habitación y metiéndose en el baño. Desde dentro, mientras cerraba la puerta, le dijo:

—Ponte algo de lo que te he traído y no tardes mucho. Salimos en quince minutos.

Ese día iban tarde.

* * *

Elizabeth se pasó las manos por el vestido, incómoda porque estaba enseñando demasiada carne, pero agradecida por la brisa que la noche en Nashville traía consigo. Estaba en el lateral del escenario, mientras los chicos hacían su concierto y el público gritaba y coreaba. La multitud era ensordecedora, más de lo que Elizabeth recordaba de los conciertos anteriores. El sol se había escondido hacía un rato y, aunque los focos lo iluminaban todo, desde donde estaba podía notar como la temperatura había descendido.

Se balanceó sobre las zapatillas —Vans, dichasas Vans— que Dylan le había comprado... junto con pantalones, camisetas y vestidos. Había agradecido que no se le hubiera ocurrido comprar nada de lencería. Conociéndolo, habría sido alguna clase de milagro. Las zapatillas eran cómodas, finas y negras, y el vestido que había elegido era azul claro, y fresco, un vestido de playa de tirantes suelto. Cuando se lo había probado, había puesto los ojos en blanco, porque el cabrón había dado con la talla; y después, cuando había visto la cantidad de cosas que había comprado, había golpeado la puerta del baño con toda la intención de reñirle por tratarla como si fuera alguna clase de mantenida.

Pero Dylan había abierto la puerta, mirándola de arriba abajo como si quisiera meterle las manos por debajo del vestido, y a Elizabeth se le había muerto la reprimenda en los labios. Aun así, le había dicho algo, pero Dylan solo se había encogido de hombros.

—Solo es dinero —había contestado—, tengo más.

Y el tema había quedado zanjado.

El pase para el escenario que llevaba colgado al cuello le hacía cosquillas cuando se movía, y tenía el teléfono de Dylan en la mano, junto al suyo, porque el músico le había pedido que se lo guardase —«imposible metérmelo en los bolsillos con estos pantalones, rubia», le había dicho—, así que se concentró en apretar fuerte los teléfonos y verlos hacer el concierto, sin pensar mucho en el cambio de *look* ni en lo que significaba.

Estaba mirándose los nudillos, blancos de apretar, cuando de repente la multitud se volvió especialmente ruidosa y Elizabeth tuvo que levantar la vista para ver qué pasaba. Mark, que estaba al lado de la psicóloga, se rio por lo bajo y Elizabeth lo miró confundida.

—¿Qué...? —fue a preguntarle, pero era estúpido hacerlo cuando todo lo que tenía que hacer era mirar hacia delante.

Mirar y ver a Dylan sacándose la camiseta por la cabeza. Los focos del escenario lo estaban haciendo sudar, y como esa vez no se había levantado la cresta hacia arriba, llevaba el pelo mojado y pegado a la frente. Las chicas se volvieron locas cuando Dylan volvió a colocarse las gafas, tirando la camiseta al público. Tenía el pecho brillante por el sudor y los pantalones se le habían bajado tanto que estaba enseñando el borde de los calzoncillos.

—Maldito exhibicionista —murmuró Mark, pero estaba riéndose.

Elizabeth recordó entonces lo que le dijo Ginebra la primera vez que lo había visto actuar. Al parecer, Dylan estaba ya totalmente recuperado, si eso de que se quitara la ropa era una señal.

A Dylan le pareció notar los ojos de la psicóloga en su espalda, porque mientras se apoyaba en el micro y cantaba, le sonrió de lado. Si Mark se dio cuenta, no le dijo nada.

Ella solo puso los ojos en blanco y sacudió la cabeza, lo que pareció animar a Dylan a seguir haciendo más de las suyas. Cuando el músico se fue hasta el borde del escenario, contoneándose, mientras bailaba y cantaba, Elizabeth decidió que había tenido suficiente tortura y se puso a jugar con su teléfono.

Fue solo por eso por lo que se dio cuenta. El teléfono de Dylan estaba en silencio, ni siquiera tenía la vibración puesta, así que, si no hubiera sido porque estaba mirando el suyo y con el otro en la otra mano, no lo hubiera notado.

La pantalla se iluminó y apareció un mensaje que no se podía leer del todo. Su primer instinto fue tocar el botón de encendido del teléfono para que la pantalla volviera a apagarse y ya está, pero el nombre de quien le había mandado el mensaje le llamó la atención. Sarah.

El nombre de la hermana de Dylan la miró desde la pantalla y Elizabeth no se dio ni cuenta de que lo estaba haciendo, pero desbloqueó el móvil del músico —tenía un patrón tan fácil para hacerlo, que solo con haberlo visto un par de veces se lo había aprendido—, y leyó el mensaje de la chica.

¿Cómo estás? Te quiero.

Elizabeth miró la pantalla, leyendo el mensaje un par de veces. Antes de que le diera tiempo a volver a bloquearlo, llegó otro mensaje.

Contéstame. Por favor. Dime que estás bien.

Por favor.

Los dedos de Elizabeth le picaban con las ganas de escribirle algo..., pero no podía. Ese no era asunto suyo. Era asunto de Dylan. Y aunque sabía que el chico había tomado las decisiones que había tomado bajo una situación crítica, ella no era nadie para...

Antes de poder remediarlo, estaba contestándole.

Miro de reojo al escenario, solo para comprobar que Dylan estaba apoyado en Jayden mientras este hacía magia con la guitarra.

Se mordió el labio y le escribió rápido.

Nashville. Está bien. Te echa de menos.

La respuesta de Sarah fue instantánea.

¿Quién eres? ¿Puedo llamarte?

Lo siento. Concierto.

¿Me das tu número?

Elizabeth dudó durante un segundo, pero después se puso en su lugar. Dylan Reeves llevaba cinco años sin hablar con su hermana. Sin decirle nada. Por favor, si Amelia se había dado un susto de muerte cuando la noticia de la desintoxicación del cantante se había hecho pública, seguro que Sarah estaba pasando un infierno.

Al final le escribió el número de teléfono y se lo mandó en un mensaje.

Sarah contestó.

Gracias.

Fue a decirle «no hay de qué», pero se sintió estúpida, porque en realidad Elizabeth no le estaba haciendo ningún favor. De hecho, si Dylan se enteraba, no le estaría haciendo ningún favor a ninguna de las dos.

Solo porque sintió que no había sido de suficiente ayuda, le dijo:

Atlanta en dos días. Adiós.

GRACIAS.

El corazón de Elizabeth le latía en la boca cuando oyó como Dylan se despedía del público y la gente pedía más. Borró la conversación a toda prisa, peleándose con la pantalla táctil porque le sudaban las manos.

Volvió a bloquear el teléfono y lo pegó al suyo, cogiéndolos con la misma mano, justo a tiempo, mientras Jude venía hacia el lateral discutiendo algo animadamente con Nathan, que asentía con la cabeza. Los chicos tenían el pelo mojado, estaban sudados, y parecía que habían estado corriendo durante kilómetros; pero por primera vez desde que el festival de verano había empezado, Elizabeth los vio salir con una sonrisa en la cara... o el equivalente de Nathan de una sonrisa.

Dylan vino después, sonriendo ampliamente como un niño, empapado en sudor. Tenía las mejillas sonrosadas, el pelo pegado a la frente, y el pecho le subía y le bajaba con rapidez.

—Eso —dijo mientras se acercaba a ella y le plantaba un beso en la mejilla— sí que ha sido un concierto.

Elizabeth le devolvió la sonrisa, esperando que no le notara el temblor de manos, pero al parecer el músico estaba de demasiado buen humor.

—No ha estado mal —se burló ella mirándolo de reojo mientras avanzaban hacia el *backstage*, dejando a su espalda a Jayden, que venía hablando con Mark.

—No ha estado mal —la imitó Dylan por lo bajo mientras le pasaba un brazo por encima y le revolvía el pelo.

—Puaj, apestas.

—Ese, cariño, es el olor de la victoria.

Elizabeth lo empujó cariñosamente y él la apretó más fuerte.

Al final, pegada a su pecho mojado, y sintiéndolo reírse contra su mejilla, olvidó que había traicionado su confianza hacía apenas diez minutos.

* * *

No era un buen día.

Estaban en Atlanta, ya tenían el ensayo de sonido hecho y Dylan se sentía ese día más que nunca como un tigre encerrado en una habitación. Dio un par de vueltas en el salón y miró su reloj para comprobar que aún no era la hora de salir hacia el escenario.

La puerta del bus estaba abierta. Ese día había hecho algo menos de calor, así que la gente del resto de las bandas estaba paseando por el recinto. Dylan los podía escuchar hablar y reírse. Jude y Jayden estaban sentados en las sillas que habían sacado fuera, relajándose antes de empezar el último concierto de la semana —después tendrían el fin de semana, y, con suerte, otra vez una habitación de hotel—, pero Dylan no había tenido ganas de salir a hablar con nadie.

Estaba en casa, y no había vuelto a pisarla desde que tuvo la sobredosis... o desde la última vez que estuvo sobrio. Las manos le sudaban y sintió un cosquilleo en la nuca que no le gustaba nada.

Con un suspiro de rendición, fue hasta la habitación de Elizabeth, donde la chica estaba tumbada, viendo una serie en el portátil: *Downton Abbey*. Dylan había intentado verla, pero era superior a sus fuerzas.

—¿Te apetece salir?

—¿Tan temprano?

—No, al concierto. Está tocando Velvet Letters. Podemos ir a verlos.

Elizabeth paró el capítulo, sentándose en la cama. Iba vestida con unos vaqueros cortos y desgastados que había elegido Amelia, y con una camiseta ajustada roja que había elegido él. Sus ojos se pararon en el escote pronunciado de la camiseta, y casi sintió la necesidad de chocar los cinco con su polla por la gran decisión que había tomado.

Creyó que la chica le iba a cuestionar la decisión, pero solo asintió, arrastrándose hacia el borde de la cama y agachándose para ponerse las zapatillas. El pechó le rozó con las rodillas, y los ojos de Dylan se quedaron ahí parados como dos gilipollas. En cuanto la chica se puso recta y empezó a anudarse las Vans, Dylan desvió la mirada.

Le picaban las manos con las ganas que tenía de tocarla, y más estando de los nervios como estaba, pero de alguna manera, aunque se había vuelto más propensa a dejar que la tocasen y a tocarlo, esos roces solo estaban permitidos por la noche, cuando Dylan se metía en su cama y tenían conversaciones infinitas.

Elizabeth se puso de pie y caminó hacia él. Con las zapatillas planas era unos centímetros más baja, pero aun así tenía un aire de superioridad. De dominancia. Como si pudiera con todo.

—¿Estás bien? —le preguntó.

Y él solo quería tocarla. Quería dejarla caer sobre la cama y deshacerle ese maldito moño. Quería levantarle la camiseta y besarla en el hueco del

esternón; quería marcarle el cuello y oírla jadear, comprobar si movería las caderas sin ritmo cuando le hiciera algo que le gustase.

Solo quería olvidarse de que estaban en Atlanta y de que *casa* para él significaba infierno.

—Sí —contestó al final, porque no podía decirle nada de eso. Porque no quería que su mal juicio ni su facilidad para pensar con la entrepierna lo llevasen a estropear los pasos que había dado hacia delante con la chica.

Elizabeth lo cogió de la mano y tiró de él, para que saliera de la habitación.

—Vamos, quiero ver a Ginebra en acción.

Dylan tuvo que reírse a su pesar.

* * *

Fue la primera vez en su vida que Elizabeth vio un concierto desde abajo, desde la masa de gente borrosa. No estaban delante, y Velvet Letters no reunía a tantos fans como Kill Me On Saturday, pero aun así fue una sensación sorprendente.

Elizabeth no le había negado a Dylan ir a ver el concierto porque sabía que Dylan estaba nervioso por volver a casa. El chico no tenía que decirle lo que estaba pensando para que ella viera que ese sitio era especialmente doloroso para él, y que necesitaba una distracción a toda costa.

Y aunque había salido tirando de Dylan de la mano, ella también había tenido sus propios dilemas morales con los que enfrentarse. Estar ahí abajo, rodeada de gente que te empujaba y cantaba, escuchando la música a más decibelios de los que eran buenos para la salud, le había hecho un nudo en la garganta. Y que los reconocieran, también.

Pero Dylan no se había quitado las gafas, y como hacía sol, ella también se había puesto las suyas, y se habían quedado un poco al margen. Dentro de la multitud, pero lo suficientemente retirados como para que nadie les diera empujones ni les molestara.

—Me gustan —gritó para que Dylan la escuchara.

Dylan asintió con la cabeza.

—Son buenos.

Sí que lo eran, pensó mientras escuchaba a Quinn cantar y veía a Ginebra moverse en el escenario como una dama antigua. La música era más pesada,

más oscura y más lenta. De alguna forma, más electrizante.

El móvil le vibró en el bolsillo y lo comprobó disimuladamente, mientras Dylan observaba a la banda en el escenario. Era un mensaje de Sarah, preguntándole dónde se iban a ver.

Mierda.

¿Dónde se iban a ver? Ella no podía dejar el lado del escenario sin que Dylan sospechara nada, pero tampoco quería decepcionar a su hermana después de que le había dicho que quedaría con ella.

Aún no lo sé. Ocupada.

Esperaré.

Dylan la miró divertido.

—¿Novio?

—Madre —mintió.

Dylan fue a decirle algo, pero entonces Quinn dejó de cantar y empezó a hablar, y el chico se centró en el discurso del cantante.

—¡Buenas noches, Atlanta! ¿Cómo lo lleváis? —Quinn se retiró el pelo de la cara, apoyado en el palo del micrófono, sudando—. Como ya sabéis, estamos trabajando en el nuevo álbum..., así que habíamos pensado que tal vez os podríamos enseñar una de las canciones nuevas... ¿Qué os parece?

La multitud enloqueció, aplaudiendo y silbando, y Elizabeth vio que Dylan se sumó a la masa, coreando divertido.

—Esto es *Bite Me*.

Y, sin más, la canción empezó.

La letra era dura, cortante y tajante; la canción hablaba de la decepción de alguien al comprobar que otra persona se había convertido en todo lo que odiaba. Era oscura y llena de rabia, pero a la vez estaba cargada de una pasión casi electrizante. Elizabeth sintió que se le erizaba el vello de la nuca.

Dylan se tensó a su lado, y notó como el chico cambiaba el peso de un pie a otro.

—¡Vámonos! —le gritó de repente.

—¿Qué? —Elizabeth no lo escuchaba bien, porque ahora la canción se había convertido en guitarras y gritos, y la gente había enloquecido.

Dylan no contestó, solo negó con la cabeza y la cogió de la muñeca, arrastrándola fuera del área del concierto. Cuando estuvieron fuera, Dylan la

soltó, pero no dejó de andar a grandes zancadas y Elizabeth se vio obligada a caminar muy rápido si quería seguirle la pista.

—¡Dylan! —gritó, pero el músico no pareció escucharla.

Tuvo que sortear gente, que andaba entre las casetas de *merchandising* y el área de concierto, gente que iba y venía, mientras perseguía la estela del chico. Al final lo alcanzó entrando al área de autobuses.

—Dylan, ¿puedes parar un poco? —Pero el músico no dio señales de haberla escuchado.

Ah, no, otra vez el Dylan gilipollas, no. Ya había tenido su buena dosis de ese payaso.

—¡Eh! —le gritó avanzando rápido. Lo cogió de la muñeca, dándole un tirón y obligándolo a darse la vuelta—. ¿Me quieres decir que ha pasado ahí?

Dylan se quedó mirándola un segundo, como si a Elizabeth le hubieran salido dos cabezas, o como si hubiera olvidado dónde estaba. Después se pasó las manos por el pelo, de pura frustración, dejándose puntas para todos lados.

—Lo siento —dijo entre dientes, apretando la mandíbula tan fuerte que le sorprendió no escuchar cómo se rompía algo.

—No te disculpes y dime que pasa. Quiero ayudarte.

—Es solo... —Pero alguien pasó al lado de ellos y Dylan se calló.

Elizabeth puso los ojos en blanco y agarró al músico del brazo hasta que estuvieron a solas, en un hueco tranquilo entre autobús y autobús, sin nadie que los molestase.

—Escupe —le dijo.

—Solo necesito ir a hablar con Nathan, ¿vale? Eso es todo.

Eso la hizo fruncir el ceño. ¿Llevaba ignorando a Nathan toda la semana y ahora quería ir *desesperadamente* a hablar con él? Ya, claro, y ella era Teresa de Calcuta.

—¿Por qué? —preguntó aun así.

—Solo necesito cinco minutos con él.

—Dylan...

—Elizabeth... —El tono de voz del chico era tan plano que sintió ganas de abofetearlo.

Con mucha lentitud, intentando encontrar calma dentro de su propia inestabilidad, Elizabeth se quitó las gafas de sol y se las colgó en el borde de la camiseta. Después, con la misma calma con la que uno tocaría a un tigre, alargó la mano y le quitó las suyas a Dylan, porque odiaba hablar con él sin

verle la cara. Las de Dylan se las guardó en el puño, mientras lo miraba fijamente.

Los ojos del chico estaban rojos, las mejillas sonrosadas, y su expresión era de todo menos serena.

—¿Por qué quieres hablar con Nathan?

Dylan la miró e hizo una mueca de disgusto con la cara. Tenía el ceño fruncido y las comisuras de los labios hacia abajo.

—Tú no lo entiendes —dijo al final, paseándose frente a ella como si no pudiera estarse quieto.

—No, no lo entiendo. Explícamelo.

—Esa canción... Esa canción es de Nathan.

—¿La que estaba cantando Quinn?

Dylan asintió, después cerró las manos en dos puños.

—Es de Nathan, ¿vale? No me preguntes como lo sé, pero lo sé. Les ha escrito el puto disco.

—Vale.

—No, no vale. Les ha escrito el disco. ¿Es que no... no lo entiendes?

Era obvio que no lo entendía, así que Elizabeth esperó.

Dylan dio un par de pasos hacia ella, pero Elizabeth no se retiró. Esperó pacientemente, dejando que él invadiera su espacio personal, permitiéndolo tenerla cerca. Era curioso, pero desde que dormían juntos, sabía que necesitaba esa clase de consuelo.

—Lleva meses diciéndonos que tenemos que escribir porque él no tiene nada para el disco nuevo que nosotros necesitamos. El cabrón ha vendido las letras.

Dylan soltó todo el aire por la nariz, y después se dio la vuelta, listo para ir en busca de Nathan.

—Espera. —Elizabeth avanzó rápido hasta él, poniéndose entre Dylan y el camino hacia la pelea que estaba por venir, impidiéndole seguir caminando —. Vale, lo pillo. Os ha vendido. Vas a hablar con él, ¿y luego qué?

—No lo sé —le contestó entre dientes.

—Piénsalo. Tú mismo me has dicho un millón de veces que Nathan no puede escribir nada que le guste para Kill Me On Saturday. Si eso es así, es imposible que le haya vendido vuestras letras a nadie. Esas son las letras que no puede publicar, Dylan.

Dylan abrió mucho los ojos, como si no se le hubiera ocurrido, y después pareció dolido, como si Elizabeth le hubiera dado una bofetada de realidad en

vez de ayudarlo a centrarse.

—Entonces es por mi culpa. Está vendiéndose a otras bandas y haciéndoles el trabajo sucio porque no puede hacerlo para su banda.

Típico de Dylan. Todo era culpa suya.

—¿No hay manera en la que salgas ganando aquí, no? —Elizabeth puso los ojos en blanco—. No es culpa tuya. Darle las letras a Velvet Letters ha sido su decisión.

—Una que no tendría que tomar si no estuviera atrapado en esta mierda de banda.

—Él firmó también, Dylan. —Pero Elizabeth sabía que no llegaría lejos con ese razonamiento. No era la primera vez que lo intentaba.

Si el día era malo, pensó Elizabeth observando al chico respirar agitadamente, mirándola con ojos muy grandes y una expresión perdida en la cara, acababa de ponerse peor.

—Ir a pelearte con él ahora no va a arreglar nada. Deberías dejarlo estar.

—Vale —murmuró el músico cerrando los ojos, apretando las mandíbulas. Verlo rendirse era casi peor ¿Por qué no peleaba? ¿Por qué no le discutía? Estaba empezando a echar de menos al Dylan lleno de cinismo.

—Vamos —le dijo ella al cabo de un rato, cogiéndolo de la muñeca. Quería cogerlo de la mano, y entrelazar los dedos con los suyos, pero no podía arriesgarse a que los vieran juntos de esa forma en público.

Después de todo, allí todo el mundo sabía quién era Elizabeth para él.

—Venga, vamos. Tienes un concierto que dar.

Dylan se dejó arrastrar casi sin voluntad, y Elizabeth maldijo a Nathan Blair mentalmente.

* * *

El concierto pasó más rápido de lo que Elizabeth creía haber visto nunca. Dylan actuó sin demasiado entusiasmo, saltando y cantando en los momentos oportunos, pero sin la energía del concierto anterior. Por suerte para todos, los mellizos adoraban estar en casa, así que sustituyeron la falta de energía del cantante más que de sobra y no se notó demasiado.

Elizabeth sí que lo notó, sin embargo, porque ese día no hubo miradas furtivas, ni guiños. Ese día Dylan no estaba sonriendo ampliamente, ni riendo a carcajadas mientras iba de un lado al otro del escenario.

Su teléfono vibró y ella recordó de repente a Sarah, que debía estar entre la multitud, viendo a su hermano cantar.

¿Podemos vernos?

Le contestó sintiéndose mal por haberla hecho venir, pero sabiendo que, dadas las circunstancias, no podía hacer otra cosa.

*Lo siento. Mal día para Dylan.
No puedo moverme de su lado.*

¿Ha pasado algo?

Casa.

Contestó Elizabeth mientras miraba al músico de reojo.

La casa que no tenía, la que no había conocido, la que se le estaba derrumbando bajo los hombros. Volver a casa siempre lo hacía pedazos.

* * *

La pesadilla lo despertó gritando.

No veía nada, todo era un pozo negro y había un puño de hierro que le estaba agarrando el pecho. Dylan se sentó en la cama casi de un salto, agarrándose a tientas a las sábanas, intentando respirar por la boca, porque se ahogaba.

—Chsss, chsss, tranquilo. —Una voz femenina lo terminó de despertar. Una mano caliente en el pecho lo ancló al presente—. Dylan, solo es una pesadilla.

La voz de Elizabeth fue como un antídoto inyectado en vena, y Dylan abrió los ojos para comprobar que la chica había encendido la lámpara de la mesilla y que lo estaba mirando con los ojos azules infinitos, cargados de preocupación.

—Estoy bien —murmuró Dylan con la voz llena de gravilla.

—Estás bien —secundó ella, tumbándolo hacia atrás en la cama con la mano que tenía sobre su pecho. Después lo sorprendió poniendo la cabeza sobre el pecho del chico, justo a la altura de su corazón. Las pestañas de la chica le hicieron cosquillas contra la piel y su aliento cálido le puso la piel de

gallina. Las manos de Dylan, que seguían agarradas a las sábanas de la cama, se tensaron y se quedó sin saber qué hacer durante un instante. Era tan raro que lo tocara así, de manera voluntaria, que no sabía si tenía permitido hacer algo.

Se pasó una mano por el pelo, mirándola de reojo, y al final decidió rodearla con el otro brazo, pegándola a su cuerpo, sintiendo que la necesitaba como un ancla. La respiración de Dylan tardó unos minutos en acompasarse y su corazón también, pero Elizabeth no se movió de donde estaba y eso era una buena señal.

Elizabeth no había abierto la boca en todo ese rato, pero sabía que la chica no estaba dormida porque estaba demasiado tensa bajo su abrazo como para estarlo. Quiso reírse, porque sabía que estaba haciendo eso por él, y que, aunque había avanzado mucho, aún no se sentía del todo cómoda dejándose tocar ni tocando. Como era un egoísta, le metió los dedos en el pelo, tirando de la goma en la que llevaba recogido el pelo en lo alto de la cabeza, y se lo soltó, dejándolo caer sobre su espalda.

Se encogió un poco primero, pero en cuanto Dylan le metió los dedos entre el pelo y le acarició el cuero cabelludo, se estiró contra él, con la boca pegada a su piel, y sus suspiros le llegaron directos a la entrepierna. Sabía que era una manera de relajarla, porque había aprendido que a Elizabeth Harvey le gustaba que le tocasen el pelo. Mucho.

Al cabo de un rato, Elizabeth le dijo:

—Estabas gritando su nombre.

—¿Mi hermana?

Elizabeth se tensó bajo su toque.

—No. Nathan.

—No lo recuerdo.

Y era verdad. Esa vez el sueño se había desvanecido en cuanto se había despertado y solo le había dejado la masa de sensaciones en el pecho, que no tenían ni forma ni dueño, y que se quedaban ahí durante un rato, jugando al pimpón con su corazón.

—Siento que hayas tenido que descubrir lo de las letras hoy —murmuró Elizabeth.

—Está bien. —Siguió acariciándole el pelo porque los sonidos que hacía lo relajaban—. Tenía que enterarme antes o después.

—¿Crees que lo sabe alguien más?

—Mark lo tiene que saber. Es el mánager de las dos bandas.

—Lo siento.

—No, si no me ha dicho nada, ha sido por no hacerlo peor.

La respiración de Elizabeth se hizo tan calmada que Dylan creyó que estaba dormida, pero al cabo de un rato volvió a hablarle.

—No paro de pensar en la letra de la canción... Tenía tanta rabia.

—Ya.

—No, quiero decir. Tanta... pasión, Dylan. ¿Has pensado que pueda estar enamorado de ti?

—¿Nathan?

—Sí.

Dylan tardó un rato en contestar, porque se pensó la respuesta. No era que Dylan no supiera que Nathan era abierto sexualmente, tanto con chicos como con chicas. Eso no era ninguna novedad. Pero el chico nunca había hecho nada que demostrase abiertamente que quería algo con Dylan más allá de una amistad.

—Me quiere —contestó al final Dylan—. Me quiere y me odia porque me admiraba.

—Porque estaba enamorado de ti —rebatía Elizabeth.

Dylan se encogió de hombros bajo ella.

—Puede ser..., pero esa ya no es la cuestión. La cuestión es que yo era esa figura a la que admiraba y lo he decepcionado, rubia. Ahora solo quiere hacerme daño.

Elizabeth negó y el gesto hizo que sus labios rozasen contra la piel del músico.

—Quiere odiarte, pero no puede, que es muy diferente.

—Se te olvida que soy yo el que lo conoce, doctora.

Elizabeth se rio contra su carne, y un pequeño rayo de electricidad le viajó entre las piernas. Mierda, si no la tuviera tan pegada al costado, podría recolocarse en los pantalones disimuladamente, pero con la luz encendida y con ella ahí, no había nada que pudiera hacer, excepto rezar para que no se diera cuenta.

—Y a ti se te olvida que soy yo la psicóloga.

—¿Así que esa es tu teoría? ¿Me quiere, y se odia por quererme, a pesar de que he resultado ser la mierda más decepcionante del mundo?

—Y quiere que vuelvas. Quiere que vuelvas a ser el de antes, pero no quiere fiarse de ti, porque le duele.

Dylan frunció el ceño y miró hacia abajo. Elizabeth había apoyado la barbilla contra su pectoral y lo estaba mirando muy seriamente.

—¿Cómo es posible que lo leas tan bien, si es como un puto libro en blanco?

Ella rio a su pesar.

—Porque yo soy igual —contestó al final, dejando caer la cabeza de nuevo, haciendo que ya no pudiera verle los ojos—. Tú también lo quieres — le murmuró pasándole el brazo por el abdomen, rodeándolo y abrazándolo. Dylan no sabía qué clase de incoherencias había estado gritando antes para ganarse que fuera cariñosa con él, pero merecían la pena.

—Pero no estoy enamorado de él —contestó cerrando los ojos, sintiendo que el sueño volvía otra vez a él. Sintiéndose calmado y a salvo.

—Vas a arreglarlo —le aseguró Elizabeth dándole una palmadita en el estómago—. Esto va a ir a mejor.

Dylan quiso contestarle que no veía cómo, porque por mucho que él quisiera, jamás podría ser de nuevo esa figura a la que admirar de la que Nathan se había encaprichado. Ya nunca podría volver a ser ese tipo perfecto que era intocable.

No, en ese momento era Dylan Reeves, el tipo que le jodía la vida, a la novia, y se dedicaba a meterse su peso en coca.

«Eso se acabó», pensó decidido mientras sentía que Elizabeth se quedaba dormida sobre él. Eso se acabó y Dylan iba a hacer todo lo que estuviera en su mano para conseguir que lo que les quedaba de contrato fuera lo más llevadero posible.

Capítulo 17

*If you wanna start a fight, you better throw the first punch...
make it a good one.*

The Good, The Bad and The Dirty, Panic! At The Disco

—¿Crees que sabe que lo está haciendo? —preguntó Amelia.

—Nah. Yo creo que es un gesto inconsciente —contestó Ginebra.

Elizabeth las escuchó mientras intentaba ayudarse de la mano para hacerse una visera sobre los ojos, protegiéndose del sol. Hacía una hora que habían llegado a San Petersburgo, y Elizabeth estaba empezando a recordar por qué odiaba Florida. Los chicos estaban en el escenario, ensayando, mientras Amelia, Elizabeth, Ginebra y Samantha estaban apoyadas en la barandilla de lo que mañana sería la primera fila del concierto, que estaría llena de las fans más entusiastas de la banda.

—Yo creo que es aposta. Nos está provocando —rebatía Amelia mientras miraba como Nathan las estaba observando con una ceja alzada.

Samantha se rio un poco.

—Vive con ese gesto pegado a la cara. Es como si todo le resultara gracioso.

—O terriblemente aburrido —añadió Elizabeth con un suspiro, porque encontrar un momento en el que Nathan y ella no se miraran desafiándose era tan raro como ver a un pez espada con un vestido de lunares.

Sam sonrió un poco, asintiendo con la cabeza, mientras se movía disimuladamente al ritmo de la música, y Dylan hacía tonterías con la voz, poniendo a todo el mundo de los nervios. En algún momento, Jude le lanzó una baqueta a la cabeza, pero el cantante la esquivó con maestría, como si no fuera la primera vez que pasaba.

—Son como niños, de verdad —bufó Amelia, pero sonrió tanto que en su cara se podía ver que los adoraba.

—Pero están más buenos —puntualizó Ginebra, que estaba mirando a Jude y a Jayden sin mucho disimulo, aunque cuando estos la miraban, ella se

dedicaba a observar a Dylan.

El músico estaba apoyado contra el micrófono vestido con unos vaqueros viejos que tenían agujeros en las rodillas y una camiseta de su propia banda que era tan vieja que el logo estaba desgastado. No, llevaba la camiseta del revés. Elizabeth puso los ojos en blanco mientras seguía oyendo a las chicas hablar.

Miró a Sam por el rabillo del ojo y se preguntó si era consciente del poco equilibrio que había dentro de la banda, y de si sabía que ella había sido el cebo para una pelea entre Nathan y Dylan la última vez. Pero la chica estaba mirando a su novio, y a ratos al teléfono, y desde que había llegado esa mañana —en un vuelo directo desde Los Ángeles— no había hecho ningún comentario fuera de tono.

—Me gusta tu vestido, por cierto —comentó de repente Amelia, con una mueca graciosa en la cara.

—Gracias —murmuró Elizabeth, incomoda sin saber por qué. Era un vestido verde claro, estampado con flores, vaporoso..., y que le había comprado Dylan. Miró a Amelia, que ese día llevaba uno con girasoles..., e hizo las cuentas—. Lo ayudaste tú, ¿no? —Tuvo que reírse a pesar de todo.

—Colaboré —asintió con la cabeza.

—Yo también eché una mano. Quería comprarte unos colores horribles —añadió Ginebra casualmente—. Sin ofender —dijo mirando a Amelia. Esta le sacó el dedo. Elizabeth la miró de arriba abajo, y la chica ese día llevaba un vestido oscuro, pero era borgoña en vez de negro. El pintalabios hacía juego con la ropa. Inmediatamente supo que todas las camisetas oscuras y los vestidos negros ajustados eran cosa de ella.

Se sintió incómoda porque las chicas supieran que Dylan le estaba comprando cosas, porque eso podía llevarlas a pensar en que había algo más pasando entre ellos, pero Amelia debió de vérselo en la cara.

—Tranquila, suele hacerlo mucho. No conozco a nadie más desprendido del dinero que a Dylan.

Ginebra estaba asintiendo.

—El verano pasado alquiló una tienda de helados y me hizo comer uno de cada porque era mi cumpleaños.

Los ojos de Elizabeth se abrieron mucho por la sorpresa. Sí que se había dado cuenta de que Dylan era detallista. Después de todo, le había regalado aquel CD de su banda, y siempre se preocupaba de que tuviera todo lo que necesitaba, ¿qué más daba la ropa?

Miró al escenario, y después a las chicas.

—Lo veo mejor —comentó.

Todas, incluyendo Sam, asintieron. Al fin y al cabo, probablemente todas, excepto ella, lo habían visto antes.

—Está mucho mejor. Antes ni siquiera se presentaba a los ensayos —comentó Samantha mientras se metía un mechón de pelo tras la oreja y se apoyaba en la barandilla de forma distraída—. O llegaba tarde. Solía poner a Nathan de los nervios.

Ginebra asintió, y su cara se convirtió en un ceño fruncido, como si estuviera recordando cómo era ese Dylan. Amelia suspiró y le pasó un brazo por encima a Elizabeth.

—Estás haciendo un buen trabajo, Doc. Un jodido buen trabajo.

Elizabeth le permitió el gesto y asintió, sintiendo que estaba a gusto entre compañía femenina por primera vez desde... Nunca. Las chicas siguieron comentando los gestos de payaso que Dylan les estaba haciendo desde el escenario mientras hacía tonterías con la voz, y Elizabeth empezó a preguntarse desde cuando estar ahí, rodeada de músicos, la hacía sentirse en familia.

* * *

—Elizabeth.

El murmullo de Dylan le llegó a través de la cortina negra de la litera. Elizabeth dio otra vuelta, de cara a la pared.

—¿Qué? —murmuró.

Dylan estaba en la litera del otro lado del pasillo y Elizabeth abrió un poco su cortina para darse cuenta de que la del chico también estaba cerrada. Como Samantha había venido ese día, y hasta mañana por la noche no llegaban al hotel en Miami, Elizabeth les había cedido la habitación a ella y a Nathan..., haciendo una nota mental de cambiar las sábanas después.

Cuando la respuesta de Dylan no llegó, ella suspiró.

—¿Qué? —repitió irritada. El calor era insoportable; incluso con el aire acondicionado puesto, el pijama se le pegaba a la piel. La cama enana no ayudaba, no después de haber estado durmiendo en la grande durante toda la gira.

—No puedo dormir.

—¿Y qué quieres que haga yo?

—Hace calor —se quejó.

—Hazte aire.

Una risa camuflada le llegó desde la litera de arriba. Genial, habían despertado a Jude. O quizá no se había dormido.

—¿Quieres que te sople, Dy? —El sonido de la voz de Jayden llegó desde la otra litera de arriba.

Se escuchó un ruido sordo, lo que Elizabeth supuso que sería Dylan golpeando el techo para darle a Jayden.

—No, que luego quieres volver a hacerlo más veces.

—Apuesto a que sé a quién no le dirías que no —canturreó Jayden con sorna. Elizabeth se mordió la boca, porque no podía estar hablando de ella..., ¿verdad?

—Apuesto que no puedes hablar con un puño en la boca.

—Te sorprenderías —comentó Jude, y Jayden se rio mientras Dylan bufaba.

Estaba claro que esa noche no iban a dormir.

Dio un par de vueltas más mientras los chicos se callaban, pero entre el calor y que sabía que todo el mundo a su alrededor estaba despierto, no se podía dormir. Era una sensación extraña, como sentirse observada cuando no debería.

Al final abrió completamente la cortina negra y se sentó con cuidado en el borde de la cama.

—¿A alguien le apetece un batido?

Elizabeth nunca había visto a tres hombres levantarse de la cama más rápido. Tendría que recordar ese truco para más adelante, pensó mientras salía de la zona de dormir, con los músicos siguiéndola como cachorros entusiasmados.

* * *

La *suite* del hotel era exactamente igual que la de Nueva Orleans. Tenía un salón común y cuatro habitaciones privadas, y Elizabeth estaba segura de que ocupaba al menos toda una planta del hotel.

Dejó su maleta sobre la cama —más algunas bolsas, porque ahora no le cabía todo dentro de la maleta— y decidió, después de abrirla y mirar su

contenido, que era día de colada. Seguro que el hotel tenía un servicio de colada estupendo.

—¿Dylan?

—Dime —la voz del músico sonó desde su propia habitación. Samantha y Nathan ya habían dejado las cosas y habían salido, porque querían aprovechar el día para ir a la playa, y Jayden había ido directo a dormir. Elizabeth no tenía ni idea de donde estaba Jude. «Probablemente ocupándose de alguna chica», se dijo con una sonrisa.

—¿Puedo llamar para que me hagan la colada o tengo que ir a algún sitio a hacerla?

El músico rio suavemente.

—Habrá servicio de lavandería. Llama a recepción.

—Gracias.

Al final seleccionó la ropa que era imprescindible lavar y la metió, doblada, en una de las bolsas grandes. No es que le hiciera mucha ilusión que nadie tocara su ropa interior, pero estaba quedándose sin calcetines y eso era inaceptable. Además, pagaba la discográfica. Tendría que comprobar si también había servicio de masajes o alguna mierda de esas. Quizá beberse todo el minibar.

—¿Tienes bañador? —preguntó Dylan de repente, apareciendo en el marco de la puerta vestido con esas ridículas bermudas de flores hawaianas, y por supuesto sin camiseta..., parecía ser alérgico a ellas.

—Creo que compraste uno, sí —contestó ella mientras se daba la vuelta y lo miraba de frente. La chica aún seguía doblando ropa.

—Ah, es verdad —asintió mientras la miraba fijamente y se rascaba la nuca. ¿Era sonrojo lo que le estaba viendo subir por la nuca? ¿Dylan Reeves se estaba sonrojando? Elizabeth se miró entre las manos y comprobó que había estado doblando un sujetador. Con cierto apuro, lo metió dentro de la maleta y la cerró sin miramientos.

—¿Vamos a la playa?

—Uf, no. Arena —dijo como si el pensamiento le resultase escalofriante—. El hotel tiene piscina —comentó como toda explicación—. Voy a despertar a Jayden.

—Se va a enfadar —argumentó Elizabeth, y Dylan sonrió como un gato.

—Cuento con ello.

* * *

Dylan estaba disfrutando de la vista.

O lo estaría si Jayden no estuviera bufándole en la oreja cada diez segundos.

—No pienso ser el sujetavelas, Dy —gruñó con las gafas puestas sobre los ojos, recostado en una tumbona. Aún tenía el pelo revuelto de haber estado durmiendo, y había cruzado los brazos sobre el pecho, haciendo que sus músculos destacasen aún más. Si no lo conociera y supiera que era totalmente inofensivo, se sentiría amenazado—. Si querías una cita con tu psicóloga, habérsela pedido.

—Esto no es una cita —murmuró por tercera vez, entre dientes, mientras se echaba para atrás en su propia tumbona y miraba a Elizabeth, que estaba sentada en el borde de la piscina, con los pies dentro del agua. El bañador que llevaba dejaba toda la espalda descubierta, y aunque era negro y sencillo —cosa de Ginebra—, contrastaba con la piel clara de la chica.

—Solo porque estoy yo.

—Eres un viejo gruñón, en serio.

—Y tú eres gilipollas. ¿Qué mierda haces que no estás con ella en el agua? —Jayden se bajó las gafas sobre el puente de la nariz con un suspiro, para mirarlo con hastío—. Si yo tuviera a una tía como esa, no le quitaría las manos de encima.

—Yo no tengo a...

—Ya, cuéntamelo otra vez. Y por eso no duermes con ella noche sí y noche también.

—Eso es diferente —recalcó Dylan entre dientes.

—Puede, pero si no quisiera nada contigo, no te dejaría hacerlo.

Dylan miró a Jayden y después a Elizabeth. Boqueó para contestarle algo, como un pez fuera del agua, pero al final no le dijo nada porque no tenía ninguna respuesta. Era verdad que Elizabeth no hacía nada que no quisiera, y que era una buena persona, pero Dylan se había convencido de que lo más probable era que lo dejara meterse en su cama porque le tenía lástima, como un perro callejero que acoges durante unas noches, hasta que mejora y puedes llevarlo a una perrera. Hasta que cualquier otro pudiera hacerse cargo de él.

—Estoy tan jodidamente perdido con esta tía —murmuró al final, para que solo Jayden pudiera escucharlo.

El guitarrista se rio por lo bajo, pasándose las manos por el pelo, para después entrelazarlas detrás de la cabeza.

—¿Necesitas indicaciones? —Le alzó las cejas de forma divertida.

—No sé —contestó Dylan para devolverle la broma—. Lo mismo Ginebra me las sabe dar.

No se sorprendió nada cuando acabó de cabeza en la piscina, con Jayden riéndose de fondo, y Elizabeth empapada hasta las orejas. Esa vez, se lo había ganado.

* * *

—Dime una canción —dijo Dylan de repente, mientras dejaba el cuaderno en el que había estado escribiendo a un lado y miraba a Elizabeth, que estaba escribiendo vete tú a saber qué en su portátil.

—No sabría decirte.

—Venga, no es tan difícil.

El chico tenía su guitarra acústica en el regazo y estaba recostado contra el cabezal de la cama de Elizabeth, en la *suite* del hotel. Tocó algunos acordes sueltos, intentando encontrar algo que le apeteciese cantar en ese momento, pero nada se le vino a la mente.

—Tienes que tener a algún músico favorito. O banda. O algo.

Elizabeth solo se encogió de hombros a su lado, frunciendo el ceño delante de la pantalla como si de repente estuviera mirando algo que fuera súper interesante.

—No me gusta la música.

—Eso es... imposible —renegó el chico.

—No es imposible. Es como si a ti no te gusta el fútbol, o el baile, o yo que sé, cualquier cosa que no te guste.

—Pero la música es tan... esencial —añadió al final, mirándola con los ojos muy abiertos.

—¿Y cuál es tu banda favorita?

Dylan sonrió como un niño mientras la veía observarlo con la ceja alzada y arrugando la nariz un poco, como si la conversación no le gustara. A pesar de que le había dicho que no había tenido ningún novio músico, Dylan no descartaba que tuviera alguna venganza personal con la industria musical.

Quizá era alguna historia embarazosa, pensó divertido mientras seguía mirándola.

—Es difícil escoger. Me gusta mucho la música para escoger solo una.

—Alguna canción favorita tienes que tener.

—Sí, claro —dijo sin dudarlo—. Pero son un millón.

Elizabeth le sonrió un poco, casi con nostalgia, y eso le hizo pensar en una vieja canción de Green Day, así que acabó por tocar los acordes y empezó a cantarla. La letra de la canción le recordaba a su vida, a la carretera, el sudor y los escenarios. Cerró los ojos mientras cantaba, doblado sobre la guitarra acústica, olvidándose de que la chica estaba ahí, disfrutando por primera vez en mucho tiempo de esa comunión entre el instrumento y él; se olvidó de que era un medio para un fin, una máquina de hacer dinero; se olvidó de todo excepto de las cuerdas contra sus dedos y la voz que salía de su garganta. Se olvidó de todo excepto de las palabras de la canción, que le recordaban tanto a sí mismo.

Cuando acabó, abrió los ojos, ajeno a su alrededor. Tenía la piel de gallina y esa sensación en la boca del estómago que te dice que estás vivo.

—Guau —comentó ella—. Eso ha sido... precioso.

—Gracias —contestó tímido de repente. Solía hacer acústicos en el escenario, pero las letras eran tan vacías que no ponía nada de él en ellas nunca. Esa vez era diferente.

Se sintió incómodo con la mirada de la chica sobre él, así que tocó algunos acordes sueltos sin sentido, solo por llenar la habitación con el sonido de la guitarra. Y entonces se dio cuenta de que Elizabeth le estaba mirando los dedos, frunciendo el ceño.

—¿Quieres tocar?

—¿Qué? ¡No! —exclamó volviendo a mirar la pantalla de su ordenador, como si así se camuflase con el ambiente y Dylan ya no pudiera verla más. Era graciosa a veces.

—Venga, te lo he visto en la cara, Harvey. Ven aquí. —Se quitó la guitarra del regazo y abrió las piernas palmeando entre ellas.

—No..., no sabría ni por dónde empezar —dijo excusándose.

—Yo te enseño.

Elizabeth miró hacia todos lados y había un rubor extraño, que le subía por el cuello, hasta las mejillas, rodeándola, que hizo a Dylan pensar que se sentía atrapada. No sabría decir si era por él, por la situación o por algo más.

—De verdad... No puedo —susurró, casi suplicando que la dejase en paz, pero Dylan no entendía a qué venía tanto escándalo, así que la miró alzando una ceja.

—¿No me digas que le tienes miedo a una guitarra?

El desafío pareció envalentonarla.

—No, por supuesto que no. —Elizabeth frunció el ceño y alzó la barbilla.

—Entonces ven aquí. Hoy vas a tocar una canción.

Despacio, mucho más despacio de lo que lo haría normalmente, Elizabeth se quitó el portátil de encima para dejarlo a un lado y se acomodó en la cama, entre sus piernas. Mierda, no había sido una buena decisión, pensó mientras le ponía a la chica la guitarra delante y la miraba desde atrás por encima del hombro. Desde donde estaba tenía una amplia visión de su escote y sentía el calor de la chica contra el pecho. El olor a mandarina lo hizo salivar en una respuesta automática, y la que tenía entre las piernas se desperezó como si llevara una eternidad dormida, pero por fin hubiera algo interesante que mirar.

Cogió aire por la nariz muy despacio, mientras enseñaba a Elizabeth a colocar las manos sobre la guitarra. Sus dedos se entrelazaron con los de la chica, que estaban mojados, pero Dylan lo atribuyó al nerviosismo de la situación, porque cada vez que la tocaba se ponía tensa.

—Esta es otra de mis favoritas —le susurró Dylan al oído, porque la situación era íntima, casi un secreto, y alzar la voz parecía pecado. Dylan podía ver el pulso de la chica acelerarse en su cuello y sentirla respirar rápido. Cerró los ojos para no verla, porque se sabía los acordes de memoria, y colocó los dedos de la chica con cuidado, sintiéndolos bajo los suyos. Después le cogió la muñeca de la otra mano, para ayudarla a moverla al ritmo adecuado.

La voz iba primero, los acordes después. Era una de esas canciones que habían acompañado a Dylan durante la infancia y la adolescencia. Una de esas canciones que escribía un alma rota y tocaba a todas las almas rotas del planeta.

—Ryan Reed es uno de mis favoritos —comentó distraído cuando empezaron otra vez, porque los dedos de ella se habían atascado.

—Perdón —murmuró al tropezar con las cuerdas.

—Vamos, otra vez.

Dylan había empezado a cantar y ella se había dejado guiar, así que abrió los ojos para verla. Estaba respirando agitadamente, con la boca abierta, tensa

como alambre de espino, casi igual de peligrosa, sus dedos frágiles sin vida bajo los suyos que la estaban guiando.

* * *

No iba a llorar.

Se lo repitió por quinta vez en el minuto y medio que llevaban de canción, porque esa canción era una de las que su padre había compuesto. Uno de sus mayores éxitos, suponía Elizabeth. Y mientras estaba ahí, rodeada por los brazos de Dylan, con el peso de la guitarra sobre ella como un peso muerto en su corazón y los dedos del músico guiándola, solo podía ver a su padre. Todo lo que veía era a su padre, en el escenario, con los focos bajos y la gente callada, esperando. Ese suspiro que todo el mundo parecía contener antes de que Ryan empezase a cantar esa canción. Esa canción que unía con puntos de sutura a todas las almas remendadas del planeta. Esa canción que los hacía, parche a parche, miembros de una misma bandera. La de los marginados.

Esa canción que había compuesto un año antes de morir.

Una de esas tantas que Elizabeth se había prometido no volver a escuchar nunca más.

Parpadeó en un intento por aguantar las lágrimas, porque no iba a llorar. No iba a ser esa niña llorona, que se abrazaba en una esquina del salón y gritaba el nombre de su padre, nunca más. Se esforzó por terminar la canción, escuchando la voz de Dylan contra su nuca, sobre su pelo, rodeándola y acunándola. Se forzó en mirar un punto en blanco de la pared, porque el presente y el pasado se estaban mezclando una vez más y eso la iba a volver loca.

Al final, cuando Dylan llegó a uno de los estribillos finales, no pudo soportarlo más y tuvo que salir del abrazo en el que estaba, levantándose de un salto como si la cama estuviese en llamas.

Dylan debió de quedarse pasmado, pero ella ni siquiera se giró para mirarlo. Caminó rápido hacia el baño de la habitación, sintiendo que necesitaba huir de ahí. Huir, huir, huir a donde fuera. Donde la cara de su padre no la mirase con los ojos abiertos.

Se miró en el espejo, con las pupilas contraídas y los ojos enormes llenos de miedo. Se había puesto pálida de golpe, las pecas resaltando, y tenía cara de estar aterrorizada, llena de pánico.

«No vas a llorar», se recordó, mordiéndose la boca tan fuerte que podría hacerse daño. «Ya has llorado todo lo que tenías que llorar. Nunca más.»

El golpe en la puerta no tardó en llegar.

—¿Elizabeth?

No contestó. Si contestaba, si dejaba que la consolara, o que le hablara, acabaría por llorar. Si abría esa puerta, solo vería una cara y se derrumbaría como la niña herida que era.

Y eso no podía pasar.

—Elizabeth, vamos, abre la puerta.

La respiración se le atascó en la garganta, y sintió que quería gritar, pero no podía. Se sentó tambaleándose sobre la taza del váter y, alargando el brazo, cogió una de las toallas blancas que estaban dobladas a su lado.

Cerró los ojos y mordió la toalla, gritando en silencio, dejando que las lágrimas le resbalasen por las mejillas, más de rabia que de otra cosa, mientras Dylan seguía llamándola desde la puerta, y ella sentía que estaba más estropeada de lo que se pensaba.

* * *

Las fiestas en las *suites* de hotel eran definitivamente diferentes, pensó Elizabeth, mientras se pasaba las manos por la falda de tubo negro que llevaba. Esta fiesta le recordaba a la que había visto antes de irse de gira, en aquel *pub* de Los Ángeles, solo que estaban en un hotel en Miami, y ahí no había nadie de la discográfica, solo los miembros de las bandas, técnicos de sonido, *mánager*, *groupies* y amigos de amigos que no tenía ni idea de quiénes eran.

Decir que estaba nerviosa era poco, mientras observaba a la gente, sentada en los sofás, jugando a videojuegos, con la música puesta de fondo que era una patada en las tripas de la chica. Dylan estaba hablando con alguien que Elizabeth no conocía, pero lo tenía en el punto de mira, y no le apetecía acercarse a él en ese momento.

Desde lo que había pasado el día anterior, separar su vida pasada de la presente le estaba costando mucho trabajo. Ya se había olvidado de esa sensación de constante ansiedad que la había invadido los primeros días que el músico había entrado en la clínica, pero al parecer ahí estaba otra vez. De vuelta en el mismo círculo vicioso de siempre.

Elizabeth miró a su alrededor, sintiéndose un poco perdida; y aunque nadie la estaba mirando especialmente, sintió que, vestida con su ropa de secretaria de oficina, y estirada como un palo en el centro de la habitación, era un objetivo fácil.

—¿Se puede saber qué haces ahí pasmada? ¿Dónde está tu perro faldero?

El brazo que le rodeó los hombros la hizo saltar, hasta que miró hacia un lado y se dio cuenta de que era Jude. Lo miró durante un segundo, mientras su corazón se calmaba. El chico tenía unas facciones duras, pero sus ojos eran cambiantes, y se le veían más verdes que de cualquier otro color. Verdes y no azules.

No como los de su padre.

Eso la ayudó a dejar de pensar en él durante unos segundos.

—¿Nerviosa por algo, Doc? Dylan está bien, *tranqui*, lo tenemos vigilado.

Sí, claro, era Dylan quien le preocupaba.

—Gracias —le salió al final, algo estrangulado, porque no sabía qué más decir. ¿Quién la vigilaba a ella? Se sintió sola de repente, sin nadie que la respaldase—. No sé qué hacer entre toda esta gente, la verdad.

Jude se rio un poco, y caminó con ella hasta donde estaba Jayden hablando con Quinn animadamente, mientras le hablaba bajito para que solo ella lo oyese.

—Es muy fácil. Asiente en los momentos oportunos, no insultes a sus bandas favoritas. Y, por el amor de Dios, jamás preguntes la historia detrás de un tatuaje.

Eso le hizo gracia a la chica.

—¿Por qué, podrían ofenderse?

—No, porque empezarán a hablar y estarás horas y horas escuchando un rollazo sobre la vida, el karma, o alguna mierda de esas.

Elizabeth tuvo que reírse, y cuando llegó hasta donde estaban los otros dos chicos, seguía sonriendo a su pesar. Quiso decirle a Jude que él llevaba tatuajes y que si podía preguntarle sobre ellos, pero se mordió la lengua.

—¿Qué es tan gracioso? —preguntó Jayden, juntando las cejas en un gesto divertido.

Elizabeth miró a Jude y luego a Jayden.

—Secreto profesional —aseguró ella.

Jayden puso los ojos en blanco, y Quinn la miró divertido.

—Quinn —dijo presentándose.

Elizabeth le estrechó la mano, presentándose también, aunque sabía que decir quién era a esas alturas era redundante. Todos los músicos y el personal de la gira se habían acostumbrado ya a verla siendo la sombra de Dylan Reeves. No les extrañaba que estuviese también en las fiestas. No era la primera vez, de hecho.

—¿Quieres algo de beber, doctora? —preguntó Jude, separándose de ella para ir a coger una cerveza.

—Solo agua, por favor.

—Vamos, es una fiesta —puntualizó Jayden—. ¿Qué tal una ronda de chupitos?

—No puedo ser la acompañante sobria de alguien y emborracharme. Tengo que dar ejemplo —argumentó, aunque la realidad era que no le gustaba beber. No soportaba la sensación de perder el control.

Jayden pareció sopesarlo durante un segundo y después hizo un gesto con la boca, como si todo hubiera encajado y las razones de Elizabeth tuvieran todo el sentido del mundo.

Los chicos empezaron a hablar rápidamente de lo que quedaba de gira y de cuáles deberían ser los arreglos para el del año que viene, porque al parecer había habido problemas con el personal técnico y se había perdido material en un par conciertos. Elizabeth alternó entre escucharlos y mirar a su alrededor.

Nathan estaba a unos metros, también apoyado en la barra de bar de la sala, rodeando a Samantha con un brazo, y hablando con otra chica, que parecía muy emocionada con la conversación. Una fan, supuso Elizabeth, pero no sabría decir si de Sam o de Nathan. El bajista se dio cuenta de que lo estaba mirando, y la saludó con la barbilla, en un gesto que le hizo saber que estaba siendo observada. Sintió ganas de sacarle la lengua, como una completa niña, pero al final solo consiguió devolverle el gesto.

Dylan seguía hablando con la misma persona de antes, y Elizabeth se quedó observándolo durante un rato. Una de las veces que lo miró, inevitablemente, su mirada y la del chico se encontraron, y Dylan no le sonrió. Imposible que lo hiciera después de haberlo dejado fuera de la puerta del baño ayer, sin decirle qué pasaba, y se había quedado encerrada hasta que se había ido. Imposible que la mirase, porque Elizabeth se había pasado el día evitándolo como si tuviera la peste.

La batalla de miradas debió de durar un rato, porque Elizabeth se dio cuenta de que los chicos se habían callado y estaban mirando en su dirección,

y Dylan venía hacia ella. Iba vestido aún con ropa de concierto, aunque se había duchado después. Llevaba unos vaqueros negros y una camiseta blanca. No se había molestado en peinarse la cresta, que le caía sobre la cara, y llevaba las gafas sobre la cabeza, como si fueran un escudo protector que utilizaría si necesitaba defenderse de algo.

Se acercó a ella de forma casual, ocupando el espacio que Jude había dejado disimuladamente, pero Elizabeth sabía que no había nada de casual en aquello. El músico estaba enfadado con ella, y con razón.

—¿Cómo vais, chicos? —preguntó al llegar, y no se acercó a Elizabeth más de lo necesario, ni la tocó; ni siquiera la rozó, pero el calor que emanaba su cuerpo era más que suficiente para hacer que se pusiera tensa. Olía a la misma colonia oscura que había llevado aquella vez que le había hecho la corbata, y las hormonas de Elizabeth volvieron a la vida.

Quinn debió de contestar con alguna broma y Jayden debió de seguirla, porque de repente todos estaban hablando y Dylan ni siquiera la volvió a mirar; pero lo que sí hizo fue ponerle una mano en la parte baja de la espalda. No presionó con ella, ni la tocó con la palma de la mano, el roce era apenas de la yema de los dedos, pero a Elizabeth le quemaba. Elizabeth sabía por qué estaba ahí. «Tenemos que hablar», decía esa mano. «No te me vas a escapar esta vez», le recordaba.

—Ella también estuvo. ¿A que la canción era buena?

Solo el apretón de la mano de Dylan la trajo de vuelta a la conversación.

—¿Perdona?

—Les estaba contando que el otro día estuvimos viéndolos actuar. Cuando tocaron la canción del álbum nuevo —le informó Dylan—. Les decía lo buena que es.

Había un brillo divertido en los ojos del músico mientras la miraba, y ella lo miró con sorna. No se podía creer que estuviera hablando abiertamente de la canción que Nathan había escrito —por lo que ellos sabían, había podido escribir todo el puto álbum— delante de Quinn, haciéndose el inocente. Pero no había nada en la cara de Dylan que dijera que sabía algo, y era tan buen mentiroso que a veces a Elizabeth le asustaba.

—Oh, sí. Fue genial. Y te lo digo yo, que no me gusta mucho la música.

Quinn sonrió y la miró con curiosidad, un brillo de interés iluminándole los ojos oscuros.

—Pues menudo trabajo te has buscado entonces, ¿eh? ¿Cómo lo haces para soportar al imbécil este?

Dylan la miró también, como si estuviera preguntando lo mismo.

—Tengo mis ratos —contestó al final, con una sonrisa sujeta por alfileres.

—Si te dan ganas de matarlo alguna vez, puedes pasarte por mi bus —comentó Quinn, ligando con ella descaradamente.

Elizabeth solo sonrió, con los labios apretados, y la mano de Dylan se tensó en su espalda, pero no dijo nada. Para su sorpresa, fueron Jude y Jayden los que enseñaron los dientes.

Quinn levantó las manos en señal de rendición.

—Eh, no puedes culpar a un tío por intentarlo.

—Pero puedo cortártela si lo intentas otra vez —murmuró Jude sonriendo.

Todos se echaron a reír a pesar de todo.

Fue justo en ese momento cuando un tipo que Elizabeth no conocía, vestido con pajarita y traje de chaqueta —que sí, estaban en una habitación de hotel, en un ático de Miami, con el aire acondicionado funcionando a tope, pero era junio y hacía calor—, se acercó a ellos. El tipo llevaba el pelo afro peinado de manera graciosa, y unas gafas que gritaban última temporada.

—Perdonad que os interrumpa, chicos.

Dylan puso los ojos en blanco, porque al parecer sabía quién era.

—Ahora no, Morgan. Mañana si quieres hacemos una exclusiva y te cuento lo que quieras, pero esto es una fiesta.

El tal Morgan, que al parecer era periodista, rio relajado, mirando alternativamente a Dylan y a ella. El brillo calculador que Elizabeth vio en el tipo no le gustó nada.

—Eso estaría genial, Dylan. Pero en realidad tenía la esperanza de poder hablar con ella.

—¿Conmigo? —boqueó Elizabeth mirando hacia los lados, comprobando que nadie los estaba observando.

Dylan sacó los dientes.

—¿De verdad tienes los santos cojones de venir a decirme a la cara que quieres entrevistar a mi padrino? Tienes muchas narices si crees que eso va a pasar.

Los ojos de Morgan, oscuros y grandes, se abrieron mucho y los miró a ambos sorprendido.

—¿Padrino? Pensaba que era tu novia. No sabía que la hija de Ryan Reed estaba trabajando para la industria de la música.

Las palabras resbalaron tan rápido de la boca del periodista que Elizabeth pensó que las había oído mal. El corazón de la chica dio un salto en picado, sin cuerda ni paracaídas, hasta el fondo de sus pies, y sintió que se mareaba.

—¿Perdona? —Ahora fue el turno de Dylan para estar sorprendido.

Morgan seguía mirándolos como si no supiera si se estaban riendo de él o si de verdad no sabía nada de nada. A Elizabeth le hubiera gustado que la tierra se abriese y se la tragase. Probablemente, Jayden, Jude y Quinn también estuvieran escuchando, pero Elizabeth solo sintió la sangre abandonar su cara y el mundo a su alrededor se volvió una masa borrosa. Incluso dejó de sentir la mano de Dylan en su espalda.

—Eres Elizabeth Reed, ¿verdad? La hija de Ryan Reed. No he podido evitar notar el parecido en las veces que te he visto durante la gira. —Morgan le sonrió un poco, como si aquello fuera una conversación totalmente normal, como si no estuviera poniendo todos los secretos de Elizabeth sobre la mesa, uno a uno, en un gran escaparate—. Llevabas tanto tiempo desaparecida que pensábamos que ya no estabas vinculada al mundillo. Ha sido una sorpresa agradable volver a verte.

Elizabeth no sabía ni qué contestar, y se sintió como un pez fuera del agua.

—Yo... Yo no... No sé de qué me está usted hablando, caballero. —Pero las palabras no le salieron con naturalidad. Miró a Dylan, a su lado, esperando que le echara una mano, porque al fin y al cabo él tenía mucha más experiencia lidiando con la prensa, pero el cantante la estaba mirando con una mueca de horror en la cara, como si estuviera mirando a una extraña. Incluso había dejado de tocarla.

El periodista mostró una pequeña sonrisa, sintiendo la tensión que había causado. Sacó una tarjeta del bolsillo de su chaqueta y se la puso a Elizabeth en la mano. La chica la cogió por instinto, porque no se sentía los dedos.

—Si vuelves a querer estar en el punto de mira, llámame. Te estaré esperando.

Morgan se retiró, pero ella no se dio cuenta, porque solo fue capaz de ver cómo Dylan se iba de su lado hecho una furia y sintió que el mundo se hundía a sus pies.

—¡Dylan! —gritó para que volviera, porque no podía dejarlo en ese estado suelto en una dichosa fiesta, pero la mano de Jude sobre su hombro la hizo parar.

—Déjalo, volverá.

—No puedo dejarlo solo... así —contestó ella mirando a Jude con vergüenza, y luego a Jayden, porque les había mentido. Los chicos la estaban mirando con los ojos muy abiertos, como si no se creyeran lo que habían oído decir al periodista.

Al final fue Quinn quien preguntó:

—¿Es verdad que eres su hija?

Elizabeth sintió ganas de reírse, y llorar, y gritar y vomitar, todo a la vez, en una ruleta rusa donde no saldría ganando.

Al final se rio con amargura y ácido en su lengua.

—¿Qué? ¡No! —contestó—. Ese tío tiene que estar alucinando.

Quinn solo se encogió de hombros, pero ella miró a Jayden y a Jude, sintiéndose como un cervatillo en medio de la carretera a punto de ser atropellado. Los miró con la esperanza de que la hubieran creído, pero los chicos la estaban mirando con un gesto sombrío y sabía que estaban acordándose de Nathan preguntándoles si su cara les resultaba familiar.

«Nathan», se dijo.

Levantó la vista y miró un poco más allá, donde el chico estaba observando la escena con una sonrisa pequeña pegada en la boca. Sabiendo lo que acababa de pasar.

No se dio cuenta de cómo, pero Jayden le había puesto un chupito en la mano y la obligó a agarrarlo.

—Creo —le dijo— que es hora de que te tomes ese chupito.

El corazón de Elizabeth iba tan rápido que le hormigueaban las manos, y el chupito ni siquiera le quemó la garganta cuando se lo bebió de un trago.

* * *

Cinco chupitos después, Elizabeth se sintió mareada y le estaba empezando a dar calor. Se había apoyado en la barra y se estaba sosteniendo contra Jude, mientras este la miraba de reojo; pero el calor era insoportable, la presión en su pecho la estaba ahogando y quería salir de allí.

¿Dónde estaba Dylan? Lo había buscado entre el primer y el tercer chupito, pero no lo había encontrado en ningún rincón de la habitación. Probablemente porque su visión se estaba emborronando y porque estaba luchando con las ganas de vomitar y de llorar.

La preocupación por el cantante y por saber que había sido descubierta se le estaban mezclando en el estómago como ácido y dinamita, una combinación que acabaría por hacerla estallar.

—Voy al baño —le dijo a Jude, solo porque sentía que la estaba mirando preocupado. Al menos no le había insistido en el tema, pensó agradecida.

—¿Quieres que te acompañe?

—No, no, estoy bien —mintió—. Solo necesito respirar.

El batería asintió con la cabeza y la dejó avanzar. Elizabeth sabía dónde estaba el baño porque había visto a la gente entrar y salir toda la noche, y llegó sin tropezar con nada ni nadie —un milagro, al parecer, porque las piernas no la sostenían y los tacones eran sus enemigos—. Por suerte para ella, no había nadie dentro y no tuvo que hacer cola.

Cerró la puerta, aunque sus dedos no podían entenderse con el pestillo, y fue directa a echarse agua en la nuca porque se sentía mareada. Mierda, beber todo eso había sido una mala idea.

El agua estaba fresca y sintió como le resbalaba por el cuello y algunas gotas se colaban en su espalda. Suspiró cometiendo el error de mirarse al espejo. Se vio con las pupilas dilatadas, las mejillas rosas, los ojos azules de su padre mirándola desde su propia cara, la misma boca, esa misma puta nariz.

—Te odio —escupió, y no supo si se lo estaba diciendo a él o a sí misma.

Llevaba a Ryan Reed en la cara. Al Ryan que la había abandonado cuando era una niña, dejándola sola frente a la vida. Al Ryan que tenía una horda de seguidores en todo el mundo, pero que no había sido capaz de hacerse cargo de la única que lo quería de verdad.

—Te odio —murmuró otra vez, y esa vez sí sintió que iba a llorar.

Pero la puerta del baño se abrió en estampida, y Elizabeth se dio la vuelta sorprendida —diría que lo hizo rápidamente, pero en su estado se hubiera caído redonda al suelo—. Se agarró al mármol blanco del mostrador del lavabo mientras se daba la vuelta y miraba a un Dylan muy cabreado, que cerró la puerta igual que la había abierto.

Elizabeth creía que iba a gritarle, porque el chico la estaba mirando mientras apretaba los puños y las mandíbulas, tan fuerte que se iba a hacer daño. Tenía los ojos llenos de furia, y como no llevaba las gafas puestas, Elizabeth podía ver que el color de sus ojos era más oscuro: el marrón casi negro, el azul del color del fondo del mar.

Dylan respiró mirándola durante unos segundos y después avanzó hasta ella, paso a paso, con una calma que probablemente no tendría. Elizabeth se agarró más fuerte al lavabo, notando que se clavaba el material en las palmas de las manos, sintiéndose pequeña a pesar de que los tacones la dejaban a la misma altura del músico.

«Ahora es cuando me grita», pensó.

Pero cuando Dylan estuvo tan cerca de ella que podría besarla, dijo:

—Todas esas veces —murmuró entre dientes— en las que te he preguntado, y me has dicho que no nos conocíamos de antes. Cuando te he preguntado y me has dicho que solo tenías una cara común. Todas esas veces... Eres la hija de Ryan Reed y no me habías dicho nada. —Lo escupió como si el mero hecho de que ella le mintiese le resultase inconcebible.

Quería negárselo, igual que se lo había negado a los chicos fuera, pero a él no podía. Él la conocía demasiado a esas alturas, y sabría que estaba mintiendo. Y Elizabeth no quería cabrearlo más aún. Se dijo que era porque alterarlo no le convenía, dada su recuperación, pero se debía más bien a que no soportaba la idea de verlo así de enfadado con ella.

—No tenías por qué saberlo —contestó al final, tranquila y fría. Sabía que se estaba comportando de forma altiva y serena, pero no tenía otra manera de hacerlo. Si dejaba que todas las emociones que sentía la inundasen, acabaría por vomitarlo todo.

—No, no tenía. Ni tú tenías por qué saber que mi padre me pegaba palizas. Ni tú tenías por qué..., joder —murmuró al final, pasándose las manos por el pelo frustrado. Se apartó un paso de ella, pero no dejó de mirarla. La miraba una y otra vez, de arriba abajo, como si la estuviera midiendo, comprobando que aún seguía siendo ella.

«Ojalá supiera quién soy», pensó Elizabeth.

—Creía que éramos amigos. —La voz de Dylan se quebró un poco en la última palabra.

—Soy tu psicóloga, Dylan. Mi vida no es de tu incumbencia.

—Claro —murmuró, pero había ácido en su voz. El chico volvió a caminar hasta ella, un volcán en erupción que pronto la enterraría en magma—. Entonces no te importará que acabe con esto de una vez por todas —le susurró, mientras ponía las manos al lado de las de la chica en el mostrador, echándose hacia delante.

Elizabeth se echó hacia atrás por instinto, pero no tenía mucha salida. Estaba atrapada entre el cuerpo de Dylan y el mostrador, y Dios sabía que lo

que le había dicho era mentira, que era mentira, que eran amigos, pero no podía dejarse ver. Si se dejaba ver, vería a la niña asustada, tendría todas, todas las cartas sobre la mesa. Habría perdido esa partida de póquer eterna que tenía con la suerte.

—No puedes librarte de mí, no mientras estemos de gira, Dylan —le recordó, su voz era apenas un susurro porque estaba asustada, aunque jamás lo reconocería en voz alta. El miedo la estaba haciendo sentirse más sobria, mirando las cosas con más enfoque. La boca de Dylan se torció hacia arriba, en una mueca amarga.

—No, pero puedo librarme de esto que hay entre tú y yo —sentenció como si se estuviera convenciendo a sí mismo.

El músico cerró la distancia entre sus cuerpos, las caderas de Dylan presionándose contra Elizabeth, sus muslos rozándose. Tuvo que forzar a sus piernas a mantenerse cerradas, para su vergüenza.

Entonces, cuando Dylan habló, lo hizo contra su mejilla, el aliento cálido del chico enviando electricidad a todo su cuerpo.

—Puedo follarte hasta sacarte de mi sistema, y olvidarme de que existes —le dijo mientras arrastraba los labios desde su mejilla hasta su oreja, y después le mordía el lóbulo.

La respiración de Elizabeth se atascó en su garganta, pero no encontró la fuerza para soltarse del mostrador y empujarlo de su lado. Si lo hacía, sus piernas no la sostendrían y acabaría en el suelo. O eso fue lo que se dijo.

Las manos del músico viajaron por su cuerpo, primero por las caderas, después hacia abajo, hasta el borde de su falda ajustada. Forzaron la falda hacia arriba, subiéndola por los muslos, sorprendentemente lento, mientras separaba la cara de la de ella y la miraba a los ojos. Estaban tan cerca que Elizabeth podía sentir su aliento contra los labios.

—No hay nada entre tú y yo —jadeó Elizabeth.

—Oh, ¿de verdad? —gruñó, y la besó como un tren que se estrella contra la pared. Fue un choque de bocas más que un beso, y Elizabeth jadeó porque no se lo esperaba. Él aprovechó eso para colarse entre sus labios con la lengua y besarla con más fuerza.

Antes de darse cuenta, las manos que la estaban sosteniendo contra el mostrador estaban alrededor del cuello de Dylan y lo estaba abrazando, atrayéndolo. «¿Qué estás haciendo?», se preguntó, pero su cuerpo recordaba todas esas veces, en los sueños, lo bien que se había sentido con sus manos y sus besos, y quería experimentarlo otra vez.

—Sabes a tequila —murmuró sin saber por qué, mientras él la subía al mostrador, con la suficiente fuerza como para dejarle la marca de sus dedos en los muslos.

Esa vez las piernas se le abrieron para acomodarlo en medio y ya no se forzó a cerrarlas. Dylan la estaba besando de nuevo, cogiéndole la nuca con una mano y torciéndole la cabeza; mordiéndole la boca entre gruñidos y arañándole la barbilla con la barba que había empezado a crecerle.

—Eres tú —contestó Dylan entre besos—. Tú sabes a tequila, Elizabeth. Yo no he bebido nada.

—Oh.

Se sonrojó al pensar que ahora él sabía igual que ella porque se estaban besando, porque su lengua la estaba lamiendo por dentro. Dylan le volvió a morder el labio de abajo, y después la barbilla, y siguió bajando hasta encontrarle el pulso en la garganta, succionando ahí.

Le mordió el hombro a Dylan para no gemir, porque, Dios, estaba sintiendo las succiones entre las piernas. Dylan rotó las caderas, frotándose contra ella, la tela del vaquero arañándola en la piel sensible de los muslos; la cremallera era una presión que estaba agradeciendo contra su carne.

—Eres una mentirosa —le susurró cerca de su cuello—. Eres fría y calculadora, y nada de lo que había pensado que eras. Joder, si ni siquiera sabía cómo te llamabas. —Habló contra su garganta, besándola hacia abajo, la clavícula y el esternón.

A pesar de su rabia, tuvo la paciencia de desabrocharle los botones de la blusa, uno a uno, hasta que su sujetador quedó a la vista. Elizabeth no necesitaba mirarse para saber que tenía toda la piel sonrojada. El gruñido que Dylan soltó mientras la miraba fue de aprobación.

—Elizabeth Reed —murmuró contra la cima de un pecho, mientras la acariciaba con la nariz.

Ella solo fue capaz de respirar, esperando su siguiente movimiento, agarrada a sus hombros, sintiendo su nombre como una puñalada. Cerró los ojos al oírlo después de tanto tiempo, y soltó un gemido cuando sintió que Dylan arrastraba una de las copas del sujetador hacia abajo de un tirón para después, inmediatamente, pegar la boca a su pezón y succionar allí. Y si creía que había sentido la succión de antes entre las piernas, está directamente se sentía como un toque certero.

La soltó con un pop húmedo, para mirarla desde su pecho. El chico tenía las mejillas sonrosadas y la boca húmeda, y Elizabeth se moría porque la

volviese a besar, pero no sabía si tenía derecho a pedirle nada. Al parecer no hacía falta, porque Dylan sabía leer mentes. El músico atendió su pezón con los dedos y volvió a besarla, dejándole paladear el sabor de su propia piel, jadeándole entre los labios, porque se estaba frotando, duro y ardiendo, contra ella sin vergüenza.

Las palabras de Dylan estaban en el fondo de su mente, diciéndole que deberían parar, que esto era por despecho, que no estaba bien; pero su boca se sentía bien, besándola rápido, a toda velocidad, mientras sus manos la acariciaban muy muy lentamente, una contra su pecho, la otra trazando patrones invisibles sobre su muslo desnudo.

—Voy a follarte contra este lavabo y a olvidarme de ti —le dijo mientras metía los dedos entre sus piernas, tirando del elástico de su ropa interior.

Fue la sensación de los dedos contra su carne lo que la hizo tensarse, no fueron sus palabras. Le gustaría decir que fue el tono enfadado con el que el chico estaba hablando, pero fueron sus dedos, acunándola de golpe, en un movimiento rápido.

—Espera —jadeó, empujándolo en el hombro.

—¿Qué? —Sus dedos se quedaron estáticos sobre su carne. Pero Dylan estaba cabreado, y dejó de besarla, para morderla en el hombro, castigándola por haberle mentido, como si quisiera encontrar una especie de unión con ella que sentía que había perdido. Debería doler, pero de su garganta se escapó un quejido ahogado que no tenía nada que ver con el dolor—. ¿Qué pasa? —preguntó con la voz tan ronca que no parecía suya.

Ella jadeó contra Dylan, apoyando la cabeza en su hombro.

—Solo..., por favor..., no así. —La voz casi no le salía, y estaba jadeando contra él. Estaba borracha, y no sabía quién era ese Dylan que tenía delante, pero sabía que si se había imaginado eso con él no era cuando estaba cabreado y lleno de ácido. No quería que fuera así.

—No así, ¿cómo? ¿Es que te gusta de otra manera? Vamos, Reed, dime lo que te gusta. —La estaba insultando cada vez que decía su apellido, pero Elizabeth suponía que se lo merecía. Aun así, el chico no se movió, ni con las manos ni con el cuerpo, respetando lo que le había dicho.

—Solo... estoy borracha, Dylan. Y lo siento, de verdad, de verdad que lo siento...

Sintiendo que nada de lo que le diría lo haría dejar de estar enfadado con ella, se obligó, por una vez, a decir la verdad. A darle a un trocito de la Elizabeth Reed que ella misma había olvidado.

—Yo... no..., esto que estamos haciendo... no... Sé que estás enfadado conmigo, y sé que me lo merezco, pero esto..., sea lo que sea, no quiero hacerlo así. —La voz de la chica era un murmullo y estaba muerta de vergüenza, pero siguió hablando—. Si hacemos esto, quiero que sea bien, porque no he podido tener orgasmos con nadie en mi vida, y no quiero que esta..., que contigo sea una de esas veces. —La verdad que había en sus ojos y en su voz, habiendo dejado de lado esa fachada fría y sin emociones, pareció penetrar en Dylan justo como sus dedos en ella. Le sacó la mano de entre las piernas y la miró con los ojos muy abiertos. Después, como si estuviera despertando de un sueño, se miró las manos, la miró a ella y boqueó.

* * *

¿Qué mierda estaba haciendo?

Dylan se miró las manos y miró a Elizabeth sobre el mostrador del lavabo, con la falda enrollada sobre los muslos, la blusa abierta, el pecho subiendo y bajando agitado, mientras lo miraba con los ojos muy abiertos, la boca desgastada, y algo entre miedo e incredulidad en la cara.

La confesión de la chica, mezclada con la sensación de que le estaba suplicando, lo había hecho salir del estado en el que se había encontrado, y era como si hubiera estado dormido. Todo era una neblina negra, un borrón, como un colocón de coca, solo que peor, porque ahora no tenía a nadie a quien culpar excepto a sí mismo.

Se llevó los dedos hasta la cara solo para darse cuenta de que los tenía mojados, y eso fue otro puñetazo de realidad.

—Joder —murmuró—. Joder. —Se alejó de ella un paso, trastabillando con sus propios pies, hasta chocar con la puerta del baño.

—Eh, eh. —Elizabeth descendió como pudo del mostrador y se bajó la falda. Se colocó el sujetador en su sitio. No se molestó en cerrarse la blusa mientras iba hacia él, pero Dylan ni siquiera podía centrarse en eso, porque la pregunta era: «¿Cuándo le has abierto la camisa? ¿Y por qué?». Su mente estaba llena de estática.

—Lo siento —murmuró mirándose los pies, sin ser capaz de verle la cara de repente—. Lo siento mucho.

—No pasa nada. Dylan. Eh, tranquilo. —La chica se acercó y le colocó una mano en la cara, consolándolo. Consolándolo, después de cómo la había

tratado.

—Sí que pasa, joder. No me digas que no pasa. Eso..., eso que...

—Chsss, chsss, tranquilo. No ha pasado nada, ¿vale? No pasa nada.

La voz calmada de la chica, esa que ponía cuando estaban en consulta, le dolió aún más, porque lo estaba tratando como a un paciente.

Y Dios, había estado cabreado con ella hacía unos minutos. No solo era la hija de uno de sus músicos favoritos, sino que además le había estado mintiendo en su cara todo ese tiempo. Incluso cuando hacía apenas dos días que Dylan le había preguntado.

Pero, en ese momento, el tono que Elizabeth estaba usando no lo cabreó, lo hizo entristecerse, recordándole que era un paciente y por qué lo era. Recordándole que estaba roto y que, por mucho que se sintiera mejor y que creyera que estaba arreglado, siempre iba a ser la misma mierda de persona que tomaba decisiones egoístas y hacía daño a los demás por el camino.

Dylan resbaló por la puerta, hasta caer en el suelo, sin notar cuando chocó con las baldosas. Elizabeth lo siguió, arrodillándose frente a él, cogiéndole la cara con las dos manos.

—Mírame —le ordenó.

Sus ojos, que eran unos traidores, la miraron, y la boca de la chica estaba roja allí donde se la había besado, con los labios hinchados que Dylan aún saboreaba en la lengua.

—Lo siento —le volvió a decir, porque no sabía de qué otra manera arreglarlo.

—Yo también —le murmuró ella, sonriéndole un poco a su pesar —. Ahora estamos en paz, ¿de acuerdo?

Debería haber sido una broma, pero Dylan hizo una mueca amarga.

—No compares las situaciones.

—No seas imbécil. No ha pasado nada.

—Pero podría Elizabeth, podría.

Dylan echó la cabeza hacia delante, apoyando la frente contra la de Elizabeth.

—De verdad que lo siento muchísimo.

—Está bien. Tranquilo. —La chica llevó una mano hasta su nuca para acariciarle el pelo.

Dylan cerró los ojos y, entonces, algo extraño pasó. Un recuerdo que ni siquiera sabía que tenía le vino a la mente, de él arrodillado frente a ella,

mientras pedía perdón y ella lo consolaba. Estaban en su habitación en la clínica, cuando se estaba desintoxicando.

—Parece que volvemos a estar en el mismo sitio —le susurró con los ojos cerrados, porque el recuerdo parecía real.

Ella jadeó, sorprendida, los dedos tensándose contra su cuero cabelludo.

—¿Te acuerdas?

—Acabo de acordarme.

Elizabeth suspiró.

—Es como si nunca pudiera parar de disculparme —dijo.

—No tienes por qué seguir, si no quieres.

—Pero siento que debo.

Elizabeth suspiró y después se echó un poco para atrás para mirarlo a la cara. «¿Qué cara debo tener?», pensó.

—No conmigo —le aseguró—. Tú y yo hemos dejado de pedirnos perdón, ¿vale?

Dylan sintió una bola en el esófago que lo estaba estrangulando.

—¿Por qué no nos levantamos y nos vamos de aquí? Esta fiesta es una mierda. —La palabrota hizo reír a Dylan, que se levantó mientras ella le daba la mano y lo empujaba hacia arriba.

La chica se cerró la blusa con manos temblorosas, y él se odió por ese temblor, aunque sabía que no se debía solo a lo que había pasado entre ellos. De repente pensó en qué debía de haber sido para ella verse descubierta de esa manera, por Morgan, delante de todo el mundo.

—Siento que ese capullo haya dicho quién eras delante de todo el mundo.

Elizabeth lo miró sorprendida, frunciendo el ceño, y algo en la mirada se le ablandó.

—¿Qué te acabo de decir hace un minuto? Deja de decirme que lo sientes. —Elizabeth avanzó y le tocó el antebrazo con los dedos, agarrándose a él—. Y sácame de aquí, por favor.

TERCERA PARTE
En memoria de Ryan Reed

Capítulo 18

*I've been running away,
but I'm tired of being on the run.
Save me, Automatic Loveletter*

Elizabeth sabía que no era real, pero a la vez no lo sabía. Era esa clase de incertidumbre que solo es posible en los sueños, y que lo convierte todo en una niebla borrosa que te hace estar ansiosa y segura al mismo tiempo.

Parpadeó varias veces, intentando borrar la imagen que tenía delante, intentado despertarse. Se pellizcó en algún momento, pero no sintió el dolor ni tampoco se despertó.

—¿Vas a seguir mirándome como un pasmarote o vas a venir a sentarte a mi lado?

Ryan estaba sentado en el sofá negro, con los pies descalzos sobre la misma alfombra roja donde ella se lo había encontrado muerto. No llevaba camiseta y tenía la guitarra acústica de Dylan —negra, mate y llena de huellas de dedos— sobre el regazo, una mezcla cruel del presente y el pasado que su cerebro estaba obligándola a vivir.

—No eres real —le murmuró entre dientes mientras una luz artificial llenaba la habitación, a pesar de ser de noche, y su padre acariciaba las cuerdas de la guitarra con los ojos cerrados.

Estaba como siempre, y lo observó mientras sentía que estaba atrapada en el umbral del salón, sin poder entrar, con los pies pegados al suelo y los puños cerrados a los costados. Tenía el pelo revuelto sobre los ojos y las mejillas marcadas. Seguía teniendo la misma boca y los mismos ojos azules que ella conocía tan bien. Si se acercase, seguiría oliendo a lo mismo, pero el pensamiento la hizo temblar.

—¿Quieres que toque tu canción, cielo?

Su canción.

Ni siquiera tenía nombre, porque su nombre era una dichosa canción. Porque la música era lo único que le importaba a Ryan Reed.

Quiso gritárselo, pero, de esa forma que solo pasa en los sueños, se quedó sin voz y su padre empezó a tocar la vieja canción de los Allman Brothers. Los acordes eran lentos y rítmicos, una canción que te invitaba a bailar lento, pero muy diferente de una nana. Era atrayente, estaba llena de vida y pasión. Como ella había estado alguna vez, hacía eones. La guitarra se volvió más y más complicada y Elizabeth solo fue capaz de observar a su padre tocar, con los ojos cerrados y media sonrisa en la boca, sin mirarla, pero sabiendo que estaba ahí escuchando.

«Por favor», pensó, pero no lo pudo decir, porque sus labios no tenían voz. Cerró los ojos, queriendo dejar de mirarlo. Quería despertarse.

* * *

Elizabeth se despertó de un salto, sentándose en la cama y boqueando como un pez que está en la arena del desierto, llenándose las branquias de tierra caliente. Respiró grandes bocanadas de aire, viéndolo todo negro por un segundo, agarrándose a las sábanas tan fuerte que se hizo daño en los dedos. Cuando sus ojos se ajustaron a su alrededor, se dio cuenta de que no estaba en su vieja casa de Nueva York y que su padre no estaba ahí sentado tocando la guitarra. Solo estaba ella, en una habitación blanca y sin personalidad de una *suite* de hotel. «Miami», se recordó, haciendo respiraciones con el diafragma, luchando por tranquilizarse. Estaba en Miami.

Sin darse cuenta, buscó a tientas con la mano al otro lado de su cama, hasta que dio con el hueco vacío que últimamente solía ocupar Dylan. Esa noche, sin embargo, no estaba ahí, y ella se pasó las manos por la cara en un intento vano de despejarse y sacar la pesadilla de su sistema. Se dio cuenta de que tenía las mejillas mojadas, como si hubiera estado llorando mientras dormía, y se sintió aún más perdida.

Todas sus pesadillas se estaban haciendo realidad. Su secreto se había hecho público... Si no del todo, al menos dentro de la banda, porque sabía que no había engañado a los chicos en la fiesta. Sabía que a esas alturas ya la conocían y que la habían leído como un libro abierto. Aún recordaba la mirada de soslayo de Jude mientras Jayden le pasaba chupitos de tequila.

Hablando de eso, la cabeza le martilleaba y la boca le sabía a ratas muertas. Elizabeth estiró el brazo para coger el teléfono y comprobar que eran las seis de la mañana. Debería volver a dormir, pero no quería volver a cerrar

los ojos y encontrarse otra vez con el fantasma de Ryan. No quería estar sola en la cama y no sabía cuándo la presencia de Dylan se había vuelto reconfortante. Tampoco sabía por qué, después de lo que había pasado entre ellos esa noche, su cuerpo no le pedía poner kilómetros de distancia entre los dos, pero la verdad era que lo echaba de menos.

Se levantó de la cama y fue hasta el baño. Bebió un vaso de agua, porque tenía una sed horrible, y se volvió a lavar los dientes. Después se lavó la cara y se echó agua en la nuca, empezando a notar que la sombra de la pesadilla estaba desapareciendo.

Caminó otra vez hasta la habitación, descalza, y miró su cama revuelta, lista para volver a acostarse. Solo que no lo hizo. Se dio la vuelta, dejando el jaleo de sábanas a su espalda, abriendo la puerta y saliendo hasta el salón que todas las habitaciones compartían.

La *suite* estaba en silencio y las puertas de las habitaciones cerradas. Elizabeth caminó con cuidado de no hacer ruido y no tropezarse con nada hasta la habitación de Dylan. Dudó en la puerta, mordiéndose el labio, pero en el último momento abrió sin llamar y después cerró a su espalda.

La habitación del chico estaba sumida en la oscuridad, y Elizabeth no fue capaz de escuchar nada más que su propio corazón latándole en los oídos. Avanzó a tientas hasta la cama.

—¿Elizabeth? —La voz de Dylan fue un susurro ronco.

Elizabeth no contestó, solo rodeó la cama y se tumbó en el lado opuesto al que estaba Dylan. El músico la miró con desconcierto y con el ceño fruncido, pero ella solo se encogió de hombros.

—¿Pasa algo? —preguntó Dylan, su voz algo más aguda que hacía un rato, como si estuviera esperando que Elizabeth le dijera que algo malo había pasado.

—Solo... podemos... —Elizabeth suspiró, porque no quería contarle que había estado teniendo pesadillas, ni tampoco quería que pensara que había cambiado de idea sobre lo que había pasado hacía un rato. Ella solo quería dormir y sentir que no caía en un pozo vacío—. ¿Podemos dormir? No puedo dormir.

Elizabeth no podía ver a Dylan, pero escuchó cómo suspiraba y las sábanas sonaron mientras el chico se movía. Al cabo de un segundo, el calor del chico le llegó desde muy cerca y sintió una mano tentativa sobre la suya.

—¿Puedo tocarte? —preguntó inseguro.

¿Podía tocarla?

Su cuerpo conjuró todos los recuerdos de hacía unas horas, su lengua caliente rozándole el paladar, la boca succionando su pezón, manos fuertes agarrándola y el pelo suave entre los dedos. Sintió que se calentaba de golpe, como un iceberg que se derretía, y se mordió la boca para contener un suspiro.

Debería estar asustada, porque ese Dylan debería de haberle dado miedo, pero, en vez de eso, estaba deseando tener un poco más. Un poco más de esa pasión que lo consumía por dentro y que la derretía por fuera.

—Por favor —pidió, escuchándose desde lejos como si su voz no le perteneciera, porque no recordaba la última vez que había pedido que la tocasen. Ni siquiera recordaba la última vez antes de Dylan que había disfrutado de que la tocasen.

Dylan debía de estar más cerca de lo que ella se pensaba, porque el chico suspiró y el aire caliente le rozó el pelo. Quiso decirle algo, pero no supo qué, así que se calló y aguantó, aunque Dylan no la hizo esperar mucho. La mano del músico ascendió por su brazo, hasta el hombro, las yemas de los dedos ligeras y calientes sobre su piel.

Elizabeth cerró los ojos, tumbada bocarriba como estaba, y dejó que Dylan trazase los contornos de su clavícula hacia un lado y hacia otro.

—Estás suave —murmuró, tan bajito que Elizabeth creyó que se lo había imaginado. La mano de Dylan, en el centro de su clavícula, trazó un camino hacia abajo y Elizabeth contuvo la respiración. Cuando iba a preguntarle qué estaba haciendo, el chico puso la palma abierta sobre su estómago y ejerció una ligera presión.

—Date la vuelta —la instó con la voz y con la mano.

—¿Qué vas...?

—Dormir, Elizabeth. Quiero que puedas dormir —dijo como toda explicación, contestándole a su pregunta de hacía un buen rato.

Y debía ser porque estaba hecha un nudo de emociones, pero se le encogió algo en el estómago y sintió ganas de llorar de repente porque ese extraño, que no le debía nada, se preocupase por ella. Se dio la vuelta sin darse cuenta de que se estaba dejando guiar y, poco después, sintió el cuerpo de Dylan pegado a su espalda. El chico la rodeó con un brazo por la cintura en un abrazo fuerte y seguro.

El olor de Dylan estaba por todas partes y el calor de su cuerpo la tranquilizó. Sentía su respiración calmada contra su espalda; y la mano, abierta, grande y cálida, sobre su estómago, en vez de ponerla nerviosa, la ancló al presente, dejándola no tener miedo a quedarse dormida.

Vaya dos estaban hechos, pensó, sonriendo en la oscuridad, los dos buscando consuelo en el otro para escapar de las pesadillas.

Justo cuando iba a quedarse dormida, y pensando que Dylan se había quedado dormido también, el chico preguntó:

—¿Era verdad?

—¿El qué? —susurró Elizabeth.

—Lo que me has dicho cuando estábamos... en el baño. Sobre los orgasmos.

La palabra la hizo paralizarse entre sus brazos. Dylan debió de sentirla tensarse bajo su toque, porque rio un poco.

—¿Era verdad o solo me lo has dicho para que parase? —Había otra cosa en su voz, no solo sueño. Se estaba acordando de lo que había pasado, y Elizabeth sabía que se estaba pegando latigazos mentales.

Podría mentirle, pero hacerlo sería un golpe bajo. Y ya le había mentido sobre Ryan, así que sintió que estaba en deuda con él. Le debía algo de verdad, aunque fuera esa.

—No... —empezó, se aclaró la voz y continuó diciendo—: No me lo he inventado.

Dylan no dijo nada durante un segundo.

—¿Te pasa siempre o solo con los chicos?

—¿Por qué estamos hablando de esto, Dylan?

El chico suspiró contra ella y Elizabeth sintió cómo la mano que tenía quieta sobre su estómago empezaba a trazar patrones lentos, sin sentido, pero que la hicieron aguantar la respiración. Los dedos la tocaron sobre la camiseta del pijama, pero aun así podía sentir el calor de su mano.

—He estado pensándolo toda la noche. Desde que lo has dicho no ha dejado de darme vueltas en la cabeza.

Elizabeth agradeció que no hubiese luz en la habitación, porque sentía las mejillas ardiendo y esa maldita mano seguía haciéndole círculos perezosos con la yema de los dedos en el estómago.

—He estado pensándolo y sé que me has dicho que no te pida perdón por lo que ha pasado, pero no puedo dejar de pensar en ello... y en *cómo* ha pasado, y quizá pueda compensártelo.

—¿Compensármelo? —Le gustaría decir que su voz fue tranquila, no un jadeo acelerado, pero mentiría.

—Podría intentarlo. Si tú quieres —dijo como toda explicación, pero, oh, sus dedos seguían haciendo magia y ella sabía a qué se estaba refiriendo. Su

cuerpo también lo sabía, porque, de repente, estaba ardiendo por todas partes y sentía la necesidad de separar las piernas y dejar que la tocara.

—¿Intentar el qué? —preguntó aun así, pero Dylan no era la clase de persona que se echaba atrás.

La risa de Dylan a su espalda no le llegó a través de los oídos. Fue una vibración, desde el pecho del chico hasta su espalda, que la atravesó hasta unirse con los dedos del músico, mientras le levantaba la camiseta para tocarle la piel del vientre.

—Tocarte. Demostrarte que estás equivocada.

—No estoy... equivocada —contestó sin pensarlo. «Mierda», pensó después. No quería convertirlo en un reto. Sabía que si lo convertía en un reto, no habría nada que convenciera a Dylan de dejar el tema estar—. Además, sería inapropiado. —Eso sí consiguió añadirlo en tono serio.

—¿Inapropiado, por qué? ¿Quién iba a enterarse?

Dylan le habló junto a la oreja, acariciándola con la nariz. Si antes sentía electricidad hasta en los dedos de los pies, en ese momento suspiró sin poder evitarlo y, para su vergüenza, giró el cuello, dándole más acceso. Los dedos callosos de la guitarra seguían acariciándole el vientre y... ¿cuánto podría aguantar ella hasta quebrarse?

—Yo lo sabría. Eres mi paciente, ¿sabes?

—Técnicamente, ya no —argumentó él, con los dedos peligrosamente cerca de la goma del pantalón, el aliento caliente contra su cuello, y el corazón de Elizabeth en la garganta, latiendo tan rápido que parecía un colibrí.

—Tienes la prensa pegada a ti todo el día.

—Mentirosa.

—Y te estás recuperando de una adicción. No es recomendable establecer ninguna relación mientras...

—¿Te estás justificando en voz alta? —La voz de Dylan fue divertida, casi podía sentir su sonrisa lenta y perezosa contra la piel.

«¡Mierda! Vale, sí. Pillada», pensó ella. Debería estar diciéndole que no, que no rotundamente, porque no le gustaba, porque no quería; porque, después de una vida de odiar a los músicos, estar con un músico era lo último que necesitaba. Solo que no lo era. Solo que su cuerpo había vuelto a la vida desde que lo había conocido y llevaba semanas soñando con estos momentos; solo que no se sentía amenazada por él y lo último que quería era apartarse del calor que emanaba.

Y todas las justificaciones que encontraba eran más débiles que el instinto de dejarse llevar y olvidarse de todo.

Los dedos del músico no ayudaban.

—Dylan —dijo como advertencia, sintiendo que se quedaba sin fuerzas, sin justificaciones y sin verdades.

Para su sorpresa, el chico retrocedió. Le dio una palmadita en el vientre y después volvió a colocarle la camiseta en su sitio.

—Duerme —le dijo, como si se hubiese olvidado por completo de la conversación que habían estado teniendo hacía medio segundo. Elizabeth fue a protestar, pero se dio cuenta de que, si le estás diciendo a alguien que no, luego no puedes quejarte porque te den lo que pides. No tenía ningún sentido.

Algo se le incendió en el pecho y la hizo estar inquieta, decepcionada de que Dylan hubiera aceptado todas sus excusas, porque lo que había querido es que se las rebatiese todas. Cerró los ojos, forzándose a dormir. Dylan no volvió a decir nada más.

* * *

—Pero, entonces, ¿eres su hija?

Ya estaban en el autobús, después de haber desayunado en el hotel y haberse despedido de Samantha, que cogía un vuelo de vuelta a Los Ángeles. El traqueteo familiar de estar en la carretera la mecía mientras estaba sentada en una de las diminutas sillas de la cocina, y los chicos estaban a su alrededor. Jude y Dylan estaban sentados en el sofá, viendo la televisión. Jayden sentado frente a ella, en otra de las minisillas, leyendo un cómic. Nathan estaba de pie contra el mostrador de la cocina, mirándola con los brazos cruzados, sin hacer nada aparentemente. El peso de su mirada era peor que el de todos los demás. «Te lo dije», decía esa mirada. «Lo sabía», le estaba gritando. Había cierta satisfacción en la pequeña sonrisa que atravesaba su cara y Elizabeth quiso borrarla de un puñetazo.

—Chicos —advirtió Dylan.

—No pasa nada —intervino Elizabeth. «No pasa nada. Esta gente que lleva en tu vida unas semanas no son cualquiera», se dijo. En esos pocos días, había llegado a conocerlos. Las bromas incesantes de Jayden, el cariño protector de Jude, el perfeccionismo insano de Nathan. En esos pocos días se había encariñado de ellos, la familia que nunca había tenido. Y, de repente, no

sentía la necesidad de mentirles. De repente, el alivio que había sentido al saber que alguien más lo sabía, cuándo se lo había admitido a Dylan, no era suficiente. Necesitaba decirlo una vez más.

Miró a Jayden frente a ella, que había sido el que había preguntado.

—Sí —reveló—. Soy su hija.

La cara del chico cambió, una mezcla entre sorpresa y admiración. Escuchó el silbido de admiración de Jude tras ella y sintió sin ver la mirada de Dylan. Para su sorpresa, Nathan no dijo nada. Ningún «lo sabía». Ningún «me alegro de que haya salido a la luz». Ni ningún «jódete, zorra», aunque estaba segura de que eso era lo que pensaba.

—No sabía... —comenzó Elizabeth, queriendo matar la tensión del momento—. Creí que nadie me recordaría. Han pasado muchos años y no tengo nada que ver con la música y...

—Oh, pero lo llevas en la sangre —comentó Jude.

Elizabeth se rio un poco.

—Créeme, la música y yo no somos amigas.

—Ya me he dado cuenta —asintió Jayden, que ahora la miraba con media sonrisa, repasándola de arriba abajo como si la estuviera viendo por primera vez—. ¿Entonces tienes todas sus cosas? —La admiración en su voz era como la de un niño que ha descubierto que Papa Noel existe.

Elizabeth se encogió de hombros, incómoda ante el escrutinio de todos.

—¿Supongo? Está todo en su ático. No he vuelto a tocar nada desde que murió.

El silencio que se hizo entre ellos fue incómodo.

—¿Qué pasó?

—¿Cómo murió?

Los mellizos preguntaron a la vez, y a Elizabeth se le hizo un nudo en la garganta. Qué pasó. Qué no pasó.

Nunca había contado esa historia. No a nadie que no fuera Marisa, ni siquiera a ella realmente. Las pesadillas la habían angustiado de pequeña, hasta que al final habían desaparecido. Se había alejado de todo lo que alguna vez fue Ryan para ahuyentar su fantasma, siendo su parecido lo único que no había podido erradicar de su vida. Lo había enterrado bajo metros de tierra y cal para que el cadáver nunca fuera encontrado y la tormenta de su vida se disolviera en una llovizna. Al final, solo había conseguido un huracán.

—Chicos —volvió decir Dylan a modo de advertencia. Pero Elizabeth le asintió con la cabeza para que lo dejara estar y Dylan fingió relajarse en el

sofá, aunque no le quitó la mirada de encima.

Elizabeth quiso levantarse y salir de allí, pero no iba a hacerlo. Sintió que ese momento era igual que cuando había tenido que decidir si venir o no de gira, metiéndose de lleno en todo aquel mundo. Sintió que, si cedía, estaría perdiendo, y no quería perder más. Sonrió un poco a su pesar, porque acababa de lanzarse un farol y Dios se lo había creído. Quizá, después de todo, Marisa tenía razón y este viaje le iba a venir bien. Quizá ellos le estaban haciendo más terapia a Elizabeth que al contrario.

—Técnicamente, sobredosis. Pero eso ya lo sabéis..., quiero decir, salió en todas las noticias. Aunque supongo que lo mató la tristeza, a pesar de que quede mal decirlo. Siempre fue un hombre extremadamente solitario... y triste. —Su voz fue un murmullo y no miró a nadie en particular mientras lo decía.

Dylan se levantó del sofá y se colocó tras ella, apoyado en el otro extremo del mostrador, dándole respaldo. No la tocó, pero su presencia la reconfortó igualmente.

—¿Es cierto lo que se dijo? —preguntó Jude.

—¿El qué?

—Que fuiste tú quién lo encontró.

El aire la abandonó de golpe. No fue la pregunta, sino los recuerdos. Su mente se quebró como una tela desgastada que se deshila, y la imagen de su padre muerto sobre la alfombra del salón y el olor a vómito por todas partes la inundó. Quería tener la voluntad de hablar de todo, de traerlo de nuevo a su vida y superarlo, pero no podía. Era demasiado difícil. No sabía cómo.

—Parad ya, la estáis agobiando.

Para su sorpresa, fue Nathan quien intervino.

El bajista la miró con algo en los ojos que ella no le había visto hasta ese momento... ¿Comasión, tal vez?

Elizabeth se lo quedó mirando sin saber qué decir mientras escuchaba como Jude y Jayden se disculpaban por haber ido demasiado lejos. Ella se escuchó a sí misma decirles que no pasaba nada mientras seguía mirando a Nathan y este asentía con la cabeza.

La mano de Dylan sobre su hombro la sacó de sus pensamientos. Elizabeth se obligó a sonreír y a tragarse el nudo que se le había formado en la garganta.

* * *

Esa noche, cuando pararon el autobús en un área de servicio para que todos, incluido Seb, descansaran, Elizabeth sintió que necesitaba salir. Quizá era porque había estado varios días fuera del cacharro metálico que los llevaba de un sitio a otro y ahora se sentía atrapada. Tal vez era porque sentía que todos la miraban como si fuera a romperse en cualquier momento y odiaba esa sensación. Odiaba sentirse débil porque los demás *sabían*.

Dejó a Dylan dormido en el borde de la cama, que, al parecer, ahora era más que normal que compartiesen. El chico estaba profundamente dormido, tumbado bocabajo y abrazado a la almohada, dándole la espalda a ella cuando había salido de la habitación.

Elizabeth se puso las zapatillas y se echó una sudadera por encima que podría ser de cualquiera de los chicos, porque estaba encima de la silla de la esquina, que tenía una torre de ropa apilada sobre ella. Cuando salió, el aire fresco la golpeó en la cara y Elizabeth agradeció la diferencia del clima. Estaban ya en Carolina del Sur, habiendo dejado atrás la calurosa y soleada Florida, y se notaba que estaban cada vez más al norte.

Nueva York estaba cerca en la lista de conciertos, pensó distraídamente, mientras caminaba en la más absoluta oscuridad por el área de servicio. No quedaban demasiados conciertos hasta las fechas que había programadas para Nueva York, y sintió que le sudaban las palmas de las manos solo de pensarlo. No había vuelto a pisar la ciudad desde que Marisa había conseguido sacarla del estado cuando había sido adoptada legalmente. La idea de volver a ella, años después, le resultaba aterradora.

Para su sorpresa, había una pequeña zona de picnic, que Elizabeth supuso que se usaría para comer durante el día, y caminó hasta allí con la intención de sentarse en uno de los bancos de madera y despejarse, pero cuando se acercó se dio cuenta de que ya había alguien allí.

Al principio no supo distinguir nada de la figura excepto que era masculina, pero después la llama del cigarro que estaba fumando iluminó los ojos del chico y Elizabeth supo quién era. Se acercó de todas formas.

Se sentó al lado de Nathan sin decirle nada y el chico solo la miró de reojo, pero siguió fumando sin alejarse —eso ya era una victoria—. Estuvieron en silencio durante un rato, el único sonido entre ellos era el papel del cigarro mientras se quemaba, y la exhalación de Nathan mientras el humo salía de sus labios. Elizabeth agradeció la paz. Con los demás siempre era todo tan ruidoso; pero no con Nathan. Era una paz diferente de la que sentía con Dylan. No se sentía en casa, ni protegida, pero sí que sentía una calma

extraña. Como si ahí, mirando las estrellas en mitad de la nada, con alguien que la odiaba sentado a su lado, pudiera ser ella sin temer que la juzgaran. Porque Nathan Blair no esperaba nada de ella.

—Gracias por rescatarme antes —dijo al final, porque llevaba todo el día queriendo decirlo.

El chico se encogió de hombros a su lado, quitándole importancia, pero no dijo nada más, y Elizabeth se sintió como una estúpida por haber pensado que ese momento podía significar una tregua entre ellos. Dejó de mirarlo para mirar al frente, a la nada; a las carreteras durmientes y al cielo vivo.

—Mi padre también está muerto —confesó Nathan al cabo de un segundo, siguiendo la mirada de la chica hacia el infinito—, aunque supongo que tuve más suerte que tú, porque yo no lo llegué a conocer.

La calada de un cigarro fue la pausa en su discurso. Elizabeth deseó fumar también, por tener algo que hacer mientras esperaba que Nathan siguiera hablando.

—Mi madre se mudó a Los Ángeles por él y se quedó cuando murió. Supongo que no tenía nada ya en Inglaterra de todas formas.

—¿Cómo murió? —preguntó sin poder evitarlo—. Perdón. No tienes que contármelo si no quieres. Es defecto profesional.

Nathan rio un poco.

—No es ningún secreto, doctora. El cabrón saltó desde el puente de la calle 6.

Los ojos de Elizabeth se abrieron mucho ante la sorpresa, porque era uno de los puentes más conocidos de Los Ángeles. Si eso era así, debía haber salido en todas las noticias.

—Al parecer, los coches esparcieron sus restos metros más allá del accidente. O eso dijeron los periódicos. Mi madre aún tiene algunos guardados.

—Jesús.

Nathan rio, amargo y corto.

—Jesús no tiene nada que ver con nada.

Quiso contestarle que solo era una manera de hablar, porque a veces la sacaba de quicio, pero sintió que rompería el hechizo que había conseguido crear entre ellos, así que no dijo nada.

—Gracias, igualmente —dijo al final—. Podías haberte alegrado, ¿sabes? Me amenazaste con sacarlo a la luz tú mismo. Lo último que me esperaba era...

—Decir algo y hacerlo son dos cosas muy distintas, doctora. —Elizabeth solo lo miró, había algo en los ojos de Nathan, una resignación innata—. Pero creías que lo iba a hacer.

—Parecías bastante convencido a arruinarme a toda costa —argumentó ella—, y después a Dylan.

—Eso fue diferente —se defendió el chico, apagando la colilla contra la madera desgastada de la mesa y lanzándola después hacia la nada.

—Lo sé —murmuró ella.

Lo sabía. Lo primero había sido por defenderse a sí mismo, no a Dylan. Defender algo que siempre había sido suyo. Una amenaza de alguien que está asustado, y enfadado, todo a la vez. Pero lo de Dylan..., eso que Nathan había hecho, aunque retorcido y equivocado, había tenido sentido. Es lo que hace alguien que ha puesto su confianza en una persona demasiadas veces y siempre ha salido perdiendo. Era la desesperación, y la esperanza, y la ira, todo mezclado. Era el amor.

—¿Todavía lo quieres? —Se atrevió a preguntar, porque la noche era tan oscura que casi no le veía la cara. Porque ese Nathan parecía más calmado, aunque tal vez solo fuera una fachada.

Por un segundo temió que Nathan la mirara como si se hubiera vuelto loca, se ofendiese y saliese de allí corriendo. O que la insultara y después se fuera, después de todo, no sería la primera vez.

Pero el chico solo se echó a reír.

Por primera vez desde que lo conocía se rio con ganas, doblándose hacia delante, y Elizabeth se preguntó si se estaba riendo de sí mismo. Era esa clase de sonido.

—Joder —murmuró entre risas—. ¿Cuánto tiempo has tardado en hacer las cuentas?

—No mucho —confesó ella, mirándolo con una media sonrisa tímida en la cara.

Nathan se rio un poco más y después se pasó las manos por la cara y por el pelo, peinándose la melena detrás de las orejas.

—Creo que no... No de esa forma, al menos —contestó al final. Después cerró la boca y la miró con una ceja alzada, como si no se creyera que le acabase de contestar—. ¿Por qué mierda te estoy contando esto?

—Eso se preguntan la mitad de mis pacientes. —Elizabeth le sonrió un poco, abrazándose más dentro de la sudadera oscura. Se rodeó las piernas con

los brazos y apoyó la barbilla en las rodillas—. No te preocupes. Estoy acostumbrada a guardar secretos.

Nathan la miró de reojo y después apoyó los codos en las rodillas, mirando hacia delante.

—¿Y tú?

—¿Yo qué?

—¿Lo quieres?

Elizabeth miró a Nathan, pero el chico no la estaba observando. Había preguntado mirando al frente, sin esperar siquiera que contestase. Quizá fue eso lo que le dio valor para hablar.

—No lo sé —confesó.

—Más vale que lo descubras pronto. —Fue lo único que Nathan le dijo antes de levantarse y dejarla mirando a la carretera vacía que había frente a ella, sintiendo el peso de las estrellas sobre sus hombros.

¿Qué acababa de pasar?

* * *

El concierto había sido genial. Charlotte era una de esas ciudades que Dylan adoraba, donde las fans eran ruidosas, el ambiente era divertido y los conciertos siempre salían bien. Cuando soltó la guitarra para dársela a uno de los técnicos de sonido, lo hizo con una sonrisa en la cara, con el sudor haciendo que el pelo se le pegase a la frente, las gafas le resbalasen por el puente de la nariz, y con la espalda dolorida por haber estado tocando sin camiseta... Sabía que llevaba marcas de la cinta de la guitarra, pero no le importaba.

Nathan pasó junto a él y Dylan le sonrió un poco, porque, joder, estaba de buen humor. El bajista le correspondió con un gesto de cabeza y Dylan se lo tomó como un progreso. No estaba resentido con él por lo que había pasado entre ellos en el *backstage* la semana pasada. Sabía por qué Nathan hacía lo que hacía..., sabía cuáles eran las motivaciones de ese chico mejor que las suyas propias.

Jayden le dio un empujón juguetón mientras iban hasta el final del escenario, y él se lo devolvió; las fans seguían gritando y pidiendo un bis a pesar de que Dylan se había despedido y de que era tarde. Ellos cerraban los conciertos, y cuando acababan era ya de madrugada casi.

Sintió una punzada de preocupación al mirar a su alrededor y no ver a Elizabeth allí. Se había acostumbrado tanto a su presencia en el lateral del escenario que, cada vez que miraba, o paraba para tomar agua, la veía observándolo todo. A veces lo estaba mirando a él, con esa mirada fija y perdida que podía significar mil cosas. Otras, solo estaba mirando el escenario, la gente, el ambiente.

Al principio, había pensado que tenía que ser curiosidad.

Ahora, después de enterarse que era Elizabeth Reed, y que se había pasado todos sus años de infancia en escenarios y de gira en gira —porque la princesa del *rock* era famosa por ser la niña más mimada del mundillo—, Dylan sabía que no era curiosidad. Debía de ser nostalgia, quizá hasta desprecio.

Entendió algunas de las charlas y reacciones que Elizabeth había tenido desde que lo conoció. Asumiendo que por ser quien era actuaría de cierta forma, teniendo tantos prejuicios frente a los músicos.

—¿Y Elizabeth? —le preguntó a Mark cuando pasó por su lado.

El mánager levantó la vista del teléfono móvil y le sonrió un poco. No fue de esas sonrisas grandes que siempre soltaba, no. Fue una sonrisa de *comepollas*. De «sé lo que estás tramando». A Dylan le dio completamente igual.

—Está detrás, con Ginebra.

—Ah. Vale.

Sonrió al imaginarse a esas dos juntas, hablando de vete tú a saber qué.

Dylan caminó entre sus amigos y compañeros de gira hasta el *backstage*, donde había gente de todas las bandas, mezclados, hablando y comiendo, bebiendo y riendo. Cuando entró, Jayden le rodeó con un brazo, Jude con otro.

—Tú, yo, el cabeza dura de mi hermano. Partido mañana, contra los otros imbéciles —le propuso Jayden.

—¿Partido de qué?

—De *lacrosse*, no te jode. Fútbol, ¿qué va a ser?

—Soy un desastre jugando al fútbol. —Dylan frunció el ceño y miró a Jude. ¿Para qué mierda lo iban a querer a él para un partido? Seguro que perderían. Además, por las mañanas hacía un calor del demonio, él prefería esconderse con el aire acondicionado del bus, muchas gracias.

—Pero eso ellos... —Jude señaló con la cabeza a Zack, a Quinn y a Nathan, que estaban bebiendo cerveza y riéndose— no lo saben.

—Lo saben, J, lo saben. Nathan ha jugado con nosotros muchas veces, por si no lo recuerdas.

—Chsss, pero Nate es un infiltrado. Está de nuestra parte.

Dylan miró a Jayden, que sonreía inocentemente, y después miró a Jude, que ni siquiera tenía una expresión que dijera nada en ese momento. Nathan estaba charlando alegremente con los otros dos, no parecía de parte de nadie.

—¿Qué habéis apostado? —preguntó alzando una ceja.

—No sé de qué estás hablando —dijo Jayden ofendido.

—La última vez que quisiste que jugara un partido habías roto el sillón favorito de tu padre y habías apostado que quien perdiera se lo decía. Me tocó perder.

—Eres un rencoroso.

—Y tú un tramposo.

—Chicos, chicos —intervino Jude—, lo pasado pasado está. Pero puede, solo puede, que se hayan apostado la próxima noche de hotel.

—Cuando dices *hayan*, quieres decir *habéis*, ¿verdad?

—Ajá.

Dylan miró a Jude con cara asesina.

—Os voy a matar.

—Pero, Dy, míralos. —Jude señaló a Quinn y a Zack—. Estaban diciendo que Mark les consigue mejores habitaciones a ellos que a nosotros.

—¿Y Nathan?

—Nathan no dijo nada, así que esos mamones han asumido que estaba de su parte. Pero es mentira, yo sé que es mentira.

—Estáis como cabras.

Jayden le hizo un mohín y así, con el pelo sudado hecho un desastre, la camiseta pegada al cuerpo y las mejillas sonrosadas, parecía un niño de diez años que no había cometido un pecado en su vida. Si solo fuese verdad...

—Nathan quiere perder su habitación de hotel tanto como nosotros. Está ahí para ayudarnos.

—O para reírse de vosotros por hacer apuestas estúpidas.

Los Vikingos lo consideraron un segundo, después sacudieron la cabeza y dijeron al unísono: «No», confiados en que Nathan Blair no jugaría contra ellos.

En ese momento, mientras Jayden argumentaba por qué Dylan tenía que jugar y qué beneficios tenía el deporte de contacto, Dylan vio a Elizabeth sentada en el sillón de la esquina con un botellín de agua entre las manos,

hablando con Ginebra. La chica estaba sonriendo y asintiendo con la cabeza, como si la historia que la bajista de Velvet Letters le estaba contando le resultara interesante. Llevaba puesto ese vestido azul clarito que Amelia había elegido, y Dylan podía ver desde donde estaba que el pase del *backstage* se le enganchaba en el escote, y que la tela se le había subido por las piernas hasta enseñar uno de los muslos. Puede que gruñera y eso atrajese la atención de los mellizos.

—Oh, no —intervino Jayden—. No, no, no, no. Deja de pensar con la polla y piensa con la cabeza, Dy. Te necesitamos.

Dylan se rio.

—Porque hacer apuestas es pensar con la cabeza, ¿verdad? —le contestó con sorna—. Además, creo recordar que fuiste tú el que me dijo que me acostase con ella.

—No uses mis argumentos contra mí. Ayudar a tus hermanos es más importante.

Jude se rio por lo bajo, Dylan sacudió la cabeza.

—Hasta luego. —Fue todo lo que dijo Dylan, soltándose del abrazo de los hermanos y caminando hacia Elizabeth, con la mirada fija en la chica y en su pelo rubio, recogido en lo alto de su cabeza como la corona de una reina.

—¿Pero nos vas a ayudar o no? —Escuchó a Jayden preguntar a su espalda.

Dylan puso los ojos en blanco, pero no miró atrás

—Ya veremos —murmuró, y escuchó sin ver como los hermanos chocaban las manos en el aire y daban por supuesto que eso era un sí. Dylan se rio a su pesar.

Avanzó entre la gente, saludando con la barbilla o chocando las manos con algunos de ellos. Técnicos de sonido, miembros de otras bandas, amigos de amigos, caras conocidas que le habían acompañado durante los últimos años, pero a los que él no había prestado atención. En ese momento, sin embargo, los miraba... y los veía. Dylan no pudo evitar la sonrisa que se le escapó al darse cuenta de que, por primera vez en mucho tiempo, estaba a gusto donde estaba, haciendo lo que estaba haciendo. Por primera vez en un montón de tiempo, se quitó las gafas que llevaba puestas y las metió en el bolsillo de atrás del pantalón.

Las chicas lo sintieron llegar antes de que llegara, y Dylan no pudo evitar que se le subiera el ego hasta las orejas al observar la sonrisa grande de Elizabeth al verlo aproximarse.

—¡Eh! Estrella de *rock*. Ya pensaba que te habías perdido.

Elizabeth estiró la mano para tocarlo y Dylan se dio cuenta de que Ginebra lo vio y Elizabeth también lo notó, así que volvió a poner la mano contra la botella de agua. Dylan quiso molestarse, pero la verdad era que ella tenía que proteger su profesión y su papel allí. Si alguno de aquellos capullos se iba de la lengua sin querer —no sus colegas de banda, sino los extraños—, o si alguien les hacía una foto y se colaba en internet, estarían jodidos.

«Ni que fuera tu novia», le restregó su conciencia.

Le sacó el dedo corazón mentalmente y se apoyó contra el sillón negro donde Elizabeth estaba sentada, mirando a Ginebra, que estaba en la esquina del otro sofá grande.

—Me han secuestrado dos rubias peligrosas —comentó él de forma distraída, aunque estaba atento a cada movimiento de la chica.

—Ya nos hemos dado cuenta —dijo Ginebra, mirando a los mellizos y luego a Dylan—. Parecía una conversación interesante.

—No quieras saberlo, créeme. Un día nos detienen a todos, y no os extrañe que la culpa sea de esos dos.

Ginebra sacudió la cabeza, intentando parecer seria, como siempre hacía cuando Dylan hablaba de los mellizos, pero una sonrisa estaba amenazando con escaparse de la comisura de los labios. Dylan la miró con curiosidad, porque nunca le había preguntado qué había pasado en la gira anterior para que la relación entre esos tres se fuera al traste como se fue. Ginebra y los mellizos habían sido inseparables desde el momento en el que se conocieron. Ella siendo sarcástica y ellos adorándola como cachorritos que han encontrado a su madre.

Hizo nota mental de preguntarle en algún otro momento.

—Oye, tengo que hablar contigo —le dijo a Elizabeth y, mirando a Ginebra, le preguntó—: ¿te importa si te la robo un rato?

—Toda tuya. —La chica arqueó las cejas de forma juguetona y se fue.

—¿Qué pasa? —preguntó Elizabeth, levantándose del asiento. El vestido cayó alrededor de sus muslos hasta las rodillas y el pase del *backstage* se escapó de su escote hasta la cintura. Dylan lo siguió con los ojos como un completo imbécil.

—No aquí —murmuró entre dientes—. Ven. —Le hizo un gesto con la cabeza a Elizabeth para que lo siguiera.

Esa mañana, cuando Mark había llegado después del ensayo, Dylan había hablado con él. No era que estuviese demasiado preocupado por el periodista

que se habían encontrado en la *suite* del hotel de Miami, pero todas las precauciones eran pocas. Como *mánager*, Mark tenía contactos y oídos en las paredes. Así que Dylan le había contado quién era Elizabeth y qué había pasado.

Ahora tenía que decirle a Elizabeth que Mark también lo sabía y no perder un brazo en el intento. Mientras caminaba y salía de la sala del *backstage*, miró por encima del hombro y vio que la chica lo seguía, jugueteando con el tapón de la botella, andando tras él.

Su intención era sacarla de la sala y hablar con ella allí mismo, pero cuando empezó a caminar se encontró con que no tenía ganas de quedarse allí. Estaba cansado, y aún no se había duchado después del concierto. Los músculos le dolían de esa forma que te molestan cuando has hecho bien tu trabajo.

—¿Te importa si vamos al bus?

—Estás empezando a preocuparme.

—No es nada serio —le aseguró—, es que quiero ducharme y quitarme esta ropa sudada.

—Será la poca que llevas —murmuró ella con sorna.

Dylan se rio.

—¿Te molesto a la vista?

—No, pero lidiar con fans histéricas y hormonadas es lo último que necesito esta noche —argumentó ella.

—Tranquila, Doc. Hay seguridad por todos lados. —Dylan señaló con la cabeza a los laterales del recinto, donde, efectivamente, la seguridad estaba haciendo su trabajo.

Llegaron a la zona de buses sin incidentes, y Dylan pudo sentir como la chica se estaba impacientando, así que le dio conversación.

—¿No has visto el concierto de hoy?

—Solo un trozo. No te ofendas, pero son todos iguales.

—Ya, visto uno... —comentó él mientras abría la puerta del bus y entraba a grandes zancadas. Elizabeth entró tras él y cerró después. El autobús estaba en silencio, excepto por los ligeros ronquidos de Seb en el sofá.

Dylan señaló a Elizabeth para que lo siguiera hasta la habitación, sin hacer ruido, y la chica fue tras él.

—¿Qué tal con Ginebra? —murmuró al entrar en la habitación y cerrar la puerta corredera. Elizabeth caminó hasta la cama, mirándolo con las cejas alzadas.

—Bien. —Fue escueta.

—¿Y con Mark? —preguntó de forma casual.

—No he hablado con él desde que llegó, la verdad.

Dylan le dio la espalda y empezó a rebuscar en el desastre de armario que los chicos tenían. Al final, encontró sus viejos pantalones de deporte, que estaban tan desgastados que eran frescos incluso en verano, y una camiseta limpia. Se dio por satisfecho.

—Dylan.

—¿Sí?

—¿Estás intentado distraerme? —Elizabeth lo miró, entre seria y divertida, como si los intentos de Dylan para relajar el ambiente le resultaran graciosos.

—No sé de dónde sacas eso.

—Me dices que tienes que hablar conmigo y ahora me hablas de cualquier tema menos de lo que me quieres hablar. Yo a eso lo llamo distraer.

—Solo estoy interesándome por ti —argumento él haciendo una mueca divertida—. Perdóname por querer ser un buen amigo. —«Amigo que quiere quitarte la ropa y lamerte la piel, pero amigo al fin y al cabo», pensó, pero no lo dijo—. Voy a ducharme y te lo cuento.

—Pero... —le interrumpió ella, dando un paso hasta el chico. Dylan retrocedió, porque si Elizabeth entraba en su zona de confort, acabaría por tocarla. Si la tocaba y se acordaba de los besos de la otra noche y de la forma en la que sus manos habían abarcado su cintura, como si fuera diminuta, estaría perdido. A su polla no le importaba perderse un rato.

—Vuelvo en medio minuto. Te lo prometo.

Ella suspiró y se dejó caer en el colchón.

Dylan ya salía de la habitación cuando la escuchó murmurar.

—Menudo mentiroso. Si es una nena para ducharse.

* * *

Vaaale, puede que tardase un poco más de la cuenta en el baño, pero es que a Dylan Reeves le gustaba la sensación del agua cayéndole sobre los músculos. Esa vez ni siquiera se molestó en poner agua caliente. Hacía calor, se sentía ardiendo y el agua fría lo despejó.

Quería hablar con Elizabeth sobre el tema de Mark y no quería estar pensando en otras cosas. Otras cosas como el olor de la chica, o el sabor de sus pezones contra la base de su lengua. Otras cosas como la manera en la que había jadeado contra él, ni la humedad de... Otras cosas.

«Muy bien, Dylan, estás haciendo un trabajo cojonudo no pensando en ella de manera sexual», pensó dándose ánimos. Se miró a sí mismo, su entrepierna obvia tras el pantalón de chándal suelto.

—Contrólate —murmuró, sin saber a quién se lo dijo, si a sí mismo o a la hija de puta que le palpitaba entre las piernas.

Se pasó las manos por el cabello mojado, echándoselo hacia atrás, y se miró en el espejo húmedo del baño diminuto del autobús. Había ganado un poco de peso en esas dos semanas, a pesar de estar alimentándose de comida de gira —básicamente, *pizzas*, comida congelada y hamburguesas grasientas— y tenía color en las mejillas. Ya no parecía un zombi andante.

Casi tuvo ganas de chocarse las manos con su propio reflejo.

Salió del baño y entró de nuevo en la habitación para encontrarse con que Elizabeth se había cambiado también con algo más cómodo. La chica llevaba puesto su pantalón de pijama y una camiseta arriba... que parecía *merchan* de la banda.

Dylan frunció el ceño.

—¿Esa es una de las nuestras?

Elizabeth levantó la vista del libro que había estado leyendo, recostada contra el cabezal de la cama, y se miró a sí misma. Después se encogió de hombros.

—Amelia me la dio.

La camiseta era de la última gira, con la calavera silenciada por la magnolia azul y las flechas rojas cruzadas atravesando el cráneo. Era una de las de tirantes y le sentaba bien. Definitivamente, le sentaba bien. Si creía que tenía una oportunidad de mantener su libido a raya, después de verla con la camiseta de su banda supo que esa posibilidad iba montada en un cohete... hacia la Luna.

—Me gusta —le dijo con una media sonrisa mientras dejaba la ropa sucia en un rincón en el suelo y caminaba después hasta la cama, para tumbarse en lo que ya se había convertido en su lado.

—Debe de gustarte. Las has diseñado tú.

—¿Te estás riendo de mí?

Elizabeth tuvo la decencia de reírse, con la cara metida en el libro y sin mirarlo.

—Puede que un poco.

Dylan se recostó en la cama, pasando los brazos por detrás de la cabeza.

—Además, no sé de dónde sacas que las he diseñado yo. Las hace Amelia.

—Pero tú ayudas.

Dylan la miró desde abajo, y Elizabeth dejó de leer para devolverle la mirada. Una mirada de «sé lo que estás haciendo. Sé a qué te dedicas. Sé que esa magnolia es obra tuya, majo». Bueno, quizá no estaba diciendo tanto, pero esa era la idea.

—Maldita Amelia —murmuró Dylan—. No debería dejar que fuerais amigas entre vosotras. A estas alturas seguro que te sabes todos mis trapos sucios.

—Ajá —asintió Elizabeth—, algunos me sé, sí.

—Eso me deja en desventaja —argumentó él.

—Yo no tengo trapos sucios.

—Todo el mundo tiene trapos sucios —insistió Dylan.

Elizabeth cruzó y descruzó las piernas, nerviosa, y dejó el libro a un lado, en la mesilla que estaba repleta de cosas: libros, botellines de agua, la lámpara, los móviles... De repente, a pesar de los intentos de Dylan por relajarla, parecía nerviosa.

—Ya sabes cuáles son mis trapos sucios —murmuró ella.

Mierda, su padre.

—Mierda —murmuró Dylan, y, como no sabía cómo ayudar, dijo—: tu padre no es un trapo sucio.

—¿No? —preguntó la chica, pero no sonaba herida ni ofendida. Sonaba curiosa, como si el punto de vista que Dylan fuera a ofrecerle no se le hubiera ocurrido nunca.

—Mi padre es un trapo sucio, cariño. Tu padre solo es... tu padre.

Elizabeth se rio, soltando el aire en una carcajada, y después se quedó en silencio. Pasaron unos segundos, así que Dylan pensó que no iba a seguir hablando del tema, pero después lo sorprendió.

—La verdad es que he estado tanto tiempo intentando pensar en él como si fuera algo que me manchaba, como una marca, que no recuerdo cuando empecé a verlo así ni cómo dejar de hacerlo.

Ese fue el momento de Dylan de quedarse en silencio.

Y entonces se acordó de algo.

—Sabes que tu nombre es una canción, ¿verdad?

Elizabeth suspiró.

—Lo sé —dijo, y, después, más bajito, murmuró—: ni siquiera mi nombre es mío.

—¿Qué?

—He dicho —repitió, más alto esa vez, echándose hacia abajo en la cama y tumbándose al lado de Dylan— que ni siquiera mi nombre es mío. Es una canción.

—Pero eso es bonito.

—Es triste, Dylan. No había nada más importante para él que la música. Ni siquiera yo.

Lo dijo completamente convencida, como si no se le hubiera ocurrido jamás que podía haber otro punto de vista. Para ser psicóloga, a veces veía el mundo de forma demasiado plana. O quizá era que cuando se trataba de tus propios problemas era más difícil escoger el filtro con el que mirabas.

Dylan resopló.

—Te puso el nombre de lo que más adoraba en la vida, que era la música. Créeme, sé de lo que hablo. Cuando estás en este negocio, estás por dos razones: o por dinero o por pasión por lo que haces. Y tu padre no me parecía un tipo avaricioso.

—Tú no pareces estar en este negocio por pasión.

—Tampoco lo estoy por dinero —rebatió—, y no me distraigas, no estamos hablando de mí.

Ella sonrió un poco.

—Creo que te entiendo. Sé que estabais muy unidos porque, bueno, no te ofendas, pero tu vida fue bastante pública hasta su muerte. Así que es de conocimiento público que tu padre te llevaba siempre con él y que te criaste en los escenarios. Puedes decir lo que quieras, pero no me creo que no te quisiera.

—Yo no he dicho...

—Pero parece que te has convencido de eso —la interrumpió Dylan—. Y, sinceramente, yo me he criado con padres ricos que me llenaban los bolsillos de dinero y se iban de viaje durante semanas. He criado a mi hermana prácticamente solo y, bueno..., los Lowell nos han criado en realidad. —Dylan se pasó la mano por la cara, después siguió hablando—. Lo

que quiero decir es que no eras una carga para él. Te quería y te llevaba con él siempre y te incluyó en su vida. Eso tiene que significar algo.

Elizabeth suspiró, cerrando los ojos, y Dylan se dio cuenta de que había apretado las manos en dos puños a los lados de su cuerpo. El chico había pretendido distraerla antes de soltarle el bombazo de Mark, no ponerla nerviosa, pero al parecer tenía un don para ello.

—Pero prefirió morir —dijo Elizabeth en un susurro.

Ah, era eso. El padre perfecto la había abandonado de golpe y a Elizabeth Reed le habían arrancado su realidad en un parpadeo. Dylan ni siquiera podía llegar a imaginarse el infierno que tenía que haber sido su vida después.

No era porque Ryan no la quisiera, era porque ella sentía que no había sido suficiente para que se quedara.

—Es difícil —dijo Dylan—. Tener una adicción y saber pararle los pies. Joder, yo mismo podría haber muerto tres veces este año..., y si hubiera tenido hijos, se habrían quedado sin padre simplemente porque no sabes pensar en algo más allá de la neblina que tienes en el cerebro.

—Lo sé. —Elizabeth se tapó las manos con la cara y Dylan pensó que iba llorar, pero la chica solo suspiró y después lo miró de reojo, rodeándose con sus brazos—. Es difícil mirarlo con perspectiva cuando es tu propio padre.

—Es un asco —asintió Dylan—, pero de verdad pienso que no deberías estar enfadada con él.

—Haré las paces con eso. En algún momento.

—Tómame tu tiempo. Yo todavía odio al mío.

El silencio que se hizo entre ellos entonces fue cómodo, como si no hubieran estado hablando de infancias rotas hacía medio segundo.

—¿Qué querías decirme antes, por cierto?

—¡Ah! —Dylan se hizo el disimulado, como si no hubiera estado retrasando el momento—. No es nada importante, en realidad.

Elizabeth alzó una ceja, pero no lo miró. Dylan se mordió el labio, nervioso.

—Parecías preocupada sobre el periodista que te reconoció el otro día..., así que he hablado con Mark.

—¿Has hablado con Mark?

—El conoce a todo el mundo y sabe en qué está trabajando la mayoría de la gente. Si se está cociendo algo sobre la hija de Ryan Reed, se enterará.

—Le has dicho quién soy —anunció ella, como si acabara de darse cuenta de lo que Dylan le estaba diciendo.

—Era..., solo quería adelantarme a la situación. Saber si alguien va a publicar algo, para que estemos preparados. Sé que es un asunto privado, pero de verdad que no hay nadie mejor que Mark para guardar un secreto y... — Dylan empezó a hablar a toda velocidad, apurado.

Y entonces escuchó a Elizabeth reírse a su lado. El chico se levantó, apoyado en sus antebrazos en la cama, y la miró como si estuviera loca. Ella le devolvió la mirada y después volvió a reírse.

—¿Qué tiene de gracioso?

—Nada —contestó ella entre unas risas que no podía contener, antes de añadir—: en serio, no tiene nada de gracioso.

—Y por eso te ríes.

—Exacto.

Cuando a Elizabeth se le pasó un poco, tenía las mejillas coloradas y las pecas resaltaban en su cara como constelaciones en la noche. Dylan quería besárselas y después quería besarla hacia abajo, hasta dar con la fuente de sus miedos. A esos quería besarlos también.

—¿Estás enfadada conmigo? —preguntó, porque seguía sintiendo que había contado un secreto que no era suyo.

—¿Sinceramente? No. —Elizabeth se giró en la cama para mirarlo de lado, y Dylan sintió su calor cerca, llamándolo como un canto de sirena. De haber sido marinero, ya estaría contra las rocas, suplicando por su vida—. Siento que debería estarlo, pero no lo estoy. Creo que ha sido una idea inteligente y que Mark puede ser beneficioso en este asunto. Así que gracias, supongo.

—Guau —murmuró Dylan—. Pensaba que me ibas a morder y has acabado dándome las gracias.

—Eso es porque hoy no hay luna llena, Reeves. No te confíes.

Dylan volvió a recostarse, riéndose, sintiéndose mucho más relajado por haberle dicho la verdad. Se quedaron en silencio durante un rato y, cuando fue a decirle algo a la chica, girando la cabeza para mirarla, se dio cuenta de que se había quedado dormida a su lado, con una mano bajo la mejilla y la otra entre los muslos.

Dylan la miró y suspiró, negando con la cabeza.

Al final acabó por quedarse dormido también, casi sin darse cuenta de que su cuerpo buscó el calor de la chica; y acabaron con las cabezas juntas y

los cuerpos separados en la cama, dormidos como dos niños en un cuento.

Capítulo 19

You shouldn't think what you are feeling.
Lightness, Death Cab for Cutie

El grito lo despertó.

No fue un grito real, nada que estuviera pasando en ese momento, pero al cuerpo de Dylan no le importó. Se sentó de golpe en la cama, respirando bocanadas de aire como si hubiera estado demasiados minutos bajo la superficie del agua, ahogándose, y su corazón hizo un esfuerzo por atravesarle el pecho.

La voz de su hermana aún le martilleaba los tímpanos mientras él buscaba algo a lo que agarrarse. No había más que oscuridad a su alrededor, y no sabía si estaba despierto. Se pasó las manos por el pecho y luego por la cara en un intento de anclarse a la realidad, de hacerse saber a sí mismo que la pesadilla no había sido más que eso, y que ya había vuelto al presente. No funcionó. No podía respirar.

Hacía tantos días que no se había enfrentado a una sola pesadilla que, ahora que habían vuelto, lo habían hecho con más fuerza. Como un virus que desaparece, pero vuelve con una cepa mejorada. Una para la que no hay antídoto aún.

—Mierda —gruñó mientras agarraba la sábana en dos puños y luchaba por respirar bien. Pero sabía que no lo estaba consiguiendo, sabía que iba a tener un ataque de pánico.

Sentía la boca seca y las manos le sudaban. Había algo en el fondo de su conciencia que le estaba reclamando atención, ese recuerdo que le decía cuál era el protocolo para seguir en situaciones parecidas. Levantarse, ir al baño, meterse algo. No volver a dormir.

La náusea le agarró la boca del estómago y jugó a hacerle nudos marinos durante un rato, mientras él seguía sintiendo que se ahogaba.

Unas manos calientes y seguras lo tocaron de repente, una en el bíceps, la otra contra el pecho.

—Dylan. —La voz de Elizabeth sonó calmada y despierta, como si la chica hubiera estado atenta a sus movimientos durante un rato.

Sabía que estaba despierto, sabía que Elizabeth estaba a su lado y que lo estaba tocando, igual que sabía que estaban en la habitación del autobús, atravesando Virginia, rumbo al siguiente concierto. Sabía que estaba despierto igual que sabía que las manos de Elizabeth lo estaban tocando para tranquilizarlo, pero no podía verlo y a su cerebro le dio igual.

—No puedo... —dijo, pero fue incapaz de seguir porque se estaba ahogando. Cogió aire en una bocanada grande—. No puedo respirar.

Todo empezó a volverse brillante tras sus párpados, estrellitas en el cielo nocturno que anunciaban que se iba a desmayar. Estaba hiperventilando.

—Chsss, tranquilo. —La chica se separó de él y Dylan quiso gritarle, quiso decirle algo, porque ¿a dónde iba? Dylan no quería que se fuera a ninguna parte. Sus manos ya no estaban sobre él y se sintió a la deriva.

La luz de la mesilla se encendió de golpe y Dylan ya no debería verlo todo en tinieblas, pero lo seguía viendo. Se enderezó aún más en la cama, porque pensó que así el aire le entraría mejor en los pulmones. Si hubiera estado en sus cabales, habría recordado las clases de canto y los tipos de respiración, y las sesiones de relajación con Elizabeth en la clínica, pero no estaba para nada en sus cabales. En todo en lo que pudo pensar fue en que el ritmo acelerado de su corazón no era normal y que se moría.

—Dylan. —Elizabeth sonaba preocupada y Dylan intentó centrarse en ella en vez de en el enredo de sábanas blancas que había en su cintura. La chica lo estaba mirando con el ceño fruncido y tenía marcas de la almohada contra la mejilla. Quiso decirle algo gracioso, pero no supo qué.

—Dylan, mírame. Respira por la nariz. —La voz de la chica era calmada y lenta, ese tono que usaba cuando quería que la obedecieran. Esa voz que usaba con los pacientes. El cuerpo de Dylan le hizo caso sin su consentimiento—. Eso es, muy bien. Lo estás haciendo muy bien. Ahora quiero que no llenes los pulmones de aire, ¿vale? Ponte una mano sobre el estómago. Eso, así. Quiero que sientas esa mano elevarse porque estás llevando todo el aire ahí, ¿de acuerdo?

Mientras la chica lo guiaba, el cuerpo de Dylan obedecía; y debía estar funcionando, porque ni siquiera se acordaba de lo que había soñado, ni siquiera sabía por qué tenía la piel de gallina y la sensación de que algo malo iba a pasar metida en el estómago. Pero no estaba funcionando.

Mirando la boca de Elizabeth, intentando leerle los labios para saber qué estaba diciendo, ya que su corazón seguía sin dejarlo oír mucho más, Dylan se encontró pensando en que no iba a funcionar. Que no iba a poder encontrar el ritmo de una respiración normal nunca más en su vida y que se iba a pasar el resto de sus días calculando el tiempo entre inspiraciones y espiraciones.

Se concentró tanto en su boca, sin embargo, que al final su cuerpo encontró el ritmo por sí solo, y su respiración se volvió menos superficial.

—Eso es, muy bien. —La voz de Elizabeth era una caricia tranquilizadora, al igual que sus manos, que en ese momento le estaban tocando la espalda en un intento por apaciguarlo. Dylan volvió a respirar con normalidad al cabo de un rato y Elizabeth se calló, pero no paró de tocarle la espalda. El chico no podía verle la cara, pero sentía que lo estaba mirando.

—¿Quieres que hablemos de ello? —preguntó al final.

Quiso contestarle, pero aún no sabía si hablar y respirar eran dos cosas que podía hacer a la vez, así que solo negó con la cabeza.

—¿Quieres tumbarte, y hacemos un poco de relajación?

Dylan la miró por encima del hombro.

La chica se estaba mordiendo el labio y lo miraba con los ojos azules muy abiertos. La luz de la mesilla la estaba iluminando desde la esquina y todo su pelo rubio parecía una aureola que la rodeaba.

¿Quería hacer un poco de relajación?

Sí, pero no de la que ella tenía en mente.

Con las manos de la chica sobre el cuerpo y las emociones de la pesadilla aún colgadas a su piel, Dylan no fue capaz de encontrar un motivo para no hacer lo que quería. Solo quería sentir que era real y que no estaba perdido en el mar de monstruos que lo atormentaba. Solo necesitaba acordarse de cómo era cuando alguien a quién le importas te sujeta como tal.

Solo necesitaba besarla, y que le jodieran a todo, porque iba a hacerlo.

Negó con la cabeza, no sabía si a sí mismo o para responder a la pregunta que le había hecho, pero negó con la cabeza y, girando el cuerpo, se inclinó hacia ella y la besó.

Agarró la cara de Elizabeth con una mano mientras pegaba su boca a la de ella, y cuando sintió el jadeo de sorpresa de Elizabeth contra él, le pasó los dedos por la nuca, agarrándola del pelo y obligándola a arquear el cuello.

No sabría decir qué instinto se apoderó de él, pero en ese momento todo lo que quería hacer era estar dentro de ella de alguna forma, sentir que pertenecía a alguien más. Elizabeth se agarró a sus hombros con manos

temblorosas y Dylan sintió sus uñas contra la piel, como pequeños latigazos de dolor que lo hicieron besarla con más fuerza.

Sin embargo, la chica no se achantó y Dylan se sorprendió al sentir que las manos de Elizabeth subieron por su cuerpo hasta rodearle la nuca, hasta que sus manos también estaban agarrándolo del pelo, tirando de él hacia su cuerpo. Gruñó contra ella y la lamió por dentro, en una caricia húmeda de lengua contra lengua.

Fue rápido, porque estaba desesperado. Con los ojos cerrados Dylan no sabía si era de noche o de día, si estaba vivo o muerto, y lo único que mantenía su cordura era la boca caliente que tenía contra él y los jadeos de fascinación que hacía.

La tumbó en el colchón, dándose la vuelta completamente, inclinándose sobre ella en un movimiento brusco, pero a Dylan no le importaba nada. Las manos de la chica lo seguían manteniendo pegado a ella, y era todo lo que Dylan necesitaba para saber que tenía permiso.

Que tenía permiso para besarla, así que la besó, girándole la cara y cambiando de ángulo, besándola más profundamente, dejando que la lengua de la chica saliera a su encuentro. Que tenía permiso para morderla, así que la mordió, primero el labio de arriba, después el de abajo, lamiéndole después la concha de los labios.

Que tenía permiso para tocarla, así que la tocó.

La respiración de Elizabeth era un jadeo agitado, como si estuviera corriendo una maratón, y su corazón, presionado contra el pecho de Dylan, palpitaba tan rápido que parecía un solo de batería. Las uñas de Elizabeth se le clavaron en el cuero cabelludo cuando le mordió la barbilla mientras le soltaba la cara y le metía las manos bajo la camiseta negra de la banda.

Dylan no sabía lo que fue. Quizá fue la visión de la magnolia y el cráneo sobre el cuerpo de la chica, o tal vez la inspiración de sorpresa de Elizabeth cuando Dylan la tocó bajo la ropa. Tal vez fuera el modo en que su cuerpo tembló levemente contra él.

Pero algo sacó a Dylan del estupor en el que parecía estar envuelto.

—Mierda, mierda —murmuró contra el cuello femenino, sin poder evitar acariciarla con la nariz. Se obligó a separarse, apoyándose en sus antebrazos, dejando de tocarla—. Mierda, lo siento.

—¿Qué pasa? —preguntó Elizabeth, parpadeando para enfocararlo, como si hubiera estado en una neblina.

—Estoy siendo demasiado brusco. Otra vez.

«Mierda. No haces más que cagarla, Dylan. ¿Qué te pasa con esta chica que no sabes tocarla como Dios manda? Siempre brusco, siempre sin medida, acelerado y sin control», pensó. No, se dijo, si iba a tocarla, y, por Dios, quería tocarla, sería bien. Despacio, tomándose su tiempo. Si ella lo dejaba, si seguía mirándolo con los ojos oscurecidos por el deseo y el labio entre los dientes, iba a besarla, y a tocarla, y a lamerla como si tuviera todo el tiempo del mundo.

«Arreglando el error del otro día», pensó, con el peso de sus acciones muy presente. Porque puede que Elizabeth lo hubiera perdonado, pero él no se lo había perdonado a sí mismo.

Y otro error como ese sería inaceptable.

* * *

Elizabeth jadeó cuando la boca de Dylan se apartó del todo de ella, y el chico hizo un amago de retirarse.

Lo miró expectante, sin saber qué hacer. Sin saber qué decir.

Ni siquiera sabía cómo había llegado a esa situación.

Todo lo que Elizabeth había querido era consolarlo, porque por un segundo había pensado que se iba a ahogar. Durante un instante había creído que las respiraciones con el diafragma no servirían y que Dylan se iba a desmayar.

Cuando Dylan la había besado, había jadeado sorprendida, pero después había cerrado los ojos y se había dejado llevar. La pregunta que Nathan le había hecho la noche anterior seguía rondándole la cabeza mientras se dejaba besar y el chico se echaba sobre ella.

Y si la respuesta a la pregunta era la adecuada..., ¿qué más daba que se dejara tocar? Y si la respuesta a la pregunta era que estaba jodida igualmente, ¿qué más daba si disfrutaba de ello por el camino?

—No quiero que pares —le pidió con los ojos abiertos y la boca besada.

Dylan la observó desde arriba, sujetándose sobre los brazos. El chico tenía los ojos muy abiertos, mirándola como si se hubiera vuelto loca, y las mejillas sonrosadas. Estaba respirando por la boca, mirándole la cara como si estuviera bebiendo de ella. Sus ojos se paraban en sus labios y el chico preguntó, sin dejar de mirárselos:

—¿Estás segura? —Su voz sonó tan grave, tan diferente de como normalmente sonaba, que un escalofrío la recorrió.

Quiso decirle que de cualquier forma que la tocara, como él quisiera, estaría bien para ella, pero no tuvo la valentía, así que solo asintió con la cabeza.

—Está bien —murmuró Dylan, pasándose una mano por la cresta revuelta y quitándose el pelo de la cara, mirándola con un gesto indescifrable—. Vale —repitió en voz alta, como si se estuviera hablando a sí mismo, pero Elizabeth no supo decir si para tranquilizarse o para darse ánimos.

El cuerpo de Dylan retirándose del suyo fue lo que la hizo tensarse.

—¿A dónde vas?

Dylan rio un poco.

—Tranquila, que no me voy a ningún sitio.

Dylan se tumbó en la cama junto a ella, mirándola de lado, y Elizabeth torció la cabeza en la almohada, observándolo.

—¿Qué? —susurró.

—Ven aquí.

Y Elizabeth fue, como si su voz no hubiera sido un ruego, sino una orden. La chica se dio la vuelta hasta quedar mirándolo de frente, los dos de lado en el centro de la cama, y se acercó a Dylan, sus caras tan pegadas que los labios se rozarían si hablasen.

—¿Puedo tocarte? —pidió, y los labios de Dylan la tocaron al hablar y su boca se abrió por sí sola esperando un beso que no llegó. La piel del chico estaba ardiendo, y el calor que emanaba la estaba atrayendo con un magnetismo antinatural.

Elizabeth sabía a qué se estaba refiriendo Dylan; estaba hablando otra vez de tocarla, igual que esa mañana. Estaba hablando de ayudarla.

—Puedes —se atrevió a contestar, con un nudo en la garganta. El miedo y la novedad se le mezclaron en la tripa, mientras Dylan la rodeaba con un brazo, para atraerla más a su cuerpo.

El pecho sólido del chico la recibió y su calor la acunó, pero Elizabeth no pudo evitar sentir que el miedo ganaba al entusiasmo, porque ¿y si no funcionaba? ¿Y si de verdad estaba rota en trozos que se habían perdido? Como cuando se te pierde una tuerca de un pendiente por el desagüe del lavabo y eres incapaz de recuperarla. ¿Y si a ella se le había perdido un trozo y era ese? ¿Y si, después de todo, ellos no funcionaban?

Pero ¿y si funcionaba?

Dylan cortó todo ese hilo de pensamientos cogiéndole la cara con la mano que tenía libre, sujetándola aún más fuerte contra su cuerpo con el brazo que tenía a su alrededor. Le cogió la cara por la barbilla y, con un gesto solemne en la cara, que era gracioso porque Dylan Reeves casi siempre estaba sonriendo, la volvió a besar.

Elizabeth jadeó dentro de su boca y le cogió la cara entre las manos, sus cuerpos moviéndose y adaptándose, moldeándose el uno al otro, mirándose con los ojos cerrados y hablándose labio contra labio. Santa madre de Dios, sabía a salado y a dulce, en una especie de mezcla explosiva que le estaba matando todas las sinapsis.

Ese beso no se parecía en nada al que le dio en el baño de la *suite*, pensó, mientras le metía los dedos entre los mechones de pelo sin poder evitarlo. Ese beso no se parecía en nada al que le había dado en la clínica, cuando se estaba despidiendo de ella, ni se parecía en nada al que le había dado hacía un momento.

Ese beso no exigía, no era una tormenta de verano que venía de la nada, arrasando todo a su paso. Ese era una pequeña llovizna, de esas que hacen pensar en no sacar el paraguas porque no moja. De esas que, si no llevas cuidado, te empapan hasta los huesos. Era esa clase de beso, despacio, casi sin querer, que te enciende como si fueras agua puesta en un cazo y estuviera esperando a que hirvieras.

Sus cuerpos apenas se estaban rozando en la cama, las rodillas, los brazos, las bocas unidas. Le gustaba besarlo así, como si no tuviese otra cosa que hacer en el mundo. Era mucho y no era suficiente, y una de sus manos se escapó hasta su pecho.

Estaba ardiendo, casi sudando, y su corazón latía contra la palma de su mano tan fuerte que Elizabeth creyó que se le escaparía, un pájaro que nunca más volvería a ver.

—Dylan —le susurró contra los labios en un jadeo. Quiso decir su nombre como una advertencia, o una súplica. Dijo su nombre para que fuera más rápido, para que hiciera algo.

—Chsss. —Fue lo único que contestó, pero no había entendido su súplica o no había querido entenderla, porque no hizo nada. Elizabeth quiso quejarse, porque no quería ir despacio ni llevar cuidado. Quería la tempestad que él era, quería sentir que tenía a alguien tan diferente a ella entre los dedos que en cualquier momento la podría quemar. Pero Dylan tenía otras ideas.

Le mordió la boca y Elizabeth, frustrada, le devolvió el mordisco y lo lamió después. El siseo que Dylan hizo contra su boca le reverberó en el esternón.

—Despacio, cariño. Despacio —le advirtió, pero Elizabeth no quería ir despacio, ya había tenido suficiente de eso. Quería contestarle alguna grosería, con la frustración sexual apoderándose de su cuerpo. Quería gritarle y quería pegarle, con los puños cerrados, pero, sobre todo, quería que volviera a besarla como hacía un rato.

Elizabeth le gruñó dentro de la boca otra vez, reducida al lenguaje del canibalismo, mordiéndole el labio de nuevo y, por algún instinto que no entendía del todo bien, cuando Dylan volvió a lamerla por dentro, Elizabeth le chupó la lengua, una caricia con los labios cerrados. El jadeo sorprendido de Dylan le removió la sangre, y notó que las caderas del músico avanzaban, rozándose contra el aire.

Dylan se separó de su boca, escondiendo la cara en su cuello. Estaba jadeando como si acabara de correr millas y millas para llegar hasta ella, y Elizabeth lo sostuvo con los brazos, sintiendo su pecho subir y bajar, los pulmones haciendo que se expandiese y se relajase.

—Deberíamos tomárnoslo con calma, Elizabeth —murmuró contra su piel, con la boca mojada acariciándola, y ella solo asintió, con los ojos cerrados. Dylan le acarició la garganta con la nariz y después con los labios. Dejó pequeños besos ahí, pequeños besos en su mandíbula, en la barbilla. Le agarró la cara con la mano que antes tenía en su pelo y obligó a Elizabeth a echar la cabeza hacia atrás, mientras Dylan avanzaba con la nariz por su garganta.

Primero hacia arriba, su barbilla áspera y sus labios suaves después, una caricia casi caprichosa. Al llegar a su oreja, lamió primero, mordió después, y los labios de Elizabeth se abrieron solos, buscándolo. Cuando Dylan lo sintió, cuando la sintió jadear y mojarse los labios con la lengua, se rio contra su piel. Cabrón arrogante.

—No debería estar haciendo esto, pero... —Y la volvió a besar, en la base de la garganta entonces, hasta llegar a su clavícula. Dejó pequeños besos hasta el hombro de Elizabeth.

—Pero... —lo instó la chica, con los ojos cerrados y con Dylan por todas partes, a pesar de que apenas la estaba rozando con la boca, y su cuerpo estaba aún a un kilómetro de distancia.

—Pero quiero seguir besándote, Elizabeth.

—Sí —le contestó, porque qué otra cosa le iba a decir, si eso ya lo habían hablado. Si ya tenía su permiso. ¿Qué quería, un papel firmado y tres copias selladas? Elizabeth estaba frustrada.

Se rio contra ella, de esa forma baja y masculina que la hizo pensar que había accedido a algo que no sabía.

—No sabes lo que estás diciendo.

—Enséñamelo —se atrevió a decirle.

—Joder, cariño —gimió en una plegaría, al menos a Elizabeth se lo pareció, y sonrió pensando que le había ganado terreno. Pero se equivocaba. Dylan se levantó sobre un codo a su lado y ella abrió los ojos porque quería verlo. Tenía las mejillas rojas y, con la poca luz que daba la lámpara de la mesilla, no podía verle todos los lunares, pero sabía que estaban ahí. Elizabeth se los había aprendido de memoria.

—Solo tocar y besar, te lo prometo —jadeó, un brillo peligroso en sus ojos dispares. A Elizabeth le pareció que se estaba haciendo la promesa a sí mismo.

Elizabeth asintió, porque no tenía más palabras, y Dylan la besó otra vez, agachando la cabeza, pero sin toda esa paciencia de hacía un momento. Le abrió la boca con la lengua, acariciándola por dentro, besándola como si lo de antes no hubiera sido besar, solo una broma. Elizabeth le agarró la cabeza con las manos, sujetándose a su pelo, los mechones suaves entre sus dedos.

—Eso es, cariño. Agárrate a mí —Dylan hablaba contra su boca, y Elizabeth no sabía que eso era sexi, pero, Jesús, lo era. Que Dios la ayudase, si Dylan quería tener una conversación así, ella sería papilla en menos de dos palabras. La boca de Dylan apenas la estaba besando, abierta contra la suya, rozándola con los labios y respirando sus jadeos, mientras bajaba la mano hasta su vientre, observándola aún apoyado contra un antebrazo, y la respiración de Elizabeth se le atascó en la garganta.

—Chsss, vamos a hacerlo sin prisa. Despacio, Elizabeth. —No quería ir despacio, pero quería. Lo quería todo a la vez y no sabía lo que quería—. Eso es. Quiero tocarte —Dylan siguió murmurando contra su oreja—, y quiero hacer que te corras, y va a ser jodidamente perfecto. —Las palabras la hicieron temblar y la mano de Dylan se coló bajo su camiseta, acariciándole el vientre con las yemas callosas.

Los dedos del músico subieron despacio, lentamente, por el centro de su vientre hasta su esternón, hasta que encontraron un pecho, acariciándolo con los nudillos, de arriba abajo, sobre su pezón. La sensación la obligó a

arquearse y a cerrar las piernas de repente, porque si apretaba los muslos, si los apretaba fuerte, quizá encontraría algo de alivio.

—Joder —murmuró Dylan, dejándose caer otra vez en la cama, como si no pudiera sostenerse a sí mismo mientras la tocaba. Le agarró el pecho completamente, sintiendo el peso contra su palma—. No sé si te lo he dicho alguna vez, pero me encantan estas —le dijo, acariciándole el pezón con el pulgar para hacerle saber que se estaba refiriendo a su pecho.

—¿Sí? —preguntó ella en un jadeo, aunque la verdad era que no tenía ni idea de lo que estaban hablando.

—Dios, sí. —Dylan se acomodó de nuevo a su lado, metiendo el bíceps bajo la almohada, bajo la cabeza de la chica, y después le soltó el pecho solo para cogerle el muslo a Elizabeth y rodearse a sí mismo con él. Elizabeth quiso protestar, porque había dejado de tocarla, pero en esa nueva postura pudo sentir la erección caliente de Dylan contra su estómago, y ya no tuvo nada que objetar. La mano de Dylan volvió a su tarea, subiéndole la camiseta por encima del pecho, dejándola expuesta.

Se sintió incomoda durante medio segundo, que fue exactamente el tiempo que Dylan tardó en bajar la cabeza y pegar la boca a uno de sus pezones, mientras acariciaba el otro con los dedos.

El gemido que abandonó los labios de Elizabeth fue casi vergonzoso.

El chico la lamió primero, pequeños golpes con la punta de la lengua, y después succionó dentro de su boca, hundiendo la cabeza contra su pecho. Las manos de Elizabeth lo sujetaron contra ella, por si tenía pensado irse a algún sitio, y Dylan rio contra su cuerpo.

Las caderas de Elizabeth no tardaron en moverse al mismo ritmo que las succiones que el chico estaba haciendo con la boca, y, al final, se encontró meciéndose contra él sin darse cuenta, sintiendo los pequeños jadeos de Dylan contra su piel cada vez que lo hacía, porque lo acariciaba entre las piernas sin querer, con su erección atrapada contra su estómago.

La mano de Dylan no tardó en abandonar su tarea para agarrarse primero al muslo de Elizabeth, y después a su trasero. Dylan la ayudó con el movimiento, ondulándola más contra él mientras la lamía.

—¿Te acuerdas de la primera vez que dormiste conmigo? —le preguntó, hablándole contra el esternón, dejando pequeños besos por todas partes.

Cuando ella no contestó, porque estaba perdida en las sensaciones, Dylan se retiró, apoyando la cabeza contra la almohada y mirándola sonriendo.

—Sí —murmuró Elizabeth.

—¿Te acuerdas de que nos despertamos justo así?

Dylan le agarró con fuerza el muslo sobre su cadera, aprovechando para colar uno de los suyos entre los de ella. Lo posicionó de tal forma que cada vez que Elizabeth se movía se acariciaba contra él entre las piernas. Eso, y la sensación de la erección contra su vientre, la iba a volver loca.

—Sí —jadeó, arqueándose sin vergüenza contra él. Dylan rio un poco, pero echó el muslo aún más hacia delante, sabiendo perfectamente lo que estaba haciendo.

—Te mentí —confesó. Elizabeth abrió los ojos y lo miró, parpadeando. Dylan le estaba sonriendo inocentemente—. Te dije que no estaba pensando en ti de ninguna manera en particular. Y que le den, esto era todo lo que quería hacer desde el principio.

«Yo también», quiso decirle, pero con los ojos abiertos se sintió demasiado expuesta, así que, en vez de contestar, le agarró la cara con las manos y lo besó. Dylan gruñó y, después, cuando la chica empezó a arquearse contra él en ese balanceo eterno del sexo, gimió contra su boca.

—¿Crees que puedes correrte así? —le preguntó descarado. El chico no tenía ningún filtro fuera de la cama, Elizabeth no debería sorprenderse de que no lo tuviera dentro.

¿Podía? Ahora con el pecho descubierto, y abrazada a Dylan, cada vez que sus pezones se rozaban contra él sentía descargas hasta el bajo vientre, y el muslo que el chico tenía entre sus piernas la rozaba justo como si fueran unos dedos, haciéndola jadear y querer buscar más fricción.

—Sí —jadeó.

—Bien. Quiero verte.

—Dios —murmuró ella escondiendo la cara en su cuello, agarrándose a él, rodeándole los hombros mientras sentía cómo Dylan la cogía del trasero con las dos manos, instándola a moverse contra él. Para su vergüenza, Elizabeth solo le besó el cuello húmedo y se movió con el ritmo que marcaba.

Los pequeños jadeos de Dylan y lo duro que estaba contra ella le hicieron pensar que él también podía correrse así.

E iba bien, pensó, acercándose más y más, pero cada vez que llegaba a ese punto casi doloroso que la dejaba sin respiración y que sabía que era el borde entre tener un orgasmo y no, perdía el impulso.

Al final gruñó, frustrada.

—No está funcionando —se quejó.

—Chsss, está bien —murmuró Dylan jadeando, con su voz tan grave que no parecía la suya. El pecho del chico subía y bajaba muy rápidamente, y estaba sonrosado.

—Solo... tumbate. —Dylan la instó a tumbarse poniéndole las manos en los hombros. Elizabeth se dejó guiar, porque estaba frustrada, su corazón palpitándole tras los oídos por razones completamente diferentes a las de hacía un segundo. ¿Y si de verdad no podía tener orgasmos con nadie?

—Voy a quitarte esto, ¿vale? —Dylan tiró de su camiseta hacia arriba, y ella se dejó hacer, asustada por si daba igual lo que Dylan hiciera, que no llegaría a ningún sitio.

Él debió vérselo en la cara, porque le besó la punta de la nariz, y después las pecas de las mejillas.

—Eh, tranquila. Vamos a tomárnoslo con calma, ¿vale?

—Pero yo no quiero calma.

—Pues te aguantas. —Le mordió suavemente la mandíbula y después besó el mordisco.

Dylan se alzó sobre ella, y mientras se sujetaba con una mano, le soltó la goma del pelo con la otra.

—Lo primero es lo primero, cariño. Vamos a relajarte.

Sintió los dedos del músico meterse entre sus hebras de pelo, separándole los mechones hasta extenderlos en la almohada. El roce de las yemas de los dedos en el cuero cabelludo la destensó un poco.

Antes de darse cuenta, Dylan se había colado entre sus piernas, y estaba agarrado a su espalda. La piel de Dylan era febril, y no pudo evitar acariciarlo con las manos abiertas, sintiendo el relieve de los músculos bajo su piel mientras el chico agachaba la cabeza para besarla, retirándole los mechones de pelo de la cara con las dos manos, en un gesto dulce.

La besó primero en la frente, después bajando los labios por el lateral de su rostro, su sien, la mejilla, hasta que llegó a la boca. Tortuosamente lento. Como si tuviera todo el tiempo del mundo.

Elizabeth no tenía paciencia.

Si la dejaba tener opción a pensar, empezaría a notar que estaba debajo de Dylan, atrapada entre el colchón y su cuerpo, y que no se podía mover. Si empezaba a pensar, caería en la cuenta de que estaban en una habitación de autobús, que no sabía qué hora era, y que, técnicamente, cualquiera podría entrar en cualquier momento.

Si de verdad se paraba a pensarlo, aquello era la peor idea del mundo, y a partir de ese momento la relación entre ellos estaría jodida a muchos niveles.

Su padre se rio de ella desde la tumba.

Oía a Marisa dar palmas de entusiasmo.

—Te oigo pensar desde aquí, Harvey.

Pequeños besos hacia abajo, su barbilla, su cuello, el hueco de detrás de la oreja.

—¿Tú no tienes nada que pensar?

—¿Qué hay que pensar?

Le habló contra la piel, sin separar los labios de ella. Seguía suspendido sobre sus brazos, y hasta ahora no había estado demasiado pegado a ella, pero entonces el chico avanzó con las caderas, obligándola a abrir aún más las piernas, y las encajó a pesar de la ropa que había entre ellos.

Elizabeth jadeó, sorprendida.

—¿Qué tienes que pensar excepto lo bien que se siente esto? —Se retiró y avanzó, con la erección acariciándola justo como antes lo había hecho su muslo, solo que mejor; porque de alguna manera, tenerlo sobre ella, moviéndose, sintiendo el fluir de los músculos bajo sus dedos, y escuchándolo respirar agitado porque en realidad se estaba torturando a sí mismo, era mejor.

Mucho mejor.

Elizabeth abrió la boca para contestar, pero Dylan la cortó con un beso. Esa vez sin miramientos, besándola con fuerza y lamiéndola por dentro. Las uñas de la chica se clavaron en sus hombros.

Ya no se acordaba de lo que le iba a decir.

Ni siquiera recordaba por qué aquello era una mala idea.

Dylan dejó de besarla, y Elizabeth hizo un sonido de protesta, pero, con una media sonrisa y un brillo divertido en los ojos, el músico bajó hasta su pecho. Lamió el camino del cuello al esternón. Cuando encontró un pezón y cerró la boca sobre él, cerró los ojos, e hizo un sonido de satisfacción con la garganta que hizo vibrar a la chica, justo como vibraban los altavoces en el escenario.

—Dy... —le susurró Elizabeth cuando Dylan usó los dientes, mordiéndola. La espalda de Elizabeth se arqueó por sí sola y sus manos abandonaron los hombros del chico para sujetarse a su pelo.

La barba incipiente le arañaba la piel, sus dientes castigaban y su lengua la consolaba después. La mezcla era explosiva. Las caderas de Elizabeth

empezaron a girar contra Dylan como si tuvieran vida propia. El gruñido del músico contra su piel le hizo saber que lo aprobaba.

Fue a decirle que no veía cómo eso que estaba haciendo iba a mejorar la situación, porque se había sentido bien antes y se sentía bien ahora, pero no habían conseguido nada, cuando de repente sintió la cabeza de Dylan seguir el camino hacia su estómago, dándole besos con la boca abierta, grandes y húmedos, mordiéndola a veces.

Lo miró hacia abajo, sus manos tensas en el pelo del chico, alarmada porque no, aquello no era lo correcto. Había pasos, y normas, y reglas. Y había estado saliendo varios meses con todos sus novios anteriores antes de que ninguno de ellos se atreviera a aquello, y lo habían hablado, y se habían puesto de acuerdo. El sexo en la vida de Elizabeth siempre había sido premeditado, pocas veces espontáneo.

Dylan Reeves no hacía nada de forma planeada.

Las manos del chico engancharon la cinturilla del pantalón y la goma de las bragas a la vez, con las manos acariciándola al tiempo que la tela bajaba por sus piernas. Elizabeth cerró los ojos y soltó la cara de Dylan, para agarrarse fuerte a las sábanas de la cama.

—Mírame —le dijo Dylan, su aliento justo debajo del ombligo, las manos contra sus caderas. Elizabeth no había cerrado las piernas porque ahora tenía los hombros de Dylan entre ellas y no podía, pero la vergüenza la estaba atenazando por dentro—. Abre los ojos.

Sus ojos se abrieron, los traidores.

Elizabeth lo vio, con la barbilla apoyada en su bajo vientre, el pelo sobre los ojos, hecho un desastre. Lo vio, con las mejillas sonrosadas, y los labios rojos, rojísimos de haber estado besando durante un buen rato. Lo vio y lo miró, con los ojos de dos colores y las pupilas dilatadas. Lo vio, lo miró, y le gustó lo que encontró.

—¿Confías en mí?

La chica asintió con la cabeza, porque sí, sí que confiaba en él. Porque después de todo, después de las semanas juntos, su cuerpo lo había aceptado como una parte más de sí misma, y no lo quería lejos, lo quería cerca. Cuanto más cerca mejor.

—Entonces relájate... —Y después, con un movimiento de cejas gracioso, añadió—: Y disfruta.

Elizabeth se rio a su pesar, pero la risa se le atascó en la garganta cuando sintió las manos de Dylan sujetarle los muslos con fuerza, abriéndolos aún

más, dejándola expuesta. Se obligó a no cerrar los ojos —«que te jodan, miedo», se dijo— mientras Dylan la besaba hacia abajo, hasta abrirle la carne sensible, una caricia húmeda con la lengua.

Elizabeth contuvo el aire de golpe, y Dylan rio contra ella, las vibraciones acariciándola igual que con su lengua. Golpes lentos al principio, justo como la había estado besando, lentos, lentos hasta tenerla tan mojada que era vergonzoso; lentos como si solo estuviera saboreándola porque le gustaba, sin ninguna finalidad.

Pero después se pasó una pierna de la chica sobre el hombro, y luego la otra, como si quisiera estar rodeado de ella por todas partes, y su lengua pasó de acariciarla a dar golpes rápidos y húmedos sobre su carne.

Al final tuvo que cerrar los ojos, sin poder evitarlo. «Dios Santo, el control de lengua de un vocalista podía llegar a ser útil. Muy útil», pensó distraídamente.

* * *

Dylan estaba jodido.

Rodeado de calor y olor femenino por todas partes, había empezado a mover las caderas contra el colchón, y entre la presión que estaba ejerciendo sobre su polla y los ruidos que Elizabeth estaba haciendo, iba a acabar corriéndose si no paraba.

Levantó las caderas del colchón y se reajustó con la mano como pudo, mientras besaba y lamía a Elizabeth, y al final decidió que necesitaba una distracción mayor, así que acabó por tocarla también con los dedos.

Resultó ser una mala idea. La chica estaba resbaladiza y brillante, suave contra las yemas de sus dedos. Tuvo que pasarle un antebrazo por las caderas para mantenerla en su sitio cuando la penetró con un dedo. Elizabeth gimió bajito, mordiéndose la boca. Tenía los ojos cerrados, y el pelo esparcido en la almohada. Estaba sonrosada, desde las mejillas hasta el pecho, llena de besos y mordiscos por todo el cuerpo, y Dylan quiso grabarse una imagen de ella así a fuego en las retinas, para verla cuando quisiera. Pero su polla tenía otras ideas menos románticas.

Acompasó la lengua al movimiento de su mano, rápido con la lengua, lento con los dedos, y antes de darse cuenta tenía dos dentro, y se los estaba

sujetando tan fuerte que pensó que se los partiría. Creció entre las piernas de imaginarse esa sensación contra él.

—Mierda —murmuró contra la carne de la chica, y sintió a Elizabeth temblar.

Al principio no supo lo que era, hasta que se dio cuenta de que se estaba riendo.

—¿Qué pasa? —preguntó sin dejar de tocarla con los dedos.

—No te callas nunca, ¿no?

Sonaba relajada y tranquila, y a Dylan no le importó que se estuviera riendo de él. La quería hecha mantequilla.

—Nunca tuve muchos modales en la mesa —contestó, pero antes de que Elizabeth pudiera replicarle, volvió a lamerla, doblando los dedos dentro de su cuerpo en un arco perfecto.

Elizabeth gimió, esa vez más alto.

Un cosquilleo le atravesó la nuca hasta la base de la espalda, una mezcla entre excitación y orgullo. Continuó lo que estaba haciendo, sintiendo que la chica estaba respondiendo a sus embestidas con los dedos, frenética. Quitó el antebrazo de sus caderas para dejar que se moviera y alzó el brazo hasta taparle la boca con la mano.

—No es que no me guste oírte, cariño. Pero no quiero que ellos te oigan. —Los ojos de Elizabeth se abrieron mucho, como si no hubiera caído en la cuenta de dónde estaban, y Dylan sabía que dejarla pensarlo era un error, así que aceleró el ritmo, besándola con la boca abierta entre las piernas, tocándola con los dedos.

Rápido, rápido, rápido, sintiendo el cuerpo de la chica temblar bajo sus caricias. Sintió los gemidos contra su mano, escuchó los pequeños quejidos que daba, y el cuerpo de Elizabeth convulsionó contra él, vibrando bajo su lengua, apretándole los dedos. El orgasmo de la chica lo dejó colocado, justo como si la hubiera estado esnifando.

Notó las respiraciones agitadas de la chica, y quitó la mano de su boca para que pudiera respirar con normalidad. Dándole un último beso en el interior de un muslo, trepó sobre su cuerpo, parándose a besarle un pecho sin poder evitarlo, porque, joder, tenía unas tetas preciosas.

—¿Bien? —preguntó, distraído con sus pezones rosas.

—Sí —jadeó ella, y Dylan pudo escuchar la sorpresa en su voz.

—Ahora dilo.

—¿Qué diga el qué?

—Lo bueno que soy.

La chica lo golpeó en el hombro con la mano, y se rio de forma distraída, que había sido el objetivo de Dylan con la gracia.

—En tus sueños.

Dylan hizo un mohín gracioso, y ella solo lo miró, como si estuviera pensando algo complicado.

—Lo he conseguido —dijo, entre ellos, pero no a Dylan en particular. Lo dijo sorprendida, como si no hubiera creído que podía pasar—. No estoy rota —anunció, como si de verdad le hubiera preocupado.

«Rota. Menuda tontería», pensó él. La chica que tenía debajo del cuerpo no estaba rota. Estaba laxa, relajada y vibrante, todo a la vez, un *riff* de guitarra a través de su cuerpo. Rota no, rota nunca.

—Lo he visto —le contestó él de broma, por aligerar el ambiente. Elizabeth lo miró alzando una ceja—. Lo he *saboreado* —añadió, solo para ver si se le subían los colores.

Las mejillas de Elizabeth se pusieron aún más rojas, si es que eso era posible.

—No estoy rota —volvió a repetir, como si fuera un mantra que aún no se creía del todo. Y después, para sorpresa de Dylan, la chica empezó a besarlo, pequeños besos sobre la clavícula y el hombro y después ascendiendo, la garganta, la barbilla, la boca. Besos suaves y rápidos, como si estuviera agradecida.

Lo rodeó tan fuerte con los brazos y las piernas que creyó que se quedaría sin respiración.

—Si llego a saber que lo único que te hacía falta para ser cariñosa era eso —dijo Dylan como pudo entre besos.

La chica se rio contra él, suave al principio, pero después dejó de besarlo para seguir riéndose, con la cabeza escondida contra su hombro. Dylan no tuvo que preguntar qué pasaba, porque lo sabía. Porque sabía lo que era creer que eras algo.

Sabía que lo que Elizabeth estaba sintiendo era el alivio de estar equivocada.

No estaba llorando, estaba riendo, pero la emoción que expresaba era la misma. Así que la dejó reírse contra él.

Cuando se calmó, Dylan la besó, un beso rápido, y se levantó, o acabaría por volver a tocarla.

Las manos de Elizabeth no lo dejaron. Ni sus piernas.

—¿A dónde vas? —La sorpresa y el cariño en la voz de la chica calentó a Dylan por dentro.

—A darme una ducha muy muy fría.

—Podemos...

—Vamos a tomárnoslo calma, doctora. No quiero que mis habilidades te dejen sin capacidad para ejercer tu trabajo.

—Imbécil.

Dylan se sentó sobre sus talones en la cama, y ella se levantó también, apoyándose en sus antebrazos. El chico no pudo evitar acabar mirando como un gilipollas el balanceo de sus tetas.

—De verdad, está bien. Quería hacer esto por ti.

Y tuvo que estirar un brazo y acariciarle un pezón con el pulgar. Se encogió bajo su toque, y Dylan quiso sentirlo en la lengua, pero se contuvo.

Elizabeth no dijo nada durante un momento, solo se quedó mirándolo, como si estuviera sopesando sus opciones, o como si estuviera de acuerdo con el chico.

Dylan fue a levantarse, pero entonces ella lo paró, con la mano sobre su hombro.

—Quizá... está bien, ¿si te veo?

El músico se atragantó con el aire.

—¿Quieres que me toque? ¿Delante de ti?

—Ibas a hacerlo igualmente, ¿no? En la ducha. —Elizabeth sonó ofendida, y cruzó los brazos sobre el pecho.

Dylan rio suavemente, negando con la cabeza.

—Sí, pero no pensaba que estuvieras interesada en verlo.

—Creo que has sido tú el que me ha dicho que no pensara.

—Chapó.

Elizabeth alargó la mano y lo atrajo hacia ella, y Dylan, sorprendido, se dejó llevar. Cerró los ojos y la besó, siendo muy consciente de que la boca aún le sabía a ella, y de que la chica iba a ser capaz de saborearlo.

Gruñó cuando lo acarició con la lengua, y se dejó guiar cuando la chica se recostó y lo empujó sobre su cuerpo.

Dylan no había pensado realmente en lo que Elizabeth le había pedido — de hecho, ni siquiera recordaba haberse tocado nunca delante de una chica—, así que no había pensado en la logística del asunto, pero cuando cayó sobre ella, besándola, y Elizabeth lo envolvió con su cuerpo, le pareció lo más

normal del mundo sujetarse sobre un antebrazo, y bajar los pantalones de deporte con la otra mano.

Elizabeth lo estaba mirando mientras se liberaba de los pantalones y se agarraba con la mano. Los ojos de la chica eran curiosos, y se estaba mordiendo la boca, y Dylan Reeves, *frontman* de una banda de *rock* famosa, se sonrojó al sentirse observado.

—Joder —murmuró cerrando los ojos, porque la visión del cuerpo de la chica bajo él era demasiado, la sensación de su mirada observando lo que estaba haciendo con la mano era demasiado. Y o se moría o se corría... o ambas cosas.

Movió la mano con más fuerza, arrastrando la humedad, sintiéndose palpar, y gimió, ondulándose sobre ella sin poder evitarlo.

—Mierda —acabó escondiendo la cara en el cuello femenino, con la boca abierta, jadeando contra ella, porque, aunque no estaba dentro de ella, estaba rodeado por ella por todas partes: el sabor de Elizabeth en la boca, sus muslos abiertos debajo de él, las manos acariciándole la espalda con unas caricias tan lentas que Dylan sintió que le importaba a alguien por primera vez en una eternidad.

Gruñó cuando ella se arqueó contra él para besarle el cuello, pegando el pecho contra el del chico, atrapando su erección y su mano contra su vientre, rodeándole las caderas con los muslos. La postura se volvió difícil y con poca movilidad, pero al cuerpo de Dylan le dio igual.

Vio estrellitas brillantes tras los párpados, y con un jadeo camuflado se vació en pulsos blancos sobre el estómago de la chica. Caliente, mojado, ardiendo. Se le doblaron las rodillas y dejó de apoyarse sobre su antebrazo, exhausto, drenado.

Cuando recuperó el ritmo de respiración normal, fue consciente de que las manos de Elizabeth seguían acariciándole la espalda. Sabía que la estaba aplastando con su peso, y que tenía que limpiarla, porque estaban pegajosos, pero se quedó ahí un segundo más. «Solo un segundo más», se dijo.

—Gracias —murmuró Elizabeth al cabo de un rato, con una sonrisa pegada a los labios y los ojos cerrados.

Dylan se forzó a levantarse y a dejarse caer a un lado, o acabaría por quedarse dormido sobre ella.

—¿Por dejarte hecha un desastre y hacerte necesitar una larga ducha?

Elizabeth se rio, y ni siquiera hizo un esfuerzo por moverse de la cama. Dylan se sentía exactamente igual.

—Justo por eso.

La chica estiró la mano y entrelazó los dedos de Dylan con los suyos. Después se los llevó hasta los labios —esos mismos dedos con los que la había estado tocando— y los besó.

Capítulo 20

*For now I'll play the game, and I'm waiting for your move,
but I've got to say that I never lose.
Inside Of You, Hoobastank*

A la mañana siguiente, Dylan se despertó sin saber muy bien qué hora era, ni cuánto había dormido, pero sintiéndose más descansado que en mucho tiempo. Elizabeth estaba dormida a su lado, enredada en la sábana blanca que Dylan le había echado por encima, tumbada bocabajo; el pelo rubio revuelto, tapándole la cara casi completamente.

Dylan encendió la luz de la mesilla, porque allí estaba oscuro permanentemente, y se quedó mirándola durante un rato, apreciando la piel inmaculada de su espalda y los lunares esparcidos entre los omóplatos.

Se sentó, rascándose los ojos con la palma de las manos para terminar de despertarse, y no había puesto los pies en el suelo cuando la puerta se abrió de golpe y Jayden entró como un torbellino en la habitación, seguido de su hermano.

—Tú, casanova, levántate, que teníamos un trato —anunció Jayden mientras lo miraba de arriba abajo y después reparaba en la chica que había en la cama.

Dylan, que agradeció en ese momento no haberse quitado los pantalones la noche anterior, se levantó de un salto poniéndose frente a su amigo e intentando bloquearle la vista.

—Ojos al frente, cabrón. Que te estoy viendo.

—Así que eso es lo que hacéis aquí detrás, ¿eh? —intervino Jude, que se había girado hacia el armario y se estaba cambiando la camiseta

Dylan cambió el peso de un pie a otro, nervioso. Si Elizabeth se despertaba y los veía a todos hablando en la habitación mientras ella dormía desnuda tranquilamente, sus huevos corrían peligro.

—*Terapia*, ¿no? —continuó Jude, cambiándose de ropa sin mirarlo. Al menos él estaba manteniendo las formas, no como el cabrón de Jayden, que

sonreía mirando a la chica y a Dylan alternativamente.

—Ahora entiendo que estés tan de buen rollo últimamente, cabrón — comentó Jayden sonriendo de oreja a oreja.

—Chsss. —Les riñó Dylan—. Fuera de aquí los dos. —Empujó a Jayden con el cuerpo, y miró a Jude para que siguiera los pasos de su mellizo.

—Pero tenemos un partido, Dy.

—Un partido superimportante —corroboró Jude.

Dylan siguió empujándolos hasta que estuvieron fuera de la habitación, y después cerró la puerta corredera.

—Tienes diez minutos —escuchó gritar a Jayden. Dylan puso los ojos en blanco, apoyado contra la puerta, comprobando que Elizabeth seguía completamente dormida. Después sonrió ampliamente y, muy a su pesar, fue a buscar ropa para jugar. Estaba de buen humor.

* * *

No pudo tardar más de diez minutos en darse una ducha y ponerse algo cómodo, pero, aun así, cuando salió a la zona de comedor del autobús, todos estaban esperándolo como si llevaran siglos ahí de pie plantados.

Jayden y Jude estaban en el sofá viendo un documental de ballenas. Mark estaba apoyado contra la encimera, tapando el frigorífico. Nathan estaba sentado, vestido para jugar, pero con el pelo revuelto y cara de sueño. Parecía que no había sido a él al único que habían despertado.

Dylan tenía hambre y pensó en coger el zumo de naranja, pero cuando miró dónde estaba el frigorífico y vio al mánager mirándolo con un brillo divertido en los ojos, supo por qué estaba allí. Y decidió no acercarse a pesar del hambre que tenía.

—¿Esto va en serio? ¿Sabéis si Quinn y Zack están vivos? —preguntó.

—Son las doce —contestó Jude como si esa fuera toda la explicación que hacía falta para que alguien estuviera despierto.

—No todo el mundo se despierta con el primer rayo de luz —murmuró Nathan por lo bajo, aún cabreado porque lo hubieran obligado a despertarse.

Dylan sonrió, porque Nathan enfurruñado era gracioso. El bajista miraba a Jude con los ojos azules entrecerrados, sin duda planeando un asesinato.

—Si tenéis en cuenta que se habrán acostado esta mañana —razonó Dylan—, lo más probable es que aún estén en el quinto sueño.

—Tío, un poco de fe —comentó Jayden apoyando a su hermano—. Esto es un pacto formal, y aquí algunos nos lo tomamos muy en serio.

—¿Tengo que preguntar? —preguntó Mark, que había estado observando el intercambio.

—¿Se puede saber para qué estás aquí? —le preguntó Nathan sin levantar la cabeza de la mesa.

Mark sonrió de oreja a oreja y sacó un tarro del bolsillo.

Dylan gruñó.

Mark agitó el tarro en el aire.

—Es preocupante —comentó el cantante— lo que te alegra tener que recoger mis meados.

Mark le lanzó el bote y Dylan lo cogió por inercia.

—Espero que aún te queden ganas, princesa.

—Que te den, Mark.

Pero Dylan solo le contestó por sentir que tenía algo que decir en el asunto. Aunque la realidad era que estaba obligado a hacerse test de orina sorpresa cada vez que a Mark y a la discográfica les diera la gana, y no había nada que pudiera hacer para cambiarlo.

Tampoco los culpaba. Tres sobredosis en un año eran todo un récord. Que la gente que tenía a su alrededor aún pusiera su confianza en él era casi un milagro. Esas cosas que el amor hace. Esas cosas que hacía la familia.

Dylan fue hasta el baño y cumplió con su deber. Al salir, dejó el bote en la encimera, al lado del brazo de Mark.

—Te lo he llenado hasta arriba, cariño. Como a ti te gusta.

Mark le sacó el dedo.

—Bueno, ¿vamos o qué? —Jayden se levantó de un salto, pasándose las manos por el pelo y estirándose como un gato. Llevaba puestos unos pantalones cortos de deporte y una camiseta de tirantes blanca.

—¿Se puede saber qué os lleváis entre manos? —volvió a preguntar el mánager.

—Aquí, los dos listos estos. —Dylan los señaló con la cabeza mientras se apoyaba al lado de Mark. Nathan se había cubierto la cabeza con las manos, intentando aislarse del ruido—. Ayer decidieron apostarse una noche de hotel, que es esta noche —enfaticó Dylan mirándolos—, a un partido de fútbol, porque aparentemente tienen tres años y hacer competiciones sobre quién la tiene más grande les resulta divertido.

—No lo estás contando bien —se quejó Jayden.

—No, se le ha olvidado decir cómo vacilasteis a Quinn y a Zack con vuestras lujosas *suites* de hotel —intervino Nathan, levantando la cabeza de la mesa y mirando a los mellizos con una ceja alzada—. Él no estaba allí, pero yo sí.

—Tío, ¿tú de qué parte estás? —se quejó Jude.

—Eso, también es tu habitación de hotel —añadió Jayden.

Nathan se levantó poniendo los ojos en blanco y Jayden le pasó el brazo por los hombros.

—Hoy eres nuestro hombre, tío. Tienes que salvarnos. Eres el topo.

La mirada de soslayo que Nathan le echó lo dijo todo.

—Lo digo en serio. Mira a este crío —dijo señalando a Dylan—. Ya sabes lo mal que se le da jugar. Por favor, si se tropieza con sus propios pies.

—Eh, que estoy aquí delante, capullo —contestó Dylan fingiendo estar ofendido.

—No te ofendas, cariño, pero te pasas más tiempo levantándote del suelo que jugando.

—Eso fue una vez —dijo Dylan entre dientes.

—Seguro que eso se lo dices a todas. —Jayden volvió a mirar a Nathan, ignorando completamente a Dylan—. Da igual. Aquí tú eres la clave. Tienes que ser nuestro espía. Joderles el partido.

—¿Y qué gano yo con eso?

—Pues tu habitación, no te jode. Que qué gana, pregunta el niño.

—La habitación que sería mía si no se la hubieras prometido a Quinn, ¿quieres decir?

La sonrisa de Jayden fue lenta y grande, llena de hoyuelos. Esa sonrisa que Dylan sabía por experiencia que hacía que las camareras le dieran el mejor trozo de tarta, y la secretaria del instituto olvidara mandarle las notas de detención a su madre. Esa sonrisa que hacía que las chicas se pusieran rojas y se mordieran la boca como si les hubiera prometido el cielo.

Esa sonrisa que decía: «sé que soy un capullo y que os he metido en un lío, pero si me hacéis caso, todo va a salir de lujo».

Lo mejor era que el cabrón no solía equivocarse.

* * *

Elizabeth se despertó con ruido de voces y risas, y durante un segundo se sintió completamente desorientada. Se enredó con su propio pelo en la almohada, y lo echó hacia atrás sin muchos miramientos. Después se fue dando cuenta poco a poco del resto de los detalles. La cama estaba vacía, pero la luz estaba encendida, y ella estaba completamente desnuda. Se pasó la lengua por los labios, que le escocieron, y sonrió al pensar que tenía que tener la boca en carne viva. De tanto besar.

De tanto besar a Dylan.

El calor se le subió a las mejillas y el miedo le atenazó el estómago. Había sido de verdad. Anoche se había dejado hacer... todas aquellas cosas, y —mira tú por dónde— el mundo seguía en su sitio. Ni asteroides, ni signos del apocalipsis ni nada. Elizabeth quiso reírse.

Y a la vez salir corriendo.

«Y ahora, ¿qué?», parecía ser lo único que su cerebro no paraba de pensar. ¿Se suponía que debía comportarse con Dylan como una profesional? ¿Ignorar lo que había pasado entre ellos? Quizá sería lo más sensato —qué mierda, lo más sensato hubiera sido no dejar que pasase en primer lugar—, pero su cuerpo se reveló contra ese pensamiento, como si todas las células de su piel aún sintiesen el orgasmo recorrerla y echaran de menos la piel de Dylan.

«Estás hasta los huesos, maja», se dijo.

No solo eso, sino que además, por primera vez en no recordaba cuánto tiempo, tenía ganas de repetirlo. Quería volver a estar a solas con Dylan y encontrar el momento de tocarlo otra vez.

Se llevó los dedos a la nariz, y todo le olió a Dylan.

Puso los ojos en blanco, porque, en serio, de verdad, qué estupidez.

Las risas y la conversación al otro del lado del autobús se hicieron más altas así que la chica se dio prisa por salir. No sabía si Dylan tenía o no ensayo. Qué mierda, ni siquiera sabía dónde estaban.

Elizabeth suponía que en Virginia Beach, pero no estaba del todo segura a esas alturas de la gira. Eso de estar un día o dos por ciudad la estaba mareando.

La psicóloga se levantó de la cama y se vistió con lo primero que encontró, solo para salir y entrar al baño. Se duchó rápido, lavándose el pelo, pero sin entretenerse demasiado, una ducha que haría estar orgulloso a un militar.

Diez minutos después estaba lista y había terminado de cepillarse el pelo. Iba a recogerse como de costumbre cuando se pasó los dedos por el cuero cabelludo y se acordó de Dylan soltándolo la noche anterior.

Lo dejó suelto.

Ondas y ondas de pelo rubio mojado hasta casi la cintura. Dejó que le cayera por todos lados, y se sonrió al espejo por primera vez en su vida.

Cuando salió al comedor, todos se quedaron mirándola. Y cuando decía todos, quería decir todos. Jayden tenía a Nathan abrazado por el cuello, y Mark y Dylan estaban apoyados contra la encimera de la cocina. Jude estaba de pie al lado de su hermano, y como era el que estaba de cara al pasillo de las literas, fue el primero que la vio.

Le silbó.

—Madre del amor hermoso, ¿quién es este bellezón que sale de ahí dentro?

Jayden se dio la vuelta ante eso, para mirarla. Los demás giraron la cabeza.

—Joder.

—Cierra la puta boca, Jay —gruñó Dylan, pero estaba sonriendo como un gilipollas cuando la vio salir. Le guiñó un ojo y la chica le sonrió.

—¿Tú sabías que tenía todo ese pelo? —Jayden seguía parpadeando, y soltó a Nathan con la intención de acercarse a Elizabeth.

—No tenía ni puta idea. ¿Cómo lo llevabas todo ahí recogido? —Jude frunció el ceño, curioso.

—Con muchas horquillas —contestó ella, aunque era mentira. Estaba tan largo que solo una goma fuerte del pelo era suficiente para sujetarlo.

—¿Puedo tocarlo?

Elizabeth se rio. Dylan miró a Jayden con los ojos entrecerrados y eso le hizo más gracia todavía.

—Solo si me dejas tocar el tuyo.

—Te dejo tocarme lo que quieras.

Las mejillas de Elizabeth volvieron a ponerse rojas, porque, joder, se acababa de acordar de Dylan preguntándole si podía tocarla. Mark se rio de fondo, pero Elizabeth cuadró los hombros y avanzó, sacándole el dedo a Jayden.

Nathan se rio.

—Parece que la psicóloga ya no traga más mierda tuya, nene.

Jayden fue hacer una broma con esa elección de palabras, pero Jude le golpeó en la nuca.

—Te lo tienes merecido —contestó Mark.

—Bueno —dijo Elizabeth mientras se ponía en territorio neutral, alejada de todos ellos, pero donde pudiera verlos bien—. ¿Qué tripa se os ha roto hoy?

—Oh, ¿tú tampoco lo sabes? —Mark la miró sonriente—. Tenemos partido.

Elizabeth no tenía ni la más remota idea de a qué se estaba refiriendo.

* * *

Estaba sentada en una silla de playa, a la sombra de uno de los autobuses —no sabía de qué banda—, viendo como los chicos jugaban un partido de fútbol americano y sudaban como cerdos porque eran más de las doce del mediodía y hacía calor. Mucho calor.

Hacía un rato que todos habían perdido las camisetas, y se estaban insultando, entre risas, medio en broma medio en serio. Dylan la miraba de reojo de vez en cuando, y ella solo era capaz de devolverle la mirada, sin decir nada.

Su cuerpo era otra historia.

Su cuerpo lo saludaba haciéndole la ola cada vez que la miraba, como si sus pezones y su boca y sus manos se acordaran de lo bien que se había sentido todo la noche anterior, y se pusieran en modo saludo a la bandera, esperando a que el chico les prestase algo de atención.

Miró a Dylan apartarse el pelo de los ojos, sudando como estaba, corriendo para bloquear a Quinn, y cruzó y descruzó las piernas.

«Maldito calor», protestó para sus adentros.

—Ey, tú.

Elizabeth apartó los ojos a regañadientes del espectáculo que tenía delante —porque seis tíos musculosos y tatuados era un espectáculo, quisiera ella admitirlo o no— para ver a Ginebra, que había arrastrado otra silla de playa hasta donde ella se encontraba y se estaba sentado a su lado.

La chica llevaba dos cervezas en la mano y le tendió una a Elizabeth. Esta la cogió sin dudar, sorprendiéndose a sí misma. Primero el pelo, ahora la cerveza. «Ese orgasmo te ha fundido las neuronas, chica», se dijo.

Ginebra chocó el cuello de su botella con el de Elizabeth y después le dio un gran trago a la cerveza. Elizabeth solo le dio un pequeño sorbo, pero agradeció la bebida fría.

—¿Quién va ganando? —preguntó, estirándose hacia atrás en la silla. Llevaba un vestido rojo oscuro, ancho y fresquito, y ni siquiera se había quitado las chanclas que Elizabeth asumía que llevaba dentro del bus. Tenía tatuada una rosa de los vientos en el empeine de un pie.

—No tengo ni la más remota idea —contestó Elizabeth sinceramente, que había estado más atenta a Dylan que al partido.

Ginebra se rio, y usó su mano de visera para ver mejor.

—Creo que van ganando tus chicos —dijo después de observar un rato el partido—. Jayden no estaría sonriendo así a no ser que estuvieran ganando.

—O sí —contestó Elizabeth—. Con Jayden nunca se sabe.

—Mierda, llevas razón.

Las chicas se quedaron un rato mirando jugar a los músicos, y Elizabeth pegó un pequeño salto del asiento cuando Dylan se tropezó con sus propios pies —en serio, con sus propios pies— y se cayó al suelo.

—¡Te juro que te gusta morrear el césped! —escuchó que le gritaba Jayden, riéndose, pero ayudándolo a levantarse.

Dylan se pasó las manos por los pantalones, y después miró a Elizabeth e hizo un gesto gracioso con la cara. La chica se rio sin darse cuenta, mientras Dylan se revisaba entero y, cuando comprobó que no se había roto nada, le hizo una señal con los pulgares hacia arriba.

—Te lo estás follando, ¿verdad?

Elizabeth se atragantó con la cerveza que se estaba bebiendo, aunque tenía la impresión de que si no hubiera estado bebiendo nada se hubiera atragantado igualmente.... con el aire.

Parpadeó varias veces y miró a Ginebra sin saber qué decir.

—Quiero decir que estás con él, ¿no? —corrigió la bajista—. Está bien, puedes decirlo si quieres. Aquí el rollo de la discográfica nos la suda mucho a todos.

La chica tenía una boca de camionero y no parecía dispuesta a echarse atrás en lo que le había preguntado ni a disculparse. Era como si no se le hubiera pasado por la cabeza que quizá Elizabeth podría no querer hablar del tema, o que se sintiera ofendida.

Así que Elizabeth decidió contraatacar.

«Dos pueden jugar a este juego», se animó.

—Te lo cuento si me dices qué hay entre tú y los Vikingos —dijo alzando las cejas.

Fue el turno de Ginebra de mirarla con las cejas alzadas.

—Tienes cojones, te lo reconozco. Ni siquiera Dylan se ha atrevido a preguntar. —Después se pasó una mano por el pelo y miró a los dos chicos en cuestión.

Estaban parados, discutiendo una jugada, Jude y Jayden hablando entre ellos, mientras Dylan parecía estar recuperando el aliento. Los mellizos estaban sudando, y se les podían ver los músculos ondular cuando se movían. La verdad fuera dicha, eran un espectáculo. Grandes, y fuertes, y tatuados. Como verdaderos guerreros vikingos listos para la batalla.

—No hay mucho que contar, la verdad —dijo la chica. Elizabeth quiso pararle los pies para decir que no tenía por qué seguir hablando, que solo se había estado marcando un farol, pero a Ginebra no pareció importarle—. Éramos muy buenos amigos y dejamos de serlo.

—¿No estabais juntos?

—¿No preguntas con cuál de los dos? Veo que sabes de qué va la cosa.

—Los rumores vuelan —contestó Elizabeth, diciéndole las mismas palabras que Ginebra le había dicho cuando se habían conocido.

Eso también era algo que Elizabeth había querido saber desde el principio. ¿Por qué compartían chicas? ¿Era algo que hacían siempre o solo de forma ocasional? ¿Solo con las chicas de una noche o con las novias? Mejor aún, ¿habían tenido alguna relación seria los dos con una misma chica?

—Solo éramos amigos, Doc.

—¿Pero...? —«Pero querías ser algo más», eso era lo que quería preguntar, pero Elizabeth se dio cuenta de que estaba siendo demasiado entrometida.

—Pero ¿qué?

—Nada, da igual.

Ginebra puso los ojos en blanco, y después le dio un trago a su cerveza.

—Tienes cara de querer saber, Beth.

—Liz —contestó Elizabeth con una sonrisa—. Mis amigos me llaman *Liz*.

—Liz —asintió la bajista.

El silencio que se hizo entre ellas fue relajado y observaron a los chicos gritarse y jugar durante un rato.

—Querían... Quisieron algo más contigo, ¿verdad?

Ese fue el momento de Ginebra de atragantarse con su cerveza. ¿Por qué si no iban esos dos a evitar a la bajista a toda costa, si no era porque sentían que su orgullo masculino había sido herido?

—¿Entre tú y yo? —Ginebra le habló bajito, sin dejar de mirar al frente, como si así fuera incluso más discreto.

Elizabeth asintió y después se sintió como una gilipollas porque Ginebra no podía verla.

—Por supuesto —le confirmó.

—Fui yo la que les pedí algo más.

—¿Y no funcionó?

—Algo parecido. —La chica torció el gesto, y se rodeó las piernas con los brazos, apoyando la botella de cerveza en las rodillas, cosa que Elizabeth sintió como el fin de la conversación, así que no presionó más.

Pobre Ginebra —Jackie, se recordó, se llama Jackie—, Elizabeth no quería ni imaginarse lo que tenía que haber sido poner su ilusión en algo y que no funcionase. Aunque no debía de haber sido nada serio si lo había intentado con los dos... ¿Verdad? ¿O era posible que hubiera querido tener una relación seria con ellos?

Miró a la chica de pelo azul y ojos verdes de reojo, y después a los mellizos. Esos dos probablemente estarían acostumbrados a compartirlo todo desde que eran pequeños. Desde la cama, hasta la bañera, pasando por la ropa. En realidad, si Elizabeth lo pensaba, no era tan raro que se sintieran cómodos compartiendo las chicas.

Pero una cosa era una chica cualquiera, y otra cosa era una relación de verdad.

Joder, se había quedado incluso con más curiosidad que antes. Para qué mierda habría preguntado.

—Entonces... —preguntó Ginebra, mirándola con una sonrisa que a Elizabeth no le gustó nada.

Ah, ese momento era cuando ella le respondía y le contaba qué estaba pasando entre ella y Dylan, ¿verdad?

«Qué mierda, lo justo es lo justo», pensó.

—Dylan y...

—¿Qué pasa conmigo?

Dylan las interrumpió en ese momento, apareciendo de la nada, como una torre de músculos y sudor que les tapó la luz a las dos, dejándolas sin más

narices que mirarlo. «Ja, ni que necesitaras tenerlo delante para eso», se rio su conciencia.

Dylan tenía las mejillas coloradas, el pelo mojado se le pegaba a la frente y estaba respirando por la boca como si hubiera venido corriendo. Elizabeth había estado tan pendiente de escoger las palabras adecuadas para Ginebra que ni se había dado cuenta.

—Que juegas de pena, eso pasa —contestó Ginebra.

Dylan le sacó el dedo, y después se acercó hasta Elizabeth, ignorando a la otra chica.

—Ey, rubia.

Le sonrió —una sonrisa de alto voltaje, de esas con hoyuelos y dientes que te dejan ciega sin querer—, y después apoyó las dos manos sobre los reposabrazos de la silla donde estaba sentada Elizabeth e, inclinándose, la besó.

Elizabeth se quedó muy quieta por instinto y dejó que el chico la besara porque no supo reaccionar. Pero después se apartó hacia atrás.

—¿Se puede saber que estás haciendo? —le preguntó bajito, entre el poco espacio que había conseguido crear entre sus bocas.

—¿Besarte?

—Nos van a ver todos —murmuró Elizabeth sin dejar de mirarle la boca. Dylan sonrió, pasándose la lengua por los labios.

—¿Es eso lo único que te preocupa?

—Sí —contestó sinceramente.

—Bien —contestó Dylan también en un susurró antes de volver a agacharse y besarla de nuevo.

Los labios del cantante estaban mojados de sudor, pero a Elizabeth no le importó. La besó obligándola a doblar un poco la cabeza, abriéndole la boca con la lengua, y se le olvidó que Ginebra estaba sentada al lado y que los demás chicos estaban, probablemente, yendo hacia allí, porque ya habían terminado de jugar.

Se le olvidó que en realidad ni siquiera había hablado de nada con Dylan, y no tenía ni pajolera idea de qué clase de relación tenían. Se le olvidó que en realidad no le gustaba mucho besar, porque, Dios santísimo, qué bien besaba Dylan.

Le rodeó los hombros con los brazos y le devolvió el beso.

Elizabeth escuchó de fondo como los chicos coreaban y les aplaudían. También escuchó algún silbido que otro.

—Si esa es la clase de terapia que hacéis en el centro —escuchó que decía Jayden—, me ofrezco voluntario.

Dylan dejó de besarla y lo sintió reírse contra su mejilla, pero ella no estaba preparada para enfrentarse aún a los demás, así que escondió la cara en su cuello.

—Tranquila, cariño —le murmuró Dylan al oído, para que solo ella lo escuchara—. Tengo tantos trapos sucios de todos estos cabrones que se estarían cavando su propia tumba si dijese algo. —Le besó la oreja mientras le pasaba los dedos por el pelo suelto—. Además, aquí somos una familia, Doc. Un poco de fe en los músicos.

Elizabeth le dio un puñetazo suave en el hombro por eso.

Dylan le besó la cima de la cabeza riéndose, y después se separó de la chica.

—Hemos ganado —dijo en voz alta para que Ginebra, que estaba mirándolos muy divertida, se enterase—. Así que os quedáis con vuestras habitaciones de mierda —gritó al final para que Quinn y Zack lo oyeran.

—No será gracias a ti —se burló Jude.

—Perdona, pero mi habilidad para caer sobre mi cara es fantástica.

—Pero no demasiado útil —contestó Nathan.

—Tú cállate. Me has bloqueado más a mí que a ellos en todo el partido —se quejó Zack.

Nathan solo miró de reojo a los mellizos. Jayden sonrió como un niño pequeño, Jude disimuló la risa con una tos.

—Serán cabrones... —murmuró Quinn.

—¿Echamos a correr? —Jude miró a Jayden, que asintió con la cabeza.

De repente, Elizabeth vio como Jude y Jayden corrían hasta su autobús riéndose como dos condenados, y Quinn y Zack los perseguían gritándoles barbaridades.

—Será mejor que vaya a vigilarlos, señoritas —dijo Dylan con un suspiro—. No quiero tener bajas para el concierto de esta noche.

Le dio otro beso rápido a Elizabeth y se despidió de Ginebra antes de salir corriendo.

—Supongo —dijo entonces la chica del pelo azul—, que eso responde a la pregunta de si estás con él.

Elizabeth se puso roja hasta las orejas y Ginebra se rio como una bruja durante un rato. En realidad, Elizabeth no tenía ni idea de si estaba o no con Dylan, o qué mierda era lo que estaban haciendo.

* * *

El teléfono empezó a vibrarle. Diría que se dio cuenta porque le sonó, pero estando en el lateral del escenario, con la música saliendo tan fuerte de los altavoces que era casi imposible escucharse ni pensar, oír cualquier otra cosa era imposible.

Elizabeth sacó el móvil sin prestarle mucha atención porque pensaba que sería su madre y tenía toda la intención de colgarle para llamarla después. Miró a Dylan haciendo el café en el escenario con Jayden, los dos agarrados y cantando, y después miró al móvil.

Mierda, no era Marisa.

Era Sarah.

«Mierda», volvió a pensar.

Con el buen rollo de los últimos días, se le había olvidado por completo que la hermana del músico existía. Y que había tenido más de una conversación con ella... a espaldas de Dylan.

A Elizabeth se le heló la sangre en las venas y por un segundo no supo qué hacer. Decidió que lo mejor era colgarle —de todas formas, ahí en el escenario no se podía hablar por teléfono con nadie— y, dejando que la culpa la invadiera, volvió a meterse el móvil en el bolsillo.

Pero la paz le duró medio minuto, porque lo volvió a sentir vibrar.

—Mierda —murmuró en voz alta. Miró a su alrededor y se dio cuenta de que no había nadie a su lado que estuviera pendiente de ella. Ni siquiera Mark estaba allí.

Al final se sintió mal por ella y por Sarah, así que salió del escenario y fue hasta el *backstage*, que en esa ocasión era más bien una sala de contrachapa blanca, con el aire acondicionado muy fuerte, para que los músicos descansaran.

Elizabeth fue hasta allí a un ritmo normal para que, si Dylan miraba de reojo, no la viera salir corriendo y se pensara que estaba pasando algo malo. Después, cuando estuvo dentro de la sala —que por algún extraño milagro estaba vacía—, cogió el teléfono.

—No puedo hablar mucho tiempo —dijo sin decir ni siquiera *hola*, porque estaba nerviosa. ¿Tenían que hacer descanso en este concierto? ¿O lo habían hecho ya? No se acordaba de las canciones que llevaban ni de cuánto quedaba de concierto. Si hubiera estado más pendiente del escenario...

—Gracias por cogerme el teléfono. —La hermana de Dylan suspiró—. ¿Cómo está Dylan? ¿Está mejor? ¿Lo estás cuidando?

«Ja, si tú supieras, bonita», se dijo.

Se obligó a apartar todas las imágenes que su cerebro había conjurado: las manos de Dylan, la boca de Dylan, Dylan sudando sobre ella, temblando...

—Está mejor —contestó, aclarándose la garganta—. Siento haberte hecho ir hasta el concierto de Georgia para nada.

—Tranquila. Me gustó verlo actuar, aunque no pudiera hablar con él. Es lo más cerca que he conseguido estar de él en... años.

—¿No habías ido a ningún concierto suyo?

—No. Nunca me había atrevido a ir... Pero pensé que esta vez quizá podría hablar con él. Después de lo que le ha pasado...

Pobre Sarah. Su hermano llevaba años sin dejarla entrar en su vida por algo que no era culpa de ninguno de los dos. La cantidad de cosas que podían arruinar los padres. La cantidad de mierda que arrastrábamos que ni siquiera era nuestra y no nos dábamos cuenta.

—De todas formas, sé que no tienes mucho tiempo, y te llamaba porque quería que hablaras con él sobre algo.

¿Hablar con Dylan sobre Sarah? ¿Ella pensaba que Dylan sabía que tenían contacto, o que Dylan estaba de acuerdo con que hablaran? No quería romperle las esperanzas a Sarah, pero Elizabeth estaba haciendo todo aquello a espaldas del cantante y, sinceramente, lo mejor que podía hacer era dejar de hacerlo, porque nada bueno podría salir de ahí. Ya le había mentado una vez, sobre su padre, y eso medio lo había tolerado porque se trataba de un secreto personal. ¿Si se enteraba de que le había estado mintiendo sobre algo que era invadir su privacidad? No volvería a dirigirle la palabra jamás.

Ella misma tenía ganas de no dirigirse la palabra nunca más. Estaba interviniendo de manera directa en la vida de... «Ni se te ocurra decir un paciente», pensó. No era su paciente. Era... Vale, no sabía lo que era, pero no su paciente, joder.

De todas formas, seguía estando mal.

—Los Lowell hacen todos los años una barbacoa en casa para celebrar el 4 de Julio —continuó Sarah, sacándola de sus pensamientos—. Normalmente Dylan pone alguna excusa para no ir, porque no quiere encontrarse conmigo. Solo... ¿podrías convencerlo para ir? No tienes que decirle que voy a estar, solo..., solo convencerlo de que vaya.

—No creo que darle una sorpresa sea muy buena idea.

—Ibas a darle una sorpresa el otro día —le contestó la chica—. Sé que puedo parecerte desconsiderada, pero es mi hermano y lo quiero. Necesito verlo.

Elizabeth suspiró.

Sí, había estado dispuesta a darle una sorpresa el otro día, pero es que desde entonces todo había cambiado. Ahora Elizabeth ya no solo se estaba jugando una discusión con el chico, ahora se estaba jugando que la volviera a mirar como si no la conociera, justo como en aquel baño, y que la volviera a llamar mentirosa. Ahora se estaba jugando otras cosas... Cosas que no quería pensar en perder.

—No puedo prometerte nada —le dijo mirando a su alrededor, comprobando que la música se seguía escuchando de fondo y que todo estaba en orden. Las luces artificiales del *backstage* titilaron durante un segundo, y a Elizabeth le recordó a pasar muchas horas estudiando en la biblioteca. Era esa misma clase de luz.

—Con que lo intentes, me haces un mundo.

Elizabeth suspiró. Se mordió el labio.

—Vale —le dijo al final—. Voy a ver si puedo convencerlo. Pero, Sarah...

—¿Sí?

—No será una sorpresa. Le diré toda la verdad y él decidirá si quiere ir o no, ¿de acuerdo? Tiene que ser decisión suya. Es lo mejor que puedo ofrecerte.

La chica suspiró también al otro lado de la línea.

—Supongo que es mejor que nada —contestó—. Gracias de todas formas.

Fue a decir algo más, pero Sarah había colgado y Elizabeth se quedó mirando el teléfono como una imbécil durante un segundo. Después se lo guardó en el bolsillo, y se pasó las manos por el cabello, porque no estaba acostumbrada a llevarlo suelto y que se le enredase sobre la cara.

En ese momento entró Mark, con la cabeza gacha y mirando su teléfono, escribiendo, totalmente aislado del mundo, y tardó un segundo en darse cuenta de que la chica estaba allí. Elizabeth pensó en salir antes de que se diera cuenta, pero estaba bloqueada, en medio de la sala, mirando al techo y pensando, pensando en cómo aquello podía salir bien.

—¿Qué te pasa? Menuda cara tienes —le dijo Mark como saludo cuando la vio. Después se sentó en uno de los sillones de la sala, poniéndose cómodo.

—¿Cuánto les queda para terminar? —preguntó ella en vez de contestar.

El mánager, que iba vestido como uno más de la banda, con ropa informal y una camiseta de *merchan* de Velvet Letters, miró su reloj.

—Quince minutos, máximo. Depende de lo que tarden en sacar a Dylan del público.

Elizabeth se rio un poco.

—¿Ha vuelto a tirarse?

Mark asintió con la cabeza.

—Un día de estos sale hasta sin pantalones.

—Por eso se pone los ajustados. Para que no se los quiten —contestó ella distraída, pero seguía sintiéndose como si la hubieran atrapado en una caja de cartón bajo el agua y las grietas estuvieran empezando a asomar por las paredes.

—En serio, te noto... ¿inquieta? —Mark la miró de arriba abajo, y el escrutinio molestó a Elizabeth.

—¿Es porque Dylan me lo contó? —preguntó el mánager.

¿Dylan? ¿Contarle? Si Dylan ni siquiera sabía que ella había estado hablando con Sarah. Elizabeth estaba tan centrada en la película que llevaba en la cabeza que tardó un rato en darse cuenta de que Mark no estaba hablando de eso.

Estaba hablando de ella... y de Ryan Reed.

Iba a decirle que no, pero si Mark quería pensar que Elizabeth estaba nerviosa porque él supiera quién era su padre..., no iba a negarlo. Porque ni de coña, nunca jamás de los jamases le diría a Mark nada sobre la hermana de Dylan. Qué leches, dudaba incluso que Mark supiera que tenía una hermana.

—Quería darte las gracias —le contestó Elizabeth—, por no decir nada, y por estar echando un ojo sobre el tema.

Mark asintió, sonriendo.

—La verdad es que lo flipé muchísimo cuando me lo dijo. Quiero decir... ¿Cuáles eran las posibilidades? Me había preguntado un millón de veces si me sonaba tu cara, pero la verdad es que yo no soy demasiado fan de tu padre, no como Dylan, de todas formas, y ni siquiera se me había ocurrido.

—Ya.

—Y me habías dicho que no habías venido nunca de gira, cuando salimos del centro, ¿te acuerdas? Ni siquiera se me ocurrió sumar dos más dos.

—Lo siento. No es algo que vaya contando por ahí, ya sabes, que soy la hija de aquel tío que se suicidó y que resulta ser famoso.

—Ni te preocupes. —Mark se encogió de hombros—. No es asunto mío. Se quedaron mirándose durante unos segundos, Elizabeth mordiéndose el labio, pensativa, Mark sin ninguna expresión particular en la cara.

—¿No has vuelto a saber nada sobre el periodista que me molestó en Miami?

—Tuve una conversación con él.

Elizabeth abrió mucho los ojos y la boca.

—¿Qué?!

—Tranquila, fue todo muy cordial. Le recordé que eras una profesional que estaba ayudando a Dylan en su tratamiento, y que tu historia familiar no era parte de ninguna portada.

¿Solo eso? Elizabeth no se creía que hubiera sido tan fácil. Tener la exclusiva de que la psicóloga que estaba tratando a Dylan Reeves era además la hija de Ryan Reed era un filón. «Y eso que no saben lo otro», pensó.

—¿Así de fácil?

—Puede que tuviera que amenazarlo con no volver a darle una entrevista de ninguna de mis bandas.

Elizabeth se rio, sorprendida. Se acercó hasta el otro sillón que había al lado de Mark y se sentó, sintiéndose un poquito más relajada, aunque sabía que solo era porque se estaba distraendo con otro problema.

—Gracias, de verdad. No tenías por qué hacerlo.

—Sí tenía —contestó Mark sin más—. Lo que me recuerda... —Mark se giró para quedar de cara a ella—. Tienes que llevar cuidado. Dylan tiende a pensar que... No, olvida eso. Dylan tiende a no pensar. Y si la prensa se entera de que estáis liados, eso *sí* va a ser difícil de parar.

Elizabeth sintió que se le subían los colores hasta las orejas y se tapó la cara con sus manos.

—Oh, Dios mío.

Mark se rio.

—¿Eso también te lo ha contado? —La voz de Elizabeth sonó camuflada por sus manos.

—No ha hecho falta. Esta mañana os salían arcoíris de los ojos.

—Qué vergüenza. —Elizabeth apoyó la cara en el sillón y se tapó la cabeza con los brazos, porque no podía mirar a Mark en ese momento.

Que le había visto en la cara *todo* lo que habían hecho... Elizabeth se quería morir. O que la tierra se abriera bajo sus pies y se la tragara... y, a ser

posible, la escupiera en un lugar paradisiaco, para ir tomándose unas vacaciones.

Mark le dio una palmadita en la cabeza, mientras se reía.

—Eso es lo de menos —le dijo—, lo importante es que tengáis cuidado. Dylan no quiere que su vida sea algo público, pero no suele llevar demasiado cuidado, y sé que a ti te afectaría mucho más si acabara todo en las portadas del cotilleo.

Elizabeth levantó la cabeza para mirarlo.

—Y no estoy hablando solo de tu padre.

No. Estaba hablando también de su carrera, porque independientemente de que ella supiera que el papel de padrino que estaba haciendo en la gira estaba siendo más de cara a que la discográfica los dejara en paz que otra cosa, el mundo pensaba —incluyendo su centro— que estaba ahí ofreciendo unos servicios determinados.

Y tener una relación con un paciente... podía costarle su licencia.

* * *

El hotel estaba junto a la playa, y Dylan quería bajar a nadar un rato, pero después del partido de esa mañana y el concierto de esa noche, estaba demasiado cansado. Por la mañana, se prometió.

Seb los llevó a todos desde la zona del concierto hasta el hotel, y Mark los acompañó hasta la recepción para formalizar los registros y darles las llaves. Esa vez no había *suites* libres, así que cada uno tenía una habitación diferente —«¿Para esto tanto partido?», pensó, después de haberse caído así como diez veces esa mañana por no dejar en ridículo a Jayden y a Jude.

Miró a los mellizos de reojo mientras cogía las llaves de su habitación, que, al menos, tuvieron la decencia de parecer ofendidos. Mark no le dio llave a Elizabeth, que lo miró con el ceño fruncido. El mánager sonrió y le guiñó un ojo, y después se fue a su propia habitación, porque, según él: «ya los había aguantado demasiado durante un día». Elizabeth parecía un poco perdida, pero Dylan la cogió de la mano y entrelazó sus dedos con los de la chica. Si Jude o Jayden o Nathan o quien fuera los veía y se daba cuenta, a él le daba igual.

—¿Tenéis algún plan para esta noche? —preguntó.

—Hemos quedado con algunas fans del *Meet&Greet* —dijo Jayden

—Por supuesto. —Dylan puso los ojos en blanco.

—¿Qué? Eran majas. Y se conocen la zona de clubes por aquí.

—Podrían haberte mandado la ubicación al móvil —sugirió Nathan mientras tecleaba en su teléfono. Dylan suponía que estaría hablando con Samantha, pero con Nathan nunca se sabía.

—¿Y dónde está la diversión en eso? —contestó Jude.

Elizabeth se rio a su lado, y Dylan le pasó el pulgar por la muñeca, asegurándose de que estaba ahí a pesar de que la tenía cogida con la mano. Nathan los miró con la ceja alzada.

—¿Vamos? —le preguntó a Elizabeth, que estaba sujetando su bolsa de viaje como si fuera un salvavidas. La chica no parecía estar cómoda en lugares donde la gente podía verlos, y más teniendo en cuenta que Dylan la llevaba de la mano como si le diera igual que supieran que se estaba acostando con su psicóloga, o lo que fuera.

Porque le daba igual.

Por él, como si querían empezar a decirlo en las noticias de las nueve. Pero sabía que a la chica no le daba tanto igual. Sabía que estaba el asunto de Ryan y el otro asuntillo, ese del código que tenían los doctores.

—Venga. —Le dio un tirón cariñoso a la chica, que lo seguía mirando entre cansada y dubitativa—. Nos vemos mañana, capullos.

No esperó a oír la respuesta de los demás y comenzó a andar hacia los ascensores del hotel. Por suerte para ellos, las puertas se abrieron cuando llegaron y pudieron subir a la planta de hotel sin esperar. Elizabeth cambió el peso de un pie a otro.

—¿Estás bien?

—Sí, ¿por qué?

El pelo de la chica estaba echado hacia un lado, suelto, lleno de ondas salvajes que le daban aspecto de león. Era curioso cómo Elizabeth intentaba domesticar su personalidad, escondiendo todos los rasgos que la hacían ser apasionada. Incluso su pelo.

Y era más curioso aún cómo incluso a través de él se le escapaba quién era.

Dylan sonrió sin poder evitarlo.

—Pareces nerviosa —dijo.

—Cansada —murmuró ella.

—No te preocupes. —Dylan se ajustó la bolsa de viaje sobre el hombro, aunque le molestaba porque había estado tocando la guitarra y llevando la

correa sobre ese mismo lado sin camiseta—. No es nada que un buen baño no pueda arreglar.

Elizabeth suspiró, pero le dio un apretón en la mano y Dylan se dio por contento.

Mientras caminaba con ella por el pasillo del hotel, unos pocos pasos tras ella, la miró desde atrás y pensó: «¿qué mierda estás haciendo?». Parecía una tontería pensarlo en ese momento, porque en realidad había tenido todo el día para procesar lo de la noche anterior.

Quizá debería haber estado dándole más vueltas. Quizá debería haberlo dejado correr, olvidar que había pasado y enterrarlo entre las sábanas del autobús de la gira. Después de todo, no sería la primera chica.

Pero Dylan tenía la intención de que fuera la última.

El pensamiento lo dejó parado en el sitio durante un segundo, hasta el punto de que Elizabeth siguió andando y, cuando vio que no podía tirar de él por el pasillo, se dio la vuelta para mirarlo.

—¿Qué pasa? ¿Te has olvidado algo?

Dylan quería reírse.

Sí, se había olvidado de lo que era tener ganas de vivir.

—En serio, ¿qué pasa?

Dylan no le contestó. Solo avanzó, acortando el espacio que había entre ellos, y la besó. No fue un beso suave, como el que le había dado cuando habían terminado el partido delante de los chicos. Fue un beso brusco, y la fuerza del impulso llevó a la chica a apoyarse contra la pared, al lado de la puerta de la habitación, y a Dylan a ir tras ella.

Elizabeth suspiró contra su boca y el sonido animó a Dylan a seguir besándola. La chica abrió la boca contra él, y la lengua de Dylan le acarició el borde de los labios.

—¿A qué ha venido eso? —preguntó Elizabeth.

Se había agarrado a sus hombros para no caerse, y tenía su camiseta negra en dos puños. Dylan le sonrió de lado.

—Me ha apetecido. —Dylan se encogió de hombros. Ella se lamió la boca, mirándolo como si estuviera intentando descifrar a qué jugaba.

—Deja de darle vueltas —le susurró Dylan, apoyándose con las manos en la pared tras ella. Estaban tan cerca de la habitación..., pero aún no estaban dentro y cualquiera podía pasar por el pasillo.

«Contrólate», se aconsejó.

—No puedo —murmuró ella también. La chica lo estaba mirando a los ojos y Dylan deseó llevar las gafas puestas, porque su escrutinio era demasiado. Sus ojos estaban muy azules y, Dios, ahora que lo sabía, podía ver el parecido con su padre. Era tan... tangible que a Dylan le pesaba entre los dedos.

—¿Por qué no? —Dylan la miró con el ceño fruncido.

—¿Por qué tú no pareces preocupado?

Dylan se rio contra ella y quitó una mano de la pared para tocarle el pelo, apartándoselo de la cara. La chica se estaba mordiendo el labio y parecía estar teniendo una batalla interna. Dylan las conocía muy bien, tenía un par de másteres y un doctorado en Batallas Consigo Mismo.

—Porque no lo estoy. Sé lo que quiero.

—¿Cómo estás tan seguro?

Dylan no sabía si se estaba metiendo con él o retándolo. O quizá estaba intentado convencerse a sí misma de algo.

—¿Tú lo tienes que pensar todo?

—Es lo que hace la gente normal —le contestó Elizabeth, mirándose las manos sobre los hombros de Dylan y después mirándolo otra vez a los ojos.

—¿Te lo tengo que deletrear para que dejes de comerte la cabeza?

Elizabeth frunció el ceño y Dylan le cogió la barbilla.

—Mírame —le habló despacio para asegurarse de que lo estaba entendiendo—. Yo no soy la gente normal —le dijo—. Y me importa una puta mierda si parece una locura. Yo solo quiero estar contigo.

—Pero soy tu psicóloga.

—No lo eres —le contestó él.

—Pero el contrato...

Elizabeth seguía agarrada a él y le contestaba entre dientes. Dylan no sabía si estaba intentado convencerse a sí misma o a él.

—El contrato se acaba en un par de meses. Y, después, puedo buscar otra psicóloga. Quien tú me digas. No soy imbécil, ¿sabes? —Dylan alzó una ceja—. Sé que tengo que seguir yendo a terapia.

—Estoy jodiendo la terapia —le aseguró ella echando la cabeza hacia atrás, contra la pared, cerrando los ojos.

Estaba guapa así, cansada y rendida, y Dylan no pudo resistirse. Le besó las pecas de las mejillas y la punta de la nariz.

—Cariño, técnicamente, estás jodiendo al músico.

Elizabeth abrió los ojos y lo miró muy seria.

—No bromees con esas cosas.

—No has pillado la broma.

Cuando se dio cuenta de qué era lo que Dylan había querido decir, le dio un golpe en el hombro.

—No se puede tener una conversación seria contigo, de verdad.

—No sé qué más tienes que hablar. Yo quiero estar contigo. Si tú quieres lo mismo, ¿por qué es tan complicado?

Para Dylan eran matemáticas simples lo que para Elizabeth parecía una ecuación de cuidado.

* * *

¿Por qué era tan complicado?

Por todo.

Porque no recordaba la última vez que había querido estar con alguien y no se había forzado porque sentía que era lo que debía hacer; porque no se acordaba de haber sentido nunca tiburones en el estómago —mariposas, decía la gente. Mentirosos todos. Eso eran tiburones, que se la comerían por dentro si no llevaba cuidado—; porque no creía haber querido tocar tanto a alguien nunca, ni con tantas ganas, y eso era peligroso.

Porque Elizabeth Reed era una niña llena de secretos, que se había quedado sentada hacía años en una comisaría y nunca se había levantado de ahí. Nunca nadie había vuelto a preguntar por ella ni la había tocado. Nunca nadie había vuelto a quererla. Ni siquiera ella misma.

Pero él ya lo había hecho. Él ya lo había hecho la noche anterior y no había pasado nada. ¿Qué más daba si dejaba que lo hiciera otra vez más, y luego otra? ¿Qué pasaría si Elizabeth Reed volviera a la vida, y la niña se hiciera mujer y ese fantasma que había fingido ser durante el resto de su vida dejase de existir?

—¿Por qué quieres estar conmigo? Si soy..., si estoy...

Dylan no la dejó terminar de hablar.

—Te juro por Dios que como digas *rota*, me cabreo.

Elizabeth se rio.

—Iba a decir que soy insufrible.

—Eso es verdad —le concedió Dylan—, pero yo también, cariño.

—Y no sabes si quieres estar conmigo. Solo estás lleno de oxitocina, y tu cerebro está colocado y no sabes si...

—Sé un poco sobre estar colocado, y la verdad es que esto se le parece. —Dylan la besó en los labios, un beso duro. El pelo del chico le hizo cosquillas cuando después le besó la garganta.

—No bromees con eso.

—Es la verdad.

—Mejor aún —le dijo ella, mientras luchaba por respirar normal y Dylan se abría paso entre sus piernas. La bolsa de viaje que llevaba se cayó al suelo, y Dylan se rio contra ella, soltando la suya también. El ruido sordo que hizo le recordó al sonido de su corazón hundiéndose en la tierra—. Cuando se te pase, no querrás saber nada de mí.

—Estás... —Dylan le besó el pulso en la garganta. La mano de Dylan estaba en su mejilla, y la otra se posó en su cintura, el pulgar haciendo círculos tranquilizadores—. ¿Estás racionalizando el proceso de enamorarse?

—Pero es que así es cómo funciona —se defendió ella, jadeando contra el cuello del chico cuando Dylan le mordió suave en un lado de la garganta y después comenzó a succionar ahí—. Primero..., primero crees que te enamoras, pero lo que pasa es que tu cerebro está colocado. Serotonina, oxitocina, endorfinas. —Dios sabría de qué era de lo que estaba hablando, porque Elizabeth no tenía ni idea. Dylan estaba marcando un ritmo con las succiones y Elizabeth se arqueó contra él sin querer. El chico gruñó sobre ella cuando se rozó con su cuerpo, la erección presionándole en el estómago—. Pero después... —siguió diciendo—, después tu cerebro se habitúa, y necesitas más, pero no puedes producir más, así que dejas de sentirte como te sentías y buscas algo más. Algo nuevo que te haga...

—¿Qué me haga qué? —murmuró Dylan, acariciándola con la nariz, soplándole en la marca que le había dejado en el cuello. Al parecer, Dylan estaba siguiendo el ritmo de su explicación. Punto para él, porque ella no tenía ni idea de lo que estaba diciendo.

—Que te haga sentir lo mismo que sentías antes —le dijo mientras subía una mano traidora hasta el pelo suave del chico y le rodeaba los hombros con el otro brazo.

—Así que, según tú, no deberíamos estar juntos porque podemos dejar de querer estar juntos —le rebatió él, dejándole pequeños besos en la clavícula, apartándole la camiseta con la barbilla.

Elizabeth cerró los ojos y se apoyó completamente contra la pared cuando Dylan le besó el esternón.

—Es peligroso —contestó.

—Sí —admitió él, pero después se olvidó de besarla hacia abajo y volvió a su boca, y ella ya no recordaba por qué era tan peligroso.

Dylan bajó ambas manos hasta sus muslos, y fue a rodearse a sí mismo con sus piernas. Elizabeth ya estaba preparada para cambiar el peso de su cuerpo y encontrar balanza con la pared cuando Dylan dejó de besarla y apoyó la frente contra la de ella.

—De todos los sitios donde podríamos estar teniendo esta interesante conversación... —El avance que dio con las caderas le hizo saber que no se estaba refiriendo a la conversación. En absoluto. Apartándose de ella, le dijo —: Vamos.

El cuerpo de Elizabeth sintió la falta del músico, como cuando has estado durante un buen rato en el agua, te has acostumbrado a la temperatura y después sales a la superficie.

Dylan cogió las dos bolsas de ropa y abrió la puerta de la habitación. Elizabeth lo siguió, cerrando la puerta tras ella y agradeciendo que nadie hubiera visto el espectáculo que habían montado ahí fuera. Esperaba que no hubiera cámaras de seguridad en el pasillo.

Se le subieron los colores hasta las orejas de pensarlo.

—¿Qué es?

—Nada.

Dylan la miró divertido.

—Pervertida —le contestó.

Quiso decirle algo gracioso, porque le resultó irónico que la llamara *pervertida* cuando era él quien siempre la besaba, quien aprovechaba cada oportunidad que tenía para tocarla, y era él —Elizabeth se esforzó por no mirar muy fijamente— quien estaba duro dentro del pantalón de cuero.

Dylan soltó los macutos sobre el sofá de la habitación y, después — porque era alérgico a ellas—, se quitó la camiseta por la cabeza, tirándola también sobre el mueble. Elizabeth no pudo evitar darse cuenta de la rozadura roja que llevaba en el hombro, que se extendía hasta el centro de la espalda.

Por haber estado tocando con la cinta de la guitarra directamente apoyada en la piel.

—¿Quieres crema para eso? ¿Te duele?

—¿El qué?

Elizabeth dio un paso hacia delante, tocándole el hombro y Dylan se miró a sí mismo, como si ni siquiera se hubiera dado cuenta de que lo llevaba.

—Ah, no. Da igual. —Se encogió de hombros—. De aquí a mañana ya no estará.

El chico siguió quitándose ropa. Se sacó las zapatillas, empujándolas con los pies por los talones, sin desabrocharlas, y después forcejeó con el cinturón.

—Voy a ducharme. ¿Vienes o entras después?

Dylan lo preguntó como si fuera lo más normal del mundo. De hecho, ni siquiera se dio la vuelta, mientras se dejaba los pantalones desabrochados —no llevaba ropa interior, y Elizabeth empezaba a verle el culo— y rebuscaba entre sus cosas. Cogió la bolsa de aseo, y vete tú a saber qué más, porque Elizabeth no podía dejar de mirarlo, con la pregunta revoloteándole la cabeza como un nido de buitres que se la iban a comer entera.

—¿Elizabeth? ¿Ducha?

Dylan la estaba mirando con las cejas alzadas.

Madre del Señor, se había dado la vuelta y lo tenía de frente y era casi peor. Con los pantalones tan bajos, Elizabeth lo único que podía hacer era seguir la línea de los músculos de las caderas, la uve que acaba en pico justo donde sus pantalones se abrían.

—Después —consiguió decir con la voz ronca.

—Lo que quieras. —Dylan se rio, porque no estaba siendo disimulada, pero es que, por favor.

El chico le dio un beso en la mejilla antes de desaparecer tras la puerta del baño y Elizabeth juraría que había ido contoneándose a posta. El muy cabrón.

* * *

El agua caliente no consiguió relajarla. Había bañera, así que Elizabeth había aprovechado y se había permitido el lujo de llenarla. Después de días duchándose rápido en la miniducha del autobús, poder lavarse el pelo como Dios manda y sentir que se limpiaba bien era casi una obligación.

Pensó que tal vez el agua caliente y su jabón de siempre conseguirían relajarla, pero no sirvió de nada.

Dylan había salido con sus pantalones de pijama oscuros y descalzo — Elizabeth le había preguntado que porqué llevaba pantalones, y él le había dicho que prefería mil veces pantalones sueltos a calzoncillos para irse a la cama—, y se había tumbado en la cama, encendiendo la tele, como si no pasara nada.

Como si todo fuera normal.

«¿Y por qué no iba a ser normal? Si lleváis todo el verano durmiendo juntos, compartiendo espacios más reducidos que este», le preguntó su conciencia. Sí, pero de alguna forma estar en un bus con todos, o en *suites* de hotel donde también estaba el resto de los chicos, lo hacía menos íntimo.

Antes se había podido engañar a sí misma, pero ya no había excusa.

Estaba liada con Dylan Reeves, y no tenía intención de dejar de estarlo.

Ya había terminado de lavarse y estaba tumbada en la bañera, con la cabeza apoyada contra la porcelana blanca, el pelo extendido en el agua, rubio oscuro casi castaño por estar mojado, y luchó por controlar su respiración.

Debería hablar con Dylan sobre Sarah, porque eso era lo que pasaba cuando dejabas tu mente vagar en la nada, que solo te acordabas de las cosas que tenías sin resolver.

Pero el chico estaba tan relajado, sonriendo a cada rato y haciéndole bromas. El concierto había sido bastante divertido y sabía que Dylan lo había disfrutado porque se había subido las gafas sobre la cabeza, enredándoselas en el pelo, y el público se había vuelto loco porque eso era algo que nunca jamás hacía.

Debería dejar de querer estar con él, eso también debería. Pero no le quedaban argumentos que darse, y eso que se los había discutido todos. Hasta la cosa más ilógica del mundo.

«Además, quieres que vuelva a tocarte», pensó.

Su cuerpo se erizó bajo el agua cuando se lo reconoció a sí misma.

Llevaba todo el día acordándose de sus dedos y de su boca, y de la forma de gemir contra su cuello cuando se había vaciado sobre su estómago. Se pasó las manos sobre el vientre, como si todavía pudiera sentirlo.

La sensación, el saber que podía volver a tocarlo —porque tenía permiso, y que quizá podía volver a tener orgasmos, que con él simplemente pasaban—, era tan nueva como atrayente, y Elizabeth se llenó de electricidad por cada poro.

Estaba acojonada, porque sabía todas y cada una de las razones por las que aquello iba a acabar en desastre, pero a la vez estaba más viva que nunca.

Y como Dylan Revees parecía haber despertado a esa niña perdida, llena de pasión y ganas, que una vez había sido, Elizabeth se dejó guiar.

Salió de la bañera y se envolvió en la toalla mullida de hotel. Se secó rápidamente el cuerpo y después el pelo, y aunque quería demostrarse algo a sí misma, se tomó el tiempo necesario para desenredarlo, porque si no, mañana se arrepentiría de no haberlo hecho. Mojado le llegaba a la cintura, y era más fácil peinarlo hacia delante. Después sacudió la cabeza, soltándolo y, mirándose al espejo, se sacó el dedo corazón.

No al reflejo de su padre, ni a la niña que había sido. A ella. A Elizabeth Harvey, esa fachada vacía que había construido.

Se envolvió bien en la toalla y salió del baño.

Dylan seguía tumbado en la cama, y aunque la televisión estaba encendida, el chico no parecía estar prestándole atención. De hecho, parecía estar más bien dormido, estirado en la cama con las manos detrás de la cabeza. Tenía el pelo alborotado, una sonrisa en la boca, y el pecho le subía y bajaba con tranquilidad.

Aun así, Elizabeth tenía un objetivo en mente.

Se acercó por el lado de la cama, y cuando estuvo a su altura, lo llamó.

—¿Dylan?

Las pestañas del chico temblaron, pero no se despertó, no del todo.

Elizabeth dudó durante un segundo si volver a llamarlo, porque así, dormido como estaba, era capaz de observarlo sin miedo, sin sentir que tenía que quitar la vista o que estaba haciendo algo malo.

Los labios de Dylan estaban entreabiertos y tenía una sombra de barba sobre las mejillas; el pecho ascendía y bajaba con tranquilidad, y Elizabeth no pudo evitar fijarse en el *piercing* que tenía en el pezón izquierdo. Las dos bolas de metal parecían brillar con la luz de la habitación. Elizabeth quiso estirar la mano y tocarlas, pero no lo hizo.

Cuando se dio cuenta, ya había alargado el brazo y estaba a medio camino de tocarlo, así que puso la mano sobre su bíceps.

—¿Dylan? —Volvió a intentarlo, alzando un poco la voz.

«Debería dejarlo descansar», pensó, porque probablemente estaría agotado después de esos conciertos y los ensayos, y el calor que hacía en todas partes. Elizabeth estaba convencida de que perdía litros y litros de agua en cada actuación. Aun así, su cuerpo iba buscando algo, ella quería demostrarse que no estaba tan muerta como pensaba.

Esa vez, las pestañas del chico se abrieron cuando lo llamó y Dylan cubrió con una mano la que Elizabeth tenía sobre su bíceps.

—Eh. —Su voz sonó rasgada, tranquila, como si hubiera estado un buen rato durmiendo. Los ojos del chico se quedaron fijos en ella, aunque, al principio, desenfocados; el azul tan claro y el marrón tan vivo que Elizabeth sintió que se podía ahogar en ellos.

—Te has quedado dormido —le dijo como una gilipollas, porque ahora que Dylan estaba despierto no sabía que decirle. Estaba ahí, delante de él, envuelta en la toalla blanca, y sin nada más, esperando que el chico la notase e hiciera algo al respecto y se sintió como una imbécil.

Aquello era una mala idea.

Dylan se pasó la mano por la cara, y después por el pelo, como si estuviera intentando quitarse el sueño de encima.

—¿Qué me he perdido? —preguntó.

—No mucho. La bañera es genial, por cierto. —Elizabeth se mordió la boca, y jugueteó con el borde de la toalla.

Él alzó las cejas y entonces la miró. No a la cara, como estaba mirándola todo el rato, sino a ella entera. La chica notó el momento exacto en que Dylan se dio cuenta de que estaba frente a él casi desnuda. Los ojos se le abrieron y las cejas se alzaron en su cara, la mueca de sorpresa divertida.

—Me alegro —murmuró, respecto a la bañera, pero se notaba que el chico ya no estaba pensando en hablar con ella. Estaba midiéndola con los ojos.

«Bien, es ahora o nunca», pensó Elizabeth.

—Estaba pensando... —dijo sin mirarlo a los ojos. Agachó la cabeza y el pelo húmedo casi le tapó la cara.

Notó, más que vio, como Dylan se levantaba de la cama, para sentarse en el borde; la tela del pantalón de su pijama le rozó las rodillas y, después, sus manos fueron hasta su cintura.

—¿Qué te he dicho de pensar? —le preguntó él, mientras atraía a la chica hasta su cuerpo, y cuando la tuvo entre sus piernas abiertas, apoyó la cabeza contra su vientre. Elizabeth sintió su respiración a través de la toalla, y el traidor de su cuerpo se encendió como una antorcha.

—¿Ahora resulta que no puedo pensar en absoluto? —le rebatió ella mientras le metía los dedos en el pelo. Aún lo tenía húmedo de la ducha, y se le enredó a Elizabeth entre los dedos.

—Es peligroso dejar que le des muchas vueltas a las cosas.

Dylan subió las manos por su cuerpo, desde las caderas, por los costados hasta los lados del pecho. La respiración de la chica se agitó, pero esperó, esperó porque quería ver qué hacía él.

—No soy peligrosa —contestó, pero no tenía ni idea de lo que le estaba diciendo. Dylan agarró el nudo de la toalla con ambas manos y se lo soltó sin avisar. La tela cayó al suelo haciendo un sonido sordo.

El frío de la habitación —gracias al aire acondicionado— la hizo erizarse y sus pezones se encogieron en un automatismo. Miró hacia abajo, a la cara de Dylan, que no estaba mirándola, sino enterrada en su vientre, con los ojos cerrados, y la boca pegada a la piel que había sobre el ombligo, subiendo y subiendo, arrastrando la nariz hasta que llegó al centro de su pecho.

Le dejó un beso allí.

—Hueles a mandarinas —murmuró contra su piel mientras bajaba las manos, de sus costados a sus caderas, otra vez ese viaje eterno al sur. Elizabeth se encogió pensando que iba a tocarla entre las piernas, pero Dylan la agarró del trasero con ambas manos y la obligó a moverse hacia delante. Acabó sentada sobre su cuerpo sin saber cómo.

Una pierna a cada lado del chico, justo como en aquel sueño que había estado teniendo durante días, y su mente a más de mil revoluciones por segundo. Le sudaban las manos y se agarró a sus hombros porque pensaba que se caía. El interior de sus muslos desnudos se rozó con la tela del pijama de Dylan y la sensación la hizo querer frotarse contra él. Lo hizo sin darse cuenta, y solo fue consciente de que estaba moviéndose sobre el cuerpo del músico porque él gruñó contra su esternón.

—Si sigues haciendo eso, esto va a terminar antes de empezar, cariño.

Elizabeth jadeó contra él, porque, Dios, su erección caliente estaba pegada a ella y, si seguía así, ella podría ver luces de colores tras los párpados.

—Quiero verlo —murmuró Elizabeth, porque su cuerpo aún se acordaba de cómo se había sentido cuando lo había tenido convulsionando sobre ella, gimiendo en el hueco de su cuello, con los pulsos calientes sobre su cuerpo. La hacía sentir viva, la hacía sentir sexi. Quería verlo. Le besó un lado del cuello y, moviéndose con más fuerza, le susurró—: Vamos.

Los dedos de Dylan se crisparon sobre sus nalgas, y le gruñó contra un pecho.

—Elizabeth —dijo en tono de advertencia.

—Dylan. —Ella hubiera querido que sonase igual, de verdad, para reírse de él, pero le salió como un gemido porque, joder, estaba ardiendo y la novedad del orgasmo con alguien era tan brutal que no quería dejarla escapar.

—Joder —lo escuchó murmurar. El chico le besó un pecho y después, como si alguna clase de demonio se hubiera apoderado de él, la agarró fuerte de la cintura con las dos manos y le dio la vuelta en la cama, dejándola tumbada y expuesta.

Sintió la necesidad de taparse, porque sus muslos cayeron completamente abiertos, pero después pensó que era una tontería. Dylan la había visto así, exactamente *así* el día anterior. El chico se apoyó en las manos y las rodillas para quitarse los pantalones de pijama de un empujón, y Elizabeth pudo mirarlo con libertad. Estaba respirando rápidamente y tenía las mejillas encendidas. Se inclinó sobre su cuerpo, cubriéndola, y por primera vez desde hacía un rato, la besó.

Fue un beso lento, a pesar de la prisa del chico por estar desnudo contra ella, y Elizabeth lo envolvió con brazos y piernas, porque si se le ocurría tomárselo con la misma calma que el otro día, lo mataba.

Alzó las caderas, frotándose contra él justo igual que había estado haciendo hacía un momento, solo que, sin nada entre ellos, la sensación era mil veces más grande, y tuvo que gemir. Dylan le mordió la boca, embistiendo contra su carne.

Se alzó sobre un brazo, mientras se ondulaba contra ella, y le besó el cuello, la mandíbula y el hueco de detrás de la oreja. Elizabeth se estiró como un gato, dándole acceso, y cerró los ojos, porque Dylan tenía toda la razón del mundo, no pensar era la mejor solución de la historia.

—Debería... —le jadeó Dylan contra el cuello, con besos con la boca abierta mojándole la concha de la oreja mientras se arqueaba contra ella y jadeaba. El *piercing* que el chico llevaba en el pezón estaba rozándose contra el de ella, y la sensación la estaba volviendo loca. Hizo un amago de levantarse sobre los dos brazos y retirarse de su cuerpo, pero Elizabeth lo rodeó más fuerte con las piernas.

—Voy a... —repitió.

—Vamos —le pidió ella, y metió las manos entre sus cuerpos, porque quería saber cómo se sentía. Desde que lo había sentido contra el vientre, se moría por tocarlo. Lo agarró sin dudar, porque la neblina del sexo la volvía impaciente, la volvía insensata. Dylan pulsó contra ella, entre sus dedos, húmedo, un peso caliente contra la palma de su mano.

—Condón —fue todo lo que Dylan pudo murmurar, mientras embestía contra su puño cerrado.

—No —jadeó ella, besándole la mejilla, apretándolo más fuerte—. No hace falta. Tomo la píldora.

—Pero... —le discutió él y Elizabeth le dio puntos mentales porque se lo siguiera discutiendo en ese estado.

—Sé que estás limpio. He visto tus analíticas completas, Reeves —le contestó, y después le mordió el mentón, impaciente.

El chico se rio contra ella.

—Me olvidaba de que eres mi médico.

—¿Piensas hacer algo con esto? —lo amenazó ella, dándole una caricia fuerte—. ¿O estamos pasando el rato?

—Puedo seguir así todo el rato que quiera, mujer. Soy una máquina.

—Dios mío —se quejó ella, soltándolo y tapándose la cara con las manos—. No vamos a acostarnos nunca, ¿verdad? ¿Solo nos vamos a dedicar a hacernos bromas ridículas?

—Tengo un gran sentido del humor —murmuró él, mirándola con una sonrisa de lado. Tenía la boca tan roja que Elizabeth quería comérsela, y como quería que se callara, se arqueó hacia arriba y lo besó.

Dylan se quedó muy quieto, como si no se esperase que la chica lo besara; pero después correspondió el beso con un suspiro, y le agarró la nuca con una mano, enredándose un montón de pelo de la chica entre los dedos.

Tiró un poco y ella se dejó guiar, abriendo la boca, besándolo con todo lo que tenía. Estaba loca si había pensado alguna vez en su vida que sabía lo que era besar.

Dylan le subió una pierna, hasta rodearse con ella más allá de su cadera, y Elizabeth lo notó posicionarse contra ella. Se preparó para una embestida rápida y el pinchazo que siempre venía al principio. Pero no supo decir si fue porque antes nunca había disfrutado realmente del sexo y no estaba preparada, o porque Dylan lo hizo despacio, en un movimiento casi tortuoso, pero no pasó. Lo que si sabía decir es que el dolor nunca llegó, solo un movimiento de avance y retroceso continuo, la sensación de que se estaba muriendo, pero muriendo porque la pelvis del chico la rozaba cada vez que avanzaba y se retiraba, hasta estar completamente dentro de ella.

Gimió y Dylan gruñó.

—Mierda —murmuró el chico entre dientes.

Gracias al ritmo lento que Dylan había llevado, no tardó demasiado tiempo en adaptarse a él, y Elizabeth sintió la necesidad de mover las caderas bajo su cuerpo. Lo hizo.

—No —murmuró él con un jadeo, agarrándole la cintura con una mano en un movimiento brusco—, no te muevas.

Elizabeth se rio contra él.

—Eso tampoco ayuda.

La voz de Dylan era estrangulada, y había dejado de moverse completamente sobre ella. Elizabeth torció la cabeza para mirarlo, y vio como tenía los ojos cerrados y las mandíbulas apretadas, en un esfuerzo por concentrarse.

—¿Cómo era eso de que eras una máquina?

—No había contado con que me harías un torniquete de ninja —le contestó él, y después se lamió la boca, gimiendo—. Joder.

Respiró varias veces para contenerse, pero Elizabeth estaba de buen humor. La sensación de que el sexo podía ser divertido y no tener cargas era nueva para ella. La sensación de que tenía poder sobre la otra persona le gustó.

Encogió los músculos internos solo por ver qué cara ponía.

—Elizabeth —suplicó el chico.

—Chsss. —La chica lo rodeó más fuerte con los brazos y alzó las caderas contra él. Quería verlo. No, mejor, quería sentirlo. Quería saber que le había dado algo, porque Dylan le había devuelto el trozo del rompecabezas que hacía siglos había escondido tan bien que ya no lo encontraba. Y si él le había dado eso, ella a lo mejor podía darle algo a cambio. Un hogar. Eso—. Está bien, no pasa nada.

Le dio besos en el hombro, besos en la mejilla que tenía contra ella. Le acarició la espalda, el pelo, los músculos calientes contrayéndose bajo las palmas de sus manos. Se meció contra él durante un rato, hasta que lo sintió rendirse.

Dylan se retiró y avanzó con las caderas en una embestida rápida y profunda, y ella gimió al sentirlo. Le mordió el hombro y siguió embistiendo, y la chica pensó que era un exagerado, porque estaba aguantando bien el tipo. Cuando Dylan le cogió la rodilla y la alzó aún más contra él, consiguió un ángulo tan profundo, que Elizabeth tuvo que cerrar los ojos y olvidarse de que estaba intentando seguirle el ritmo con las caderas.

Estaba empezando a sentir el orgasmo en la punta de los dedos, la electricidad en el vientre, cuando de repente sintió a Dylan jadear y embestir sin ritmo.

—Perdona —gruñó contra su cuello, temblando, pero ella no sabía por qué estaba pidiendo perdón. Elizabeth sintió los pulsos calientes dentro de ella, la sensación acercándola más al orgasmo, pero sin ser suficiente.

Dylan respiraba agitado contra ella.

—Perdona, perdona —murmuró una y otra vez, mientras le besaba el cuello, la mandíbula, la mejilla y la nariz.

—Está bien —jadeó Elizabeth, con los ojos aún cerrados, disfrutando de la sensación de seguir teniéndolo sobre ella, dentro de ella, porque Dylan no se había movido ni un ápice.

* * *

No estaba bien, pensó Dylan mientras se recuperaba del orgasmo más rápido que había tenido desde que tenía quince años. Se escondió en el cuello de la chica, porque se moría de vergüenza.

Llevaba toda la gira deseando acostarse con ella, fantaseando con acostarse con ella y ahora que lo hacía... ¿Qué? ¿Disfrutaba de ella, digamos, tres minutos y medio?

Eso era inaceptable.

Y podría conseguir que se corriera de muchas maneras, pero no quería salirse de ella, no quería separarse de ella. No ahora que sabía lo que era. No, nunca.

La chica se movió un poco bajo él, probablemente porque Dylan la estaba aplastando, y suspiró, besándole el cuello.

—¿Qué me has dicho tú a mí de pensar tanto?

—No es lo mismo —le contestó en un gruñido.

—Ahora que tu ego está en juego...

Dylan se alzó sobre los brazos para mirarla bien. La chica estaba sonriendo y no parecía enfadada. Tenía las mejillas y el cuello sonrojado. Dylan le había dejado una marca que mañana sería un morado en el cuello del rato que la había estado lamiendo contra el pasillo del hotel.

Su polla dio un tirón, aún dentro de ella.

«Esto no se ha acabado, ni de coña», pensó.

—Mi ego no tiene nada que ver con esto —murmuró, pero no se lo creía ni él.

Darle orgasmos a la chica que no los conseguía con nadie más se iba a convertir en su nuevo *hobby*, Dylan podía sentirlo. Apoyándose sobre un antebrazo, bajó la otra mano entre sus cuerpos, y siendo cuidadoso de separarse de ella solamente lo necesario para poder tocarla con el pulgar, la acarició entre las piernas.

La chica jadeó, y se movió bajo su cuerpo, buscando más fricción, con los ojos muy abiertos, como si se hubiera sorprendido de que Dylan estuviera haciendo eso.

Dylan le guiñó un ojo y mientras la tocaba en círculos rápidos, se inclinó sobre ella para besarla. Le lamió la boca, le mordió la barbilla, pero acabó por bajar por su cuerpo y besarle un pecho, porque... ¡joder, sus tetas!

El gemido de la chica lo hizo volver a ponerse duro, no del todo, no todavía, pero la intención estaba. Los músculos de la chica lo apretaron por dentro y dio una embestida contra ella sin querer.

—No me lo creo —jadeó Elizabeth.

Dylan se rio, lamiéndole un pezón, y aceleró el ritmo con los dedos.

—Ventajas de ser un niño de mierda, cariño.

—Dios mío.

—Cállate y concéntrate en correrte. —Le dio un mordisco de advertencia sobre un pecho y pensó en lamerla entre las piernas otra vez, porque le gustaba sentirla contra la lengua, pero no quería salir de ella.

La chica agarró a Dylan con una mano, las uñas arañándole los hombros, y la sábana de la cama con la otra. Supo el momento exacto en el que el orgasmo la atravesó como un rayo porque convulsionó contra él, quedándose sin aire, apretándolo tan fuerte dentro de ella que a Dylan se le nubló la vista.

Elizabeth volvió a la vida, respirando agitada.

—Eso ha sido...

—Lo sé, lo sé —dijo riéndose mientras se alzaba sobre los dos brazos para verla—. Soy un dios del sexo.

—Un dios del sexo de gatillo rápido, querrás decir. —Elizabeth le sacó la lengua.

Dylan fingió ofenderse.

—No has querido decir eso.

Elizabeth asintió, con una sonrisa tan grande en la cara que Dylan sintió que le había regalado el puto mundo.

A la mierda la música y la discográfica, y cualquier otra cosa, él sería feliz dedicándose a darle orgasmos a esa mujer.

—Te vas a arrepentir —la amenazó.

—Ah, ¿sí?

—Ah, sí

Dylan los giró en la cama, con cuidado de no salirse de ella. Elizabeth acabó sobre su cuerpo, apoyándose en su pecho con ambas manos. Dylan le dio un golpe en el trasero y después se puso las manos tras la cabeza.

La chica le alzó una ceja.

—¿Otra vez? —le preguntó ella, retándolo.

—Otra vez, cariño, otra vez.

Embistió con las caderas para que se diera cuenta de que estaba más que preparado.

Y si Dylan podía, no pensaba parar nunca.

Capítulo 21

I've got two faces, blurry's the one I'm not.
Goner, Twenty One Pilots

Que el cuerpo caliente de Dylan estuviera presionado contra ella no era nada nuevo, pensó Elizabeth a la mañana siguiente cuando abrió los ojos y se encontró envuelta entre los brazos del músico, con un muslo entre sus piernas. Pero que estuviera desnuda, sintiendo a Dylan muy desnudo también contra ella, eso sí que era una novedad.

El chico estaba medio duro contra ella, pero estaba durmiendo, respirando suave con la cabeza escondida contra la espalda de Elizabeth. Sonrió por la sensación, y después se dio cuenta del resto. Una de las manos de Dylan estaba bajo la almohada, al lado de la cara de la chica, pero la otra estaba enganchada —literalmente— a uno de sus pechos.

Elizabeth se rio contra él, pero Dylan solo se movió en sueños, haciéndole cosquillas con las pestañas en la espalda. Sintió una oleada de pánico recorrerle el cuerpo, la misma que la había recorrido la mañana anterior, pero esperaba no tener que sentirla de ahí en adelante, porque no pensaba hacerle caso.

«¿Qué estás haciendo?», era la pregunta favorita de su conciencia esos días. Junto con: «tienes que contarle lo de Sarah». La culpa la atravesó como un agujón lleno de veneno, y giró la cabeza para besarle la palma de la mano que estaba abierta junto a su cara. Envolvió con su brazo el del chico y se acurrucó más contra su cuerpo, con el muslo de Dylan resbalando entre sus piernas, porque su contacto la tranquilizaba.

«Se lo tienes que decir», se recordó.

Cerró los ojos y le besó también la muñeca, pensando en que no iba a estropear ese momento. «¿Por qué mierda no dejas de darle vueltas a todo y te centras en este momento?», se reprochó. A Dylan parecía dársele muy bien no preocuparse por nada.

Consiguió relajarse, respirando contra el cuerpo del cantante, pero antes o después tendría que levantarse, porque su vejiga le estaba gritando. Al final lo hizo, a regañadientes, desenvolviéndose del abrazo caliente de Dylan, con cuidado de no despertarlo. Dylan se abrazó a la almohada del lado donde Elizabeth había estado tumbada, inspirando fuerte con la nariz.

Tuvo que sonreír como una imbécil.

Caminó hasta el cuarto de baño sin ningún problema, porque la luz se colaba por las cortinas claras de la habitación. Aun así, encendió la luz y se sorprendió cuando vio su reflejo en el espejo. Tenía toda la piel sonrosada.

También tenía marcas. Una a un lado del cuello, otra en la cima de un pecho. Y su pelo era una locura absoluta. Ni siquiera lo había secado antes de ir a la cama, y ahora las ondas eran un jaleo complicado, imposible de peinar.

Y, sin embargo —a pesar de que parecía que acaba de salir de un campo de batalla, y que, si era sincera consigo misma, tenía agujetas en los muslos y una leve molestia entre las piernas—, tenía algo, un brillo en los ojos y en la piel. Algo en la boca ardiendo de besar, y en la barbilla roja de rozarse con la barba incipiente del chico.

Había algo que la hacía sentir viva, y mirarse sonriéndose a la cara.

«Elizabeth Reed, ¿eres tú?», se preguntó.

Se rio de pensarlo. Usó el baño y se lavó las manos sintiéndose a gusto consigo misma por primera vez desde no sabía cuánto tiempo.

Ni siquiera se vistió.

Al salir, se encontró con que Dylan se había dado la vuelta en la cama y estaba durmiendo bocarriba, con un brazo sobre los ojos. Elizabeth pudo ver el tatuaje de las flechas cruzadas sobre su tríceps, y después se fijó en su boca. Estaba entreabierta, y respiraba con tranquilidad.

Quería besarlo.

Su piel tenía un tono dorado, bronceado de los días de sol de la gira, y Elizabeth se encontró pensando que quería besarlo por todas partes. Quería morderle la lengua, y besarle el *piercing* del pezón, y —que Dios la ayudase — quería lamerle los huecos de las caderas.

Se paró junto al pie de la cama, observándolo dormir, la sábana blanca enredada en sus caderas, una pierna fuera y otra debajo, un muslo flexionado hacia un lado, y se dio cuenta de que no solo quería hacerlo, sino que además podía.

Con una seguridad en sí misma que hacía mucho tiempo que no sentía, se subió a la cama y trepó sobre el cuerpo de Dylan, teniendo cuidado de no

rozarlo para no despertarlo.

Lo rodeó, con una pierna a cada lado de sus caderas, apoyándose en la cama sobre la palma de las manos. El pelo cayó sobre el pecho del chico cuando ella se agachó para darle un beso sobre el pectoral. La piel estaba cálida, y el olor a sexo lo envolvía. Elizabeth arrastró la nariz sobre su cuerpo, con los ojos cerrados, hasta toparse con el *piercing* de su pezón.

Abrió la boca y le dio un beso húmedo, y después, solo porque podía, le lamió el *piercing*. El chico se movió un poco bajo ella, pero no se despertó y Elizabeth sonrió contra su piel, porque le gustaba la libertad de tocarlo sin ser vista.

Descendió por su cuerpo, dejando besos por su abdomen, y se colocó entre sus piernas, sentándose sobre sus talones, observándolo. Agarró la sábana blanca con una mano, mientras se mordía el labio, insegura, porque no se acordaba de la última vez que había hecho aquello porque le apetecía.

Nunca, probablemente.

Nunca había sentido atracción hacia alguien, no de esa forma.

Elizabeth sonrió y con un tirón de sábana lo dejó totalmente expuesto.

* * *

Cálido.

Húmedo.

Estrecho.

Dylan se pasó las manos por los ojos, mientras su cerebro intentaba descubrir de dónde venían las sensaciones. Gruñó en sueños, y se encontró embistiendo con las caderas, levantándolas de la cama, sin saber por qué. Un calor asfixiante lo recibió entre las piernas, resbaladizo, que lo hizo derretirse como el caramelo.

—¿Qué...? —murmuró.

Se llevó una mano entre las piernas por instinto, para encontrarse con pelo suave entre los dedos, y entonces, como si su cerebro hubiera conectado lo que estaba sintiendo con lo que estaba tocando, se dio cuenta de que era Elizabeth y eso lo hizo gemir.

Entre la neblina del sueño y la lengua de fuego que lo estaba lamiendo, escuchó a Elizabeth reírse. El sonido lo atravesó como un latigazo y Dylan abrió los ojos de golpe.

Miró hacia abajo para encontrarse con Elizabeth observándolo, desnuda entre sus piernas. El pelo de la chica le estaba cubriendo los muslos y Elizabeth se lo echó hacia atrás con una mano.

—Buenos días —dijo Dylan, acariciándole la mejilla con el pulgar.

Ella contestó, pero al tener la boca ocupada en otros asuntos, Dylan no la entendió. Lo estaba acariciando con un movimiento suave de la mano, pero su piel debía de estar llena de electricidad, o de algo, porque el músico lo sintió hasta en la médula.

Cerró los ojos y las caderas se le fueron hacia delante sin querer.

—Veo que has encontrado algo con lo que divertirte. —Quiso que sonara de forma divertida, pero acabó jadeando, porque Elizabeth lo acarició con el pulgar y le dejó un beso húmedo después.

—Era esto o escucharte roncar durante otra hora —bromeó ella, y Dylan se rio.

—Yo no ronco —protestó, y Elizabeth fue a contestarle, pero Dylan enredó los dedos en la nuca de la chica, cogiendo un puñado de pelo, y la guio con la mano. Elizabeth no opuso resistencia y el chico pensó que se moría cuando el calor de su boca lo rodeó.

—Joder... —murmuró entre dientes, mordiéndose la boca tan fuerte que creyó que se haría daño.

Elizabeth había cerrado los ojos y se estaba ayudando también de la mano para tocarlo; pero el chico tuvo que dejar de mirarla, porque entre el pelo rodeándolo y su boca envolviéndolo, los labios apretados y la mano rodeándolo en la base, creía que se moría.

Dylan gimió y ella lo tomó como una buena señal, porque aceleró el ritmo; no quería correrse tan pronto, pero era imposible pensar en otra cosa que no fuera en eso.

Las caderas se le movieron solas y aún tenía el puño en su nuca, sujetándola, pero debió de ser demasiado, porque Elizabeth se retiró, haciendo un ruido gracioso.

—Perdón —murmuró él.

—No pasa nada. —Elizabeth se rio contra la piel de su estómago, besándolo con la boca mojada—. Es la falta de práctica.

—¿Quieres practicar un poco más? —preguntó con la voz rota, bajando la mano, agarrándose a sí mismo, cubriendo los dedos de la chica, guiando su mano a un ritmo más acelerado.

—Eres un cerdo.

Elizabeth lo miró desde abajo y él sonrió.

—Ven aquí. Tengo una idea mejor.

—¿Tengo que fiarme de ti? —Elizabeth alzó una ceja y Dylan puso los ojos en blanco. Fue a levantarse de la cama para agarrarla, pero para su sorpresa Elizabeth subió por su cuerpo, dejándole besos en el abdomen y en el centro del pecho.

Se sentó a horcajadas sobre él y Dylan la sintió ardiendo contra su estómago.

—¿Y ahora qué, genio?

—Eres una...

Pero Elizabeth lo besó, mordiéndole primero el labio de abajo, y a Dylan se le olvidó lo que iba a decir. No solo por tenerla sobre él, inclinada hacia delante, con los pechos de la chica rozándolo y el calor del centro de su cuerpo mojándole el estómago, sino porque, si lo pensaba, tenerla así, tocándolo y besándolo sin miedo, exigiendo lo que quería, era un cambio tan brutal desde que la había conocido que sintió algo en el pecho calentándolo por dentro.

—¿Una qué? —jadeó ella, frotándose sin vergüenza contra él. Dylan no se atrevió a mirar entre sus cuerpos o acabaría corriéndose otra vez antes de lo que quería.

—No me acuerdo —murmuró él, agachando la cabeza para besarle un pezón. La agarró de la cintura y la forzó a bajar por su cuerpo, hasta que sintió que si empujaba con las caderas estaría dentro de ella.

Seguía sujetándola por la nuca con la otra mano y, mientras Elizabeth dejaba la cabeza caer contra su hombro, jadeando, él le soltó el pelo y bajó la mano por su espalda, hasta llegar al centro de su cuerpo y abrirla con los dedos.

—Dylan —Elizabeth jadeó sorprendida, y el chico sonrió contra su pecho.

La tocó con los dedos, y el ángulo no era cómodo, pero Elizabeth gimió en la curva de su cuello como si le estuviera gustando, así que se dio por satisfecho. La chica estaba resbaladiza, y Dylan deseó tener más tiempo para poder volver a lamerla entre las piernas, pero sabía que como se retrasaran demasiado Mark iba a subir a llamar a la habitación, porque tenían que hacer unos cuantos kilómetros hasta Filadelfia.

—No tenemos mucho tiempo, cariño —le dijo, besándole un lado del cuello, y moviendo la mano de donde la tenía. Se aseguró de tener los dedos

húmedos para tocarla por fuera mientras se posicionaba contra ella.

—Voy a... —La chica gimió, moviéndose contra su mano, y Dylan aceleró con los dedos. La quería líquida.

Entró en ella de una embestida y la sintió temblar contra él, agarrándolo con tanta fuerza que a Dylan se le pusieron los ojos en blanco. Elizabeth tembló sobre él, camuflando sus gemidos mordiéndole el cuello. A la vez que a Dylan se le crispaban los dedos en la cintura de la chica.

Quería tener tiempo suficiente para obligarla a correrse otra vez, pero no lo tenía. Quería no sentir el orgasmo entre los dedos, porque era demasiado pronto, pero no podía evitarlo.

Supo el momento exacto en el que Elizabeth se recuperó porque empezó a moverse sobre él, apoyándose sobre ambas manos bajo la almohada, dándole besos pequeños en el cuello.

—¿Vas a correrte? —le susurró.

Elizabeth nunca jamás decía vulgaridades, así que Dylan se sintió crecer un poquito dentro de ella al oírla hablar así.

—¿Y esa palabra, cariño? —Le gustaría decir que lo dijo en un tono normal, pero lo jadeó, cada palabra dicha con una embestida, porque la chica estaba marcando un ritmo de infarto.

—Todo se pega —rio ella.

—Al final vas a...

—Cállate —lo cortó ella con un beso, porque Dylan tenía la mala costumbre de hablar en la cama, y el chico se había dado cuenta de que la sacaba de quicio. Se rio dentro del beso y cerró los ojos, relajándose, centrado solamente en la sensación de la chica moviéndose sobre él.

«La mejor terapia del mundo», pensó mientras se le fundía el cerebro con la neblina del orgasmo.

* * *

Un rato después, Elizabeth estaba envuelta en una toalla, peinándose las ondas sin mirarse al espejo, porque estaba empañado, mientras escuchaba cómo Dylan cantaba en la ducha. El chico hacía gorgoritos, dando tonos altos con la voz y riéndose después mientras el agua de la ducha lo envolvía, y Elizabeth tuvo que reírse.

Dylan cerró el grifo.

—¿Qué pasa?

—Nada.

—¿Te estás riendo de mí?

En realidad, Elizabeth no sabía ni de lo que se estaba riendo. Si de estar desnuda envuelta en una toalla, en el baño con un músico con el que al parecer estaba acostándose; o de que Dylan fuera su paciente; o de algo que ya no sabía ni lo que era; o de que si, por un casual, Dios no lo quisiera, alguien les echaba una foto intimando, estarían jodidos.

Lo mismo debería empezar a llorar en vez de estar riéndose.

—Entonces... —empezó a decir Elizabeth de repente—, ¿esto significa que estamos juntos?

La chica dejó el peine sobre el lavabo y se pasó los dedos por el pelo, despegándose del cuero cabelludo, mientras veía como Dylan salía de la ducha y se rodeaba las caderas con una toalla.

—Cariño, ¿todavía tienes que preguntar? —Dylan le sonrió de lado, y se pasó las manos por el pelo mojado. Elizabeth se dio cuenta de que el músico tenía una marca roja en un lado del cuello. Una marca que tenía su nombre y apellido.

—Eres el *rockero* más raro de la historia.

—¿Y eso por qué? ¿Por qué sé lo que quiero?

—No. Porque no te lías con fans, ni sales con muchas chicas. Ni siquiera vas a muchas fiestas.

Dylan se encogió de hombros.

—Lo de las fiestas...

—Ya, perdona. —Elizabeth sonrió y asintió, porque se había dado cuenta de lo que había dicho nada más decirlo.

—En cuanto a lo otro, ¿qué puedo decir? Nunca he sido de los que van acostándose con la primera que encuentran.

Elizabeth lo miró seriamente, entre divertida y ofendida porque esperaba que se tragara semejante mentira. Por favor, era un chico guapo, joven y de éxito. Tenía miles de fans alrededor del mundo y las chicas se le tiraban encima dispuestas a cualquier cosa.

—¿Qué? No me mires así. Es verdad. Puede que haya habido una o dos —admitió, yendo hacia ella y dejándole un beso en el hombro antes de pasar la mano por el espejo y coger su cepillo de dientes—, pero fue al principio. Después la mierda se puso tan seria que no estaba ni para pensar en tías.

—Gracias por la parte que me toca. —Elizabeth se hizo la ofendida, y Dylan puso los ojos en blanco.

—No ha sido así contigo.

—¿Cómo ha sido conmigo?

—Ni siquiera hemos desayunado, rubia. ¿De verdad estamos teniendo esta conversación?

Elizabeth lo miró inocentemente. Quería hacer como que estaba preguntando por preguntar, pero la verdad es que sentía mucha curiosidad. La imagen de Dylan que se había hecho al principio en su cabeza, para protegerse de encariñarse con él —con un éxito *impresionante*, visto lo visto— había resultado ser muy diferente de la realidad. El chico tenía una adicción, y probablemente iba a tener que pelear el resto de su vida contra eso — Elizabeth sabía muy bien que un adicto no dejaba de serlo nunca, y que cuando Dylan volviera a pasar por una mala época, la tentación le susurraría al oído —, pero a pesar de eso, era todo lo contrario a lo que ella había esperado. Era dulce y cariñoso; era alegre y estaba lleno de vida. No estaba centrado en sí mismo, ni en la imagen de músico que quería dar al mundo. No era superficial.

Era honesto y claro.

Era lo que se veía.

No era retorcido ni complicado, un mapa lleno de tesoros escondidos. No tenía nada que ver con Ryan Reed, y Elizabeth lo agradeció.

—Estaba de broma. ¿Por qué esa cara de repente, rubia? —Dylan la miró con el ceño fruncido, y después se metió el cepillo de dientes en la boca. Elizabeth lo observó a través del espejo, y le sonrió un poco, abrazándose a sí misma en la toalla.

—Estaba pensando en mi padre.

Dylan alzó las cejas, esperando que siguiera hablando, mientras hacía caras frente al espejo; y Elizabeth pensó en que si todas esas fans lo vieran ahora mismo, con la boca llena de pasta de dientes y hasta la barbilla manchada de espuma, lo mismo no lo encontraban tan sexi.

«O lo mismo sí», pensó al instante, porque ella tenía ganas de besarlo igualmente.

—Lo he guardado como un secreto durante tanto tiempo que a veces se me olvida que es parte de mí. Y cuando me miro al espejo no sé con cuál de las dos Elizabeth debo quedarme.

Dylan se terminó de enjuagar la boca y se secó con la toalla de mano que tenía al lado.

—Sé a qué te refieres.

—¿En serio? —Elizabeth lo miró sorprendida—. Porque a veces ni yo siento que me entienda.

Dylan se dio la vuelta para mirarla, y se acercó hasta Elizabeth. La chica pensó que iba a besarla, pero se paró cuando estuvo muy cerca de su cuerpo.

—Me he pasado años peleándome entre el Dylan que se quedó en Atlanta y el Dylan que se sube a los escenarios, cariño. Sé de lo que me estás hablando.

Ella suspiró y Dylan se inclinó para besarla.

—¿Crees que me odiaría? —preguntó ella de repente, en un susurro, porque contra su boca podía fingir que no lo había dicho. Ni siquiera sabía de dónde había salido la pregunta, porque no creía que se hubiera planteado nunca cómo se sentiría su padre respecto a ella, de seguir vivo.

—¿Tu padre?

El silencio que se hizo entre ellos fue la única respuesta que Dylan recibió.

—Cariño, estaría encantado con todo lo que has conseguido.

Elizabeth se rio, porque reírse era más seguro que cualquier otra cosa. Si Dylan no la hubiera rodeado con los brazos, probablemente se hubiera puesto a temblar sin parar.

—¿Líame con mi paciente? Oh, sí, estaría superorgulloso.

—Con un paciente la ostia de sexi, no te quites mérito —le rebatió él, y Elizabeth sintió la sonrisa del chico aunque no le estuviera viendo la cara.

—Con un músico de *pop punk*.

—Dios mío, tu padre te adoraría, pero a mí no —dijo Dylan alarmado. Elizabeth le dio una palmada en el hombro, pero se sintió relajada de repente, bromeando sobre una cosa de la que normalmente no podía ni hablar—. No, cariño, ahora has sacado el tema. Mi músico favorito en el mundo me odiaría.

—Chsss, tranquilo, corazón. —Elizabeth le besó un lado del cuello—. Pero yo no.

Dylan se rio y la apretó más en la jaula segura de sus brazos.

—Y por eso contigo ha sido diferente —murmuró Dylan de repente.

Elizabeth se separó de él para mirarlo a los ojos, los dos colores observándola con pasión, y casi con devoción. «Dylan Reeves no hace nada a medias», pensó ella de golpe, y el pensamiento la hizo sentir emocionada y asustada a la vez.

—¿Porque tengo una paciencia de santa?

—Y unas tetas increíbles.

Ella puso los ojos en blanco, pero estaba sonriendo, y Dylan le soltó la toalla de forma tan sutil que no se dio cuenta hasta que estuvo en el suelo.

—Deberíamos ir a desayunar... —sugirió ella, pero Dylan ya estaba ocupado en otras cosas más interesantes, como besarle la cima de un pecho.

—Estoy desayunando —protestó él.

Elizabeth se rio, pero agarró al cantante de la nuca para dejarlo contra su cuerpo. El pelo húmedo del chico le hacía cosquillas, y suspiró.

—Eres imposible —suspiró Elizabeth.

—Soy...

Pero no llegaron a saber lo que Dylan iba a decir porque entonces alguien tocó a la puerta de la habitación. Dylan suspiró, mirándole las tetas como si de verdad fuera un suplicio separarse de ellas. Tenía los pezones ardiendo de la cantidad de besos que le había dado y, aun así, cuando el chico volvió a lamerla, ignorando la puerta, un escalofrío la recorrió.

—Sé que estáis ahí. —La voz de Mark sonó camuflada a través de la puerta, mientras volvía a tocar—. Tenéis quince minutos si no queréis que os deje aquí tirados.

—Qué exagerado es —le dijo Dylan, mientras le besaba el centro del pecho y se separaba de la chica.

—¡No te puedes dejar al cantante atrás, imbécil! —Escuchó que contestaba Dylan a la puerta. Elizabeth se rio mientras salía del baño detrás del músico, envolviéndose en la toalla. Cuando se dio cuenta de que Dylan había abierto la puerta al mánager —solo cubierto por la toalla—, la chica dio un paso atrás y se refugió detrás de la puerta.

—En serio, quince minutos. Ya vamos tarde.

—Vale, vale. Nos damos prisa. —Dylan fue a cerrar la puerta, pero entonces Elizabeth vio como le dijo a Mark—: ¿Puedes ocuparte de que haya algo de comer en el bus?

—¿Te has dedicado a quemar muchas calorías, mamón? —Mark se rio, y Elizabeth se escondió aún más detrás de la puerta del baño para que no la viera. Se le subieron los colores hasta las orejas.

—No sé de qué me hablas —contestó Dylan, pero incluso desde donde estaba sabía que estaba sonriendo de oreja a oreja

* * *

Estaban en el aparcamiento de tráileres de Filadelfia, y Elizabeth había salido para ayudar a Amelia con la caseta de *merchan* cuando Dylan entró en la zona de literas para llamar a Jayden.

Mark acababa de entrar en el bus, diciéndoles que necesitaba hablar con todos, y cuando eso pasaba se les olvidaba que Mark era su amigo y se ponían en modo profesional.

—Princesa, ha llegado tu príncipe azul. —Dylan movió la cortina negra de la litera.

—Cómeme el rabo, Dy.

—Solo si me prometes ser un caballero y devolverme el favor.

Jayden bufó y se dio la vuelta en la litera.

—¿Qué pasa? —murmuró después.

—Mark quiere hablar con nosotros.

Jayden suspiró, pasándose las manos por el pelo, y Dylan se rio.

—Como vuelva a echarme una charla sobre exhibicionismo...

—Tío, te pillaron con los pantalones por los tobillos. Con una chica de rodillas. En la calle.

—La prensa debería meterse en sus asuntos.

—Y tú follar en interiores. Como todo el mundo.

—Eres un aburrido.

Jayden se levantó de la litera, mirando a Dylan de soslayo. Este levantó las manos, en señal de paz.

—Dios me libre de decirte lo que tienes que hacer con tu polla.

Jayden sonrió de lado.

—Hablando de eso... ¿Qué tal con la doctora, nene?

Dylan puso los ojos en blanco, y Jayden le pasó un brazo por los hombros.

—No, no pongas esa cara. ¿Es buena en la cama?

—A ti te lo voy a decir.

Jayden hizo un mohín.

—Yo te cuento mis cosas.

—Por desgracia para mis oídos.

—Ya vendrás pidiendo consejo amoroso, ya...

—Venga, anda, que Mark está fuera esperando y lo estoy oyendo quejarse desde aquí.

Dylan le metió prisa para salir, porque como se diera cuenta de que llevaba un mordisco de Elizabeth en el cuello no iba a dejar de meterse con él.

Lo mismo, si se alejaba lo suficiente y se ponían a hablar de cosas serias, se olvidaría de sacarle el tema.

Cuando salieron a la zona de comedor, Jude y Nathan estaban sentados en el sofá. Mark estaba de pie, apoyado contra la encimera, mirando su tableta como si no pudiera perder ni un segundo.

—¿Qué tripa se te ha roto? —preguntó Jayden, soltando a Dylan y apoyándose en el mostrador al lado de Mark mientras lo miraba de reojo.

—¿Estamos todos ya?

—¿Te parece que falte alguien? —Nathan ni siquiera dejó de mirar el teléfono cuando preguntó.

Mark pasó de él.

—Nenes, tenemos que meterle caña al disco nuevo. Sé que hasta que no terminemos con las fechas de verano no vamos a meternos en el estudio, pero tenéis que tener algo de aquí a entonces.

—Pero si no hemos parado —se quejó Jude—. Tuvimos las dos semanas porque Dylan estuvo ingresado, y de milagro.

Mark asintió.

—Lo sé, pero el último disco ya tiene más de un año, y entre el estudio y la producción, el siguiente no va a salir hasta dentro de otros cuantos meses.

—No sé de qué te quejas —intervino Jayden, mirando a su hermano—. Yo estoy deseando tener música nueva que tocar.

—¿Estáis escribiendo? —insistió Mark.

Jayden se dedicó a mirarse las cutículas y Jude se rascó la cabeza. Dylan se rio. Típico de esos dos: vivían para tocar música, pero la responsabilidad les huía como el sentido común.

—Yo tengo algo en el cuaderno. Tenemos que mirarlo, pero creo que pueden salir un par de canciones buenas —dijo Dylan.

—No quieren canciones buenas —murmuró Nathan entre dientes.

Mark lo miró con desgana, como si estuviera enfadado con el bajista por algo. Dylan sabía qué era lo que estaba pasando entre ellos, porque sabía que Nathan estaba vendiendo las canciones a otras bandas, pero dudaba de que Jude y Jayden estuvieran al tanto.

—Perdona, ¿has dicho algo? —Mark lo miró, esperando a que Nathan le contestara en voz alta.

—Que te follen, Mark.

Los mellizos miraron a Nathan y luego a Dylan, como si no entendieran qué mierda estaba pasando.

—¿Tú tienes algo que merezca la pena? —preguntó Jayden, rompiendo la tensión.

—No. No he tenido tiempo de hacer nada. —Nathan se encogió de hombros.

—Apuesto a que sí —le contestó Mark.

—¿Se puede saber qué os pasa? —Jude se levantó del sofá para mirarlos, con una expresión en la cara que decía que no le salían las cuentas.

—¿Se lo vas a decir tú o se lo digo yo?

—Mark —intervino Dylan, porque Nathan también se había levantado del sofá y estaba a pocos segundos de lanzarse contra el mánager. La tensión era una vibración en el aire que hacía que los pelos de la nuca de Dylan se erizasen—. No tenemos que hacer esto aquí.

—Sí que tenemos —contestó—. No me da la gana que se vaya de rositas siempre.

—No es el momento —le repitió.

—¿Hola? —intervino Jayden—. ¿Alguien puede explicar qué mierda pasa? Porque o yo soy muy tonto o no me estoy enterando de nada.

—Nathan tenía un montón de material —reveló Mark, con una expresión cansada en la cara—, pero ha preferido dárselo a Quinn.

—No es asunto tuyo a quién le doy mis putas letras. —Nathan no alzó la voz, pero Dylan se puso entre él y el mánager, porque sabía que antes o después el bajista podía estallar.

Jude estaba frunciendo el ceño y Jayden había cruzado los brazos sobre el pecho desnudo.

—¿Has colaborado con ellos? —preguntó Jayden, pero su voz no revelaba nada. Dylan no sabía si el guitarrista se sentía traicionado o no.

—¿Qué más os da? Son letras que no ven la luz de todos modos, y ellos tienen mejor contrato que nosotros. Por lo menos alguien puede tener futuro. —Nathan no lo dijo cabreado, pero Mark se rio por la nariz, como si estuviera bufando.

O como si llevara semanas sabiéndolo y estuviera harto de guardar el secreto.

—Por eso en vez de centrarte en ayudar a tu banda, te dedicas a mejorar la de los demás.

—¡Mark! —intervino Dylan. El mismo que había estado más que dispuesto a arrancarle la cabeza a Nathan en el momento en que se había enterado.

—No lo defiendas.

—Joder, Mark. Yo he dado un año de mierda, y te estás metiendo con él.
¿En serio?

—No es lo mismo.

—Y una mierda que no.

—No necesito que me defiendas —intervino Nathan, mirándolos a todos con las cejas alzadas.

Dylan había visto esa cara antes. Esa cara decía que Nathan no tenía que darles explicaciones de nada, y que, si querían conformarse con lo que le estaba dando, bien, y si no, era su puto problema.

Dylan alzó las manos en señal de rendición.

—Mataos si queréis, pero lo único que digo es que no sé por qué tenemos que estar discutiendo lo que no tiene solución. Deberíamos estar haciendo el disco que nos falta para cumplir con el contrato que tenemos, y olvidarnos de los demás.

—Para ti es muy fácil decirlo —murmuró Nathan—. A ti te da igual la música.

Y era verdad. A Dylan le importaba más bien poco qué cantara y su carrera encima de los escenarios. Lo disfrutaba, no iba a mentir. Pero le daba igual cantar una cosa que la otra, porque lo que le gustaba de tener una banda era la conexión con sus amigos, no cambiar el mundo con sus discos.

—Lo siento —murmuró Dylan, y apoyó una mano en el hombro de Nathan, porque sentía que no se lo había dicho nunca y que no sabía cómo arreglar la situación.

—No me toques. —Nathan se quitó su mano de encima y salió del autobús, dejándolos a todos mirándose las caras. Ni siquiera dio un portazo al salir, y eso lo empeoró.

Dylan se pasó la mano por la cara, frotándose los ojos. Con lo bien que había empezado el día y el dolor de cabeza que tenía ahora.

—Tenías que hacer eso —le murmuró a Mark.

—Estoy hasta los huevos de que lloriquee por las esquinas, como si fuera el único que está atado de pies y manos aquí. No veo a estos dos quejándose —dijo señalando a los mellizos.

Se quedaron todos mirándose un segundo, sin saber muy bien cómo solucionar la situación.

—Solo tenemos que escribir las canciones —dijo Jayden de repente—. No es para tanto.

—¿Y si Nathan no quiere escribir? —le preguntó su hermano.

—Peor, ¿y si Nathan no quiere seguir? —intervino Mark.

Dylan resopló.

—Nathan no quiere seguir. Pero está tan pillado como nosotros —Dylan señaló lo obvio.

—Pero nos puede hacer la vida imposible hasta que lo echen —señaló Jude, dejando la duda en el aire.

Se quedaron todos mirando a Dylan, como si fuera el amo y señor de todas las soluciones del universo. Y pensar que toda esa mierda era lo que él había causado por culpa de estar siempre colocado hasta las cejas, sin importarle nada.

—Nathan no va a hacer nada —les aseguró—. Hablaré con él.

Ninguno de los chicos lo miró demasiado convencido.

Dylan no los culpaba.

* * *

Dylan no encontró a Nathan antes del ensayo de sonido, y cuando lo vio subir al escenario y ponerse el bajo, se preguntó de dónde mierda había salido, porque había estado un buen rato buscándolo.

Ensayó sin darle más importancia, pero tomando una nota mental de que no se le podía escapar en cuanto terminaran. Dylan sentía que tenían muchas cosas que aclarar y que había pasado demasiado tiempo llevando conversaciones y conversaciones guardadas en el fondo de los bolsillos, pósits de disculpas que se doblaban y arrugaban, pero nunca llegaban a su destinatario.

En cuanto los técnicos se llevaron los instrumentos, Dylan fue hasta donde se había quedado Elizabeth, observando a Nathan por el rabillo del ojo.

—¿Pasa algo? Estabais raros en el escenario —preguntó Elizabeth.

Dylan suspiró y reprimió las ganas de darle un beso porque estaban caminando desde el escenario hasta el *backstage*, donde la gente estaba entrando y saliendo, preparándolo todo.

Elizabeth pareció darse cuenta, porque se mordió la boca, mirándole los labios.

—Los chicos se han enterado de lo de Nathan. —Dylan se quitó las gafas, poniéndoselas sobre la cabeza. Cuando salieron al aire libre, miró a su

alrededor para ver si Jude o Jayden iban con ellos, pero no estaban allí, y Nathan se había adelantado tanto que dentro de nada sería difícil seguirle la pista. Maldito Nathan, era escurridizo—. Mark nos ha metido caña para grabar el nuevo disco y Nathan no tiene letras.

—Ah, es verdad —murmuró ella—. Porque las tiene todas Velvet.

Dylan se encogió de hombros, asintiendo con la cabeza.

—Podemos escribir más. —Fue todo lo que dijo.

—Pobre Nathan —dijo la chica, y Dylan la miró frunciendo el ceño. Estaban caminando por la parte de atrás del recinto, donde solo había tráileres y caravanas, y gente corriendo y gritando para todos sitios.

—¿Pobre Nathan? Pensaba que os odiabais.

Elizabeth se rio un poco, mirándolo por encima del hombro. El pelo de la chica estaba suelto y echado sobre un lado y se había vestido con otra de las camisetas de la banda. Esta era de manga corta, pero le habían cortado el cuello y dejaba al aire un hombro de la chica. Dylan imaginaba que era cosa de Amelia. Hizo nota mental de regalarle algo.

—¿Por qué pensabas eso?

—¿Por qué hacíais batallas de poder con la mirada, tal vez?

Elizabeth soltó una carcajada.

—Te prometo que no me lo estoy inventando.

—No te lo estás inventando —le aseguró la chica mientras entraban directamente en la zona de los autobuses y caminaban entre las áreas de descanso de los músicos—. Es que no sabía que estaba siendo tan obvia.

—Créeme, cariño, esa mirada de hielo no pasa desapercibida.

Elizabeth no le contestó, porque la chica era buena ignorándolo cuando se pasaba de la raya haciendo el payaso. Dylan estiró la mano y se la puso en la nuca mientras caminaban porque ya estaban entre amigos, y no creía que pasara nada. Elizabeth se relajó un poco ante el contacto y él sintió una oleada de orgullo al pensar en que eso, que confiara en él lo suficiente para dejar que la tocara, era obra suya. Se sintió como un gigante.

—Nathan lo sabía —dijo Elizabeth de repente.

—¿Qué sabía?

—Que yo era la hija de Ryan —susurró Elizabeth para que nadie más que Dylan los oyera—. Y me amenazó con contarlo.

La mano de Dylan se crispó en la nuca de la chica.

—¿Te amenazó? —sonó como un gruñido, pero Dylan no pudo evitarlo.

—Tranquilo, Tarzán —Elizabeth le sonrió—. Nathan y yo ya lo hemos solucionado.

Dylan sintió que era mucha información de golpe para procesar. Primero, Nathan sabía desde el principio que era la hija de Ryan Reed y no se lo había dicho, sabiendo como sabía que Dylan era un fanático de ese músico. Después, ¿Elizabeth y Nathan hablaban? ¿De verdad?

—¿Lo sabía? ¿Desde el principio?

Elizabeth asintió.

—Lo supo nada más verme

—Y yo me considero fan de tu padre...

—No te lo tengas en cuenta. Tienes otras virtudes.

—Espero que te refieras a mis virtudes en la cama, cariño.

—Por supuesto —le aseguró ella dándole una palmada en el hombro.

Cuando llegaron a su propio autobús, Dylan abrió la puerta y dejó que Elizabeth subiera primero. Le hubiera gustado decir que porque era un caballero, pero, en realidad, con los vaqueros cortos que la chica llevaba, era porque disfrutaba de la vista.

El autobús estaba fresquito y tranquilo, y Elizabeth se sentó en el sofá, poniéndose cómoda. La camiseta se le bajó aún más del hombro que estaba caída.

—¿Así que se ha enfadado? —preguntó Elizabeth—. Nathan, digo.

—Mark estaba muy cabreado con él.

La chica suspiró y negó con la cabeza.

—Lo sé, yo también pienso lo mismo. Se ha llevado la peor parte —contestó Dylan.

—Lo que no entiendo es... Si Mark sabe lo mismo que yo sobre ti y sobre Nathan, ¿por qué se desquita con él?

Dylan se encogió de hombros, sentándose al lado de Elizabeth, pero después se recostó, poniendo la cabeza en el regazo de la chica. Los dedos de Elizabeth tardaron menos de dos segundos en quitarle las gafas de la cabeza y acariciarle el pelo.

—Cree que no está contribuyendo a que mejoremos la situación.

—¿Y tú sí estabas contribuyendo? No te ofendas, cariño, pero has dado un mal año.

—Lo sé —murmuró Dylan, mirándola desde abajo.

Elizabeth se estaba mordiendo el labio, pensativa.

—Iría a hablar con él, pero no va a querer contarme nada —dijo—. Solo... me siento mal por no poder hacer nada.

—Voy a ir a buscarlo —dijo Dylan—. Dame cinco minutos más.

El chico cerró los ojos, pero podía sentir que Elizabeth seguía pensando.

—¿Crees que querrá dejar la banda?

—¿Querer? —murmuró Dylan—. Si fuera cuestión de querer, ya nos habría dejado en una cuneta hace mucho tiempo. No puede irse, y eso es lo que le jode.

—Dylan... ¿Qué vas a hacer cuando se acabe la gira? ¿Cómo vas a sacar esto adelante?

La pregunta tensó al músico como alambre de espino. Ni siquiera él lo sabía. Había pensado en dejarse llevar, terminar el disco que faltaba, la gira obligatoria, y buscar otra discográfica. Dejaría a Mark encargarse de todo, porque se fiaba de él.

—Terminar de cumplir el contrato —murmuró Dylan, torciendo la cara contra el estómago de Elizabeth.

—¿Has pensado en pagar la multa? —susurró entonces ella—. Sé que es mucho, pero tengo un montón de dinero que no uso para nada, de los derechos de autor y todo eso..., y siempre lo dono a alguna causa benéfica...

¿De verdad se estaba planteando darles a ellos todo su dinero? Ella, que odiaba la música con todo su corazón. El gesto era bonito, pero Dylan era un cabrón orgulloso.

Se levantó de su regazo y le cogió las mejillas con las manos. La chica lo estaba mirando abiertamente, segura de lo que acababa de decir. Dylan la besó, porque no se acordaba de la última vez que alguien se había preocupado por sus problemas.

—Gracias por la oferta, rubia —le murmuró el chico contra los labios, sonriéndole de lado—. Pero no pienso usar tu dinero para sacarnos del hoyo.

—Pero si está ahí para nada.

—Tengo el fondo de mis padres y no lo he tocado desde que empecé a ganar dinero con la música. ¿De verdad crees que voy a usar el tuyo?

Elizabeth puso los ojos en blanco.

—Cabezón.

—Mucho. —Dylan le sonrió.

La chica suspiró y se inclinó, pegando su frente a la de él.

—No te preocupes —le aseguró Dylan—. Encontraremos la solución para salir todos de aquí, sin querer matarnos unos a otros.

—Eso espero —murmuró ella.

Dylan la besó en la mejilla y después volvió a tumbarse como estaba, rodeándole la cintura con un brazo, porque estaba a gusto así. Se quedaron en silencio durante un rato: ella acariciándole el pelo y él respirando contra el estómago de la chica. Elizabeth volvió a hablarle.

—Oye, ¿qué haces el 4 de Julio?

Dylan frunció el ceño.

—¿Por qué?

—Es que me ha llamado mi madre antes, preguntándome si iba ir a celebrarlo a Los Ángeles con ella, y le he dicho que no sabía qué días tenáis libres ni qué iba a hacer...

Dylan volvió a tensarse, esa vez por razones muy diferentes.

—Tendremos el día libre. Siempre nos tomamos ese día. Puedes irte con tu madre, si quieres.

«Pero no lo hagas. No me dejes solo ese día, porque yo no tengo a dónde volver», pensó. Aunque fuera mentira. Los Lowell organizaban todos los años una barbacoa y Dylan llevaba años evitando ir. Porque su hermana también era parte de esa familia. Y él la evitaba a toda costa.

La chica asintió, pero Dylan la sintió temblar contra la mejilla, así que giró la cabeza para mirarla desde abajo. Se estaba mordiendo el labio, y sus dedos se habían crispado. Ahí pasaba algo.

—¿Quieres más días? Puedo hablar con Mark para que te deje todo el fin de semana...

—No, no es eso...

La sintió angustiada, así que se levantó y se sentó a su lado en el sofá, mirándola.

—Es que... tengo que contarte una cosa.

—¿Sobre el 4 de Julio?

Elizabeth asintió, y tomó una bocanada de aire.

—¿Vale?

La chica lo miró de reojo, y luego miró a todas partes, como si no fuera capaz de mantenerle la mirada.

—¿Te acuerdas del día del concierto de Atlanta? ¿Cuando fuimos a ver a Velvet Letters?

Dylan asintió porque claro que se acordaba.

—Hablé con tu hermana.

Dylan se quedó muy quieto en el sofá, mirándola como si le hubieran crecido dos cabezas.

—¿Quieres decir que mi hermana estaba en el concierto?

—Estuvo en el tuyo, pero no hablé con ella en persona. Fue por teléfono. Había estado preguntando por ti, y...

—Pero ¿cómo tenía tu número?

La mente de Dylan iba a mil kilómetros por hora y no sabía que pensamiento escoger. Su hermana. Elizabeth. Hablando. ¿Por qué? ¿Cómo? ¿Cuándo?

—No lo tenía.

Elizabeth lo miró, con culpa en la cara, y fue entonces cuando Dylan lo entendió todo.

—Lo cogiste de mi móvil, ¿no? —Dylan no había querido que su tono fuera duro, pero el gesto de sorpresa de Elizabeth le dijo que no había sido suave con ella.

Estaba empezando a sentir la ira desde el estómago hasta la garganta, como aguardiente que quemaba.

—No fue... intencionado. Te escribió y sonaba tan preocupada. Yo solo quería decirle que estabas bien, porque Dios sabe que yo no querría ver en las noticias que a alguien que quiero le pasa algo malo, Dylan. Y...

Dylan no podía escuchar más.

Se levantó de un salto del sofá, dando vueltas dentro del autobús. Elizabeth siguió hablando a su espalda, pero Dylan no respiraba con normalidad, y si la miraba, quizá no viera a la chica que esperaba encontrarse. Si la miraba, quizá solo vería a la que mentía.

—Me llamó y me pidió que te dijera que fueras este año a la barbacoa en casa, porque quiere verte. Me dijo que te convenciera sin contártelo, pero no iba a hacer eso.

—¿Qué considerada! —exclamó, sin poder evitarlo, mirándola por encima del hombro.

La chica se levantó y fue tras él, pero Dylan se alejó aún más para que no lo tocara. Necesitaba el espacio. Se dio la vuelta para mirarla, porque necesitaba verla. Necesitaba encontrarla dentro de esa cara suya.

—¿Cuánto tiempo? ¿Cuánto tiempo hasta que me lo dijeras?

—Dylan.

—¿Cómo eres tan buena mintiendo? Dices de mí, cariño, pero tú te llevas la palma, te lo juro.

Elizabeth lo miró con los ojos brillantes, la chica tenía una expresión de preocupación tan honesta en la cara que Dylan quería enfadarse con ella, porque, joder, esa era su puta privacidad y ella había sobrepasado la línea. Pero no podía enfadarse porque todo lo que quería hacer era abrazarla. ¿Cuándo se había convertido en un blandengue?

—Lo sé. Lo siento. Sé... sé que es asunto tuyo y no quería intervenir. Solo hice lo que me hubiera gustado que hicieran conmigo —añadió, pasándose las manos por el pelo, frustrada.

—¿Que invadieran tu privacidad?

—No, que me contaran si alguien a quien quiero está bien. Vivo y sano. Porque hubo una vez que solo podía rezar para que mi padre muerto se despertara de donde estaba, ¿sabes?

Lo dijo enfadada, no con Dylan, sino con la situación. Y él fue consciente en ese momento de cuánto daño llevaba ella guardado en diferentes compartimentos y de qué zorra era la vida por poner a una niña en una situación como esa.

Y, sin embargo, no podía pensar lo mismo de su hermana y él, se sentía directamente responsable y no podía tolerar el daño que había hecho.

—Sé que estás enfadado... Sé que me merezco que estés enfadado. Solo... no me odies.

La voz de la chica se quebró al final, y ahora de verdad que parecía que necesitaba un abrazo, pero Dylan apretó los puños y se obligó a no dárselo, porque, si no, estaría completamente a su merced.

—No te odio —susurró—. Solo... necesito un minuto —dijo al final. Miró a su alrededor, respirando de forma acelerada, mientras intentaba ordenar sus pensamientos.

Necesitaba un cigarro.

Y necesitaba pensar.

Y, por Dios, aún no había hablado con Nathan.

—Voy a buscar a Nathan—anunció—. Te veo en un rato.

* * *

Al final no fue un rato, fueron horas. Dylan no encontró a Nathan antes del concierto, pero tampoco quería estar alrededor de Elizabeth, así que le mandó un mensaje y le dijo que estaría con los mellizos.

En realidad, no quería estar con nadie, y solo se lo había dicho para tranquilizarla, pero el chico se había pasado las horas que faltaban hasta el concierto sentado en un rincón entre dos autobuses, fumando como un carretero, pensando.

Pensando que su hermana pequeña quería verlo y que él no se atrevía; pensando que su novia —¿era su novia? ¿qué mierda eran?— había hablado con ella a sus espaldas después de saber lo que eso suponía. Pensando, solo pensando.

Al final, había llegado la hora del concierto y Dylan había ido hasta donde los chicos se reunían antes de subir sin cambiarse de ropa —a la mierda, ese concierto lo haría en vaqueros de toda la vida y esa camiseta vieja que llevaba—, y rehuyó la mirada de Elizabeth cuando la vio.

Nathan pasó junto a él y Dylan pensó en decirle cualquier cosa, pero sabía que si lo avisaba de que lo estaría buscando también después del concierto, el bajista se convertiría en un fantasma imposible de encontrar. No.

Dylan dejó que la mancha borrosa del concierto pasara, actuando en un mecanismo que se sabía demasiado bien. Dejó de pensar, sintiendo solo la correa de la guitarra morderle la piel y el ácido de las palabras de Nathan quemarle la garganta mientras cantaba.

Si alguien notó que estaba en otro mundo, nadie le dijo nada.

Esa vez, mientras soltaba los instrumentos a los técnicos y Elizabeth lo miraba con algo en la cara que ni quiso ni supo descifrar, Dylan se fue detrás de Nathan.

No corrió, dejó que el bajista pusiera distancia entre ellos, pero esa vez no fue muy lejos. El bus de Velvet había acabado junto al de ellos en esa ocasión, y los chicos habían sacado unas cuantas sillas y una mesa en el espacio que quedaba entre ellos.

Nathan se sentó, sacando lo que parecía un paquete de tabaco del bolsillo, y Dylan se acercó despacio.

—¿Piensas seguirme mucho más o vas a decirme por qué vas detrás de mí?

Dylan lo miró, sin saber muy bien qué decir. No tenía ganas de discutir —por favor, cualquier cosa menos eso—, porque el día había sido muy largo y llevaba demasiadas batallas dentro, así que avanzó hasta sentarse en otra de las sillas, al lado de Nathan.

El bajista sacó algo del paquete de tabaco, y solo cuando el olor lo golpeó, Dylan se dio cuenta de que se estaba haciendo un porro. Terminó de

hacerlo y lo lio, llevándoselo a los labios, a una velocidad récord.

Dylan solía meterse con él muchas veces, porque Nathan podía liar un cigarro —o un porro— con los ojos cerrados. Escuchó el ruido del papel al quemarse cuando lo encendió, y después cómo Nathan exhaló el humo.

Le tendió el porro sin preguntarle si quería y Dylan estuvo tentado de cogerlo, pero negó con la cabeza, porque, aunque la maría no era su droga favorita, también saldría en los análisis de orina. Puede que fuera imaginación suya, pero Dylan creyó ver cierta satisfacción en el asentimiento que Nathan hizo cuando se lo rechazó.

—¿Te han enviado para convencerme de que tengo que ser un buen samaritano y haceros el siguiente disco también? —La voz de Nathan fue ronca, porque estaba fumando, y a Dylan acabaron picándole los dedos con las ganas, así que le quitó a Nathan un cigarro del paquete.

Encendió su cigarro y negó con la cabeza mientras le daba una calada.

El aire le quemó en los pulmones y la sensación lo hizo calmarse un poco.

—Nadie me tiene que mandar a decirte nada.

Nathan soltó una carcajada.

—Porque como hablamos tanto... —El sarcasmo en la voz de Nathan era tangible.

«¿Quizá porque la última vez que hablamos me pasaste una papelina, cabrón?», estuvo tentado a decirle. Pero no quería traer viejas batallas, y no quería abrir heridas nuevas.

—Solo quería disculparme. Sé que has estado dándole letras a Quinn y he oído una de las canciones. Es jodidamente impresionante, ¿sabes?

Nathan se encogió de hombros, fumando sin mirarlo.

—Quería disculparme por todo..., porque no creo que te haya pedido perdón hasta ahora y... —Se mordió el labio, perdiendo valor a medio discurso. Se acordó de Elizabeth pidiéndole que no lo odiara, y, Dios, eso era —. No quiero que me odies —confesó.

La respuesta del otro chico tardó un poco en llegar.

—No te odio —dijo mirándolo de reojo.

El pelo largo le ocultaba los ojos azules y Dylan deseó poder verle la cara mejor para saber qué mierda estaba pensando.

—No te odio —repitió—, pero no entiendo por qué seguimos haciendo esto.

—¿El qué?

—La banda.

¿Y no era esa la pregunta del millón?

Quiso mirarlo y tener los huevos de decirle a su mejor amigo que quería seguir haciendo música, porque hacer música con sus amigos era lo único que lo mantenía vivo, pero no se atrevió. Quiso poder decir en voz alta todas las ofensas que le había hecho, y todo por lo que le tenía que pedir perdón, pero serían demasiadas, y tampoco tuvo valor.

—Solo... piénsatelo. Hemos hecho todo este camino hasta aquí...

—Sí, y tú pareces tener todo lo que quieres —le contestó Nathan con sorna.

—Sería más feliz con mi mejor amigo de mi parte.

Nathan le dio una calada profunda al porro, y cuando exhaló, todo se volvió blanco durante un segundo.

Se quedaron en silencio, porque Dylan no sabía qué más decir, y sabía, porque conocía a Nathan, que el chico no iba a decirle mucho más. Cualesquiera que fueran sus planes, no los iba a compartir, y si tenía que pensarse las cosas, tardaría en dar un veredicto. Nathan Blair no hacía nada si no era premeditado.

—¿Sabes que tengo una hermana? —preguntó de repente, porque la conversación con Elizabeth no paraba de darle vueltas en su cabeza.

Nathan lo miró de reojo, alzando una ceja.

Dylan tuvo que reírse.

Mierda, ¿podría estar colocándose con el humo?

—No me mires así, no es tan raro.

—No me lo habías dicho nunca.

—No se lo había dicho a nadie —admitió—. Jude y Jayden lo saben porque nos hemos criado juntos. Nunca la había vuelto a nombrar.

Nathan asintió con la cabeza y Dylan se preguntó si estaría sopesando todas las mentiras, los huecos y el humo que Dylan le había vendido. Nathan creía que lo conocía, pero Dylan había sido un mago vendiendo el mejor espectáculo de su vida. Y después se lo había metido todo por la nariz.

—¿Cómo se llama?

—Sarah.

—Sarah Reeves —murmuró Nathan, como si estuviera paladeando el nombre—. ¿Está buena?

Dylan se rio por la nariz.

—La última vez que la vi tenía dieciocho, y ella quince.

—Eso es un montón de tiempo —murmuró el bajista, silbando por lo bajo mientras apagaba el porro en el cenicero que había en la mesa.

«Sí», pensó Dylan. Eso era un montón de tiempo.

Quizá demasiado.

* * *

Elizabeth estaba ya medio dormida cuando sintió el peso de Dylan hundir el colchón. Cerró los ojos, fingiendo estar dormida, relajando su respiración, porque la verdad es que era una cobarde y no quería volver a enfrentarse con la mirada de asco que Dylan le había echado esa tarde. No..., no había sido asco. Había sido decepción.

Como si hubiera vuelto a poner su confianza en la chica para verse otra vez más traicionado. Y ella pensaba que los músicos eran lo peor, porque no cumplían sus promesas y tenían mala reputación.

Hasta ese momento la cuenta iba cero a dos, porque Elizabeth no había hecho más que mentirle a Dylan.

Pensó que el músico se quedaría en el otro lado de la cama, o que incluso se iría a dormir a la litera que quedaba libre, pero se sorprendió cuando sintió uno de los brazos del chico rodeándola y su pecho caliente pegado contra su espalda.

—Siento llegar tarde —murmuró el chico, ronco, contra ella.

—No importa.

¿Qué otra cosa le iba a decir? ¿Reñirle después de que era ella la que tenía que pedir perdón de todas las formas y colores que sabía?

Se quedaron en silencio durante un rato, tanto tiempo que Elizabeth creyó que Dylan se había dormido. Agradeció en silencio que hubiera vuelto a ella y que, al menos, no hubiera hecho nada estúpido.

—Todavía estoy enfadado contigo —le susurró contra el hombro.

—Lo sé. —Elizabeth luchó por mantener la voz firme.

—¿Podemos hablarlo por la mañana? —preguntó Dylan suspirando—. Ha sido un día demasiado largo.

—Cuando sea que estés preparado —le susurró la chica, pero no estuvo segura de que Dylan lo hubiera oído, porque poco después sintió el brazo de Dylan relajarse contra ella y su respiración se acompasó.

—Gracias —murmuró, porque sabía que ya no podía oírla, mientras se rodeaba a sí misma con el brazo del chico.

«Gracias por no desaparecer. Gracias por no volver a ser distante, ni castigarme por haber cometido un error», pensó. Al final resultaba que era ella quien iba a tener que aprender mucho de Dylan Reeves.

Capítulo 22

*Well, sharpen your teeth... Tell yourself that it's just business.
And the Snakes Start to Sing, Bring Me The Horizon*

—Dylan, ¿puedes coger el teléfono, por favor? —preguntó Jude.

—Seguro que es Mark —contestó el músico desde el baño, mientras se terminaba de peinar frente al espejo. Estaba levantándose la cresta hacia arriba, con cera y secador. No llevaba camiseta y, desde donde estaba en la sala común de la *suite*, Elizabeth podía ver la espalda del chico y sus músculos flexionándose cada vez que se pasaba los dedos por el pelo.

—Ya sé que es Mark —le contestó Jude—. Es que no tengo ganas de hablar con él.

—Si no se lo coges, va a subir a llamarnos —añadió Jayden desde el sofá.

—Va a subir igualmente —contestó Dylan mientras se lavaba las manos para quitarse el producto para el pelo y se daba la vuelta, saliendo del baño.

La chica quiso decirle algo, pero todo el mundo estaba moviéndose en la habitación porque se estaban preparando para el concierto y se sintió observada. No era que los demás músicos estuvieran precisamente pendientes de ellos: Jude estaba peleándose con unos pantalones ajustados, Jayden estaba tirado en el sofá —aún sin vestir para el concierto— jugando a algo en su móvil que hacía unos ruiditos graciosos. Nathan ya había salido de la habitación, preparado.

Mark iba a subir en cinco minutos e iba a empezar a gritarles, Elizabeth podía sentirlo.

Habían llegado a Nueva York de madrugada y, al parecer, la seguridad del recinto del festival no quería problemas, o Mark no se había arriesgado, o vete tú a saber lo que era, pero estaban otra vez todos en una *suite* de hotel.

Elizabeth estaba sentada en el sofá frente a Jayden, ya preparada para salir, y estaba nerviosa. Estaba en Nueva York después de dieciséis años.

Dieciséis años en los que no había hecho otra cosa que intentar olvidar que alguna vez había pisado la ciudad.

—¿Qué te pasa, Doc? —preguntó Jayden, mirándola con una ceja alzada.

«Que estamos más o menos a una media hora de donde me encontré a mi padre muerto. Nada serio», respondió para ella.

—¿A mí? —Elizabeth evitó contestar—. ¿Tú no deberías estar vistiéndote?

—Tengo tiempo —contestó encogiéndose de hombros.

Elizabeth se rio a su pesar.

Cinco segundos después, Mark tocó a la puerta y Jude le abrió. Dylan se estaba poniendo una camiseta, y Elizabeth miró a Jayden, alzando una ceja.

—¿Decías?

—Mierda.

Mark los miró a todos de arriba abajo, y resopló cuando llegó a Jayden y lo vio en calzoncillos.

—¿Piensas salir así al escenario, Lowell?

—Chúpamela. —Fue todo lo que le contestó el guitarrista mientras caminaba hasta la maleta y empezaba a vestirse a regañadientes.

Antes de darse cuenta, estaban todos preparados, y tenían que salir del hotel e ir al estadio en el que se había preparado el recinto. Empezaron a sudarle las palmas de las manos y el corazón le estaba martilleando los oídos.

No quería ir. Dios, no quería ir.

Después de todos los conciertos que llevaba vistos, no se atrevía a enfrentarse a ese. Se sentía cobarde por ello, pero Nueva York era demasiado.

Dylan la miró con el ceño fruncido y fue hasta ella. No la tocó, como hubiera hecho de no estar enfadado, pero se quedó cerca de su cuerpo y eso a la chica le bastó. El músico seguía molesto por el asunto de Sarah, y Elizabeth no lo culpaba.

No la estaba torturando, ni la había reprendido, pero estaba algo más frío con ella que de costumbre y Elizabeth suponía que iban a tardar unos días en volver al ritmo de siempre.

A Elizabeth no le importaba, siempre y cuando volviera a ella por las noches. Siempre que supiera que estaba ahí y que un distanciamiento no era el fin de aquello.

—¿Estás bien? —Dylan se lo susurró desde atrás, mientras todos iban saliendo, para que nadie más lo oyera.

Iba a decirle que sí, que estaba perfectamente, que no pasaba nada. Que no estaba sintiendo ganas de quitarse la ropa que llevaba y volver a vestirse con su traje de oficina; que no quería coger la goma del pelo que llevaba en la muñeca y recogerse la melena en lo alto de la cabeza.

Iba a mentirle como se haría con un extraño, como hacía siempre, porque así era su vida: fingir que todo iba bien se había convertido durante tanto tiempo en su *modus operandi* que a veces no se acordaba de qué era mentira y qué era verdad.

Pero no quería mentirle.

Estaba cansada de eso. Quería ser honesta, consigo misma y con él, y por una vez en su vida sentir que tenía una conexión con alguien que iba más allá de las fachadas y las falsas expectativas.

Quería ser más como él, que, a pesar de que tener esa guerra interna consigo mismo, con ella siempre era honesto y abierto.

—No —contestó, negando con la cabeza.

Dylan la miró con preocupación.

—¿Quieres quedarte?

Quería, Dios, quería, pero no iba a hacerlo.

Porque después de mucho tiempo tenía una razón para ser valiente.

—No —volvió a contestarle, y le sonrió un poco.

Tenían muchas cosas que discutir, pero ahora llegaban tarde a un concierto y Elizabeth no pensaba perderselo por nada del mundo.

* * *

El concierto no se pareció en nada a ninguno de los que Elizabeth hubiera visto antes. El estadio estaba lleno hasta la bandera y desde el *backstage* se podía oír a los fans llamando a la banda, esperando para que salieran. El ruido y la aglomeración era incluso mayor que en Atlanta, a pesar de que era la ciudad de los músicos.

Kill Me On Saturday eran los últimos en salir, después de una cantidad interminable de bandas que habían estado tocando durante el día, pero la gente no parecía estar cansada.

Elizabeth se preguntaba cómo lo hacían.

Ella estaba cansada solo de estar allí viendo a los chicos moverse en el escenario. Dylan estaba pletórico esa noche, saltando y cantando con el

público, riéndose cuando las chicas le lanzaban sujetadores. No llevaba ni dos canciones y ya se había quitado la camiseta. A mitad del concierto, estaba colgado de Nathan —de Nathan, por el amor de Dios— mientras saltaba al ritmo de la música. El bajista no hizo nada en particular que demostrase que aceptaba o rechazaba el gesto de Dylan, así que Elizabeth no sabía decir si las cosas iban a mejor o se habían quedado donde estaban.

Diez segundos después, Dylan estaba cogiendo su propia guitarra, y yendo hacia Jayden para tocar. Los fans gritaron tan fuerte que Elizabeth pensó que se podía quedar sorda.

Sintió una punzada de nostalgia mientras los miraba disfrutar y reírse, pensando en todos esos conciertos que había visto de pequeña, justo en el mismo sitio que estaba ahora, observando a su padre cantar y a los músicos que lo acompañaban divertirse con él, compartiendo momentos con la multitud.

No se había dado cuenta hasta ese momento, pero lo había echado de menos.

Ese pensamiento la tensó, como si su cerebro hubiera sentido alguna clase de amenaza y hubiera activado el antivirus, registrando todos los archivos del sistema. Su corazón empezó a latirle muy fuerte contra los oídos, y cerró los ojos, haciendo respiraciones para recordarse que no pasaba nada. Era la ciudad, se dijo, solo eran los recuerdos. Tardó un rato en calmar su pulso, pero al final consiguió que no le martilleara en los oídos.

El concierto terminó sin incidentes, aunque se alargó algo más de lo previsto porque los chicos cantaron una canción más; pero un rato después estaban todos saliendo de las duchas —ventajas de tocar en un estadio—, ya preparados para volver al hotel.

Tuvieron que esperar un rato, porque Mark no les dejó salir hasta que la zona de concierto se despejó, e incluso después los hizo salir con seguridad extra hasta el coche. Después de haber estado todo el mes yendo del escenario al bus, a Elizabeth se le hacía raro que los demás se quedaran y ellos se fueran al hotel.

—¿Estamos solo nosotros en hotel esta noche? —le preguntó a Dylan mientras iban hasta el coche que tenían preparado. Seb los estaba esperando en el asiento del conductor. Los chicos se montaron, hablando entre ellos, animados.

—Sí —contestó Dylan mientras se abrochaba el cinturón, una vez dentro del todoterreno. Elizabeth se sentó a su lado, entre Dylan y Jayden.

—¿Por qué? Tuvimos noche de hotel hace nada.

Dylan puso los ojos en blanco y Jayden se rio.

—Cuéntaselo —canturreó Jude desde el asiento de delante.

Nathan se rio desde el asiento de atrás del todo, donde se había subido y tumbado tan largo como era.

—Aquí los guapos —dijo Dylan señalando a Jayden y a Jude— tuvieron la fantástica idea de gastarme una broma por mi cumpleaños el año pasado.

—Fue genial —le aseguró Jayden sonriendo como un niño pequeño.

—Espera, ¿cuándo es tu cumpleaños? —preguntó Elizabeth, porque de repente sintió que no sabía nada del músico.

—El 12 de agosto —contestó Dylan, quitándole importancia con la mano, y prosiguió con su historia—. Te pongo en situación: estamos haciendo la misma gira que este año, ¿no? Solo que nosotros no éramos cabeza de cartel. Todo el mundo quiere celebrar mi cumpleaños, pero yo no estoy de humor..., y de repente mi móvil no para de sonar.

Jayden ya se estaba riendo. Elizabeth miró con el ceño fruncido a los dos, sin saber si encontrar divertida la historia o aburrida.

—Le dieron mi número a todo el mundo. E indicaciones para llegar al bus.

—¡Madre mía! —exclamó ella, llevándose una mano a la boca.

Dylan asintió con la cabeza, pasándose las manos por el pelo, que aún estaba húmedo de la ducha.

—Te puedes imaginar la que se lio...

—Qué exagerado eres, nene. Un par de fans atosigándote y ya te agobias.

—Eran varias docenas, y se me colaron hasta la habitación.

—¿Y cómo lo solucionaste?

—Llamando a Mark para que trajera seguridad. Pero el incidente llegó a la prensa, Twitter, Instagram... Hay fotos mías con cara de pánico intentando echarlas del autobús.

—¿Y dónde estabais vosotros? —preguntó Elizabeth mirando a los mellizos.

Nathan se rio entonces.

—Haciendo las fotos —contestó Jude sonriendo de oreja a oreja.

Elizabeth soltó una carcajada, porque eso no se lo esperaba.

—¿Verdad? —Dylan la miró haciéndose el ofendido—. Desde entonces las fans intentan hacer la misma operación cada vez que venimos aquí. Como un ritual o algo. Así que Mark nos manda directamente al hotel.

—Dios mío, recuérdame que nunca les haga nada —dijo Elizabeth mirando a los mellizos de reojo, riéndose.

—Tranquila, bombón, nunca te haríamos algo así. —Jayden le guiñó un ojo.

* * *

—Esta es la mejor hamburguesa de la historia.

Elizabeth gruñó mientras mordía su comida y Dylan sonrió sin poder evitarlo. Después de que los dejaran en el hotel, había convencido a Elizabeth para salir a cenar algo, porque, aunque técnicamente no debería comer antes de irse a dormir —las digestiones pesadas le sentaban fatal, y al final acababa con la voz jodida por alguna extraña razón—, después de las horas que habían pasado y el concierto, estaba muerto de hambre.

A la mierda la voz, ya se tomaría un antiácido por la mañana.

—¿A que sí? Nathan y yo siempre veníamos aquí después de tocar.

Dylan lo dijo con cierta nostalgia y Elizabeth se dio cuenta, porque lo miró con preocupación mientras masticaba.

La chica estaba guapa esa noche, aunque tenía un cierto blancor en la cara, como si estuviera preocupada por algo. Nada de ese rubor que solía vestir cuando estaba a su lado últimamente. Llevaba puesto un vestido vaporoso —gracias a Amelia— que dejaba ver el sujetador que llevaba debajo. Dylan hizo un esfuerzo por mirarla a la cara mientras comía y no a las tetas, o acabaría por ponerse duro contra los pantalones ajustados que llevaba, cosa que quería evitar a toda costa, porque grabarse la impresión de la cremallera en la polla no era el sueño de su vida.

—¿Qué tal con Nathan? —le preguntó mientras bebía un sorbo de su agua, y Dylan no pudo evitar hacer un gesto con la cara.

Técnicamente, debería estar enfadado con ella. Dios, la noche anterior lo había estado. Había pasado horas sentado entre el hueco de dos autobuses, fumando y pensando en todas las cosas que quería decirle. Se había llenado de rabia por dentro, como un ácido corrosivo que le había mordisqueado los huesos y lo había dejado sin nada.

Pero al final, después del concierto y de estar drenado de energía y de rabia; después de hablar con Nathan y ver cómo las relaciones que tenía a su alrededor se habían hecho pedazos por su culpa —porque durante un tiempo

de su vida lo único que había querido era ver arder el mundo—, ya no estaba enfadado. Era otra cosa.

Dylan no quería ser esa persona. No quería ser ese fantoche que había creado, el músico engreído que no se preocupaba por nada ni por nadie, ni perdonaba una ofensa. Dylan se había vuelto a encontrar consigo mismo, y se había quitado el polvo y sacado brillo. No iba a mancharse las manos ahora.

Quería ser mejor persona, quería mirarla a la cara y poder poner a un lado todas las razones por las que sabía que tenía que perdonarla.

Estaba mal, lo que había hecho estaba mal, pero ella lo sabía y le había pedido perdón. ¿Qué ganaba él con guardarle rencor hasta el día del juicio final? ¿De verdad iba a ser tan subnormal de perder algo que quería por orgullo?

No sería la primera vez.

El chico le sonrió y ella le devolvió la sonrisa dubitativa. Como si no supiera cómo comportarse con él después de lo de anoche. Dylan quiso estirar la mano, y tocar la que la chica tenía sobre la mesa, para tranquilizarla, pero decidió seguir torturándola un rato más.

El músico se encogió de hombros.

—Bien, ¿supongo? —Dylan se limpió la boca con la servilleta, y después bañó una patata en ketchup—. Con él nunca se sabe.

—¿Crees que querrá colaborar con vosotros?

—Lo va a hacer porque no le queda otra. Sinceramente, creo que podemos hacerlo bien entre todos, y que él puede tener otros proyectos sin ningún problema. Solo tenemos que ajustarnos a las fechas.

Y, sin piedad, se hizo con otra patata. «Están buenísimas», pensó. Desde que estaba sobrio, parecía haber recuperado el sentido del gusto.

—¿Crees que querrá colaborar durante estas fechas? —Elizabeth alzó las cejas, dubitativa.

—Eso ya... tendremos que verlo. Espero que entre en razón.

Elizabeth asintió, dejando su hamburguesa en el plato. Solo por cómo lo estaba mirando Dylan sabía que quería decirle algo. Se estaba mordiendo el labio y había empezado a jugar con los dedos en la mesa.

—Sobre Sarah... —empezó.

Dylan masticó muy despacio, esperando que siguiera hablando. Elizabeth debió de tomárselo como un mal presagio, porque se pasó las manos por el pelo, y dejó de mirarlo a los ojos durante un segundo. Pero después, como si hubiera encontrado fuerzas dentro de sí misma, volvió mirarlo y dijo:

—Sé que no tengo a derecho a pedirte que me perdones. Si tú me lo hubieras hecho a mí, después de toda la historia que sé que hay entre vosotros, no sé si yo sería capaz de perdonarte, pero... solo quiero decirte que lo siento, y que mis intenciones eran buenas. —Terminó, lo había dicho de carrerilla, agachando la cabeza arrepentida.

—No te voy a mentir. No me ha encantado —contestó Dylan, manteniendo la voz seria. En su cabeza ya la había perdonado, pero no vio inconveniente en estirar la tortura un poco más—. No es algo que le haya ido contando a la gente por ahí.

—Lo sé. —Elizabeth suspiró—. Quería que tuvieras la oportunidad de volver a retomar esa relación, quiero que sepas eso. Mi intención solo era que pudieras tener una buena relación con ella, porque podría hacer milagros en tu recuperación, y quiero...

—¿Qué quieres? —Dylan alzó las cejas, curioso.

—Quiero que sea permanente, Dy. —El apodo cariñoso lo calentó por dentro, como un bálsamo tranquilizador, y el chico tuvo que reprimirse para no sonreír de lado—. Quiero que tengas una buena recuperación y que puedas solucionar todos los cabos sueltos... en la medida de lo posible.

Dylan se quedó callado un rato, pensando en lo que Elizabeth le acababa de decir. Era muy cierto que había huecos en su vida, lagunas emocionales, como balazos de sal en la carne, que tenía llenos de pus. Si los dejaba, la infección se extendería. Qué mierda, ya se había extendido hasta dejarlo insensible y colocado. Pero si los limpiaba... ¡Oh, Dios! Si los limpiaba. Escocería como el infierno, pero curarían bien.

Su vida era una metáfora triste.

—Vale —contestó él.

—¿Vale? ¿Y ya está? —Elizabeth frunció el ceño—. ¿Ningún «te odio zorra»?

Dylan soltó una carcajada, y Elizabeth lo miró como si estuviera molesta porque se hubiera rendido tan fácilmente.

—Entiendo tu punto de vista —contestó simplemente—. No me es agradable, pero creo que llevas razón.

—Crees que llevo razón... —repitió ella, como si no se creyera lo que estaba oyendo.

—¿Qué? A veces puedo ser muy razonable.

—Nunca eres razonable.

—Mentirosa.

—Dime una sola vez en la que no me hayas discutido algo en la terapia.

—¿Eso es lo que estamos haciendo aquí? —preguntó el chico echándose hacia delante, apoyando los antebrazos en la mesa, y le dijo burlón—: ¿Terapia?

Elizabeth se sonrojó.

—Creo que ya hemos cruzado la línea unas cuantas veces —insistió, solo por ver cómo se ponía morada.

—Dylan —le riñó ella.

—Elizabeth —la imitó, sonriendo. Ella puso los ojos en blanco, pero al final acabó por sacarle la lengua antes de darle un nuevo mordisco a su comida—. Relájate —le contestó el chico—, estás perdonada. Aunque puede que tengas que compensármelo de alguna manera.

La chica alzó una ceja mientras masticaba. La cara que puso fue de estar tan ofendida que Dylan se tuvo que reír. Dios, no podía estar enfadado con ella más de medio minuto.

* * *

Era agradable, pensó Elizabeth mientras caminaba con Dylan por las calles de Nueva York de camino al hotel, tener a alguien con quien bromear y con quien podía ser ella misma. Era agradable saber que podía tener errores, y que podría tener que pedir perdón, pero siempre habría alguien a quien volver, siempre tendría un hogar con paredes sólidas y suelo firme.

Todavía estaba nerviosa —las calles de la ciudad olían a recuerdos mezclados con vómito—, y mientras caminaban por una calle pasó una patrulla de policía con las sirenas encendidas y ella se tensó.

Volvió a tener esa sensación, justo igual que cuando había estado en el concierto hacía un rato, pero la rechazó, escondiéndola en el fondo de su cerebro. Se negaba a dejar que tomara el control. Respiró, sintiendo que se le iban a doblar las rodillas, porque tenía un mal presentimiento. Como si hubiera conseguido dominar a una bestia, pero solo le hubiera puesto cadenas hechas de mimbre, que acabarían por romperse.

Dylan no se dio cuenta. Iba caminando a su lado, tarareando algo entre dientes, y Elizabeth alargó la mano para coger la del chico, a pesar de que sabía que era un error y que si alguien los veía estarían perdidos, pero necesitaba el contacto.

El chico solo la miró de lado, frunciendo el ceño en una mueca divertida, pero entrelazó los dedos con los de Elizabeth sin dudarlo.

—Estaba pensando... —le dijo mientras pasaban por una calle que tenía las farolas fundidas en el lado de la acera donde ellos estaban.

—¿Qué? —La chica lo miró curiosa, porque nunca sabía por dónde podía saltar Dylan.

—Nada. —Dylan sacudió la cabeza, sonriendo un poco.

Ella lo miró frunciendo el ceño.

—¿Qué? —le insistió en un susurro.

—Nada, nada, de verdad. —Dylan negó con la cabeza.

Elizabeth se paró en medio de una intersección. Estaban justo en frente del hotel, las luces de neón iluminaban la calle, pero el resto ya estaba desierto. Coches y coches aparcados, una ciudad durmiente.

—¿Me lo vas a decir o...?

Pero no le dio tiempo a finalizar la pregunta. Dylan la besó antes de que pudiera seguir hablando, cogiéndole la nuca con la mano y pegándola a su cuerpo. El chico aún sabía a la Coca-Cola que se había estado bebiendo mientras cenaba y Elizabeth quiso apartarse, porque estaban en medio de la calle, pero su cuerpo se lo pensó por ella y antes de darse cuenta lo estaba rodeando con los brazos y devolviéndole el beso con un suspiro.

Ese chico iba a matarla. Elizabeth creyó que un beso era lo único que Dylan iba buscando, pero cuando siguió besándola y la arrastró hasta la pared de lo que parecía una —levantó la cabeza mientras el chico le besaba el cuello y vio el cartel— joyería, se dio cuenta de que sus intenciones no se quedaban ahí.

Las manos de Dylan ascendieron por sus muslos, subiéndole el vestido.

—¿Qué haces? —El tono de voz de Elizabeth subió una octava, y de repente sí que estaba nerviosa. ¿Le iba a quitar la ropa en medio de la calle? ¿Es que ese chico no tenía vergüenza o qué?

—Estaba pensando... —le murmuró el cabrón, contra el cuello, contestándole en ese momento a lo que le estaba diciendo hacía un rato— en que este vestido te queda genial.

Le mordisqueo el cuello, y después besó la marca que había dejado ahí hacía un par de días. Si estaba empezando a ser amarilla más que morada, Dylan volvió a darle color.

Elizabeth arqueó las caderas contra el cantante sin querer, porque, Jesús, le gustaba cuando hacía eso. Podía sentir las succiones en todo el cuerpo,

como pulsos calientes de corriente que la encendían.

—¿Y esta es tu manera de decírmelo? —bromeó ella, agarrándose a los hombros de Dylan para no caerse, mientras el chico le acariciaba el cuello con la nariz y subía las manos hasta enganchar los pulgares en el borde de su ropa interior.

—He pensado que sería romántico —le contestó él.

—¿Romántico? Estamos en medio de la calle.

—Lo sé. Genial, ¿verdad? —Dylan se rio contra ella, pegándola más a la pared. Ahora estaba completamente contra el ladrillo frío de la fachada y el cuerpo de Dylan se pegó mucho al de ella, colándose entre sus piernas, no tenía ni idea de cuándo las había abierto.

—Dylan —le advirtió, pero el músico bajó la ropa interior un poco, no del todo.

—Piénsalo —le dijo, besándole la barbilla, la mejilla, el hueco de la oreja. Le habló directamente contra el oído—: cualquiera podría pasar en cualquier momento.

«Precisamente», quiso gritarle ella, pero Dylan la besó en la boca, y a Elizabeth se le olvidó. Le abrió los labios con la lengua, encontrándose ahí: ese toque más íntimo que el deslizar de sus bragas por los muslos.

—No sabía que eras un exhibicionista —le contestó por decir algo, porque en realidad, mientras la siguiera tocando, Elizabeth no tenía mucho que objetar.

Era increíble... No, borra eso... Era *realmente* increíble que se estuviera dejando tocar en un sitio público donde cualquiera podría verlos y las cámaras de seguridad de la calle probablemente los estuvieran grabando.

Sintió pánico —algo dentro de su cerebro que iba a estallar en cualquier momento— y estuvo tentada a salir corriendo; pero la otra parte, esa otra parte que estaba volviendo a la vida en las últimas semanas, esa niña alocada y llena de luz que había escondido en una habitación vacía durante años... Esa parte estaba más que encantada con la idea.

—No lo soy —le contestó Dylan entre besos—. Pero, joder, contigo soy lo que haga falta. —Hizo una pausa, mirándola muy de cerca, con sus frentes juntas, y Elizabeth pudo admirar la belleza salvaje de sus ojos. Dylan se mojó los labios con la lengua, y ella quiso besarlo otra vez—. Puedes decir que no —susurró él en el hueco que había entre sus bocas.

Lo sabía.

Sabía que si decía que no, regresarían al hotel y Dylan la tocaría en la cama, o en la ducha o donde ella quisiera. Sabía que si le decía que solo quería dormir, la abrazaría hasta la mañana siguiente. Sabía que si le decía que se cortara un brazo, probablemente dudaría un segundo o dos antes de preguntar a qué altura.

Pensó que lo quería. Ahí, en ese momento. Después y siempre.

Pero no se lo dijo.

Asintió con la cabeza, pero Dylan no se movió ni un ápice hasta que ella no puso las manos sobre las del chico, arrastrando las bragas más abajo por sus piernas.

—Pero tenemos que darnos prisa —murmuró mientras miraba como Dylan cogía la ropa interior de la chica y se la metía en el bolsillo de atrás del pantalón. Después observó cómo se abría el pantalón: el botón primero, la cremallera después. No le dio tiempo a ver nada más, porque el músico se rodeó a sí mismo con una de las piernas de Elizabeth, ayudándose de la pared.

La chica sintió el metal frío de la cremallera y el cuero entre los muslos, pero eso no fue lo único. Sintió la erección caliente contra su carne, y después, en un movimiento de gracia, entró en ella, uniendo ambos cuerpos en una curva perfecta.

Elizabeth jadeó, y Dylan gruñó.

Cuando habló, la voz le salió estrangulada, como si estuviera haciendo un gran esfuerzo.

—Cariño, soy un experto en ser rápido.

Tardó un poco en saber a qué se estaba refiriendo, porque Dylan empezó a mover las caderas y la sensación la despistó. Pero cuando entendió que estaba hablando de la noche anterior, se rio a carcajadas.

Estaba empezando a sentirse viva otra vez... y era aterrador.

* * *

Elizabeth estaba tumbada en la cama, leyendo el único libro que se había echado en la maleta cuando habían empezado la gira, pero no estaba concentrada realmente. Estaba cómoda sobre un montón de cojines, y aún seguía con el albornoz puesto después de la ducha. Dylan aún no había vuelto del baño —porque no sabía darse duchas normales—, y Elizabeth cerró el

libro sobre su regazo, y sin querer se le cerraron también los ojos, porque había sido un día largo, lleno de tensiones.

Solo debió dormirse durante unos segundos, pero cuando se despertó tenía el corazón acelerado y le sudaba todo el cuerpo. Respiró una bocanada de aire, porque odiaba esa sensación. No recordaba el sueño que había tenido, solo sabía que tenía todos los sistemas activados como si algo fuera a pasar. El mal presagio, justo como aquel día que había visto a Dylan entrar en el centro en las noticias, se le asentó en el estómago, diciéndole que no iba a moverse de ahí.

Lo ignoró y abrió los ojos, para encontrarse con que Dylan se había tumbado en la cama y había apoyado la cabeza en su muslo, rodeándola con un brazo.

—Lo siento —murmuró, mirándola cuando la vio abrir los ojos—. No quería despertarte.

Elizabeth se aclaró la garganta.

—No pasa nada.

«Pero creo que algo va a pasar, y no sé el qué, y solo quiero que me abracés y se me olvide», pensó, pero no se lo dijo. Lo miró con su pelo aún mojado y sus mejillas sonrojadas, y deseó poder decírselo, pero no lo hizo. Solo llevaba esos pantalones de deporte ridículamente bajos de las caderas, como si la goma estuviera desgastada por el uso. Serían viejos y feos, pero a ella no le hacían ningún favor.

—¿Has vuelto hace mucho rato?

—Ahora mismo.

La chica puso los ojos en blanco.

—Se te va a poner cara de pez —se burló.

Dylan se rio contra ella, y la vibración de su risa la agitó.

—¿Qué? Me gusta el agua. Ni que fuera un delito.

—Creo que lo es contra el medio ambiente. —Elizabeth lo miró con las cejas alzadas.

—Mierda, cariño, no me hagas sentir culpable. —Dylan le dejó un beso sobre uno de los muslos, que se había escapado del albornoz—. Ya sabes lo bien que se me da.

Elizabeth se rio, y le pasó las manos por el pelo. Dylan debía haberse afeitado también, porque no sintió ningún atisbo de barba contra su muslo cuando el chico apoyó allí la barbilla para mirarla desde abajo.

—Sí, sí, el hambre en el mundo, la guerra..., empiezas por una cosa y al final todo es culpa tuya.

—¿Te ríes de todos tus pacientes o solo es de mí?

—Me río de todos mis novios —contestó ella.

La palabra pareció tener algún efecto curioso en Dylan, que sonrió ampliamente, con hoyuelos incluidos. Elizabeth quiso besárselos, pero se estuvo quieta.

—Puedo vivir con eso —le dijo.

Le dejó un último beso en el muslo, antes de rodar en la cama y quedarse bocarriba, poniendo las manos bajo la cabeza.

—¿Quieres que veamos una película o algo? —le preguntó.

Elizabeth se levantó de la cama, porque no iba a ser capaz de dormir con el albornoz puesto, y menos con la estufa andante que era Dylan Reeves pegada a ella. Fue hasta la maleta y sacó su pantalón de pijama y una camiseta cualquiera —resultó ser la de la banda, con el logo sobre su pecho— y se vistió lo más rápidamente posible, siendo consciente todo el rato de los ojos de Dylan sobre ella.

—Estoy demasiado cansada para aguantar una película entera.

—¿Serie? —preguntó él, la voz más ronca que hacía un minuto. Elizabeth sabía que tenía otras cosas en mente que no tenían nada que ver con seguir una serie, y se preguntó si alguna vez tendría suficiente.

Se le erizó el pelo de la nuca cuando se dio la vuelta y vio como la miraba, y supo que ella tampoco se había cansado de él.

—Si dices *Downton Abbey*, te echo de la cama —le advirtió Dylan.

Elizabeth levantó las manos en señal de rendición.

—Tú eliges —le aseguró, subiéndose otra vez a la cama y tumbándose en su lado. Estaba junto al chico, pero sin estar pegada a él, y observó cómo Dylan encendía la tele y rebuscaba en los canales.

Paró cuando dio con algo que le gustó.

—Oooh, *Sense8*. Esta es genial.

Elizabeth parpadeó, mirándolo de soslayo.

—No me mires así, cariño, verás cómo te gusta. No puede no gustarte —le aseguró.

Elizabeth suspiró y miró la pantalla.

Había una señora hablando con gente que en realidad no estaba en la habitación, y acababa de pegarse un tiro.

Ya estaba aburrida.

* * *

Cuando abrió los ojos no recordaba en qué momento se había quedado dormida. Era por la mañana, y la luz entraba desde las persianas, bañando la habitación. Elizabeth giró la cabeza y vio que Dylan no estaba en la cama.

Frunció el ceño, porque el chico solía dormir como un peso muerto y levantarse más tarde que ella, pero no le dio tiempo a estar confundida durante mucho rato, porque la puerta se abrió y el chico entró en la habitación, con una bandeja en la mano que olía a desayuno.

—Servicio de habitaciones —canturreó mientras se acercaba y le daba un beso rápido. La boca le sabía dulce, como a caramelo. Si había estado comiendo tortitas, más valía que le hubiera traído en esa bandeja.

La dejó sobre la mesilla, y Elizabeth hizo un esfuerzo por despertarse.

El chico estaba de buen humor, y había una energía viva que lo recorría. Lo mismo era que ella aún no había desayunado, pero estaba empezando a sacarla de quicio con todo ese ir y venir por la habitación. ¿Y tenía que seguir canturreando?

Con un gruñido se sentó en la cama, y echándose el pelo hacia atrás para que no se interpusiera en su camino, alargó la mano y cogió la taza de café. Negro, con mucho azúcar. Dylan eran un genio. Suspiró mientras se lo bebía, y sintió que se iba despertando poco a poco.

—¿Qué hora es? —preguntó, aclarándose un poco la voz.

—Las diez y media. —Dylan sonrió—. Y no tenemos ensayo de sonido hasta las doce —lo dijo como si tuviera otros planes.

—¿Estás pensando en hacer algo?

—Sí —le dijo, y dubitativo, añadió—: pero quería pedirte permiso primero.

—¿Permiso? —Elizabeth abrió la bandeja plateada y se dio cuenta de que debajo no había tortitas, pero había *donuts* y un bol con fruta cortada. Cogió un trozo de sandía. Masticó despacio mientras veía como Dylan se movía de un lado a otro, nervioso.

—Puedes decirme que no si no quieres, es que... estuve pensándolo anoche, pero no quise sacar el tema y...

—Deja de dar vueltas, Dylan Reeves —se burló ella.

—¿Podemos ir a ver el ático? —preguntó el chico, siendo directo.

El corazón de Elizabeth se cayó hasta el suelo y aterrizó en el último piso del hotel, junto a los coches que estaban aparcados en el garaje. Ese mal

presentimiento que había tenido anclado en el estómago como una espina clavada empezó a reírse de ella.

—¿Te refieres al ático de mi padre? —Ni siquiera supo si la voz le salió o no. El trozo de fruta que acababa de comerse se le atascó a medio camino del estómago, y tuvo que dejar la taza de café que llevaba en la mano sobre la mesilla, porque empezó a temblar y no quería derramarla.

—Sé que es una locura, pero he mirado en Google Maps y solo está a media hora de aquí en coche...

El ático de su padre. La imagen de Ryan Reed lleno de vómito la bombardeó. Los policías y las sirenas. Los *flashes*. El recuerdo de los ruidos y los olores. Todo se le vino a la mente de golpe, como si estuviera intentado entrar en su cerebro a la vez, y Elizabeth se quedó paralizada. Ni siquiera pensó lo que decía antes de decirlo.

—No puedes ir —contestó sin mirarlo a la cara.

No era lo que quería decir, pensó cuando ya lo había dicho. No era que Dylan no pudiera ir, era que *nadie* podía ir. Ni siquiera ella se atrevía a poner un pie en esa casa. Llevaba cerrada a cal y canto desde que su padre había muerto y, aunque la propiedad le pertenecía, había dejado que Marisa se encargara de su mantenimiento todos esos años.

—¿No puedo ir? —repitió Dylan como si estuviera ofendido, pero más que nada desconcertado.

—No es asunto tuyo —insistió la chica, sintiendo que no tenía el control de lo que decía. Estaba empezando a verlo todo borroso, y respiraba con dificultad. No quería que Dylan la viera tener un ataque de pánico, así que luchó con las respiraciones, forzando el aire a sus pulmones.

Y sabía que no había dicho lo correcto. Ni siquiera estaba haciendo lo correcto.

La cara que Dylan puso se lo dejó muy claro.

Quizá si se hubiera explicado de otra manera, diciéndole que no estaba preparada para enfrentarse a ese fantasma aún, Dylan la habría entendido. Tal vez, si hubiera dicho que en otro momento, porque necesitaba digerir todo lo que estaba pasando en su vida primero, él no habría abierto mucho los ojos y la boca, y la rabia y la decepción no le habrían inundado la cara.

Conocía esa cara, pensó mientras lo observaba mirarla, respirando fuerte. Era la misma cara con la que la había mirado en la fiesta de Miami, cuando ese periodista había revelado su identidad. Era la misma expresión con la que había entrado al baño y le había gritado.

Ni siquiera el día anterior con lo de Sarah le había vuelto a ver esa expresión. Pero se la estaba viendo ahora.

—No es asunto mío... —repitió.

No era que le dijera que no, se dio cuenta. Lo que había molestado a Dylan era la manera en la que ella lo había dicho.

Pero Elizabeth no podía hacerse cargo de él en esos momentos. Tenía el corazón en la boca y sentía que iba a vomitar el poco desayuno que había conseguido meterse al estómago.

Tuvo una especie de *déjà vu* y se vio en la cocina de su casa, sintiendo exactamente lo mismo que cuando Dylan había entrado en el centro aquella mañana. Qué desastre era su vida últimamente.

Vivía en pánico continuamente, sin tener un minuto de tranquilidad. Su cuerpo se tensó y su cerebro activó el mecanismo de defensa más antiguo de la historia. «No te olvides de quién eres. No dejes que la locura te arrolle y las emociones tomen el control. Esta no es quien eres. Si dejas que Dylan Reeves te cambie por completo y el apellido *Reed* vuelva a ser tu signo de identidad, nada bueno puede pasar», le dijo su consciencia.

—No, no lo es. —Su tono de voz estaba a bajo cero, pero Elizabeth se estaba escuchando a sí misma de fondo, como si su cerebro estuviera en la mesilla y fuera un espectador más en el desastre que era su vida—. Es un asunto privado, Dylan.

—Privado —repitió él, parpadeando mucho.

Lo vio fruncir el ceño e ir hacia delante para intentar tocarla, pero Elizabeth Harvey no se dejó. Esa mujer no era quien había estado siendo durante las últimas semanas. Era fría y distante, y por una buena razón. Mantener a la gente a raya siempre le había dado resultado, no podía olvidarse de eso.

Aunque estuviera quedándose sin sensibilidad en la punta de los dedos.

—Tú sabes todos los asuntos privados que yo tengo —contestó Dylan, intentado razonar con ella. Apretó las mandíbulas con fuerza, como si estuviera intentando masticar algo, su ira o su orgullo, Elizabeth no lo sabía.

—Eso es diferente.

—¿Cómo que es diferente?

El chico caminó hacia ella, una torre de músculos y malos modos, pero Elizabeth ni siquiera se sintió intimidada. Ni siquiera sabía dónde estaba.

—Eres mi paciente, Dylan. Se supone que yo tengo que tener toda esa información...

Fue como dejar caer un rayo en una planta eléctrica. Las fosas nasales de Dylan se dilataron, y apretó los puños a ambos lados de su cuerpo.

—¿Paciente? ¿Así que eso es lo que tú y yo hemos estado haciendo aquí? ¿Negocios? —preguntó Dylan, señalándolos con un gesto de la mano.

Una parte de ella, una parte diminuta que estaba siendo encadenada en el fondo de su mente, estaba gritando porque la dejaran salir y abrazar al músico. Pero era tan pequeña que el grito apenas se oyó.

Elizabeth Harvey era un autómata a esas alturas.

Su corazón latía muy fuerte contra sus oídos, y tenía las palmas de las manos mojadas. Ni siquiera le contestó a Dylan. Se dio la vuelta y fue hasta su maleta.

No se fijó en qué ropa se ponía, solo que quería salir de ahí.

—Necesito salir de aquí —lo dijo en voz alta porque sentía que se ahogaba, el aire de dentro de esa habitación no era suficiente. Caminó hacia la puerta, dándole la espalda—. Estaré para el ensayo.

Ni siquiera recordaba si Dylan le dijo algo más, pero sí como la miró. Había algo en sus ojos completamente diferente a las demás veces.

Ni rabia, ni odio, ni decepción.

Era tristeza.

La emoción emborronaba sus ojos grandes y dispares. Tenía unas facciones bonitas, pensó mientras lo miraba por encima del hombro. Y era una pena... Era una pena que algo tan bonito no fuera para ella.

Porque estaba rota en mil pedazos y había sido un error pensar que podía ser de otra forma.

* * *

Deambuló por las calles de Nueva York durante un rato, sin fijarse muy bien hacia dónde iba. Todo era una mancha borrosa a su alrededor, porque su cerebro estaba trabajando a marchas forzadas.

Fría, fría, fría. Le temblaban las manos, así que las metió en los bolsillos de los vaqueros. Estaba quedándose fría, y no sabía por qué.

No recordaba cómo llegó a la puerta del edificio. Tampoco cuánto tiempo estuvo caminando. Debió de ser un buen rato, si Dylan le había dicho que había una media hora en coche. Tampoco sabía que recordaba el camino a pie, porque hacía dieciséis años que no volvía a hacerlo.

Pero cuando miró se vio a sí misma reflejada en el cristal de la portería del edificio donde su padre y ella habían vivido durante unos años. Se vio reflejada, con el pelo suelto hecho una locura porque ni siquiera se había peinado y sintió horror al verse así. Cogió la goma del pelo que llevaba en la muñeca por costumbre, y se lo recogió en un moño alto.

Se sintió más como ella misma durante un segundo y pudo respirar mejor.

Estuvo un rato en la puerta, mirando hacia dentro, pero nadie entró ni salió del edificio y al final se sintió como una estúpida por estar mirando una puerta de cristal, como si eso le fuera a dar las soluciones de su vida.

Tenía que volver, aguantarse y sufrir las consecuencias de lo que había hecho. Tenía que tener una conversación adulta con Dylan, y explicarle por qué no podía seguir haciendo aquello. No iba romper su contrato con la discográfica, porque Elizabeth Harvey no rompía sus promesas, pero iba a tener que tomar medidas, porque aquello se le había ido de las manos.

Sintió la náusea en el estómago, y esa vez ya no supo si era por enfrentarse a su pasado o a su presente.

Se dio la vuelta para marcharse cuando la puerta del edificio se abrió y un señor con uniforme salió.

—Señorita, espere —la llamó, y Elizabeth estuvo tentada de fingir que no lo había oído, pero el hombre insistió—. ¿Necesita algo?

—No, no se preocupe —contestó ella.

—¿Se ha perdido usted?

«Ni te imaginas cuánto», quiso responder.

—No, no. Yo... viví aquí, hace algunos años —confesó ella sin saber por qué. El señor, que Elizabeth se imaginó que sería el portero dado el uniforme, tenía una cara dulce. Esa clase de cara que había envejecido bien y transmitía seguridad —. Supongo que la nostalgia me ha traído hasta aquí. Pero ya me iba.

—¿Necesita ayuda para volver? Puedo llamar un taxi —ofreció el señor. Ella sonrió un poco, a pesar de todo.

—No. Puedo volver sola. Pero muchas gracias.

Él le ofreció una sonrisa y Elizabeth se dio la vuelta, dispuesta a marcharse por donde fuera que hubiera venido. No recordaba el camino, pero sí que se sabía el nombre del hotel, así que siempre podía coger un taxi hasta allí.

—No será usted Elizabeth Reed, ¿verdad? —preguntó entonces el portero, cuando Elizabeth no había dado ni dos pasos.

No se lo podía creer. ¿Todo el puto mundo sabía de quién era su cara o qué?

—Me llamó una señora hace unas semanas, verá usted. ¿Harvey? Lleva haciéndose cargo del ático durante los últimos años, y me pidió que estuviera pendiente por si una chica joven venía por aquí a visitarlo.

¿Su madre había avisado de que podía ir?

La mataría.

Primero, accedía a sus espaldas a ingresar a un músico famoso en el centro; después la convencía para irse de gira con él... y además resultaba que también había llamado a casa de su padre para hacer arreglos.

¿Había algo en lo que no se metiera esa mujer?

—Dejó algo para usted —siguió el hombre, entendiendo que sí era Elizabeth Reed, porque la chica se había quedado parada escuchando.

¿Algo para ella? ¿Qué podía ser?

* * *

La maraña de llaveros que tenía en la mano hacía un ruido gracioso, pensó Elizabeth mientras los cogía y subía en el ascensor hasta el ático.

Ni siquiera se acordaba de todos aquellos llaveros, con pequeños monumentos de las ciudades que había visitado con su padre. Había una pequeña Torre Eiffel y una Estatua de la Libertad. Estaba la Torre de Pisa, y el Big Ben.

Habría al menos diez llaveros y una sola llave, y Elizabeth lo miró en la palma de su mano durante un rato sintiendo que le quemaba como la sal a los demonios.

«¿Qué estás haciendo?», se preguntó.

Pero no pareció poder parar a sus pies cuando salió del ascensor y abrió la puerta de la casa de su padre con la llave que llevaba años sin usar. Si había alarma, estaba jodida, pero, al parecer, teniendo seguridad abajo, su padre no había instalado un sistema de alarmas dentro de casa.

Respiró profundamente en el umbral de la puerta, y dudó entre encender la luz o darse la vuelta y no volver nunca.

Era ahora o nunca.

Porque no quería..., porque tenía miedo y estaba asustada, y quería gritar; porque no quería tener que inventarse alguna excusa para Dylan, ni para su madre, y, por Dios bendito, no quería seguir siendo quien era porque no le gustaba. Porque no quería acordarse de su padre, pero no quería tener que recordarlo más como una mancha. Porque lo echaba de menos.

Por todo eso, dio un paso al frente y encendió la luz del pasillo.

Por todo eso, comenzó a caminar hacia delante, hasta estar de nuevo en el comedor.

Se le hizo un nudo en la garganta cuando sintió que llevaba otra vez esa mochila y se le caía en el umbral de la puerta, llamando a su padre. Sintió ganas de llorar, pero no lo hizo. No lo hizo, maldita sea.

Encendió más luces y vio que los sofás de cuero estaban tapados con sábanas blancas y que las guitarras de las esquinas también. No había demasiado polvo, sin embargo, como si su madre se hubiera encargado de que el sitio no estuviera abandonado.

Porque había pensado que tal vez ella podía querer volver alguna vez.

Se mordió la boca tan fuerte que se iba a hacer sangre, y apretó los llaveros contra la palma de su mano, sintiendo las esquinas de los metales hacerle daño en la carne.

Caminó hacia delante, temblando como una hoja, hasta que rodeó los sofás y estuvo cara a cara con el peor de sus recuerdos.

La alfombra estaba entre los dos sofás, justo donde siempre había estado. El rojo se había descolorido con el tiempo, y ya no era tan vivo; pero aun así Elizabeth fue capaz de distinguir perfectamente dónde había estado la mancha de vómito, porque había un pequeño círculo más claro que los demás, como si por mucho que lo hubieran limpiado no hubieran conseguido quitarlo del todo.

Porque había cosas que era imposible olvidar.

Eran esos sucesos, esos puntos de inflexión en la historia que están condenados a repetirse, incluso aunque pudieras volver al pasado e intentases olvidarlos. Eran imborrables. Inevitables. Inolvidables.

Quiso evitarlo con todas sus fuerzas, pero así, con la puerta abierta de casa y las luces encendidas, y sin saber muy bien qué estaba haciendo ahí, Elizabeth cayó de rodillas sobre la alfombra donde había encontrado a su padre muerto, y lloró.

Lloró por la vida y la muerte y el odio que le tenía a todo lo que alguna vez había sido su vida. Lloró por su padre, no porque lo odiase, sino porque lo echaba de menos.

Lloró por Dylan, por eso también lloró, porque había jodido lo único bueno que le había pasado en mucho tiempo.

Pero, sobre todo, lloró por ella.

Por esa niña pequeña que se había arrodillado frente al cadáver de su padre, suplicando que estuviera vivo. Lloró por esa niña que se había sentado horas en una comisaría y que había jurado no tener miedo nunca más. Lloró por las noches con pesadillas, y los años de vida perdidos intentando ser quien no era.

Elizabeth Reed no había vuelto a llorar desde que tenía doce años, pero lloró entonces.

Capítulo 23

*Come down off your throne and leave your body alone.
Somebody must change.
Can't Find My Way Home, Blind Faith.*

No sabía cuánto tiempo llevaba ahí, tumbada en la alfombra. Puede que hubieran sido unos minutos o unas cuantas horas. Tenía la garganta seca y la cara llena de lágrimas que le mojaban hasta las raíces del pelo de estar llorando sin secarlas.

En el fondo de su mente sabía que tenía que salir de ahí e ir al hotel, porque había ensayo de sonido y esa noche habría concierto otra vez —en Nueva York había tres conciertos seguidos programados—. Sabía que tenía que moverse y dejar de llorar, hacer algo que no fuera sentir pena de sí misma, pero no pudo hacer nada.

Su móvil empezó a vibrarle en el bolsillo, y lo sacó solo para ver que, efectivamente, llegaba tarde al ensayo de sonido, porque ya eran más de las dos de la tarde, y que Dylan la estaba llamando.

Eso la hizo llorar más.

Dylan, a quien había engañado una y otra vez; a quien había mentido a la cara y también por la espalda; a quien había tratado peor que a un perro, la estaba llamando. Dylan, que no tendría que querer hablar con ella nunca más en la vida. Dylan, ese al que ella había tachado en su cabeza de inmaduro, estúpido e infantil. Ese Dylan Reeves que ella había querido encasillar dentro del estereotipo de estrella de *rock* que te destrozaba la vida.

Ese chico la estaba llamando.

No contestó porque no creía que la voz le fuera a salir y porque sintió el peso de sus acciones de golpe, como si todas hubieran esperado para caer juntas.

Al cabo de unos segundos, su móvil vibró con un mensaje: «Lo Siento. Coge el teléfono. Por favor».

Siempre se estaba disculpando.

Siempre pidiéndole perdón, porque Dylan Reeves cargaba con la culpa del mundo sobre sus hombros si eso significaba que no la tenías que cargar tú. Y ella no quería ser más una carga ni la causa de su culpa. Ella solo quería poder ser quien era, sin máscaras ni fachadas, pero a veces era tan difícil.

Como un automatismo que se ha llevado a cabo durante demasiado tiempo, el impulso de defender lo que ni ella misma se atrevía a admitir había salido en esa habitación de hotel.

Estaba tan equivocada.

Todo lo que le había dicho había sido una mentira.

Podía haberle dicho otros veinte millones de cosas. Podría haberle explicado sus miedos y todas las frustraciones que tenía, pero escogió la opción cobarde, tumbándose en una alfombra que una vez había tenido un cadáver encima, sintiéndose un cadáver ella misma.

El móvil sonó otra vez, pero lo apagó.

No podía tolerar enfrentarse a tantas cosas de golpe.

Porque Elizabeth tenía otro objetivo en mente.

Se odió a sí misma por débil, y se odió más por cobarde.

Todas esas cosas que le había reprochado a su padre y ahí estaba ella, repitiéndolas. ¿Cómo era el dicho? De tal palo... y toda esa mierda.

Pero se negaba. «Que le den. Dios, te odio tanto, que solo quiero dejar de odiarte, y poder seguir con mi vida, Ryan Reed», pensó.

Se levantó de la alfombra con cuidado, porque estaba algo mareada, e hizo lo único que se le ocurrió que serviría para ahuyentar a sus demonios. Exponerlos al pecado mortal.

Buscó por la habitación hasta dar con el equipo de música, y destapó las estanterías para buscar en ellas alguno de los discos de Ryan. Los tenía todos en un rincón, mezclados con los de otros cantantes por orden alfabético como si fuera uno más, porque Ryan nunca se había dado demasiada importancia a sí mismo.

Elizabeth cogió uno con manos temblorosas, y lo conectó al equipo de música. Tuvo que conectarlo también a la luz y hacer un par de ajustes, porque llevaba años parado, pero al final la música sonó y ella se quedó petrificada delante del equipo, sin saber si apagarlo o dejar que sonara.

«La canción», se dijo.

Era la misma que Dylan le había obligado a tocar con la guitarra en la habitación del hotel algunas noches atrás.

Y por mucho que ella quisiera evitarlo, parecía inevitable. Por mucho que quisiera dejar de pensarlo, parecía impensable.

Estaba ahí y ahí se iba a quedar, porque algunas personas eran así: una vez que las dejabas entrar, se instalaban en tu casa y se quedaban hasta el final. No las podías echar ni aunque quisieras.

El recuerdo de Dylan tocando esa canción se mezcló con el recuerdo de su propio padre, sentado en una banqueta en el escenario, con la guitarra acústica en el regazo y ella mirando desde el borde. Recordó a Ryan esperando hasta que se hacía el completo silencio, las luces se apagaban, los mecheros se encendían, y la canción salía de sus dedos y de sus labios como una plegaria que tenía que ser escuchada.

Recordó a su padre sonriendo, con los ojos cerrados mientras cantaba. Lo recordó pintándole las uñas y haciéndole trenzas en el pelo. Se acordó de él quemando la comida y pidiendo *pizza*, cantándole estúpidas canciones infantiles y arrojándola para dormir.

Los recuerdos de la infancia, que hacía tanto que había sustituido por los malos, volvieron, dejándola sin respiración. Se arrodilló delante del equipo de música, sintiendo que se ahogaba mientras la memoria de su padre volvía a la vida.

—Lo siento mucho —murmuró, aunque sabía que su padre no podía oírla. Le caían lágrimas hasta el cuello, mojándole la comisura de los labios, y Dios, puede que estuviera hasta moqueando—. Lo siento muchísimo —suplicó, como si sintiera que era él quien la tenía que perdonar.

Por primera vez desde que todo aquello había pasado, sintió que la que había cometido el error era ella, y no al revés. No tenía que pedirle perdón por no haber pensado en ella; no tenía que recompensarla por haber estropeado su vida. Ella no había entendido nada desde el principio.

Era ella la que tenía que ser perdonada.

—Perdóname —pidió, con los ojos cerrados.

Ya no vio el cadáver de su padre cuando lo dijo. Se vio a sí misma, y a la única decisión que tenía que tomar.

* * *

Cuando encendió el teléfono, le llegaron mensajes y llamadas perdidas, pero no los leyó. Buscó el teléfono de Mark en la agenda y el mánager se lo

cogió a la primera.

—¿Dónde estás metida? ¿Estás bien?

La voz de Mark era acelerada, como si estuviera yendo de un sitio para otro.

Elizabeth se aclaró la voz porque la tenía ronca de haber estado llorando durante tanto rato. Dios, le dolía la cabeza, y tenía los ojos tan secos que los párpados le hacían daño cada vez que los cerraba. No se había mirado en el espejo, pero sabía que tenía que tener la nariz roja, igual que los ojos y, en general, su cara debía de ser un desastre.

—¿Puedes venir a por mí? —pidió sin decirle si estaba bien, porque esa respuesta podía ser tan larga que a lo mejor tardaba un par de horas en contestarle. No tenía tanto tiempo.

Elizabeth tocó el mástil de una de las guitarras de su padre mientras hablaba, las cuerdas duras contra sus dedos.

—Claro. Dime la dirección.

Elizabeth se la dio sin parpadear, y Mark tardó un segundo en responder:

—Esa es la...

Ella suspiró.

—La casa de mi padre, sí.

Escuchó al mánager suspirar al otro lado de la línea.

—¿Qué mierda ha pasado, Liz? Dylan está que se sale del cuerpo — preguntó Mark, confirmando las sospechas de la chica.

«Ha pasado que soy gilipollas. Ha pasado que después de tanto criticar el comportamiento de Nathan, yo he hecho más daño. Ha pasado que no se puede dejar a un imbécil con un arma, y esperar que no se dispare a un pie antes o después. Eso ha pasado», se lamentó en silencio.

—Te lo cuento cuando llegues —contestó, porque no tenía ganas de dar explicaciones por teléfono.

Iba a colgar, pero no pudo evitar preguntar.

—Mark, ¿está bien?

El mánager no contestó al principio, solo gruñó.

—No, no está bien. —Y después de una pequeña pausa, como si supiera qué era lo que ella estaba preguntando, añadió—: Pero lo tenemos bajo control.

Elizabeth respiró un poco más aliviada.

Dios, no podía esperar a verlo.

Colgó y entonces fue consciente de que seguía tocando una de las guitarras. Era la acústica, una Gibson antigua, el color de la madera oscuro, y tan diferente de la negra mate de Dylan.

La cogió, levantándola del soporte en el que estaba sujeta y puesta de pie. La acarició con los dedos, sintiendo el peso en sus manos. A Dylan le encantaría esa guitarra. No solo porque era un clásico, sino porque era la que su padre usaba en las giras, y técnicamente debería estar en algún museo de coleccionista, no ahí, en una esquina, tapada para que el polvo no se la comiese.

A Dylan le encantaría tenerla, se dijo.

No lo iba a arreglar, pero al menos sería un comienzo.

* * *

—¿A dónde vamos? —le preguntó a Mark, mientras se ataba el cinturón. Había dejado la guitarra en los asientos de atrás, a buen recaudo, y Mark la había mirado con una cara graciosa. Entre seria y extrañada.

Como si pensara que se había vuelto loca.

O quizá solo era que tenía cara de haber estado llorando durante horas, y sin maquillar y con los ojos hinchados, probablemente pareciera un zombi.

—Al recinto.

—¿Tan temprano? Pensaba que estaríais en el hotel.

—Los chicos están, pero Dylan no.

La preocupación la atravesó como el aguijón de un escorpión. Se movió inquieta en el asiento, sin saber muy bien qué hacer con las manos.

—Tranquila, Doc. Está con Ginebra y Amelia. Esas dos deberían mantenerlo calmado durante un rato.

—Vale.

—¿Me piensas decir qué ha pasado?

Elizabeth lo miró de reojo, pero no le contestó, y Mark debió de ver algo en su cara, porque solo alzó las manos del volante en señal de paz.

—Solo quiero saberlo por si puedo ayudar. Si es un asunto de pareja...

«De pareja», repitió para ella.

¿Eso era lo que habían estado siendo a ojos de los demás todo ese tiempo, no era cierto? Y ella le había dicho que era su paciente. Por favor, le

había dicho que lo que había pasado entre ellos era simplemente por negocios, como si ese contrato la hubiera obligado a acostarse con él.

«Eres horrible», se dijo.

Y aun así él le había pedido perdón.

—No me lo merezco —murmuró, tan bajito que pensó que Mark no la había oído, pero la radio no estaba puesta y el mánager estaba en todo.

—¿A Dylan? Es un buen tipo, aunque no lo parezca.

—Lo sé —contestó ella, y porque por algún motivo parecía no poder parar las lágrimas, estas empezaron a resbalarle por las mejillas. Se había pasado años sin llorar, pero se iba a convertir en una fuente constante.

—Pero no es rencoroso, Liz —le aseguró Mark, consolándola con una mano en la rodilla—. No lo he visto jamás guardar una ofensa durante más de un día y medio. Seguro que tiene arreglo.

¿Y no era eso verdad? El chico había perdonado a Nathan, a pesar de que le había puesto una papelina en la mano. Había hecho borrón y cuenta nueva con ella en dos ocasiones.

«Por favor, que haya una tercera», pidió.

* * *

Decir que Dylan estaba inquieto era como decir que los leones maullaban.

El chico no estaba escuchando absolutamente nada de lo que Amelia le estaba diciendo, pero al parecer que estuviera detrás del estand de *merchandising* ayudándola estaba sirviendo para que la cola se hiciera más y más larga cada vez.

Había pensado que hablar con los fans y firmar un par de autógrafos, mientras ayudaba a la chica a vender y a reponer, le serviría de entretenimiento, pero incluso así estaba revisando el teléfono cada medio segundo.

Dylan no había parado de revivir la escena una y otra vez en su cabeza desde esa mañana.

Se había sentido como un completo imbécil en cuanto le había pedido a Elizabeth ir a casa de su padre y había sabido que era un error en cuanto había visto su cara. La chica se había puesto completamente pálida y había adoptado una expresión que hacía mucho tiempo que no le veía.

Había querido retractarse en cuanto lo había dicho, pero después ella había hablado y sus palabras le habían producido un cortocircuito. No era la negativa lo que lo cabreaba, era el distanciamiento.

Así que la había dejado marcharse, porque lo único que había querido en ese momento era gritarle, echarla de su habitación y olvidarse de que existía.

Si ella iba a seguir jugando a ese juego, en el que él era una marioneta que tenía que bailar a su son, justo igual que para todos los demás, él no la quería. Prefería estar solo que sentir que nadie a su alrededor de verdad se preocupaba por él, y que todo era una mentira.

Se quedaría solo, pero al menos sabría la verdad.

Se lo había creído durante un rato, y se había distraído con el ensayo de sonido, pero después ella no había aparecido y su enfado se le había desinflado y lo único que sentía era preocupación. Después de todo, estaba sola en medio de una ciudad muy grande.

Así que la había llamado... y llamado. Hasta que su teléfono había dado apagado y ya no había podido hacer otra cosa.

—¿Dylan? ¿Me estás escuchando? —Era Amelia, llamando su atención.

—Perdona, ¿qué?

—¿Por qué no te tomas un descanso? —le preguntó la chica, mirándolo con preocupación. Dylan llevaba las gafas puestas y sabía que ella lo odiaba, pero esa vez había tenido el sentido común de no decirle nada—. Parece que lo necesitas.

Iba a contestar que no, porque necesitaba mantener su cabeza ocupada, cuando Mark apareció por detrás entrando también en el puesto de *merchandising*. Algunas de las chicas que estaban comprando se pusieron a susurrar entre ellas, porque Mark también tenía éxito entre las mujeres de ese mundillo. Al parecer, la mezcla entre traje y tatuajes las volvía locas.

El mánager saludó primero a Amelia y después lo llamó para que se acercara a él. Parecía importante.

—¿Qué es? Estoy un poco ocupado aquí.

—¿Ahora te encargas del *merchan*? Esa es nueva.

—Mira, si solo has venido a tocar los huevos...

Mark negó con la cabeza, pero levantó las manos en señal de paz.

—Tengo algo para ti —le dijo, bajando la voz.

Dylan frunció el ceño. ¿De qué mierda estaba hablando Mark?

—Está en el bus de Velvet.

—¿Está...?

—Corre. La he dejado allí porque ellos están tocando y les queda un rato aún.

«Elizabeth», pensó, quedándose sin respiración durante un segundo. Las manos le temblaron cuando se revisó y comprobó que llevaba el teléfono encima y que no se dejaba nada allí.

Dylan le asintió a Mark con la cabeza, y cerró los ojos tras las gafas, dando gracias porque hubiera aparecido.

—Y, ¿Dylan? No seas demasiado duro. No parece que haya sido divertido para ella.

* * *

Dylan no tenía ni la más remota idea de por qué Mark le había dicho aquello, pero en cuanto atravesó la puerta del bus de la otra banda y la vio sentada en el sofá, supo a qué se refería. La chica levantó la vista de su regazo, donde tenía las manos entrelazadas como si sintiera que algo se le iba a escapar de ahí, y cuando lo miró, Dylan pudo ver que tenía la cara hecha un desastre. Su pelo, ese que ya se había acostumbrado a verle suelto sobre los hombros, volvía a estar sobre la cabeza en su eterno moño, pero algo estaba mal. No era perfecto ni cuidadoso. Estaba enredado y medio deshecho, como si se lo hubiera hecho sin importarle.

Tenía los ojos hinchados y rojos; también la nariz, y las mejillas. La boca estaba aún más roja. Parecía que había llorado durante horas, y las pecas estaban tan encendidas sobre el puente de su nariz que Dylan quiso besárselas.

Se quedó donde estaba porque no confiaba en sus propias manos. No cuando se trataba de ella.

—Ey —le dijo, como un completo imbécil, en cuanto cerró la puerta del autobús, porque no se le ocurrió qué más decir.

Esperó que ella le contestase o que le dijera algo... Esperó que hiciera lo mismo que había hecho las otras veces: tratar de defenderse, o pedir perdón. Justificar sus actos, intentar darle una visión lógica de por qué se había equivocado.

Esa vez el sorprendido fue él.

La chica se levantó de un salto del sofá y cruzó la distancia que había entre ellos en menos de dos pasos. Antes de darse cuenta, la tenía abrazada a él. Al principio, Dylan no supo ni cómo reaccionar, así que se quedó

completamente quieto, con los brazos de la chica rodeándole la cintura y su cara escondida contra su pecho.

Jadeó sorprendido, porque todas las veces, *todas las veces*, que él había ido buscando a la chica, abrazándola, los papeles siempre habían sido los contrarios, y ella nunca había parecido necesitar su contacto para nada. Dylan había sido siempre el que pedía en esa relación, y aunque sabía que a ella le gustaba, no había pensado que quizá también podía necesitar el contacto. Tanto como lo necesitaba él.

La chica empezó a temblar contra él, y no pasó mucho tiempo hasta que sintió las lágrimas mojarle la camiseta.

Mierda, no podía verla llorar.

La rodeó con los brazos a pesar de todo, abrazándola fuerte, y le soltó el pelo, porque a esas alturas odiaba el puto moño en lo alto de su cabeza. Eso pareció hacer algo en ella, porque lloró con más ganas.

Pasó un buen rato hasta que dejó de llorar, y Dylan se quedó quieto, abrazándola sin decirle ni una sola palabra, porque no sabía muy bien qué hacer. ¿Elizabeth gritándole, o mirándolo como si hubiera hecho algo mal? Eso sabía manejarlo. ¿Esa Elizabeth? No la había visto nunca.

Cuando se calmó, estuvo un rato más respirando tranquila contra su pecho y entonces separó la cara de su camiseta.

—Te he estropeado la camiseta —dijo mirando el hueco mojado en el centro de su pecho, como si eso a él le importase una puta mierda.

—Solo es una camiseta, Elizabeth.

Ella se rio un poco, pero fue una risa cansada, con los ojos cerrados.

Entonces levantó la vista y lo miró a la cara, y Dylan solo pudo pensar en que la quería. Así, con los ojos rojos, la nariz hinchada, y habiéndole moqueado durante un rato contra el pecho.

Tuvo que morderse la boca para no decírselo.

—Llevo todo el día pensando... —dijo ella, con la voz ronca de tanto llorar— en que cuando me vine de gira contigo, fue a sabiendas de que ibas a ser un trabajo duro, y que iba a tener que tenerte vigilado durante todo el día.

Dylan se tensó entre los brazos de Elizabeth y ella le puso una mano en el pecho, para que no hablara.

—Espera, déjame terminar. —Se pasó la mano después por la cara, apartándose el pelo hacia los lados. Era un desastre, pero qué bonitos de ver eran los huracanes—. Me vine pensando que tendría que cuidar de ti, y que tendría que tener mucha paciencia contigo. Y no ha sido así en absoluto. —

Elizabeth paró, tomando aire, pero después siguió hablando—. Has tenido que soportarme una y otra vez, y has tenido tanta paciencia conmigo que siento que he aprendido más de ti que al revés. No sé cómo de buena soy yo en este trabajo que tengo, pero te puedo asegurar que tú... —Lo señaló con un dedo—. Tú eres increíble.

—Pero soy trabajo, ¿no? —Las palabras le salieron sin poder evitarlo, porque esa palabra seguía colgando entre ellos, como una sentencia de muerte que ningún juez podría borrar.

—No. Dios, no. —Elizabeth se acercó, cogiéndole la cara con ambas manos—. Siento haber dicho eso antes, de verdad. A veces... a veces me quedé en blanco y actúo por instinto, y solo pienso en que tengo que protegerme porque todo es una amenaza —explicó ella—. Y sé que no tienes por qué entenderlo, pero ha sido lo que me ha mantenido cuerda durante los últimos dieciséis años. A veces ni siquiera sé cómo apagarlo, porque no sé cómo funciona.

—Podrías haberte explicado —le contestó Dylan separándose de ella, dando un paso atrás, porque necesitaba ver las cosas con perspectiva. ¿De verdad podía permitirse estar con una chica que parecía mucho menos estable que él? Quería, joder, quería, pero a esas alturas tenía muchas más responsabilidades que pensar solo en lo quería.

—Lo sé. ¿Te crees que no lo sé? Si te hubiera explicado lo que me estaba pasando... Si te hubiera dicho que desde el día que llegamos a Nueva York estaba muerta de miedo, y que no soportaba la idea de poner un pie en ese ático...

Dylan asintió, porque sí, exacto. Si se lo hubiera explicado, se estarían ahorrando toda esa situación.

—Yo... solo... esperaba que pudieras perdonarme —le pidió la chica, mirando al suelo, como si de repente hubiera perdido toda su valentía.

—No se trata de perdonarte —contestó Dylan—, pero no me puedo pasar la vida haciendo esto, Elizabeth. ¿Te acuerdas en aquella fiesta, cuando conseguí que Nathan me pegara un puñetazo? Me preguntaste si estaba intentando ganar un récord al gilipollas del año, y desde entonces parece que eres tú la que está participando en el concurso.

Elizabeth se quedó mirándolo, muy seria.

—Recuerdo que en aquel momento pensé que no podía seguir cagándola contigo, así que iba a hacer las cosas de forma diferente. Y me he estado

esforzando, ¿sabes? Esforzando por ser más normal, por tener un orden, por decirte lo que me pasaba...

—Lo sé.

—Y de repente, después de todo lo que te he contado, ¿vienes y me dices que tú no me debes nada? No estoy enfadado, pero creo que tienes que decidirte, porque tengo demasiados problemas para que tú seas uno más.

Fue tajante en lo que dijo, pero no quiso hacer daño. Solo quiso expresar lo que sentía, porque no podía pasarse la vida cometiendo un error detrás de otro. No cuando se había propuesto hacer las cosas bien.

—Tienes razón —le contestó.

¿La tenía? Dios, si eso significaba que ella se iba a dar la vuelta y lo iba a dejar ahí con su orgullo y con su discurso de hombre honorable, no quería tener razón.

—Tienes razón, y no tengo nada que pensarme. Quiero hacer que esto funcione —le aseguró.

—No tienes que prometerme nada, Elizabeth. Puedes volver a casa para el 4 de Julio, pensarte las cosas unos días. Podemos hablar después.

—No voy a cambiar de opinión —le aseguró ella.

—Bien —asintió Dylan, porque se odiaría si hubiera dejado escapar la única oportunidad que había tenido de ser feliz con alguien.

El músico se acercó a la chica, y le dio un beso en la frente. Y después, porque no tenía remedio, le dio un beso en los labios. Estaban salados porque había llorado mucho, pero a él no le importó. Elizabeth se agarró a él como si fuera un bote salvavidas, y él no quería dejarla ir, pero era lo correcto.

Se alejó de ella, dejándola en el centro del salón, y se dio la vuelta para marcharse.

—¿Dylan?

Torció la cabeza para mirarla, y esperó.

—¿Dónde vas a pasar las fiestas?

Él le sonrió, y se rio un poco a su pesar.

—En casa.

Epílogo

May the bridges I have burned light my way back home on the fourth of July.
4th Of July, Fall Out Boy

Una semana después...

—¡Elizabeth, cariño! ¿Puedes ir a por sandías?

«Sandías», pensó ella. Más de una.

La chica no tenía ni idea de a quién tenía pensado invitar su madre para el 4 de Julio, pero por la cantidad de comida que estaba echando al carro de la compra parecía que a un montón de gente.

Elizabeth puso los ojos en blanco.

—¿Quieres que traiga también todo para las ensaladas?

—Sí, por favor. ¡Oh! Y coge alguna manzana. Quiero hacer una salsa de... —Marisa dejó de hablar para Elizabeth y empezó a hablar para sí misma. Era algo que hacía a menudo, así que Elizabeth se dio la vuelta y caminó hasta la sección de verduras y frutas.

Estaba decidiendo qué sandías coger cuando el móvil le vibró en el bolsillo, y la chica lo sacó sin prestarle mucha atención. Frunció el ceño cuando se dio cuenta de que era Jayden quien la estaba llamando.

—¿Ya me echas de menos? —le preguntó, sujetando el teléfono entre la oreja y el hombro mientras sopesaba si podría llevar dos sandías en las manos junto con lo demás o si tendría que coger una cesta.

La risa de Jayden le llenó los oídos y le hizo sentir nostalgia. Apenas hacía un día y medio que estaba en Los Ángeles, y ya sentía que llevaba siglos separada de esos imbéciles. Se sorprendió a sí misma pensando que los echaba de menos, y nunca hubiera creído que diría eso.

—No puedo vivir sin ti, bombón.

El mote cariñoso le hizo tener ganas de llorar, porque, aparentemente, desde que había vuelto a abrir sus conductos lagrimales, no podía parar.

De repente, se acordó de los labios de Dylan contra su frente y después contra su boca. Recordó cómo le había dicho que volviera a casa para las fiestas y pensara las cosas. No tenía nada que pensarse, pero tenía tanto miedo de que Dylan sí tuviera algo que pensar. Había parecido tan... diferente. Maduro y sensato, y lleno de una calma que no le había visto nunca.

La voz de Jayden cortó el hilo de sus pensamientos.

—¿Qué tal las cosas por ahí? ¿Te aburres ya sin mí?

Ella se rio.

—No están mal..., aunque mi madre me está utilizando para hacer todos los recados.

—Uf, odio cuando hacen eso.

La conversación parecía bastante cordial, pero Elizabeth sabía que Jayden no había llamado por nada.

—Te llamaba por otra cosa, de todas formas —dijo el chico de repente, su tono de voz volviéndose más serio.

—Dispara.

El corazón de Elizabeth se aceleró. Por Dios, esperaba que no fuera algo malo. Que no le hubiera pasado nada a Dylan. El chico le había dicho que tenía intención de volver a casa, y aunque la noticia la había alegrado, también sabía que era una situación de mucho estrés. Deseaba poder estar a su lado.

«Pero te ha mandado a casa, a que te pienses las cosas», se recordó.

Le gruñó al teléfono.

—¿Qué piensas de Lenox Square?

—¿Lenox Square? —preguntó ella, parándose bajo una de las cajas registradoras y cogiendo una cesta de compra.

—Oh, Dios, ¿No sabes nada de Atlanta o qué? —rio Jayden al otro lado de la línea.

—¿Me estás intentando seducir, Lowell?

—Te estoy invitando a venir. Los sureños sabemos cómo manejarnos con los fuegos artificiales, cariño.

Elizabeth se paró en medio del pasillo, sujetando el teléfono con la mano, porque si no, se le iba a caer.

—No puedo ir.

—¿Por qué no? Es mi casa, y te estoy invitando a venir.

—Ya sabes por qué —contestó ella, aunque no tenía ni idea de si lo sabía. Lo más probable es que Dylan no hubiera dicho ni media palabra.

—Me importa una puta mierda lo que el subnormal este crea que quiere —le contestó Jayden—. Estoy hasta los huevos de verlo lloriquear por las esquinas.

—Es increíble la de insultos que puedes decir en una sola frase.

—Me sé unos cuantos más. Pero no me cambies de tema. ¿Vas a venir o qué?

Lo estaba diciendo en serio.

Pensó en decirle que no, porque llevaba mucho tiempo fuera de casa, y Marisa agradecía la compañía. Pensaba decirle que no, porque en el fondo Dylan llevaba razón y unos días separada del músico le iban a venir bien.

Pero su boca se adelantó a su sentido común.

—Puede —contestó, y dio gracias por no haber dicho un sí desesperado.

—Así me gusta —contestó Jayden, y ella pudo adivinar la sonrisa del músico incluso a través de la línea—. Te mando la dirección por mensaje. Avísame cuando llegues y te recojo en el aeropuerto.

—He dicho puede —protestó ella—. Tengo que pensármelo.

Jayden hizo un sonido con la nariz, como si se estuviera riendo de ella.

Por el rabillo del ojo, Elizabeth vio que Marisa se acercaba a ella, y de repente se puso nerviosa. No le había explicado a su madre nada de lo que había pasado mientras había estado de gira, pero de esa manera en la que las madres parecen saber las cosas, Marisa no había necesitado ninguna explicación. Solo la había mirado, y después le había dado un abrazo.

Elizabeth no había necesitado más un abrazo como ese en su vida.

—¿Te llamo luego si cambio de idea?

—Te estaré esperando —contestó él.

—Tengo que dejarte.

Colgó sin dar más explicaciones mientras su madre ya la estaba mirando con la ceja levantada.

—¿Dylan? —preguntó, porque esa mujer no sabía lo que era respetar los límites de nada. Sonreía inocentemente como si no se hubiera dado cuenta de lo que estaba haciendo, pero Elizabeth sabía que era mentira.

Lo sabía porque desde que el chico había ingresado en la clínica, hasta que le había dejado las llaves del ático, pasando por cuando la animó a irse de gira, Marisa había sabido muy bien lo que estaba haciendo.

Elizabeth no sabía si darle las gracias o mandarla a la mierda.

—Su compañero de banda —contestó. Su madre alzó las cejas, sorprendida, y Elizabeth puso los ojos en blanco. Lo último que le faltaba era que Marisa pensara que estaba liada con media banda—. Quiere que vaya a ver a Dylan. A Atlanta.

—¿Y tú no quieres ir?

«Yo me muero por ir con todas mis fuerzas, pero no sé si tengo permiso», pensó. Se habían hablado por mensaje unas cuantas veces en los dos días que llevaban sin verse, pero todo había sido... muy cordial.

Elizabeth se encogió de hombros y su madre le pasó un brazo por encima.

—Vamos, tenemos que terminar de comprar, y luego tengo que pasar por casa de la tía Susy.

Elizabeth protestó.

—Odio a la tía Susy.

—Al menos así estarás distraída —se mofó Marisa.

—A ti también te odio.

* * *

No fue hasta esa madrugada cuando lo decidió.

Se quedó dormida en su vieja habitación de casa de Marisa, con el sonido de su madre trasteando en la cocina, justo como cuando era una adolescente, y la idea de coger un vuelo e ir a Atlanta ni siquiera había vuelto a rondarle la cabeza.

Se quedó dormida dando vueltas en la cama porque al parecer sin Dylan ya no sabía cómo dormir, y cuando se despertó a mitad de la noche fue porque estaba teniendo una pesadilla horrible. Estiró el brazo por instinto, para tocarlo, porque no era la primera vez que le pasaba, pero él siempre estaba ahí y entrelazaba los dedos con los suyos, o la abrazaba y al final a ella se le olvidaba qué era lo que había estado soñando.

Le temblaban las manos cuando encendió la luz de la habitación, y se sentó, poniendo los pies en el suelo de madera.

No. No iba a hacerlo.

«Tienes que ser fuerte», se dijo. Tenía que quedarse allí y hacer las cosas bien, porque eso era importante, no podía permitirse no hacer las cosas bien.

Pero entonces, por el rabillo del ojo, vio la guitarra de su padre, la Gibson acústica que había cogido del ático y que nunca le había llegado a dar

a Dylan porque no le había dado tiempo.

La vio y le picaron las manos con ganas de cogerla. La vio y pensó que quería dársela. Quería verlo, y abrazarlo y decirle que ella ya se había decidido.

Abrió el portátil, sin ni siquiera ser consciente de que lo estaba pensando, y reservó el primer vuelo que salía para Atlanta.

* * *

Dylan estaba nervioso.

No era el lugar. La casa de los Lowell había sido más un hogar que la suya propia durante sus años de adolescencia, y la bienvenida que Juliet y Jake le habían dado nada más llegar había sido su mejor recompensa después de todo.

Pero ahora estaba sentado en el porche de la casa, con una cerveza —sin alcohol, porque Juliet no iba a dejarlo beberse ni una dichosa cerveza en su casa— y fumándose un cigarro. Estaba nervioso.

Su hermana había avisado de que venía de camino y él había intentado entretenerse ayudando a preparar las cosas para después, pero Jude estaba preparando el jardín y Nathan —Nathan, que no había vuelto a casa porque no tenía a dónde volver— estaba ayudándolo, así que Dylan se había quedado con una mano delante y otra detrás, y Juliet le había dicho que saliera de su cocina. Con esas palabras. Por su parte, Jayden había desaparecido del mapa.

Odiaba esperar a que las cosas pasaran, porque no era muy bueno en los tiempos de espera. Le dio una calada tan fuerte al cigarro que se atascó el aire ardiendo en los pulmones, y de repente deseó que Elizabeth estuviera sentada allí. Se acordó de aquel día cuando lo hizo salir fuera para registrar toda la casa, y de cómo se había sentado a su lado después.

Ojalá pudiera tenerla allí ahora.

«Podrías, si no le hubieras dicho que se fuera a casa», se recordó.

Llevaba dándose hostias mentales dos días ya, porque se había creído que era muy listo, y que había madurado mucho. Que había tomado la mejor decisión para los dos. ¿Pero de noche, solo en la cama? Dios, cuánto la había echado de menos. Una vuelta detrás de otra. Incluso había cogido la almohada de la cama del bus y se la había llevado con él hasta la casa de los Lowell; si los mellizos lo habían mirado raro, o si Nathan había sonreído, a él le

importaba una puta mierda. Eso era lo único que había en todo ese autobús que olía a ella. Dylan pensaba usarla hasta desgastarla.

Cogió su teléfono sin darse cuenta, con el cigarro en los labios, y miró la pantalla, frunciendo el ceño porque el sol era muy fuerte y no se había acordado de ponerse las gafas. Estaba buscando el teléfono de Elizabeth para llamarla, porque al menos necesitaba oírla, cuando escuchó otra voz que llevaba años sin oír.

—Estás hecho una mierda —le dijo su hermana, y Dylan reconocería esa voz en cualquier parte.

El chico alzó la cabeza para mirarla y por un segundo no supo qué hacer. Era muy probable que ella tuviera razón, porque Dylan aún llevaba un pantalón de chándal gris, y ni se había puesto camiseta. Tenía el pelo revuelto y necesitaba ducharse, pero aún tenía tiempo.

Boqueó sin saber qué decir, porque allí, delante de él, estaba Sarah.

Estaba más alta de lo que él la recordaba y su cara era más angulosa y menos... aniñada. Dios, tenía ya veinte años, no era una niña, y sin embargo todo lo que Dylan pudo ver cuando la tuvo delante fue a su hermana pequeña, con cuatro o cinco años, pidiéndole que la aupara en brazos.

Seguía teniendo los ojos igual de marrones —justo del mismo tono pardo que él tenía uno de los suyos— y el pelo igual de negro, pero lo llevaba bastante más corto que la última vez que la vio. Ahora apenas le llegaba a los hombros, pero seguía tan lacio como siempre. El vestido largo que llevaba puesto era de unos colores brillantes y estaba atado a la cintura. Le sentaba bien.

—¿Te vas a quedar ahí mirándome como un pasmarote o piensas decirme algo?

Sarah siempre había sido así. Atrevida y descarada, escondiendo sus miedos detrás de las bromas. Justo como él.

Dylan quiso reírse, y quiso hablarle. Quiso hacer muchas cosas, pero estaba sintiendo tantas emociones juntas que no hizo nada de lo que quería. Se levantó de un salto del escalón y ni siquiera recordaba qué hizo con la botella de cerveza, o con el cigarro —quizá lo dejó todo en el suelo—, porque antes de darse cuenta había cruzado el espacio que los separaba y estaba abrazando a su hermana.

La chica no tardó ni medio segundo en rodearlo con los brazos, y Dylan pensó que iba a ser la segunda vez en menos dos semanas que tuviera que

consolar a alguien que quería mientras le lloraba encima, pero al final fue a él a quien consolaron.

La apretó tan fuerte que probablemente no podía respirar, y el olor a magnolias lo envolvió justo como sus recuerdos por las noches, acunándolo, hasta que se le secó la garganta y ya no pudo contener las lágrimas.

Lloró con la cabeza escondida en su cuello y la sintió temblar contra él, pero, joder, siempre había sido la más fuerte de los dos, porque no soltó ni una lágrima. La chica solo le acarició el pelo y lo acunó hasta que Dylan creyó que podía separarse de ella.

—Ya está —le dijo mientras le secaba las lágrimas, como si Dylan tuviera cinco años y ella fuera su madre—. Estamos bien —le aseguró.

Tuvo que cerrar los ojos para no empezar a llorar de nuevo.

—Lo siento mucho —le susurró mientras ella le tocaba la cara y él sentía que el mundo daba un giro, pero que después todo volvía a caer en su sitio, justo donde pertenecía.

—Yo también —contestó Sarah.

Dylan abrió los ojos y la vio sonriéndole. Se dio cuenta de que tenía los dientes perfectamente alineados, y ya no tenía las paletas ligeramente montadas. Se había puesto aparato en algún momento, y eso le hizo darse cuenta de cuántas cosas de su vida se habría perdido. Por favor, si ni siquiera sabía si iba o no a la universidad, ni si seguía viviendo con sus padres.

Dylan fue a preguntarle algo, cualquiera de esas cosas que se le habían venido a la mente, pero entonces Nathan apareció en el umbral de la puerta. El chico llevaba una gorra de béisbol encajada y tampoco llevaba camiseta, porque, en serio, hacía un calor del demonio.

Vio como su hermana lo miró con interés.

Dylan quiso reírse, porque el tatuaje que Nathan llevaba sobre el pecho destacaba como una bandera, y su hermana siempre había sido fan de los chicos malos.

—Jude y yo te necesitamos dentro —dijo mientras miraba con fingido desinterés a su hermana. Dylan conocía esa mirada, porque lo había visto ligar muchas veces.

—Nate, tío, ¿conoces a mi hermana? —La rodeó con el brazo, contento de tenerla a su lado, y a la vez marcando el territorio, porque su hermana pequeña estaba fuera de los límites.

—Ah, la famosa Sarah —se burló Nathan.

—¿Les has hablado de mí? —Sarah lo miró desde su hombro, dónde él la tenía encajada.

—Muchísimo —dijo Nathan con sorna, pero el cabrón era tan bueno con el sarcasmo que probablemente solo Dylan se estuviera dando cuenta—. No ha parado de hablar de ti desde que nos conocimos.

Sarah se rio y el sonido lo calentó por dentro. Se estaba empezando a sentir vivo del todo, y Dylan no sabía qué hacer con todo eso.

—Espero que solo las cosas buenas.

—¿Te acuerdas de aquella vez que quisiste hacer un castillo de helado de chocolate?

Sarah le tapó la boca con la mano.

—Ignóralo. Tiene memoria selectiva —le dijo a Nathan.

El chico los miró divertido, y después se dio la vuelta esperando a que Dylan y Sarah lo siguieran.

—¿Estás bien? —le preguntó Dylan mientras caminaban hasta el jardín, rodeando la casa. Deberían entrar y decirles a los Lowell que había llegado, pero de momento no quería tener que compartirla. Por el amor de Dios, habían pasado cinco años desde la última vez que la había visto.

—Mejor que bien. —Sarah le rodeó la cintura con el brazo, y sonrió tan ampliamente que sintió que el mundo estaba a sus pies.

«Si solo fuera cierto», pensó, acordándose de Elizabeth.

—Tenemos que hablar —le dijo Sarah al cabo de un momento.

—¿Podemos hablar mañana? Déjame disfrutar del día.

—Podemos. —Sarah asintió, sonriendo.

* * *

Comieron algo rápido, porque tenían que seguir ordenando el jardín y el trastero —Juliet había esperado meses para tenerlos a todos allí, Dylan estaba seguro—, y al final se duchó solo cuando quedaba un rato para sentarse a cenar.

Estaban terminando de poner los platos en las mesas del jardín; Jude estaba asando carne con su padre. Sarah estaba ayudando a Juliet con las bebidas y las ensaladas, y Nathan estaba fumando sentado en uno de los bancos que habían puesto porque se había ganado el cigarro.

Dylan iba a preguntar por Jayden, porque no era extraño que hiciera alguna escapada —todo lo que fuera no trabajar le servía—, pero había asumido que había ido a comprar algo, porque Juliet Lowell siempre tenía trabajo para todos, aunque habían pasado unas cuantas horas y el chico no había aparecido.

Ni siquiera lo había nombrado en voz alta, solo estaba pensando en él, pero pareció ser suficiente para que apareciera, porque Jayden entró por el lateral de la casa, con una sonrisa de oreja a oreja en la cara.

—¿Mamá?! —gritó.

—¿Qué tripa se te ha roto ahora? —Juliet lo miró de reojo—. ¿Y dónde has estado? —La madre de los mellizos dejó un bol lleno de ensalada en el centro de la mesa y miró a su hijo con los brazos en jarras para reñirlo—. No has arrimado el hombro en todo el día.

Dylan se rio, pero Jayden estaba más que acostumbrado a las reprimendas de su madre. El chico apenas quitó la sonrisa kilométrica que llevaba.

—¿Tenemos sitio para uno más? —preguntó apartándose, y entonces, tras Jayden, apareció Elizabeth.

La chica dio un paso hacia delante tímidamente, y Dylan sintió que el sol salía cuando la vio y que el suelo se estaba abriendo bajo sus pies, porque esa visión significaba algo.

Llevaba el pelo trenzado, pero de forma desigual, como si no le hubiera prestado atención a cómo se lo peinaba; el vestido de verano que llevaba era blanco y negro con rayas, y estaba preciosa, aunque parecía cansada. Dylan solo quería echar una carrera y abrazarla.

—¿Es tu novia, cariño? —preguntó Juliet, sonriendo de oreja a oreja mientras se echaba el flequillo rubio hacia atrás con el dorso de la mano.

Jayden puso los ojos en blanco.

—No te ilusiones, mamá. —Jayden se puso al lado de Elizabeth y, rodeándola con un brazo, anunció—: Es la novia de Dylan.

Dylan escuchó como Nathan se reía entre dientes, y vio como Sarah abría mucho los ojos, sonriendo y saludándola con la mano. Elizabeth le devolvió el saludo con los dedos, y a Dylan no le extrañó que ahí se hubiera formado alguna clase de vínculo, porque esas dos habían estado hablando sin que él lo supiera. Jude y Jake giraron la cabeza para ver qué estaba pasando, porque de repente el silencio llenó el jardín y todo el mundo se quedó quieto.

La chica miró a Dylan, con esos ojos grandes y azules que tenía, y una pequeña sonrisa en la cara, como si se estuviera disculpando por haberse presentado sin avisar. A Dylan le importaba muy poco, solo quería besarla.

Pero la madre de Jude y Jayden lo salvó de hacer un completo ridículo.

Se acercó hasta Elizabeth.

—Hola, cariño. Yo soy Juliet, la madre de estos dos torbellinos —dijo señalando a los mellizos.

—Hola. —Elizabeth saludó sonriendo a Juliet, porque no podía no sonreírle. Esa mujer solo transmitía tranquilidad—. Elizabeth. —Se presentó, intentando darle la mano.

Pero Juliet le dio dos besos, y después un pequeño abrazo.

—¿Por qué no subes arriba y te refrescas un poco? Has tenido que hacer un viaje largo, y aún queda un poco para la cena —le dijo con un brillo curioso en los ojos.

Elizabeth asintió sin dudarlo, y Dylan sabía que estaba nerviosa porque no paraba de cogerse las manos y jugar con sus uñas.

—Venga, Jay, haz algo de utilidad hoy y enséñale la habitación de invitados.

Le dio una palmadita a su hijo en el hombro, y después, cuando Jayden y Elizabeth estaban caminando hacia la casa, se giró y le guiñó un ojo a Dylan.

El chico se rio, una carcajada limpia y honesta, porque esa mujer era la mejor casamentera de la historia. Dylan no podía esperar a ver qué haría el día que sus hijos trajeran una chica a casa.

* * *

Jayden era un cielo.

No solo la había dejado en la habitación de invitados, diciéndole que se tumbara un rato, sino que además le había subido después la pequeña bolsa de viaje que le había dado tiempo a hacer antes de coger el avión y la guitarra.

Después la dejó, porque Elizabeth le había asegurado que estaba bien y que quería darse una ducha.

—Puedo frotarte la espalda —se había ofrecido, bromeando.

—Adiós. —Elizabeth le cerró la puerta en las narices.

Un rato después, cuando ya se había cambiado a unos pantalones vaqueros cómodos y una camiseta de algodón roja, y estaba peinándose con

los dedos, de pie en el centro de la habitación, la puerta se abrió y Dylan entró.

Elizabeth puso los ojos en blanco.

—Podría haber estado desnuda.

El chico le sonrió tan ampliamente, con hoyuelos y todo, que sintió que fundiría las bombillas de casa con toda esa dichosa potencia.

—Esperaba que lo estuvieras —admitió.

—No tienes remedio —murmuró mientras ponía la cabeza bocabajo y se sacudía el pelo. Cuando volvió a ponerse recta, lo dejó caer sobre un hombro, mojado, porque no había mucho más que pudiera hacer.

Dylan la estaba mirando, apoyado contra la puerta, con las manos metidas en los bolsillos apretadas en dos puños, como si se estuviera aguantando las ganas de ir a tocarla. Elizabeth lo revisó de arriba abajo, porque hacía unos días que no lo veía, y su cuerpo lo echaba de menos. El chico llevaba esos vaqueros rotos en las rodillas, y una camiseta negra ajustada. No llevaba las gafas puestas y Elizabeth pudo ver cómo la observaba, con el labio de abajo entre los dientes, sin quitarle ojo de encima, pero sin decir nada.

—Soy una imbécil, Dy —le dijo al final, mientras caminaba hasta él.

Se paró a unos pasos del chico, porque si lo tocaba, se perdería en la sensación y no sería capaz de decirle dos palabras seguidas.

—Si Jayden no llega a llamarme, ni siquiera habría venido —siguió.

—Ven aquí. —Fue todo lo que Dylan le dijo, estirando una mano.

Elizabeth se la cogió sin dudarle, porque no podía no tocarlo. La empujó contra su cuerpo, hasta que la tuvo contra él y rodeada con sus brazos. Escondió la cabeza en el cuello de Dylan.

—Te lo digo en serio. Ha tenido que llamar Jayden. ¿Cómo de imbécil soy?

Dylan se rio contra ella.

—Gracias a Dios, porque ese gilipollas me quiere —contestó él.

La chica le dejó un beso en el hombro y Dylan se echó hacia atrás, mirándola a los ojos, con sinceridad en su rostro. Había un brillo en sus ojos que le decía a Elizabeth que iba a besarla, y no se equivocaba.

Dios, se había olvidado de lo mucho que le gustaba cuando la besaba. Dylan la agarró del trasero con las dos manos para pegarla a su cuerpo mientras la besaba y Elizabeth se rio contra su boca.

—Tengo una cosa para ti —le dijo de repente, porque se acababa de acordar de la guitarra.

—Dime que la tienes escondida aquí —contestó Dylan metiéndole las manos por debajo de la camiseta, sujetándole un pecho por encima del sujetador.

—Siempre tan romántico...

—Siempre, cariño.

Pero a Elizabeth no le dio tiempo a volver a hablarle de la guitarra, porque entonces tocaron a la puerta.

—¿Qué? —preguntó Dylan a regañadientes.

—Mamá dice que bajéis. La cena está lista. —Era Jude, y aunque Elizabeth no lo estaba viendo, se imaginaba la cara de burla que tenía. Como si supiera por qué Dylan le había contestado con esa voz ronca.

—Te juro por Dios que...—murmuró entre dientes Dylan—. Que estos críos tienen el don de la oportunidad.

Y después, en voz alta, dijo:

—Ya vamos, Jude. Un minuto.

La risa de Jude se escuchó mientras se alejaba, y Elizabeth abrazó al músico contra ella, mientras Dylan suspiraba. Olía a madera y a sol, y a esa colonia que solo se echaba de vez en cuando.

Su pelo le hacía cosquillas en el cuello y la barbilla la arañaba a veces. Ella recordó aquella primera vez que lo vio, fumando de espaldas con la ventana abierta en el centro de desintoxicación, y en cómo pensó en lo peligroso que podía ser.

Ahora lo sabía, era peligrosamente adictivo.

* * *

Faltaban aún algunos minutos para el lanzamiento de los fuegos artificiales, pero Lenox Square estaba a reventar de gente. Dylan miró a su lado y vio a Elizabeth observándolo todo: la fachada blanca y brillante del centro comercial, y la gran, *grandísima* multitud que se reunía allí todos los años.

Ella lo miró todo de forma curiosa, con un brillo satisfecho en los ojos. Los chicos estaban alrededor también, y su hermana había venido con ellos, porque Elizabeth y ella habían estado hablando sin parar durante la cena.

—¿Quieres algo de beber? —le preguntó Dylan a Elizabeth mientras veía como Jude le pasaba unas cervezas a Nathan y a Sarah.

—Estoy bien —le contestó, acercándose a él y rodeándolo por la cintura con un brazo. Dylan la miró de reojo, pero Elizabeth estaba mirando hacia delante y ni siquiera se había dado cuenta de que lo estaba tocando sin dudarlo. El chico sonrió ampliamente, porque ese pequeño gesto era obra suya.

—Oye, ¿qué era eso que decías que me habías traído? —le preguntó, porque se acordó de repente.

—Ah, se me había olvidado. Es tu regalo de cumpleaños. —Elizabeth le sonrió como si supiera un secreto.

—¿Regalo? Aún queda un mes.

—Te lo has ganado. —Ella le dio una palmada en un hombro, y Dylan sonrió, porque ahora se moría de curiosidad.

—¿Qué es?

—Una sorpresa. Eso es lo que es.

—Venga, dame una pista.

Elizabeth le hizo un gesto con el dedo, para que Dylan se agachara, porque el ruido de la gente hacía que fuera difícil escuchar a mucha distancia. Dylan se echó un poco hacia abajo, y Elizabeth le habló contra la oreja.

Dylan parpadeó varias veces porque no se lo podía creer.

«¿Una guitarra de Ryan Reed? ¿Estaba de coña?», pensó.

—¿Lo dices en serio?

Elizabeth asintió, y le sonrió con tanto cariño que Dylan quiso besarla de manera indecente. Delante de todo el mundo.

—¿Puedo tocar con ella en los conciertos? —le preguntó frunciendo el ceño.

—Puedes tocar con ella donde quieras. Es para ti.

Dylan la miró preguntando qué había hecho para tener tanta suerte. Le dio miedo pensarlo, pero a lo mejor las cosas por fin iban a irle bien. A lo mejor, en cuanto terminaran de hacer lo que tenían que hacer con la discográfica, podrían empezar una nueva carrera y todo iba a ir bien.

—He estado pensando... —le dijo Elizabeth.

—Ya estamos otra vez con pensar... —le contestó él con sorna.

Elizabeth se rio, y le dio una palmada en el pecho, de broma.

—Cállate, esto es importante. He estado pensando que podría hablar con Mark. Espera, espera, no me mires así. Sé que me dijiste que no ibas a aceptar mi dinero, pero tengo otra idea.

—¿Qué idea? —Dylan frunció el ceño, porque Elizabeth se estaba mordiendo el labio y cualquier cosa que la pusiera nerviosa lo ponía nervioso a él.

—Creo que voy a usar el dinero para hacer una discográfica —anunció—. Sé que no tengo ni idea de cómo funcionan, pero, con la ayuda de Mark, creo que podríamos hacer que funcionase. Desde que estuve en el ático de mi padre, y vi todas sus cosas allí, sin uso..., pensé que era una pena que nadie pudiera beneficiarse de todo eso por lo que él había luchado tanto y... —Elizabeth lo miró, pasándose una mano por el pelo, como si quisiera centrarse en encontrar las palabras adecuadas—. Así podríamos marcar la diferencia.

—Marcar la diferencia —repitió Dylan como un imbécil.

—Ya sabes... Hacer música sin explotar a la gente —explicó—. Puede que no me dejes ayudarte con el dinero, pero si decidís respetar el contrato hasta el final, si hacemos esto..., no tendrías que quedarte sin nada después. Incluso si no lo respetaras, tendrías a alguien respaldándote.

—Un sello con el que trabajar —dijo Dylan, entendiendo el discurso de la chica.

Ella asintió, entusiasmada.

—Incluso podríamos empezar a trabajar con otras bandas que quisieran salir también —ofreció ella.

—Eso es mucho dinero, Elizabeth.

—Pero lo recuperaríamos después. No sé..., no sé aún toda la logística del asunto. Pero lo estoy pensando.

—¿Vas a dejar tu trabajo para dedicarte a la música? —le preguntó él con sorna.

—Por supuesto que no. Lo dejaría en manos de Mark. Yo solo sería una... benefactora.

Dylan sopesó la idea, porque no era mala del todo.

Si Mark tuviera su propia discográfica y ellos formaran parte de ella, no pasaría mucho tiempo hasta que otras bandas siguieran sus pasos; y no solo podrían ayudar a que hubiera menos explotación en el negocio, sino que además ganarían dinero.

—¿Entonces serías mi jefa?

Elizabeth se llevó un dedo a la barbilla, pensativa.

—Puede.

—Cariño, creo que tú y yo no nos vamos a librar de tener una relación poco profesional nunca.

La chica lo miró de reojo, y Dylan le guiñó un ojo.

—¿Qué? Jefa da más morbo que psicóloga.

—Eres incorregible.

—Pero me quieres.

—Qué remedio —le contestó ella, sorprendiéndolo.

Dylan la besó para callarla, porque odiaba y le gustaba que hubiera cogido la confianza suficiente como para contestarle a todo lo que decía. Y después, mientras los fuegos artificiales empezaban, miró a sus amigos y compañeros de banda, que estaban bebiendo y riéndose. Miró a Jude y a Jayden hablando animadamente con su hermana, que le sonrió, alzándole los pulgares para dejarle saber que aprobaba a la chica. Vio a Nathan, que se había quedado un poco apartado y estaba sujetando una cerveza entre los dedos, pensativo.

Los miró y pensó que quizá sí que había una salida después de todo.

Dylan Reeves nunca había estado más contento de estar vivo.

* * *

Nathan estaba hastiado.

No aburrido, ni cansado.

Hastiado.

Y puede que un poco borracho, también.

Mientras los fuegos artificiales habían estado iluminando la noche de Atlanta, el chico había observado como todo el mundo se había quedado maravillado durante un rato. Gritos al principio, celebrándolo, pero después el más absoluto silencio. Nada excepto el silbido de los fuegos artificiales ascendiendo y el trueno de las luces extendiéndose por el cielo nocturno.

Y mientras los demás habían mirado hacia arriba, él los había observado a todos ellos, porque eso era lo que hacía. Nathan Blair tenía más experiencia con la vida desde la barrera, o al menos con las buenas experiencias de ella. ¿Con las malas? Con esas tenía trato más que de sobra.

Mascó la decepción y el cansancio, mientras ese algo que estaba en su estómago seguía creciendo y no sabía qué era. Tal vez era que, a pesar de intentarlo, no sentía que pertenecía a ningún sitio, y no lo entendía.

Había ido hasta Atlanta con sus compañeros de banda porque él no tenía a donde volver, no realmente —su madre probablemente ni recordaría que

tenía un hijo a esas alturas—, y porque quería intentarlo.

Y no era que no lo hubieran recibido bien.

El problema no eran nunca los demás, el problema siempre era él, y ese era su maldito problema.

Nathan observó a sus amigos mientras ellos no lo miraban a él, y cuando vio a Dylan abrazado a Elizabeth y besándola de vez en cuando, sintió que eso que tenía en el estómago seguía creciendo. Tal vez solo fuera el ardor de demasiadas cervezas, pero Dios, sabía demasiado a rabia..., rabia porque ese chico que estaba abrazando a su novia, sonriéndole al mundo y disfrutando de su noche, ese chico le había arruinado la vida. Lo había querido y lo había odiado, y ahora no sabía ni lo que sentía, excepto que, como siempre, Dylan Reeves salía intacto del desastre mientras que él seguía exactamente en el mismo sitio en el que estaba.

Encadenado, atrapado y amargado.

No era justo, pero a esas alturas necesitaba culpar a alguien, y, joder, Dylan no era ningún santo. Nathan odiaba que todos se hubieran olvidado de repente de quién había sido Dylan Reeves antes de la recuperación. Como si nunca hubiera pasado.

Pero había pasado.

Y a él no se le podía olvidar.

Cuando los fuegos artificiales terminaron y la gente a su alrededor empezó a irse a casa, los chicos lo miraron de reojo.

—Tú no conduces —le dijo Jude.

—Y una mierda que no —contestó, pero puede que se le trabase un poco la lengua—. Me he traído mi coche por algo, ¿sabes?

—Pues haber bebido menos, guapo. —Jude fue a revisarle los bolsillos para cogerle las llaves, y por el rabillo del ojo Nathan fue consciente de cómo Dylan y Elizabeth hablaban con Jayden y Sarah.

La chica lo miró mientras él ponía los ojos en blanco y se quitaba de encima las manos de Jude.

—Te he dicho que conduzco yo —le insistió Nathan.

Y entonces, de la nada, ella dio un paso hacia delante, sonriendo como si no pasara nada, como si esa sonrisa no fuera peligrosa. El parecido con Dylan era asombroso: el mismo pelo negro, la misma boca con el labio de abajo más grueso, pero ella tenía ambos ojos pardos. Era alta y delgada, tanto que Nathan se preguntó si era modelo.

—Puedo llevarlo yo, Jude.

Nathan alzó las cejas tanto que se le debieron salir de la cara.

—Pero si voy perfectamente.

—No es ningún problema, en serio. De todas formas, yo tenía que volver ya a mí casa. Soy la única que no vuelve a casa de los Lowell —puntualizó.

—Sarah —escuchó la voz de Dylan advirtiéndole, y la chica se dio la vuelta alzando los hombros, en una pregunta que decía que no entendía a qué venía aquel tono de preocupación en su hermano.

Oh, pero Nathan lo sabía.

Dylan no quería que le pusiera una mano encima a su hermana, porque sabía qué clase de trapos sucios había entre ellos. Probablemente el cantante se pensase que Nathan era tan hijo de puta como para involucrarse con su hermana solo por venganza. Solo para devolvérsela por lo de su exnovia.

Nathan sonrió de lado. Qué mierda, quizá lo haría.

—Vale —contestó, lanzándole las llaves, y ella las cogió en el aire—. Pero ve despacio, que estoy mareado.

Sarah le sonrió, y Dios, también tenía hoyuelos, como su hermano. La que tenía entre las piernas se sintió interesado de más por ella, incluso en el estado en el que estaba, y él se recordó que no pensaba cruzar esa línea. ¿La hermana del chico que había querido y no había podido tener? Estaba mal a más niveles de los que podía decir.

«Sam», le gritó su conciencia, pero él apenas lo escuchó.

Sí que escuchó a Dylan suspirar de fondo, y a Elizabeth decirle algo, probablemente calmándolo, pero a Nathan no le importaba.

Siguió a la chica del vestido naranja hasta su coche y, sinceramente, con no vomitar tenía suficiente.

Agradecimientos

En primer lugar, quiero agradecer a Click Ediciones y a Adelaida Herrera, mi editora, la confianza depositada en esta historia. Gracias a todo el equipo que ha hecho posible que este libro tome forma tal y como yo lo tenía en mente.

Gracias a mi familia, a la de sangre y a aquella que he ido eligiendo por el camino. Gracias a mi madre, por tener más fe en mí que yo misma, y a mi hermano, por escuchar cualquiera de mis locuras. Gracias a Miriam, por el nombre de la banda entre calles de Cartagena. Gracias a Vero, Inma y Nina, porque leerían cualquier cosa que escribiese aunque fueran recetas de cocina. Sin las horas de *fanfictions*, las correcciones ni las lecturas mutuas, yo no sabría ni poner dos palabras seguidas. Os quiero.

Gracias a David, por la inspiración y el apoyo incondicional, y también por atreverse a llegar hasta el final de la historia. Gracias a J. J. Tudela, por terminar de leerlo. Un millón de gracias a Dara y a Irene, por enamorarse tanto como yo de Dylan Reeves desde el primer momento. Sin vuestro entusiasmo, esta historia no habría visto la luz. Gracias a todos lo que me han leído y dejado comentarios a través de las redes en algún momento u otro. Sin ese apoyo ya me habría rendido.

Pero, sobre todo, si has llegado hasta aquí, gracias a ti. Gracias por escoger esta historia.



L. A. Brier (1991, Murcia) es psicóloga, madre de dragones (gatos con mucha mala leche) y lectora compulsiva. Cuentista nata, disfrutaba de juntar a los niños cuando iba al colegio y entusiasmarlos con sus historias. Escribe desde que recuerda, publica bajo seudónimos en internet en páginas de *fanfictions* sobre aquello que le llama la atención y, por fin, se ha atrevido a escribir su primera novela original.

Puedes encontrar más de ella en [@Laura_Ani](#) (Twitter), [l.a.brier](#) (Instagram).

Rock Therapy

L. A. Brier

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© L. A. Brier, 2019

© del diseño de la portada, Click Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta

© de la imagen de la portada, Viorel Sima / Shutterstock

© Editorial Planeta, S. A., 2019

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): abril de 2019

ISBN: 978-84-08-20817-4 (epub)

Conversión a libro electrónico: J. A. Diseño Editorial, S. L.

CLICK EDICIONES es el sello digital del Grupo Planeta donde se publican obras inéditas exclusivamente en formato digital. Su vocación generalista da voz a todo tipo de autores y temáticas, tanto de ficción como de no ficción, adaptándose a las tendencias y necesidades del lector. Nuestra intención es promover la publicación de autores noveles y dar la oportunidad a los lectores de descubrir nuevos talentos.

<http://www.planetadelibros.com/editorial-click-ediciones-94.html>

Otros títulos de Click Ediciones:

Una NoMo del montón

Elena Garralón

Tu te lo pierdes

Isa Quintin

La suerte de encontrarte

Helena Nieto

Aura cambia las zapatillas por zapatos de tacón

Alexandra Roma

Anna

Nora Alzávar

**¡Encuentra aquí tu próxima
lectura!**

NOVELA
ROMÁNTICA



¡Síguenos en redes sociales!

